SEMINARIO III

Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario

Con historias e ilustraciones

Dr. Alberto R. Treiyer

SEMINARIO III

LAS EXPECTACIONES APOCALÍPTICAS DEL SANTUARIO

Con historias e ilustraciones

Dr. Alberto R. Treiyer

Dedico con amor esta obra a mi esposa Azucena,
a mis tres hijos Roselyne, Daniel y Roy con sus respectivos
compañeros de la vida, a todos los que colaboraron en este proyecto,
y en general, a todos los que por este libro afirmen su fe en la gloriosa
expectación del juicio, del reino y de la venida del Señor

Copyright © 2008 por Dr. Alberto R. Treiyer

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida
sin autorización escrita del autor

Cubierta y dibujos por José A. Drasich Colliard

- La tapa no refleja un cuadro estático como el
de los querubines esculpidos del santuario terrenal,
sino el dinámico de la realidad celestial según se lo
representa en las visiones de los profetas.

ISBN 0-9650076-4-2

PREFACIO

Difícilmente puedo imaginarme la Escritura sin el libro del Apocalipsis. Sin él, la Biblia estaría incompleta y dejaría a la iglesia asombrada por el hecho de que Cristo no vino aún en gloria. Dios sabía que sus discípulos necesitaban saber lo que yacía por delante en el plan de salvación. Así, en su sabiduría, eligió darnos una orientación general acerca de "lo que debe suceder pronto" (Apoc 1:1), antes de su segunda venida. En su presciencia Dios llevó a Juan a escribir un libro cuya interpretación requiere una comprensión profunda y correcta tanto de los escritos del Antiguo como del Nuevo Testamentos, probablemente como un medio de despertar en los cristianos de toda época la necesidad de estudiar la Biblia.

A lo largo de los siglos, sin embargo, los eruditos cristianos han interpretado el libro del Apocalipsis de diferentes maneras que son incompatibles. ¿Por qué hay tantas maneras de interpretar el libro del Apocalipsis, y qué es nuevo en *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario* de Alberto R. Treiyer? Permítasenos considerar brevemente estas dos preguntas.

Las muchas maneras de entender el libro del Apocalipsis provienen de muchos contextos teológicos que asumen los intérpretes. El contexto teológico es la clave para las interpretaciones bíblicas y proféticas. Diferentes contextos teológicos requieren diferentes interpretaciones. Por ejemplo, algunos eruditos creen que debería interpretarse el Apocalipsis desde la perspectiva de la experiencia, cultura y audiencia de Juan. Una lectura del libro desde esta perspectiva nos lleva a una interpretación personal, existencial, y experiencial de los símbolos del Apocalipsis. Otros eruditos, al leer el Apocalipsis desde el contexto del Nuevo Testamento, interpretan las imágenes del Apocalipsis como una recapitulación simbólica del Evangelio. Ambos enfoques asumen una discontinuidad implícita para con las ideas teológicas bíblicas básicas, y un entendimiento atemporal y no espacial de la naturaleza de Dios y de sus acciones que provienen del pensamiento filosófico griego.

Treiyer rechaza la comprensión atemporal-no espacial de la naturaleza de Dios y de sus acciones, y asume la perspectiva bíblica que afirma que Dios es un ser histórico capaz de obrar dentro de las limitaciones y dinámicas de la historia humana tal como se lo describe en la Escritura. Se ve claramente esta asunción en la comprensión y uso que Treiyer hace de la doctrina bíblica del santuario. En efecto, Daniel y Apocalipsis muestran a Dios involucrado en las acciones históricas reales en santuarios terrenales y celestiales reales. Esta asunción abre a la mirada la lógica interna que liga la Escritura

con la Escritura, y encuentra su clímax en la revelación de Jesucristo en el Apocalipsis. Guiado por este contexto general, Treiyer usa ideas, temas e información teológica del Antiguo y del Nuevo Testamento como herramientas para entender el simbolismo y el mensaje del último libro de la Biblia.

Dios se propuso que la teología alcanzase a todos los creyentes para salvación. La combinación no frecuente y feliz de un amplio conocimiento erudito y de una extensa experiencia pastoral, le permite a Alberto R. Treiyer hacer accesibles los temas teológicos a todos los creyentes. Este libro habla no sólo a la mente sino también al corazón. Desde sus primeros años como pastor joven, la pasión de Treiyer por entender mejor la doctrina bíblica del santuario lo llevó a investigar su relación con los festivales judíos. No es de sorprender que sus estudios doctorales en la Universidad de Estrasburgo, Francia, culminasen en su obra masiva, *El Día de la Expiación y el Juicio Celestial: Desde el Pentateuco hasta el Apocalipsis* (1992). Desde esta base rica en conocimientos bíblicos, volvió a estudiar el Apocalipsis en dos publicaciones subsecuentes: *La Crisis Final en Apocalipsis 4-5* (1998), y *The Seals and the Trumpets: Biblical and Historical Studies* (2005). Siendo pastor de corazón, Treiyer ha estado ocupado tratando de comunicar sus descubrimientos eruditos para pastores colegas y laicos en la forma de seminarios. En su primer seminario, *Las Promesas Gloriosas del Santuario* (1994), cubre el ritual del santuario en el Antiguo Testamento. En su segúndo seminario, *Los Cumplimientos Gloriosos del Santuario* (1997), aborda el tema del santuario en el Nuevo Testamento. En el presente seminario, *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario* (2008), Treiyer considera el santuario en las profecías de Daniel y Apocalipsis.

Volvamos nuestra atención al nuestra segunda pregunta: ¿qué hay de nuevo en *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario* de Treiyer? Después de todo, siendo que los eruditos adventistas han estudiado el libro del Apocalipsis por mucho tiempo, ¿pude haber algo nuevo bajo el sol? Probablemente no, de manera que haremos unos comentarios generales sobre las contribuciones de este libro. Este seminario es rico en análisis teológicos y espirituales que ayudarán a los lectores a entender la profecía bíblica y fortalecer su camino con Cristo. En una obra tan rica, los lectores descubrirán muchas contribuciones. Entre ellas, subrayaré tres: (1) La interpretación de Apoc 4-5, (2) la metodología de interpretación apocalíptica, y (3) la perspectiva existencial que Treiyer vive con los mensajes de Daniel y Apocalipsis.

Treiyer contribuye al estudio del Apocalipsis sugiriendo que Apocalipsis 4 y 5 describe escenas del juicio investigador paralelos a su consideración en Dan 7.[1] Esta perspectiva desafía la noción de que esos capítulos se refie-

[1] En este seminario Treiyer no provee toda la evidencia y argumentación para confirmar que Apocalipsis 4 y 5 se refieren al juicio investigador, porque ya lo hizo en sus libros *The Day of Atonement and the Heavenly Judgment*, y *La Crisis Final en*

ren a la inauguración del santuario celestial y la entronización de Cristo a la diestra de Dios después de su ascensión al cielo. Esto me pareció nuevo a mí, porque al no ser especialista en el Apocalipsis, recibí la interpretación inaugural de esos capítulos de mis profesores y pastores. Aún así, Treiyer argumenta que no está trayendo una nueva idea. Muchos adventistas y Elena de White en sus últimos años- él explica—vinculó esos capítulos con la obra de Cristo en el lugar santísimo del santuario celestial. Comoquiera que sea, este enfoque orienta la perspectiva exegética desde la que Treiyer lee el Apocalipsis. Mientras que la interpretación de Treiyer sobre Apocalipsis 4 y 5 no afecta la interpretación adventista de los eventos finales, ayuda a encontrar nuevos aspectos y despliega una coherencia interna que existe entre el libro del Apocalipsis con la Biblia entera. Por tales razones, los lectores encontrarán estimulante e inspiradora *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario*. No hay duda que el reavivamiento de Treiyer del juicio en la escena de Apocalipsis 4 y 5 contribuirán a un debate sano entre los eruditos adventistas que buscan incansablemente obtener una comprensión más profunda y amplia de la verdad de Dios.

Confío en que los lectores superarán este aspecto debatible y se concentrarán en la riqueza de las aplicaciones espirituales que encontrarán en este seminario. Aún así, ¿qué es lo que ayuda a Treiyer a lograr sus proyecciones exegéticas y teológicas? ¿Podemos leer el Apocalipsis de la misma manera en que Treiyer lo hace? Esto nos trae al método hermenéutico de interpretación con el cual Treiyer trabaja. *Las Expectaciones Apocalípticas* presentan una interpretación del Apocalipsis cristocéntrico-histórica desde la perspectiva hermenéutica del santuario. La interpretación fluye de la perspectiva hermenéutica que cada cual elige emplear. A medida que interpretamos el Apocalipsis, ¿debemos usar principios hermenéuticos que deriven únicamente del libro del Apocalipsis o debemos incluir también ideas teológicas no presentes en el Apocalipsis? Como se ha notado más arriba, podemos interpretar el Apocalipsis desde el contexto (1) del libro, y/o (2) del Nuevo Testamento, y/o (3) del Antiguo Testamento. Aunque por especialización Treiyer es exégeta, interpreta el Apocalipsis desde las ideas que encuentra en otros lugares del Antiguo y Nuevo Testamentos. Su formación e investigación previa le ayuda a encontrar claves bíblicas interiores para interpretar el Apocalipsis. Pero, en mi opinión, el corazón del método de interpretación de Treiyer es teológico. Los teólogos buscan el significado de la realidad y no sólo el significado de los textos.

Más allá de interpretar los textos acerca del santuario en el Antiguo y Nuevo Testamentos, Treiyer busca entender la realidad de lo que esos textos

---

Apocalipsis 4-5, el último al concluir el siglo. En *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario*, él trabaja con las consecuencias de tal interpretación para el entendimiento del Apocalipsis, sin dejar de expandir y definir más varios puntos relacionados con el tema.

hablan. Esa es la razón por la que este seminario no se propone interpretar el Apocalipsis sino considerar lo que podemos esperar que Dios haga mediante el Cristo resucitado y coronado. Con este propósito, Treiyer interpreta las profecías de Daniel y Apocalipsis asumiendo que Dios habla y actúa desde su santuario. Al hacerlo así, Treiyer sigue el enfoque teológico básico de los pioneros adventistas que usaron la doctrina del santuario como la llave que "abrió a la vista un sistema completo de verdad, relacionado y armonioso"[2]. Treiyer sintió la necesidad de escribir un seminario sobre *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario* precisamente porque se dio cuenta de que el contenido de Daniel y Apocalipsis están íntimamente entrelazados con las visiones y mensajes del santuario.

Aunque el autor de este libro aborda aspectos teológicos profundos en un estilo muy fácil y amigable, este seminario no consiste en abstracciones teológicas. Más bien tiene que ver con cómo la teología se relaciona con las experiencias de la vida al traer sanidad y esperanza a los santos que sufren y que en todas las edades clamaron por la intervención y liberación divinas. El autor ayuda al lector a vivir las profecías desde la perspectiva de la experiencia histórica del pueblo de Dios a través de los siglos. Esto hace que el seminario *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario* sea de valor para las necesidades y expectaciones prácticas de todos los creyentes. Treiyer descubre que la Escritura habla acerca de dos expectaciones apocalípticas básicas, la *inaugural* y la *final*. Ambas se refieren al ministerio salvífico de Cristo. Cada una abarca y expresa una gama amplia y rica de expectaciones relacionadas que han sostenido al pueblo de Dios a lo largo del camino, desde los días de Daniel hasta nuestros días.

La primera expectación del santuario se dirigió hacia la obra de Cristo sobre la tierra, que sostuvo la esperanza del pueblo de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento. Esta expectación alcanzó su glorioso cumplimiento cuando el Cristo resucitado ascendió al cielo e inauguró su obra en el santuario celestial y se sentó a la diestra de Dios para reinar como sumo sacerdote hasta que derrotase a todos sus enemigos (Hech 2:34-35; 1 Cor 15:12). Desde entonces, la esperanza de la iglesia perseguida del Nuevo Testamento se volvió hacia la expectación final, la purificación del santuario celestial y la coronación de su Señor como Rey de la Nueva Jerusalén. Juan escucha los mártires cristianos que claman por la venida del Día de Juicio de Dios (Apoc 6:9-10). En su presciencia, Dios escuchó el clamor de su pueblo. Treiyer sugiere que el libro del Apocalipsis es la respuesta de Dios a su pueblo perseguido, asegurándoles que Dios intervendrá ciertamente de una manera más definidamente en su favor. Desde esta perspectiva, Treiyer guía a los lectores, sistemáticamente, ayudándoles a experimentar la obra retentiva de Cristo desde su entronización en el cielo. El hace preguntas relevantes

---

[2] Ellen White, *The Great Controversy Between Christ and Satan* (Mountain View, CA: Pacific Press Publishing Association, 1950), 423.

para atraer el interés de los lectores y ayudarlos a enfocarse en los eventos importantes del ministerio de Cristo en el cielo y de la obra del Espíritu Santo, su representante sobre la tierra.

Todos los que buscan verdades bíblicas encontrarán en el seminario de Treiyer un desafío intelectual y una recompensa espiritual. Por consiguiente, los lectores debieran estudiar *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario* con oración y mentes inquisitivas, probando todo por la Escritura. Que la obra de Treiyer no sea la palabra final dogmáticamente aceptada, sino el trampolín del cual todos debieran cavar más profundo en las mismas palabras de Dios, permitiendo de ese modo al Espíritu Santo derramar su poder prometido en nuestras vidas y ministerios.

Fernando Canale
Professor of Theology and Philosophy
Seventh-day Adventist Theological Seminary
Andrews University
Berrien Springs, Michigan

ÍNDICE

Prefacio 3
Índice 9
Introducción 11

I. Fe y esperanza en medio del caos 22
1. El clamor de los oprimidos 22
2. El clamor apocalíptico 40
Cuestionario I 51

II. Expectantes de los dos eventos más grandes de la historia 53
1. La expectación de un nuevo templo 54
2. Más allá de un nuevo comienzo 63
Cuestionario II 72

III. En vísperas del juicio venidero 75
1. El análisis clínico del médico del alma 75
2. Acercándonos al día del Señor 89
Cuestionario III 97

IV. Pendientes de las puertas que se abren 99
1. Mirando dentro de las puertas 99
2. Cuando la última puerta de gracia se abre 109
Cuestionario IV 127

V. Pendientes de la postura del Rey 129
1. Sentado a la diestra de Dios 130
2. Cuando la corte se siente, ¿quién podrá permanecer en pie? 146
Cuestionario V 159

VI. Aguardando la asunción del reino 161
1. Autoridad restringida 162
2. Autoridad plena y consumada 176
Cuestionario VI 187

VII. Con la mirada puesta en las fiestas finales 189
1. Mirando hacia atrás y hacia delante 190
2. Viviendo en medio de las fiestas finales 201
Cuestionario VII 217

VIII. Soñando con la boda del Cordero 219
1. Un juicio que despierta gran admiración 219
2. La boda más extraordinaria de la historia 228
Cuestionario VIII 238

IX. Aguardando la ropa de boda 241
1. Las ropas nupciales 241
2. Las ropas del banquete de boda 250
Cuestionario IX 260

X. A la expectativa del sellamiento 263
1. La batalla final por la identidad 263
2. Perteneciéndole para siempre 287
Cuestionario X 299

Apéndice I. La estructura literaria recapitulativa de Apoc 1-11 301
Apéndice II. Enfrentando oposición en la doctrina del santuario 309

INTRODUCCIÓN

Estudiante: Cuando pienso en la manera en que los grandes emperadores antiguos intentaron limpiar sus reinos de gente que les resultaba repugnante porque se oponía a ellos, me pregunto sobre el método que usaría Dios para arreglar este mundo. Cuando pienso también en cómo la Iglesia de Roma tanto occidental como oriental—cometió genocidios de millones de personas durante la Edad Media mediante hogueras masivas y pogromos, en tantas guerras y cruzadas religiosas para mantenerse en el poder, vuelvo a preguntarme acerca del método divino para limpiar este planeta atroz de tanta gente que arruina su creación.

Sin ir tan lejos para atrás, Hitler que era católico y soñó en su momento ser sacerdote, heredó de la iglesia romana su aversión a los judíos y cometió, cuando obtuvo el poder, el asesinato de doce millones de judíos, gitanos, ortodoxos, paralíticos, homosexuales, y todo lo que en su opinión no servía o se oponía a su régimen. En el otro extremo, el comunismo ateo cometió un genocidio mayor aún, en su intento de eliminar la burguesía, el capitalismo, la gente profesional, el opio del pueblo (la religión), etc. ¿Podemos esperar de Dios algo diferente para resolver el problema humano?

Maestro: Admitamos que una plaga pecaminosa ha contaminado el mundo, porque los hombres traspasan las leyes divinas y no obedecen al Creador (Isa 24:5-6; Rom 3:23; 5:12). Pero en lugar de destruir este mundo que mancha su universo, vemos a Dios intentando salvar a sus habitantes. Para ello vio Dios necesario involucrarse en nuestra salvación. Eso lo mostró ya en la antigüedad condescendiendo a morar en medio de su pueblo (Ex 25:8).

La reputación divina

Estudiante: ¿No sería demasiado riesgoso para la reputación divina involucrarse en los problemas de gente pecadora?

Maestro: En ese caso hubiera tenido que hacer como todos los emperadores y príncipes de este mundo a quienes no les interesó ni la vida ni la salvación de su gente, con tal de prevalecer sobre ellos (véase Mat 20:25-28). Pero admitamos también que, si Dios quería salvarnos, debía involucrarse en nuestros problemas sin perder su reputación. Esto lo reconocen muchos pasajes bíblicos.

Estudiante: Ya estudiamos en su primer y segundo seminarios sobre el santuario, que el tabernáculo o templo divino recibió su nombre del Testimonio o Pacto o Ley que se guardaba en su interior, las dos tablas de los diez mandamientos (Ex 25:21-22; 31:9,18; 38:21; Núm 9:15; Deut 9:9-11).

Asimismo se vio allí que el Libro del Pacto o Testimonio recibió ese nombre porque en su interior se encontraba el Decálogo (Ex 24:7; 2 Crón 23:11). En la Ley de Dios y en su Templo se encontraba también su Nombre, lo que muestra que el Nombre de Dios estaba involucrado en el quehacer de su pueblo (véase Deut 12:11; 2 Sam 6:2). Nuevamente, un Dios tan santo, ¿no arriesgaría su santidad, su reputación, al decidir vivir en medio de un pueblo sucio?

Maestro: ¡Correcto! También vimos en esos dos seminarios cómo hizo Dios para salvaguardar su reputación. Normalmente miramos la condescendencia divina de habitar entre nosotros desde nuestra conveniencia, pero a menudo olvidamos lo que en teología se conoce como *teodicea*, que tiene que ver con la vindicación del carácter de Dios. Para salvaguardar su reputación, la Deidad dio dos soluciones, una positiva que permitía la salvación de su pueblo (Ex 34:7; Sal 32:5; Lev 16:16-19; Miq 7:18-19), la otra negativa que consistía en destruir a los que rechazaban su oferta de salvación (Ex 23:21; Jos 24:19).

Los pasajes que acabamos de citar usan la expresión *nasa' 'awon* que, literalmente, significa "llevar" el pecado. Esos pasajes nos muestran que había pecados de los cuales Dios se hacía cargo, y otros de los que no se iba a hacer cargo, sino que iba a volverlos sobre la cabeza de los rebeldes para su propia condenación (véase 1 Rey 2:33; Esd 9:6; Eze 33; Joel 3:4,7; Hech 18:6). En la fase final de la apostasía de su pueblo, Dios fue más allá y quitó su Nombre de su templo y lo abandonó para su destrucción (2 Crón 36:14-16; Eze 9-10).

Estudiante. ¿Cómo considera la destrucción de Jerusalén y del templo de Dios? ¿Fue un fracaso divino o humano?

Maestro. No sé si captas hasta qué punto estás reflejando con esa pregunta el compromiso divino de salvar a su pueblo. Si ya entre los seres humanos, el que se lanza a una empresa y no puede salir adelante no es bien mirado, ¿cuánto menos Dios delante del universo? (véase Ex 32:11-12).

Estudiante. ¿No admite, entonces, que fue un fracaso divino?

Maestro. No, los planes de Dios no fallan. ¿Quién podría creer en Dios si su plan fracasara? El siempre tiene soluciones cuando todo parece echarse a perder. Pero dejemos hablar a los profetas que vivieron esa experiencia. Ellos no perdieron la esperanza, porque Dios prometió seguir con un remanente que regresaría y reconstruiría el templo, y en medio del cual volvería otra vez a morar, esta vez para siempre.

El clamor apocalíptico y la doble expectación

Estudiante. Si el tabernáculo de Moisés duró 500 años, y el templo de Salomón fracasó después de casi 400 años de existencia, ¿qué garantía tendría ese remanente de que el nuevo santuario que Dios prometía levantar

en medio de su pueblo triunfaría finalmente?

Maestro. Esa pregunta la resumieron los profetas en lo que podemos denominar *clamor apocalíptico*: "¿Hasta cuándo, Señor?" (Isa 6:11; Sal 79:5). El clamor apocalíptico nace del caos y destrucción producidos por la apostasía del pueblo de Dios y, más definidamente en su proyección apocalíptica, del largo ataque y persecución que se hace al santuario divino y a los que adoran en él (Dan 8:13; 12:6; Apoc 6:9-10). Es un clamor que pide vindicación, restauración,[1] y requiere una definición clara en términos de tiempo (Dan 8:14; 12:7).

Estudiante. ¿Se refiere al "tiempo del fin" del que profetizó Daniel? (Dan 12:4,8-9).

Maestro. Sí y no. Sí, en el sentido de que el clamor apocalíptico requiere respuestas definidas que terminen para siempre con el pecado y la opresión, y esto ocurriría al final de la larga historia de este mundo. No, porque en tiempos antiguos, los profetas que previeron y experimentaron el exilio proyectaron una doble expectación, no solamente final, sino también inaugural.

Estudiante. ¡Doble expectación! ¿Cómo encuadra eso dentro de las profecías apocalípticas?

Maestro. El profeta Daniel sabía que, después de cuatro grandes imperios y de la aparición del anticristo final, habría un juicio en el cielo que vindicaría al pueblo de Dios y destruiría todos los demás reinos (Dan 2,7). Pero cuando recibió la visión del capítulo 8 no podía entender la historia profética del nuevo santuario que Dios proyectaba levantar. Se le dijo que el nuevo santuario sufriría opresión, su ministerio "continuo" (*tamid*) de intercesión que se efectuaba en el lugar santo se vería afectado (Dan 8:11-13; cf. Lev 24:1-4). "¿Hasta cuándo?" Hasta 2300 días (símbolos de años), cuando llegaría "el tiempo del fin", a partir del cual se iniciaría un proceso que culminaría con la purificación, vindicación y triunfo final del gobierno divino sobre todos los reinos e imperios del mundo (Dan 8:14).

Estudiante. Tal vez el problema de Daniel era el de no poder vincular un ritual cíclico y anual como el que se efectuaba en los santuarios que él conocía, con otro apocalíptico y definitivo que iba a desarrollarse en el nuevo templo que Dios prometía levantar.

Maestro. Es probable. Ese fue también el problema de los judíos en los días del apóstol Pablo. No podían entender un santuario que cumpliría en un solo ciclo (Heb 9:25-26), lo representado simbólicamente a lo largo de los siglos en rituales cíclicos diarios y anuales (Heb 9:11-12; 10:1-3,11-12, etc). En el caso de Daniel, se sumaba la dificultad para entender un período tan

[1] Véase Miq 7:8-20; Jer 14:20-21; 50:20,28; 51:10-11; Eze 36:20-23; 37:27-28; véase además Isa 42:21; 43:25-26.

largo de ataque al ministerio cotidiano del santuario que se llevaba a cabo en el lugar santo (Dan 8:11-13; cf. Lev 24:1-4). ¿Cómo podría prevalecer el nuevo santuario para ser vindicado al final, en el lugar santísimo, después de tan largo tiempo de opresión? (Dan 8:14,26; cf. Lev 16:16).

Estudiante. Ud. mencionó la expectación final. Pero, ¿qué puede decirnos de la otra, la inaugural?

Maestro. La angustia de Daniel es doble. Por un lado, Dios le dice que su gobierno va a triunfar y que, después de un largo período de opresión, su santuario será finalmente vindicado, muy lejos en el tiempo (Dan 8:26). Por otro lado, el ángel intérprete no le dice nada acerca de la inauguración del nuevo templo. Estudia entonces las profecías de Jeremías y ve que ha llegado el tiempo para regresar del cautiverio (Dan 9). Todos esperan el momento en que podrán reconstruir el templo e inaugurarlo. ¿Por qué Dios no le dice nada acerca de esa inauguración, y le habla solo del final? ¿Cómo podía entender su final, y conocer cuándo triunfaría el gobierno de Dios con su pueblo, si no se le decía nada acerca de su comienzo? Pensando en el momento presente exclama: "¡No tardes!" (Dan 9:19). Así, su ansiedad es doble: inaugural (Dan 9:19) y final (Dan 8:13-14).

El remanente y la gran multitud

Estudiante. ¿Está Daniel preocupado también por los santos del Altísimo que deben sufrir por un tiempo tan largo?

Maestro. ¡Sí! Le es difícil al profeta entender eso porque, contrariamente a lo que ocurrió en la historia del Antiguo Testamento, se predice que los santos del Altísimo van a sufrir, con su santuario siendo pisoteado por mucho tiempo (Dan 8:13).

Estudiante. ¿Acaso no sufrieron los justos que vivieron en la época del Antiguo Testamento? ¿Qué decir acerca de pasajes como los que encontramos en el Salmo 73 y en la historia de Job, que reconocen cuánto sufren los justos?

Maestro. Aunque individualmente, desde Adán hasta el fin del mundo, muchos justos sufrieron y continuarán sufriendo bajo gente mala e inescrupulosa, es claro en la Biblia que como nación, Israel fue protegida de enemigos invasores tanto tiempo como duró su fidelidad a Dios o se arrepintió de sus pecados[2] (Sal 83; Isa 36-37, etc). Sólo bajo apostasía y rebelión persistente, abierta e inconfesa del pueblo del pacto, encontramos que el santuario y la ciudad de Jerusalén fueron finalmente destruidos (2 Crón 36; Dan 9).

Estudiante. Entiendo. En la visión de Daniel se trata de gente fiel y santa que sufre bajo un poder apóstata, el anticristo, que pisotea su santuario

[2] Bajo ese contexto nacional se aseguraba también, en principio, prosperidad y bendición material individuales (véase Sal 1; 112; 128:1ss; 34:9ss; Prov 3:9ss).

(Dan 7:25; 8:11-13,24; 11:31-35).

Maestro. ¡Correcto! A diferencia en alguna manera de lo que conocía Daniel de la historia del pueblo de Dios, se le dice que los santos del Altísimo van a sufrir por mucho tiempo, con su santuario siendo ultrajado por un reino blasfemo durante todo ese tiempo. ¿Cómo podría prevalecer ese santuario al final, junto con el pueblo que adorase allí, si estaría bajo ataque por tanto tiempo? En el caso de la nación de Israel, la contaminación ilegal generalizada de su santuario causó al final su ruina (2 Crón 36:14-16). Pero en la historia futura del nuevo santuario, un ataque tan largo contra el santuario culminaría en su victoria (Dan 8:14).

Estudiante. ¿Es en relación con ese tiempo que se proyecta la visión de sólo un remanente oprimido que se salva, esto es, de "los santos del Altísimo"?

Maestro. La historia del pueblo de Dios a través de los siglos es la historia de un remanente. Pero el concepto de la salvación de sólo un remanente se desarrolla especialmente a partir de la época de Isaías (Isa 6:13; 10:22-23; Rom 9:27). Isaías vivió bajo momentos de gran rebelión, y se dio cuenta por revelación divina, que se salvaría sólo un pequeño grupo de gente que sufriría bajo reyes y príncipes apóstatas. Es en este contexto que Isaías exclama "¿hasta cuándo?" Como respuesta a ese clamor apocalíptico se le refiere la salvación de un remanente (Isa 6:11,13).

Estudiante. ¿Cómo puede reconciliarse este concepto de sólo un remanente que se salva, con la promesa divina hecha a Abraham de tener una gran multitud de herederos?

Maestro. Recordemos que, ya en tiempos de Moisés, y de nuevo en la época de Salomón, muchos creían que esa promesa hecha a Abraham estaba siendo cumplida en sus días (Deut 1:10; 10:22; 1 Rey 3:8; 2 Crón 1:9). Pero ahora, se le dice a Daniel que los santos del Altísimo son un remanente que va a sufrir por mucho tiempo bajo permanente ataque a su santuario, más definidamente durante 1260 o 1290 días/años (Dan 7:25; 12:11; véase 11: 33-35). ¿Cuándo y cómo se cumpliría, en semejante contexto de opresión, la promesa hecha a los patriarcas de tener una gran multitud de herederos? (Gén 13:16; 15:5; 22:17; 26:4; 28:14; 32:12; Ex 32:13).

Cuando Moisés y Salomón hablaron de la gran multitud que no se podría contar no se refirieron al ejército que se puede y debe contar (Núm 1-4), sino al pueblo entero que incluía, además, a las mujeres y los niños. Es acerca de ellos, del futuro de Israel, que se dice que no se podría contar por su gran multitud (1 Crón 27:23; véase Núm 1:3). Pero Daniel estaba lejos todavía de la época en que esa promesa se revelaría más claramente como cumpliéndose al final, en la reunión de la gran multitud que tendría lugar después de la resurrección de los justos muertos (Apoc 7:9ss; véase Dan 12:2-4,13).

En efecto, hay que esperar hasta el Apocalipsis para entender cómo la proyección de un remanente y la de la gran multitud prometida a Abraham se van a unir. Mientras que los 144.000 son los últimos sobrevivientes que estarán en pie en la Segunda Venida de Cristo para librar la batalla final (Apoc 6:15-17; 7:1-8; 14:1-12; véase 12:17), la promesa de una gran multitud de herederos se cumple mediante la resurrección de los muertos de todos los justos de todas las edades. Esa gran multitud recoge el remanente de todos los siglos, inclusive del último (Apoc 7; 14:1-12). Esto parece no haberlo podido entender bien Daniel en sus días, aunque algo sobre la gran "multitud" y la resurrección de los muertos se le revela al final de su libro (véase Dan 12:2-4,8-13).

Dos expectaciones proyectadas por dos calendarios

Estudiante. Volvamos a la primera expectación. ¿Cómo se habrá sentido Daniel cuando el ángel intérprete volvió y le dijo que el santuario del nuevo pacto iba a ser inaugurado medio ~~siglo~~ milenio más tarde, cuando viniese el Mesías?

Maestro. Ese hecho tiene que haberle impresionado. Pero recordemos que, para su tranquilidad, el ángel le dice que los cautivos volverán en sus días, y que habrá un decreto que les permitirá no sólo reconstruir la ciudad, sino también reorganizarse como nación, con sus propias leyes civiles y servicios religiosos (Dan 9:25).

Estudiante. Daniel recibió dos profecías, una de 2,300 días/años y otra de 70 semanas de años, es decir, 490 años. Ambas parten del período persa y del decreto que dio el rey Artajerjes para reorganizarse como nación (Dan 9:25, cf. Esd 7-8). Pero ambas proyectan una expectación diferente, una inaugural, la otra final. ¿Qué calendario tenemos que usar para conocer su comienzo y su fin?

Maestro. En un cuarto seminario sobre el santuario abordaremos con más detalles la extraordinaria y maravillosa cronología profética bíblica en sus variados aspectos y mensajes. Aquí corresponde señalar que la doble expectación que tenía Daniel y su gente se basaba o fundamentaba en los símbolos rituales que proyectaban los dos calendarios que usaban los israelitas para contabilizar el tiempo, el sacerdotal y el real. Mientras que el primero comenzaba en la primavera, el otro comenzaba seis meses después, en el otoño.

Estudiante. ¿Cómo podemos decidir entre los dos calendarios?

Maestro. No es algo que tengamos que decidir nosotros. La Biblia nos trae los hechos sin dejarnos en la disyuntiva de tener que escoger entre uno y otro calendario. Uno de los pasajes claves es el de Dan 7:27. Allí se nos dice que el sistema de sacrificios y ofrendas del culto de Jerusalén caducaría "a la mitad" de la última semana profética de años. Esto ocurrió en la primavera, en el primer mes del calendario sacerdotal, más definidamente en la

Pascua (Mat 27:50-51). Fue entonces que el Hijo de Dios murió como el Cordero Pascual, e inició su ministerio sacerdotal en el santuario celestial. Por esa razón su coronación inicial iba a ligarlo más bien a su obra sacerdotal.

Estudiante. La mitad de una semana de años es tres años y medio. Quiere decir, entonces, que el comienzo y el fin de esa última semana, y por extensión, de las 70 semanas y de los 2.300 días—símbolos de años como era característico de las profecías apocalípticas—debían darse en el otoño, es decir, con un calendario que va de otoño a otoño?

Maestro. ¡Sí, definidamente! Pero volvamos al tema de la expectación. La doble expectación que proyectan las profecías de Dan 8 y 9 reflejan simbólicamente un comienzo inaugural en primavera, y un final de vindicación en otoño. Mientras que en la primavera debía esperarse que Jesús se sentase a la diestra de Dios para cumplir un ministerio sacerdotal; en el otoño profético del "tiempo del fin"debía iniciarse una obra de juicio que tendría por objeto vindicar el carácter de su Padre, y ser coronado rey de la Nueva Jerusalén.

Estudiante. ¿Cómo es eso? ¿Se sentaría el Mesías prometido dos veces? ¿Se lo ungiría y coronaría dos veces?

Maestro. ¡Así es! No debiera extrañarnos eso, porque tenemos ejemplos en David de haber sido ungido tres veces. Primero por Samuel (1 Sam 16:13), luego por Judá (2 Sam 2:4), y luego por los ancianos de Israel (2 Sam 5:3). Aún los sacerdotes y el sumo sacerdote Aarón fueron ungidos dos veces, antes y después del sacrificio (Lev 8:12,30). ¿Habría de extrañarnos que el Hijo de Dios fuese ungido y coronado primero como rey/sacerdote según el orden de Melquisedec (que combinaba ambos órdenes prefigurados por David y Aarón), y luego, en el juicio final, después de determinarse quiénes serán ciudadanos de su ciudad, esta vez como Rey según lo proyectado por el reino de David?

Estudiante. Mucha gente cree que Jesús fue coronado al comienzo, y no sabe que habría una segunda coronación. ¿A qué se debe eso?

Maestro. El problema que mucha gente tiene es que no conoce el calendario tipológico o profético de las fiestas de Israel. Mientras que las primeras fiestas, las de abril, iniciaban el plan de salvación del año con los servicios del santuario; las últimas fiestas del séptimo mes no sólo concluían el calendario sacerdotal simbólico con la purificación del santuario, sino que también iniciaban el calendario real. Y siendo que el Padre celestial no va a coronar a su Hijo rey de una ciudad vacía, debe concluirse su sacerdocio con la determinación de quiénes formarán parte de la Nueva Jerusalén. De allí la necesidad de un juicio investigador previo a la coronación final y al advenimiento del Rey.

Estudiante. ¿Dice algo el Nuevo Testamento sobre esas dos coronaciones?

Maestro. ¡Nuevamente sí! Los apóstoles evocaron las profecías del Antiguo Testamento que anunciaban que el Mesías sería sacerdote *según el orden de Melquisedec*. En ese entonces se sentaría a la diestra de Dios (Sal 110:1,4; Zac 6:11-13). Ellos también testificaron que todo eso se cumplió cuando Jesús ascendió al cielo en el año 31 (Heb 5-10). Pero también predijeron su coronación final *según lo proyectado por el reino de David*. Jesús lo anticipó en algunas de sus parábolas, como por ejemplo la de las minas (Luc 19:12,15). También Jesús habló de la restitución del reino de Israel que se esperaba que un nuevo David cumpliese (Eze 34:22-31), como un evento que iba a darse al final, y cuya fecha descansaba únicamente en la potestad del Padre (Hech 1:6-7; véase Luc 1:32-33). "Entonces se sentará en su trono de gloria..., y separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos" (Mat 25:31-22; véase Eze 34:17,22). Este es un trono de juicio, que sucedería al "trono de gracia" sobre el que iba a estar sentado con su Padre, intercediendo por su pueblo (Heb 4:14-16; 8:1-2).

Nuestra expectación apocalíptica

Estudiante. ¿Bajo qué expectación vive la iglesia hoy?

Maestro. A diferencia de Daniel, para quien sus dos expectaciones estaban en el futuro, la iglesia cristiana vive entre la expectación inaugural pasada y la expectación final futura. Mientras que en la inauguración cumplida el Señor nos consiguió la visa para ser ciudadanos de su reino, la corte final debe validar esa visa para que seamos admitidos definitivamente como ciudadanos en la capital de su reino, la Nueva Jerusalén. Bueno, la gran noticia es que nosotros hoy vivimos en la época en que la corte celestial ya se instaló en juicio, por lo que nuestra expectación tiene que ver con la conclusión de ese juicio.

Estudiante. ¿Por qué los cristianos no distinguen entre esos dos eventos?

Maestro. Es una lástima que la mayoría del mundo cristiano se haya volcado al pasado, hacia las fiestas de primavera, olvidando o ignorando que el almanaque profético apuntaba a su culminación, especialmente en relación con las fiestas de otoño. El Señor levantó la Iglesia Adventista para poner el calendario profético en su debido lugar. Le dio el cometido precisamente de ir a todo el mundo para advertirle que "la hora de su juicio ha llegado", que el calendario apocalíptico de otoño ha comenzado, llamándolo a prepararse para encontrarse con su Señor (Apoc 14:6-7).

Estudiante. ¿Qué evidencias hay en el Apocalipsis que confirman su comprensión de la segunda expectación, la que comienza con el juicio previo al advenimiento y culmina con la recepción del reino? (Dan 7:9-12,13-14; 22,26-27).

Maestro. El Apocalipsis amplía el mensaje profético de Daniel en lo relativo al tiempo del fin. No es de extrañar eso, ya que Daniel entendió la respuesta del ángel sobre la inauguración, pero debió sellar las profecías del "tiempo del fin" con la conclusión y vindicación finales del santuario celestial (Dan 8:14,17,19,26; 12:4,8-9). En el Apocalipsis, sin embargo, Juan recibe la orden de no sellar las profecías del tiempo del fin (Apoc 22:10), lo que prueba que su objetivo no está en tratar la expectación inaugural que nunca estuvo sellada y que, por otro lado, ya se había cumplido. Su atención es puesta en lo que va a suceder "después" y "pronto" (esto último desde la perspectiva final a la que fue transportado en visión; véase Apoc 1:1,3; 4:1; 22:6-7,10,12,20).

Así, vemos en el Apocalipsis un ministerio sacerdotal que se efectúa en el primer departamento del santuario celestial (el lugar santo), y culmina en todas sus séptuples series proféticas en el lugar santísimo con el juicio final. Todo esto está vinculado a un calendario profético apocalíptico que concluye en el tiempo del fin. Por ejemplo, en la séptima trompeta vemos la apertura al lugar santísimo del templo celestial (Apoc 11:15,19), y a la corte del cielo aclamando al Señor, diciendo literalmente, "porque has asumido tu inmenso poder, y has empezado a reinar", todo en un contexto de juicio final también (Apoc 11:17-19). De esta manera, hay una transferencia de ministerio que va del lugar santo al lugar santísimo (Dan 7:9-10,13-14; 8:11,13-14; Apoc 9:13; 11:15,19), con la asunción del reino por parte del Señor al final. Antiguamente, el pasaje al lugar santísimo se veía en el séptimo mes sacerdotal que comenzaba, al mismo tiempo, el calendario real (Lev 16; 25:9-10).

Estudiante. ¿Cree Ud., entonces, que cuando en la séptima trompeta se dice que el Señor *comienza* a reinar, se refiere a la asunción de su mandato como rey según lo proyectado por el reino de David?

Maestro. ¡Correcto! Por eso viene ya coronado, a hacer lo que hizo David después de ser coronado. Viene para quebrantar con vara de hierro a las naciones que se habrán levantado contra él (Apoc 14:14; 17:14; 19:15-16; véase Sal 2:8-9). Con respecto a su coronación final lo vemos representado también en la fiesta de boda que Dios le prepara para casarlo con su santa ciudad, la celestial (Apoc 19:7-9; véase Apoc 21-22). Después de la ceremonia de boda lo vemos viniendo del cielo con muchas diademas en su cabeza (Apoc 19:12; véase Luc 12:36). Siendo que la Nueva Jerusalén será la capital de la Tierra Nueva (Apoc 21:1-2), viene también como Rey de reyes y Señor de señores (Apoc 1:16; véase 17:14).

Pero volvamos a la visión central del libro del Apocalipsis. En Apoc 5, "después" del mensaje a las siete iglesias desde los candelabros del primer departamento del santuario celestial (Apoc 1-3), lo vemos compareciendo ante el Padre para recibir el libro que lo califica para ser rey según el orden de David (Apoc 5:9-10; cf. Deut 17:18; 2 Crón 23:11). Como veremos, los ancianos formaban antiguamente una corte que determinaba a quién le

daban la dignidad real, y a quién se le permitía morar en la ciudad (1 Crón 11:3; Jos 20:4). A muchos la corte no les permitirá entrar en la ciudad del gran Rey (Apoc 21:27). Es por esa razón que los 24 ancianos del Apocalipsis aclaman al Cordero como digno de tomar el libro y abrir sus sellos, lo que quiere decir, digno de ser rey y asumir su mandato real (Apoc 5).

Problemas de comprensión

Estudiante. Pero algunos ubican la escena de Apoc 4 y 5 en la inauguración del ministerio sacerdotal del Señor, y en el lugar santo del templo celestial. ¿Por qué?

Maestro: Sí, es curioso. Se ha visto últimamente a algunos atribuyendose la facultad de mudar muebles y eventos de un cuarto al otro del templo celestial, asumiendo irónicamente, todos los gastos. Por ejemplo, había en el templo de Salomón cuatro querubines esculpidos que rodeaban el arca, símbolo del lugar del trono, en el lugar santísimo (Ex 37:7-9: dos sobre el arca; 1 Rey 6:23,27: dos adicionales a los lados del arca; 1 Sam 4:4; 2 Rey 19:15). Y a pesar de eso, algunos han pretendido que los cuatro seres vivientes que rodean el trono según se describe en Apoc 4 y 5, están en el lugar santo, donde no había ángeles esculpidos en su centro, rodeando un trono.[3] No se dan cuenta que, si se ve desde allí el candelabro del lugar santo (Apoc 4:4), es porque se ha abierto la puerta del lugar santísimo (Apoc 4:1), como la abría antiguamente el sumo sacerdote en el Día de la Expiación (Lev 16).

Nuevamente, el libro de la ley que facultaba al rey para reinar estaba en el lugar santísimo, al lado del arca, donde debía quedar sellado hasta el día del juicio (Deut 31:26; 32:34-36). Enfaticemos el hecho de que estamos tratando con el gran original del cielo, no con una copia que recibían antiguamente los reyes de Israel. Recordemos también que, un contexto inaugural como el que tuvo lugar en la Primavera, cuando el Hijo de Dios fue establecido como Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, es más apropiado para depositar el libro en el lugar santísimo del santuario celestial que para extraerlo y abrir sus sellos. Asimismo el momento de tomar el libro y abrir sus sellos cuadra mejor con un calendario real como el que estaba representado por el calendario otoñal, en un reino que el Señor asume según el símbolo del reinado de David (véase Deut 17:14-20).

Estudiante. Si el Cordero, la Raíz de David, recibe al final el libro sellado que lo faculta para reinar, ¿hacia dónde debemos mirar para el cumplimiento de los sellos y de las trompetas?

Maestro. En nuestro libro *Los Sellos y las Trompetas* vimos que la corte revisa la manera en que la iglesia cristiana se adhirió al Libro del Pacto a lo largo de los siglos, y cómo Dios no fue sordo al clamor de los oprimidos.

---

[3] Véase más detalles en el Apéndice I, 301.

Estudiante. Pero en el quinto sello, la expectación apocalíptica, "hasta cuándo", muestra que los mártires claman *antes* del juicio. Los mártires aparecen allí esperando la llegada del día del juicio. ¿Cómo puede decir, entonces, que la apertura de los sellos se lleva a cabo desde la perspectiva final del juicio?

Maestro. ¡Es verdad! El clamor de los mártires precede al juicio. Este es un argumento que esgrimen algunos que creen que la visión de Apoc 4-5 se relaciona con la inauguración del ministerio celestial del Señor. Pero ellos no toman en cuenta la respuesta de la corte a ese clamor apocalíptico que tiene lugar después que los muertos murieron (véase Heb 9:27). En efecto, Apoc 6:11 muestra que la corte celestial revisa al final el testimonio de los mártires y les asigna las ropas blancas. Siendo que el rompimiento o revisión de los sellos se efectúa al final del juicio, la explicación del v. 11 trae a colación cómo la corte juzgó y respondió a su clamor.

Estudiante. Entonces, se le permitió a Juan ver de antemano tanto el clamor apocalíptico de los mártires que iban a sufrir antes del juicio, como su vindicación final efectuada por la corte celestial misma en el juicio.

Maestro. ¡Correcto! El hecho de que el clamor del quinto sello se lo ubica antes del juicio va contra los intérpretes futuristas que piensan que los sellos y las trompetas deben cumplirse al final. Pero el hecho de que la corte final del juicio responde a ese clamor, va contra los que tratan de ubicar la visión de la corte celestial en la inauguración del ministerio del santuario celestial.

De esta manera, en el libro del Apocalipsis se nos dice que Juan fue tomado en visión para ver lo que la corte final del juicio considera como más importante en las luchas de la iglesia y del mundo. Por consiguiente, los sellos y las trompetas se refieren a eventos que tuvieron lugar a lo largo de la historia cristiana, pero que son revisados al final por el juicio.

Recordemos que un juicio revisa cosas pasadas, así como lo hacían los profetas en el Antiguo Testamento cada vez que el Señor los levantaba para anunciar el juicio divino (véase Eze 16; 22-23; Am 1-3; etc). Los registros de la Biblia que hablan del "recuerdo" divino en contextos de juicio son numerosos. Dios parece no prestar atención a los pecados y crímenes que se cometen, hasta que se sienta en juicio y los hombres ven que trae "en memoria" todos sus pecados, desde el comienzo de su historia como pueblo (Mat 23:29-38; Hech 7:42-43,51-53), para dar un veredicto final (Sal 109:14-15; Jer 14:10; Os 7:2; 8:13; 9:9, Heb 10:3; Apoc 16:19; 18:15).

Así también ocurrirá al concluir el milenio. Los malvados rodean la Nueva Jerusalén que desciende del cielo, y el Señor les revela, en grandes rasgos, los grandes eventos del gran conflicto de los siglos. "Como en una visión panorámica aparecen las escenas" desde Adán en adelante, con un énfasis especial en la historia de la redención, y en el papel que desempeñó

Satanás para arruinar el plan de salvación. A cada cual se le revela cuándo, dónde y cómo perdió su posibilidad de vida eterna (véase 1 Cor 4:5). Entonces, aún los malvados deben reconocer la justicia de Dios en su sentencia de muerte eterna (*CS*, 724ss; véase Rom 3:19; 14:11-12).

Estudiante. ¿Cuál es el propósito, en esencia, de la revisión de la corte celestial de los sellos y de las trompetas en el fin mismo del juicio investígador?

Maestro. La corte celestial debe ver que, aunque llegó un momento en que pareció que el plan de salvación fracasaba con el levantamiento del anticristo en medio de la iglesia (Apoc 6:5-8; véase 2 Tes 2:3-4; 13:3-4), finalmente triunfó con la vindicación de los mártires que aparecen en el quinto sello, y de los sobrevivientes de la simiente santa en la última generación (Apoc 6:9-7:8). Esa última generación tiene el Nombre del Padre y del Hijo en sus frentes (Apoc 14:1), lo que prueba que son templos perfectos del Espíritu de Dios, una morada definitiva del Nombre divino (véase Deut 12:11; Apoc 22:5).

¿No capta Ud. el tremendo importe que tiene para las criaturas celestiales de la corte revisar en una proyección panorámica general, cómo la empresa de salvación del Padre y del Hijo no fracasó, sino que venció a lo largo de los siglos y especialmente al final con el testimonio de los 144.000 que son sellados en sus frentes? Recordemos que este mundo "es un libro de texto para el universo" (*CS*, 11), y "que aún los ángeles anhelan contemplar" el plan de Dios para salvar a su pueblo (1 Ped 1:12). Ellos son "consiervos" nuestros que tampoco conocen ni el día ni la hora de la venida del Señor (Mat 24:36), y son instruidos por medio de la iglesia acerca del "misterio" divino que se revela y cumple en ella (Ef 3:10; Col 1:20).

Estudiante. ¡Sí, eso puedo ver! Puedo ver también el tremendo impacto espiritual que tal mensaje puede traer para nuestra alma desde una perspectiva práctica. En efecto, las historias e ilustraciones tomadas de la vida real en un seminario como éste tienen como propósito llenar las necesidades humanas que todos tenemos. Bueno, no puedo esperar más para comenzar a estudiar este nuevo seminario sobre el evangelio del santuario. ¡Gracias a Dios por la esperanza tan maravillosa que nos dejó! ¡Verdaderamente, esta es la expectación más grande de los siglos! ¡Bienvenidos al seminario: *Las Expectaciones Apocalípticas del Santuario*!

LECCIÓN I

FE Y ESPERANZA EN MEDIO DEL CAOS

¿Le ha tocado momentos en la vida en los que todo parece derrumbarse? ¿Ha sentido el dolor por un amor no correspondido? ¿Supo por experiencia propia lo que es ver frustrada su confianza en una iglesia, o en sus líderes que consideraba tan sagrados? ¿Le parece estar pasando por un túnel sin saber si habrá luz del otro lado? ¿Ha pensado alguna vez en quitarse la vida por creer que no tiene sentido, que no vale la pena vivirla?

A lo largo de los siglos en este mundo turbulento la gente ha pasado por tiempos de opresión y angustia. ¿Qué hacer en momentos de crisis y de decepción? Cuando la depresión lo abruma por sentir que sus sueños se desploman, ¿se siente confundido y sin saber a dónde y a quién recurrir por aliento?

En la vida de toda persona hay momentos en donde todo parece dejar de sonreír, en donde las fuerzas parecen extinguirse, en donde el ánimo se desploma y en donde muere todo espíritu emprendedor. Peor es cuando la desilusión y desconsuelo se vuelven masivos. Cuando la desgracia cae en una persona o en una familia, otros pueden venir para ayudarlos a reorientar su vida. Pero, ¿a dónde ir cuando la pérdida de la fe y la esperanza se vuelven colectivas o universales?

SECCIÓN I

EL CLAMOR DE LOS OPRIMIDOS

Durante la revolución comunista de Camboya, Hang S. Ngor, un médico de ese país cayó en manos del nuevo régimen comunista que fue responsable de matar a sangre fría a unos tres millones de personas entre 1975 y 1979. Siendo que la aversión hacia todo el sistema cultural occidental era muy grande en los revolucionarios, toda persona educada era candidata a ser asesinada. Este médico captó que su única salvación estaba en negar que era médico, y obrar sin dejar indicio alguno de persona culta.

Fueron dramáticas las peripecias por las que Hang pasó, viendo cómo acababan con su padre, cómo moría su mujer de hambre con un feto en formación. Hubo ocasiones en donde, para economizar balas, ponían en hileras a miles de personas a quienes mataban a cuchillo. Pudo ver cómo habían muerto asfixiados otros infelices, amarrados a un palo con una bolsa

de plástico que les habían atado al cuello para que les cubriese toda la cabeza. Finalmente, Hang sintió que le llegaba su turno cuando le cubrieron el rostro de la misma manera. En su desesperación clamó por liberación al Dios de Mahoma, al de Buda, al de Confucio, al de Jesús, quienquiera que fuese. Se daba cuenta que esa locura que estaba presenciando no era normal, y que debía haber algo superior a donde recurrir, pero no sabía a dónde dirigirse ni a quién.

Este médico fue uno de los pocos que logró escapar para contar la historia. Aunque quedó inconsciente y semiasfixiado, logró sobrevivir. Como Hang Ngor, millones en este mundo no saben a quién invocar, ni a dónde ir por socorro en sus momentos de desesperación y angustia. No saben que Dios tiene un centro de operaciones en el universo, arreglado y organizado, para que ningún clamor que llega hasta él quede sin respuesta. El responde al clamor de sus hijos en el momento en que más lo necesitan.

1. El antiguo lugar de socorro divino

[¿Hacia dónde miraba el antiguo pueblo de Dios por socorro? (Sal 121:1; 1 Rey 8:39,49)].

Hay un canto compuesto por un miembro de la Iglesia Adventista en México que, por sus palabras tan bellas y música tan pegajosa, terminó volviéndose universal. Tuve la oportunidad de escucharlo y cantarlo en varios idiomas. Se titula "Más allá del sol". Algo semejante expresó el salmista cuando dijo en:

Sal 121:1: "Alzaré mis ojos a los montes. ¿De dónde viene mi socorro? Mi socorro viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra".

Lo que quiso decir David es que sólo elevando sus ojos hacia arriba, por encima de los montes, "más allá del sol", al que hizo no solamente los montes y el sol, sino todos los soles del cielo, es que podemos encontrar refugio, salvación y liberación.

Las naciones pretendían que sus dioses ocupaban el lugar más alto de la tierra. Por esa razón, ninguna nación escogía un pozo o abismo como centro de su culto. Elegían la montaña más alta que tenían y la cercaban de murallas para proteger el santuario central que construían (Os 4:13). ¿Hacia cuál de todas esas montañas debía dirigir sus ojos el salmista, en búsqueda de socorro para enfrentar las vicisitudes de la vida?

El salmista se dio cuenta que su socorro no podía provenir de esos montes. Debía mirar más arriba, a un Dios no hecho de madera, no fabricado sobre piedra, sino a un Dios Creador. La fe de toda criatura angustiada encuentra asidero firme únicamente cuando descubre a su Creador, y ve que es la fuente de toda misericordia y compasión (Sal 124:7-8). "No dejará que tu pie resbale", continúa el salmista, "ni se dormirá el que te guarda. No se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. El Señor es tu guardián... El Señor te guardará de todo mal, él guardará tu vida. Guardará tu salida y tu entrada, ahora y siempre" (Sal 121:3-5,7-8).

Posteriormente, por orden divina, Salomón construyó un templo para Dios que sirvió de centro de toda adoración terrenal. Lo construyó también sobre una montaña que se identificó como el monte Sión. El hijo de David entendió, sin embargo, que aunque la mirada de los israelitas debía dirigirse a ese templo sobre el cual Dios descendió, la respuesta divina al clamor de su pueblo provendría, en realidad, de más arriba, del cielo mismo, del templo de Dios que está en el cielo y en donde está su palacio real para todo el universo, la sede de su gobierno universal. Lo expresó con palabras claras y definidas en la oración que elevó a Dios al inaugurar su templo terrenal.

1 Rey 8:30,45: "Oye, pues, la oración... de tu pueblo... cuando oren en este lugar. Oye desde tu morada, desde los cielos. Escucha y perdona...", "y hazles justicia".

En toda esa larga oración, Salomón insiste en forma incesante, que Dios oye y responde desde su morada celestial. En ella podemos ver al Dios que viene a morar en medio de su pueblo mediante su Espíritu y, no obstante, sigue siendo el Dios del cielo, cuya morada real está más allá del monte Sión terrenal. Así lo entendían los israelitas cuando expresaban que el Dios de ellos es no sólo Dios de la tierra, sino también del cielo.

Deut 4:39: "Por lo tanto, reconoce hoy y medita en tu corazón que el Señor es Dios, arriba en el cielo y abajo en la tierra. No hay otro" (véase Jos 2:11).

Isa 66:1: "El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Dónde está la casa que me habréis de edificar?"

Aunque para hacer consciente a su pueblo de cuán cerca estaba de ellos, Dios le exigió construirle un templo en su medio (Ex 25:8), dejó bien claro que la sede de su gobierno, su palacio real del universo, está en el cielo (Deut 26:15). Es a ese lugar de su trono, que está por encima de todas las montañas terrenales, que pueden recurrir los atribulados hijos suyos por socorro.

Sal 102:19: "Miró el Señor desde su altísimo santuario; contempló la tierra desde el cielo, para oír los lamentos de los cautivos y liberar a los condenados a muerte".

Sal 20:1-4: "El Señor *te responda* en el dia de la tribulación, el nombre del Dios de Jacob *te defienda*; *te envíe ayuda desde el Santuario*, y desde Sión *te sostenga*. *Recuerde* todas tus ofrendas [de perdón y gratitud: Lev 2-5], y *acepte* tu holocausto [consagración: Lev 1; Rom 12:1-2]. *Te conceda* el deseo de tu corazón, y *cumpla* todos tus proyectos".

La tensión entre el Dios que mora en nosotros y el que mora en el cielo

Hoy muchos ponen el énfasis en el Dios que mora en medio de ellos, y olvidan que Dios es *trascendente* [está fuera del ser humano], esto es, no *inmanente* a los hombres y sus templos terrenales [no está dentro, como algo propio de ellos]. Aunque Dios se complace en morar mediante su Espíritu en los corazones humanos, éstos pueden rechazarlo y endurecer su corazón. En este respecto muchos se engañan. Creen que porque una vez Dios descendió en el corazón humano ya está allí, y es algo que pertenece incondicionalmente a los que fueron así bendecidos.

Los casos más extremos de esta tendencia se ven en ciertas religiones asiáticas que adoptan una creencia *panteísta* [Dios está en todo, es todo]. Terminan deificando al ser humano y a todo objeto creado. Pero también entre los cristianos se percibe una corriente semejante. Las denominaciones cristianas que ponen todo su énfasis en la experiencia personal con Dios, conducen a menudo al hombre a mirarse a sí mismo, y a buscar en sus sentimientos, en sus vidas y en los milagros, la fuente de su fe. Tienden a olvidar que Dios tiene su morada en los cielos, y que vendrá en lo futuro para juzgar su creación.

Pero la fe no es sentimiento, emoción. Puede involucrar todo eso, pero es más que eso. Es precisamente cuando no tenemos emociones y estamos abatidos que debemos ejercer fe. Nuestra fe en Dios no debe depender de milagros, de cosas grandiosas o sobrenaturales. Debe depender de las promesas de Dios tal cual las dejó escritas en su Palabra. Debo creer en lo que Dios prometió en la Biblia, y obrar en consecuencia, sea que lo sienta o no lo sienta.

Hubo una época en que los judíos confiaron tanto en el arca que estaba en el lugar santísimo del tabernáculo terrenal, que cuando se la robaron los filisteos su corazón desmayó (1 Sam 4:17,21-22). Se sentían tan cómodos y seguros con la presencia de Dios en medio de ellos, morando en el templo terrenal, que cuando los babilonios se lo destruyeron más tarde, compusieron el acongojado y desfalleciente Salmo 137: "Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos, y hasta llorábamos al recordar a Sión" (v. 1).

Jeremías escribió también sus Lamentaciones, expresando a lo vívido lo que realmente entendían de esa destrucción. El eslabón que unía el templo terrenal con el celestial se rompió, y eso lo sentían ellos como ser arrojados del cielo a la tierra. Les parecía que no podían contar más con ese privilegio de tener entre ellos al Dios del cielo y de la tierra.

Lam 2:1,7: "¡Cómo oscureció el Señor en su enojo a la bella Sión! Derribó del

cielo a la tierra la hermosura de Israel. No se acordó del estrado de sus pies en el día de su enojo". "El Señor desechó su altar, menospreció su Santuario, entregó al enemigo los muros de sus palacios..."

Dios permitió, finalmente, que los cautivos volviesen de Babilonia, y le reconstruyesen ese antiguo templo en ruinas. Pero, a diferencia del templo que había construido Salomón, Dios no hizo descender su gloria sobre ese segundo templo. Fue así como Dios buscó evitar que su pueblo pusiese tanto su mirada sobre su presencia espiritual presente, que olvidase que es el Dios que va a venir. Aunque, como Jesús más tarde a sus discípulos, les prometió estar en medio de ellos mediante su Espíritu (Ag 2:5; Mat 28:20; véase Ezc 11:16), debieron aprender a esperar el descenso de esa gloria visible para el futuro (Ag 2:6-9; Zac 2:10; Mat 16:27; Juan 14:3). ¡Sí, no debían temer, porque Dios estaría con ellos! Pero debían adorar por fe, mirando hacia delante y hacia arriba, de donde vendría su socorro final.

¿Qué nos enseña esta historia? Que mientras estemos en este mundo de pecado, deberemos velar para mantener fresca en nuestra conciencia la realidad del Dios presente que mora en el alma humana, y del Dios que va a venir para juzgar a su pueblo. El hecho de que esté hoy presente no significa que lo estará automáticamente siempre. El Dios que vendrá para juicio reconocerá únicamente a aquellos en quienes su Espíritu permaneció hasta el fin, dándoles el aliento de vida espiritual que necesitaban para mantenerse firmes en la fe (Mat 24:13).

[Hay quienes hoy se van al otro extremo. Miran tanto hacia arriba y hacia delante que olvidan que el Señor está aquí también, mediante su Espíritu, "todos los días hasta el fin del mundo" (Mat 28:20). Nuestra vida debe reflejar un equilibrio entre los dos extremos. Si esto no se ve y el creyente se apasiona únicamente en los sucesos del fin, terminará hablando de un Dios futuro y temible, aún lejano, sin relevancia para la hora actual. Por esta razón, el Señor vuelve a decirnos, como a los antiguos, que tiene toda autoridad tanto en el cielo como en la tierra (Mat 28:18). Es el Dios no sólo del futuro, sino también del presente].

2. El clamor que llega hasta el cielo

[¿Hasta dónde llegan los clamores de los que sufren en la tierra? (Ex 2:23-25; 3:7-9; 22:26-27; 1 Sam 9:16; Sal 18:6; Neh 9:27-29)].

En la civilización occidental, tan marcada por el individualismo, los hombres se afanan por lograr independencia económica y social. Piensan que cuanto menos puedan depender de otros, tanto mejor les irá. Y cuanto más grande sea el capital que puedan juntar, más libres podrán vivir.

Aunque la independencia total no existe, hay quienes llegan al extremo de volverse ermitaños en el afán de librarse de toda responsabilidad para con los demás. Hay también quienes logran cierto nivel económico y social que les permite vivir sin depender de mucha gente. Por el contrario, son otros menos afortunados los que terminan dependiendo de ellos. Siendo que pocos son los que pueden llegar y permanecer en la cima, la mayoría queda rezagada en bienes económicos. En gran medida, la intensidad del clamor de los

que sufren depende del trato que reciben de los que están más arriba de ellos. Y en épocas de crisis y de violencia, ese trato se vuelve más duro e inmisericorde.

En la historia bíblica y de la humanidad, ciertas épocas quedaron más marcadas que otras por el sufrimiento. Se trató siempre de épocas en las que los grandes imperios o reinos procuraron dominar las conciencias y las vidas de los demás. Así pasó con los israelitas en los comienzos de la historia de Israel, cuando fueron esclavizados en la tierra de los faraones. Su angustia fue tal que su clamor fue escuchado por el cielo, y lo movió a intervenir.

Ex 2:23-25: "Después de muchos días el rey de Egipto murió, y los israelitas suspiraban a causa de su servidumbre. Clamaron debido a su servidumbre, y *su clamor subió hasta Dios*. Dios *oyó* su gemido, y *se acordó* de su pacto con Abrahán, Isaac y Jacob. Y *miró* Dios a los israelitas y *reconoció* su condición".

Dios llamó entonces a Moisés para liberar a su pueblo. En él se iba a manifestar el poder de Dios de una manera especial, por lo cual Moisés pasó a ser recordado en la historia bíblica como el gran libertador del antiguo pueblo de Israel (Hech 7:35).

Ex 3:7-10: "El Señor le dijo: '*He visto* la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, *he oído* el clamor que les arrancan sus opresores, pues *conozco* sus angustias. Y *he descendido a librarlos* de mano de los egipcios, y *a sacarlos de este país* para llevarlos a una tierra buena y espaciosa, que mana leche y miel... El clamor de los israelitas *ha llegado hasta mí*, y he visto la opresión con que los egipcios los maltratan. Por tanto, ve, yo te envío a Faraón, *para que saques de Egipto a mi pueblo*, a los israelitas".

Años después, Israel era oprimido nuevamente, esta vez por los filisteos. Clamaron al Señor, quien volvió a apiadarse de ellos. No intervino directamente, sino que lo hizo a través de un hombre a quien llamó para ser rey de su pueblo. Le dijo a Samuel, el sumo sacerdote:

1 Sam 9:16: "Mañana a esta hora, enviaré a ti un varón de Benjamín, a quien ungirás por príncipe sobre mi pueblo Israel. El salvará a mi pueblo de mano de los filisteos. Pues *he mirado* a mi pueblo, su *clamor ha llegado hasta mí*".

Un socorro oportuno

Cuando tenía nueve años, al volver caminando de la escuela, debía pasar por una cuadra en Buenos Aires donde de tanto en tanto había un chico más grande que me provocaba y desafiaba para asustarme delante de otros niños con quienes jugaba. Algunas veces yo daba un rodeo para evitar encontrarme con él. Cierta vez, cuando ví que no podía escapar, le dije a mi hermanito menor que él no se detuviera, que siguiera adelante cuando yo me enfrentase con el "matón", y que nos íbamos a reencontrar más adelante. Cuando el "pibe" malo obstruyó mi paso y me desafió, le dí un puño en la cara repentinamente y salí corriendo. Pero mis piernas eran más cortas que las de él. De manera que la distancia que pude sacarle luego de liberarse él de su estupor, comenzó a acortarse bien pronto.

Ese niño vivía a media cuadra de una estación de ferrocarril, por lo que me metí en el andén [en esa época se podía]. Al ver que me alcanzaba, me arrojé sorpresivamente sobre el cuerpo de un "señor" joven que venía caminando. Ante su sorpresa le pedí que sujete a mi adversario para que no me pegase, hasta poder tomar suficiente distancia para que no me alcanzase.

Fue todo tan rápido que el hombre joven, naturalmente más propenso a defender al más chico, apenas me soltó para prender a mi contrincante mayor que me iba a pegar aún en los brazos de mi protector repentino. Corrí entonces tan rápido como pude, convencido de que el tiempo del que disponía era tan limitado como el que le llevaría a mi perseguidor contarle a mi protector desconocido lo que yo le había hecho. Recuerdo que a cierta distancia me dí vuelta para mirarlos, y ví cómo los dos me miraban. El "señor" joven riéndose y mi "enemigo" furioso reclamando que ese señor lo soltase porque yo le había pegado primero. "¿Lo suelto o no lo suelto?", gritó riéndose mi "salvador" providencial. "¡No, todavía no!", le grité. Pocos instantes después lo soltó a las risas, pero ya era demasiado tarde para alcanzarme.

Hace poco me tocó a mí ser el socorro para un muchachito de trece años que había bautizado hacía unos días atrás. Su hermano menor, de doce años, lo perseguía a la salida del culto para pegarle. El mayor se puso detrás mío usándome de escudo, mientras me decía: "¡Pastor, pastor! ¡Defiéndame de mi hermano menor porque yo me bauticé y no le puedo devolver!"

Luego de bautizarnos, el diablo busca por todos los medios romper la paz que tenemos. Es capaz de hacerlo, a veces, de la manera más irrisoria y ridícula. Pero debemos persistir y buscar socorro del Señor. El apóstol Santiago entendió esto cuando dijo: "Resistid al diablo, y huirá de vosotros" (Sant 4: 7).

A veces encontramos socorros humanos. Pero no siempre es así. ¿A quién recurrir entonces? En su desesperación, algunos ratoncitos buscan refugio en la cueva de una víbora. Así sucede con los que recurren a hechicerías y ciencias ocultas. Algo semejante se da con quienes recurren a movi-

mientos carismáticos y milagreros. Nunca olvidemos destacar que el único que es tanto Dios en el cielo como en la tierra, es el Dios de la Biblia. El tiene poder, y quiere ponerlo a disposición de sus hijos que claman a él por liberación.

La mayor liberación que necesitamos es la del pecado, del odio, del rencor, de la sensualidad, y de todo mal sentimiento. Pero también se complace el Señor en liberarnos de quienes buscan nuestro mal.

Dios podrá escoger a un hombre como Moisés, Gedeón o Samsón para liberar a su pueblo. Podrá nombrar a un rey como Saúl o David para dar reposo a su pueblo. Incluso podrá escoger un ejército extranjero como lo fue el de Persia, que liberó a los cautivos hebreos de Babilonia y les permitió regresar a la tierra que una vez Dios les había otorgado. Pero el verdadero libertador es Dios mismo. El se mueve en sus providencias de mil maneras diferentes. A menudo nos sorprende por la manera en que interviene, porque no lo hace siempre tal cual se lo pedimos.

David entendió que el verdadero libertador es Dios mismo. A veces Dios interviene en forma directa. Otras lo hace a través de instrumentos humanos, o aún de animales como los cuervos que alimentaron a Elías, o a través de la naturaleza. Siendo que le tocó vivir en tiempos de violencia y guerra, siendo él mismo comisionado por Dios como libertador de su pueblo, en muchos de sus salmos David alabó y agradeció a Dios por su salvación.

Sal 18:1-3,6,48: "Te amo, oh Señor, fortaleza mía. Señor, roca mía, castillo mío y *mi libertador*; Dios mío, fortaleza mía, *en quien me refugio.* Mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio. Invocaré al Señor, digno de ser alabado, y seré salvo de mis enemigos". "En mi angustia invoqué al Señor, *clamé a mi Dios.* Y *él oyó mi voz desde su templo*, y *mi clamor llegó ante él a sus oídos*". "Me libra de mis enemigos y me eleva sobre mis adversarios. ¡Tú me salvas de los hombres violentos!"

Sal 40:17; 144:2: "Aunque estoy afligido y necesitado, el Señor *pensará en mí*. Mi ayuda y *mi libertador* eres tú. ¡Dios mío, no te tardes!" "El es mi amante Dios y *mi castillo, mi Fortaleza y mi Libertador; Escudo mío*, en quien me refugio, el que somete a los pueblos ante mí".

¿Oprimidos u opresores?

Como hijos de Dios y como pueblo suyo, podemos pensar en los que nos oprimen como siendo enemigos del Señor. En otras palabras, los que buscan nuestro mal no serían siervos de Dios, sino gente que no lo conoce, impíos, paganos y cualquier otro adjetivo negativo que encontremos. Lamentablemente eso no siempre es así. Nuestros opresores pueden provenir de los más altos rangos directivos de la iglesia, como lo fue Saúl quien persiguió a David para matarlo, o los dirigentes de la nación judía que buscaron la muerte del Hijo de Dios, y luego la de sus discípulos.

Y, ¿qué decir de nosotros? ¡Nosotros que pedimos a menudo liberación! ¿Será que nunca nos transformamos en la causa de la aflicción de otros? ¿Nunca nos volvimos como el deudor que clamó por misericordia al rey, pero luego oprimió a otro más pobre que, a su vez, le debía una suma inmensamente menor? (Mat 18:21-35). Por tal razón, el Señor se dirigió a su pueblo a través de Moisés, con las siguientes palabras:

Ex 22:26-27: "Si tomas en prenda el vestido de tu prójimo, a la puesta del sol se lo devolverás. Porque es su único abrigo para cubrir su cuerpo al dormir. *Cuando clame a mí, yo lo oiré*, porque soy compasivo".

Dios se apiada de sus hijos que sufren, no los olvida, oye su clamor. De acuerdo con todos estos pasajes, es evidente que Dios permite, a veces, que pasemos por circunstancias apremiantes para probar nuestra fe. Le agrada que recurramos a él, que con fe y confianza clamemos por liberación. Si nos mantenemos firmes y fieles, en el momento en que más lo necesitamos nos demostrará, fuera de toda duda, que su mano está presta para socorrernos y liberarnos. ¿Cuál es el resultado de esa experiencia? Una fe más fuerte, más sólida, más inconmovible. Usando las palabras de David, Dios nos pone en circunstancias tales, sobre una roca que nadie puede remover.

E. G. White: "En diversas edades el Señor ha hecho conocer la forma en que obra... en el caso de naciones, familias e individuos, permitió a menudo que las cosas llegaran a una crisis, y entonces su intervención se efectuó en forma notable. En esas ocasiones él ha manifestado que hay un Dios en Israel que hará que su ley permanezca incólume y defenderá a su pueblo. En este tiempo en que prevalece la iniquidad, podemos saber que la última crisis está por llegar. Cuando el desafío a la ley de Dios sea casi universal, cuando su pueblo esté oprimido y afligido por sus semejantes, el Señor se interpondrá" (*LPGM*, 165).

"Las oraciones fervientes de su pueblo serán respondidas; porque a él le agrada que su pueblo lo busque con todo su corazón, y dependa de él como su libertador. Lo buscarán para que haga todas esas cosas por su pueblo, y se levantará como protector y vengador de su pueblo. La promesa es: '¿No vengará Dios a sus elegidos, cuando claman a él día y noche? ... Os digo que los vengará con prontitud'" (*RH*, 6-15-97).

"Nuestro amado Salvador nos enviará ayuda en el momento mismo en que la necesitemos... El Señor permite los conflictos a fin de preparar al alma para la paz... Es el momento en que todo verdadero creyente debe mirar hacia arriba a fin de que por la fe pueda ver el arco de la promesa que le envuelve" (*CS*, 691).

Neh 9:27-31: "En el tiempo de su tribulación clamaron a ti, y tú desde el cielo los escuchaste. Y según tu gran compasión les enviaste libertadores, que los salvaban de la mano de sus enemigos. Pero apenas alcanzaban reposo, volvían a obrar lo malo ante ti. Por eso los dejaste en mano de sus enemigos, que los dominaban. Pero volvían a ti, y *tú desde el cielo los oías*, y según tu compasión *muchas veces los libraste*. Los amonestaste a volver a tu Ley, pero ellos procedieron con soberbia, y no oyeron tus Mandamientos, sino que pecaron contra tus juicios que dan vida al que los obedece. Tercamente te dieron la espalda, endurecieron su cerviz, y no escucharon... Por eso los entregaste en mano de los pueblos de la tierra. Sin embargo, por tu misericordia no los consumiste, ni los dejaste; porque eres Dios clemente y misericordioso".

¿Hasta dónde llegan nuestros clamores al Señor? Hasta su templo que está en el cielo. Desde lo alto de su trono celestial él escucha, ve, considera, y obra de acuerdo a la necesidad y sinceridad de cada cual. Y aunque los hombres son tan a menudo ingratos, su compasión y fidelidad se mantienen de generación en generación.

3. La maldad de los hombres llega también al cielo

[¿Hasta dónde llega el informe de la maldad de los hombres? (Gén 18:20-21; 19:13; Jon 1:2; Jer 51:9; Apoc 18:5)].

Uno de los mayores esfuerzos de los hombres se centra en salvar la imagen, las apariencias. Tanto en el terreno individual como en el colectivo, todos buscan que se los mire de la mejor manera. Familias, instituciones políticas, sociales, económicas y religiosas y gobiernos, quieren salvar la forma a toda costa. Si no lo logran pueden perder credibilidad y, en última consecuencia, la efectividad de sus proyectos. Numerosos periodistas católicos comprometidos con la iglesia romana han manifestado que no debiera darse publicidad a los escándalos morales de su clero porque eso daña la reputación de la iglesia. El prestigio es algo que nadie quiere perder.

En este sentido, cuanto más falsa e hipócrita se vuelva una fe (por no decir iglesia), tanto más mal representará a Dios. Es típico de los que ostentan santidad para ocultar sus vidas depravadas, pretender que Dios es tan santo que no se entromete en las inmundicias humanas. Prefieren poner a Dios y a su Hijo en la última escala de una gran cadena de intercesores secundarios, para arreglárselas con difuntos que fueron presuntamente tan inocentes como para poder hacerles tragar todo lo que le piden sin regenerar su corazón. Mientras que a Dios no pueden engañar, a otros seres humanos presuntamente santificados pueden hacerles creer cualquier cosa.

Dentro de este contexto, se ha visto un afán excesivo por salvar la imagen divina de santidad. Siendo que "santo" significa "apartado" o "separa-

do" para una misión especial o para describir un carácter puro, se ha pretendido que en la presencia divina no puede haber nada que ensucie, nada que contamine. Sin embargo, la Biblia es clara en afirmar que la maldad de los hombres también llega al cielo, y mueve a Dios a intervenir. Aunque es cierto que Dios no es responsable de la inmundicia humana, se lo ve a menudo asumiendo la maldad de su pueblo, con el propósito de liberarlo de la carga del pecado. Todo esto tiene un límite. El día debía llegar en que los registros de su casa fuesen limpiados, los que invocasen su nombre vindicados por el sacrificio expiatorio, y Dios mismo declarado inocente (Lev 16:16-19; Sal 51:4; Heb 9:23,27; Rom 3:4; 8:33-34).

Ya antes de hacer un pacto con su pueblo, Dios descendió para comunicar a Abraham que la hora crucial había llegado para Sodoma y Gomorra. Toda persona, toda ciudad, todo pueblo tiene un límite de paciencia que no puede sobrepasar ¿Por qué descendió en ese momento? ¿Qué lo movió a actuar? La respuesta la da el Señor primero a Abraham, luego a su sobrino Lot una vez que llegan los mensajeros divinos a la ciudad que va a ser sentenciada.

Gén 18:20-21: "El Señor dijo a Abraham: 'Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo, iré a ver si han consumado su obra según el clamor que *ha venido hasta mí*. Si no, lo sabré".

Gén 19:13: "Vamos a destruir este lugar, por cuanto el clamor contra ellos *ha subido de punto ante el Señor*. Por eso él nos ha enviado a destruirlo".

Dios comisiona a Lot para advertir al resto de su familia lo que va a ocurrir. Le da la oportunidad de escapar antes que el desastre caiga sobre el lugar. Hay un clamor que sube de los que sufren en un medio tal, aunque no pertenezcan al pueblo de Dios. El cielo siente sobre sí la responsabilidad de terminar con un cuadro aterrador para el cual ya no hay más remedio. El clamor sube ante Dios, aumentado y agravado en extremo, a tal punto que Dios no puede quedar más impasible.

Siglos más tarde el Señor comisionó a Jonás para advertir a la población de Nínive que la ciudad va a ser destruida. Se apareció a él con palabras semejantes.

Jon 1:2: "Levántate, ve a Nínive, a esa gran ciudad, y pregona contra ella; porque su maldad *ha subido ante mí*".

Posteriormente le tocó el turno al profeta Jeremías profetizar algo semejante con respecto a Babilonia. Se anticipó a su destrucción cuando ese imperio del mal estaba en su apogeo.

Jer 51:9: "Curamos a Babilonia, y no sanó. Dejadla, y vámonos cada uno a su tierra; porque *ha llegado hasta el cielo su juicio, y se alzó hasta las nubes*".

¿Son éstas, cosas que ocurrieron en el pasado pero que hoy no ocurren más? ¿Ha dejado Dios de llevar la cuenta de la maldad de las naciones? ¿Se-

rá que, después del amor divino revelado en la cruz del Calvario, el "amor" de Dios es tan grande que ya no presta atención a la crueldad de los hombres, de las familias, de los pueblos y de los países que pueblan la tierra?

San Juan en el Apocalipsis, en el último libro de la Biblia, se expresó en términos semejantes a los de Jeremías, esta vez en relación con el imperio romano. Roma repetiría la historia de Babilonia, a tal punto que el nombre del antiguo reino mesopotámico le fue aplicado simbólicamente a esa gran ciudad del imperio occidental.

Apoc 18:4-5: "Y oí otra voz del cielo que decía: '¡Salid de ella, pueblo mío, para que no participéis de sus pecados, y no recibáis de sus plagas! Porque sus pecados *se han amontonado hasta el cielo*, y Dios se acordó de sus maldades".

Nada escapa al escrutinio divino. Aunque a veces parezca no ver ni oír, cuando las cosas maduran a tal punto que en su sabiduría el Señor siente que debe intervenir, desciende del cielo, de lo alto de su morada para destruir la ciudad maldita, y hacer justicia en respuesta al clamor que sube de los que son oprimidos en ese lugar.

4. Un atentado contra Dios

[¿Contra quién, en realidad, obran mal los opresores del pueblo de Dios? (2 Rey 19:22; 2 Crón 32:20-22; Jer 50:14; Zac 2:8; Mat 25:40,45)].

Vimos que, aunque el instrumento humano puede ser un hombre elegido por Dios para producir liberación, es Dios mismo el verdadero Libertador. Algo semejante sucede con los que causan daño a los hijos de Dios. Los hombres podrán pensar que oprimen a seres humanos únicamente. No saben que al atacar al pueblo de Dios, hieren en realidad, al Señor de ellos.

Esto se vio nítidamente cuando el imperio asirio atacó a Israel en tiempos de Ezequías, desafiando al Dios de Israel y a su ungido. El rey, junto con todo el pueblo, clamó a Dios quien respondió, mediante el profeta Isaías, con las siguientes preguntas que mandó dirigir al altivo rey de Asiria:

2 Rey 19:22: "¿A quién has injuriado y blasfemado? ¿Contra quién has levantado tu voz y tus ojos? *Contra el Santo de Israel*"

2 Crón 32:20: "Por eso el rey Ezequías y el profeta Isaías... oraron y clamaron al Cielo. Y el Señor envió un ángel que destruyó a todo valiente y esforzado, y a los jefes y capitanes del campamento del rey de Asiria, quien tuvo que volver a su tierra lleno de vergüenza. Y cuando entró en el templo de su dios, sus propios hijos lo mataron a espada. Así el Señor salvó a Ezequías y a los habitantes de Jerusalén de mano de Senaquerib rey de Asiria, y de mano de todos. Y les dio paz por todas partes".

La historia se repite con otros términos en relación con el siguiente imperio que se levantó contra el Señor, el imperio de Babilonia. A través del profeta Jeremías, Dios anticipó la caída de ese reino enemigo que destruyó el templo de Israel e injurió al Dios del cielo.

Jer 50:14: "Poned el cerco contra Babilonia alrededor. Todos los arqueros, tirad contra ella, no escatiméis las saetas; porque *pecó contra el Señor*".

También Zacarías, en la época de la reconstrucción de Jerusalén y de su templo, cuando muchos cautivos eran todavía retenidos en Babilonia, exhorta de parte de Dios a escapar de esa ciudad que había caído en manos de los persas, y que iba a ser completamente destruida más tarde. Ante el temor de recibir represalias por escapar, el profeta los anima con las siguientes palabras:

Zac 2:7-8: "Hijos de Sión, que habitáis en Babilonia, escapad! Porque así dice el Señor Todopoderoso cuya gloria me envió a las naciones que os despojaron, porque *el que os toca, toca a la niña de su ojo*" (véase Deut 32:10).

La niña del ojo es el puntito negro que está en el centro mismo del ojo. Es el lugar que más cuidamos. Cualquier cosa que pueda afectarlo nos lleva a cerrar instintivamente los párpados para protegerlo. Tal es el interés que el Señor manifiesta por los que humildemente recurren a él por liberación. Los guarda y los protege como cualquiera de nosotros lo haría con su propio ojo porque, en realidad, se duele por todo lo que nos hacen a nosotros. Y aunque no siempre lo percibamos, a la postre veremos que tanto lo bueno que los hombres hagan al pueblo de Dios, como lo que dejen de hacerles según su deber, habrá sido considerado como habiéndolo hecho o dejado de hacer a Dios mismo.

En el día de ajustes final, se verá lo que Jesús anticipó en relación con el trato de apoyo o indiferencia para con sus hijos necesitados. El resultado será la recompensa que el Rey dará a esos actos de bondad, y el castigo eterno a los que despreciaron a su pueblo menesteroso.

Mat 25:40,45: "El Rey les dirá: 'Os aseguro, cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis'..." Y a los otros "responderá: 'Os aseguro que al no hacerlo a uno de estos más pequeños, dejasteis de hacérmelo a mí".

5. Nuestro lugar de socorro actual

[¿Hacia dónde debemos mirar hoy por liberación? (Heb 4:14-16; Col 3:1-4)].

Jesús y la mujer Samaritana se encontraban frente al monte Gerizim, donde estaban las ruinas de un culto competidor idolátrico. Sabiendo que Jesús era judío y que la sede de su religión estaba en el templo de Jerusalén, la mujer samaritana le preguntó dónde había que ir para encontrar a Dios. Su pregunta reveló el problema que todavía tenían tanto samaritanos como judíos. Querían seguir atándose a lugares terrenales de culto. Miraban montes terrenales. No se daban cuenta de que, como David, debían mirar más arriba de los montes terrenales en donde los hombres construyen sus templos. Ellos querían un Dios presente y aquí abajo. David miró más allá y reconoció a su Creador. Por eso Jesús dijo a la mujer samaritana:

Juan 4:21,23-24: "Mujer, créeme, la hora viene, cuando ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre... La hora viene, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Estos adoradores son los que el Padre busca. Dios es Espíritu. Y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad".

La destrucción del templo de Jerusalén por los romanos, predicha claramente por Jesús cuarenta años antes (Mat 24:1-2), iba a ayudar a los judíos y gentiles que se convirtiesen al Señor a cifrar más sus esperanzas en las cosas de arriba que en las de la tierra. Su mirada debía continuar siendo puesta en el futuro y en el cielo. En la destrucción de Jerusalén con su templo terrenal, debían ver la destrucción del mundo entero que se habría negado a mirar hacia el templo celestial, único lugar seguro de refugio de su pueblo (véase Sal 27:4-5).

¿De dónde debía esperar su socorro el pueblo de Dios entonces? Del templo celestial en donde está el trono de Dios, y en donde Jesús oficia como príncipe y sumo sacerdote de su pueblo en la tierra.

Heb 4:14-16: "Por tanto, siendo que tenemos un gran Sumo Sacerdote, que entró en el cielo, a Jesús, el Hijo de Dios, retengamos la fe que profesamos. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de simpatizar con nuestras debilidades; sino al contrario, fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, con segura confianza al trono de la gracia, *para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*".

Heb 8:1-2: "Lo principal de lo que venimos diciendo es que tenemos un Sumo Sacerdote que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en el cielo; y es ministro del Santuario, de aquel verdadero Santuario que el Señor levantó, y no el hombre".

Heb 7:25: "Por eso Jesús puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder por ellos".

¿Cómo puede adorarse en ese templo? ¿Cómo pueden dirigirse los habitantes de la tierra a un edificio que está tan alto que no pueden verlo? Sólo por la fe, invocando el nombre de Jesús, ya que no pueden tocar todavía ese edificio que sólo verán y tocarán en el futuro. Por eso Jesús dijo a la mujer samaritana, que los verdaderos adoradores adoran a Dios "en espíritu". Esa

fue una verdad que siempre existió. Pero siendo que la tendencia humana es buscar representaciones terrenales y depender de lo que ven y tocan aquí en la tierra, llegaba ya el momento en que Dios iba a retirarles esto último, para que pudiesen mirar más a lo que únicamente se ve y se toca por fe.

> **Col 3:1-4:** "Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra... Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria".

Esa verdad que Pablo enfatizó, ya la conocía el antiguo rey y poeta David. Los que dirijan su mirada hacia el templo celestial donde Jesús intercede por nosotros ante Dios, encontrarán muchas veces oportunidades para exclamar como David:

> **2 Sam 22:7:** "En mi angustia invoqué al Señor, clamé a mi Dios, y desde su templo oyó mi voz, mi clamor llegó a sus oídos".
>
> **1 Ped 3:12:** "Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos están atentos a sus oraciones".

Los que se niegan a aprender la lección

Aunque les queda únicamente el Muro de los Lamentos de la explanada que agregó Herodes al antiguo Monte del Templo, muchos judíos continúan soñando con ir a Jerusalén. Confían en que Dios la restablecerá algún día en el futuro, tanto en su aspecto religioso (su templo), como en su aspecto real con la venida del Mesías prometido. Mientras tanto, consideran que su peregrinación terrenal se completa cuando van a Jerusalén.

Pero, ¿qué decir de los cristianos? Una vez destruida la antigua Jerusalén y su templo, ¿hacia dónde iban a dirigir su mirada? ¿Tendrían aquí una ciudad terrenal hacia la cual peregrinar para encontrar la bendición divina? ¿Dónde quedó la sede del gobierno divino en la tierra? ¿Anticipa la Biblia un lugar fijo en la tierra donde Dios se haría ver por un representante suyo en forma especial?

A diferencia de los judíos, los católico-romanos miran hoy hacia Roma. Una peregrinación al Vaticano es el sueño mayor al que aspiran millones de fieles de esa fe. Llaman a Roma, como los paganos antiguos al referirse a ella, "la ciudad eterna". De allí que sus esperanzas están puestas en forma especial en esa ciudad terrenal, y en todo lo que se hace allí.

¿Dónde dice la Biblia que Roma sería el centro de operaciones de Dios sobre la tierra, y que iba a durar para siempre? Por el contrario, los cristianos que leían el Apocalipsis la consideraban una segunda Babilonia. En la pomposidad de esa antigua ciudad mesopotámica, con todas sus hechicerías y sacrilegios, y en su destrucción posterior, veían la corrupción y destrucción finales de Roma. No podían quedarles dudas de que Roma era e iba a serlo en una magnitud mayor, el santuario de los demonios y de toda ave inmunda y aborrecible de la tierra (Apoc 18:1-4; cf. 17:1-6). Era allí que iba

a levantarse el anticristo impostor, que pretendería ser el vicario de Dios y de Cristo sobre la tierra (Apoc 13:2; 17:3,9; véase 2 Tes 2:3-4).

Durante varios siglos, a pesar de haber quedado el templo de Jerusalén en ruinas, muchos cristianos en el mundo occidental continuaron haciendo como los judíos. Cuando oraban, ponían sus rostros hacia el oriente, en donde estaba la antigua Jerusalén. Parecía costarles mirar única y exclusivamente hacia arriba, hacia "el monte Sión, la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial" (Heb 12:22), donde está el templo de Dios y en donde Jesús espera nuestra plegaria para interceder por nosotros ante su Padre (Heb 12:24). Querían todavía mirar hacia arriba mediante aquella antigua ciudad en ruinas. Hasta que vino el gran usurpador predicho, y desvió la mirada de la mayoría de los cristianos hacia Roma.

Un siglo después de lograr el obispo de Roma el reconocimiento político que antes se otorgaba al emperador, surgió otra religión que tendría como propósito desviar la atención de la gente de nuevo, hacia una ciudad terrenal. En efecto, a partir del S. VII, miles y finalmente millones de musulmanes comenzaron a peregrinar hacia otros santuarios, y finalmente hacia La Meca, para obtener la bendición divina que buscaban. Desde entonces, las guerras de religión entre judíos, cristianos y musulmanes por preservar como supremas sus sedes terrenales de culto, se volvieron innumerables a través de los siglos. No aprendieron la lección, ni quieren aprenderla aún hoy. No ven que toda esperanza y sueño que se centre sobre la tierra, está destinado a una ruina y desolación eternas. "La hora viene, y ahora es", dijo Jesús a la mujer samaritana que creía en un culto rival, "cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad".

¿Qué es la verdad?

Jesús "es la verdad, el camino y la vida" (Juan 14:6). Hay que aceptarlo como nuestro mediador si queremos encontrar acceso a Dios en los cielos, y obtener vida eterna. La Palabra de Dios que se encarnó en su vida, es la verdad. En su oración sacerdotal Jesús se dirigió al Padre diciéndole: "Santifícalos en la verdad. Tu Palabra es verdad" (Juan 17:17). Y a la multitud que se alimentó con los panes y los peces que Jesús multiplicó, le dijo algo semejante a lo que había dicho a la mujer samaritana: "las palabras que yo os he hablado, son espíritu y son vida" (Juan 6:63). En otras palabras, para adorar a Dios en espíritu y en verdad, se requiere que lo hagamos conforme a la Biblia, la Palabra viva de Dios.

El problema del mundo en los días que precederían a su destrucción, sería que pretendería servir a Dios e incluso conocerlo, a pesar de negarse a guardar sus mandamientos. Ese sería el mayor engaño. Por eso advirtió el apóstol Juan que "el que dice: 'yo lo conozco', y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y *la verdad no está en él*" (1 Juan 2:4). Lo que dijo Juan no era otra cosa que lo que había ya dicho antiguamente el rey David cuando declaró: "Todos tus mandamientos son *verdad*" (Sal 119:86). El mundo

se llenaría finalmente de gente que pretendería hasta hacer toda suerte de milagros en nombre del Señor, pero que serían engañados (2 Tes 2:9-10). ¿Por qué? Porque, como lo vemos admirablemente cumplido hoy, habrían rehusado "*amar la verdad*" que los haría salvos (2 Tes 2:10). Por esa razón serían condenados "todos los que no quisieron *creer a la verdad*" (v. 12).

En otras palabras, debemos adorar a Dios "en espíritu", dirigiendo nuestra mirada al templo celestial donde Jesús, nuestro Sumo Sacerdote intercede por nosotros ante Dios. Todo santuario terrenal que se levante para distraer la mirada de ese templo celestial, es impostor. Si los mandamientos divinos no forman la base de ese culto, podemos saber que es falso. No podemos adorar allí ni en espíritu, ni en verdad. Los templos auténticos y genuinos que se levanten aquí para invocar el Nombre de Dios, se caracterizarán por adorar a Dios en espíritu (por fe) y en verdad (enalteciendo la ley de Dios y a Cristo como Salvador).

Conclusión

El ex-presidente argentino Carlos Menem solía hacer algo inusual cuando se encontraba ofuscado y agobiado por las incesantes entrevistas y manejos políticos de su gobierno. Se retiraba de su despacho presidencial por un rato, subía a su avioneta, y daba varias vueltas sobre la ciudad de Buenos Aires. Luego de lo cual bajaba otra vez, y se sentía renovado para continuar su labor. Le venía bien salir de los problemas que debía considerar constantemente desde abajo, y mirarlos desde arriba.

No todos podemos hacer eso, y no necesitamos hacerlo. Alcanza con levantar la vista hacia arriba. Aunque parezca algo tan fácil, la mayoría no lo hace. Suele caminar mirando únicamente hacia abajo y ensimismarse en sus problemas.

¡Por supuesto! No se requiere que nos pasemos la vida entera mirando únicamente al cielo. Pero cuanto más tiempo lo hagamos, descubriremos que mayor fortaleza tendremos para enfrentar los embates de la vida.

El mundo necesita saber que hay un Dios compasivo al que podemos dirigirnos en todo momento de angustia. Necesita saber no solamente que está en todo lugar por su Espíritu, sino que tiene un centro de operaciones en el cielo en donde miles de millones de ángeles están organizados para atender los asuntos humanos. Si los ojos de tantos necesitados y desesperados hijos de Dios se abrieran, podrían ver la comunicación de esos ángeles con el cielo y cuán prestos están a acudir al clamor acongojado de los que sufren. Lo que tienen que hacer es elevar la vista hacia los montes, más allá del sol, hacia el trono de Dios en su templo celestial. El socorro viene para los que invocan el nombre del Señor. ¿Quieres tú hacer lo mismo?

Oración. Padre y Dios santo que estás en el cielo, venimos a ti para invocar tu nombre como lo hicieron tus hijos a lo largo de los siglos, y lo continúan haciendo hoy. Queremos conocerte más, tal como eres, y ver por nosotros mismos cuán bondadoso, misericordioso y compasivo eres para con los que sufren. Enséñanos a

levantar nuestra mirada para contemplarte por la fe en tu trono celestial. Aunque no podamos hacerlo físicamente, dirige nuestra mente para que podamos sentir que estamos adorándote, en realidad, en tu templo celestial, ante la mirada de miles y millones de ángeles que te sirven, y que a tu mandato, pueden obrar en nuestro favor. Danos el privilegio de ser considerados hijos tuyos, ahora y siempre, en el nombre de Jesús, **Amén.**

SECCIÓN II

EL CLAMOR APOCALÍPTICO

Hay dos tipos de clamor en la Biblia que marcan el presente y el futuro de la perspectiva cristiana. El primero lo vimos en la primera parte de esta lección, y tiene que ver con el pedido de socorro para el momento actual. Hay momentos de angustia y agonía cuya respuesta puede ser inmediata o no muy lejana. El alma puede clamar, en ocasiones tales, en forma desesperada por ayuda. Cuando ese clamor es sincero, Dios responde trayendo paz al alma. A veces, eso es, en esencia, todo lo que necesita la persona afligida. Pero puede obrar de tal manera que la causa exterior de su angustia también se disipe.

El clamor apocalíptico se distingue en que proviene de quienes padecieron el martirio y miraron hacia el futuro, hacia una solución final y definitiva. Su clamor por justicia no muere. Por el contrario, llega a la corte final de juicio para una respuesta definitiva. "¿Hasta cuándo, Señor?" (Apoc 6:10; véase Isa 6:11; Dan 8:13), es la plegaria jadeante de quienes fueron torturados, azotados, degollados, quemados vivos, en fin, maltratados de mil maneras mientras peregrinaban por este mundo. Todos ellos, en el momento debido, en un futuro que sólo Dios maneja (Hech 1:6-7), el del fin del mundo, reciben una respuesta completa del Señor.

Microcosmos del fin

Dios proveyó al mundo antediluviano un escape para el justo en ocasión del primer cataclismo mundial (2 Ped 2:5). También proveyó un escape para el "justo" Lot cuando llegó la hora de destruir la ciudad de Sodoma donde vivía (2 Ped 2:7-9). Cuando la corrupción se volvió irrefrenable aún en el mismo pueblo de Dios, la mano protectora divina se retiró permitiendo la destrucción de la nación (2 Crón 36:14-20). Es en un contexto tal que nace la esperanza de un "remanente" (Isa 4:2-6; 6:13, etc), al mismo tiempo que el clamor apocalíptico por una solución final (Isa 6:11).

Los mensajes de los antiguos profetas que previeron, presenciaron y recordaron la destrucción de la nación elegida, iban a tener una proyección doble. Lo que dijesen del pueblo de Dios y del imperio opresor iba a servir de ilustración, figura, prototipo o parábola de la destrucción final del mundo y la redención eterna de los justos. Los sentimientos de los profetas al registrar su dolor y angustia, así como su esperanza en la intervención divina

posterior, debían llevar a los sobrevivientes a mirar más allá del caos presente, a la redención final, a la respuesta más abarcante que Dios dará al clamor de sus hijos de todos los siglos.

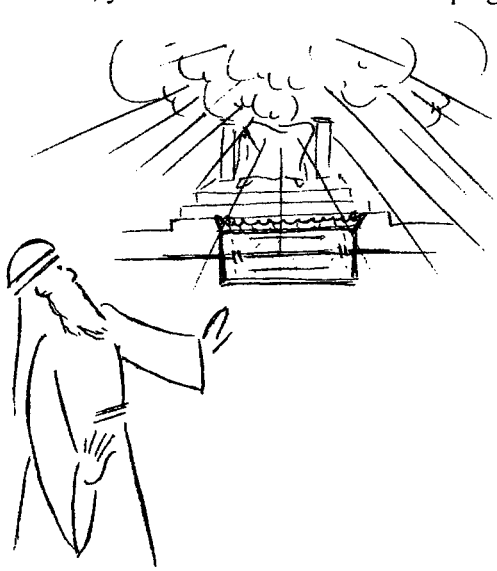
El clamor apocalíptico y la expectación consiguiente tienen que ver, así, con el profundo deseo de que todo este estado presente de cosas termine, y se cumpla la promesa divina de redención final. Dios promete una salvación eterna, pero, ¿hasta cuándo habrá que esperar? Cuando ese clamor apocalíptico brota en el corazón triste y apesadumbrado, es entonces que el alma se acerca y toca las cosas del fin.

6. El clamor apocalíptico de Isaías

[Al captar que la maldad se volvía incontenible en medio de su pueblo, y la dureza de corazón de la mayoría no iba a cambiar, ¿qué clamor apocalíptico levantó el profeta Isaías cuando fue llamado al ministerio profético? (Isa 6: 11-12]

Los fieles que mueren como víctimas de las injusticias y crueldades humanas saben que un día el Señor les hará justicia. Reconocen que no pueden pasar por este mundo recibiendo todos los honores. La recompensa eterna les es más cara, sin embargo, que todo sufrimiento temporal de esta vida presente. Por tal razón, elevan a Dios la pregunta apocalíptica: "¿Hasta cuándo, Señor?"

El clamor apocalíptico no sólo mira hacia el fin cuando Dios terminará con las injusticias humanas. Expresa, además, el deseo implícito de que ese fin no se demore indefinidamente. Esto se debe a que los mártires no saben el día ni la hora en que el Señor vendrá para dar el pago a cada uno, según fuere su obra (Apoc 22:12). Por eso preguntan anhelantes, "¿hasta cuándo, Señor?" Anhelan que ese día venga y Dios vengue la sangre injustamente derramada, y se termine con este mundo plagado de maldad.



El profeta Isaías fue, tal vez, el primer escritor bíblico en elevar esa pregunta apocalíptica. Fue en su juventud cuando Dios lo llamó para ser mensajero de la corte celestial en el palacio del reino de Judá. Captando lo difícil que sería su tarea por lo obstinado del corazón humano y la rebelión que cundía por doquiera, pensó rechazar el llamado divino. No se sentía capaz para esa tarea. Pero su conciencia no lo dejaba tranquilo.

Al acercarse al templo y entrar en sus atrios buscando respuesta a su angustia, Isaías vio repentinamente en visión que las puertas interiores del templo se abrían y, a través de ese templo terrenal, fue llevado a ver la corte divina en su templo celestial. Allí vio a los ángeles, los querubines más allegados a la presencia de Dios, velando sus rostros en reverencia delante del trono, mientras cantaban sin cesar: "santo, santo, santo es el Eterno Todopoderoso" (Isa 6:2). Mirando hacia delante, esos ángeles vislumbraban una época cuando toda la tierra se llenaría de la gloria del Señor (véase Apoc 18:1).

Cuando la casa se llenó del humo o nube que envuelve a Dios sobre su trono, Isaías se sintió morir por haber visto al Omnipotente sin estar preparado. Captó cuán profunda es la separación que el pecado hizo entre el hombre y Dios. Pero en su misericordia, un ángel tomó un carbón del altar y limpió sus labios de toda inmundicia, de todo pecado. Entonces escuchó la voz del Señor llamándolo como su mensajero, y humildemente respondió: "Heme aquí, envíame a mí" (Isa 6:1-8).

Dios le reveló entonces el endurecimiento gradual e irreversible del corazón de su pueblo (Isa 6:9-10). Algunas reformas podrían tener todavía lugar, como sucedió en la época del rey Ezequías (Isa 37). Pero ningún dique iba a ser capaz de detener toda la ola de maldad que se acumulaba sobre ese reino y esa ciudad.

Cuando los hombres abandonan la fe dada una vez a los santos, y rechazan los llamados divinos al corazón a través del Espíritu Santo para que se arrepientan, acarrean sobre sí mismos su propia condenación. El cautiverio babilónico terminaría con los rebeldes y apóstatas. Serían completamente desarraigados de la tierra prometida, y perecerían en tierra enemiga.

Isa 6:11-12: "Yo pregunté: '¿Hasta cuándo, Señor?' Y él respondió: 'Hasta que las ciudades estén asoladas y sin habitantes, las casas queden desiertas, y los caminos arruinados. Hasta que el Señor haya echado lejos a los hombres, y la tierra quede del todo desamparada".

El clamor apocalíptico, "¿hasta cuándo, Señor?, no se restringe al deseo de saber cuándo sería destruida la nación hebrea. Incluye la restauración, la preocupación por saber si habría un remanente sobre el que la esperanza de los justos del pasado pudiera proyectarse. "¿Hasta cuándo, Señor", seguirán los hijos de tu pueblo rebelándose contra ti y rehusando convertirse a tus caminos? Hasta que, luego de la destrucción, aparezca un remanente santo. ¡Sí, Dios no dejaría sin castigo la rebelión colectiva! La destrucción sería dramática.

Isa 6:13: "Pero como cuando cortan el roble y la encina, queda el tocón, así quedará el tronco de ella, la semilla santa" (véase Esd 9:2: "linaje santo").

7. La esperanza de Miqueas

[¿Hasta cuándo debía esperar el profeta Miqueas—representando a su pueblo—para librarse de las consecuencias del castigo divino efectuado contra

su nación en rebelión? (Miq 7:8-9) Al mirar más allá de la destrucción divina sobre su pueblo, ¿qué esperaba, además, que ocurriera con él y los suyos? (Miq 7:18-20)].

En la misma época en que el profeta Isaías era llamado para ser mensajero de Dios en el mismo corazón de Jerusalén, Miqueas lo era en las ciudades y regiones rurales del reino. La idolatría cundía tanto en Jerusalén como en Samaria. Dios anuncia entonces su destrucción y la cautividad de su pueblo (Miq 1).

Los pobres eran explotados miserablemente por los más fuertes quienes les arrebataban sus casas y campos, por lo que Dios les advirtió de que no les iba a dar más esa tierra por sorteo como lo había sido al principio (Miq 2; cf. Jos 13-21). Por el hecho de que la gloria de Dios todavía permanecía en el templo de Jerusalén, se sentían seguros y se multiplicaban los falsos profetas que anunciaban la paz, sin saber que la destrucción vendría sobre ellos en forma completa (Miq 3). La corrupción se incrementaba por doquiera destruyendo las familias y acarreando consigo injusticias y crímenes (Miq 7:1-6; cf. 3:10), lo que iba a desembocar inevitablemente en la destrucción de todas las ciudades de Israel (Miq 5:9-15; cf. 2:8).

¿Qué esperanza podía ofrecer Dios a su pueblo sumido en la rebelión y apostasía? ¿No son todas estas cosas una fiel representación del estado del mundo en la actualidad, especialmente en las grandes ciudades? ¿No es acaso el mismo mensaje que Dios nos tenía reservado para nosotros hoy? ¿Hasta cuándo debía el pueblo de Dios sufrir por sus pecados y la opresión de sus enemigos?

Miq 7:8-9: "Tú, enemiga mía [la ciudad opresora], no te alegres de mí. Aunque caí, *me levantaré*; aunque more en tinieblas, el Señor será mi luz. La ira del Eterno soportaré, porque pequé contra él, [¿hasta cuándo?], *hasta que juzgue mi causa y me haga justicia*. El *me sacará a la luz*, y *veré su justicia*".

La liberación sería equivalente a la liberación que Dios efectuó para con su pueblo en Egipto, con gran poder y maravillas que asombraron al mundo antiguo (Miq 7:15). Las naciones se asombrarían por cómo Dios redimiría a su pueblo, las sobrecogería un gran pavor por la manifestación divina a favor de sus escogidos (v. 16-17). Dios se haría cargo del pecado de un remanente al que no miraría más con enojo. En ocasión del juicio final volvería a compadecerse de ese remanente, y sepultaría para siempre su maldad (v. 18-19).

Miq 7:18-19: "¿Qué Dios como tú, que asume la maldad, y pasa por alto el pecado del remanente de su heredad? [traducción personal]. No retiene para siempre su enojo, porque se deleita en ejercer misericordia. Dios volverá a compadecerse de nosotros, sepultará nuestras iniquidades, y echará nuestros pecados en la profundidad del mar".

Miqueas termina su libro aferrándose a la fidelidad eterna de Dios que juramentó a Abraham, de cumplir con sus promesas de redención (v. 20).

8. La esperanza de Jeremías

[Cuando todo se derrumbó para Israel en tiempos de Jeremías, al serle destruida su ciudad y deportados sus habitantes, ¿cómo vislumbró el profeta el cumplimiento de sus más anheladas esperanzas? (Jer 31:33; 50:20,28; 51: 10-11)].

Se conoce a Jeremías como "el profeta llorón", debido a que escribió el libro de *Lamentaciones* en el que describe la destrucción de Jerusalén y el cautiverio babilónico. Aún así, no dejó a su pueblo en la penumbra, desconsolado y sin esperanza. Más allá de la destrucción del templo previó la eliminación definitiva del pecado de su pueblo tal como Dios la había anunciado en los rituales del santuario, más definidamente en el día en que se purificaba el santuario, al final del año (Lev 16:30).

En el ritual de ese "día de expiaciones", el pueblo de Dios anticipaba en miniatura el triunfo final del bien sobre el mal, de la justicia divina sobre la maldad, a tal punto que no quedaban más registros de sus pecados (Lev 16:16-19). Se enseñaba, de esta forma, a mirar más adelante, al fin del mundo, cuando el perdón de Dios fuese definitivo y se diese una resolución final al problema del pecado. No podría ocurrir algo así a menos que Dios limpiase primero a su pueblo de sus pecados por la sangre expiatoria del Cordero, y regenerase en su interior un nuevo espíritu que durase para siempre (Heb 8:8-11).

Jer 31:33; 50:20: "Este es el pacto que haré con Israel después de aquellos días—dice el Eterno—Pondré mi Ley en sus mentes, y la escribiré en sus corazones. Y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y ninguno enseñará más a su prójimo, ni a su hermano, diciendo: 'Conoce al Señor'. Porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor—dice el Señor—Y perdonaré su maldad, y no me acordaré más de su pecado". "En aquellos días y en aquel tiempo—dice el Eterno—*la maldad de Israel será buscada, y no aparecerá; y los pecados de Judá, y no se hallarán*; porque perdonaré a los que yo haya dejado".

Los principales culpables

¿Quiénes fueron, en esencia, los principales culpables de la frustración de Israel como pueblo en la antigüedad? Los escritores bíblicos no dejaron lugar a dudas.

Esd 9:7: "Desde los días de nuestros padres hasta hoy, grande ha sido nuestra culpa. Y por nuestras iniquidades, nosotros, nuestros reyes y nuestros sacerdotes, hemos sido entregados en mano de los reyes de los países, a espada, cautiverio, robo y confusión de rostro, como se ve hoy".

Esto nos permite ver que en el clamor apocalíptico de quienes debieron pasar por un caos tan grande, como lo fue la destrucción del templo de Jerusalén y la capital del reino de Dios en la tierra, hay una profunda inquietud que consiste en preguntarse si realmente podrá redimirse a la humanidad. La frustración de ver el alejamiento de Dios de su santuario y la apostasía generalizada de su pueblo que acarreó los juicios divinos, llevó a los sobrevi-

vientes a preguntarse si realmente podría Dios redimir a su pueblo, si el día podría llegar en que el mal terminase para siempre. Sólo la gracia divina y su poder combinados podrían sacar a su pueblo del pozo o abismo de pecado en que se encontraban.

Los verdugos también son culpables

La culpabilidad de Israel que debía ser expiada y perdonada no iba a hacer menos grave la culpabilidad del imperio opresor. La solución divina del mal involucra no solamente la vindicación de los redimidos que se arrepienten y alcanzan misericordia, sino también la destrucción de los malvados. Por tal razón, en la caída de Babilonia, los que escapasen de esa ciudad maldita llevarían a la patria prometida las buenas noticias, el "evangelio" de la destrucción del opresor. Aunque esto se cumplió con la liberación y consiguiente retorno de los cautivos a Palestina durante la época persa, las proyecciones macrocósmicas de aquel pequeño microcosmos no podían quedar desapercibidas (véase Jer 25:26,31-33).

Jer 50:28; 51:11úp: "Voz de los que huyen y escapan de Babilonia, para llevar a Sión la noticia de la venganza del Eterno nuestro Dios, la venganza de su templo" "Esta es la venganza del Eterno, venganza de su templo".

Habría un remanente del pueblo de Dios que sería vindicado, y sus pecados borrados de tal manera que no quedase ningún vestigio de su pecado. También sería ese remanente vindicado mediante la destrucción de los rebeldes que despreciasen la obra divina de perdón y regeneración interior, y contendiesen contra la obra que se efectuase en el santuario del Señor (Núm 35:33-34; Lev 20:3-4; Deut 13:5; 24:7; Juec 20:13). El salmista captó esta doble obra de purificación que otorga perdón al que invoca el Nombre de Dios y destruye al malvado que lo deshonra, en las siguientes palabras.

Sal 79:1,5-9: "Oh Dios, las naciones vinieron a tu heredad, contaminaron tu santo templo, y redujeron a Jerusalén a escombros... ¿Hasta cuándo, oh Eterno? [clamor apocalíptico] ¿Estarás siempre enojado? ¿Arderá como fuego tu celo? Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen, sobre los reinos que no invocan tu Nombre; porque han consumido a Jacob, y desolaron su morada. No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados. Venga pronto tu compasión a encontrarnos... Líbranos y perdona nuestros pecados por amor de tu Nombre".

Querido hermano o hermana que me acompañas en esta peregrinación de los que anhelan la respuesta al clamor apocalíptico, no te desanimes cuando pases por el horno de la aflicción. El privilegio de formar parte del "remanente" que Dios se escoge para sí en medio de un mundo en rebelión, requiere sacrificios. Entre ellos está el tener que remar contra la corriente (contra la mayoría), soportar la burla y el desprecio, ser perseguido y, en algunos casos, hasta morir como mártir. A la luz de las recompensas eternas que Dios prometió, sin embargo, ningún sacrificio es demasiado grande. ¿Crees que no estás preparado para sacrificar todo, aún tu propia vida, por el Señor?

"Así nacen los héroes"

En la segunda guerra mundial, el ejército norteamericano necesitaba un soldado que pudiese hablar y leer correctamente japonés. No sabían con cuántos aviones y ejércitos contaban los japoneses en una isla del Pacífico que habían tomado, y en cuyo extremo los norteamericanos y los ingleses mantenían una base militar bien pertrechada. Corrían el riesgo de lanzar una ofensiva que fuese desastrosa si subestimaban la fuerza del enemigo. ¿Cómo enterarse?

No les quedaba más remedio que enviar un pelotón reducido de hombres que se atreviese a enfrentar todos los obstáculos que se les antepusiesen para llegar hasta el otro lado y ver lo que ocurría. Existía la posibilidad de que pudiesen tomar una base japonesa en medio de la isla, e interceptasen la radio mediante alguien que pudiese hablar perfectamente el japonés.

Finalmente dieron con un joven que no era soldado, y que vivía cómodamente en los EE.UU. Había aprendido de niño el japonés, y lo hablaba corrientemente. Lo llevaron a la base norteamericana e inglesa en esa isla del Pacífico. Lo adiestraron y, junto con un comandante inglés que dirigía el grupo, se internaron en la selva. Por su cobardía perdieron su vida el comandante y varios de sus compañeros, al intentar interceptar la comunicación de radio en la base japonesa que estaba en medio de la isla. Debieron continuar, con todos los peligros ahora mayores que la misión entrañaba, hasta llegar a la misma base cargada de aviones que tenían los japoneses, y pertrechada mucho más de lo que imaginaban los norteamericanos.

Fueron descubiertos pero lograron escapar. A partir de entonces comenzó a despertarse en ese joven norteamericano el carácter de un héroe. Arriesgó

todo con tal de salvar la vida de tantos soldados norteamericanos que iban a caer en la trampa a menos que les llevase la noticia. Los japoneses pusieron un parlante impresionante en la selva para prometerles que no tocarían su vida si se entregaban. Esas promesas eran seguidas con las peores amenazas de no entregarse. La mayoría del grupo, temerosa, se entregó. Cuando el único compañero que le quedaba con vida pensó internarse otra vez en esa selva del pacífico, hasta que pasara la guerra, la firmeza y tenacidad del que comenzaba a ser héroe se impusieron. Finalmente murió al llegar, pero su compañero pudo dar la noticia. "Así nacen los héroes", decía el artículo.

Nadie nace como héroe. Nadie nace como mártir tampoco. En vista de un ideal muchos en la historia han estado dispuestos a sacrificarse por el bien de los demás. Los llaman héroes, especialmente cuando su actuación salva la vida de sus compañeros o aún la patria. Sin embargo, en la perspectiva cristiana mártires son los que están dispuestos a dar su vida por la causa de su Señor. Si nos preguntaran a nosotros hoy si estaríamos dispuestos a ser mártires, tal vez vacilaríamos. Pero no nos preocupemos. Si Dios nos llama al martirio, nos capacitará para ello.

La persecución más grande del imperio romano contra los cristianos fue testigo de la aparición de miles de mártires que se sintieron honrados de haber sido llamados por Dios para dar su vida por su Señor. Si el Hijo de Dios había dado su vida por ellos, ¿por qué no la darían ellos también por él? Lo mismo sucedió durante la persecución más larga y despiadada de la historia que se levantó en el medioevo, cuando los católicos procuraron mantener su hegemonía en los países europeos y de otros continentes que conquistaron, por sobre todo grupo religioso que no reconociese la primacía papal. Así pasará también poco antes que venga el Señor, cuando la ira del diablo llegue a su punto final (Apoc 12:17).

9. La esperanza del profeta Ezequiel

[Después de ver el abandono divino de su templo en Jerusalén (Eze 10-11), y experimentar el cautiverio en tierra enemiga (Eze 1:1), sintiéndose como en un valle de huesos secos, sin posibilidad de resurrección (Eze 37, sin posibilidad de redención, ¿qué promesa dio Dios a su pueblo mediante el profeta Ezequiel? (37:27-28)].

A diferencia de Jeremías, quien profetizó en Jerusalén cuando ya habían sido deportados a Babilonia muchos de los israelitas, Ezequiel fue llamado por Dios para ejercer su ministerio profético entre los cautivos que vivían en las provincias del imperio (Eze 1:1; 11:25). Daniel sería llamado para ser profeta de Dios en el mismo palacio del rey de Babilonia, en la ciudad capital misma.

Ezequiel ve en visión cómo la gloria de Dios, que había descansado durante tanto tiempo en el templo de Salomón, se retira de ese templo (Eze 11:

22-23). El lugar queda libre, así, para que vengan los babilonios y destruyan la ciudad (Eze 21; 33:21).

La gloria de Dios no se va, sin embargo, antes de prometer la Deidad ser un pequeño santuario espiritual en medio de las naciones a donde fuesen dispersados, y volverlos a la tierra prometida para morar en medio de ellos otra vez (Eze 11:14-20). Dios promete resolver el problema de su pueblo librándolo de todas sus inmundicias y dándole "un corazón íntegro". ¡Sí, el Eterno pondría en ellos "un espíritu nuevo" para que nunca más hubiese rebelión! En lugar de "un corazón de piedra" les daría "un corazón de carne" para que guardasen sus mandamientos (Eze 11:19-20; 36:24-30).

También toca Ezequiel la destrucción de los rebeldes, de aquellos que habrán menospreciado la misericordia de Dios para ser transformados (v. 21). Sin tal destrucción no podrá haber una solución final al problema del mal. Los cielos nuevos y nueva tierra de los que hablaron Isaías (11; 65-66) y Ezequiel (28:24-26; 40-47), no podrán ser realmente nuevos si la presencia de los impíos permanece en medio de esa nueva creación. El mal y los pecadores deben ser extirpados universalmente y para siempre, sin que les quede "ni raíz ni rama", para que la justicia, la paz y el amor puedan reinar eternamente (Mal 4:1).

¿Cuál es la mirada soñadora y esperanzada de Ezequiel y de todos los que leen su profecía con fe? Que aunque Dios desechó a su pueblo por un tiempo, y entregó su santuario a la destrucción, volverá a morar en su medio para siempre. La solución divina que tanto Isaías, Miqueas, Jeremías, Ezequiel y los demás profetas proclamaron, tuvo que ver no meramente con aspectos locales y pasajeros, sino con la redención final, en un contexto de juicio universal que vindica a su pueblo y destruye a los impíos. El Mesías representado por David reinaría para siempre en medio de sus escogidos, y nadie violaría más el pacto de obediencia que Dios renovaría con su pueblo (Eze 37:24-25).

Eze 37:26-28: "Y haré con ellos un pacto de paz, un pacto eterno. Los estableceré y multiplicaré, y pondré mi Santuario entre ellos para siempre. Mi morada estará con ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo, el Eterno, santifico a Israel, cuando mi Santuario esté entre ellos para siempre" (véase Apoc 21:3).

10. El clamor apocalíptico de los ángeles y de los mártires

[¿Cuál fue el clamor apocalíptico que escuchó el profeta Daniel de los ángeles que vio en visión, y qué respuesta escuchó entonces? (Dan 8:13-14). ¿Cómo expresó más tarde él mismo ese clamor, y qué respuesta recibió? (Dan 12:6-10, véase Apoc 6:10)].

Daniel también estaba preocupado por una solución final, definitiva. Como veremos en la siguiente lección, el profeta sabía que el Templo de Salomón, por más glorioso que fue desde la perspectiva arquitectónica de la época, no completó siquiera 400 años de existencia. ¿Cuánto tiempo podría

durar el templo del nuevo pacto que Dios prometía restaurar luego del cautiverio babilónico? ¿Habría un templo que pudiese ser levantado y lograse triunfar sobre el pecado y los imperios enemigos de Dios y de su gobierno? ¿Podría alguna vez terminarse con la maldad?

Respondiendo a inquietudes semejantes entre los cautivos, Dios le dio una visión en donde le mostró que el templo del nuevo pacto iba a ser ultrajado por largo tiempo (Dan 8:11-12), pero que al fin iba a vencer, y traer una solución definitiva al problema del mal. ¿Cuándo? "En el tiempo del fin" (Dan 8:17,19).

> **Dan 8:13-14:** "Entonces oí a un santo que hablaba, y otro santo le preguntó: '¿Hasta cuándo será la visión, el continuo, la rebelión asoladora, y el pisoteo del santuario y del ejército?' Y él respondió: 'Hasta 2,300 días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado" [traducción literal].

Siendo que estos dos pasajes están tan llenos de contenido, y forman parte del mensaje central del libro de Daniel, volveremos sobre ellos en lecciones sucesivas. Aquí corresponde resaltar el clamor apocalíptico. El santuario del nuevo pacto va a ser despreciado, pisoteado, ultrajado. Los ángeles que contemplan todo eso también anhelan que todo eso se acabe (1 Ped 1:12). Como expresando la pregunta interior de consternación de Daniel, uno de los ángeles pregunta al otro: "¿Hasta cuándo" van a seguir las cosas así, con tanta maldad y atropello, con tantos intentos de destruir el templo de Dios y a su pueblo que adora allí?" Se le responde: Hasta que el santuario sea purificado, esto es, vindicado. Hasta que el templo de Dios triunfe definitivamente sobre sus enemigos. Hasta que el gobierno divino imponga su derecho sobre la humanidad, y vindique conjuntamente a su pueblo. Hasta que el Nombre de Dios que mora en su templo, tan vilmente deshonrado por los habitantes de la tierra, sea universalmente reconocido y exaltado en el fin del mundo, por encima de todos sus detractores.

Daniel trata con aspectos universales y finales. Por eso concluye su libro con preguntas semejantes que tocan el fin. A pesar de que el ángel le dijo que cerrase las palabras de su profecía "hasta el tiempo del fin", vuelve uno de los ángeles a enfatizar la importancia de tener en cuenta lo que entonces ocurrirá, preguntando: "¿Cuándo se cumplirán estas maravillas?" (Dan 12:6). Daniel no entiende, y vuelve a preguntar:

> **Dan 12:8-9,11:** "Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas? El respondió: 'Anda, Daniel, estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán limpiados, emblanquecidos y purificados... Y tu irás hasta el fin, y descansarás. Y en los últimos días te levantarás para recibir tu herencia"

El apóstol Juan, en el Apocalipsis, escuchará el clamor apocalíptico de todos los que padeciesen durante el largo período de opresión y ataque al templo de Dios que se le reveló a Daniel. Es el clamor de los justos que son

pisoteados y destruidos a lo largo de los siglos. Es el clamor de los que dieron sus vidas por el evangelio sin claudicar en su fe. Saben que el fin vendrá. Pero ansían en lo profundo de su alma que ese día llegue, y preguntan "a gran voz" entonces, anhelantes:

Apoc 6:10-11: "¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra? [Véase Dan 8:13]. Entonces [en el juicio, después de los 2300 días/años mencionados por el ángel a Daniel, en el tiempo del fin (véase Dan 8:14)], le dieron a cada uno un vestido blanco" [los muertos son juzgados primero, luego los que viven durante el sexto sello].

Conclusión

Un himno que está incluido en el himnario adventista, que cantan a menudo los adventistas que esperan que el fin llegue pronto para introducirlos a las mansiones de eterna paz y felicidad que Dios prometió, considera no solamente el clamor apocalíptico, sino también toda oración como dulce, preciosa para el cristiano, mientras transita por este mundo. Pero termina con las siguientes palabras que se harán realidad, cuando la recompensa final llame a la puerta de los redimidos:

"Dulce oración, dulce oración, aliento y gozo al alma das;
en este valle de aflicción, consuelo siempre me serás.
Tan sólo el día cuando esté con Cristo en la celeste Sion,
entonces me despediré feliz, de ti, dulce oración".

¿Cuántos quieren cantar este canto para concluir este estudio? ¿Quieren cantarlo de todo corazón?

Oración. Gracias Señor y Dios nuestro que estás en el cielo, por el socorro que prometes a tus hijos, por la paz que nos das cuando clamamos a ti en oración. Gracias por ese medio precioso que pusiste a nuestro alcance para recibir fortaleza en medio de la prueba, y victoria ante toda tentación. Queremos unirnos en esta oportunidad también al clamor apocalíptico de tus hijos que ofrendaron ya su vida en lo pasado, y que pusieron su mirada de fe en el final. Anhelamos que llegue el día en que no necesitemos más dirigirnos a ti angustiados, atribulados, confundidos como tantas veces nos ha ocurrido aquí. ¿Hasta cuando, Señor, tendremos que continuar esperando? ¡Cuánta paciencia tienes! ¡Dánosla a nosotros también, para que podamos esperar con fe ese galardón eterno que nos has prometido! Límpianos de todo pecado, y permite que podamos ser llevados a tu granero celestial en el día de la cosecha final. Por Jesús te lo pedimos y agradecemos de antemano, **Amén.**

CUESTIONARIO 1

FE Y ESPERANZA EN MEDIO DEL CAOS

Sección I. EL CLAMOR DE LOS OPRIMIDOS

1. ¿Hacia dónde miraba el antiguo pueblo de Dios por socorro? (Sal 121:1; 1 Rey 8:39,49).

Respuesta: .....

2. ¿Hasta dónde llegan los clamores de los que sufren en la tierra? (Ex 2:23-25, 3:7-9; 22:26-27; 1 Sam 9:16; Sal 18:6; Neh 9:27-29).

Respuesta: .....

3. ¿Hasta dónde llega el informe de la maldad de los hombres? (Gén 18:20-21, 19:13; Jon 1:2; Jer 51:9; Apoc 18:5).

Respuesta: .....

4. ¿Contra quién, en realidad, obran mal los opresores del pueblo de Dios? (2 Rey 19:22; 2 Crón 32:20-22; Jer 50:14; Zac 2:8; Mat 25:40,45).

Respuesta: .....

5. ¿Hacia dónde debemos mirar hoy por liberación? (Heb 4:14-16; Col 3:1-4).

Respuesta: .....

Sección II. EL CLAMOR APOCALÍPTICO

6. Al captar que la maldad se volvía incontenible en medio de su pueblo, y la dureza de corazón de la mayoría no iba a cambiar, ¿qué clamor apocalíptico levantó el profeta Isaías cuando fue llamado al ministerio profético? (Isa 6:11-12).

Respuesta: .....

7. ¿Hasta cuándo debía esperar el profeta Miqueas—representando a su pueblo—para librarse de las consecuencias del castigo divino efectuado contra su nación en rebelión? (Miq 7:8-9) Al mirar más allá de la

destrucción divina sobre su pueblo, ¿qué esperaba, además, que ocurriera con él y los suyos? (Miq 7:18-20).

Respuesta: .....

8. Cuando todo se derrumbó para Israel en tiempos de Jeremías, al serle destruida su ciudad y deportados sus habitantes, ¿cómo vislumbró el profeta el cumplimiento de sus más anheladas esperanzas? (Jer 31:33; 50:20,28; 51:10-11).

a) Características del nuevo pacto: .....

..... (Jer 31:33).

b) ¿Qué no se encontraría más y por qué? .....

..... (Jer 50:20).

c) ¿Qué dos noticias se darían en Sión entonces? .....

..... (Jer 50:28);

..... (Jer 51:10).

9. Después de ver el abandono divino de su templo en Jerusalén (Eze 10-11), y experimentar el cautiverio en tierra enemiga (Eze 1:1), sintiéndose como en un valle de huesos secos, sin posibilidad de resurrección (Eze 37, sin posibilidad de redención, ¿qué promesa dio Dios a su pueblo mediante el profeta Ezequiel? (37:27-28).

Respuesta: .....

10. ¿Cuál fue el clamor apocalíptico que escuchó el profeta Daniel de los ángeles que vio en visión, y qué respuesta escuchó entonces? (Dan 8:13-14). ¿Cómo expresó más tarde él mismo ese clamor, y qué respuesta recibió? (Dan 12:6-10, véase Apoc 6:10).

Respuesta: .....

LECCIÓN II

EXPECTANTES DE LOS DOS EVENTOS MÁS GRANDES DE LA HISTORIA

Todos los pueblos tienen una historia que marca el punto de partida. La nación judía proviene de Abraham, los musulmanes de Mahoma, los cristianos de Jesucristo, etc. Aún las naciones más jóvenes en el nuevo mundo, hacen partir su historia de la independencia que obtuvieron de "la madre patria". Esto nos muestra que los orígenes son importantes para determinar quiénes somos. Pero ningún origen es suficiente para satisfacer la inquietud doble que trae cada ser humano cuando viene a este mundo. Todos quieren saber también acerca de su destino. Así, la doble pregunta que yace en todos nosotros es doble. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?

La batalla que se libra hoy en muchas universidades y países con respecto a los orígenes—si por efecto de evolución o por creación—tiene mucho que ver con la perspectiva futura que nos figuramos. Si nos volvemos evolucionistas creeremos que la vida en este mundo vino de *un pasado imaginario ignoto*, de una chispa casual que comenzó a producir las diferentes especies. *Nuestro futuro evolutivo se volverá*, por consiguiente, *igualmente ignoto*, ya que nadie podrá predecir a ciencia cierta hacia dónde evolucionaremos. Si, por el contrario, creemos que fuimos creados como una especie ya adulta y madura, de acuerdo al testimonio de la Biblia, nos será más fácil aceptar que este mundo tendrá un final cuya intervención divina será tan directa como su creación. Mientras que nadie puede creer que tendrá que responder ante su presunto antepasado mono o gorila por lo que hace, sabe que tendrá que responder ante un Creador en un juicio final.

¿Qué en cuanto a la historia de las civilizaciones? Judíos y musulmanes luchan por demostrar una antigüedad mayor en la posesión de la tierra de Palestina de la que ambos se consideran herederos. Católicos, Ortodoxos y Protestantes se están uniendo para hacer valer las "raíces cristianas" del continente europeo que son más antiguas que las seculares que apenas cuentan con poco más de dos siglos. ¿Saben, todos ellos, a dónde van a llegar? A menudo la lucha interna de las naciones consiste en defender y afirmar los postulados constitucionales con los que partieron. Pero se ven obligadas, a medida que avanzan, a establecer enmiendas que tengan en cuenta realidades posteriores. ¿Puede alguien garantizar que, en su proceso evolutivo y libre, no llegará el día en que van a terminar renunciando a la Constitución que las vio nacer?

SECCIÓN 1

LA EXPECTACIÓN DE UN NUEVO TEMPLO

Preguntas semejantes y más universales se hacía la gente en los días de Daniel. Hasta ese entonces habían partido de la constitución que Moisés redactó por orden divina en el Monte Sinaí, cuando por primera vez como nación, pactaban con su Dios de ser un reino de origen divino (Deut 5:3). Conforme a las promesas divinas, habían entrado en la tierra prometida y construido un templo sobre el que descendió la gloria de Dios. Cerca de 400 años más tarde, sin embargo, ese templo fue destruido por los babilonios. Así, la pregunta que muchos se hacían era, ¿cuándo podrían comenzar de nuevo?

El nuevo comienzo tenía que ver con la promesa divina de renovar el pacto con Dios, el que se vería confirmado por la reconstrucción e inauguración del templo que había sido abandonado y yacía en ruinas en la antigua Jerusalén. ¿Sería el templo del nuevo pacto destruido como el primero? ¿Sería el pueblo arrancado otra vez de la tierra que Dios les había prometido? ¿Cuándo terminaría todo esto? ¿Habría un final feliz o todo terminaría en un total fracaso?

1. Comienzo y fin de los imperios

[Aunque todos los imperios futuros del mundo tendrían un comienzo definido que partiría del derrumbe y caída del anterior, ¿cuál sería el fin de todos esos reinos o imperios? (Dan 2:28-45)].

En su primera visión, Dios da a su joven profeta una vislumbre del surgimiento y caída de los grandes imperios del mundo antiguo. El surgimiento de cada imperio se dio sobre el derrumbe y cenizas del anterior. Como lo confirman todos los libros de historia antigua, los imperios que se sucedieron desde Babilonia hasta los tiempos modernos fueron Babilonia (VI AC), Medo-Persia (V-IV AC), Grecia (IV-II AC) y Roma (I AC-V AC).

Todos estos imperios tuvieron un comienzo y un fin que el profeta definió como: "después de ti se levantará otro reino..., y un tercer reino..., y el cuarto reino" (Dan 2:39-40). Siendo que esta visión Dios se la había dado primero al rey de Babilonia, y Daniel tuvo la misión de describírsela e interpretársela, el rey quiso cambiar la historia que Dios había trazado y revertir la imagen que describía la sucesión de todos esos reinos. Mandó hacer una estatua borrando los metales que marcaban la aparición de los siguientes reinos, haciéndola toda de oro, en referencia al metal que caracterizaba el suyo, y exigir que todo el mundo se postrase ante esa estatua (Dan 3).

Los reinos de este mundo no parecen querer reconocer que, así como tuvieron un comienzo bien definido, tendrán también un fin bien definido. A

todos ellos se les quitó su autoridad para caer en una ruina total y definitiva. Así también será la suerte del "príncipe de este mundo", Lucifer o Satanás, quien inspira y confiere sus atributos a todos esos reinos de opulencia y maldad. Con respecto a Lucifer, representado por el rey de Babilonia, el profeta Isaías anticipó:

> **Isa 14:4:4-20:** "¡Cómo llegó a su fin el opresor! ¡Cómo terminó su furia! El Señor quebrantó el bastón de los impíos, el cetro de los déspotas... La tumba abajo está toda agitada para recibirte a tu llegada. Por ti despierta a los muertos, levanta de sus sillas a los príncipes de la tierra, a todos los reyes de las naciones. Todos darán voces, y te dirán: '¿Tú también te debilitaste como nosotros, y llegaste a ser como nosotros? Toda tu soberbia, y el sonido de tus arpas descendió al sepulcro, gusanos serán tu cama, y gusanos te cubrirán.
>
> "¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo del alba! Fuiste echado por tierra, tú que abatías a las naciones. Tú que decías en tu corazón: 'Subiré al cielo, en lo alto, por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono... Sobre las altas nubes subiré, y seré semejante al Altísimo'. Pero fuiste derribado hasta el sepulcro, al más profundo abismo. Los que te vean te contemplarán, diciendo: '¿Es éste el que hacía temblar la tierra, y trastornaba los reinos, que convirtió el mundo en un desierto, que asoló sus ciudades, y a sus presos nunca les abrió la cárcel? ... Pero tú eres echado lejos de tu sepulcro como tronco abominable, como vestido de muertos a espada, que descienden al fondo del sepulcro, como cadáver pisoteado... Nunca más será nombrada la descendencia de los malignos".

La consistencia de todos los reinos del mundo, sorprendentemente, van en una escala descendente, siguiendo la ley tan conocida en nuestro planeta de entropía. En lugar de la tan invocada ley evolutiva que traen a colación los hombres modernos, la línea no es de abajo para arriba, sino de arriba para abajo, de mayor consistencia en los metales a una mezcla de hierro mezclado con barro cocido, un fundamento demasiado débil para sostener todo el cuerpo de los imperios de este mundo (Dan 2:32-33,41-43). No es de extrañar que el Revelador termine la historia de los reinos de este mundo destacando su desmoronamiento sorpresivo, repentino, intempestivo, por el que los grandes de este mundo serán arrancados de su lugar.

Aunque a veces los gobiernos de este mundo, por el hecho de aparentar la consistencia del hierro, puedan parecer sólidos, inquebrantables, invencibles y perennes, son esencialmente débiles por estar unidos a barro cocido. Por consiguiente, se desplomarán como hojarasca cuando el Señor intervenga y los destruya para siempre. Leámoslo en las palabras mismas de Daniel, aquel antiguo profeta que osó revelarle al emperador más grande de sus días, el derrumbe de su imperio y de todos los siguientes, hasta el fin del mundo.

Dan 2:34-35; 44-45: "Mientras tú mirabas, una piedra fue cortada, sin intervención de ninguna mano, que hirió a la estatua en sus pies de hierro y arcilla, y los desmenuzó. Entonces se desmenuzaron también el hierro, la arcilla, el bronce, la plata y el oro, y se volvieron como la pelusa de las eras del verano, que el viento llevó sin dejar rastro alguno. Pero la piedra que hirió a la estatua, llegó a ser un gran monte, que llenó toda la tierra".

"Y en los días de estos reyes [representados por los diez dedos de los pies de la estatua], el Dios del cielo levantará un reino que nunca jamás será destruido, ni será entregado a otro pueblo. Desmenuzará y dará fin a todos aquellos reinos, y él permanecerá para siempre. Por eso viste que una piedra fue cortada del monte sin mano alguna, y desmenuzará el hierro, el bronce, la arcilla, la plata y el oro".

¿Queremos vivir para siempre? ¿Queremos un reino eterno? ¡Sí, ese reino es del Señor y llegará pronto, ya que vivimos en la época de los dedos de la estatua de Nabucodonosor! Será establecido en el fin del mundo que ya está a las puertas. ¡Dios triunfará y, como lo veremos en las siguientes visiones de Daniel, su pueblo triunfará con él! Así como nos dio la vida, así nos la volverá a dar. No venimos de formas ignotas en un proceso evolutivo monótono y lento. En el plano humano venimos de una intervención divina y creadora tan directa y definida como nuestro origen en el plano individual, de la acción directa y definida de nuestros padres.

2. El juicio final que termina con el último imperio

[¿Qué haría Dios antes de incorporar definitivamente a sus santos en su reino eterno? (Dan 7:9-14,26-27)].

Los hombres han querido desterrar la idea de un final justo mediante un juicio llevado a cabo en el cielo para determinar quiénes serán tenidos por dignos de morar en el reino eterno y quiénes serán excluidos. Por esa razón han inventado historias diferentes acerca de los orígenes, en un intento de escapar a la realidad de tener que rendir cuentas a un Ser Superior que los hizo.

Las señales de la declinación del imperio babilónico comenzaban a darse con la ascensión del rey Belsasar, el último rey de Babilonia. Dios comenzó a moverse nuevamente y le dio otro sueño a Daniel para enfatizarle el hecho de que los reinos de este mundo no durarán para siempre. Los cuatro imperios están representados esta vez por animales monstruosos. Un león alado representa a Babilonia. Un oso con tres costillas en su boca representa a Medo-Persia. Un leopardo con cuatro cabezas y cuatro alas representa al imperio Griego de Alejandro que se dividió, poco después de su muerte, en

cuatro regiones al mando de los que habían sido sus cuatro generales. La última bestia espantosa y terrible representa a Roma que trituró, como lo describe el vidente, a todos los reinos con dientes y uñas de hierro.

Todos estos reinos tienen un comienzo definido y asimismo tendrán un fin abrupto. Del cuarto reino que corresponde a Roma, sube junto a las diez naciones europeas el anticristo romano, que se exalta a sí mismo con palabras blasfemas y arrogantes (Dan 7:7-8). Hacia el final de su reino Dios dispone en el cielo la corte de juicio que tendrá como propósito destruir todos los reinos del mundo, y otorgar el reino eterno al "Hijo del Hombre" junto con los "santos del Altísimo". Vale la pena leerlo en las palabras que escogió Daniel para describir tan excelsa visión.

> **Dan 7:9-10,13-14:** "Mientras yo miraba fueron puestos tronos, y un Anciano de muchos días se sentó. Su vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura. Su trono llama de fuego, y sus ruedas fuego ardiente. Un río de fuego salía delante de él. El tribunal se sentó en juicio, y los libros fueron abiertos.
>
> "Seguí mirando en la visión nocturna, y vi que en las nubes del cielo venía como un Hijo de Hombre. Llegó hasta el Anciano de días y fue llevado ante él. Y le fue dado dominio, y gloria y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su dominio es eterno, que nunca pasará, y su reino nunca será destruido".

Mientras que a los reinos anteriores les habían "quitado su poder" o autoridad, sin que sucumbieran de una vez (Dan 7:12), al anticristo que saldría del último imperio (romano) lo destruirían repentinamente y por completo (Dan 7:11). Eso nos muestra que Roma subsistirá hasta el final en la representación del "cuerno" o anticristo romano, pero que no es eterna como pretendió serlo a lo largo de la historia. Será entonces que su fin llegará en forma dramática y definitiva.

Dan 7:16-17: "Pero se sentará el tribunal en juicio, y le quitarán su dominio, para que sea destruido por completo y para siempre. Y el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, serán dados al pueblo de los santos del Altísimo; cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán".

Cuando vamos al Apocalipsis vemos un cuadro semejante. El anticristo está representado por una bestia espantosa cuyo fin será repentino y definitivo en ocasión de la Segunda Venida del Señor (Apoc 19:20-21). Las nuevas naciones que se formen a partir de entonces, de entre los redimidos, andarán a la luz de la gloria del Señor que brillará desde su Santa Ciudad, la Nueva Jerusalén (Apoc 21:23-24,26). Los benditos del Señor "reinarán por los siglos de los siglos" (Apoc 22:5).

3. El triunfo final del santuario divino

[En la lucha por la supremacía de los reinos y sus religiones, ¿qué pasaría finalmente con el nuevo templo que Dios proyectaba levantar para morar en medio de su pueblo? (Dan 8:14)].

En el sueño que Dios dio al rey de Babilonia se ven lineamientos mayormente políticos, como podía esperarse en la inquietud del rey. En la visión que más tarde le dio al profeta Daniel se ven nuevamente proyecciones políticas, aunque se perfilan más definidamente, en relación con el anticristo romano, aspectos religiosos que incursionan en la blasfemia y persecución del pueblo de Dios. Faltaba proyectar, ahora, más definidamente, el papel del nuevo santuario que Dios iba a levantar en medio de su pueblo, así como el pacto que esperaba volver a firmar con ellos. ¿Cuál sería el comienzo de ese santuario, y cuál el fin? ¿Sucumbiría ante tantos imperios como el templo de Salomón bajo los babilonios, o triunfaría sobre todos esos reinos trayendo estabilidad y paz eternas?

Faltaban apenas siete años para que cayese el imperio babilónico. Resultaba claro que ese reino no daba más bajo un joven rey corrupto que no era capaz de gobernarse a sí mismo (Dan 5). Ni a Dios ni a Daniel le interesan más ya ese reino. Por tal razón, la descripción de la siguiente visión comienza con el siguiente, con el imperio Medo-Persa. Luego sigue con el de Grecia hasta que se divide en cuatro reinos. El interés mayor, sin embargo, se centra en el siguiente imperio, el romano, especialmente en la fase del anticristo que lo sucedería.

Llama la atención que, en el capítulo anterior, todos los reinos habían sido representados por animales feroces y bestias monstruosas. En este (Dan 8), en cambio, los dos primeros están representados por los animales "limpios" (el carnero y el macho cabrío), que se usaban durante el año para obtener el perdón de los pecados (Lev 4:23; 5:

ley; véase Lev 11). Pero para describir el último imperio el vidente no refiere ningún animal. A partir de ese momento no se le darán más al profeta representaciones de reinos mediante figuras de animales. En su lugar se le muestra un *cuerno*, equivalente al que se le había mostrado en la visión anterior referida al imperio romano.

Algo semejante encontramos en la primera profecía de Zacarías. El profeta ve cuatro cuernos pero sin referir ningún animal. Ese término, según se ha podido precisar, se usaba mucho en la lengua hebrea para describir un "poder" político. Es comprensible su uso tan común en un pueblo nómada, ya que todos los pastores de los rebaños sabían que la fuerza de un animal descansaba en sus cuernos. Sin ellos, eran animales vencidos.

La sintaxis del texto hebreo que aquí juega con géneros masculinos y femeninos, nos confirma el hecho de que ese poder proviene de uno de los cuatro vientos del cielo o puntos cardinales, no de uno de los cuatro cuernos. Por la orientación de su recorrido al hacerse grande, puede precisarse también que viene del noroeste, es decir, de Roma desde la perspectiva de un hebreo, ya que se extiende hacia el sur y hacia el este, hasta llegar a la tierra de Palestina, el sueño de todo israelita. Se trata de un "cuerno" o "poder" político-religioso, porque busca hacer lo que intentó hacer el diablo, elevarse hasta el cielo para tratar de ocupar el lugar de Dios (Dan 8:10; véase Isa 14:12-14; Apoc 12:3-4,7-9).

En su afán por recibir el homenaje que le corresponde a Dios, ese "rey altivo de rostro" (Dan 8:23), procura quitar al "príncipe" celestial su "continuo" ministerio intercesor, lo que nos permite ver, a su vez, que compite con un sacerdocio celestial (Dan 8:11). El "príncipe" terrenal, de esta forma, "echa por tierra la verdad" y "el santuario" del nuevo pacto, pisotea al pueblo de Dios, y avanza ufano arrollando todo en su camino (Dan 8:12). Pero como a todos los demás imperios que se levantan contra Dios pretendiendo ocupar su lugar, le llega finalmente su turno. El templo de Dios es vindicado y el príncipe terrenal es destruido (Dan 8:14,25). ¿Cuándo? En "el tiempo del fin" (Dan 8:17,19).

Dan 8:14: "Y aquel santo me dijo: 'Va a tardar dos mil trescientos días con sus noches. Después de eso, se purificará [vindicará] el santuario".

La visión es asombrosa. Los reinos del mundo se suceden unos a otros. Aunque todos logran su momento de apogeo, a todos les llega su fin. Pero el reino de Dios y su santuario, su sistema de culto, su verdad, aunque atacadas y echadas por tierra (despreciadas), terminan triunfando. ¡Sí, el Templo del Nuevo Pacto no va a ser destruido como el templo de Salomón que destruyeron los babilonios! Ningún imperio terrenal, por más que de a momentos parezca vencer sobre el pueblo de Dios y eliminar su sistema de adoración, va a prevalecer. Llegará el día en que el gobierno divino, representado en su templo celestial, terminará para siempre con la opresión y la maldad. Entonces el Nombre de Dios, tan vilmente ultrajado por el anticristo romano, será

vindicado para siempre.

4. La ansiedad por la inauguración del nuevo templo

[¿Por qué no se sintió satisfecho Daniel con la respuesta divina? ¿Qué más quería saber él con respecto a ese templo nuevo, que por guardar el Señor silencio, lo dejaba confundido? (Dan 9:1-19)].

Podríamos pensar que, con semejante visión, Daniel quedaría satisfecho. Podían ahora soñar con un nuevo templo que sería atacado pero que no podría ser destruido. La verdad triunfaría, y Dios y su pueblo serían vindicados finalmente, obteniendo una victoria absoluta. Sin embargo, no fue así. Daniel se angustia más, porque hay algo en todo este cuadro que no se le revela y que, para él es crucial. ¿Por qué Dios no le dice nada referente a la inauguración de ese nuevo templo? Sin la fecha de su inauguración, nadie podría conocer la fecha de su conclusión o vindicación final en el tiempo del fin.

Está bien saber que el templo de Dios mediante el cual la Deidad se propone restablecer el pacto de redención con su pueblo va finalmente a triunfar. Pero eso iba a ocurrir en tiempos muy lejanos (Dan 8:26). Daniel y sus compañeros, en cambio, sabían que se acercaba el momento de la liberación y ellos, con los demás cautivos en Babilonia, podrían regresar a la tierra prometida y reconstruir el templo. ¿Por qué Dios le habla de las luchas tan grandes que se darían con respecto a ese templo, y su triunfo final, y le oculta lo relativo a su inauguración? ¿Se cumplirían las promesas de Dios de restablecer ese culto en sus días? ¿Sería tan grande el pecado de su pueblo que Dios estaría cambiando de planes, y demoraría más aún el regreso de los cautivos y el restablecimiento del pacto divino con ellos?

Ya había caído Babilonia bajo los Medos y Persas (Dan 9:1), y todos los israelitas fieles se inquietaban por saber si, realmente, podrían volver pronto a la tierra prometida y reconstruir el templo. Daniel decide entonces estudiar las profecías de Jeremías y llega a la conclusión de que, según la promesa divina, les concedería volver al concluirse 70 años de cautiverio. Por tal razón pide perdón por el pecado de su pueblo y, temeroso de que no incluyese en ese retorno la inauguración del nuevo santuario, le ruega que no se tarde.

Dan 9:19: "¡Señor, escúchanos! ¡Señor, perdónanos! ¡Señor, atiéndenos y actúa! Dios mío, haz honor a tu nombre y *no tardes* más; ¡tu nombre se invoca sobre tu ciudad y sobre tu pueblo!"

5. La fecha de la inauguración del nuevo templo

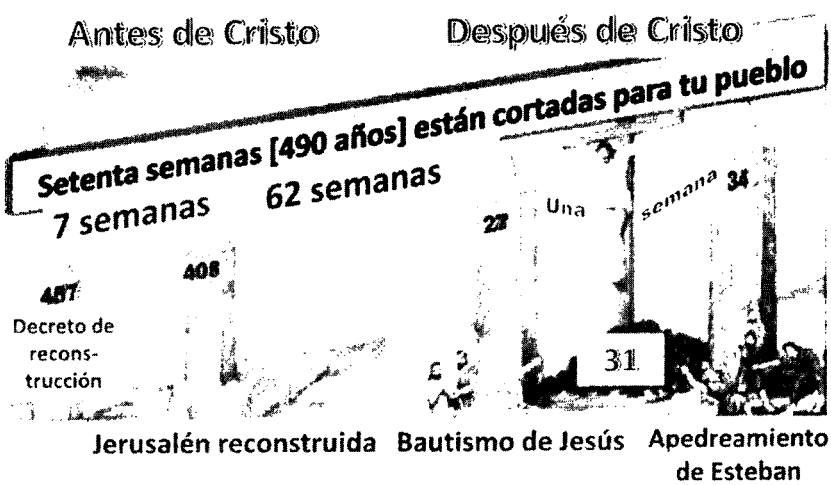
[¿Cómo respondió el mismo ángel Gabriel a su ruego por saber cuándo sería inaugurado el nuevo santuario, sin el cual Dios no haría un nuevo pacto con su pueblo? (Dan 9:24-27)].

El mismo ángel que había revelado al profeta el fin victorioso del templo nuevo, viene en respuesta a su clamor para darle los datos de su comienzo, de su inauguración. Se llama Gabriel. Le dice que fue enviado por Dios en

respuesta a su clamor, y que todo el Cielo lo quiere mucho por haberse interesado en conocer el plan de Dios para su pueblo. ¿Qué le dice, en esencia, el ángel Gabriel al atribulado profeta?

Daniel no tenía que preocuparse por la reconstrucción de la antigua Jerusalén. Dios cumpliría con lo prometido. Los cautivos volverían en el momento indicado, de acuerdo a lo anunciado por el profeta Jeremías, y habría un decreto que permitiría restablecer el sistema jurídico-administrativo del reino al completarse la reconstrucción de las murallas. Pero el santuario del nuevo pacto no iba a inaugurarse antes de llegar la última semana de las 70 anuales que Dios le concedía a su pueblo.

Dan 9:24-27: "Setenta semanas están cortadas [de los 2300 días-años] para tu pueblo y tu santa ciudad, para acabar la rebelión, poner fin al pecado, expiar la iniquidad, traer la justicia de los siglos, sellar la visión y la profecía, y ungir el lugar santísimo. Conoce y entiende que desde que salga la orden de restaurar y reedificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá 7 semanas, más 62 semanas [69 en total]. La plaza y la muralla se reedificarán en tiempos angustiosos [durante las primeras 7 semanas]. Después de las 62 semanas [7 + 62 = 69] le quitarán la vida al Mesías, y no por sí mismo. Y el pueblo de un príncipe que ha de venir, destruirá la ciudad y el santuario. Su fin vendrá como una inundación, y hasta el fin de la guerra será talada con asolamiento. En otra semana [la 70] confirmará el pacto a muchos. Y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Y sobre el ala de las abominaciones [vendrá] el desolador, hasta que la ruina decretada caiga sobre el desolador".



Aunque Daniel entendió esta profecía referente a la inauguración del Nuevo Templo, debe haber quedado consternado por la descripción. Se le

dice que la ciudad y su cuerpo gobernante iban a ser reconstruidos y restaurados en la primera semana de años desde que se emitiese el decreto persa que diese la autorización. Pero el templo del Nuevo Pacto iba a ser inaugurado al concluir las 70 semanas o 490 años, más definidamente durante la última semana, a la mitad de esa semana, cuando caducase el sistema de sacrificios que allí se ofreciesen, al morir el Mesías Príncipe prometido.

En esa época, la ciudad de Jerusalén y el templo que los cautivos iban a reconstruir en los días de Daniel, al volver de la cautividad, volverían a ser destruidos. No se dice el momento exacto en que se destruiría el templo de Jerusalén. Se le dice simplemente que esa destrucción vendría después de la semana 69. Pero se le explica también al profeta, que las abominaciones vendrían después de la semana 70. Esto sugiere que la confirmación del nuevo pacto de Dios con su pueblo y la muerte del Mesías tendrían lugar en la semana 70, mientras que la destrucción de la ciudad de Jerusalén y de su templo se daría después de esa última semana.

¿Cómo entender, en este contexto, que el Nuevo Templo a ser inaugurado en la última semana profética iba a perdurar el resto de los 2300 días anuales, en medio de vejaciones y abominaciones por el anticristo que surgiría del último imperio (el romano), hasta que fuese finalmente vindicado "en el tiempo del fin"? Esto no lo puede entender el profeta, razón por la cual vuelve a decírsele, al concluir su libro, que debía sellar esa profecía "hasta el tiempo del fin", cuando entonces, desde la perspectiva del cumplimiento, sería mejor entendida (Dan 12:4,8-9).

Apelación

Hace unos años atrás, un hombre con recursos limitados comenzó a construir un edificio cerca de la ciudad de Paraná, Argentina. Pero poco después de poner el fundamento y levantar el esqueleto de hormigón del edificio, no pudo continuar porque le faltó dinero. Ese armazón de cemento quedó allí como testimonio de una mala planificación. Diferente es el plan divino para nosotros, porque a Dios no le faltan recursos de ninguna clase. Como lo veremos en la segunda sección de esta lección, los planes de Dios no fallan. La primera expectación ya se cumplió, y estamos esperando la consumación de la segunda expectación que ya comenzó. En su debido momento, al tiempo señalado por Dios, el Señor intervendrá.

Los profetas del pasado "investigaron e inquirieron con diligencia", "procurando descubrir el tiempo y las circunstancias" en que debían cumplirse las profecías que Dios les daba. Dios les dio esas profecías "no para sí mismos", sino para los que viviesen en la época del cumplimiento. "Aun los ángeles ansían contemplar" lo que Dios nos dio a conocer a nosotros por la revelación divina, dijo el apóstol Pedro. Ellos también viven nuestra expectación, esperando que llegue el día en que todo termine en este mundo, para poder encontrarse con nosotros en persona, y llevarnos en las nubes del cielo

a la casa del Gran Padre de todo el Universo. ¿No nos esforzaríamos, aún más que esos profetas antiguos, por entender las profecías que tocan a nuestra época, la del fin?

Daniel fue amado por el cielo porque trató de entender lo que Dios le reveló. ¿Cuántos de nosotros queremos ser amados por el cielo por estudiar la Palabra de Dios, y conocer el mensaje que Dios le dio al profeta para nosotros, que vivimos en el tiempo del fin? Afirmemos nuestros corazones y nuestra fe en Dios, porque los planes de Dios no fallan. Vivimos en una época en la que todos pueden ver cumplida la promesa de Dios con respecto a la primera expectación. El santuario del nuevo pacto fue inaugurado cerca de 1000 años atrás. Así también la expectación bajo la cual estamos viviendo se completará.

Oración. Nuestro amante Padre celestial, queremos pedirte en este momento que ilumines nuestra mente para captar la grandeza de esas revelaciones que diste a tus siervos en lo pasado. Nosotros también queremos conocer más acerca de tu plan para este mundo, y en especial, para nuestra vida. Vivimos entre las dos grandes expectaciones, la inaugural pasada, y la futura que nos aguarda. Permite, Señor, que nos afirmemos en lo que ya cumpliste, para mirar por fe, con más valor y confianza, hacia la victoria final de tu templo y de tu trono por encima de todos los reinos de este mundo. Te lo pedimos en el Nombre de Jesús, tu Hijo amado, **Amén.**

SECCIÓN II

MÁS ALLÁ DE UN NUEVO COMIENZO

En términos generales, ¿cuál es el sueño más grande de un niño? Ser grande. ¿Cuál es la expectación más grande de un joven de 20 años? Terminar su carrera y casarse. ¿Cuál es la emoción más grande de una pareja? Tener hijos. ¿Qué aspiraciones tiene un hombre adulto? Conseguir estabilidad económica y una buena casa. ¿Qué les queda para soñar a los viejos? El triunfo de sus hijos, y de los hijos de sus hijos. Sumado a eso también, el encuentro con el Señor y la vida eterna.

Volvamos al niño o al joven. ¿Podemos pretender que sueñen todo de una vez, con la misma intensidad? La vida cristiana está marcada por etapas diferentes. Cuando una vida de pecado abruma al pecador, y se le abre una puerta de esperanza por la cual puede comenzar de nuevo, ese umbral cercano puede ser el más fuerte, su expectación más emocionante. Los sinsabores, sin embargo, estarán a la orden del día mientras dure nuestra vida terrenal. Es entonces que se busca mirar más allá del nuevo comienzo. Se anhela un mundo mejor, en donde la estabilidad, la dicha y la paz sean eternas. "Un reino inconmovible" (Heb 12:28).

Veamos más de cerca esas dos expectaciones que Daniel dejó pendientes a las siguientes generaciones, a saber, la que creía inminente (inaugural), y la más lejana (final y definitiva). Las visiones divinas que Dios le dio respondían a las inquietudes de los que querían soñar estando en Babilonia, y a

las de los que, con el correr de los siglos, iban a verse enfrentados a los grandes desafíos del momento.

6. El mensajero de la primera expectación

[Los repatriados reconstruyeron el templo y lo inauguraron con sacrificios (Esd 6:15-18), pero la gloria de Dios no descendió, lo que muestra que su inauguración no fue completa, no recibió el sello de la presencia visible de la Deidad. ¿Qué debían esperar para que ese templo se llenase otra vez con la gloria divina? (Hag 2:7-9; Zac 2:5,10). ¿A quién enviaría primero el Señor, antes de descender sobre el Nuevo Templo? (Mal 3:1)].

Los repatriados cautivos rehicieron el altar exterior y comenzaron a ofrecer los holocaustos de mañana y tarde, sin una inauguración especial (Esd 3). Cuando más tarde terminaron de reconstruir el templo, ofrecieron un ritual de sacrificios inaugural equivalente al que las doce tribus de Israel habían ofrecido sobre el Tabernáculo del desierto en ocasión de su inauguración (Esd 6:15-18; cf. Núm 7:15-16, etc). Pero la gloria de Dios no descendió como lo había hecho en el Tabernáculo de Moisés, y como en el Templo de Salomón en Jerusalén medio milenio después.

Llama la atención el hecho de que los repatriados de Babilonia ofreciesen su ofrenda "conforme al número de las tribus de Israel", porque la única tribu que fue llevada al cautiverio fue la de Judá y, por lo tanto, esa fue la única tribu que volvió.[1] Las otras diez tribus habían sido dispersas por los asirios más de un siglo antes. Esto nos muestra que, en el "remanente" judío que volvió del cautiverio, se concentraron las 12 tribus de Israel, aunque ese remanente no estuviese más dividido como antes en 12 tribus. ¿Qué nos sugiere esto con respecto a los 144.000 del Apocalipsis, de todas las tribus de Israel (Apoc 7:4-8), y en relación con el verdadero "Israel de Dios", el espiritual? (Rom 2:25-29; Gál 6:15-16). Que son los últimos herederos de las promesas divinas hechas originalmente a las 12 tribus de Israel, aunque en el fin no estén divididas como tales étnicamente.

Dos profetas intervienen y alientan a los constructores que se desaniman por poner demasiada atención en las falencias humanas. Esos profetas dirigen la mirada a lo que Dios va a hacer, más que a lo que los hombres van a hacer. Traen consigo la promesa divina de llenar otra vez esa casa con su gloria. Así, los que regresaron debieron aprender a mirar hacia adelante, hacia la redención futura que Dios iba a realizar por su pueblo. Quien llenaría la casa de gloria iba a ser el Mesías a quien Hageo denomina "El Deseado de Todas las Gentes".

Ageo 2:7-9: "Haré temblar a todas las naciones, y vendrá el 'Deseado' de todas las gentes, y llenaré esta casa de gloria—dice el Señor Todopoderoso. Mía es la plata, y mío el oro—dice el Señor Todopoderoso. La gloria de esta segunda casa será mayor que la primera—dice el Señor

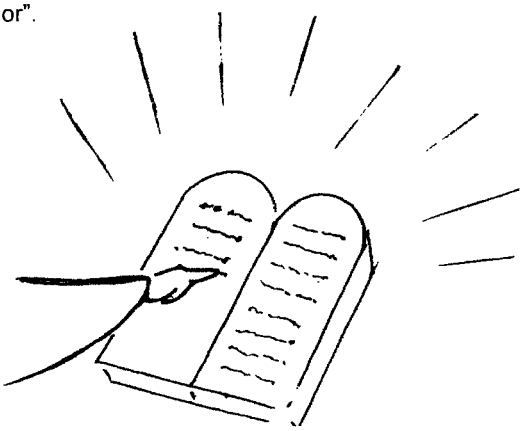
[1] Algunos descendientes de Benjamín, más los levitas que servían a Dios en el santuario, permanecieron unidos a los judíos cuando las diez tribus formaron un reino separado.

Todopoderoso. Y daré paz en este lugar—dice el Señor Todopoderoso".

La forma de dar esta profecía con la repetición constante, "dice el Señor Todopoderoso", sugiere que esa parte debía repetirla la congregación al leer esas promesas. Así debían reafirmar su fe en que Dios tiene todo el poder para cumplir lo que, en esos momentos iniciales, parecía casi inverosímil. Así también debemos hacer nosotros cuando la ansiedad nos agobia, y tendemos a mirar al lado lúgubre de las cosas. Repitamos las promesas de Dios, si es posible, audiblemente, para que penetren en nuestra mente y en nuestra conciencia, y fortalezca nuestra fe. Es Dios quien promete, no el hombre. Es en Dios que se centra nuestra esperanza, no en nuestra pobre humanidad.

Ya que la construcción del templo que estaban reedificando los más jóvenes judíos no podía compararse en esplendor con el templo de Salomón que los más viejos habían visto antes del cautiverio (Ageo 2:3), el profeta Zacarías repite las promesas del Señor delante de ellos.

Zac 2:5,10: "Yo seré para ella—dice el Señor—muralla de fuego en derredor, y su gloria en su interior... Canta y alégrate, hija de Sión; porque yo vengo a morar en medio de ti—dice el Señor".



¿Por qué no descendió la gloria de Dios sobre ese templo, una vez que lo construyeron? Porque el arca del pacto con las dos tablas de piedra que Dios había escrito con su propio dedo no fue encontrada, y los cautivos no se atrevieron a hacer otra, ya que la escritura original era divina, escrita con "el dedo de Dios" (Deut 9:10). Esto es más llamativo cuando comparamos el descenso de la gloria de Dios en el Tabernáculo y en el Templo de Salomón. Para que la gloria de Dios descendiese debieron primero ungir con el aceite sagrado esa arca en el desierto (Ex 40), y luego traer el arca al Templo de Salomón medio milenio más tarde (1 Rey 8-11).

Anticipándose al chasco que podrían experimentar los cautivos que regresasen con el príncipe Zorobabel, y construyesen el nuevo templo de Jerusalén, el profeta Jeremías había anunciado que en el Nuevo Templo, una vez que Dios estableciese su trono para siempre en medio de su pueblo, no habría necesidad de buscar el arca ni de recordarla ni de extrañarla ni de hacer otra. Dios iba a habitar para siempre en medio de su pueblo y Su Ley quedaría escrita para siempre en cada mente y corazón (Jer 3:16-17; 31:31-34). En otras palabras, la ley de Dios no faltaría, ni se perdería, pero no habría necesidad de recordarla en contextos de juicio, porque el juicio habría sido consumado, y la paz y seguridad de los redimidos serían eternas.

La lección que debieron aprender los repatriados judíos fue, sin embargo, que la gloria de Dios no desciende donde no está Su Ley. Tampoco puede pretender ningún cristiano, ninguna congregación o iglesia, que Dios está descendiendo con su gloria en medio de ellos, si la Ley de Dios no está escrita en los corazones de los adoradores, si no se lo honra de acuerdo a la ley que Dios mismo escribió. Los milagros no son necesariamente una prueba del descenso de la gloria de Dios (Mat 7:21-23). Por el contrario, pueden ser una prueba de la intrusión del diablo (Mat 24:24; 2 Tes 2:9-12; Apoc 13:13; 16:14). Que la ley forma parte constitutiva del descenso de la gloria de Dios queda claro en las Palabras del Señor cuando dijo:

Juan 14:21,23: "El que tiene mis Mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él... El que me ama, guardará mi Palabra. Y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y habitaremos en él".

El último profeta del Antiguo Testamento, Malaquías, agrega un dato más como anticipo del descenso de la gloria divina. Un mensajero vendría a anunciarla. A pesar de eso, esa gloria vendría al templo de Dios en forma repentina, inesperada, porque el pueblo no estaría preparado para recibirla, ni sería capaz de reconocer la manera diferente en que descendería.

Mal 3:1: "Yo envío mi mensajero, que preparará el camino delante de mí. De pronto vendrá a su templo el Señor a quien Uds. buscan, vendrá el mensajero del pacto, en quien Uds. se complacen".

7. El rechazo de la gloria

[¿Qué pasó cuando la gloria de Dios descendió sobre el templo de Jerusalén, cinco siglos después que los repatriados de Babilonia lo construyesen? (Juan 1:9,11,14). ¿Por qué?]

La gloria de Dios, (según vimos en la décima lección del primer seminario), descendió de una manera en que no la esperaban los judíos. En lugar de ocultar su gloria en una nube, la ocultó en la carne humana, en la persona del Hijo de Dios. No vino con las dos tablas de piedra sino con la ley divina escrita en su corazón, en su carne, en su vida (Juan 15:10; véase 2 Cor 3:3).

Juan 1:9,11,14: "Aquella Palabra era la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo... Vino a lo que era suyo, y los suyos no lo recibieron... Y Aquella Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad. Y *vimos su gloria*, gloria que, como Hijo único, recibió del Padre".

¿Han tenido Uds. a alguien en su familia a quien fueron a visitar alguna vez, pero que no los recibió? ¿Tal vez un hijo, una hija, un hermano o hermana, un padre o madre? Aún así, pálida es la comparación con el pesar y dolor que sufrió el Hijo de Dios cuando vino a su pueblo, y éste no lo recibió. Mirando desde la ladera de la montaña de los Olivos el templo majestuoso que había llevado siglos construir y hermosear, exclamó acongojado:

Mat 23:37-39: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a

> los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollos bajo sus alas! Y no quisiste. Vuestra casa os queda desierta. Porque os digo que no me veréis más, hasta que digáis: '¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!'"

Querido amigo o amiga que me estás leyendo, quiero decirte que has sido adoptado por el Señor como hijo o hija suya, y el dolor que le causas cuando no le abres la puerta cuando viene a visitarte mediante su Espíritu, o mediante algún mensajero suyo, jamás podrás percibirlo en su verdadera dimensión (Apoc 3:20). Los ángeles lloran también en el cielo cuando un hijo o hija de Dios rechaza la invitación a abrir la puerta del corazón, y se alegran grandemente cuando la respuesta es positiva. "Porque hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentimiento... Os digo que hay alegría ante los ángeles de Dios", insistió Jesús, "por un pecador que se arrepiente" Hay "fiesta" porque un hijo de Dios "estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado" (Luc 15:7,10,32).

8. La inauguración del nuevo templo, el celestial

> [¿Qué templo inauguró el Señor, cumpliendo con la primera expectación apocalíptica? (Heb 8:1-2; véase 6:19-20; 10:20)].

Estaba sentado con un amigo en el congreso de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día en Nueva Orleáns, Estados Unidos, hace ya varios años atrás. Ese congreso debía comenzar a determinada hora de la tarde, pero todo parecía indicar que habría una demora, porque no se veía ningún movimiento en ese sentido. Los dos pastores éramos del hemisferio sur, y discutíamos de que, a diferencia de lo que ocurre muchas veces entre los hispanos, los norteamericanos anglo-sajones suelen ser puntuales. Pero llegó la hora de inaugurar el congreso, comenzaron a pasar los minutos, y nada ocurrió.

Una hora exacta más tarde pasaron a la plataforma los dirigentes de la Iglesia Mundial, y el congreso comenzó. Para ese entonces habíamos descubierto que en Nueva Orleáns, el reloj marca una hora más tarde que en el este de Estados Unidos. Habíamos juzgado mal a nuestros dirigentes pensando que alguna falta de organización los había hecho demorar. Pero a la hora exacta comenzaron.

Muchos también juzgan mal las profecías fechadas de la Biblia. Se basan en parámetros para contar que no son los que tenían en la antigüedad, y por consiguiente no saben cuándo poner el comienzo, y menos cuándo marcar el punto de llegada. Pero el Señor cumple todo lo que dice. Sus profecías fechadas no son condicionales. "Cuando se cumplió el tiempo", dijo el apóstol Pablo, "Dios envió a su Hijo" (Gál 4:4), quien cumplió con la primera expectación que Daniel y sus compatriotas tenían con respecto al santuario del Nuevo Pacto.

No sabemos si Daniel llegó a entender que el Nuevo Templo que iba a inaugurar el Señor con su gloria, no iba a ser el de Jerusalén, sino el del cielo. Es probable que haya vislumbrado algo así porque, como lo veremos más definidamente en la siguiente lección, pudo ver que el sumo sacerdote del nuevo templo iba a ser un príncipe celestial. En todo caso, cuando vino el Prometido de Israel se pudo ver, claramente, que el templo que debía inaugurarse, el definitivo, el que triunfaría, es el del cielo.

Heb 8:1-2: "Lo principal de lo que venimos diciendo es que tenemos un Sumo Sacerdote que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en el cielo; y es ministro del santuario, de aquel verdadero santuario que el Señor levantó, y no el hombre".

En un segundo seminario titulado *Los Cumplimientos Gloriosos del Santuario*, tocamos a fondo el tema de la inauguración del templo celestial. La Epístola a los Hebreos nos dice que el Hijo de Dios "nos abrió [o inauguró] un nuevo y vivo camino" que entra dentro del velo o cortina o puerta del santuario celestial. Es por esa razón que la Epístola lo presenta como "nuestro precursor" en esa entrada al templo de Dios, dando a entender que detrás de él entraremos nosotros, si por fe queremos seguirlo, hasta el día en que él mismo venga a buscarnos para llevarnos a su morada celestial (Heb 10:19-25; 6:19-20).

9. La expectación que debió sellar Daniel

[¿Cuál expectación, de las dos que preocupaban a Daniel, debió sellar el profeta para que fuese entendida más adelante? (Dan 8:14,26; cf. 17,19; 12:1-4,8-9)].

Así como Daniel recibió visiones que enmarcaban el comienzo y el derrumbe de los grandes imperios, y finalmente el desplome de todos los imperios y reinos en el fin del mundo; así también Dios le dio vislumbres del comienzo del nuevo templo y de su victoria final por sobre todos esos reinos (véase Apoc 11:15-19). De las dos etapas, Daniel pudo entender bien la primera, la inaugural. Pudo saber cuándo ese nuevo santuario sería inaugurado por el Mesías Príncipe. Pero, fuera del hecho de que ese Nuevo Templo iba a ser finalmente vindicado cuando el Hijo del Hombre recibiese el reino en una corte final de juicio, y se diese la resurrección final de los santos y la posesión del reino prometido por parte de ellos, no se le dice mucho más (Dan 7:9-14,26-27; 8:14; 12:1-4).

Una vez que se le mostró cómo iba Dios a inaugurar el Nuevo Templo, Daniel quiso saber más acerca del "tiempo del fin". Pero se le dijo que la expectación por un final justo, por la victoria final y definitiva del gobierno divino y de su pueblo, debía quedar sellada hasta ese tiempo. Esto se ve especialmente en relación con su cumplimiento.

Dan 8:26: "La visión de las tardes y mañanas que te fue dada, es verdadera. Y tú sella la visión, porque es para muchos días [un futuro lejano]".

Dan 12:4,8-9: "Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará... Yo oí, pero no entendí. Y pregunté: 'Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?' El respondió: 'Anda, Daniel, estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin".

10. La expectación que Juan no selló

¿Cuál expectativa embargaba a la Iglesia cuando Juan escribió el Apocalipsis (Apoc 1:1,3; 16:15; 22:7), y qué no debió hacer el apóstol con respecto a esa expectación apocalíptica? (Apoc 22:10).

La primera expectativa del reino y del pacto que iba a inaugurar el Mesías prometido ya había pasado en las postrimerías del primer siglo cristiano. Hacía más de 60 años que ese Mesías había muerto en expiación por el pecado del pueblo, y se había inaugurado el santuario celestial. En el templo del cielo oficiaba desde entonces ese príncipe celestial a favor de su pueblo. ¿Bajo qué expectación podía vivir, por consiguiente, la Iglesia Cristiana, ese pueblo del Nuevo Pacto? Bajo la expectación del descenso de la gloria prometida, esta vez en forma visible, "en llama de fuego" (2 Tes 1:7-8), "en la gloria de su Padre" (Mat 16:27; Mar 8:38; Jn 14:3; Hech 1:11), al concluir el Señor su obra de intercesión en el santuario celestial.

Pero los días iban pasando y el primer siglo iba llegando a su fin. El único apóstol con vida que quedaba era Juan, el que había sido más joven de todos los discípulos. Es entonces que recibe:

Apoc 1:1,3: "la Revelación de Jesucristo que Dios le dio para manifestar a sus siervos *lo que debe suceder pronto*... ¡Dichoso el que lee las palabras de esta profecía", le dice el Señor, "y dichosos los que la oyen, y guardan lo que está escrito en ella, porque *el tiempo está cerca*!"

¿Cuál tiempo estaba cerca? ¿El de la inauguración? ¡No, ese tiempo ya había pasado! Faltaba el cumplimiento del cierre de los eventos del fin y del triunfo del gobierno de Dios quien mora en su templo celestial. Juan es llevado a contemplar el juicio celestial que se da al abrirse la puerta al lugar santísimo. Ve entonces al Señor sentado en su trono y al Cordero, su Hijo, comparecer ante él para una obra de juicio y recibir el reino prometido como Rey de la Nueva Jerusalén (Apoc 4-5). *Desde esa perspectiva, la del juicio final*, puede contemplar la historia de la Iglesia y su confrontación con los poderes de este mundo hasta su triunfo final (Apoc 6-19). Por esa razón se expresa, en referencia a la obra del diablo, de la siguiente manera:

Apoc 12:12: "El diablo ha descendido a vosotros, con gran furor, al saber que *le queda poco tiempo*"

El Señor vuelve a poner su iglesia bajo la expectación del juicio final:

Apoc 16:15: "Mirad que yo *vengo como ladrón*. ¡Dichoso el que vela y guarda su ropa, para que no ande desnudo y vean su vergüenza!"

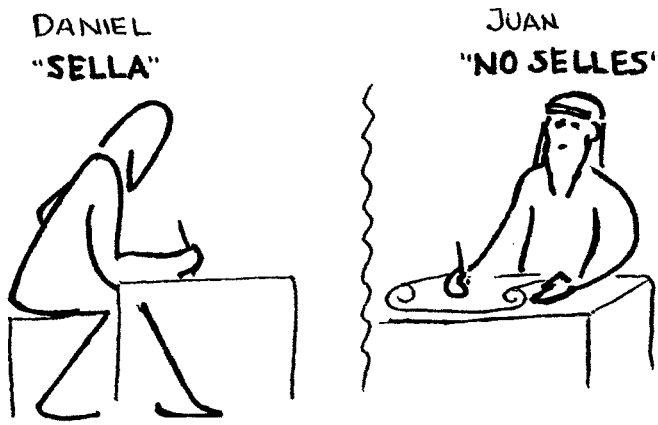
Siempre desde la perspectiva del juicio y de la ciudad futura que espera a

los redimidos, el vidente de Patmos transmite el mensaje final del Apocalipsis y de la Biblia:

Apoc 22:7: "Mira que *vengo pronto*. ¡Dichoso el que guarda las Palabras de la profecía de este libro!"

Daniel debió sellar su anuncio sobre los eventos que tendrían lugar en el "tiempo del fin", incluyendo lo relativo a la vindicación del santuario celestial. Era demasiado para poder entenderlo en sus días. Pero a Juan Dios le revela esos eventos del fin y le da la orden de no sellarlos. No se refiere a la inauguración porque las profecías relativas a la inauguración del templo celestial nunca estuvieron selladas, y ya se habían cumplido más de medio siglo atrás. Siendo que las profecías de Daniel que debían cumplirse en el "tiempo del fin" estaban todavía selladas en el primer siglo, debía llegar el momento en que fuesen deselladas. Con ese fin se escribió el Apocalipsis. Desde la perspectiva de ese tiempo final al que fue llevado el último apóstol, no debía sellarse lo que se le había revelado.

Apoc 22:10,12: "no selles las Palabras de la profecía de este libro, porque *el tiempo está cerca*... Yo *vengo pronto*, y mi galardón conmigo, para dar a cada uno según su obra".



E. G. White: "El libro que fue sellado *no fue el Apocalipsis, sino la porción de la profecía de Daniel que se refería a los últimos días*... (Dan 12:4). Cuando se abrió el libro se proclamó: 'El tiempo no será más' (véase Apoc 10:6). Ahora ha sido abierto el libro de Daniel, y la revelación hecha por Cristo a Juan debe llevarse a todos los habitantes de la tierra. Mediante el aumento del conocimiento debe prepararse a un pueblo para que resista en los últimos días" (*MS* II, 120-1).

"A medida que nos acercamos al término de la historia de este mundo, las profecías registradas por Daniel exigen nuestra atención especial, puesto que se relacionan con el tiempo mismo en que estamos viviendo. Con ellas deben vincularse las enseñanzas del último libro del Nuevo Testamento... 'Entenderán los entendidos' (Dan 12:10), fue dicho acerca de las visiones de Daniel cuyo sello iba a ser quitado en los últimos días; y acerca de la revelación que Cristo dio a su siervo Juan para guiar al pueblo de Dios a través de los siglos, se prometió: 'Bienaventurado el que lee, y los que

oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas" (Apoc 1:3).

"El libro de Daniel es desellado en la revelación dada a Juan, y nos lleva hacia las últimas escenas de la historia de esta tierra" (*TM*, 115 [inglés]).

Conclusión

La preocupación de los escritores bíblicos como Daniel y Juan en el Apocalipsis, se dio en torno a una solución definitiva del mal. Daniel debía contentarse con saber que el culto que había sido destruido en ocasión del cautiverio babilónico, sería restaurado, y que la inauguración del Nuevo Templo traería, a la postre, una solución definitiva al problema del mal. Esto se aclararía más cuando viniese el Mesías o Cristo Príncipe (véase Jn 4:25).

Juan dio su mensaje con el santuario del Nuevo Pacto ya inaugurado por el Señor, y en plenas funciones. Su expectación, como para todo lector del Apocalipsis, tenía que ver con el juicio final y la vindicación del carácter de Dios y de su pueblo, esto es, de la iglesia tan perseguida aquí en la tierra "por causa de la Palabra de Dios y el Testimonio de Jesucristo" (Apoc 1:9).

Los intérpretes modernos que no creen en la inspiración divina de las Escrituras y en la intervención sobrenatural de Dios, pierden de vista esta solución final a la que apuntan todas las profecías de Daniel y del Apocalipsis. Buscan momentos históricos relativos a la época en que presumen podría haber vivido el profeta, para tratar de hacer desembocar todas sus profecías en esa época. Los que así lo hacen no conocen "las Escrituras y el poder de Dios" (Mat 22:29), ni prestan atención al claro testimonio de los profetas que apuntan al triunfo eterno de Dios y de sus redimidos.

"Ya van veinte veces que se lo digo"

Cuando mi madre y su hermano Adolfo asistían a la escuela secundara en Montevideo, escucharon cierto día a su profesor enojado decirle a un estudiante: "Ya van veinte veces que se lo digo. A la tercera lo hecho afuera". El resto de los estudiantes soltó la carcajada.

Por lo general no podemos captar todo de una vez. Los que somos pastores sabemos, por experiencia propia, que algunas personas parecen entender lo que estamos enseñando en determinado momento, pero más tarde se olvidan. Por esa razón tenemos que asistir a la iglesia, para estudiar la Biblia como el pan de cada día. Es de esa manera que el creyente se afirma sobre una base de rocas, como para no ser removido cuando es probado.

El Señor no nos revela los eventos del fin de una vez, o tres veces, o veinte veces. Repitió su voluntad para con nosotros muchas más veces en la Biblia. Quiere que sus seguidores aquí en la tierra vivan bajo la expectación del juicio final y su segunda venida. Si estamos realmente convertidos al Señor, no tendremos temor del juicio. Por el contrario, lo aclamaremos con expectación como los mártires lo hicieron en el pasado, preguntando:

"¿Hasta cuándo, Señor?" Ellos saben que el propósito del juicio es vindicarlos delante del mundo y del universo (Dan 7:22).

Apelación final. Hay un pueblo en la tierra que vive en la expectación del juicio y la venida del Señor. Es el pueblo del advenimiento. Se llaman Adventistas del Séptimo Día, porque creen que el Señor vendrá en esta generación, y enfatizan el mandamiento más descuidado de la Ley de Dios. Recordemos que la gloria de Dios no desciende donde no está su Ley. La importancia que el Apocalipsis da al arca del pacto (Apoc 11:19), y a los mandamientos de Dios en el último remanente (Apoc 12:17; 14:12), muestra que vivimos en la época en que la gloria del Señor, por tanto tiempo esperada, descenderá sobre ese remanente en la persona del Hijo.

Querido amigo que lees estas páginas, tú también puedes vivir en la expectación de la venida del Señor, y unirte al pueblo que levantó Jesús mismo para dar su mensaje final al mundo. ¡Qué maravilloso será contemplarlo venir en el cielo, acompañado por millones y millones de ángeles! Es el evento más glorioso que está por suceder, y que todo ojo podrá ver. Unos buscarán esconderse, pero será demasiado tarde. Otros lo aclamarán como su Salvador, y los llevará consigo a la casa de su Padre. ¿Quieres prepararte para encontrarte con él? ¿Cuántos quieren clamar al Señor diciendo: "¡Sí, ven Señor Jesús!" (Apoc 22:20), de tal manera que la expectación que todavía tenemos pueda cumplirse finalmente ante nuestra vista?

Oración. Padre nuestro que estás en el cielo, ante ti nos postramos reconociéndonos indignos de tantas bendiciones y promesas que nos das. Es imposible que podamos captar en su plena magnitud la grandiosidad del evento que nos espera. Tu Nombre será vindicado por el juicio, tu Majestad se revelará en todo su poder, el cielo abrirá sus cortinas y podremos ver a tantos ángeles que obedecen tu mandato. ¿Quiénes somos nosotros para tan grande atención y agasajo? Somos tus hijos, comprados por la sangre de tu Hijo. Sabemos, por consiguiente, que nos valoras a tan alto precio. Te damos, pues, nuestra vida para que hagas con ella como mejor te parezca mientras transitamos por este mundo. Queremos vivir en la expectación de tu venida, porque queremos que se consume esa solución definitiva que tienes para nuestros males. No te demores (Dan 9:19), ven pronto. "¡Sí, ven Señor Jesús!" (Apoc 22:20), **Amén.**

CUESTIONARIO II

EXPECTANTES DE LOS DOS EVENTOS MÁS GRANDES DE LA HISTORIA

Sección I. ANTE LA EXPECTACIÓN DE UN NUEVO TEMPLO

1. Aunque todos los imperios futuros del mundo tendrían un comienzo definido que partiría del derrumbe y caída del anterior, ¿cuál sería el fin de to-

dos esos reinos o imperios? (Dan 2:28-45).

Respuesta: .....

4. ¿Qué haría Dios antes de incorporar definitivamente a sus santos en su reino eterno? (Dan 7:9-14,26-27).

Respuesta: .....

5. En la lucha por la supremacía de los reinos y sus religiones, ¿qué pasaría finalmente con el nuevo templo que Dios proyectaba levantar para morar en medio de su pueblo? (Dan 8:14).

Respuesta: .....

6. ¿Por qué no se sintió satisfecho Daniel con la respuesta divina? ¿Qué más quería saber él con respecto a ese templo nuevo, que por guardar el Señor silencio, lo dejaba confundido? (Dan 9:1-19).

Respuesta: .....

7. ¿Cómo respondió el mismo ángel Gabriel a su ruego por saber cuándo sería inaugurado el nuevo santuario, sin el cual Dios no haría un nuevo pacto con su pueblo? (Dan 9:24-27).

Respuesta: .....

Sección II. MÁS ALLÁ DE UN NUEVO COMIENZO

6. Los repatriados reconstruyeron el templo y lo inauguraron con sacrificios (Esd 6:15-18), pero la gloria de Dios no descendió, lo que muestra que su inauguración no fue completa, no recibió el sello de la presencia visible de la Deidad. ¿Qué debían esperar para que ese templo se llenase otra vez con la gloria divina? (Hag 2:7-9; Zac 2:5,10). ¿A quién enviaría primero el Señor, antes de descender sobre el Nuevo Templo? (Mal 3:1).

Respuesta: .....

7. ¿Qué pasó cuando la gloria de Dios descendió sobre el templo de Jerusalén, cinco siglos después que los repatriados de Babilonia lo construyesen? (Juan 1:9,11,14). ¿Por qué?

Respuesta: .....

8. ¿Qué templo inauguró el Señor, cumpliendo con la primera expectación apocalíptica? (Heb 8:1-2; véase 6:19-20; 10:20).

Respuesta: .....

9. ¿Cuál expectación, de las dos que preocupaban a Daniel, debió sellar el profeta para que fuese entendida más adelante? (Dan 8:14,26; cf. 17,19; 12:1-4,8-9).

Respuesta: .....

10. ¿Cuál expectativa embargaba a la Iglesia cuando Juan escribió el Apocalipsis (Apoc 1:1,3; 16:15; 22:7), y qué no debió hacer el apóstol con respecto a esa expectación apocalíptica? (Apoc 22:10).

Respuesta: .....

LECCIÓN III

EN VÍSPERAS DEL JUICIO VENIDERO

Cuando uno comienza un curso de estudios, o una carrera, es porque espera llegar al final para completarlos. Así también sucede con la carrera cristiana. Entramos en una escuela que dura toda la vida y con la esperanza puesta en la graduación final. Es como todo barco que cruza el océano. Inicia el viaje esperando llegar a la otra orilla. O como un avión que despega para aterrizar en el aeropuerto escogido.

El apóstol Pablo comparó también la fe cristiana a una carrera en un estadio. Todos esperan poder llegar al destino y alcanzar el premio propuesto (1 Cor 9:24-27). En la carrera cristiana encontramos un recurso maravilloso para no desmayar. Contamos en los cielos con un entrenador extraordinario que sabe perfectamente cómo regular nuestras fuerzas para que ninguno se quede a mitad de camino y pierda la recompensa.

¿En dónde está puesta la mirada expectante de la Iglesia hoy? En la meta final. El Señor emprendió en los cielos un proceso judicial que tendrá su culminación. A lo largo del Apocalipsis, así como en el libro de Daniel también, se percibe nítidamente un ministerio "continuo" o incesante que se lleva a cabo en el Lugar Santo del templo celestial, y que culmina en el Lugar Santísimo de dicho templo. Esto es lo que vamos a ver ahora en los mensajes que Jesús da a sus iglesias de en medio de los candelabros del Lugar Santo.[1] En ellos vemos la preocupación y deseo del Hijo del Hombre de preparar a su iglesia para hacer frente al juicio que comenzará a revelar a partir de la siguiente visión, en el Lugar Santísimo.

SECCIÓN I

EL ANÁLISIS CLÍNICO DEL MÉDICO DEL ALMA

¿Queremos obtener la vida eterna? ¿Nos gustaría conocer qué es lo que requiere el Señor para vencer? ¿Estaríamos dispuestos a escuchar de él mis-

---

[1] Después de haber sido entronizado en el Pentecostés, el Hijo de Dios no volvió en persona a la tierra (véase Hech 3:20-21). Es por esa razón que los apóstoles anunciaron para el futuro su "segunda" venida (Heb 9:28). Toda conexión entre el cielo y la tierra se hizo y continúa haciéndose desde entonces mediante la obra del Espíritu Santo. Es por el Espíritu Santo que el testimonio de la iglesia en la tierra puede brillar en el cielo (Ef 2:18; 3:10), y por el mismo Espíritu que la intervención del Señor puede ser sentida en la Iglesia en la tierra (Mat 18:20; 28:20). La imagen de los siete candelabros (*lujnía*) es una clara alusión al santuario celestial donde el Señor ministra a favor de su pueblo.

mo qué tipo de enfermedad nos aqueja y cómo poder librarnos de ella para que, a la hora del veredicto final, nos encontremos realmente sanos?

Mucha gente no va al médico porque tiene temor de que le encuentre algo malo. Si tiene un cáncer, prefiere no saberlo para no vivir angustiado por la noticia de que va a morir en poco tiempo. Los que así reaccionan ante ciertos males que captan en ellos, parecieran querer que la muerte los sorprenda de súbito, sin la preparación debida. Una actitud tal en relación con la vida del alma puede significar la pérdida no solamente de esta vida, sino también de la vida eterna.

Jesús trajo a colación el hecho de que "todo el que obra el mal aborrece la luz y no viene a la luz, para que no se descubran sus obras" (Jn 3:20). Pero podemos cambiar. Cristo nos invita a venir a la luz, y nos promete al mismo tiempo limpiarnos de todos nuestros pecados. Nuestro Salvador es un ser maravilloso que nos promete a todos ser "más que vencedores en Cristo Jesús" (Rom 8:37). El es tierno y misericordioso al detectar los males espirituales que nos aquejan, y sabe dar el remedio infalible para su cura. De manera que nadie tiene que temer leer las páginas siguientes. Allí encontraremos todo un legajo extraordinario que nos dejó el Señor para que sepamos donde estamos parados.

1. Comenzando con el Lugar Santo

[¿Desde qué momento hace partir Juan sus visiones en el Apocalipsis? En su primera visión, ¿en qué lugar del templo celestial ve al Hijo del Hombre ejerciendo su ministerio sacerdotal? (Apoc 1:10-13)].

En la Biblia, el número siete significa algo completo. A través de mensajes dirigidos a siete iglesias, proyecciones mediante siete sellos y juicios de siete trompetas, el Revelador abarca toda la dispensación cristiana que culmina en la obra final del Hijo de Dios en el cielo, más específicamente, en el Lugar Santísimo del santuario celestial. Llama la atención que en ninguna de esas séptuples series proféticas Juan comience enfocando la inauguración del templo celestial. Ese era un evento ya cumplido hacía más de medio siglo. El comienza simplemente viendo en esas visiones a Jesús ya establecido en el Lugar Santo del templo, abarcando desde allí toda su obra de mediación hasta su consumación en el Lugar Santísimo.

En efecto, las iglesias sobre las que Jesús aparece ministrando fueron levantadas por el Apóstol Pablo entre los paganos del Asia Menor. El Hijo del Hombre no se dirige más a la nación judía que, por otro lado, había sido destruida por los romanos hacía más de 20 años atrás, sino a esas iglesias a las cuales el evangelio llegó algunas décadas después de haberse inaugurado el templo del cielo. Luego de una corta introducción, en donde hace resaltar el lavamiento de los pecados que el Hijo de Dios efectuó por los pecadores (Apoc 1:5), Juan tiene su primera visión con el Señor ya instalado en su "continuo" ministerio sacerdotal en el Lugar Santo, el primer cuarto del

templo celestial.[2]

¿De qué estaban expectantes las iglesias en aquel entonces? No, por cierto, de un evento cumplido, sino de la consumación de la obra del Señor en el cielo. Pablo hasta llegó a pensar que podría estar vivo para cuando el Señor viniese (1 Tes 4:17), aunque en una segunda carta a los Tesalonicenses advirtió que la venida del Señor podía demorar más (2 Tes 2:1-2). Fue evidente que, para entonces, se había dirigido su mirada hacia las profecías de Daniel, y había comenzado a captar que ese evento final podía no consumarse tan rápido. El anticristo romano, cuyo espíritu ya estaba en formación, pero que debía esperar a que cayesen los césares para hacerse notorio, debía consumar su obra antes que el Señor consumase la suya en los cielos (2 Tes 2:3ss).

Ya sea más tarde o más temprano, el apóstol terminó escribiendo a su joven discípulo Timoteo, al final de su carrera, que el día iba a llegar cuando recibiese "la corona de justicia" que el Señor le dará no solamente a él, "sino a todos los que esperan su venida" (2 Tim 4:6-8). Esa misma expectación se ve patente en las revelaciones de Juan, quien la vincula a una obra final de juicio que el Hijo del Hombre debe cumplir en el Lugar Santísimo, el segúndo cuarto del templo celestial.

Consideremos la primera visión. Jesús se dirige por intermedio de Juan a las iglesias desde el Lugar Santo:

Apoc 1:10-13: "En un día del Señor fui en el Espíritu y oí detrás de mí una fuerte voz como de trompeta, que dijo: 'Escribe en un libro lo que veas, y envíalo a las siete iglesias: A Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea'. Me volví para ver quién hablaba conmigo. Y vuelto vi

[2] E. de White destacó el hecho de que los discípulos siguieron al Señor, en el primer siglo, en su ministerio en el lugar santo. Literalmente dice: "hasta allí [el primer departamento] lo siguieron los discípulos por la fe cuando se elevó de la presencia de ellos" (*CS*, 473).

> siete candelabros de oro, y entre los siete candelabros vi a uno semejante al hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies. Tenía el pecho ceñido con una cinta de oro".

A pesar de encontrarse en su incesante ministerio sacerdotal en el Lugar Santo del templo celestial, Jesús se revela a su apóstol con la magnificencia de un juez. Esto se ve por el hecho de que:

> **Apoc 1:14-16:** "su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve. Sus ojos eran como llama de fuego. Sus pies eran semejantes al bronce bruñido, acrisolado en un horno. Y su voz era como estruendo de muchas aguas. Tenía en su mano derecha siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda de dos filos. Su rostro era como el sol cuando resplandece en toda su fuerza".

Todas estas imágenes evocan cuadros de juicio, lo que nos hace pensar que, aunque todavía no se ha establecido la corte final en los cielos, el Hijo del Hombre quiere que su iglesia ponga sus ojos en ese evento. Veamos:

a) *Cabeza y cabellos blancos*: una descripción que nos hace pensar en la corte de venerables del juicio final, ya que el "Anciano de Días" y sus 24 ancianos se sientan en juicio, como en la antigüedad, para juzgar a su pueblo (Dan 7:9-10; Apoc 4:4).

b) *Ojos como llama de fuego*: con ojos semejantes se describe a Jesús en la última gran batalla, en ocasión de su venida (Apoc 19:12), y cuando se viste de "lino" simple para señalar "el tiempo del fin" en la última visión de Daniel. Recordemos que el Sumo Sacerdote se vestía de "lino" simple cuando entraba en el Lugar Santísimo, al final del año litúrgico del templo antiguo (Dan 10:6; véase Lev 16:4,32-34).

c) *Pies como bronce bruñido*: así describe Daniel también al varón vestido de lino que señala delante del profeta "el tiempo del fin" (Dan 10:6; 12:6-9). También describe Ezequiel de una manera equivalente los pies de los cuatro seres vivientes, en su visión del juicio celestial sobre el antiguo pueblo de Israel (1:7).

d) Voz "como estruendo de muchas aguas": es lo que vemos de nuevo en la última visión de Daniel (12:6), y al final en "la gran multitud", que alaba a Dios, cuando asume el reino en ocasión del juicio final (Apoc 19:6).

e) *Espada aguda de dos filos que sale de su boca*: así se representa al Hijo de Dios cuando viene a juzgar al mundo y destruirlo con la espada que sale de su boca (Apoc 19:15).

f) *Rostro como el sol*: reaparece en el "ángel poderoso" que anuncia la séptima trompeta, la del juicio final, y que trae consigo un cuadro equivalente al del juicio de Apoc 4-5 (Apoc 10:2; véase 4:3).

g) *Siete estrellas en su mano*: representan a los siete ángeles de las siete iglesias (éstas, a su vez, están representadas en los siete candelabros). Las

estrellas representan a ángeles (Apoc 1:20) y al pueblo de Dios (Apoc 12:1), en este caso, al obispo o pastor de cada una de las siete iglesias sobre el cual vela un ángel que está al comando del Hijo del Hombre. Esto revela, al mismo tiempo, la autoridad que Jesús ejerce desde el santuario celestial sobre las iglesias.

Aunque Jesús no está en esta primera visión en el juicio mismo, sino entre los candelabros del Lugar Santo del templo celestial, se revela a sí mismo con la majestad suprema que va a adquirir cuando asuma su papel de Juez. Así como cuando se transfiguró delante de sus discípulos en la montaña para revelarles el papel que iba a asumir más tarde al ascender al cielo (Mat 17:2,9), así también Jesús en el Apocalipsis, se revela a las Iglesias como el Hijo del Hombre de quien profetizó Daniel, cuando se le mostró su comparecencia delante del Anciano de Días para una obra final de juicio (Dan 7:13-14).[3] Esta es otra señal clara del interés que tiene el Hijo de Dios en preparar a las iglesias para ese evento final de juicio.

2. Lo que el Señor conoce de su iglesia

[¿Qué expresión usa Jesús para animar, confortar y exhortar a las iglesias a serle fiel, en su lucha contra el pecado y los poderes de este mundo? (Apoc 2:2,9,13,19; 3:1,8,15)].

Cuando nuestra hija Roselyne era pequeña, cierta vez me paseaba con ella por un bosquecito cercano a nuestro departamento en la ciudad de Estrasburgo, Francia. ¡Cómo le gustaba dar sus pasitos cortos mirando las plantas y las flores! Sabía que la mirada del papá estaba sobre ella. En determinado momento decidí esconderme un momentito para ver cómo reaccionaba. Fue apenas darse vuelta y no verme que se largó espontáneamente a llorar. ¡Cómo captan los niños la dependencia de los padres cuando son tan pequeños! Saben que solos no podrán ir muy lejos.

¡Cuán distinto sería para nosotros si nos volviésemos y fuésemos como niños, dependientes de un Padre amante en los cielos que no nos deja solos! Mientras que algunos tienen temor de acercarse a Dios porque tienen una conciencia culpable, otros piensan que la religión traumatiza al crear una conciencia sensible al mal, y al hacer creer que Dios todo lo ve. Pero otros como nosotros, que confiamos en las promesas divinas de perdón y restauración, nos sentimos más seguros sabiendo que hay Alguien que no quita su mirada de nosotros.

"La vista del amo engorda al buey", dice un refrán español. También la mirada de los padres sobre los hijos, mostrándoles simpatía e interés, es salud mental y emocional para ellos. Aún el castigo, bien aplicado, "trae fruto apacible de justicia" que, consciente o inconscientemente, es entendido

[3] Algo semejante vemos en Dan 10-12. El Señor no está aún en el juicio, pero aparece vestido con las ropas inferiores que usaba el sumo sacerdote en el Día de la Expiación para señalar "el tiempo del fin".

por los hijos como muestra de amor (Heb 12:11). Para muchos hijos es mejor el castigo que la indiferencia.

"*Conozco tus obras...*", repite el Señor a cada iglesia. ¡Cuánto bien nos hace saber que ningún acto de bien desinteresado que hagamos pasa desapercibido en el cielo. Es más, nos dice la Biblia que Dios lleva registros de esos buenos actos (Sal 56:8). Ninguna oración, ningún esfuerzo por ganar a otros para el reino eterno, es ignorado en la esfera celestial (Mal 3:16-18; Neh 13:14,22,31). "Los ojos del Señor están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos" (1 Ped 3:12; cf. Sal 34:15 [clamor]). "Te haré entender, te enseñaré el camino en que debes andar, sobre ti fijaré mis ojos," prometió nuestro Dios (Sal 32:8).

¿Qué conoce Jesús de ***Éfeso*** (Apoc 2:1-3), la primera de las siete iglesias? "Conozco tus obras, trabajo y paciencia", le dice el Señor, así como el hecho de haber resistido a los malos y falsos apóstoles que buscan engañar al verdadero rebaño. También sabe el Señor que esa iglesia ha repudiado a los que creen que se puede ser indulgente con los pecados de la carne. Jesús sabe también que en esa iglesia han sido capaces de perseverar en medio de las pruebas por su Nombre, y sin desfallecer.

También ***Esmirna*** (Apoc 2:8-10), la segunda iglesia, puede saber que su Señor no ha pasado por alto su tribulación y pobreza en los aspectos materiales. Si el Señor permite todo eso, es porque sabe también que esa experiencia los hace ricos en los aspectos espirituales. A la iglesia de ***Pérgamo*** (Apoc 2:12-13) le dice que tiene en mente que no ha negado la fe, a pesar de vivir en medio del trono de Satanás, y de presenciar el martirio en su medio. El "trono de Satanás" es una clara alusión al trono romano, ya sea del César como del anticristo romano que iba a sucederlo (Apoc 13:2-4).

¡Cómo se habrá impresionado la iglesia de ***Tiatira*** (Apoc 2:18-19), la cuarta, al saber que el Señor estaba al tanto de su amor, fidelidad, servicio y paciencia, a tal punto de reconocer que su fe se había incrementado con el tiempo, como se podía percibir en sus frutos! Después de todo, no era inútil correr la carrera cristiana. ***Sardis*** (Apoc 3:1,4), la quinta, debe saber, en cambio, que el Señor no ignora que su vida cristiana es nominal, y que en realidad está muerta. Dentro de esa iglesia, sin embargo, hay gente a quien Jesús reconoce no haber manchado su ropa. La sexta iglesia es la de ***Filadelfia*** (Apoc 3:7-8), y el Señor le dice conocer que, aunque tiene poca fuerza, ha guardado su Palabra y no ha negado su Nombre.

Bueno..., respiremos un poco y pensemos en lo que el Señor nos dice a nosotros, los que vivimos en el "tiempo del fin", en su mensaje a ***Laodicea*** (Apoc 3:14-17), la séptima y última iglesia. El Señor no nos pierde de vista, pero nos hace ver que somos tibios en la fe, lo que nos vuelve, a su vez, repugnantes delante de él a tal punto de producirle arcadas. El Hijo de Dios sabe que pretendemos ser ricos porque tenemos muchas cosas materiales que el mundo antiguo no conoció. Pero, contrariamente a la experiencia de

la segunda iglesia, eso nos hace espiritualmente "cuitados, miserables, pobres, ciegos y desnudos".

Llama la atención el hecho de que la séptima iglesia es la única a la que el Señor no le reconoce nada positivo. ¿Creen que eso se debe a que esa iglesia es tan mala y que, por consiguiente, no hay nada que pueda reconocérsele? Pienso que no. El problema es que, lo peor que puede hacérsele a gente pagada de sí misma es elogiarla, porque si antes de admirársela ya se remonta hasta las nubes, ¿adónde va a terminar elevándose si, todavía encima, se la elogia?

Esta percepción que el Señor tiene de sus siete iglesias anticipaba, en miniatura, lo que iba a ser tenido en cuenta en el juicio venidero. Es como esos exámenes correctivos que se dan antes de la prueba final, para que el estudiante pueda practicarse y ver en qué anda bien y qué puntos debe reforzar. Si se quiere, el conocimiento que el Señor revela tener de sus iglesias en su mensaje inicial a las siete iglesias, es una especie de mini-juicio investigador, que tiene como objeto poner por anticipado, delante de las iglesias, el Día del Juicio que les espera.

3. Los reproches y advertencias del Señor

[¿Qué expresión usa Jesús para reprochar a las iglesias sus puntos débiles, con el propósito de superarlos, en vísperas del juicio que tendrá lugar en la siguiente visión? (Apoc 2:4,14,20],

Si todo fuera elogios y reconocimientos, ¿cómo podría mejorar la iglesia? ¿Podría el Señor eliminar en el juicio a gente a la que nunca le reprochó nada? Una experiencia parecida tuve cuando era niño e hice algo malo en la iglesia. Un primo de mi padre me hizo seña con la mano, advirtiéndome de la paliza que iba a recibir después. Lo miré a mi padre y vi que no me hizo seña alguna, ni me dijo nada (tal vez para no armar escándalo o ruido en medio de la reunión). Quedé tranquilo hasta que llegué a casa y la profecía mímica de mi tío se cumplió. Lloré con la paliza de mi padre y me enojé con él porque no me había dicho nada cuando me había portado mal.

Bueno, algo que no gusta a muchos hijos son las advertencias. Por eso, ni los padres ni el Señor son cargosos cuando advierten lo que va a pasar. Pero los hijos que aman a sus padres aprenden a escucharlos. Saben que han ido más lejos y conocen los problemas que pueden encontrar más adelante en el camino. Igualmente el Señor, antes de encarar sus iglesias en el juicio mismo, les da sus reproches y advertencias de amor. No desea condenar a nadie en su juicio, sino recompensar con la vida eterna a todo Aquel que se enroló como discípulo suyo.

¿Cómo hace el Señor para sacudir a su Iglesia? "¡Despierta!", le dice. "Conozco tus obras". Sí, tienes cosas positivas que muestran que vas en camino. "Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor", tu primer entusiasmo (véase Ef 1:15-16). "Por tanto", le dice a ***Éfeso*** (significa "Desea-

ble"; Apoc 2:4-6), haz memoria y presta atención "de dónde has caído". "¡Arrepiéntete, y vuelve" a hacer lo que hacías antes, tus primeras obras de amor!

La iglesia de ***Esmirna*** ("mirra aromática"; Apoc 2:10), es una de las dos iglesias a las que el Señor no dirige ningún reproche. Sufre una persecución tan despiadada que, las únicas palabras de exhortación del Señor son de estímulo, de valor, a no tener temor de lo que va a padecer. Ya lo había anticipado el Señor cuando estuvo en la tierra, ni los que matan ni la muerte misma debían ser causa de temor, sino Aquel que puede destruir la vida en el castigo final (Mat 10:28). La persecución que sufre esta iglesia se vio representada en la historia del cristianismo, especialmente durante el tercer y cuarto siglos, extendiéndose aún hasta la conversión nominal del primer emperador "cristiano".[4]

A ***Pérgamo*** ("ciudadela", "acrópolis"; Apoc 2:14-16), el Señor le dice que "tiene unas pocas cosas contra" ella. ¿Creen Uds. que las faltas de Pérgamo eran mínimas? Si las comparamos con las faltas de otros, puede ser. Pero nadie puede compararse con el Señor, nadie puede permanecer en pie delante de él a menos que intervenga la gracia. Se nos dice que es tan bondadoso que cubre "multitud de pecados" (véase Sant 5:20; 1 Ped 4:8).

¿Aficionados o profesionales?

Esto me hace recordar un partido de básquetbol que tuvimos cuando estábamos en la escuela secundaria, con la visita de un ex alumno paraguayo de la Universidad Adventista del Plata, Argentina. Al enterarnos que era réferi profesional le pedimos que nos ayudara dirigiendo el partido. Al poco rato hubo quienes se enojaron y le pidieron el pito de réferi para dárselo a otro. "¿Por qué?", preguntó. "Porque no sabe marcar las faltas", le respondieron. Por supuesto, ese réferi visitante no quiso entregarlo y preguntó: "¿Quieren Uds. que les cobre como iniciantes o como profesionales?" "Como profesionales", fue la respuesta. Entonces recomenzó el partido y, lamentablemente para nosotros, no podíamos casi jugar porque no dejaba pasar nada, ningún error.

Es que el Señor sabe cuánto podemos avanzar y lo que vamos a poder entender, mientras nos permite ir descubriendo nuestras faltas de carácter, nuestros errores. Va de a poco, procurando no desanimarnos por exponer de golpe sobre nosotros, todas nuestras deficiencias y falencias.

Pérgamo tiene en su medio, además, gente inmoral que cree que los pecados de la carne no son graves, y que corrompe a otros incitándolos a cometer fornicación. "¡Arrepiéntete!", le exhorta el Señor, so pena de tener que vérselas con él en el juicio final y ser destruida con la espada de su boca. Durante los siglos sexto y séptimo se consolidó y promovió el producto

---

[4] Véase detalles históricos en A. R. Treiyer, *The Seals and the Trumpets*, 43ff.

híbrido que había estado fermentando en los siglos anteriores, en especial el cuarto y el quinto. La mezcla de paganismo con cristianismo dio como resultado una relación carnal entre la Iglesia y el Estado que el Señor no autorizó (Mat 22:21; Juan 18:36; 2 Cor 10:3-4).

Un problema de inmoralidad semejante se detecta en ***Tiatira*** ("dulce sabor de trabajo"; Apoc 2:20-25), quien además, es tolerante con una mujer que se sienta en medio de la Iglesia pretendiendo ocupar el lugar de Dios, como mensajera suya. Debemos recordar que los verdaderos mensajeros del Señor hablan "como si Dios rogase por medio" de ellos (2 Cor 5:20). Cuando los mensajeros son impostores pretenden ocupar el lugar de Dios y, llegado el caso, hasta se atreven a hacerse pasar por Dios, como el anticristo predicho por la Biblia (2 Tes 2:4).

El símbolo de Jezabel como mujer de mal vivir es equivalente al símbolo que escoge el Señor más adelante para representar a la Iglesia Apóstata de Roma, como de una mujer prostituta llamada Babilonia, que se corrompe con los reinos de la tierra al pactar con ellos. Jezabel cumple un papel de perversión semejante en medio de la iglesia de Tiatira, lo que en su proyección profética nos sugiere que estamos en plena época del anticristo predicho. En la historia esta época se conoce como "Edad Media" o "Edad Oscura" (esta última nominación ha sido dejada de lado en estos últimos años para no contrariar a la Iglesia Católica Romana). Mientras esa iglesia apóstata pretende ocupar el lugar de Dios, dándosela de profetiza, desvía a los gobernantes y magistrados (véase Rom 13:1,4) para que adulteren con ella (véase Apoc 17:2). El Señor no los deja, sin embargo, sin amonestación. Al dejarse arrastrar por sus encantos carnales, y de no mediar arrepentimiento, sufrirán "gran tribulación".

¿Qué más detectó el médico de todas las almas en su análisis clínico de la iglesia de Tiatira? Que hay un "remanente" de esa iglesia que sufre al no dejarse seducir por la obra diabólica de Jezabel (la iglesia popular y oficial de Roma). A ese "remanente" el Señor le dice que no le va a imponer ninguna carga adicional, pero le exhorta a retener la que tiene hasta que venga. ¡Cuánto amor y ternura la del Señor, que tiene en cuenta el tremendo peso que algunos tienen que sobrellevar en esta vida! Cuida para que nadie sucumba con una carga mayor de la que puede llevar.

Llama la atención que, cuando Dios castigue a los que se corrompen con Jezabel, las demás "iglesias sabrán que" el Señor "sondea la mente y el corazón, y" da "a cada uno según sus obras" (Apoc 2:23). Esta es una clara alusión al juicio final (véase Apoc 22:12; 1 Cor 4:3-5). Aunque las iglesias no lo perciban siempre aquí, cuando Dios ejecute sus juicios en el fin del mundo, sabrán que esa función de penetrar los pensamientos interiores del ser humano y su corazón, es obra divina. Ningún ser humano tiene esa facultad (Mat 7:1-5) y, por lo tanto, ningún ser humano puede arrogarse la facultad de perdonar pecados (1 Rey 8:39; Sal 7:8-9). Sólo uno igual a Dios, quien es al mismo tiempo Hijo del Hombre e Hijo de Dios (Hech 4:12; Col

2:9; 1 Tim 2:5), tiene tal facultad (Mar 2:7,10). Sólo la fe en Dios puede darnos la certeza del perdón divino, en una confesión abierta y directa hecha únicamente a él (Rom 5:1; 10:10; 1 Juan 1:9).

A ***Sardis*** (Apoc 3:2-3), el Señor le ordena ser vigilante y reanimar lo que le queda y que está para morir. Esta característica se repitió admirablemente durante la época de la Reforma Protestante (a partir mayormente del S. XVI). En esa época surgió una generación de gente que se atrevió a enfrentar los embustes que provenían de la iglesia romana, como el de pretender que las obras constituyen una riqueza que excede a la gracia divina, para que la iglesia se sirva de esas obras. Dicho más simple, esto significa justificación por obras. Tanto énfasis pusieron los Protestantes en la fe, en contraposición con las obras que la Iglesia Católica anteponía soberbiamente para justificarse, que terminaron olvidando que "la fe sin obras es muerta" (Sant 2:14-18; véase Rom 3:31).

"¡Acuérdate!", vuelve a exhortar el Señor a Sardis. Esta exhortación aparece varias veces en la Biblia, debido a que somos propensos a olvidar. "Acuérdate del día sábado para santificarlo", declaró el Señor en su Ley Universal, porque Yo Soy el Creador (Ex 20:8-11). "Haced esto en memoria de mí", volvió a decir siglos más tarde cuando instituyó la Santa Cena. ¡Sí! Es esencial que no olvidemos ninguno de los mandamientos de Dios, ni tampoco su muerte redentora en la cruz. De allí que, aunque sólo por la fe obtenemos perdón (Rom 3:27-28), las obras revelan la clase de fe que tenemos, y nos permiten saber que estamos vivos.

¿Qué hace una persona muerta?

"¿Viste a un muerto?", le pregunté a un niño cierta vez en un sermón. "¡Sí!", me respondió sonriendo. "¿Qué hace un muerto?", volví a preguntarle. "Nada", respondió riendo. "¿Por qué no hace nada?", insistí. "Porque está muerto", me respondió siempre riéndose. Así también, si queremos saber si estamos vivos espiritualmente o muertos, el Señor nos dejó el termómetro de las obras.

Junto con Esmirna, ***Filadelfia*** ("amor fraternal"; Apoc 3:9-11), es la segunda iglesia a la que el Señor no reprocha nada. Todo es estímulo y ánimo para ella. Un estímulo tal se da mayormente a quienes han pasado por un gran desaliento. "Retén lo que tienes", le dice el Señor. Se tuvo algo bueno pero se corre el riesgo de abandonarlo. Una experiencia semejante de frustración la recibió Juan, representando el período que antecede al juicio de la última trompeta y que abre la puerta al Lugar Santísimo del templo celestial. El mensaje profético que recibió fue dulce al paladar, pero le produjo malestar en el vientre (Apoc 10:10).

Para alentar a una iglesia como la de Filadelfia el Señor le revela "una puerta abierta" que conduce al juicio final y a la vindicación del pueblo de Dios. Habría una demora, pero no por eso debían ceder, ni renunciar a su

experiencia espiritual. Por el contrario, se la exhorta a retener tal conocimiento y experiencia logrados. Llegará el día —le dice el Señor— que los que se burlaron de ella caerán a sus pies reconociendo que el Señor amaba a esa iglesia despreciada.

Una experiencia de frustración semejante se conoció en el gran despertar adventista interdenominacional que se dio hacia fines del S. XVIII y, más definidamente, en la primera parte del S. XIX. Creyeron que el Señor ya venía, pero sus esperanzas quedaron parcialmente frustradas. Los que prestaron atención al mensaje de la "puerta abierta" al Lugar Santísimo recobraron ánimo, y salieron al mundo entero a anunciar que la puerta del juicio ya se había abierto, y el Señor venía pronto (véase Apoc 10:11).

El Señor sabe que toda la escoria de suficiencia y complacencia propia de la iglesia de ***Laodicea*** ("juicio del pueblo"; Apoc 3:18-20), puede curarse únicamente mediante "oro refinado en fuego". Esto representa al fuego de la tribulación o aflicción que elimina la escoria del egoísmo y del pecado, para que reluzca el oro puro de un verdadero carácter cristiano. También requiere que esta iglesia final le compre ropas blancas que cubran su desnudez, ya que las hojas de higuera (Gén 3) o de ostentación propia que tiene no pueden cubrir la falta de la vista de un Dios Omnisciente. Esas ropas son lavables únicamente en la sangre del Cordero, ya que ninguna tribulación puede limpiar el pecado, sino solo la sangre del Cordero que murió en lugar del pecador.

Mientras que el fuego de la persecución que el Señor permite que su iglesia padezca, quema todo apego al pecado [no se trata de una autoflagelación administrada por ningún ser humano], la sangre del Cordero es la única que limpia el alma de toda contaminación cometida. Y como toda persona altiva no puede verse a sí misma como realmente es, el Señor le exhorta a adquirir el "colirio" del Espíritu Santo para que sane su vista y pueda verse tal como Dios la ve.

Laodicea no debía sorprenderse del castigo divino que le iba a ser dado, ya que el Señor reprende y castiga a los que ama (véase también Heb 12:6-7). ¿Qué más podía decírsele a alguien que vivía una experiencia religiosa superficial, tibia? "Sé, pues, celoso y arrepiéntete". Aunque el Señor está a punto de vomitar esta iglesia de su boca, y no le elogia nada, asombrosamente demuestra su interés de entrar en su casa, en su vida, y cenar con ella. Esta es una clara señal de amistad que el Señor quiere tener con esta Iglesia. Pero como toda verdadera amistad, no se puede obtener por la fuerza. Nos toca a nosotros abrirle nuestro corazón.

E. G. White: "La discriminación que Cristo revela al pesar los caracteres de los que tomaron para sí Su nombre, como cristianos, nos hace darnos cuenta más plenamente que cada persona está bajo su supervisión. El está familiarizado con los pensamientos e intenciones del corazón, así como con cada palabra y acto. Conoce todo sobre nuestra experiencia religiosa; sabe también a quién amamos y servimos", *Ms* 81, 1900, np.

4. Las promesas del Señor a los que venzan

[¿Qué promete el Hijo del Hombre "al que venza" en su conflicto con el pecado y los poderes de este mundo? (Apoc 2:7,11,17,26-28; 3:5,12,21)].

El esquema se repite en el mensaje del Señor a prácticamente todas las iglesias. Hay un *reconocimiento* ligado a un aspecto de la visión que el Hijo del Hombre hizo de sí mismo en la introducción, luego un *reproche y/o exhortación*, y finalmente una *promesa*. ¿Qué es lo que se percibe, en esencia, en estos mensajes del Señor a sus iglesias? Que el Señor es bondadoso, amable y misericordioso. No se ve ningún análisis despiadado del estado de las iglesias. Por el contrario, comienza dando reconocimientos, y mostrándoles que si los han maltratado en el mundo, a él lo maltrataron primero y peor.

También queda claro que a nadie le pide el Salvador algo imposible para obtener la vida eterna. Aquel que será nuestro juez tiene en cuenta la luz o comprensión que ha podido obtenerse de su Palabra, la carga que le ha tocado sobrellevar a cada cual y, por sobre todo, su disposición a renunciar al mundo y seguirlo. Mientras que a ninguna iglesia la encomia para que caiga en un triunfalismo que la lleve a dormirse en un sueño fatal de confianza propia, a todas las estimula para que no se estanquen, sino que prosigan al blanco, al premio seguro de nuestra suprema vocación (Filip 3:13-14).

En efecto, se ve en los mensajes de Jesús que ninguna iglesia ha llegado a la perfección. Si el especialista divino en salvar almas que está en los cielos se toma el tiempo de enviar su análisis clínico a todas sus iglesias, es porque sabe que para poder vencer, las iglesias deben crecer, siempre "crecer en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Ped 3:18). Dicho de otra manera, los que triunfen deben asumir una actitud vencedora y de permanente avance, sin desanimarse por los contratiempos que encuentran en el camino. Ya que no son los actos esporádicos de benevolencia los que determinarán si somos buenos y merecedores de la vida eterna, ni tampoco las caídas o resbalones casuales los que terminen destruyéndonos, sino la tendencia hacia el bien o hacia el mal que la corte celestial pueda percibir en nuestra vida. Eso es lo que marcará nuestro destino final.

E. G. White: "Nuestros caracteres no deben ser aquilatados por palabras suaves manufacturadas para tiempos y ocasiones establecidas; sino por el espíritu y la tendencia de toda la vida" (*RH*, 08-16-92). "Se revela el carácter no por actos buenos ocasionales y delitos ocasionales, sino por la tendencia de las palabras y actos habituales" (*Camino a Cristo*, cap 7).

¿Qué promete el Señor a sus seguidores, para que no se desanimen por la captación de sus debilidades y el temor de terminar corriendo en vano? El premio es grande y nadie tiene por qué desfallecer. Jesús se presenta como modelo a cada iglesia, haciéndole ver que él pasó por la prueba que cada

iglesia está pasando y que, así como él triunfó, todos pueden triunfar. La victoria está asegurada para todo aquel que crea y la pida.

"Al que venza", dice el Señor a los ***Efesios*** (Apoc 2:7), "le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios" (cf. Apoc 22:2). Esta es una promesa que obtendrán todos los que "lavan sus ropas en la sangre del Cordero" y "guardan sus mandamientos" (Apoc 22:14).[5] "El que venza" por ser fiel, dice a los de ***Esmirna*** (Apoc 2:11), "no recibirá daño de la segunda muerte" (cf. Apoc 20:5-6), sino que recibirá del Señor mismo "la corona de la vida" (v. 10). "Al que venza" de ***Pérgamo*** (Apoc 2:17), "le daré del maná escondido" (véase Juan 6:48-51), que está dentro del arca del pacto en el templo celestial (véase Apoc 11:19; cf. Heb 9:4). También—agrega el Señor—le daré "una piedrecita blanca, y en ella escrito un nombre nuevo, que ninguno conoce sino el que lo recibe" (véase Ef 4:24; 1 Juan 3:1).

Así como el "maná" representa a Cristo (Juan 6:48-51), así también "la Estrella de la mañana" es una referencia a Cristo que el Señor promete dar "al que venza" de la iglesia de ***Tiatira*** (Apoc 2:26-29; cf. 22:16). Los que venzan de esa iglesia habrán guardado las obras del Señor "hasta el fin", un eco de lo que Jesús había anticipado a sus discípulos cuando les habló del fin, poco antes de partir: "El que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mat 24:13). Aquí en la tierra muchos sufrieron bajo el matrimonio ilícito o adulterio o aún fornicación del estado con la iglesia romana. Esos adúlteros (Apoc 17:2,4), que abusaron de su "autoridad" sobre los seguidores del Cordero (Apoc 13:2,7; véase Rom 13:3), descubrirán a la postre que el resultado se revertirá. El que venza compartirá la autoridad del Señor sobre esas naciones rigiéndolas con vara de hierro y quebrándolas como vaso de arcilla (cf. Apoc 19:15; véase 20:4).

¡Maravillosa promesa la que recibe el que venza de la iglesia de ***Sardis***! (Apoc 3:4-6). "Será vestido de ropa blanca", el Señor no borrará "su nombre del Libro de la Vida, y" confesará "su nombre ante" su "Padre y ante sus ángeles" (cf. Apoc 5:5-10; véase 6:11). Aunque sus obras no eran perfectas, se promete al vencedor un veredicto final positivo en el juicio investigador mismo. Serán salvos por la justicia del Señor representada en la ropa blanca que a cada vencedor dará el Señor.

Gracias a su fidelidad a la Palabra de Dios, el vencedor de ***Filadelfia*** (Apoc 3:12-13) será "guardado" de la hora de prueba que caerá finalmente sobre toda la humanidad. Le espera una "corona". Tal vez en la tierra fue expulsado de su iglesia "madre" por descubrir una luz mayor en la Palabra de Dios. Esto nunca volverá a ocurrir, porque el Señor lo establecerá como una columna en su templo, que no podrá ser removida. Siendo que antiguamente los hombres no tenían apellidos, sino que se vinculaban al

---

[5] Mientras que algunos manuscritos antiguos rinden "lavan sus ropas", otros versan "guardan sus mandamientos". Ambos conceptos están claramente establecidos en el Apocalipsis (Apoc 7:14; 12:17; 14:12).

nombre de una ciudad o región (Saulo de Tarso, Jesús de Nazaret), el nombre del vencedor nunca más estará ligado al de una ciudad terrenal, sino al de la Nueva Jerusalén (cf. Apoc 22:17). Siendo también que muchos nombres tenían lazos etimológicos con los nombres de sus dioses, el nuevo nombre que recibirá el que venza estará eternamente ligado al del verdadero Dios, y al de su hijo Jesucristo (cf. Apoc 14:1; 22:5).

Laodicea (Apoc 3:21-22) no tuvo ningún elogio, pero la promesa que se le da sobrepasa toda imaginación. Esto nos muestra que Dios no es rencoroso. "Al que venza" de entre ellos, prometió el Señor, "le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono". Esta es una promesa de lo que está delante, de poder formar parte de la corte de juicio que el Señor pasa a revelarle seguidamente en los dos capítulos siguientes (cf. Apoc 4-5; 14:3). Una vez juzgados y aprobados por el cielo, se nos trasladará a esa corte celestial para formar parte de ella en el fallo que finalmente se dará contra los que rechazaron el evangelio (Apoc 20:4; cf. 1 Cor 6:2-3).

Después de considerar los puntos débiles de las iglesias, y las advertencias definidas del Señor, ¿no es un regalo extraordinariamente el que se les dará? ¿Al revisar las promesas que el Señor pone delante de su iglesia, uno queda anonadado al ver que su gracia es tan eficiente como para otorgar un premio tan grandioso e inmerecido. Y el que tales promesas se den seguidamente de la afirmación de que esos mensajes los confirma el Espíritu a todas las iglesias, nos hace ver que lo que dice el Señor, lo es a través de la intervención del Espíritu, y que todas las advertencias y promesas tienen su valor para la iglesia a lo largo de la historia.

Llama la atención también, en todas estas promesas maravillosas, que la salvación que el Señor ofrece es, al fin y al cabo, individual ("al que venza ..."). Aunque el mensaje se dirige a las siete iglesias, finalmente contará la decisión que cada uno habrá hecho de sí. También se ve el deseo divino de poner delante de su pueblo el anhelo de obtener un premio que está al alcance de todos. Nuevamente, el Señor dirige la mirada de sus iglesias hacia el tiempo del fin que se inicia con el juicio investigador (Apoc 4-5), continúa con la destrucción de este mundo, y culmina con la nueva creación, el nuevo Edén como lugar de morada eterna de los vencedores. Esto vuelve a enfatizar el Señor en relación con la última visión del Apocalipsis.

Apoc 21:7: "El que venza heredará todas estas cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo".

5. El secreto de la victoria final

[¿Mediante qué habrán vencido los redimidos al mayor enemigo de Dios y del hombre? (Apoc 12:11)].

Es significativo el hecho de que Jesús anticipa en sus mensajes a las siete iglesias, los cuadros que Juan va a describir en las siguientes visiones. Esto

nos muestra que debemos considerar al libro de Juan como una unidad. Los que iban a leer esos mensajes en los primeros tres capítulos, podrían entender mejor las promesas divinas al completar la lectura de todo el libro. De allí que deban conectarse los mensajes de Jesús a las iglesias con el resto del libro. El libro del Apocalipsis es un mensaje compacto y entero, cuyas partes se entrelazan de principio a fin. No se pueden entender sus mensajes y símbolos si no se conoce bien todo el libro.

Para los que vivimos en esta época del mundo no puede pasársenos por alto otro hecho importante. Jesús no promete a nadie hacerlo objeto de culto o veneración por los méritos que habría presuntamente ganado haciendo milagros aquí en la tierra. Tampoco sugiere alguna cosa que haga pensar a los que se enteran de la recompensa que ofrece, que ese premio lo obtendrán apenas mueren. Todas las promesas del Señor están conectadas con el juicio final del mundo y la obtención de un bien no merecido que todos reciben conjuntamente al final. Y cuando ese día de recompensa llega, el único digno de alabanza por la salvación— como lo enfatiza la gran multitud de redimidos una vez que está frente al trono de Dios—es Dios mismo y el Cordero (Apoc 7:10).

Apoc 12:11: "Ellos lo han vencido por la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de ellos, y no amaron su propia vida ni aun ante la muerte".

Apelación. ¿Cuántos hoy queremos estar entre los vencedores, esto es, entre los que habrán triunfado sobre el pecado y los poderes destructivos de este mundo, incluso sobre la muerte?

Oración. Te damos gracias, Señor, por los mensajes que enviaste a tus hijos en todas las generaciones que nos han precedido, y por los mensajes que continúas enviándonos hoy a través de tu Palabra. Te agradecemos por tantos reconocimientos que nos animan a seguir en la senda que nos propusiste para salvarnos. También queremos aceptar tus reprensiones con humildad, para mejorar lo que descubrimos en el camino ser malo en nosotros. Danos la victoria limpiándonos con tu sangre expiatoria y alimentándonos mediante tu Espíritu de tu Palabra, porque no queremos perdernos tan hermosas promesas. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, nuestro Salvador, **Amén.**

SECCIÓN II

ACERCÁNDONOS AL DÍA DEL SEÑOR

"Mami, ¿cuándo vas a traer el pollo?", decía Robertito a cada rato, mientras comían en familia en una casa de campo. Los invitados a esa comida familiar no eran vegetarianos ni vivían en esa época bajo el temor de una peste aviaria como a veces pasa hoy en muchos lugares, por lo que pensaron: "va a ser mejor que no comamos mucho para guardar más espacio, y así disfrutar mejor el pollo una vez que lo traigan". Las visitas se sorpren-

dían viendo cuánta comida servían a la mesa mientras demoraban la traída del pollo que el pequeño no cesaba de anunciar. Finalmente trajeron el pollo y fue para que comiese las migajas que habían caído de la mesa.

Todos estaban expectantes en el pollo que se iba a traer, pero no todos sabían para qué. Para los que sabían, su venida fue de buen agrado; para los que no lo sabían, resultó ser un chasco. Lo que marcó la diferencia entre unos y otros fue el conocimiento o la ignorancia. ¡Burda comparación cuando pensamos en los sentimientos tan encontrados y contradictorios que habrá cuando llegue "el día del Señor", el día de ajustes final, conocido también como "día de su venida"! (Mal 3:2). "Mi pueblo pereció por falta de conocimiento [o "sabiduría]", dijo Oseas (4:6).

Así sucede hoy con muchos que no conocen bien lo que está por venir. Y aunque el mundo será, finalmente, advertido antes de la destrucción final, la mayoría perecerá por dejarse engañar por "el dios de este siglo", quien "cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no vean la luz del evangelio" (2 Cor 4:4).

6. La expectación de los primeros cristianos

[¿Expectantes de qué evento debían vivir los cristianos en la segunda parte del primer siglo? (Heb 10:25)].

"El día del Señor" en la Biblia se refiere a dos eventos. El primero está en el Decálogo divino, y mira hacia el pasado. Tiene que ver con el día de reposo que no es nuestro ni de nadie más que de Dios mismo (Isa 58:13-14). Por lo tanto, no lo podemos usar para nosotros mismos (Isa 58:13). Ese día es el sábado, el séptimo de la semana, que conmemora la creación divina y, después del pecado, también la redención de la esclavitud del pecado (Ex 20:8-11; Deut 5:15). El segundo "día del Señor" mira hacia el futuro y tiene que ver con la intervención final del Señor en los eventos de este mundo. Es el día del juicio que caerá sobre todo habitante de la tierra. Mientras que en la antigüedad ese día cayó en el microcosmos de diversos pueblos y ciudades, en el fin del mundo caerá en el macrocosmos de toda la tierra (Isa 2:12-22; véase Mat 24).

El día semanal de culto y el día final de juicio tienen también algo en común, porque en el "reposo" semanal los creyentes anticipan cada sábado el reposo final y celestial que traerá el Señor en ese día postrero (Heb 4:1, 4,9-11; véase Isa 66:22-23). Podemos decir que al aceptar "hoy" al Salvador obtenemos un reposo espiritual que está representado por el sábado semanal y nos anticipa el reposo definitivo en la patria celestial (Heb 4). Una vez convertidos, una vez "en paz con Dios" al obtener el perdón de nuestros pecados (Rom 5:1), podemos mirar confiadamente a ese "día del Señor" que nos aguarda, y del que nadie podrá escapar. Es más, Dios quiso que su iglesia, a lo largo de los siglos, se acercase a esos eventos últimos por la fe, como si fuese algo inminente. Esto es más cierto cuando captamos que ese

evento está tan cerca para todos como el corto espacio de vida que a cada cual le queda, ya que los que mueren no tienen conciencia de nada hasta que el Señor los resucita en ese día postrero (Heb 9:27-28; 1 Cor 15:20-24).

Un día en especial separaban cada año los israelitas, por orden de Dios, para mirar hacia ese evento futuro y vivirlo anticipadamente en el ritual final del año que purificaba el santuario. A ese día lo llamaban, literalmente, "Día de las Expiaciones" (Lev 23:27; 25:9). Esa era la única vez en el año en que el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo del templo, donde estaba el arca con los diez mandamientos, en la misma presencia de Dios (Lev 16:2, 15-16,34). En ese día "se hacía memoria de los pecados" (Heb 10:3), y se otorgaba una limpieza final de todos los pecados del año (Lev 16:30).

En los días de Jesús y los apóstoles, los judíos llegaron a considerar tan sagrado y solemne ese día de juicio, que lo llamaron simplemente "Yoma" en arameo, esto es, "el Día". En la *Mishnah*—un libro que recogía las tradiciones acerca de cómo se efectuaban los rituales en el templo—dejaron constancia de una sección dedicada exclusivamente a ese *Yoma*, sin preocuparse en especificar cuál día, porque todos sabían que se trataba del Día de la Expiación, que representaba al día del juicio.

Dirigiéndose a los Hebreos compañeros de raza y celosos observadores del ritual antiguo, el apóstol Pablo les dirigió un llamado a acercarse al sumo sacerdote celestial por la fe, "con corazón sincero, con plena certeza de fe", sin vacilar en la confesión de la esperanza que se nos ha dado de vida eterna, ya "que fiel es el que prometió" (Heb 10:21-23). Les exhortó también a no dejar de reunirse aquí en la tierra, para animarse juntos en la expectación del día del juicio que va a vindicar para siempre a los que permanecen fieles (Heb 10:24-25).

Heb 10:25: "Animémonos unos a otros, y tanto más, cuando veis que El Día se acerca".

Era imposible que los judíos hebreos en los días de Pablo no asociaran esa expresión con el Día de la Expiación escatológico o final, que todos esperaban que llegase algún día. Al referirse el apóstol al día del juicio mediante la mención de ese día especial, se proponía que sus hermanos de nación se acercasen mediante la fe a ese evento futuro. Debían confiar, para ello, en la purificación de la conciencia que podían obtener por la sangre del Cordero de Dios (Heb 9:14), y por el bautismo que los introduce oficialmente dentro del reino del Señor (Heb 10:22).

¿Qué pasaba, antiguamente, en ese Día de la Expiación? Como resultado de ese ritual de fin de año, los que habían permanecido fieles hasta ese momento veían cómo sus pecados pasados eran erradicados del templo. ¡Qué impresión debía causarles al ver, de una manera realística, cómo el santuario quedaba sin registro alguno que pudiese atestiguar contra ellos! Obtenían así, un veredicto final que los declaraba "limpios de todos" sus "pecados" (Lev 16:16-17,20-22,30). Muy diferente era la suerte de los rebeldes que

rechazaban durante el año la invitación a arrepentirse de sus pecados y obtener perdón, y permanecían en ese estado inconfeso hasta ese día, sin participar del espíritu que debía embargar a todo israelita en un día tan especial y definitorio. Ellos eran expulsados y quedaban bajo la amenaza de muerte del Señor (Lev 23:27-32).

Esto es lo que se ve en la exhortación del apóstol a los hebreos que habían aceptado a Cristo como Mesías, pero que estaban enfriando sus corazones al ver que el Señor no venía todavía. Ese Día tan solemne de juicio que se acercaba podía encontrarlos reunidos, anhelantes y expectantes en esa obra final del Sumo Sacerdote celestial, o con el corazón todavía endurecido para perdición eterna de sus almas. Por tal razón les hizo recordar que:

> **Heb 10:26-31**: "Si voluntariamente seguimos pecando después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda espera del juicio y del furor del fuego que ha de devorar a los adversarios. El que rechaza la Ley de Moisés, por el testimonio de dos o tres testigos muere sin compasión. ¿Cuánto mayor castigo merecerá el que pisotea al Hijo de Dios, tiene por impura la sangre del pacto en la que fue santificado, y afrenta al Espíritu de gracia? ... 'El Señor juzgará a su pueblo'. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!".

¡Sí, debemos acercarnos! Pero, ¿cómo nos acercaremos? ¿Con una conciencia condenada o, como exhortó el apóstol Pablo a sus compatriotas, "purificado el corazón de mala conciencia" en la sangre del Hijo de Dios? (Heb 10:22).

7. La expectación en los primeros siglos

> [¿Hacia qué eventos celestiales debía dirigir su mirada ("acercarse") la iglesia durante la era cristiana? (Heb 12:22-24; véase Rom 14:10-12; 2 Cor 5:10)].

Los cristianos de todos los siglos debían acercarse a las realidades celestiales, en especial las finales con el juicio que precede a la venida del Señor. Por la fe, aseguró Pablo, debemos experimentar la "iluminación" divina, que nos permite anticipar algo ya de lo que disfrutaremos en el mundo venidero. Al participar de la obra del Espíritu Santo que crea en nosotros nuevas atracciones, nuevas apetencias que elevan el alma, podemos gustar de antemano "el don celestial", "la buena Palabra de Dios y los poderes del mundo venidero" (Heb 6:4-5).

Una fe viviente tal era lo que necesitaban los compañeros de raza del apóstol Pablo, para vencer la tendencia a apartarse del evangelio y dejar de congregarse (Heb 10:25; 12:15-17). No de balde les dedicó un capítulo entero y maravilloso sobre la fe (Heb 11), para explicarles cómo se puede vivir "como viendo al Invisible" (Heb 11:27). Fe es "esperar", declaró, como Abraham, no simplemente una patria terrenal por la que fue peregrino toda la vida, sino como se ve en los mensajes de Jesús a las iglesias del Apo-

calipsis, "la ciudad con fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (v. 10; Apoc 21-22). Afirmó también que todos los hombres de fe en la antigüedad buscaban "una patria" "mejor", "la celestial", que Dios les ha preparado en los cielos (Heb 11:13-16).

Por la fe--continúa el apóstol—nos acercamos a las realidades del juicio final que precede a la venida del Señor. Ese juicio previo analiza la vida de los que alguna vez invocaron el Nombre del Señor, para ver si perseveraron "hasta el fin" (Mat 24:13; Apoc 2:3; 3:10), y permanecieron fieles "hasta la muerte" (Apoc 2:10). Ese juicio investigador considera las obras de los que se inscribieron en los cielos mediante el bautismo, aún las "obras últimas" de ellos (Apoc 2:19). Fue justamente con ese fin que el Señor puso delante de cada iglesia el peligro de sucumbir si dejaban de contemplar esas realidades finales, diciéndoles que sólo "el que venciere heredará todas las cosas" que él prometió (Apoc 21:7).

Heb 12:22-24: "Os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celestial, a innumerables huestes de ángeles, en feliz asamblea, a la congregación de los primogénitos inscritos en el cielo, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel".

Como un anticipo de lo que Jesús le revelaría en detalle a su apóstol en el Apocalipsis, el apóstol Pablo insistió en que:

Heb 4:13: "Nada creado está oculto de la vista de Dios. Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta".

Rom 14:10-12: "Porque todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo. Pues escrito está: 'Vivo yo—dice el Señor—que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios'. De manera que cada uno de nosotros dará cuenta a Dios de sí".

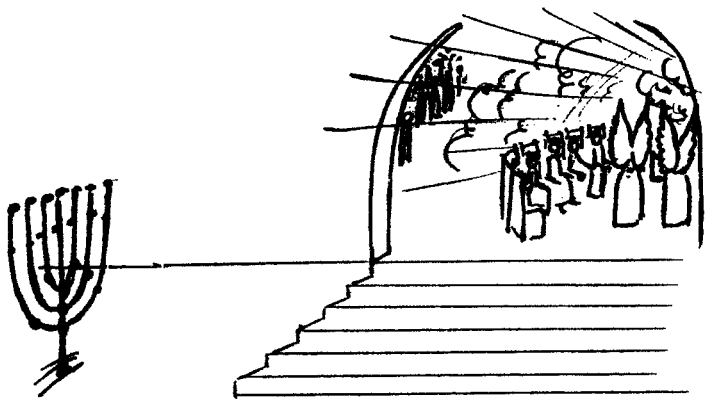
2 Cor 5:10: "Porque todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho cuando estaba en el cuerpo, sea bueno o malo".

8. Una puerta abierta

[¿Qué pone Jesús "delante" de la sexta iglesia, y qué advertencia le da? (Apoc 3:8,11)].

Hay una puerta en el santuario celestial que debía ser abierta al final, a la séptima trompeta (Apoc 11:19). Esa es la puerta que Jesús puso delante de los que se sentían desanimados en la iglesia de Filadelfia. No se trata de la puerta del corazón, ya que esa puerta cada cual puede abrirla o cerrarla (Apoc 3:20). La puerta que él abre al final en el cielo nadie puede cerrarla, ya que sólo él tiene la llave de David.

Apoc 3:8,11: "He puesto ante ti una puerta que nadie puede cerrar. Yo vengo pronto. Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona".



Esa es la puerta al lugar santísimo, ya que Jesús se encuentra entre los candelabros del lugar santo. La puerta a su ministerio en el lugar santo estaba abierta desde la inauguración de su ministerio celestial, desde que el Señor abrió ese "camino nuevo y vivo" que conduce a la presencia de Dios.[6] Por cuanto él tiene "la llave de David", es el único que puede abrir la puerta final del juicio (Apoc 3:7). Así, sabemos que desde que el Señor lo estableció como nuestro Sumo Sacerdote en el santuario celestial, tenemos asegurada la apertura al lugar santísimo que consumará todas nuestras expectativas de gloria y vida eternas.[7] El día llegaría en que la atención de la iglesia sería puesta especialmente en la apertura de esa puerta del juicio, lo que aquí se representa en el mensaje a la iglesia de Filadelfia.

En estos pasajes de la puerta abierta, Jesús está mirando más allá de una iglesia geográficamente localizada en Asia. Se está dirigiendo más bien, a través de la iglesia de Filadelfia, a la iglesia que viviría en el momento en que cesaría su ministerio en el lugar santo del santuario celestial, y pasaría a oficiar en el lugar santísimo en la consumación de su obra sacerdotal. Así como los profetas en el microcosmos de las ciudades antiguas, proyectaban lo que tendría lugar en el macrocosmos del fin del mundo (véase Mat 24:2-3; Jud 7: "puestas por ejemplo"),[8] también el Señor se dirige ahora, más de-

---

[6] Por detalles, véanse las dos siguientes lecciones.

[7] Por el significado de la "llave de David", véase A. R. Treiyer, *La Crisis Final en Apoc 4-5* (Proyecciones Bíblicas, Santo Domingo, 1998), 17-18.

[8] A través de la figura del rey de Babilonia, Isaías habló de Lucifer y su destrucción final (Isa 14). En el Apocalipsis vemos el mismo principio. Roma es vista a través del reino de Babilonia, y su caída se anuncia con los mismos términos que Isaías y Jeremías profetizaron la caída de la vieja Babilonia (Isa 47; Jer 25:15-26; 50-51; Apoc 18). Compárese el llamado a salir de la antigua Babilonia (Isa 52:11-12; Jer 50:8; 51:6-8,45; Zac 2:6-8) con el llamado a salir de la Babilonia final (Apoc 14:8; 18:1-5), etc.

finidamente, a esa iglesia que llegaría al "tiempo del fin" (Dan 8:14,17,19), para que mire dentro de esa puerta del juicio que él abría para vindicar a los que vencieren de entre ellos (Apoc 3:12).

9. Mirando hacia delante

[¿Hacia dónde debió mirar Juan, luego de haber contemplado al Hijo del Hombre en su "continuo" ministerio intercesor en el lugar santo? ¿Hacia lo que ya había tenido lugar, o hacia lo que debía tener lugar aún? (Apoc 4:1)].

¿Queremos ver qué se ve dentro de la puerta que Jesús puso delante de la iglesia de Filadelfia, para animarla en su fe y afirmarla en la segura promesa de la venida del Señor? Eso lo revela Jesús en el siguiente capítulo. Mientras permanece en visión, el apóstol escucha una voz y es tomado para subir al trono de Dios, que está dentro de una puerta abierta en el cielo. Juan escucha la misma voz del Hijo del Hombre que le había hablado como trompeta en la "primera" visión, desde el lugar santo, diciéndole ahora:

Apoc 4:1: "Sube acá, y te mostraré lo que ha de suceder después".

Notemos que Jesús no le dice a su apóstol que le va a mostrar las cosas que deben suceder después de las que le muestre en esa visión. Algo así no tendría sentido. De manera que no podemos mirar para atrás, para la vez en que Jesús se sentó a la diestra de Dios, cuando el santuario celestial fue inaugurado. El Señor puso esa puerta "delante" de la iglesia de Filadelfia, no detrás. Los que esperaban que el Señor viniese en sus días, y se frustraron porque debían esperar aún más hasta su regreso, no debían darse vuelta para mirar hacia atrás, sino hacia delante. El mensaje que Jesús dio a sus iglesias no es un mensaje que vuelve a los "rudimentos" del evangelio (Heb 6:1), sino un mensaje que evalúa la situación actual de quienes ya habían aceptado el evangelio y formaban parte de su reino espiritual.

Con esto nadie pretende decir que los "rudimentos" o aspectos "elementales" del evangelio no son dignos de recordar en todo momento, sino que el propósito fundamental del mensaje de Jesús a las iglesias es el del juicio que deberán afrontar al final. De allí que sea tan importante considerar esa "puerta abierta" que Juan ve "después" de haber sido introducido al lugar santo, donde Jesús ministraba a favor de su iglesia en la tierra.

E. G. White: "Hay Alguien que lo ve todo, y dice. 'He puesto *delante de ti* una puerta abierta'. A través de esta puerta se mostró el trono de Dios, sombreado por el arco iris de la promesa, la señal del pacto eterno, mostrando que la misericordia y la verdad están juntas, y arrancando del que lo contempla alabanza al Señor" (*Ms* 27, 1891).

10. La expectación de la última iglesia

[¿Qué promesa da el Señor a la séptima iglesia? (Apoc 3:21)].

¿Con qué podía soñar la última iglesia del Apocalipsis, si no era con el juicio celestial y su vindicación final? De hecho, el significado del nombre de esa ciudad es "Juicio del pueblo". Si los miembros de esa iglesia aceptan su mensaje de reprensión, serán tenidos como vencedores y podrán sentarse en el cuarto del trono mismo de Dios y del juicio que, seguidamente, pasa el Señor a revelarle. Para afirmar la solidez y certeza de esa promesa, el Señor le hace recordar que eso es tan cierto como el hecho de que él se sentó sobre ese trono cuando ascendió al cielo como vencedor y como nuestro precursor, luego de ofrecer su vida por el pecador.

Apoc 3:21: "Al que venza, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono".

Apelación final

Aquel que murió por nosotros y fue nuestro Abogado en la corte del cielo (1 Juan 2:1), será también nuestro Juez (Jn 5:22,27; Hech 10:42). No tenemos por qué desesperar, porque "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos" (Heb 13:8). Si estuvo dispuesto a morir por nosotros, para que "nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" y sean salvos (2 Ped 3:9), y si estuvo intercediendo por nosotros durante tantos siglos, con una devoción que ningún mortal puede tener, ¿cómo no volverá a tener compasión de nosotros al final, cuando culmine su obra de intercesión por nosotros? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? Cristo... intercede por nosotros" (Rom 8:33-34).

Podemos estar felices de saber que quien será nuestro Juez no es un desconocido. Es nuestro amigo, noble, puro y santo, que "vive para interceder" por nosotros (Heb 7:25). El quiere ver los resultados maravillosos "de tanta aflicción" para "quedar satisfecho" con la obra que habrá hecho por nosotros (Isa 53:10-11). ¿Quieres tú, querido amigo y hermano que lees estas palabras, estar entre aquellos que alegrarán al Señor cuando el venga como Juez? ¿Habrá muerto él en vano por ti? ¿No tiene derecho esa alma tan noble, sufrida y divina, de alegrarse con tu salvación, después de haberse dado por entero para que puedas vivir eternamente?

Oración. Padre nuestro que estás en el cielo, te damos gracias porque, gracias a tu Hijo amado que nos diste para limpiarnos de todo pecado, podemos mirar con confianza hacia delante, hacia tu trono de juicio. Aceptamos todos los reproches que nos das en tu Palabra, y por fe en su sacrificio por nosotros te pedimos perdón por nuestras faltas. Gracias porque tú cumples con tus promesas. Nos aferramos, por consiguiente, a tu fidelidad en cumplir con todo lo que nos ofreces, y anhelamos que tu juicio concluya pronto, y que seamos tenidos por dignos de estar entre los vencedores. Apreciamos, valoramos el premio tan grandioso e inmerecido que nos ofreces, y te pedimos que nos ayudes a mantener nuestra vista fija en ese punto de llegada, para que nada nos distraiga y nos haga desviar del camino cuyo fin tiene tan grande galardón. En el Nombre precioso de tu amado Hijo Jesús te lo pedimos, **Amén.**

CUESTIONARIO III

EN VÍSPERAS DEL JUICIO VENIDERO

Sección I. El análisis clínico del médico del alma

1. ¿Desde qué momento hace partir Juan sus visiones en el Apocalipsis? En su primera visión, ¿en qué lugar del templo celestial ve al Hijo del Hombre ejerciendo su ministerio sacerdotal? (Apoc 1:10-13).

Respuesta: .....

2. ¿Qué expresión usa Jesús para animar, confortar y exhortar a las iglesias a serle fiel, en su lucha contra el pecado y los poderes de este mundo? (Apoc 2:2,9,13,19; 3:1,8,15).

Respuesta: .....

3. ¿Qué expresión usa Jesús para reprochar a las iglesias sus puntos débiles, con el propósito de superarlos, en vísperas del juicio que tendrá lugar en la siguiente visión? (Apoc 2:4,14,20).

Respuesta: .....

4. ¿Qué promete el Hijo del Hombre "al que venza" en su conflicto con el pecado y los poderes de este mundo? (Apoc 2:7,11,17,26-28; 3:5,12,21).

Respuesta. .....

5. ¿Mediante qué habrán vencido los redimidos al mayor enemigo de Dios y del hombre? (Apoc 12:11).

Respuesta: .....

Sección II. Acercándonos al día del Señor

6. ¿Expectantes de qué evento debían vivir los cristianos en la segunda parte del primer siglo? (Heb 10:25).

Respuesta: .....

7. ¿Hacia qué eventos celestiales debía dirigir su mirada ("acercarse") la iglesia durante la era cristiana? (Heb 12:22-24; véase Rom 14:10-12; 2 Cor 5:10).

Respuesta: .....

8. ¿Qué pone Jesús "delante" de la sexta iglesia, y qué advertencia le da? (Apoc 3:8,11).

Respuesta: .....

9. ¿Hacia dónde debió mirar Juan, luego de haber contemplado al Hijo del Hombre en su "continuo" ministerio intercesor en el lugar santo? ¿Hacia lo que ya había tenido lugar, o hacia lo que debía tener lugar aún? (Apoc 4:1).

Respuesta: .....

10. ¿Qué promesa da el Señor a la séptima iglesia? (Apoc 3:21).

Respuesta: .....

LECCIÓN IV

PENDIENTES DE LAS PUERTAS QUE SE ABREN

Aunque hoy en día la industria cinematográfica está muy extendida, todavía se usa en muchos lugares la representación teatral directa en parques al aire libre, en salones universitarios o en centros culturales. Cuando el drama tiene diferentes momentos, entre escena y escena suele cerrarse el telón del escenario. La gente está pendiente del momento en que la cortina se va a abrir ya sea para comenzar el programa, como para ver qué pasa en la escena siguiente, hasta llegar al final.

Pues bien, ya desde la antigüedad el Señor reveló en el santuario que mandó construir a su pueblo, las diferentes escenas que debían darse en el plan de salvación, hasta completarse en el fin del mundo. Esto lo hizo reflejar en un ciclo anual de servicios rituales que contenía una inauguración, un servicio regular, y un día final. A través de ese ciclo, los antiguos podían vislumbrar los diferentes pasos que daría el Mesías prometido en el cielo, desde el comienzo de su obra de mediación hasta concluir su obra de redención.

¿Hay en el cielo un reloj o un calendario que marca el tiempo transcurrido, y el que falta para completar la obra sacerdotal del Hijo de Dios en el santuario celestial? Con respecto a la duración del último acto del drama sabemos que no, porque nadie sabe ni el día ni la hora de la venida del Señor, ni siquiera los ángeles del cielo (Mat 24:36). Hay, sin embargo, algo parecido a un reloj cósmico, ya que tiene que ver con diferentes escenarios que están enmarcados dentro de ciertas puertas. El movimiento de esas puertas que se abren y se cierran se produce, específicamente, en dos lugares básicos, el lugar santo y el lugar santísimo.[1] Es importante que conozcamos esos movimientos porque no solamente encierran mensajes bien definidos y de gran valor espiritual para nosotros hoy, sino que también nos permiten conocer en qué época de la historia profética nos encontramos.

SECCIÓN I

MIRANDO DENTRO DE LAS PUERTAS

¿Hay un templo material en el cielo que contiene puertas o cortinas? ¿Podemos imaginarnos a los ángeles y a Dios mismo encerrados en uno o más

---

[1] Por propósitos de simplificación, no incluimos aquí la puerta exterior que permitía entrar al patio del santuario. Nuestro objetivo en esta lección está en seguir los pasos que debían darse en los dos lugares interiores del santuario celestial.

cuartos en el cielo? Preguntas como estas respondimos en el seminario anterior,[2] de manera que no les dedicaremos gran espacio aquí. A *la primera pregunta* respondamos categóricamente que, aunque a muchos intérpretes modernos les parezca inverosímil, esa es la conclusión más natural que se puede extraer de la Epístola a los Hebreos (6:19; 10:20), y del Apocalipsis, amén de tantos pasajes del Antiguo Testamento que nos muestran que el templo terrenal era una copia del templo celestial (Heb 8:5).

Con respecto a *la segunda pregunta*, si Dios y sus ángeles quedan atrapados dentro de puertas o velos podemos responder categóricamente que no. Salomón reconoció, refiriéndose a Dios, que "ni los cielos de los cielos te pueden contener" (1 Rey 8:27). Ese reconocimiento del rey no le impidió, sin embargo, construirle un templo y rogarle que, por gracia, se dignase a habitarlo. Tanto el Tabernáculo de Moisés como el Templo de Salomón tuvieron velos y puertas que debieron abrirse y cerrarse, con Dios morando en su interior. Aún así, los textos del Pentateuco y los históricos son claros en mostrar que Dios no necesita vivir al aire libre para poder ser omnipresente. Así como nosotros podemos ver mediante una pantalla de TV, aún en ocasiones con ondas que atraviesan la pared, lo que sucede en cualquier parte del mundo, o escuchar por radio la voz que se emite desde cualquier extremo de la tierra, así también se puede ver a Dios y a sus ángeles estando en permanente conexión con la tierra y lo que allí ocurre.

¿Necesitan los ángeles que se abran las puertas del templo para entrar o salir? ¿Acaso no pueden atravesar paredes, como lo hizo el Señor resucitado con carne y huesos, al visitar a sus discípulos que estaban con miedo, encerrados en el "aposento alto"? (Juan 20:19-20). ¿Acaso los profetas no fueron llevados en visión también, a ver lo que otros hacían, y escuchar lo que hablaban, aún en cámaras secretas? (Eze 8). "Si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe", dijo Pablo al referir cómo Dios lo llevó hasta el mismo cielo (2 Cor 12:2-3). Aún así, creo que todos podremos estar de acuerdo en que, ya sea los ángeles o, llegado el caso aún los mensajeros de Dios aquí en la tierra, tienen una facultad semejante cuando Dios se las da (véase 1 Cor 15:39-40).

Cuando venimos a la Biblia con prejuicios filosóficos ajenos a la revelación, comenzamos a podar toda descripción que no cuaja con nuestros criterios particulares y, como resultado, rompemos el esquema que Dios nos reveló. Esto pasa especialmente en pasajes que hablan de puertas y velos como en la Epístola a los Hebreos y en el Apocalipsis. En un mundo cada vez más helenizado como el nuestro, en donde se espiritualizan las verdades eternas así como la realidad material misma del templo celestial y del paraíso divino, muchos pasan por alto las descripciones específicas de puertas que se abren y se cierran en el santuario celestial.

---

[2] A. R. Treiyer, *Los Cumplimientos Gloriosos del Santuario* (Siloam Springs, 1996), lección 10.

Ya hace varias décadas que se superó lo que se dio en llamar método pan-babilónico, que consistió en tratar de interpretar las leyes y mensajes de Moisés por las leyes y mensajes de los paganos y de sus templos. Pueden extraerse comparaciones en terminología y prácticas, pero se admite hoy que es imprescindible procurar entender el mensaje distintivo del pueblo de Israel. Algo semejante podemos y debemos decir del mensaje único y distintivo de los apóstoles en relación con la naturaleza del templo y de la ciudad de Dios. Por lo cual, nuestro real interés aquí estará en conocer qué es lo que Dios nos reveló en relación con la expectación de la iglesia cristiana, que debía vivir pendiente de puertas que se abrían y cerraban. Para recuperar ese mensaje, será necesario prescindir de todo concepto filosófico pagano que se aleje de la revelación divina.

La revelación divina afirma que hay puertas que se abren y se cierran en el templo celestial, y lo describen como una realidad concreta y material. Aunque a veces, los autores bíblicos refieren al "ver" o "tocar" esas realidades celestiales en el momento presente sólo por la fe, en una conexión únicamente espiritual (Ef 2:6,18; Heb 12:18,22-24; cf. 11), nunca negaron que llegará el día en que seremos llevados en persona al cielo. Se nos confiará un nuevo cuerpo resucitado, para ver y tocar por nosotros mismos esas realidades concretas y materiales que hay allí (Heb 11:10; Apoc 21-22).

1. La apertura inaugural del santuario terrenal

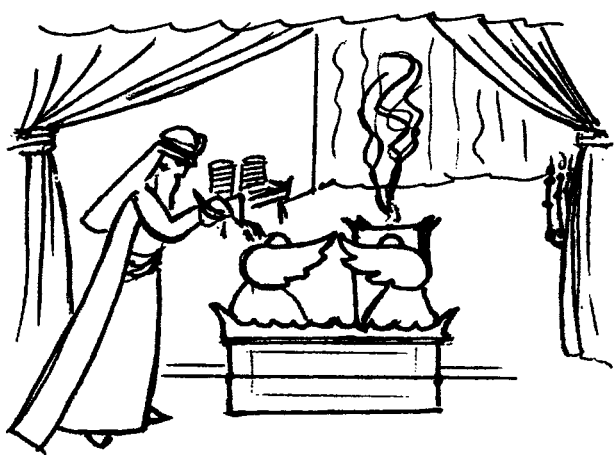
[¿Cuántas cortinas o puertas debieron abrirse para inaugurar el antiguo santuario de Israel, y permitir que la gloria de Dios penetrase en su interior? (Ex 30:25-30; 40:1-5,9; Lev 9:22-24). ¿Cuán expectante de este evento debía estar el pueblo en el patio exterior? (Lev 9:6; 2 Crón 7:1-3)].

En Estados Unidos puede vivirse en "motorhomes" o "casas rodantes" que se pueden llevar a cualquier lugar del país. Por un año vivimos en uno de esos vehículos cuando nuestros hijos eran pequeños. Me acuerdo cómo se alegraban cuando íbamos a partir para responder a invitaciones de conferencias en diferentes lugares. Se iban a nuestra cama que estaba arriba de la cabina del chofer, para mirar acostados el amplio panorama de la ruta con autos que iban y venían, la gran extensión del desierto cuando debimos cruzarlo más de una vez. Cada uno tenía, sin embargo, su propia camita con camarotes. Era tan cómodo viajar así, porque cuando uno quería detenía la casa rodante y no tenía que juntar ni acarrear nada a ninguna otra casa ni hotel.

También existen muchos "mobil-homes" o "casas móviles". A menudo se las ve en las autopistas siendo llevadas por grandes vehículos. Suelen requerir que un vehículo con luces intermitentes vaya más adelante anunciando que detrás viene una casa transportable, y en ocasiones también detrás para advertir a los que manejan más velozmente. También tienen tremendos vehículos que pueden transportar incluso edificios más sólidos. Cierta iglesia en Los Angeles en la que di conferencias, con capacidad para más de 1600 miembros, había sido relocalizada de esa manera a una cuadra más distante.

Antiguamente, en el desierto, los israelitas no podían transportar casas ni edificios, y todos los vehículos que tenían eran impulsados a pura sangre. Por tal razón, el templo que Dios ordenó construirle debía ser semejante a las casas móviles que cada uno tenía, esto es, tiendas. En lugar de tener que sudar pesadamente para llevar puertas gigantes de un lugar a otro, debían llevar telas y lonas que servían de paredes, y cortinas o velos que servían de puertas. Cuando llegaba el momento de pernoctar las recogían. Cuando llegaba el momento de partir las desplegaban (Núm 9).

Una vez que se levantó el Tabernáculo de Reunión, ¿qué debió hacer Moisés para dar inicio al servicio ritual y cúltico del año? Así como se ungía a los reyes y a los sacerdotes, también debió ungirse los muebles de esa tienda con un aceite especialmente prescripto por Dios. Para ello debió Moisés abrir ambas puertas de ese Tabernáculo, la que conducía al lugar santo y la que conducía al lugar santísimo. Esto se ve claramente por el hecho de que tuvo que ungir el arca en ese lugar más interior del santuario.



Ex 30:25-30: "De esto harás el aceite de la santa unción, ungüento superior, obra de perfumista, y será el aceite de la unción sagrada. Con él ungirás la Tienda de la Reunión, el Arca del Testimonio, la mesa y todos sus utensilios, el candelabro y todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto y todos sus utensilios, y la pila y su base. Así los consagrarás y serán cosas santísimas. Todo lo que toque en ellos quedará santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes".

Llama la atención que al levantar el Tabernáculo y colocar sus muebles, Moisés debió colocar las cortinas y dejarlo cerrado (Ex 40:1-5,20-28). Luego debió entrar para ungir "el santuario y todo lo que está en él" (Ex 40:9). Después de ofrecer el sacrificio inaugural con todas las puertas abiertas al Lugar Santísimo, la gloria de Dios descendió del cielo y penetró dentro del Tabernáculo, posándose sobre el arca del Lugar Santísimo (Ex 40:34; Lev 9:22-24; véase 2 Sam 6:2; 2 Rey 19:15; Sal 99:1).

Lo que interesa destacar aquí de este relato es que Moisés y Aarón entra-

ron más de una vez al santuario para efectuar los ritos inaugurales. La penetración de la gloria de Dios en el Lugar Santísimo completó esos actos inaugurales. Como se verá luego, Jesús fue a su Padre en el día mismo de su resurrección, volvió para confirmar a sus discípulos en la tierra, y finalmente entró en el santuario celestial en la última fiesta de primavera, el Pentecostés. Así, después de bendecir a los discípulos, subió al cielo para completar las ceremonias de inauguración del templo del nuevo pacto. El era no sólo el sumo sacerdote de ese nuevo templo, sino también la gloria de Dios que había sido velada, esta vez no por una nube, sino por la carne humana (Juan 1:14).

Una santa y solemne alegría embargó al pueblo siglos después, cuando Salomón inauguró un templo estable, no móvil, y la gloria de Dios descendió consumiendo el holocausto y penetrando en el interior de ese templo. Al ver la Gloria de Dios accediendo a morar entre ellos, "se arrodillaron sobre el pavimento con su rostro hacia el suelo, y adoraron y agradecieron al Señor. Dijeron: 'Por qué es bueno, porque su amor es para siempre'" (2 Crón 7:1-3; véase Lev 9:24).

2. La apertura inaugural del santuario celestial

[¿Cuántos velos o puertas se abrieron cuando el Hijo de Dios inauguró el santuario celestial? (Heb 6:19-20; 9:8,11-12; 10:19-20). ¿Qué se ungiría en esa ocasión, según la profecía de Daniel? (Dan 9:24)].

La Epístola a los Hebreos describe brevemente el tabernáculo terrenal con su *primer* y *segundo* velos. Leamos:

Heb 9:2-3: "Se levantó una tienda. En su primera parte, llamada lugar santo, estaban las lámparas, la mesa y los panes de la Presencia. Tras el *segúndo velo* estaba la parte llamada lugar santísimo".

En el seminario anterior vimos con amplia documentación y detalle, que el apóstol Pablo transfiere el ministerio del santuario terrenal en su entero al ministerio del santuario celestial, tanto en lo funcional como en lo espacial. Considera de un pincelazo el ministerio "continuo" del sacerdocio en el lugar santo que concluía con su entrada al lugar santísimo al final del año (Heb 9:6-7). Luego agrega estas significativas palabras:

Heb 9:8,11-12: "Con esto el Espíritu Santo da a entender que mientras que la primera Tienda [con sus dos lugares o cuartos y sus muebles] estaba en pie, el camino al Santuario [celestial con sus dos lugares y muebles] no estaba aún abierto... Pero Cristo ya vino, y ahora es el Sumo Sacerdote de los bienes definitivos [lit.: "venideros" en relación con lo anunciado en el santuario antiguo]... Cristo entró en ese santuario [celestial] una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de becerros, sino con su propia sangre, y consiguió la eterna redención" [traducción personal literal].

Aquí corresponde resaltar *dos aspectos*. *Uno* es que la primera Tienda (o santuario terrenal) caducó cuando el verdadero sacrificio esperado se consumó al morir el Hijo de Dios en la cruz, y el velo que separaba el lugar santo

del santísimo se rasgó de arriba abajo (Mat 27:50-51). A partir de ese momento, con su sacrificio, el Señor abría el santuario a toda la obra que debía cumplir en el santuario celestial. Ningún velo ni puerta iba a poder detenerlo en su incesante marcha hacia su consumación, porque había ganado un derecho que le permitiría abrir y cerrar toda puerta del santuario celestial (véase Heb 3:1-3).

El segundo aspecto que corresponde destacar es que, una vez inaugurado el Templo del Hijo de Dios en el cielo, él no iba a estar entrando y saliendo del santuario al patio exterior, como los sacerdotes en la antigüedad, porque con un solo sacrificio, su único sacrificio, podría cumplir su ministerio en ese santuario, hasta completarlo (véase además Heb 7:27-28; 10:10,12). El apóstol Pedro declaró también que "es necesario que el cielo [lo] retenga hasta el tiempo de la restauración de todas las cosas" (Hech 3:21; véase Dan 8:14,17,19; 12:1-4,13; Isa 66:22-23). Por consiguiente, la inauguración del templo celestial no se completó hasta que Jesús fue entronizado en el Lugar Santísimo en el Pentecostés. [Para más detalles, véase la siguiente lección].

> **E. G. White:** "Cuando Cristo pasó *dentro de las puertas celestiales*, fue entronizado en medio de la adoración de los ángeles. Tan pronto como esta ceremonia se completó, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos..." "El derramamiento pentecostal era la comunicación del Cielo de *que la inauguración del Redentor se había completado*" (*HA*, 31: traducción literal del inglés). "A través de *las puertas elevadas* [referencia al lugar santísimo que estaba más alto que el lugar santo: véase más abajo] entró en el cielo como nuestro representante..." (*PUR*, 10).

Conviene recordar en este contexto que, hasta ese momento en que se completó la inauguración del santuario celestial, Jesús estuvo yendo al cielo y viniendo a la tierra para afirmar la fe de sus discípulos y familiarizarlos con su cuerpo resucitado (Mar 16:9-20; Luc 24; Juan 20-21). Luego que fue "ungido" "a la diestra de Dios" en el lugar santísimo ("dentro de las puertas celestiales"),[3] ungiendo de esa manera al mismo tiempo el arca que estaba al

---

[3] La expresión "puertas celestiales," fue usada por E. G. de White como referencia a la ciudad de Dios, y a ambas puertas del templo celestial, la del lugar santo y la del lugar santísimo (véase 1 Rey 6:31,34). Siendo que la introducción de la gloria de Dios en el santuario terrenal completó los ritos inaugurales, inferimos que la inauguración del ministerio de Jesús y de su santuario se completó también en el lugar santísimo.

Cuando Jesús murió: "El gran sacrificio había sido hecho. Estaba abierto el camino que llevaba al santísimo. Había sido preparado para todos un camino nuevo y viviente" (*DTG*, 705). **En el día de la resurrección**: "Ansiosos [los ángeles] se apretujaban en torno a él mientras entraba en *las puertas del cielo*. Pero los detuvo con la mano... 'Padre,' dijo, 'quiero que los que me has dado estén conmigo donde estoy'" (*RH*, 1/5/5, 8). **En su última ascensión**, al acercarse el Pentecostés: "El resplandor de la escolta celestial y *el abrimiento de las puertas de Dios* para darle la bienvenida..." (*TMK*, 72). "Tenemos un Salvador resucitado y ascendido al cielo. A través de *las puertas elevadas* entró en el cielo como nuestro representante... Tenemos un Abogado para con el Padre" (*PUR*, 10). La expresión "puertas elevadas" es una referencia directa al Lugar Santísimo, que se encontraba bastante más alto que el lugar santo (véase Isa 6:1: "alto y elevado"). **En relación con el Día de la Expiación antitípico**:

pie del trono de Dios,[1] no regresó a la tierra ni regresará, hasta que complete su obra en el santuario celestial (Mar 16:19). Es por esta razón que el mismo apóstol Pablo puede referirse a su "segunda" venida, y vincularla a la conclusión de su obra mediadora en el cielo (Heb 9:28). También Pedro, según ya vimos, pudo declarar que "el cielo debe retenerlo hasta la restauración de todas las cosas" (Hech 3:20-21).

La profecía de Daniel indicaba con una precisión notable la fecha en que el santuario del nuevo pacto iba a ser inaugurado. Llama la atención que, al hablar de la inauguración del santuario celestial, lo hubiese hecho refiriéndose a él literalmente como Lugar Santísimo.

Dan 9:24: "ungir el Lugar Santísimo" (*kodes kodashim*, como en Ex 26:33-34; véase 1 Rey 8:6).

Refiriéndose a ese acto inaugural del Señor en términos equivalentes a los que encontramos en Núm 18:7, referente al ministerio sacerdotal terrenal "del velo adentro", Pablo dijo:

Heb 6:19-20: "Esa esperanza es una segura y firme ancla de nuestra vida, que penetra más allá del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho Sumo Sacerdote para siempre..."

Si él es nuestro precursor, entonces nosotros debemos seguirlo por la fe, en las diferentes etapas de su ministerio celestial determinados por abrimientos de velos y puertas.

Heb 10:19-20,22: "Por tanto, hermanos, siendo que tenemos plena confianza para entrar en el Santuario [celestial] por la sangre de Jesús, *por el nuevo y vivo camino* de su carne que él nos abrió [o inauguró] a través del velo..., acerquémonos con corazón sincero, con plena certeza de fe..." [traducción personal].

3. La puerta que se cerraba después de la inauguración

[En el antiguo santuario de Israel, ¿cuál puerta o cortina se cerraba luego de la inauguración, y cuál quedaba abierta? ¿Por qué razón? (Lev 16:1-2)].

Luego que la gloria de Dios penetró dentro del Tabernáculo de Moisés en el lugar santísimo, dos de los hijos del sumo sacerdote Aarón murieron por entrar al santuario y contemplar la gloria de Dios sin preparación (Lev 10). Que este acto sucedió en el mismo día o, a lo sumo el día siguiente al descenso de la gloria de Dios, se ve no sólo por la continuación del relato que no parece marcar una interrupción, sino también por el hecho de que Aarón no se atrevió a comer la carne del macho cabrío que se había ofrecido por el pecado del pueblo, antes que la gloria de Dios descendiese (Lev 10:19; cf. 9:

"Cristo es todavía nuestro Sumo Sacerdote en el santuario celestial, y podemos todavía tener fe en Cristo... Jesús dijo que ha puesto delante de nosotros una puerta abierta que nadie puede cerrar. La puerta abierta está ante nosotros, y a través de la gracia de Cristo, rayos de luz misericordiosa fluyen de entre *las puertas entreabiertas*" (*YI*, 4/14/93, 4, etc).

[4] Los sacerdotes fueron ungidos antes del sacrificio (Lev 8:12ss,30). Véase detalles en A. R. Treiyer, *Los Cumplimientos Gloriosos del Santuario*, lecciones 2 y 3.

3). Por regla general, no se podía comer los sacrificios el día siguiente o, a lo sumo, al tercer día. Debía quemarse al fuego lo que no se había comido (véase Lev 7:15-18).

Vino entonces la orden divina a Moisés de no entrar al santuario con la puerta abierta al Lugar Santísimo, a no ser en el día final del año, en el Día de la Expiación, para una obra de consumación.

Lev 16:1-2: "Después que los dos hijos de Aarón murieron por haber ofrecido fuego extraño ante el Señor, el Señor dijo a Moisés: 'Di a tu hermano Aarón, que no entre en cualquier tiempo en el santuario, detrás del velo ante el propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera; porque yo apareceré en la nube sobre el propiciatorio".

Esto nos muestra que, después que la gloria de Dios descendió y penetró dentro del santuario con las dos puertas abiertas, debió cerrarse la puerta que separaba el lugar santo del santísimo. De esta manera hubo una puerta que quedó abierta, dando acceso al sacerdocio, y fue la puerta que separaba el patio del lugar santo. Otra puerta se cerró, y fue la que separaba los dos cuartos interiores.

4. En el lugar santo del santuario celestial

[¿En qué lugar del santuario celestial vio Juan a Jesús intercediendo a favor de las iglesias? (Apoc 1:12-13). ¿Qué hacía para que la fe de esas iglesias no se extinguiese? (véase Lev 24:1-4)].

La naciente iglesia, reunida en el aposento alto, pudo tener una visión de la entronización inaugural de Cristo en el santuario celestial, y experimentar su poder cuando descendió sobre ella la lluvia inicial del Espíritu Santo (Hech 2:32-36). La gloria de Dios descendió entonces, como en la antigüedad, sobre su templo espiritual, y llenó la casa en la que se encontraban (Hech 2:2-4).

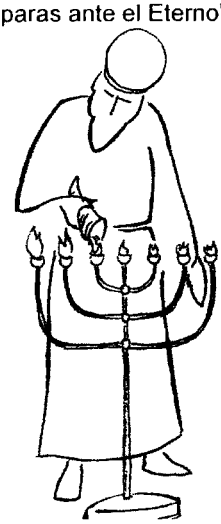
Al terminar el siglo Juan recibe su primera visión y ve a Jesús ya instalado en su ministerio en el lugar santo. Lo ve ministrando las iglesias que se habían ido levantando décadas después de su establecimiento a la diestra del trono de Dios. Muestra, de esa manera, que la luz que su Iglesia hace brillar en la tierra brilla también en el cielo.

Apoc 1:12-13: "Me volví para ver quién hablaba conmigo. Y al volverme, vi siete candelabros de oro, y entre los siete candelabros vi a uno semejante al hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies".

¿Qué es lo que hace el Señor entre los candelabros? Vela, como lo hacían los antiguos sacerdotes en el templo de Israel, para que no falte aceite en las lámparas y no se apague, así, la luz de las iglesias que están representadas por esos candelabros. El Eterno dio la orden a Moisés en:

Lev 24:2-4: "Manda a los israelitas que te traigan para el alumbrado aceite puro de olivas prensadas, para que las lámparas estén encendidas de continuo. Fuera del velo del Testimonio, en la Tienda de la Reunión, Aarón la aderezará para que arda de continuo, día y noche, ante el Eterno. Es

precepto perpetuo por todas vuestras generaciones. Sobre el candelabro de oro puro, dispondrá siempre en orden las lámparas ante el Eterno".



A esa obra de intercesión en el lugar santo, que incluía la colocación del incienso o perfume sobre el altar del incienso, se la llamaba *tamid*, "continuo", ya que el fuego no debía apagarse, y debía renovarse la quema del incienso cada mañana y cada tarde, con las brasas del altar que el Señor había encendido al descender del cielo (Lev 6: 12-13). Así se revela el amor incesante e incansable del Señor por su pueblo, que quiere que no se apague la llama de su fe. Si nuestra fe decae, y nos desanimamos, está allí para alentarnos como lo hizo con su iglesia.

Hace unos años atrás me deleitaba escuchar un canto que un trío femenino de estudiantes cantaba en ocasiones especiales, repitiendo desde principio a fin, las palabras del salmista: "El que protege a Israel no dormirá" (Sal 121:4). Aún mientras dormimos, el Señor está entre los candelabros cuidando que nada nos pase que haga decaer nuestra fe. Dijo el profeta: "No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que humee" (Isa 42:3-4).

5. El cierre y apertura de dos puertas en el santuario terrenal

[Cuando se llegaba a la etapa final del ritual del año, ¿cuál puerta se cerraba y cuál se abría? (Lev 16:12-13,15-18). ¿Por qué razón? (Lev 16:2)].

Cuando llegaba el día que cerraba los ritos de purificación del pueblo con una purificación del santuario (que había acumulado la sangre del pecado del pueblo durante todo el año), el sumo sacerdote debía entrar al lugar santo y cerrar la puerta tras sí, para abrir la puerta del lugar santísimo que contenía la gloria de Dios en su interior. Con el propósito de evitar que otro sacerdote contemplase esa gloria y muriese, la orden divina fue que nadie debía entrar a la Tienda de Reunión (una referencia aquí al lugar santo), hasta que el sumo sacerdote completase en ese día final, la obra de purificar el santuario en su interior. El mismo debía entrar primero con un incensario para cubrir la gloria de Dios con la nube del incienso, y evitar así también morir.

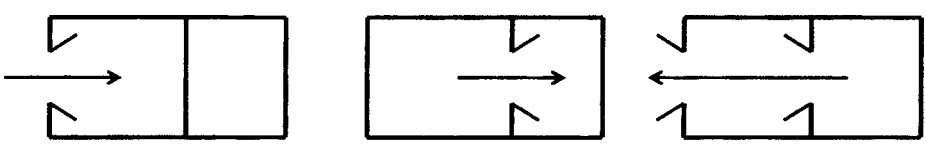
Lev 16:12-13: "Después tomará el incensario y lo llenará de brasas tomadas del altar que está ante el Señor. Tomará dos puñados de incienso aromático molido, y lo llevará al interior detrás del velo. Pondrá el incienso sobre el fuego, ante el Señor, y la nube del incienso cubrirá el Propiciatorio que está sobre el Testimonio. Así no morirá".

El pasaje que más nos llama la atención en este contexto, tiene que ver

con la orden dada para completar la expiación efectuada en el interior del santuario mediante la sangre del macho cabrío. Ofrecemos una traducción literal parafraseada entre corchetes.

> **Lev 16:16-18:** "Así purificará el santuario [en este contexto, el lugar santísimo] de las impurezas de los israelitas, de sus rebeliones y de todo el [sacrificio por el] pecado de ellos [cuya sangre se había depositado allí durante el año]. De la misma manera hará también con la Tienda de la Reunión [en este contexto, el lugar santo] que reside entre ellos, en medio de sus impurezas [que habían sido depositadas a lo largo del año mediante el rito de sangre sobre el altar del incienso: Lev 4]. *Nadie entrará en la Tienda de Reunión desde que Aarón entre a efectuar la purificación* en el Santuario [lo que implicaba el cierre de ese velo o puerta que comunicaba al lugar santo con el patio], *hasta que salga* [yatsa] *y haya terminado la purificación* por sí, por su casa y por la congregación de Israel. *Entonces saldrá* [yatsa] hacia el altar [del patio] que está ante el Señor, y lo expiará" con la sangre de los dos sacrificios.[5]

En síntesis, para efectuar la purificación del lugar santísimo y del lugar santo en el Día de la Expiación, el sumo sacerdote debía cerrar primero la puerta del primer departamento, y abrir la del segundo departamento. Una vez purificado el sacerdocio, el pueblo y el santuario en ese día final, podía abrir la única puerta que quedaba cerrada, la que separaba el patio del lugar santo. Entonces salía para bendecir al pueblo que lo esperaba en el patio exterior. Siendo que había comparecido en ese único día, sin velo alguno en el lugar santísimo donde estaba la gloria de Dios, traía consigo al salir, como Moisés después de haber estado a solas con Dios en el monte Sinaí, algo de la gloria que había en el interior del santuario.



Trampa para ratas

Hace cierto tiempo atrás descubrimos que teníamos huéspedes no invitados en casa. Por algún lado habían logrado entrar. Dejaban algo de sí en diferentes lugares, y sentíamos ruido de noche. Finalmente nos pusimos a averiguar por el mejor método para casar ratas. Uno de los más efectivos es una pega en un pequeño recipiente de plástico, en el medio del cual se pone un minúsculo pedacito de manteca de maní. El método era casi infalible. A la mañana siguiente encontrábamos a la rata pegada y extenuada en su desesperación por despegarse de la pega. Lo malo del método es que uno tiene entonces que ultimar el animalito.

Nos parte el alma cuando tenemos que recurrir a ese método efectivo. De tanto esfuerzo por despegarse, a algunas ratas hasta se les llega a desprender

---

[5] Por detalles, véase A. R. Treiyer, *The Day of Atonement...*, 49-52.

parte de la piel de las patas. Más de una vez pensé de cuántas trampas de esas tiene el diablo en este mundo. Una vez que atrapa con el pecado y los vicios a los seres humanos, no pueden desprenderse. Jesús, el Hijo de Dios, vino para quitarnos esa pega y darnos verdadera libertad. No vino para ultimarnos, sino para limpiarnos de esa pega sucia y asquerosa de maldad. Una vez que nos limpia nos da su ley, para que aprendamos a caminar de tal manera que no caigamos de nuevo en la trampa.

Pero aquel que quiere darse el trabajo de liberar a un ratón, tendrá que darse el trabajo también, finalmente, de limpiarse él mismo de esa pega que le quitó. Así también, Dios limpia al pecador, pero en su templo se acumula el registro de esos pecados hasta el día de limpieza final. Entonces su casa queda para siempre libre de todo estigma de pecado.

Es conmovedor ver la tendencia de los mensajes divinos de principio a fin, en historias, en contactos personales, en llamados a todo un pueblo, y hasta en las leyes mismas que dio a la nación de Israel. Siempre conducen a una limpieza, a una purificación de la suciedad humana. Sólo un Dios Creador, que se compadece de una creación que ha quedado arruinada por la intervención destructora de un impostor, puede manifestar tanto amor, tanto esmero para librar, salvar y restaurar.

El día llegará en que el Señor limpiará su casa de todo pecado que asumió en su afán de perdonar a los tentados y decaídos hijos suyos. Será entonces que ofrecerá una limpieza definitiva a todos los que lo esperan para salvación. De esa obra final hablaremos más en la siguiente sección.

Lo importante para destacar aquí es que podemos confiar en Dios. No vive procurando encontrar a quién puede destruir, sino a quién puede restaurar, para que pueda librarse de todo miasma de maldad. Y su promesa es que, llegará el día, en que Dios triunfará y logrará quitar todo apego de mal en aquellos que vienen a él en busca de liberación. ¿Quieres tú, querido amigo o amiga, confiar en él y, si ya le has dado tu vida, tu corazón, aferrarte a sus promesas para continuar la lucha desde una perspectiva vencedora?

Oración. Amante Padre que estás en el cielo, gracias te damos porque desde antiguo has trazado un plan para acabar con el pecado y la maldad. Gracias porque en tu plan no nos olvidaste. Oyes todo clamor por liberación y pones en acción todo un ejército de ángeles para protegernos y sostenernos en la lucha contra el mal. Líbranos de la pega del pecado. Queremos desprendernos de él, para poder seguir nuestro camino hacia el cielo en libertad. Queremos que llegue pronto el fin de esta tragedia, y nos declares en tu juicio limpios, eternamente limpios, de todos nuestros pecados. Te lo pedimos en el Nombre de Jesús, nuestro amado Salvador, **Amén**.

SECCIÓN II

CUANDO LA ÚLTIMA PUERTA DE GRACIA SE ABRE

En muchos países del mundo hay agua caliente debajo de la tierra que se obtiene al perforar su superficie. Con la presión del calor, el agua sube sin

necesidad de extraérsela por medios artificiales. Siendo que se atribuyen valores terapéuticos a esas aguas por su contenido mineral, una vez descubiertas suelen transformarlas en termas a donde van los turistas para bañarse. Esas termas se encuentran mayormente en zonas volcánicas, aunque otras en zonas de llanura.

En algunos lugares no hay necesidad de perforar la tierra para ver si hay agua caliente porque la zona rocosa contiene grietas o fisuras por las que se escurre el agua. Allí se producen las famosas fumarolas que emiten vapor de agua y otros gases, en períodos más o menos regulares. En el parque nacional de Yellowstone mucha gente va para ver esas "explosiones" intempestivas de agua que pueden darse cada 20 minutos, una hora o más. Todos están pendientes del momento en que tales fumarolas van a irrumpir desde la tierra. Siendo que algunas fumarolas no son regulares, la paciencia de la gente al esperar que aparezcan tiene que ser a veces mayor. Pero esa paciencia es compensada usualmente con una explosión de agua más grande.

Algunas fumarolas, con el tiempo, se secan y queda sólo el registro histórico. Llama la atención en el parque mencionado de Estados Unidos, el nombre dado a una de esas fumarolas: "Old Faithful", esto es, "Viejo Fiel". La razón se debe a que es una de las fumarolas que más han durado, y su emisión de vapor y gas es más regular.

El Hijo de Dios ya vino a este mundo, marcó su estada con nosotros en el tiempo, y nos dio la garantía de que volverá otra vez. Es tan fiel como esas fumarolas más viejas que nunca cesan de aparecer. Pero no nos dejó saber ni el día ni la hora de su venida. Podemos saber, sin embargo, que pronto vendrá por segunda vez, porque ya está en la etapa final de su ministerio en el santuario celestial. Así como la gente se amontona para ver la explosión de la fumarola porque sabe que se acerca el momento, así también el Señor nos dio señales de la cercanía de su venida, y espera que nos juntemos expectantes ante el momento de su aparición. Como los antiguos israelitas, estamos pendientes del momento en que se abra la puerta final para que el Señor y su hueste de ángeles salga del santuario celestial, y regrese por su pueblo que lo espera en el exterior.

6. El cierre y apertura de dos puertas en el santuario celestial

[Siendo que en su primera visión Jesús está oficiando entre los candelabros, ¿cuál puerta podía esperar la iglesia que se cerrase primero, y cuál que se abriese seguidamente, al concluir su ministerio en el lugar santo? (Apoc 3:7-8; 4:1; véase Dan 8:11,14)].

Fue emocionante para mí descubrir cómo captaron los pioneros del movimiento adventista, la conexión de la vindicación final del santuario celestial, con la puerta abierta que Jesús puso delante de la iglesia de Filadelfia. Esa relación la percibió E. de White directamente de una visión que se le dio. Junto con ello trajeron a colación el pasaje de Apoc 11:19 que consideraremos progresivamente hacia el final de esta lección, y en alguna otra lección posterior. No fue sino hacia el final de su vida que E. de White recibió

del cielo una comprensión más clara sobre la visión de "la puerta abierta" de Apoc 4:1. Esa comprensión le permitió conectar ese pasaje con los otros aludidos.[6]

> **Apoc 3:7-8**: "Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, *el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre*. Conozco tus obras. *He abierto ante ti una puerta que nadie puede cerrar*, porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi Palabra, y no has negado mi Nombre".

Varias teorías se han levantado con respecto a esta puerta abierta que Jesús pone delante de la sexta iglesia. Una identifica esa puerta con el Señor, basándose en lo que Jesús dijo a sus discípulos: "Yo soy la puerta" (Juan 10: 9). Pero Jesús no es la puerta aquí, sino alguien que la abre con la llave de David. Otros buscan espiritualizar esa puerta identificándola con nuestro corazón, basados en el mensaje a la siguiente iglesia (Apoc 3:20). Pero en el mensaje a esa iglesia final se ve que cualquiera puede decidir no abrir esa puerta. Y la puerta que Jesús abre en Apoc 3:7-8 nadie puede cerrarla.

Otros se han acercado más al contexto al sugerir que la puerta que Jesús pone delante de la iglesia es la puerta del juicio. Correcto, pero muchos no ven que esa puerta del juicio, en el evangelio del santuario, es la que conduce al Lugar Santísimo. ¿Podemos imaginarnos cuán impresionados quedaron los pioneros del adventismo cuando descubrieron que había una obra final de juicio en el santuario celestial, que debía preceder a la venida del Señor? Justo cuando esperaban que Jesús viniese, en sus días, conforme a las profecías de Daniel, y no vino como lo esperaban, entendieron que el Señor se estaba dirigiendo a ellos para animarlos, y extenderles esa puerta que ahora abría delante de ellos.

Luego de completar su ministerio dentro de esa puerta del santuario celestial, el Señor iba seguramente a volver, según lo prometió. Vieron también que, hasta ese momento, Jesús había estado efectuando su ministerio en el lugar santo (véase Dan 8:11, que habla de un "continuo" ministerio equivalente al que se efectuaba entre los candelabros como en Apoc 1-3). Finalmente llegó el tiempo predicho cuando debía pasar al lugar santísimo, lugar donde en el templo antiguo, el sumo sacerdote culminaba su labor del año con la purificación del santuario (véase Dan 8:14).

Daniel ve a dos ángeles que dialogan sobre "el tiempo del fin" (Dan 8: 17,19), el que debía comenzar con la purificación final del santuario en el Lugar Santísimo. Siendo que sobre el arca del pacto en ese lugar había dos querubines esculpidos (Ex 25:18-22), es difícil no relacionar el contexto de la visión con esa purificación final. El lugar de destino al que apunta la visión de Daniel, con el diálogo de los dos ángeles, es el lugar santísimo. Es en ese lugar que el carácter de Dios debía ser vindicado delante del universo, junto con el de su pueblo que se benefició del ministerio sacerdotal de Jesús en el lugar santo.

---

[6] Véase A. R. Treiyer, *La Crisis Final en Apoc 4-5*, cap 2.

Dan 8:13-14: "Entonces oí a un santo que hablaba, y otro santo le preguntó: ¿Hasta cuándo será la visión, el continuo, la rebelión desoladora, y el pisoteo del santuario y del ejército? [traducción literal]. Y él [otro] respondió: 'Hasta 2.300 días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado".

Este era un evento que debía cumplirse al final, como ya vimos en las dos primeras lecciones. No se trata de algo que debía cumplirse en una revolución antigua para expulsar un príncipe extranjero. ¡No, no, no tiene que ver con una limpieza circunstancial y temporaria! Es la final. Se le mostró a Daniel la época en que Dios iba a sentarse en juicio en el cielo, para considerar quiénes serían tenidos por dignos de entrar en su reino.

De esto hablaremos en lecciones sucesivas. Leamos algunas declaraciones de E. de White que nos muestran el impacto que causó la captación de esa verdad, especialmente en conexión con la importancia de guardar la Ley del lugar santísimo.

E. G. White: "La aplicación de Apocalipsis 3:7-8 al santuario celestial y al ministerio de Cristo me resultaba enteramente nueva. Nunca había oído esa idea expresada por alguien. Ahora que se comprende claramente el tema del santuario, la aplicación se desprende con toda su fuerza y belleza" (*PE*, 86).

No debemos pasar por alto que es Jesús mismo quien habla del cerramiento de una puerta al mismo tiempo que se abre otra. ¿Cuándo cerró el Señor esa puerta que nadie puede abrir? Cuando abrió la puerta del Lugar Santísimo al concluir su obra mediadora *continua* en el lugar santo. La única vez en que esto ocurría en la representación terrenal, era en el Día de la Expiación, el único día en que el sumo sacerdote entraba al lugar santísimo cada fin de año.

E. G. White: "Vi que Jesús había cerrado la puerta del lugar santo, y nadie podía abrirla; y que había abierto la puerta que da acceso al lugar santísimo, y nadie podía cerrarla (Apoc 3:7-8); y que desde que Jesús abrió la puerta que da al lugar santísimo, que contiene el arca, los mandamientos han estado brillando hacia los hijos de Dios, y éstos son probados acerca de la cuestión del sábado" que está en el cuarto mandamiento (*PE*, 42).

Apoc 4:1: "Después de esto vi *una puerta abierta* en el cielo. Y la primera voz que yo había oído, que hablaba como trompeta, me dijo: 'Sube acá, y te mostraré lo que ha de suceder después".

Ya vimos, en la lección anterior, que Juan refiere claramente esa visión a un suceso que ocurre después de la visión anterior, con la misma voz que había escuchado como trompeta desde el lugar santo (Apoc 1:10-13), llamándolo ahora a contemplar la siguiente escena en el lugar santísimo. Dos veces en el mismo versículo recalca el Señor que se le va a revelar lo que debe suceder "después" (Apoc 4:1). El énfasis de la visión está puesto sobre el "después", no sobre lo que tuvo lugar anteriormente.

Daniel vio la misma visión de juicio que Juan, y la describió con un desplazamiento del trono, y el establecimiento de otros tronos alrededor del tro-

no de Dios, hasta que el Juez celestial se sentó. Juan, en cambio, fue llevado a contemplar el trono de Dios y a los demás tronos con los jueces ya sentados y listos para comenzar su obra de juicio. Por eso ve la puerta como estando abierta en el cielo, y al Señor que había visto en la visión anterior en un contexto en que esa puerta no se había abierto aún, llamándolo a mirar lo que viene después.

"Sube aquí"

Notemos, además, que Jesús llama a Juan a "subir" a un lugar más alto. La misma expresión reciben los dos testigos de Apoc 11 en conexión con los dos candelabros del lugar santo, al concluir su período de testimonio profético que deben cumplir vestidos de sacos, e iniciarse el "tiempo del fin" en que debía ser purificado el santuario (Apoc 11:3-11; véase el mismo período de tiempo en Dan 12:1-9). Cuando ese período está concluyendo, la palabra profética debe dirigir la atención del pueblo de Dios hacia el cielo (Apoc 11:12), más definidamente al lugar santísimo que enmarca el juicio de la séptima trompeta (Apoc 11:15,18-19). Entonces oyen una voz que los llama a subir al lugar santísimo (Apoc 11:12), en relación con la obra que va a describirse en la séptima trompeta (Apoc 11:15,19).

Es digno de notar el hecho de que el piso del lugar santísimo en el templo de Salomón estaba más alto que el piso del lugar santo. Mientras que el templo entero medía treinta codos de alto, el lugar santísimo medía sólo veinte codos de alto (1 Rey 6:2,20). Usualmente se ha resuelto esta aparente contradicción arguyendo que el piso del lugar santísimo estaba diez codos más alto que el piso del lugar santo.[7] Por tal razón, cuando Isaías fue llamado a contemplar el lugar santísimo, vio el trono de Dios como siendo "alto y elevado" (Isa 6:1). Y Jeremías declaró: "Trono de gloria, *alto desde el principio*, es el lugar de nuestro santuario" (Jer 17:12). Así también Juan, quien había estado en el lugar santo mirando a Jesús entre los candeleros, fue llamado por el Señor en su segunda visión a "subir", para contemplar el trono de Dios dentro de la puerta al lugar santísimo (Apoc 4:1).

Descubrimientos arqueológicos

Investigaciones intensas efectuadas desde 1973 a 1995 (22 años) en el área del templo de Jerusalén habrían llevado recientemente a encontrar el lugar donde fue puesta antiguamente el arca en el lugar santísimo. El Dr. Leen Ritmeyer,[8] arquitecto calificado que dirigió la investigación, reclama

---

[7] Lo mismo se ve en los *cella* de otros templos antiguos, donde el lugar de sus dioses era más alto que el resto del templo.

[8] Véase Lee Ritmeyer, *Locating the Original Temple Mount*, en *Biblical Archaeology Review (BAR)*, Mar/Abr 1992, 24-45; 64-65; *Where the Ark of the Covenant stood in Solomon's Temple*, en *BAR* (En/Feb 1996), 46-55; 70-72; Leen & Kathleen Ritmeyer, *Secrets of Jerusalem's Temple Mount. Updated and Enlarged Edition* (Biblical Archaeology Society, Washington DC, 2006).

haber encontrado la plataforma del templo que por tanto tiempo había sido una tierra incógnita para los eruditos. Estos descubrimientos comenzaron con un estudio de las murallas exteriores y de las vías de acceso al *Monte del Templo* de Herodes que se habían expuesto en las excavaciones que siguieron a la *Guerra de los Seis Días*. Moviéndose hacia adentro en una búsqueda de "pistas para encontrar el lugar de la plataforma más antigua, se pudo encontrar la pieza clave que se necesitaba para deducir el lugar exacto del Monte del Templo."[9]

Josefo declara que el Templo de Herodes fue construido sobre la cima de la montaña, y el Domo de la Roca es justamente el lugar más alto del monte. A esa roca se la llama *Sakhra*. Según los judíos, cuanto más alto es el suelo, más santo es el lugar. Esto indicaría que el lugar santísimo habría ocupado el lugar más alto de la montaña, algo que creen, de hecho, los judíos ortodoxos. Además, en *Middot* 2:1 (el *Middot* es un tratado de la *Mishnah*, la codificación rabínica más primitiva de la ley, proveniente del 200 DC), encontramos las medidas del Monte del Templo (un cuadrado de 500 codos por cada lado), y de la ubicación de sus patios. "Se pueden satisfacer estos requerimientos únicamente cuando se ubica el lugar santísimo del templo sobre la *Sakhra*".[10]

Se ven en la superficie de la *Sakrah* las marcas de las paredes del templo de Salomón. A su vez, la orientación de esas paredes "se alínea con la cima de la Montaña de los Olivos (del otro lado del Valle del Cedrón), donde se sacrificaba la vaca roja (véase Núm 19). Según *Middot* 2:4, el sumo sacerdote quemaba la vaca roja y, de pié sobre la cima del Monte de los Olivos, debía poder mirar directamente la entrada del santuario cuando asperjaba la sangre. Esta es otra confirmación" de la localización del templo y de la *Sakrah* como correspondiendo al lugar santísimo.[11]

"En el Templo de Salomón y en las reconstrucciones posteriores, la pendiente oriental de la roca (*Sakhra*) debía servir como una rampa para que el sumo sacerdote ascendiese una vez al año, en el Día de la Expiación (*Yom Kippur*), al lugar santísimo..."[12] Puede verse, por consiguiente, que "el lugar santísimo tenía" seis codos "más alto que cualquiera otra parte del Templo."[13] Según la *Mishnah*, "después que fue tomada el arca permaneció allí

---

[9] L. Ritmeyer, *The Temple and the Rock.*

[10] L. & K. Ritmeyer, *Secrets of Jerusalem's Temple Mount...*, 100. Aunque ese lugar lo habían determinado instintivamente los investigadores del siglo pasado y anteriores, algunos en tiempos recientes han querido ubicarlo al norte de esa roca. Sin embargo, al tratar de ubicarlo ahora, luego de haber logrado determinar las dimensiones del patio, y siguiendo las medidas consignadas por la *Mishnah*, en armonía con la ubicación de las cisternas que hay debajo del monte del templo, se puede confirmar que el templo se construyó sobre esa roca.

[11] *Ibid*, 114.

[12] *Ibid*, 115.

[13] "Más tarde, Herodes creó una fundación alta para su templo, de seis codos, que sepultaba casi completamente la Roca... En lugar de la rampa dentro del templo salomónico, se tenía acceso al piso del templo de Herodes mediante una escalera con doce peldaños que estaba lo-

una piedra desde la época de los primeros profetas, y se la llamaba '*Shetiyah*'. Se elevaba tres pulgadas por encima del suelo. Sobre ese lugar [el sumo sacerdote] solía poner [el incensario]" (*Yoma* 5.2).

Se arguye que la piedra aludida por la *Mishnah* no estaba separada del macizo rocoso, sino que formaba parte de él. De hecho, "durante el período del Primer Templo se preparó un lugar para poner el arca, cortando la cuenca plana en la roca, porque de lo contrario, el arca se habría bamboleado de una manera muy indigna..." En 1 Rey 6:19 y 8:6,20-21, Salomón dice literalmente, "hice allí un lugar para el arca." "Ese lugar se encuentra exactamente en el medio del lugar santísimo, sobre la *Sakhra*.[14] Las dimensiones de esta cuenca nivelada concuerda con las medidas del arca del pacto y un pequeño espacio adicional para el Libro de la Ley que estaba al lado del arca (Deut 30:26ss). El eje longitudinal de esta cuenca plana concuerda con el del templo."[15]

¿Por qué son importantes estos detalles? Porque como a Moisés, el Señor dio a David "entendimiento en todos los detalles del plan" (1 Crón 28:19). Así, Salomón siguió el plan que Dios le dio a David para construir el templo. Por consiguiente, el lugar más alto del lugar santísimo tomaba como modelo al lugar más alto del lugar santísimo del templo celestial. Se cree también que ya antes que muriese David funcionaba un templo provisorio en el lugar en que Salomón lo erigió después.

Sobre ese lugar el ángel se apareció a Abraham cuando estaba para sacrificar a su hijo (Gén 22:8-14), y también fue ese el lugar donde Jacob vio la escalera que conectaba la tierra con el trono de Dios en su templo celestial.[16] Esa es la razón por la que Jacob llamó a ese lugar "casa de Dios", y "puerta del cielo" (Gén 28:16). De nuevo, ese fue el lugar donde el Ángel del Señor se apareció a David, siglos después, para requerirle que hiciese un altar para sacrificar a Dios "junto" o cerca del lugar donde había estado de pie el ángel

---

calizada fuera del templo, frente al Pórtico. El nuevo piso se encontraba, aparentemente, tres pulgadas más bajo que el lugar más alto de la *Sakhra* que era el piso del Lugar Santísimo," *ibid.*

[14] ¿Cómo explicar, sin embargo, el hecho de que Salomón mandó hacer el piso del lugar san-tísimo de cedro? (1 Rey 6:16). Ritmeyer responde con otra pregunta. ¿Dice el libro de los Re-yes que el piso de todo el lugar santísimo se lo hizo de cedro?

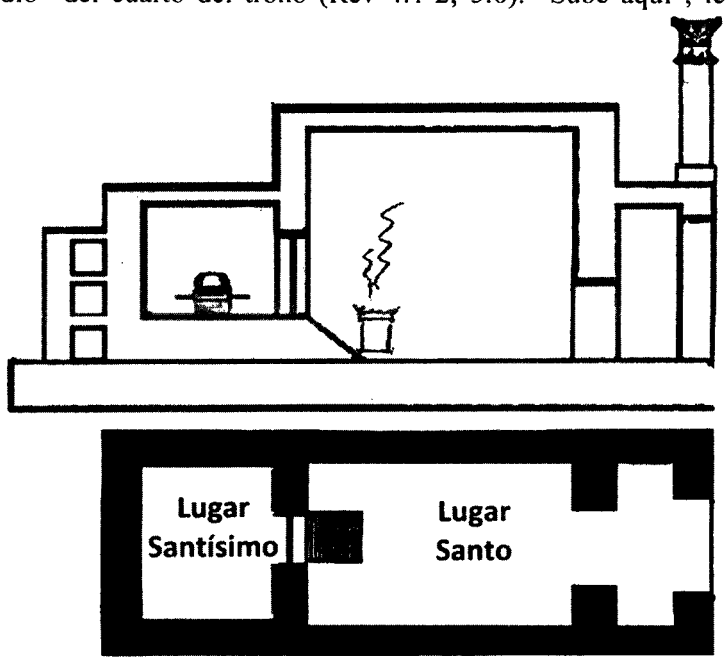
[15] *Ibid*, 121-127. ¿Qué llevó a Ritmeyer a concluir que esa cuenca nivelada era el lugar del arca? El hecho de haber visto espacios equivalentes en otros templos paganos sobre los que se ponían estatuas. Pero a diferencia de esos otros lugares que son siempre cuadrados (sobre los que se apoyaban las columnas con sus estatuas), éste en el medio de la *Sakhra* es rectangular, y cuadra como ya vimos, con el tamaño del arca y un pequeño espacio adicional sobre el que se habría colocado el libro del pacto.

[16] Esto es lo que aún creen muchos judíos ortodoxos. Esto también lo confirma E. de White cuando escribió: "Allí estaba el monte Moriah, donde el hijo de la promesa, cual mansa víctima que se entrega sin resistencia, fue atado sobre el altar como emblema del sacrificio del Hijo de Dios... Allí se había asentado la base de la escalera mística que unía el cielo con la tierra (Gén 28:12; Jn 1:51), que Jacob viera en sueños y por la cual los ángeles subían y bajaban, mostrando así al mundo el camino que conduce al lugar santísimo..." (*CS*, 20-21).

(1 Crón 21:15-16,18-19,26-27). En otras palabras, ese lugar era bien conocido por los israelitas a lo largo de los siglos, como se ve en la referencia de Moisés cuando contó el relato del sacrificio de Abraham: "Por lo tanto se dice hasta hoy, 'en el monte del Eterno será provisto'" (Gen 22:14).

Numerosos pasajes de la Biblia, especialmente de los salmos, se refieren al Señor como siendo la Roca de la salvación (2 Sam 22:2-3,47; Sal 62:2,6-7; 95:1, etc). Aunque hay otros motivos bíblicos que vinculan a Dios con la firmeza de una roca, llama la atención lo que dijo el rey David en el Sal 27, al referirse al templo de Dios, más definidamente al lugar santísimo. "Porque él me esconderá en su morada en el día del mal, me ocultará en lo reservado de su pabellón [la nube de gloria del lugar santísimo], me pondrá *en alto sobre una roca*" [el lugar donde iba a construirse el templo y cuyos planos preparó para Salomón] (Sal 27:5). ¿No es esto una anticipación de lo que el Señor prometió a la séptima iglesia en el libro del Apocalipsis? "Al que venza le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo vencí y me senté con mi Padre sobre su trono" (Apoc 3:21).

Permítasenos insistir en este punto. "En el Templo de Salomón y en sus reconstrucciones posteriores, la pendiente oriental debe haberle servido al sumo sacerdote como una rampa para ascender una vez al año, en el *Yom Kippur*, al lugar santísimo.[17] La escalera habría medido alrededor de seis codos de alto. Juan fue llamado a hacer lo que el sumo sacerdote hacía en el Día de la Expiación, para contemplar el trono de Dios y al Cordero de pie "en medio" del cuarto del trono (Rev 4:1-2; 5:6). "Sube aquí", le dijo el Señor.



[17] *Ibid*, 115.

La puerta abierta

Poca consideración se ha dado a la visión central del Apocalipsis, la de Apoc 4-5. Es probable que muchos no supiesen qué hacer con los viejos que se sientan sobre tronos, el libro sellado, y otros detalles que aparecen en esa visión. Aunque aquí y allí, E. de White fue diciendo algunas cosas con respecto a esa visión, no fue sino hacia el final de su vida que recibió una orientación más definida sobre su valor para nuestra época, en especial para el fin. Fue entonces que conectó la puerta abierta de Apoc 4:1 con la puerta que el Señor promete abrir al final en Apoc 3:7-8, y que había sido entendida tan claramente ya bien al principio del despertar adventista. La cantidad de citas de las que disponemos hoy sobre esa conexión y la ubicación de esa visión en el lugar santísimo en la época del juicio final, son abrumadoras.[18] Consideremos algunas de ellas.

E. G. White: "Hay Alguien que lo ve todo, y dice, 'he puesto delante de ti una puerta abierta'. A través de esta puerta se mostró el trono de Dios, sombreado por el arco iris de la promesa, la señal del pacto eterno, mostrando que la misericordia y la verdad están juntas, y arrancando del que lo contempla alabanza al Señor" (*Ms* 27, 1891).

"Tenemos razón aquí para regocijarnos. Aquí hay Alguien que se nos presenta delante de nosotros como quien tiene todo poder en el cielo y en la tierra. Y dice: 'He puesto delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar'. ¿Podria un ángel haber hecho esto? ¿Hay algún ser más grande sobre nuestra tierra que hubiera podido hacer esto? ¿Hay algún poder que hubiera podido abrir esta puerta para la raza humana? Ningún hombre podría cerrarla. Hay sólo Uno, Aquel que es igual a la Divinidad, el príncipe de la vida. Es Aquel en quien se centran nuestras esperanzas de vida eterna, la majestad del cielo, el Rey de gloria..." (*Ms* 84, 1886).

"Aquí se trae a colación tanto una puerta abierta como una puerta cerrada... Cristo cambió su ministración del lugar santo al lugar santísimo" (*4SP*, 268).[19]

7. La puerta abierta al Lugar Santísimo

[¿Cómo sabemos que la puerta que abrió el Hijo del Hombre es la que da al Lugar Santísimo? (Apoc 4:2-3,5-8)].

Juan ve siete lámparas de un candelabro que está ante el trono, como el candelabro mencionado en Lev 23:3-4 frente al velo que lo separaba del Lugar Santísimo. Sara A. Peck, secretaria por varios años de E. de White y responsable de haber compilado sus consejos dados por muchos años en materia educativa, fue la primera adventista que captó que, si se puede ver el candelabro delante del trono, es porque la puerta que separa los dos cuartos del santuario celestial está abierta. La visión del trono en Apoc 4-5 muestra un cuadro compacto del templo, se lo ve así como una unidad, con el lugar

---

[18] Véase A. R. Treiyer, *La Crisis Final en Apoc 4-5*, cap 2.

[19] Por una consideración más amplia de este tema, véase A. R. Treiyer, *The Day of Atonement and the Heavenly Judgment* (Siloam Springs, 1992), 482ss, 494-522; *La Crisis Final en Apoc 4 y 5* (Santo Domingo, 1998).

santo y el lugar santísimo unidos. Su libro, *The Path to the Throne of God*, ha sido recientemente reeditado y se puede conseguir en las librerías adventistas en USA (*ABCs*). Fue en esa misma época, más bien poco antes que Sara Peck comenzase a escribir, que E. de White comenzó ha hablar de esa visión y a conectarla más definidamente con el lugar santísimo, y la obra de juicio que debía tener lugar allí.

Los cuatro querubines

Apoc 4:6b-8: "Alrededor del trono había cuatro criaturas llenos de ojos, por delante y por detrás. El primer ser viviente era semejante a un león, el segundo, semejante a un becerro, el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto, semejante a un águila en vuelo. Cada uno de los cuatro seres vivientes tenía seis alas. Alrededor y por dentro estaban llenos de ojos. Y día y noche, decían sin cesar. '¡santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, que era, que es, y que ha de venir!"

Esta es una clara alusión al Lugar Santísimo del templo celestial. A los dos querubines que Moisés hizo labrar sobre el propiciatorio del arca, Salomón en su templo agregó otros dos de pie, esculpidos a los costados del arca (1 Rey 6:23-28; 8:6-7; 2 Crón 3:10-13; 5:7-9). Siendo que el trono de Dios se encontraba invisible, cubierto por una nube, encima del arca (véase 2 Sam 6:2), puede verse que la posición que ocupaban estos querubines en el templo de Salomón es la misma que ocupan ahora alrededor del trono de Dios. Que formaban un todo con el trono de Dios lo remarcó el profeta Ezequiel, cuando vio el trono móvil de Dios desplazándose en forma vertiginosa para una obra de juicio, desde su templo celestial hacia su templo en Jerusalén (Eze 1). El profeta también vio cuatro criaturas que formaban parte de ese carruaje del trono celestial, y entendió al final del juicio que "eran querubines" (Eze 10:20-22).[20]

El trono de Apoc 4-5, sin embargo, no es un trono móvil. Está en su lugar correspondiente en el lugar santísimo del templo celestial. El canto de los serafines, "santo, santo, santo", y su descripción, se corresponde también con el canto de los querubines de Isa 6 que están frente al trono de Dios en

---

[20] Dios aparece viniendo del "norte", una referencia a su trono en el cielo (Sal 48:3; Isa 14: 13). Siendo que se sienta en juicio en el lugar santísimo de su templo terrenal, puede inferirse que viene del lugar santísimo de su trono celestial al lugar santísimo de su trono terrenal. Recordemos que, para los israelitas, no había dicotomía entre el templo celestial y el terrenal. Al adorar a Dios en su templo terrenal, ponían su mirada en el templo celestial (véase 1 Rey 8:30ss; Isa 66:1). A Ezequiel se le mostró esa conexión celestial/terrenal del trono de Dios cuando llegó el tiempo de juzgar el reino de Judá.

W. Shea percibió claramente también que, cuando Ezequiel vio el carruaje celestial en el primer capítulo, identificó los cuatro seres vivientes como siendo seres celestiales. Pero cuando los vio en el templo terrenal, pudo entender que eran, "por así decirlo, los espíritus que animan las formas inanimadas y representativas del templo", más definidamente, "los modelos de los querubines que estaban al lado del arca". Por eso declaró, "y me di cuenta que eran querubines" (Eze 10:20); W. Shea, "The Investigative Judgment of Judah, Ezequiel 1-10," in A. V. Wallenkampf—W. R. Lesher, eds, *The Sanctuary and the Atonement* (RHPA, Washington DC, 1981), 288-289.

el lugar santísimo. "Se le permitió a Isaías mirar en visión en el lugar santo y en el lugar santísimo del santuario celestial. Se descorrieron las cortinas del lugar más interior del santuario, y *un trono alto y elevado, altísimo* por así decirlo hasta los mismos cielos, le fue revelado ante su vista" (E. G. White, en *SDABC*, IV, 1139). "La *Shekina*, el pabellón visible del Eterno", "en el lugar santísimo sobre el propiciatorio", "le fue revelado a Isaías" (*Ibid*, 1141).[21] El mismo trono se le reveló a Juan cuando se le dijo, "sube acá" (Apoc 4:1).

> **E. G. White:** "Angeles, querubines y serafines se postran en santa reverencia delante de Dios. 'Diez mil veces diez mil y miles de miles' de ángeles rodean el trono [cf. Apoc 5:11]... ¿Quisieran Uds. obtener iluminación divina?—Vengan al trono de la gracia. *Se les responderá desde el propiciatorio... El arco iris arriba del trono* es una señal de que Dios a través de Cristo se compromete a sí mismo a salvar a los que creen en él... *Cuandoquiera vengamos al trono de Dios* implorando su misericordia, *podemos mirar hacia arriba, y contemplar el arco iris de la promesa*, y encontrar en él la seguridad de que se responderá a nuestras oraciones" (en *ST*, 10-10-1892).[22]
>
> "*Aquel que ha estado de pie como nuestro intercesor* [Apoc 5:6]; quien escucha todas las confesiones y oraciones de penitencia; que está *representado con un arco iris* [Apoc 4:3], el símbolo de la gracia y el amor, rodeando su cabeza [Apoc 10:1], *está para concluir su obra en el santuario celestial.* Gracia y misericordia descenderán entonces del trono, y la justicia tomará su lugar. Aquel por quien su pueblo habrá mirado *asumirá su derecho—el oficio de Juez Supremo. 'El Padre... ha dado todo el juicio al Hijo... Y le ha dado autoridad para ejecutar el juicio también, porque es el Hijo del Hombre'*" (RH, 1-1-89, 1).

Todo el que lee esta descripción de los querubines más allegados a la presencia de Dios sabe que no son animales. Así como Juan vio a Jesús representado "como un Cordero... inmolado" en la continuación de la visión (Apoc 5:6), así también vio a los cuatro querubines delante de Dios como si fuesen animales, lo mejor de la Creación divina. ¿A qué representaban?

Los reyes antiguos colocaban como apoyos de sus brazos en sus tronos, a animales salvajes y poderosos, para impresionar a los que se acercaban a ellos con el poder sobre el que pretendían fundar su trono (véase 2 Crón 9:18). El trono de Dios es más exaltado, sin embargo, que el de los tronos terrenales. Dios escoge lo más representativo de su creación. Los hombres hoy acostumbran representar los mismos animales como siendo el rey de la

---

[21] Véase A. R. Treiyer, *The Day of Atonement...*, 305-306.

[22] Es notable que E. de White citó Apoc 5:11 para describir la corte celestial que juzga al mundo entero en el fin del mundo, en un capítulo titulado "Enfrentando el Registro de la Vida" (*CS*, cap 29: "El Juicio Investigador"). Ella citó primero Dan 7:9-10 de la *KJV*, y lo comentó diciendo que el profeta vio "el día grande y solemne en que los caracteres y vidas de los hombres habrán de ser revisados ante el Juez de toda la tierra" (*CS*, 533). Luego citó Apoc 5:11, de nuevo de la *KJV*: "es él, la fuente de todo ser, y la fuente de toda ley, quien debe presidir en el juicio. Y santos ángeles como ministros y testigos, en número 'diez mil veces diez mil, y miles de miles', asisten a este gran tribunal" (*ibid*).

selva (león) y la reina de las aves (águila), el principal animal doméstico (becerro) y el hombre, corona de la creación divina y símbolo de inteligencia. Ha llegado el momento en el que el trono de Dios va a ser exaltado sobre los reinos e imperios de la tierra, y se presenta su trono de una manera incomparable. Juan es llamado (como Isaías lo había sido anteriormente), a contemplar un trono "alto y elevado" (Apoc 4:1; Isa 6:1; véase Isa 2:2-4,11-19; Apoc 6:15-17).

"Ud. pertenece al reino de los cielos"

Años atrás, uno de los reyes de Inglaterra visitó una escuela primaria. Tomó una piedra en su mano y preguntó a los niños: "¿A qué reino pertenece esta pequeña piedra?". Los niños respondieron, ufanos: "Oh, nuestro Señor y Rey, esa piedra pertenece al reino mineral". También tomó una pequeña planta y pregunto de nuevo a los niños: "¿A qué reino pertenece esta pequeña planta?" Los niños le respondieron, felices de poder mostrar al rey lo que sabían: "Oh, nuestro Señor y Rey, esa planta pertenece al reino vegetal".

Entonces el rey miró hacia sus costados para ver si encontraba un animal con el cual hacer la siguiente pregunta. Pero no podía encontrar ningún animal a su alcance. De manera que les preguntó sonriendo: "¿A qué reino pertenezco yo?" Ningún niño se atrevía a decirle que pertenecía al reino animal. El rey insistió, entonces, siempre sonriendo, pero nadie respondía. Finalmente un niño levantó su mano. El rey lo miró sorprendido, preguntándose si ese niño iba a atreverse a decirle que él, como rey, pertenecía al reino animal. "Oh, mi Señor y Rey", dijo el niño. "Ud. pertenece al reino de los cielos".

¡Sí, queridos amigos! Estamos representados delante del trono de Dios en el cielo. Esta creación está representada en la corte celestial, mostrándonos que este mundo está bajo el cuidado divino. Es nuestro privilegio subir con él a esa escena prodigiosa que culminará la obra de redención. Esa obra de redención la inició el Señor en la tierra hace 2.000 años atrás, muriendo en nuestro lugar como nuestro sacrificio, en expiación de nuestros pecados. El llamado a subir que Juan recibió, es el llamado que Jesús nos extiende a nosotros especialmente, que vivimos en la época misma del juicio. El Señor quiere llenarnos con una visión de su Majestad, de su Poder, de su Grandeza, para que ningún poder terrenal que se autoexalte aquí en la tierra, nos distraiga de nuestro deber de exaltarlo a él.

8. La puerta abierta al juicio final

[¿Qué desplazamiento se percibe entre la sexta (Apoc 9:13) y séptima trompetas (Apoc 11:15-19)? ¿En conexión con qué evento en los cie-los se abre la puerta del lugar santísimo? (Apoc 11:18-19)].

Las trompetas del Apocalipsis revelan juicios divinos que se anuncian y caen sobre el imperio opresor. Siguiendo el esquema profético señalado a Daniel que ya vimos en la primera lección, vemos que esas trompetas representan a siete juicios que caen sobre el último imperio, el romano, en sus diferentes etapas históricas. No es nuestro objetivo tratar aquí el contenido de esas trompetas, que ya consideramos desde la perspectiva bíblica, teológica e histórica ampliamente en otro libro.[23] Queremos resaltar aquí la conexión de esos juicios con el lugar que se destaca del santuario celestial.

Mientras que en la sexta trompeta la voz sale "de entre los cuernos del altar" que está en el lugar santo (véase Apoc 8:2-3), la séptima trompeta trae a colación los mismos componentes de la visión de juicio de Apoc 4-5, conectados igualmente al lugar santísimo. En ese lugar se resume toda la labor efectuada durante el sonido de la séptima trompeta.

> **Apoc 9:13:** "El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz que salía *de los cuatro cuernos del altar de oro* que está ante Dios".
>
> **Apoc 11:15,17-19:** "El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo fuertes voces en el cielo, que decían: 'El reino del mundo ha venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y reinará para siempre jamás. Y los 24 ancianos que estaban sentados ante Dios en sus tronos [Apoc 4:4], se postraron sobre su rostro y adoraron a Dios, diciendo: ... 'Se han airado las naciones, y ha llegado tu ira: el tiempo de juzgar a los muertos, de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos y a los que temen tu nombre, pequeños y grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra'. *Entonces fue abierto el Santuario de Dios que está en el cielo, y quedó a la vista el Arca de su Pacto en su Santuario*".

En esta visión vemos que Dios expone el juicio final de Dios delante de las naciones que serán destruidas, y delante de los que pertenecen al Señor por invocar su Nombre. Esto lo hace al revelar el Arca del Pacto en el que se encuentra su Ley, como referencia al lugar donde se reúne la corte final de juicio, y a la norma que medirá el carácter de todo ser humano. Dios quiere que el mundo sea puesto ante la expectativa de su juicio, en un contexto en que las naciones no quieren que las gobierne. Las naciones se airan porque tampoco quieren saber nada del juicio final de Dios.[24]

¡Cuán lleno está el Apocalipsis de cuadros que tienen que ver con el juicio final, y los eventos que tienen que transpirar en el fin! ¡Qué solemnes escenas de juicio se nos presentan! ¿No habríamos de esforzarnos para dirigir la mirada del mundo hacia esas escenas finales, para que nadie se pierda el

---

[23] A. R. Treiyer, *The Seals and the Trumpets. Biblical and Historical Studies* (Distinctive Messages, 2005).

[24] Un estilo narrativo hebreo bastante atestado en la Biblia, termina con una conclusión que resume lo contado. Esto es lo que vemos, por ejemplo, en la ley del Día de la Expiación: Lev 16:1-2 [introducción], 3-28 [detalles], 29-34 [resumen y conclusión]. En la séptima trompeta vemos un estilo semejante. Primero se hace una introducción (Apoc 11:15a), luego se desarrolla el contenido del juicio representado por la trompeta (Apoc 11:15b-18), para concluir con una síntesis que engloba todo el período de juicio aludido (Apoc 11:19).

reino eterno que se está por establecer? ¿No tenemos vecinos o amigos de trabajo, con quienes tenemos buenos momentos de conversación y camaradería, a quienes buscar de alguna manera atraerlos a sopesar la hora en que vivimos?

9. La última puerta por abrirse

[¿Cuál puerta quedaba por abrirse al concluir el ministerio de Jesús en el lugar santísimo, y con qué propósito? (Apoc 15:5-7; véase Apoc 14:15,17-18). ¿Qué podía pasar con el abrimiento final de esa puerta en contextos de juicio? (Eze 10:4; Apoc 15:8)].

Llegamos a la última puerta que espera ser abierta. ¿Cuál? ¿No habían sido abiertas todas ya? ¡Más despacio! Todavía no hemos terminado. Hay una puerta que todavía no se ha abierto, y está relacionada con el derramamiento de la ira divina mediante las últimas postreras plagas con las que se "consuma la ira de Dios" (Apoc 15:1; 16:1). A esas copas finales de la ira de Dios se dirige la parte final del sonido de la séptima trompeta (Apoc 11:18).

Hasta aquí, todas las puertas del templo celestial se habían abierto para entrar. Jesús es "nuestro precursor" en esa entrada (Heb 6:19-20), y por la fe nosotros entramos también, siguiéndolo paso a paso hasta el final, en sus movimientos en el santuario celestial (Heb 10:19-25). Mientras que en la inauguración del santuario celestial se abrieron las dos puertas del santuario celestial, en la visión de Apoc 4 se ve sólo una puerta abierta que conduce al juicio final.

Desde adentro hacia afuera

Después que culmina la proclamación del mensaje final de Dios a los seres humanos (Apoc 14:6-13), la corriente que se percibe en el templo celestial es inversa. Todos se preparan para salir y consumar los juicios de Dios, al mismo tiempo que salvar a los que esperan al Señor. Juan ve a Jesús, entonces, viniendo ya en las nubes del cielo.

Apoc 14:15,17-18: "Y del santuario *salió* otro ángel, y clamó a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: 'Toma tu hoz y siega, porque ha llegado la hora de segar, y la mies de la tierra está madura'... Después otro ángel *salió* del santuario que está en el cielo. También tenía una hoz afilada. Y del altar *salió* aún otro ángel que tenía poder sobre el fuego, y gritó a gran voz al que tenía la hoz afilada: 'toma tu hoz afilada, y vendimia los racimos de la vid de la tierra, porque sus uvas están maduras".

Ha llegado el fin. El Hijo de Dios no está más en su templo celestial. Ya salió de allí, y viene por su pueblo luego de haber consumado su mediación por él. La cosecha está lista, y su pueblo va a ser recogido para el granero celestial.

Pero, nuevamente, ¿cuál puerta es la que quedaba para abrirse? La que Jesús anticipó que iba a cerrar cuando abriese la puerta al lugar santísimo para la obra final de juicio (Apoc 3:7-8). Es la puerta que conduce al exterior, al patio, al lugar en donde, antiguamente, el pueblo esperaba a su sumo

sacerdote que saliese del lugar santísimo para otorgarles la bendición final del año.

> **Apoc 15:5-7:** "Y miré, y vi que *se abrió* el santuario en el cielo, la Tienda del Pacto. Y *salieron del santuario* los siete ángeles que llevaban las siete plagas. Iban vestidos de lino limpio y resplandeciente, con bandas de oro alrededor del pecho. Uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive para siempre jamás".

El cielo se vacía. Ha llegado el fin.

La tierra va a ser enteramente destruida. Así como Dios y sus ángeles se retiraron del Templo de Salomón cuando vino a juzgarlo luego de casi 400 años de haber morado en ese lugar, así también llega el momento en que nadie puede entrar. La gloria de Dios llena todo el templo, y nadie en la tierra puede entrar más por la fe en ese templo. Aquellos que triunfaron esperan ansiosos a su Señor que ya ha salido, y regresa por los suyos (Heb 9:28).

¿Qué podía pasar antiguamente, con el abrimiento de la puerta del lugar santo sin que se cerrase la del lugar santísimo? Cuando la gloria de Dios salía del interior hacia fuera, era en contextos de juicio. Había gran mortandad entre quienes no estaban debidamente preparados y protegidos por el sacrificio y el incienso que ofrecía el sumo sacerdote (Núm 11:1; 12:4-5,9-10; véase 16:19-35,41-50). Esto se ve claramente en la visión de juicio que vio Ezequiel. El profeta ve que el templo se llena de la gloria de Dios quien se retira, junto con sus ángeles, primero del interior del santuario al patio (Eze 10:19), y luego a la ciudad y fuera de ella (Eze 11:22-23).

El juicio investigador del reino de Israel en Jerusalén duró un año y dos meses (compárese Eze 1:1-2 con 8:1). Durante todo ese tiempo todos los que querían podían participar del movimiento de entrada de la gloria de Dios. Dios aparece viniendo de su templo celestial a su templo terrenal (Eze 1). Pero al salir de su santuario, Dios protege a todos los que recibieron una marca por el ángel que está vestido de "lino" simple (Eze 9:2: *bad*), es decir, con el mismo ropaje interior que usaba el sumo sacerdote para purificar el santuario en el Día de la Expiación (Lev 16:4,32-34). Podemos ver aquí que el juicio representado por el Día de la Expiación podía durar, en el análisis de un reino que llega a su fin, más de un día, aún en el microcosmo o miniatura del templo terrenal.

El retiro de los ángeles y del trono de Dios de su templo terrenal rompe la conexión entre los templos celestial y terrenal (véase Lam 2:1). Se da en medio de la destrucción que cae sobre los que no recibieron la marca de protección. Esa destrucción comienza a la altura del patio y se extiende a la ciudad (Eze 9:3-11). También un ángel viene de donde sale el sol en el Apocalipsis, para poner sobre la frente de los fieles el sello de la protección divina, antes que se derramen las siete postreras plagas (Apoc 7:1-4).

Muchos autores han percibido que, así como en la obra de destrucción de la nación apóstata de Israel aparecen siete ángeles destructores (Eze 9:1-2),

así también en el Apocalipsis se los representa con el número siete, el número perfecto, que marca la culminación, una tarea completa.

Eze 10:4: "Entonces la gloria del Señor se levantó del querubín, y pasó al umbral de la puerta. Y el templo se llenó de la nube, y el atrio se llenó del resplandor de la gloria del Señor".

Apoc 15:8: "Y el santuario se llenó de humo procedente de la majestad de Dios y de su poder. Y *ninguno podía entrar* en el santuario, hasta que se completaran las siete plagas de los siete ángeles".

10. Cuando el Señor salga de su templo

[¿Qué hacía antiguamente el Sumo Sacerdote cuando terminaba de oficiar en el santuario? (Lev 16:17úp-18). ¿Qué debía esperar el pueblo de Dios que hiciese su Sumo Pontífice celestial en el fin del mundo? (Heb 9:27-28; Apoc 14:14)].

Se cuenta que Tomás Edison, el famoso inventor del S. XIX, aún en su día de bodas que coincidió con la Navidad, volvió a su laboratorio después de la ceremonia para trabajar con el *teletipo* (sistema de transmisión de textos por línea telegráfica mediante un teclado que permitía emitir y recibir mensajes e imprimirlos, y que se usaba especialmente para el mercado de valores y noticias). Edison trabajó tarde esa noche para perfeccionar el sistema, captando el gran avance que iba a producir en el sistema de comunicaciones, olvidando a su flamante esposa que lo esperaba.

Algunos médicos pasan diez y más horas encerrados en la sala de operación, tratando de salvar vidas. Mientras que otros, por no llevar una vida tan enfocada, no pueden entender esa pasión. En cambio los que viven una pasión tal se sienten a gusto y encuentran grandes satisfacciones en lo que hacen.

Pero la pasión de nuestro Señor por salvar a su pueblo, que sigue teniendo en el santuario celestial, es aún mayor. Se dice de él que "está siempre vivo para interceder por ellos", por los que se acercan a él (Heb 7:25). Algunos que no entienden su pasión por salvarnos no quieren creer que esté recluído dentro de puertas por tanto tiempo (ya casi 2000 años). Pero lo malinterpretan también porque, por el hecho de ser Dios, es también Omnipresente mediante su Espíritu. Por tal razón, no se puede decir de él que está "encerrado" en el templo celestial desde que ascendió al cielo y comenzó a oficiar en el santuario celestial. Desde el templo que está en el cielo él ve, oye y responde conforme a la petición que cada cual le dirige.

El tiempo de su sacerdocio, sin embargo, llegaría a su fin como también el del sumo sacerdote terrenal cuando concluía los servicios del año en el Día de la Expiación. Los detalles de lo que hacía el sumo sacerdote en ese día de ajuste final para el pueblo de Dios, los iremos analizando en distintos momentos en otras lecciones de este seminario. Ya vimos al responder a la pregunta cinco de esta lección que, cuando el sumo sacerdote completaba su obra de expiación final por el santuario, abría la cortina o puerta que daba al patio. Su pueblo esperaba en el exterior ese momento solemne, mientras lo

seguía en su obra de expiación final en el interior aún por el sonido de las campanitas que colgaban de sus ropas sumo sacerdotales (véase Ex 28:31-35). Tal era el interés que Dios tenía entonces de que su pueblo viviese pendiente de la compleción de la obra mediadora sacerdotal.

Lev 16:18: "Entonces Aarón saldrá (*yatsa*) hacia el altar que está ante el Señor".

La conclusión de la obra del sumo sacerdote terrenal también estaba enmarcada en un contexto de *salida.* Con la purificación del altar exterior, el del holocausto, en un culto representativo cíclico, se daba inicio a un nuevo ciclo de servicios. Pero en el santuario del cielo no volverá a repetirse un nuevo año de servicios, porque su cumplimiento no es cíclico. Para simplificarlo, nuestro Sumo Sacerdote celestial cumple en un solo ciclo la obra completa de expiación, en forma definitiva y completa (Heb 9:24-26).

Heb 9:27-28: "Y así como está ordenado que los hombres mueran una vez, y después enfrenten el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez, para quitar los pecados de muchos. Y la segunda vez, sin [llevar más el] pecado, aparecerá para salvar a los que lo esperan".

Este pasaje dice que Jesús vino la primera vez para cargar con el pecado de su pueblo, pero que la segunda vez vendrá, literalmente, "sin pecado", es decir, sin llevar o asumir más el pecado del mundo. En otras palabras, su segunda venida marca la conclusión de su obra sacerdotal en el santuario celestial. ¿Cuál bendición traía el antiguo sumo sacerdote terrenal sobre la entera congregación [LXX: *ecclesía*] que lo aguardaba en el exterior? Siendo que la orden de bendecir al pueblo fue dirigida al sumo sacerdote Aarón y a sus descendientes en el sumo sacerdocio, muchos autores concuerdan en que esa bendición se daba especialmente en esa ocasión final del Día de la Expiación. Leámosla en:

Núm 6:24-26: "El Señor te bendiga y te guarde. El Señor haga resplandecer su rostro sobre ti, y te conceda su bondad. El Señor te mire con amor, y te dé paz".

Sirac, un intérprete judío del S. III AC expresó, cuando el canon del Antiguo Testamento ya se había cerrado, el sentimiento que embargaba a todo el pueblo en la antigüedad, mientras aguardaba la salida de su sumo sacerdote en ese día de cuentas final. En palabras poéticas y cargadas de emoción, Sirac se remontó a la época en que la gloria de Dios todavía estaba en el templo, y el Sumo Sacerdote salía del Lugar Santísimo en el Día de la Expiación.

"¡Cuán glorioso era cuando el pueblo se juntaba alrededor de él,
cuando salía de la casa del velo.
Semejante a la estrella de la mañana entre las nubes,
semejante a la luna cuando está llena...
Entonces gritaban los hijos de Aarón, y soplaban las trompetas de plata,
un gran sonido para ser escuchados, como recordatorio delante del Altísimo...
Los cantores también cantaban alabanzas con sus voces,

Con gran variedad de sonidos se hacía dulce melodía...
Al final descendía y alzaba sus manos
sobre la entera congregación de los hijos de Israel,
para pronunciar con sus labios la bendición del Señor,
y gloriarse a sí mismo en su nombre" (Sirac 50:5-6,20).

Esa expectación de aquellos antiguos israelitas es la nuestra hoy. Estamos esperando que nuestro Sumo Sacerdote salga del lugar santísimo para traernos la bendición definitiva, diciéndonos:

Mat 25:34: "Venid benditos de mi Padre, y heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo".

Y otra vez, cuando reclama el valor de los talentos que dio a sus seguidores para que los reproduzcan:

Mat 25:21: "¡Bien, siervo bueno y fiel! Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor".

Apoc 14:14: "Entonces miré, y vi una nube blanca, y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, con una corona de oro en su cabeza, y en su mano una hoz aguda".

E. G. White: "Entonces vi que Jesús se despojaba de sus vestiduras sacerdotales y se revestía de sus más regias galas. Llevaba en la cabeza muchas coronas, una corona dentro de otra. Rodeado de la hueste angélica *dejó* el cielo" (*PE*, 280).

E. G. White: "Así como el sumo sacerdote, después de realizar su servicio en el lugar santísimo, *salía* con sus ropas pontificales ante la congregación que lo esperaba, así también Cristo vendrá la segunda vez revestido con las vestimentas gloriosas del blanco más puro, 'tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos'. Vendrá con su propia gloria y la gloria de su Padre, como Rey de reyes y Señor de señores, y toda la hueste angélica lo escoltará en su trayecto" (2 *T*, 612).

Conclusión

E. G. White: "Jesús es nuestro abogado, nuestro sumo sacerdote, nuestro intercesor. Nuestra posición actual es, por consiguiente, semejante a la de los israelitas, de pie en el patio exterior [del templo], esperando y buscando esa esperanza bendita, la aparición gloriosa de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (en *SDABC*, VII, 913).

En relación con la bendición que debía pronunciar el antiguo sumo sacerdote sobre el pueblo en esa ocasión, dijo el Señor entonces que consistía en poner su Nombre entre ellos. "Y *pondrán mi Nombre sobre los israelitas*, y yo los bendeciré" (Núm 6:27). En eso consiste el sello protector que el Señor pone sobre la frente de los 144.000, cuando termina la obra de juicio en el santuario celestial: "Tenían *el Nombre del Cordero y el Nombre de su Padre escrito en sus frentes*" (Apoc 14:1). Serán posesión del Señor para siempre (véase Mal 3:16-18). Dice el Apocalipsis al concluir sus mensajes en su último capítulo, acerca de todos los redimidos: "Verán su rostro, y *su Nombre estará en sus frentes*" (Apoc 22:4).

Apelación final

¡Qué emoción siente la gente cuando llega el momento en que la puerta se abre para ver a la novia que entra al santuario para casarse con su novio! ¿Cómo sabe la gente que el momento ha llegado? Por la música solemne que comienza a tocarse. Así también, estamos esperando nosotros que la puerta final se abra, pero ya no para entrar. Queremos ver venir a nuestro Esposo de su boda, para buscarnos y llevarnos a su casa, con el propósito de que participemos de los actos finales de casamiento.

¿Cuántos queremos recibir la bendición final del Señor, que consistirá en concedernos la vida eterna y sellar su Nombre en nuestras frentes para siempre? El Señor no miente, "porque no es hombre para que mienta" (1 Sam 15:29). El cumplirá lo que prometió. Pronto veremos a nuestro Sumo Sacerdote y rey, salir de su templo en los cielos para venir por nosotros. Vendrá "para ser glorificado en sus santos y ser admirado por todos los que creyeron" (2 Tes 1:10).

Oremos: Te damos gracias Dios y Padre nuestro por tan grandes promesas que nos das. Queremos ser aprobados por el juicio y ser capacitados para contemplar tu gloria. Queremos que llegue el día en que pongas tu Nombre en nuestras frentes para siempre, para pertenecerte eternamente en tu reino. Líbranos del peligro que nos asecha mientras corremos pacientemente la carrera que nos has propuesto, hasta ese día glorioso de tu venida. En el Nombre de Jesús te lo pedimos, **Amén.**

CUESTIONARIO IV

PENDIENTES DE LAS PUERTAS QUE SE ABREN

Sección I. Mirando dentro de las puertas

1. ¿Cuántas cortinas o puertas debieron abrirse para inaugurar el antiguo santuario de Israel, y permitir que la gloria de Dios penetrase en su interior? (Ex 30:25-30; 40:1-5,9; Lev 9:22-24). ¿Cuán expectante de este evento debía estar el pueblo en el patio exterior? (Lev 9:6; 2 Crón 7:1-3).

Respuesta: .....

.....

2. ¿Cuántos velos o puertas se abrieron cuando el Hijo de Dios inauguró el santuario celestial? (Heb 6:19-20; 9:8,11-12; 10:19-20). ¿Qué se ungiría en esa ocasión, según la profecía de Daniel? (Dan 9:24).

Respuesta: .....

3. En el antiguo santuario de Israel, ¿cuál puerta o cortina se cerraba luego de la inauguración, y cuál quedaba abierta? ¿Por qué razón? (Lev 16:1-2).

Respuesta: .....

4. ¿En qué lugar del santuario celestial vio Juan a Jesús intercediendo a favor de las iglesias? (Apoc 1:12-13). ¿Qué hacía para que la fe de esas iglesias no se extinguiese? (véase Lev 24:1-4).

Respuesta: .....

5. Cuando se llegaba a la etapa final del ritual del año, ¿cuál puerta se cerraba y cuál se abría? (Lev 16:12-13,15-18). ¿Por qué razón? (Lev 16:2).

Respuesta: .....

Sección II. Cuando la última puerta de gracia se abra

6. Siendo que en su primera visión Jesús está oficiando entre los candelabros, ¿cuál puerta podía esperar la iglesia que se cerrase primero, y cuál que se abriese seguidamente, al concluir su ministerio en el lugar santo? (Apoc 3:7-8; 4:1; véase Dan 8:11,14).

Respuesta: .....

7. ¿Cómo sabemos que la puerta que abrió el Hijo del Hombre es la que da al Lugar Santísimo? (Apoc 4:2-3,5-8).

Respuesta: .....

8. ¿Qué desplazamiento se percibe entre la sexta (Apoc 9:13) y séptima trompetas (Apoc 11:15-19)? ¿En conexión con qué evento en los cielos se abre la puerta del lugar santísimo? (Apoc 11:18-19).

Respuesta: .....

9. ¿Cuál puerta quedaba por abrirse al concluir el ministerio de Jesús en el lugar santísimo, y con qué propósito? (Apoc 15:5-7; véase Apoc 14:15,17-18). ¿Qué podía pasar con el abrimiento final de esa puerta en contextos de juicio? (Eze 10:4; Apoc 15:8).

Respuesta: .....

.....

10. ¿Qué hacía antiguamente el Sumo Sacerdote cuando terminaba de oficiar en el santuario? (Lev 16:17úp-18). ¿Qué debía esperar el pueblo de Dios que hiciese su Sumo Pontífice celestial en el fin del mundo? (Heb 9:27-28; Apoc 14:14).

Respuesta: .....

LECCIÓN V

PENDIENTES DE LA POSTURA DEL REY

En Diciembre del año 2005, el coro adventista de la Universidad de Oakwood, junto con otro coro y orquesta de la comunidad de ese lugar, interpretaron el primer sábado de tarde de ese mes, el Oratorio completo del Mesías de Handel. En dos pantallas gigantes iban apareciendo escritas las palabras que cantaban, lo que permitía seguir mejor las partes que se iban desarrollando. Aunque para alguien como este servidor, que escuchó en lo pasado tantas veces ese Oratorio, y compuso obras menores para coros en su época de estudiante, es difícil escuchar sin una mirada crítica a las voces solistas y a la interpretación de conjunto, puedo decir que la interpretación estuvo buena, permitió disfrutar del mensaje que tiene más valor cuando la música no tapa las palabras.

George Frederic Handel compuso en 24 días su Oratorio el Mesías. Su sirviente comentó que lo vio varias veces llorando en silencio, impresionado por la grandiosidad de la obra que estaba haciendo. Aunque la compuso en 1741, pudo estrenarla en 1742. Desde entonces dirigió la obra varias veces, adaptándola a las voces que tenía en el momento.

Cierta vez, el rey de Inglaterra, George II, fue a escuchar el concierto. Como era de esperarse, fue ubicado en un lugar de honor, de tal manera que todo el mundo podía mirar cómo reaccionaba ante tan grandiosa composición. El Oratorio contiene tres partes. La composición más impresionante del Oratorio es el Aleluya, y se encuentra hacia el final de la segunda parte. La tradición cuenta que cuando el rey la escuchó, conmovido por la majestuosidad de la composición dirigida al Rey del Cielo, se puso de pie. Todo el público hizo entonces lo mismo, y esa práctica continúa aún hoy en la mayoría de los países del mundo en donde se vuelve a interpretarlo.

Las posturas de pie, sentado, en contextos de realeza, tienen su significado. La gente que comparece ante un rey lo hace de pie, y se sienta sólo si el rey le da esa concesión. Que el rey se ponga de pie, sin embargo, puede significar que habrá movimiento, un cambio en los pasos que va a dar. En el caso del rey de Inglaterra, su cambio de postura inesperada, de sentado a ponerse de pie, tuvo que ver con la convicción de estar ante un ser más majestuoso que él, ante el Rey de reyes y Señor de señores. Esta es la interpretación más común que se ha dado a ese cambio de postura. En efecto, el *Aleluya* repite varias veces que Cristo "será Rey" y "para siempre".

Así como el cambio de postura del rey de Inglaterra tuvo su significado, así también los cambios de postura del príncipe celestial tendrían su significado. El sentarse a "la diestra de Dios", "ponerse de pie" o comparecer "delante de" su Padre en "el tiempo del fin", y volverse a sentar en el mismo fin del mundo, todo está cargado de significado. La gente puso sus ojos en el

rey de Inglaterra y lo siguió en sus cambios de postura, algo que continúa haciendo hasta el día de hoy, en prácticamente todo el mundo cuando se entona la misma partitura; también debía la iglesia seguir a su rey celestial, prestando atención a sus diferentes posturas, luego de ser investido como tal "a la diestra de Dios".

Así como iban a haber puertas que se abriesen y se cerrasen, hasta que se abriese la última puerta del santuario celestial; así también los cambios de postura del príncipe del cielo tendrían un significado especial. Y la iglesia en la tierra debía mantenerse atenta a esos diferentes momentos en que se sentaría, se pondría de pie cuando se sentase la corte en el fin del mundo, y volvería a sentarse cuando concluyese el juicio y volviese por su pueblo.

SECCIÓN I

SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS

En la tierra, el Hijo de Dios vivió como extranjero en su propia creación, sin lugar fijo. Mientras que aún "las zorras tienen cuevas, y las aves nidos", se identificó tanto con los pobres y despatriados de este mundo, que pudo decir correctamente de él mismo: "el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su sien" (Mat 8:20). En los cielos todas las huestes de ángeles lo alababan. Aquí le gritaron. Los suyos, que debieran haberlo recibido como Hijo del Rey celestial, le pusieron sobre su cabeza una corona de espinas, y por trono sus verdugos escogieron un tosco poste de tormento al que lo clavaron, crucificándole.

Jesús, nuestro Salvador, estuvo dispuesto a sufrir tamaña villana humillación porque "vino a salvar lo que se había perdido" (Luc 19:10). Pero, una vez que dio "su vida en rescate por muchos" (Mar 10:45), ¿por qué se fue?, ¿por qué no terminó todo allí?

La noticia de lo que se hizo con él y lo que él hizo con los demás en este mundo, debía llenar no sólo toda la tierra, sino también todo el cielo, todo el universo. Antes de terminarse con el pecado y decidir quién podría formar parte de la familia celestial, debían verse los frutos del reino diferente que acababa de inaugurar. Los contrastes entre sus seguidores y los que se enrolasen en el bando enemigo en las generaciones futuras, debían servir de lección para todos los habitantes de los mundos creados (Rom 9:22-23; Ef 3:9-11; Col 1:20).

1. Sentado a la diestra de Dios

[¿Qué hizo el Hijo de Dios cuando fue inaugurado el santuario celestial con su ministerio sacerdotal? (Hech 2:34-36; cf. Sal 110:1; Heb 1:3,13; 8:1-2; Apoc 3:21)].

El príncipe de este mundo, que se llama diablo y Satanás, sabía que Dios iba a exaltar a su Hijo luego de dar su vida por los habitantes de este planeta. Siendo que la rebelión de Lucifer comenzó en el cielo cuando quiso ocupar

el lugar de Dios, e hizo vilmente de su Hijo un rival suyo hasta ser expulsado de allí, ¿qué podía esperarse en la tierra sino que buscase humillarlo hasta lo sumo? Su intento más feroz y despiadado se dio al final, cuando quiso evitar por todos los medios que triunfase la misión divina, y el Hijo fuese exaltado en el cielo, recibiendo el reconocimiento y la alabanza que a él se le había denegado.

En este mundo había conseguido, por engaño, recibir el homenaje que tanto había buscado en las cortes celestiales. No era de extrañar entonces, que buscase destruir, mediante sus súbditos terrenales, al enviado y adorado por todo el cielo. Aunque logró fanatizar y endemoniar prácticamente a quienes lo crucificaron, en un intento desesperado por malograr el plan divino, no pudo hacer pecar al Hijo de Dios. Por consiguiente, con la muerte del Redentor, Satanás supo que había perdido la batalla.

Pero la lucha no terminó. La verdadera naturaleza del diablo se vio nuevamente al tratar que Cristo no fuese levantado de entre los muertos. Quiso evitar, a toda costa, que Jesús ascendiese al cielo y recibiese todo el honor que merecía por haberlo vencido. Por tal razón movió a los romanos para que pusiesen guardias que cuidasen la tumba. Pero, ¿qué poder terrenal o aún demoníaco iba a poder detener la omnipotencia divina de Aquel que había dicho: "Tengo poder para deponer mi vida y volverla a tomar"? (Juan 10:18). Bastó que un ángel descendiera del cielo y le dijera, "Hijo, tu Padre te llama", como para que Aquel que era uno con Dios, aunque había depuesto su vida y dejádola latente o pasiva en la tumba, se levantase por la vida que tenía en sí mismo. Con eso probó que El es "la verdad y la vida" (Juan 14:6).

El Hijo de Dios "fue arrebatado para Dios y para su trono" (Apoc 12:5). Juan da a entender, así, que ese Hijo le fue quitado por la fuerza al que

pretendía tener el imperio de la muerte (Heb 2:14). Todo el universo debía enterarse de su victoria, y saber también que su obra de redención en la tierra había sido oficialmente aprobada por Dios y sus ángeles. Resucitó, ascendió al cielo, y fue homenajeado y aclamado por los ángeles de Dios y los representantes de todos los mundos no caídos. Su Padre lo hizo sentar a su diestra para que fuese Rey y Sacerdote del pueblo que había conquistado en la tierra, y ordenó que todos lo honrasen y alabasen en el cielo (Heb 1:6).

Siendo que en la tierra se había ultrajado a su Hijo, la Deidad determinó también que debía honrársele aquí como en el cielo. Este reconocimiento debía comenzar en Jerusalén, donde había sido humillado y calumniado. Luego en Judea, entonces en Samaria y finalmente en los extremos más remotos de la tierra, a medida que las noticias de su victoria se expandiesen y todos tuviesen oportunidad de tomar su decisión (Hech 1:8). Una vez que el evangelio llegase a todo el mundo, entonces vendría el fin (Mat 24:14).

Todo ser humano tendría la oportunidad de decidir si honrar al Hijo de Dios u honrar al príncipe rebelde. La misión de la iglesia cristiana en la tierra iba a consistir en vindicar y glorificar a su príncipe celestial, en imitar el reconocimiento que los ángeles creados le habían dado en el cielo. Por tal razón, la imagen de Jesús sentado a la diestra de Dios fue decisiva para los primeros cristianos, como se ve en las tantas veces en que ese hecho fue evocado por los apóstoles. Ellos sabían que su Señor continuaba dirigiendo su iglesia desde el cielo.

El primero en captar lo que ocurrió en el Pentecostés fue el apóstol Pedro. En su discurso magistral ante la nación judía recordó cómo Jesús había aplicado a sí, la profecía de David con respecto a un hijo suyo que se sentaría a la diestra de Dios (Sal 110:1). A los estupefactos asesinos del Hijo de Dios, el otrora cobarde pescador les dijo, sin ambages:

> **Hech 2:32-36:** "A este Jesús Dios lo resucitó, y de esto todos nosotros somos testigos. Así, exaltado hasta *la diestra de Dios*, recibió del Padre la promesa del Espíritu Santo, y ha derramado esto que ahora vosotros veis y oís. Porque David no subió al cielo, pero el dice: 'dijo el Señor a mi Señor: *siéntate a mi diestra*, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies'. Por lo tanto, que toda la casa de Israel sepa con absoluta seguridad, que a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo [Mesías o Ungido]".

Miles se sintieron impresionados por el poder del Espíritu que acompañó al mensaje del apóstol Pedro, y se convirtieron al Señor. Pero muchos más terminaron en los días siguientes oponiéndose. Los apóstoles persistieron en vindicar el Nombre de Jesús en Jerusalén, hasta que los hijos de los que habían entregado al Señor siguieron la conducta obstinada de sus padres. Dios decidió, entonces, entregar la ciudad de Jerusalén a los romanos para que la destruyesen. Así fueron dispersados los discípulos para contar la historia de la humillación y exaltación del Señor hasta lo último de la tierra.

Veamos algunas declaraciones del apóstol Pablo. Dijo de Jesús que:

Heb 1:3úp; 8:1-2: "Después de efectuar la purificación de nuestros pecados, *se sentó a la diestra de la Majestad* en las alturas".

"Lo principal de lo que venimos diciendo es que tenemos un Sumo Sacerdote que *se sentó a la diestra del trono de la majestad* en el cielo; y es ministro del Santuario, de aquel verdadero Santuario que el Señor levantó, y no el hombre".

En su revelación a su último discípulo con vida, desde lo alto del cielo, Jesús mismo volvió a afirmar esa gran verdad, diciéndole:

Apoc 3:21: "*Me senté con mi Padre en su trono*".

2. Lo que significa sentarse a la diestra de Dios

[¿Qué significado da la Biblia a la expresión, "sentarse en el trono" y, la "diestra de Dios"? ¿Implicaba que el príncipe o rey debía estar siempre sentado? (1 Rey 2:12; Sal 16:8,11; 89:19-24; Mat 28:18)].

"Sentarse sobre el trono". El acto de sentarse en el trono no significaba estatismo. Ningún rey quedaba amarrado día y noche a su trono. Tenía sus horas para dormir, para atender la gente, para supervisar la obra que llevaba a cabo en el país, y hasta para salir a librar las batallas de su reino contra los poderes enemigos que querían venir a derrocarlo. Esto se dio con todos los reyes de Israel.

1 Rey 2:12: "Y Salomón *se sentó en el trono de David* su padre, y su reino fue firme en gran manera".

De manera que, el acto de sentarse sobre el trono de un padre que había reinado antes que él, implicaba *tener derecho* a ese trono, pasaba a *pertenecerle*. Ese trono *era ahora suyo*. Ningún otro iba a ocuparlo mientras viviese, a menos que lo delegase en un hijo en contextos de corregencia, cuando se volviese viejo, como fue al principio en el caso de Salomón y en otros reyes sucesivos. Pero en el caso de Dios en los cielos, no habría sucesión, porque Dios no muere como los hombres. Por esa razón, *su Hijo se sentaría a su diestra para reinar juntamente con él.*

La "diestra de Dios". La mayoría de la gente siempre fue "diestra", es decir, no "zurda". La espada, la azada, la escoba, el lapicero para escribir, por regla general se los usa con la mano derecha. Hasta los tiempos modernos, si el niño era zurdo, se lo obligaba a escribir con la derecha. Dejó de exigirse a todo el mundo escribir con la derecha cuando se vio los trastornos que podían darse en los pequeños, entre ellos incluso la tartamudez.

Bueno, en el mundo antiguo, que sepamos, no siempre se obligó a la gente a ser "diestra". En la época de los jueces de Israel, por ejemplo, hubo 700 zurdos que "tiraban una piedra con la honda a un cabello, y no erraban" (Juec 20:16). Sin embargo, todos sabían que la fuerza de un guerrero, de un hombre, estaba por regla general en su "diestra". El brazo derecho era el símbolo general del poder de un hombre. Hasta hoy, cuando crecen y se hacen grandes, juegan los muchachos al braceo, que consiste en sentarse,

apoyar el codo sobre una mesa, tomarse las manos, y probar quién puede torcer el brazo del otro.

La Biblia usa, a menudo, la palabra "cuerno", que las versiones modernas suelen traducir por "fuerza", "orgullo", "poder", teniendo en cuenta que el símbolo de poder entre los animales domésticos descansaba en su cuerno (Sal 18:2; 75:4-5,10; 89:17,24; 92:10; 112:9; 132:17; 148:14; Miq 4:13). Si el cuerno del animal se quebraba, quedaba indefenso ante los demás animales que lo rodeaban. De allí que se comparaba la fuerza del cuerno con la fuerza del brazo, que podía quebrarse ante el poder de los enemigos (Jer 48: 25; Lam 2:3).

A la luz de estos ejemplos, podemos entender por qué los escritores bíblicos usaron la expresión "diestra de Dios", para hablar de la "fuerza de Dios", de su poder para salvar, como siendo mayor que el brazo de los reyes enemigos (Sal 20:6[7]; 44:3[4]). También la usaron para hablar del poder sostenedor de Dios (Sal 18:35[36], de su poder para castigar o juzgar (Ex 15:6; 15:12; Sal 21:8[9]; 77:10[11]). La figura del brazo omnipotente divino servía también para exaltar sus atributos y aclamarlos en relación con el fundamento de su trono (Sal 89:13-14[14-15]). La justicia y el juicio del trono de Dios, contrastaban así con la "diestra mentirosa" de los tronos enemigos (Sal 144:8).

¿Ubicación espacial? Llama la atención que en un mismo salmo, David se refiriese a Dios como estando a su diestra, y al mismo tiempo diese a entender que él mismo, como rey, estaba a la diestra de Dios, donde encontraba deleites eternos.

> **Sal 16:8,11:** "Al Señor he puesto siempre ante mí, porque *está a mi diestra*, no seré conmovido... En tu presencia hay plenitud de gozo, delicias *a tu diestra* para siempre".

¿Puede alguien, geográficamente, estar a la diestra de otro, y ese otro al mismo tiempo a su diestra? ¡Por supuesto que no! David no moraba en el cielo, ni tampoco tenía su palacio en el santuario terrenal. Pero al sentarse sobre el trono que Dios le dio en Jerusalén, implicó que se sentó sobre el trono que, en realidad, pertenece al Eterno. Esto se ve claramente en la manera en que la Biblia narra la vez en que Salomón se sentó sobre ese trono: "Y *se sentó Salomón por rey en el trono del Eterno*, en lugar de David su padre" (1 Crón 29:23; cf. 1 Rey 2:12).

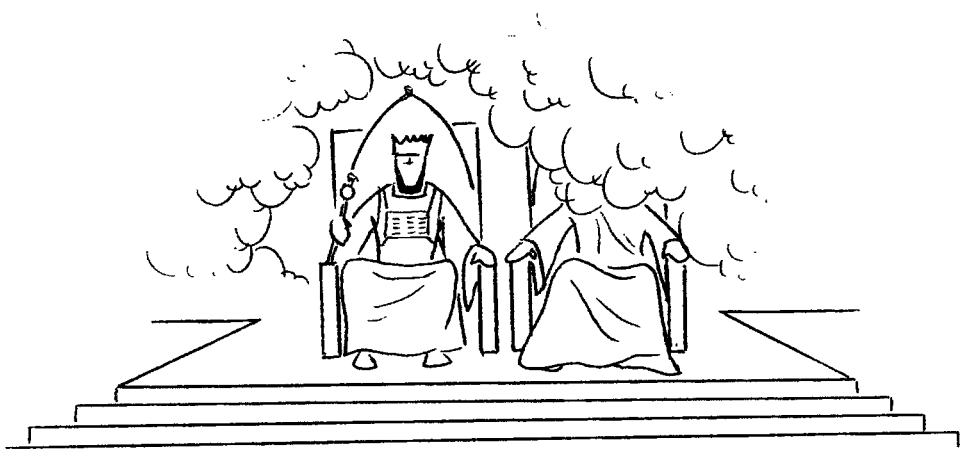
Vemos así que, el sentarse *sobre el trono* de Dios, *a su diestra*, significaba contar con todo el poder de Dios para hacer su voluntad. David, como sus hijos si eran fieles, contarían con la fuerza de Dios para librar las batallas del Señor y abatir el brazo de sus enemigos (Sal 80:17[18]).

> **Sal 89:19-24:** "Una vez hablaste en visión a tus santos, y dijiste: '*He puesto el poder* de socorrer a un valiente, *exalté* a un elegido de mi pueblo. Hallé a David mi siervo, y lo ungí con mi óleo santo. *Mi mano será firme* en su favor, *mi diestra* también *lo fortalecerá*. ¡Ningún enemigo lo avasallará, ni el

malvado lo humillará! Yo quebrantaré ante él a sus enemigos, heriré a quien lo aborrece. Mi fidelidad y mi amor estarán con él, y *en mi Nombre será exaltado su poder* [cuerno]".

Vemos, así, que el acto de sentarse a la diestra de Dios significaba *ser investido con todo el poder y la autoridad de Dios para hacer su voluntad.* En el caso del Hijo de Dios, Cristo Jesús, ese acto de sentarse a la diestra de Dios iba a implicar una obra que, en sus diferentes etapas, otorgaría la salvación y redención eternas, y culminaría con la destrucción de todos sus enemigos. Al sentarse a la diestra de Dios, ocupaba una posición de honor y de poder que ningún ángel tuvo jamás.

Heb 1:13: "Y, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: '*Siéntate a mi diestra,* hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies'?"



Aunque sentarse a la diestra de Dios pudiese significar en Cristo una dimensión espacial por llevarse a cabo ese acto en el mismo cielo, no necesariamente debía implicarse que el Hijo estaría todo el tiempo sentado a su lado. De hecho, la primera visión de Juan en el Apocalipsis lo ve entre los candelabros del lugar santo, sin visualizar ni mencionar a su Padre.

¿Qué dio a entender el Señor con respecto a este acto inaugural de sentarse a la diestra de Dios? Que nos ha facultado con todo el poder de Dios que él mismo recibió de su Padre, para llevar a otros el mensaje de su victoria sobre el pecado y el enemigo de Dios y del hombre, para honrarlo y vindicarlo contra toda la furia y odio que pueda levantar el diablo contra él y contra sus seguidores. ¿Vamos a temer al mundo, si el Señor une su diestra a nuestra diestra para que cumplamos su voluntad, su misión de salvar a los que perecen? Nunca debemos olvidar que las órdenes divinas son poder, facultad, capacidad para cumplirlas.

3. Sentado aún durante el primer siglo

[¿En qué posición figuraba oficiando Jesús, algunas décadas después de haber sido entronizado en el templo celestial, según los apóstoles? (Rom 8:34;

Col 3:1; 1 Ped 3:22)].

Los apóstoles siguieron visualizando a Jesús sentado a la diestra de su Padre durante todo su ministerio en el primer siglo. Ellos contemplaban la posición de su Sumo Sacerdote en sus días como la de alguien que ocupaba el más alto grado de honor a la diestra de Dios, y contaba con todo el poder divino para salvar al que buscase refugio en él, ya que todo el universo le fue sujetado.

1 Ped 3:22: "Quien, habiendo subido al cielo, está a la diestra de Dios. A él están sujetos ángeles, autoridades y potestades".

Rom 8:33-34: "¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, e intercede por nosotros".

El Hijo de Dios debía cumplir una misión de intercesión sacerdotal, sentado a la diestra de Dios, en el santuario celestial (véase Heb 7.25; 8:1-2). Esa posición tiene que ver con la puesta en marcha de un reino que continúa ejerciéndolo, décadas más tarde, sobre sus apóstoles y su iglesia. Los apóstoles no vieron una corte sentada en esas declaraciones, sino sólo al Padre y al Hijo sobre el trono de la Deidad, cumpliendo con su tarea de reinar. De él dijo el apóstol Pablo en:

1 Cor 15:25: "Porque *él debe reinar* hasta poner a todos sus enemigos bajo de sus pies".

Heb 10:12-13: "Pero Cristo, habiendo ofrecido para siempre un solo sacrifico por los pecados, *se sentó a la diestra de Dios*. Desde entonces está esperando que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies".

En estos pasajes se dice que él va a poner a todos sus enemigos bajo sus pies, y al mismo tiempo que está esperando que sean puestos por estrado de sus pies. Esto nos muestra que, aunque al sentarse a la diestra del trono de su Padre, recibió todo poder en el cielo y en la tierra, retuvo su mano para no ejercer ese pleno poder hasta el final. Está esperando cumplir primero, todo el plan que en los concilios eternos la Trinidad trazó para redimir al mundo en caso de que éste cayese (Ef 1:4-5).

Cuando el Padre, quien tiene "en su sola potestad" la determinación del día y la hora del regreso de su Hijo (Hech 1:7), determine que ha llegado el tiempo, entonces todos los que rechazaron la buena noticia de su victoria contra el usurpador de este mundo, y se enarbolaron bajo el bando de la rebelión, le serán sometidos bajo sus pies con el aval completo de la corte celestial (Apoc 14:14,20; 16:5-7; 19:1-4). Los que, aquí en la tierra, habrán recibido con gozo la buena noticia, y puesto del lado del Señor en su lucha contra el mal, venciéndolo por su sangre y por el testimonio que les confió (Apoc 12:12), verán entonces también a "Satanás bajo" sus "pies" (Rom 16:20). De allí que el Apocalipsis dice de ellos que serán "reyes y sacerdotes con Cristo" Jesús (Apoc 20:6).

Col 3:1: "Así, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, *don-*

de está Cristo sentado a la diestra de Dios".[1]

¿Qué más podíamos pedir? ¿Qué más se nos podía ofrecer? ¡Contar con un "Ungido" en el cielo que se sentó a la diestra de Dios y tiene todo poder en cielo y tierra para "hacernos más que vencedores en Cristo Jesús" (Rom 8:37)! ¿No es este un motivo más que suficiente para agradecer a Dios, y para volvernos más celosos en compartir con otros tan grandiosa noticia? ¿No hay tanta gente que sufre sin saber que no está sola, a la que hay que enseñarle que puede buscar con confianza "las cosas de arriba", sabiendo que nada de lo que necesite para vencer le va a faltar, sino que le será suplido abundantemente?

4. Cambio anticipado en la postura del futuro sacerdocio

[Contrariamente a los sacerdotes terrenales que oficiaban en el lugar santo "delante de Dios" (Lev 4:17-18), ¿cómo oficiaría Jesús en el lugar santo del templo celestial? (Zac 6:13)].

Una empresa decidió cierta vez, hacer un estudio de la manera en que la gente trabajaba. Descubrió que, los que se sentaban y buscaban encontrar una posición cómoda, eran los que a la postre rendían más. Como resultado decidió tomar nota de la postura que tenían, y recomendarla a todos los trabajadores para los diferentes tipos de trabajos que hacían.

Gente no civilizada, sin embargo, no siempre entiende esta manera de razonar de los hombres modernos. "Son cómodos los blancos", decía cierta vez un indígena del Perú. Al verlos andar en bicicleta agregó: "Hasta para caminar van sentados". Pero no se trata de comodidad, sino de utilidad, de funcionalidad. Así también, el hecho de que Jesús se hubiese sentado a la diestra de Dios, no significa que el propósito de su posición es comodidad y estatismo. Debía cumplir al lado del Padre una función que reflejase conjuntamente realeza y mediación.

Algunos autores modernos parecieran razonar como esos indígenas sorprendidos, que no entendían el verdadero propósito de la bicicleta. Han argumentado que la posición de sentado no es la de un oficiante y, por consiguiente, concluyen que Cristo habría delegado su sacerdocio a los sacerdotes romanos. Pero, ¿dónde hay una afirmación tal en la Biblia? En ningún lado. La Biblia condena cualquier otro sacerdocio que pretenda establecerse sin la determinación divina (Heb 5:4-5), y condena por adelantado todo sacerdocio que pretenda reproducir el sacrificio de Jesús, declarando categóricamente que no es repetible (Heb 10:10,12,14). El único altar que tenemos es el del Señor en el santuario celestial (Heb 13:10-12,15; véase Apoc 8:4). Dios dijo claramente, según ya vimos, que tendría un sacerdote que oficiaría sentado a

[1] En Hech 7:55-56, Esteban ve, al morir, a Jesús de pie a la diestra de Dios. E. de White dice que "vio la gloria de los atrios de Dios y a Cristo que se levantaba de su trono como para sostener a su siervo" (*HA*, 82-3). Con ese movimiento representó delante de Esteban y de todos los que recibiesen su testimonio, lo que hará al final, al levantarse para interceder de pie por él y por todos los justos, delante del Padre y del concilio celestial en el juicio final.

su lado (Heb 8:1-2), y declaró enfáticamente que no delegaría su *mediación única* a otros.[2]

> **1 Tim 2:5-6:** "Porque hay un solo Dios, y *un solo Mediador* entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, que se dio a sí mismo en rescate por todos".

Otra inferencia que algunos han hecho en base a que Jesús oficia sentado, es que el ministerio de Jesús en el cielo no tendría nada que ver con lo proyectado en el santuario terrenal. Para responder a cuestionamientos de esta naturaleza, el apóstol Pablo debió explicar que la "sombra" o "símbolo" o "figura" del templo celestial construida en la tierra no es perfecta (Heb 8: 5-7; 9:9-11). Por lo tanto—razonó el apóstol—Dios anticipó ya en el Antiguo Testamento los cambios que iban a requerirse en el nuevo régimen celestial. Únicamente sobre la base de la anticipación profética determinada por Dios, podría percibirse una modificación entre el símbolo terrenal y la realidad celestial.

El futuro sacerdote, por ejemplo, no provendría de la tribu de Leví, sino de la tribu de Judá, y se sentaría como sumo sacerdote a la diestra de Dios, tal como lo había anunciado de antemano el rey David (Heb 5:6; 7; cf. Sal 110:1,4). Tampoco ofrecería sacrificio de animales, sino su propio cuerpo, según lo que David también había anunciado (Heb 10:4-14; cf. Sal 40:6-8).

La profecía de Zacarías

Además de David, Zacarías anunció igualmente un cambio de postura en la mediación sacerdotal del futuro Mesías. Veamos el pasaje en detalle, a la luz de una traducción personal literal que haremos. Zacarías toma a Zorobabel [descendiente de David] y al sumo sacerdote Josué [descendiente de Aarón], como figuras o símbolos del ministerio que se llevará a cabo en el Nuevo Templo. El texto rinde así:

> **Zac 6:11-13:** "Harás coronas, y pondrás [una][3] sobre la cabeza del sumo sacerdote Josué..., y le hablarás diciendo: 'Así ha hablado el Eterno de los ejércitos, diciendo: 'He aquí un hombre que tiene por nombre Germen [Retoño]. Germinará [retoñará] de debajo de él, y construirá el Templo del Eterno. El construirá el Templo del Eterno y llevará gloria [la majestad real].

---

[2] Véase A. R. Treiyer, *Los Cumplimientos Gloriosos del Santuario*, lección 5 y 7, donde considero en detalle estos aspectos. El sacerdocio católico romano no existió, como lo reconocen los teólogos católicos actuales, hasta tres siglos después de Cristo. Siendo que los paganos romanos reclamaban a los cristianos que no tenían ni altares ni sacrificios, éstos terminaron interpretando el servicio de Santa Cena como un sacrificio. Fue la época también en que el sábado bíblico se cambió al domingo (día del sol pagano), el día del nacimiento del sol por el de la Natividad, etc. Así fue que nació la Misa Romana, y no se instauró definitivamente hasta el S. VI. Hay que tener cuidado, porque la Biblia dice claramente que "nadie toma para sí esa honra, sino el que es llamado por Dios", y los que se auto atribuyeron un honor tal, fueron quemados (Núm 16).

[3] Siendo que "coronas" está en plural, y el verbo en singular, la profecía sugiere que una corona se pone sobre la cabeza de Josué. La otra corona que se esperaba poner sobre Zorobabel es dejada para una ocasión futura. Véase n. 5.

> Se sentará y gobernará [reinará o dominará] sobre su trono, y será sacerdote sobre su trono,[4] y hay [habrá] un Concejo de paz entre ambos".

Tengamos en cuenta el contexto histórico y el juego de palabras que usa este pasaje. Zorobabel fue quien construyó el templo al regresar del exilio babilónico, y su nombre significa "Semilla" (*zera'*). Por otro lado, el término *semah*, "Germen", "Retoño", o "Semilla", que aparece en este pasaje, fue acuñado por los profetas para referirse al futuro Mesías que sería descendiente de David (Sal 132:17; Isa 4:2; Jer 23:5; 33:15; Zac 3:8; véase 2 Sam 7:12-14), como Zorobabel (Ageo 2:22-23). Lo que Zorobabel está haciendo al construir el Templo del Eterno, lo va a hacer también un descendiente que retoñará o germinará de Zorobabel, cumpliendo al mismo tiempo un papel sacerdotal como el de Josué, según un "Concejo de Paz" establecido entre él y el Eterno.

Zorobabel no era el Mesías futuro que Dios había prometido a David, sino un eslabón más en la línea genealógica y simbólica del verdadero Hijo de David que debía venir. Más allá de la obra de Zorobabel al reconstruir el templo antiguo de Jerusalén, un descendiente suyo al que Zacarías llama "Germen" o "Retoño", construiría el verdadero templo, el definitivo (véase Heb 3:3; 8:2).

Lo que sorprende a los exégetas del texto hebreo es que Josué, el sumo sacerdote, recibe en este contexto, una corona (Zac 6:11). Sin embargo, la profecía está claramente diciendo que un descendiente de Zorobabel reinará sobre el trono de Dios (véase 1 Crón 29:23; Sal 110:1,4). Pero también declara que, a diferencia de David, el futuro Mesías reinará sobre ese trono como sacerdote.[5] El propósito del pasaje es, por consiguiente, revelar el futuro sacerdocio real del Mesías, llamado "Germen", que estaba representado en aquel entonces por dos instituciones diferentes (la de Aarón [Josué aquí] y la de David [Zorobabel aquí]), en base a un pacto hecho entre el "Germen" y el Eterno. Al mencionar únicamente la corona sobre el sumo sacerdote pone el énfasis en la primera parte de su misión que tiene que ver con un reino sacerdotal.

E. de White vio en este pasaje de Zacarías otro testimonio que anticipaba un cambio en la postura del sacerdocio en el santuario celestial, si se lo com-

---

[4] "A su diestra" (griego); "sobre su trono" (hebreo). Ambas traducciones reflejan una misma verdad, ya que el sacerdote comparte el trono del rey en este caso. En su proyección neotestamentaria, el Hijo comparte el trono de su Padre (véase Heb 1:8; cf. Sal 45:6; Apoc 3:21).

[5] Algunas versiones que siguen el texto hebreo corrigen el plural por el singular en el término "coronas", debido a que se coloca una corona sobre Josué. Pero el texto parece reservar la otra corona para una ocasión futura, cuando el Mesías no sería más sacerdote (véase *CS*, 468). Esto tiene una confirmación en los reinos consecutivos que asume el Hijo de Dios después de su resurrección. En la inauguración del templo celestial fue coronado como Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedeq (Heb 2:9; 5:5-6; 7:21). Pero en la conclusión de ese reino sacerdotal, será coronado como el prometido Rey Davídico (del cual Zorobabel es descendiente) sobre la Nueva Jerusalén (Dan 7:14,18,27; Apoc 11:15-19; 14:14; véase Mat 25:31; Luc 19:11-12,15; Hech 1:6-7).

para con el terrenal. El Mesías prometido iba a ejercer su sacerdocio sentado a la diestra de Dios, sin estar separado del Padre por una puerta o cortina durante todo su ministerio en el templo celestial (*CS*, 468). Ya bien al comienzo de su llamado profético, describió la siguiente visión: "Vi un trono, y sobre él se sentaban el Padre y el Hijo" en el lugar santo del santuario celestial (*PE*, 54). Esto no debía implicar, como ya vimos, estatismo o inmovilidad. Podía incluir al Hijo oficiando entre los candelabros (Apoc 1-3) y sobre el altar del incienso (Apoc 8:3-5). Pero se lo presenta ligado al Padre en su trono para resaltar su autoridad para reinar como Rey-Sacerdote.

***Excursus.* Correspondencia tipológica y contraste profetizado**

Es llamativo el hecho de que el Espíritu de Profecía *respetó la tipología con respecto al lugar del ministerio celestial de Jesús* (el lugar santo), *pero recurrió a las profecías para explicar los contrastes* (oficiaría sentado en el lugar santo, no de pie). ¿Por qué ubicó E. de White el trono de Jesús en el lugar santo para la primera parte de su obra mediatorial? Porque ése era el lugar donde estaría oficiando por nosotros, según lo que los sacerdotes hacían en el primer departamento del santuario terrenal en el Antiguo Testamento. ¿Por qué lo vio sentado durante ese tiempo a la diestra de su Padre? Porque los profetas anunciaron un cambio que tendría lugar en relación con su posición (ahora sentado), sobre un trono de Dios en el lugar santo.

Los sacerdotes en el santuario terrenal no oficiaban sentados. No había un trono en el lugar santo. Pero en el santuario celestial del nuevo pacto Dios había anticipado mediante sus profetas que en ese punto, sería diferente.

Guardemos en mente este principio. *No hay cambio en tipología en lo que respecta al lugar y al tiempo de ministerio. Hay cambio, sin embargo, en la posición del sumo sacerdote durante su oficio sacerdotal en el lugar santo, que se sienta sobre un trono a la diestra de Dios.* Esto es importante porque nos muestra que *no tenemos que mudar los lugares y ocasiones proyectadas tipológicamente por el ministerio del santuario terrenal.* Siendo que la inauguración terrenal se efectuó en el lugar santísimo, con la gloria de Dios descendiendo sobre ese templo luego del ungimiento de sus muebles, así también debía ocurrir en la inauguración celestial (Exod 30:26-30; 40; Lev 8-9; Hech 2). Siendo que se llevaba a cabo el *tamid* en el lugar santo (Lev 24:1-4), así también debía ocurrir con el *tamid* celestial. Siendo que la conclusión del ministerio terrenal se daba en el lugar santísimo (Lev 16), así también debía ocurrir en la conclusión de su ministerio celestial.

A) De acuerdo a la tipología en espacio y ocasión

a) Inauguración en el lugar santísimo. ¿Dónde iría el Señor en la inauguración? Al lugar santísimo, para ungir los muebles del santuario celestial como Moisés lo había hecho en el santuario terrenal, según lo anunciaba,

además, la profecía de Dan 9:24 (*qodesh qodashim*: "lugar santísimo"). Cuando la gloria de Dios entró finalmente al lugar más interior del santuario, el pueblo que esta afuera vio la gloria de Dios, y se postró en alabanza y oración (Lev 9:23-24). Lo mismo ocurrió cuando se completó la inauguración del santuario celestial. Los discípulos recibieron el fuego del Espíritu Santo luego que su Señor fue entronizado en el cuarto más interior del santuario celestial (Hech 2:2-4).

E. G. White: "*El tipo se encontró con el antitipo en la muerte del Hijo de Dios.* El Cordero de Dios, muerto desde la fundación del mundo, está muerto. *El camino al lugar santísimo está abierto.* Un nuevo y vivo camino, que no tiene velo en medio, se ofrece a todos" (12 *MR*, 416). "Mediante el rasgamiento del velo del templo, Dios dijo, no puedo revelar más mi presencia en el lugar santísimo [del templo terrenal]. *Un nuevo y vivo camino, delante del cual no cuelga velo*, se ofrece a todos [en el templo celestial] (*SDABC* V, 1109).

"*El derramamiento pentecostal fue la comunicación del cielo de que la inauguración del Redentor se había efectuado.* Según su promesa había enviado el Espíritu Santo del cielo a sus seguidores como prueba de que había recibido, como sacerdote y rey, toda autoridad en el cielo y sobre la tierra, y era el Ungido sobre su pueblo... Cuando Cristo pasó *dentro de las puertas celestiales*, fue entronizado entre la adoración de los ángeles. *Tan pronto como esta ceremonia se completó, el Espíritu Santo descendió sobre sus discípulos*" (*AA*, 38).

[Véase más detalles en *A Summary of the Heavenly Ministry...*, in www.tagnet.org/distinctivemessages].

b) El tamid *en el lugar santo.*

E. G. White: "Tal era el servicio que se efectuaba 'como ejemplo y sombra de las cosas celestiales.' *Y lo que se hacía en tipo en la ministración del terrenal, se hace en realidad en la ministración del celestial. Después de su ascensión*, nuestro Salvador comenzó su obra como nuestro sumo sacerdote... *En armonía con el servicio típico, comenzó su ministración en el lugar santo...*" (4*SP*, 265).

c) La conclusión de su oficio sacerdotal en el lugar santísimo.

E. G. White: "Cristo había venido, no a la tierra como lo esperaban sino, como estaba *prefigurado en el tipo*, al lugar santísimo del templo de Dios en el cielo. El está representado por el profeta Daniel como viniendo al Anciano de Días (*GC*, 424). "*Así como se lo representaba en tipo, y predecía en las Escrituras, Cristo entró en el momento señalado al lugar santísimo del templo de Dios en el cielo.* El está representado por el profeta Daniel como viniendo en ese momento al Anciano de Días" (*SW*, 01,24,05, 1).

B) Un contraste—sentado en el lugar santo sobre un trono—anticipado por la profecía

Una confusión creada por algunos adventistas en relación con la correspondencia tipológica entre el santuario terrenal y el celestial, el apóstol Pablo la encontró ya en sus días entre los conversos judíos. Hay correspon-

dencias, pero también diferencias. ¿Cómo explicar las diferencias?[6] Pablo nos dio la orientación debida bajo la inspiración divina. Explicó que Dios había anticipado proféticamente algunos cambios, debido a que la "sombra" o "símbolo" del santuario terrenal era deficiente. No podía representar completamente la realidad celestial (Heb 7:18; 8:5-7; 9:9-10).

El Sal 40 predijo, por ejemplo, que en lugar de sacrificios de animales, el Mesías Hijo de Dios iba a ser sacrificado (Heb 10:1-10). El rey David predijo que el sumo sacerdote del nuevo pacto no provendría de Leví o de Aarón,

---

[6] Se ha buscado un soporte bíblico para ubicar el trono de Apoc 4-5 en el lugar santo, en algunas pocas historias de cuando la gloria de Dios se movió dentro del santuario, más definidamente, en Ex 33:9 y Eze 9:3. Pero en Ex 33:9 encontramos una tienda provisoria que se levantó antes de construirse el tabernáculo según el modelo que se le mostró a Moisés en el desierto. No había un arca todavía en esa tienda, ni muebles y, por consiguiente, tampoco dos lugares. No se había ordenado un sumo sacerdote o sacerdotes para oficiar en su interior. Además, el hecho tuvo que ver con una situación especial que se produjo por la rebelión del pueblo, que llevó a Moisés a poner la tienda provisoria fuera del campamento. En otras palabras, esos relatos ocurrieron antes de la inauguración del modelo de las realidades celestiales (véase Ex 25:8,40; Heb 8:1-5).

En Eze 9:3 se muestra el retiro de la gloria de Dios del templo terrenal, en un contexto de juicio equivalente al que se dará al final, cuando el Señor y sus ángeles se retiren del santuario celestial, de tal manera que nadie pueda entrar hasta que las siete postreras plagas se derramen sobre la tierra (Apoc 15:5-8; véase Eze 10:4). La sección entera de Eze 1-10 tiene que ver, a su vez, con el juicio investigador del Señor a su pueblo en Jerusalén, en el microcosmos del antiguo mundo. El trono móvil que vemos allí muestra la venida del Señor de su templo celestial a su templo terrenal, para una obra de juicio. Podríamos decir que el movimiento se produce del lugar santísimo del santuario celestial al lugar santísimo del templo terrenal. No se rompe la tipología, sino que se la confirma. De todas maneras, en Apoc 4-5 no vemos un trono móvil, porque se trata del templo celestial, no de una sombra que necesita confirmación celestial.

Otro texto que se ha traído a colación para justificar un trono en el lugar santo es el de Deut 31:14-15. Tiene que ver con la transferencia de liderazgo de Moisés a Josué [este último no podía ir al lugar santísimo]. Pero tal evento no tiene nada que ver con el ministerio celestial, porque Jesús no muere, sino que "vive siempre para interceder" por su pueblo (Heb 7:25). De esta manera, no tenemos que estar expectantes de un cambio de ministro en la realidad celestial. Nuestro Sumo Sacerdote "debe permanecer en el cielo hasta el tiempo de la restauración de todas las cosas, que Dios prometió de antemano a través de sus santos profetas" (Hech 3:21).

Encontramos otras ocasiones en las que la gloria de Dios se apareció afuera del templo, ante el pueblo, para una obra de juicio, representando el tiempo en que Dios aparecerá delante del mundo para ejecutar el juicio final. No se dice tampoco nada acerca de un cambio de posición del trono de Dios en tales ocasiones. ¿Por qué debían tales hechos esporádicos romper el claro modelo que nos dejó el Señor en el santuario que se construyó para mostrarnos lo que iba a tener lugar en el templo celestial del nuevo pacto?

Otro intento de encontrar una correspondencia tipológica de un trono en el lugar santo propone considerar la mesa de la presencia como símbolo de un trono. Pero de nuevo, no hay soporte bíblico para una propuesta tal. Una mesa no es un símbolo de una silla. Véase A. R. Treiyer, *The Day of Atonement and the Heavenly Judgment. From the Pentateuch to Revelation* (1992), 476-9; *La Crisis Final en Apoc 4 & 5* (1998), 124-6. Hay que enfatizar de que no hay necesidad de encontrar un trono en el lugar santo en la época del Antiguo Testamento. Los profetas lo anunciaron para el templo del nuevo pacto como uno de los contrastes anticipados por Dios.

sino de David (Heb 7, cf. Sal 110:1,4). Siendo que los sacerdotes terrenales eran "débiles" y pecadores que morían (Heb 7:23,27-28), no podían oficiar regularmente delante de Dios sin velos o puertas que los cubriesen (Lev 16: 1-2). Pero el cuadro iba a cambiar cuando el prometido Mesías viniese con un "sacerdocio inmutable" y "perfecto" (Heb 7:24,28). El podría oficiar regularmente a la diestra de Dios según lo predicho por David (Sal 110:4) y Zacarías (Zac 6:12-13), sin velos o puertas que los separasen. De hecho, Zacarías anunció que, a diferencia del sumo sacerdote en el orden terrenal, el Mesías del nuevo orden sería "sacerdote sobre su trono" (6:12). Así, durante todo su ministerio en el lugar santo, el Padre estuvo al lado del Hijo en un trono que se estableció en ese lugar.

¿Dónde está la profecía que dice que en lugar de oficiar en el lugar santo, como estaba anticipado en el ritual simbólico, el Hijo oficiaría siempre en el lugar santísimo? No hay tal profecía. Esto debiera precavernos de imaginarnos cambios que cuadrarían mejor con nuestra cultura o ideas particulares acerca de cómo se dan las cosas en el cielo. Tenemos que aceptar los límites impuestos por la revelación divina con respecto a lo que es lo mismo y lo que es diferente entre el antiguo orden y el nuevo.

En lugar de una profecía que anuncia un cambio donde no existen velos ni puertas en el nuevo orden, los apóstoles Pablo y Juan hablaron de velos y puertas en el templo celestial (Heb 6:19; 9:1-12; 10:20). Estos debían abrirse y cerrarse en varios contextos (Apoc 3:7-8; 4:1; 11:19; 15:5). En efecto, si el Padre y el Hijo no habían estado sentados en el lugar santo después de la inauguración del ministerio celestial, en un "reino de mediación", como lo expresaba E. de White, ¿cómo podríamos explicar el hecho de que cuando llega el juicio final, hay movimiento, y Dios se sienta de nuevo sobre su trono? (Dan 7:9-10,13-14).

En la misma línea de Pablo a sus compatriotas confusos, el Espíritu (véase Heb 9:8) guió a su sierva (E. de White) para traer a consideración las profecías del Antiguo Testamento que proyectaban una posición diferente del Señor (sentado), como nuestro sacerdote en el lugar santo (Zac 6:12). Pero no nos dijo prácticamente nada sobre la apariencia de ese trono en el lugar santo. Simplemente declaró, "ví un trono, y sobre él se sentaban el Padre y el Hijo" (*PE*, 54). ¿Por qué no describió el Señor más en detalle ese trono en el lugar santo? Porque quería que no debilitásemos la proyección tipológica del trono sobre el arca en el lugar santísimo. Sería aconsejable, por consiguiente, no transferir al lugar santo las propiedades proyectadas al lugar santísimo.

---

5. La disposición de la corte en el tiempo del fin

[¿Qué cambios se darían cuando se estableciese el tribunal celestial en el fin del mundo, al concluir el Hijo de Dios su ministerio en el lugar santo del santuario celestial? (Dan 7:9-10,26; Apoc 4:2-4)].

Antes que el Señor regresase a la tierra, el Dios del cielo se sentaría en

una corte de juicio en su templo-palacio del cielo. Siendo que este evento está ligado al "tiempo del fin", como lo es la descripción de la "purificación del santuario" celestial (Dan 7:25-26 [cf. 12:7-9]; 8:14 [cf. v. 17,19]), el movimiento que se percibe en la visión de Dios tomando asiento junto con tronos que se establecen, se lo ha interpretado correctamente como una transferencia del ministerio del lugar santo al lugar santísimo. Según vimos ya en la lección anterior, este mismo movimiento se percibe nuevamente en el Apocalipsis cuando se compara la sexta trompeta con la séptima (Apoc 9:13; 11:15-19).

Dan 7:9-10,26: "Mientras yo miraba *fueron puestos tronos*, y *un Anciano de muchos días se sentó*. Su vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura. *Su trono* llama de fuego, y *sus ruedas* fuego ardiente. Un río de fuego salía delante de él. Miles de millares le servían, y millones de millones asistían ante él. *El tribunal se sentó en juicio*, y los libros fueron abiertos... Pero *se sentará el tribunal en juicio*..."

Vimos que en la inauguración del santuario y de sus servicios, aún el lugar santísimo tuvo que ser ungido. Así como la gloria de Dios entró en el lugar santísimo después de ese ungimiento, así también el Hijo de Dios compareció delante de su Padre en ese lugar, para ser coronado en la presencia de los representantes de los otros mundos. Esto ocurrió en el Pentecostés. Una vez que concluyeron los actos inaugurales con ambas puertas abiertas al lugar santísimo, el Padre y el Hijo se establecieron sobre un trono en el lugar santo, en correspondencia con lo que Moisés hizo cuando inauguró el santuario terrenal. La puerta al lugar santísimo se cerró en ambos ministerios para centrarse en la intercesión del lugar santo [véase lección anterior].

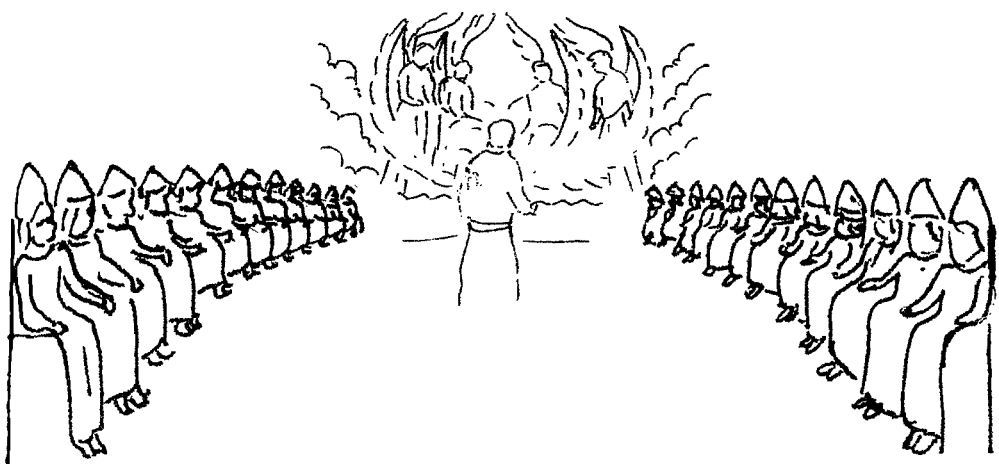
Las epístolas de los apóstoles confirman que Jesús se sentó a la diestra de Dios y, desde entonces, estuvo oficiando como nuestro Sumo Sacerdote, sentado con su Padre en el lugar santo del templo celestial. La obra de intercesión "continua" (*tamid*) se efectuaba, en efecto, en el lugar santo del santuario terrenal (Lev 24:3-4). Si su Padre, el "Anciano de días", estaba sentado con él, ¿cómo es posible que ahora se lo represente como tomando asiento? (Dan 7:9). Esto muestra, por supuesto, que hay desplazamiento de un lugar a otro.

Llega finalmente una época en el futuro en que debe concluirse la obra de mediación sacerdotal, y se produce movimiento en el santuario celestial. Eso tiene lugar en la época del fin, que está marcada por numerosas señales que permitirían al pueblo de Dios conocer los tiempos en los que tendría que vivir. Dios se mueve, se desplaza. Su trono tiene ruedas. Se establecen tronos a su alrededor con el propósito de iniciar una sesión de juicio. Se sientan los jueces y los libros se abren.

E. G. de White: "Vi al Padre levantarse del trono, y en un carro de llamas entró en el lugar santísimo, al interior del velo, y *se sentó. Allí vi tronos que no había visto nunca antes*" (*To the Little Remnant...*, 4-6-1846).

Es digno de notar que *E. de White nunca retrató "tronos" para cuando*

Jesús compareció en la inauguración delante de su Padre. La única descripción de "tronos" que se encuentra en la Biblia, así como en el Espíritu de Profecía, está relacionada con establecimiento de la corte final de juicio (Dan 7:9-10,13-14; Apoc 4-5). Cuando vamos al Apocalipsis, no encontramos allí una visión del Padre y del Hijo sentados juntos. Juan ve la puerta abierta al lugar santísimo, y a Dios y a su corte de ancianos ya sentada para juzgar. Esto se debe a que el libro del Apocalipsis está enfocado en el fin, más definidamente el juicio investigador que se lleva a cabo antes y después de la segunda venida del Señor.



Apoc 4:2-4: "Al instante fui en espíritu, y vi un trono en el cielo, y *uno sentado* sobre él. El que estaba sentado tenía la apariencia del jaspe y la cornalina. Un arco iris, semejante a la esmeralda, rodeaba el trono. Alrededor del trono había otros veinticuatro tronos. Y *sentados* sobre ellos veinticuatro ancianos vestidos de blanco, con coronas de oro sobre sus cabezas".

Apelación

En más de una obra anterior tratamos en detalle el simbolismo de esta visión central del Apocalipsis. Resaltemos aquí un hecho. Un evento de gran trascendencia está por tener lugar en el universo. Se tienen que tomar decisiones solemnes delante de una corte celestial que aparece sentada junto al Juez supremo del cielo. Ya no son el Padre y el Hijo los que se sientan juntos, sino el Padre y el tribunal celestial. Si pudiéramos hacernos una idea de la magnitud de la escena en la que millones de millones de ángeles siguen con atención los hechos que allí se desarrollan, y captásemos que en el centro de la atención está nuestro pobre y pequeño mundo, ¡cuánto más considerados seríamos para con las cosas que tocan a nuestra salvación!

Siendo que la corte celestial toma tan en serio la situación de este mundo, ¿cómo nos considerará a nosotros si no tomamos en serio lo que allí está teniendo lugar? Si se nos ve indiferentes al destino eterno de este planeta que

va a ser decidido ahora, con la determinación de a quién se debe honrar y adorar, ¿habrá posibilidad para nosotros, de ser admitidos en ese concilio celestial? "¡Gracias doy a Dios, por nuestro Señor Jesucristo!" (Rom 7:25). Él es "el autor y consumador de la fe" (Heb 12:2).

Oración. Señor y Dios nuestro que estás en el cielo, a ti venimos conscientes de nuestras debilidades, de nuestra incapacidad de apreciar cuán seriamente trata tu reino nuestros problemas, y cuánto esfuerzo se hace desde allá arriba para afirmarnos en tu salvación. Enséñanos a valorar más y mejor esa obra final de juicio que busca, como primer propósito, redimir a tu pueblo del imperio del mal. Que nunca se aparte de nuestra conciencia la grandeza de tu gloria y de esa corte majestuosa en tu templo, para que no olvidemos ser prudentes y cuidadosos en cada paso que aquí debamos dar. Sabiendo que de ninguna manera podremos recomendarnos ante ti y tu tribunal celestial desde nuestra mísera condición humana, nos confiamos plenamente en los méritos de tu Hijo amado, el único en quien se cifran nuestras esperanzas de vida eterna. En el Nombre de Jesús, **Amén**.

SECCIÓN II

CUANDO LA CORTE SE SIENTE, ¿QUIÉN PODRÁ PERMANECER EN PIE?

Hace unos años atrás me citaron a una corte en Baltimore, USA. Tuvo que ver con la violación a una ley de tránsito. Mientras esperaba que abrieran las diferentes salas de juicio, vino un abogado junto con su cliente y se sentó a mi lado. Algo preocupado por no haberme procurado ningún abogado, le pregunté sobre la naturaleza de los juicios que se efectuaban en esas cuatro diferentes salas. Me respondió, sin vacilar: "Cada sala atiende casos diferentes. Aquella—señalando hacia la puerta a la que me habían citado—es la más grave".

No pude dejar de estremecerme algo porque nunca había sido citado por una corte. Pero tampoco podía aceptar que por algo tan simple como mi violación de tránsito se hiciese tanto espectáculo. Había desconsiderado la notificación en la que se me aconsejaba buscarme un abogado dada la seriedad de mi "crimen", y ahora debía comparecer sin nadie que me defendiese.

Alrededor de cuarenta personas entraron en la sala de juicio, todas convictas de algún problema de tránsito. Me senté bastante atrás para observar cómo se iban a dar las cosas. Tres de esas cuarenta personas entraron con su abogado, y se sentaron a esperar juntas. Cuando el juez se sentó, abrió en primer lugar el legajo de esas personas. Al nombrar a cada uno de ellos, el juez les requería, sucesivamente, que se pusiesen de pie junto con su abogado. *Abogado y culpable debían comparecer de pie delante del juez que permanecía sentado.*

El trámite fue rápido y los convictos, con sus abogados, pudieron irse enseguida. Pensé que el caso se complicaría con toda la mayor concurrencia de

gente que vino sin su abogado, pero para mi tranquilidad el proceso fue igualmente rápido. Cuando el juez mencionó mi nombre, debí ponerme de pie y declarar si era culpable o no. Admití mi falta, pero agregué que había una explicación. Hizo una pausa, mirando algo más cuidadoso el reporte policíaco, y me dijo: "Voy a dejar este legajo abierto por un año. Si se da un nuevo problema, volverá a juicio. De lo contrario quedará nulo. ¿Está de acuerdo?"

La costumbre de *sentarse en juicio* y *comparecer de pie* viene de muy antiguo. La Biblia tiene muchas referencias a esa costumbre de tiempos muy remotos. Si queremos entender la naturaleza de las visiones del cielo que tuvieron los apóstoles, no podemos pasar por alto el mensaje proyectado por esa posición.

6. El sentarse en contextos de juicio

[¿Qué indicaba la posición de sentarse en los ancianos, gobernadores y reyes? (Sal 122:3-4; véase Ex 18:13; Mat 27:19; Juan 19:13; Hech 23:3; 25:6, 17)].

Los reyes podían estar sentados simplemente en su calidad de reyes, como ya vimos, implicando que estaban reinando, o sentarse específicamente en contextos de juicio. Comencemos con la labor de Moisés, el gran legislador. ¿Qué debió hacer para resolver los litigios de su pueblo? Sentarse a juzgar teniendo al pueblo delante de él.

Ex 18:13-14: "Al día siguiente Moisés *se sentó a juzgar* al pueblo. Y el pueblo estuvo ante Moisés desde la mañana hasta la tarde. Cuando su suegro vio lo que Moisés hacía por el pueblo, le dijo: '¿Por qué te sientas tú solo, y todo el pueblo está ante ti desde la mañana hasta la tarde?'"

La expresión, "sentarse en juicio", y sus derivados, aparece un buen número de veces en la Biblia, siempre en relación con la deliberación o toma de decisión referente a una persona o pueblo. "Cuando Pilato *estaba sentado en el tribunal*, su esposa le mandó decir: 'No tengas nada que ver con ese justo" (Mat 27:19; véase Juan 19:13). Pablo se dirigió al sumo sacerdote que debía juzgarlo, diciéndole: "¿Estás *sentado para juzgarme* conforme a la Ley, y contra la Ley me mandas golpear?" (Hech 23:3). En referencia al juicio de Pablo que dirigía el gobernador Festo, Lucas contó que "*se sentó en el tribunal* y mandó traer a Pablo" (Hech 25:6,17).

Es llamativo, en este contexto, el hecho de que cuando una ciudad tenía un rey justo, la gente subía hacia esa ciudad "para alabar el Nombre de Dios" (Sal 122:4). ¿Quién no va a admirar y reconocer el valor de la justicia en un reino o ciudad tal? David fue considerado como rey justo por su pueblo, y contaba con un concejo de ancianos para asesorarse. En ocasiones especiales esos ancianos también se sentaban sobre tronos juntamente con él, y la decisión final pesaba sobre toda la corte. La gente se regocijaba y alababa a Dios por los juicios que allí se llevaban a cabo.

Sal 122:4-5: "Allá *suben* las tribus del Señor, conforme al testimonio dado a Is-

rael, *para alabar* el Nombre del Señor. Porque *allí están los tronos del juicio, los tronos de la casa de David*".

El día debía llegar en que también el Juez supremo del universo se sentase con su corte de "ancianos" para tomar una decisión final con respecto a este mundo, y a los que se les dio la oportunidad de vivir en él (Isa 24:23). Una vez completada esa tarea de juicio investigador, y determinada la sentencia para cada cual, la corte celestial cerraría su gestión para dar lugar a la ejecución del juicio tomado.

7. La corte de ancianos y su función en el antiguo Israel

[¿Quiénes se sentaban antiguamente en juicio, y qué determinaban ellos con respecto a la ciudad que representaban? (Jos 20:4; 1 Crón 11:3; véase Mat 5:22)].

El gobierno de los jóvenes y de las mujeres era mirado, en el mundo antiguo, como símbolo de inestabilidad, desequilibrio e injusticia (Isa 3:12; cf. 1 Rey 12:8; Est 1:15-22). Era obvio que, para imponerse ante los viejos que gobernaban en aquella época, tanto los mozos como las mujeres debían volverse, en principio, más que leones (véase 2 Rey 11: Atalía; 1 Rey 16:29ss: Jezabel). Aún en nuestra época moderna, los nombres de Margaret Tatcher (Inglaterra), Indira Ghandi (India) y Golda Meir (Israel), fueron considerados, en su momento, como "mujeres machistas" que presidieron sus respectivos países con mano de hierro.

¿Qué se requería para dejar en la gente una imagen de respeto, seriedad y estabilidad en las cortes de juicio? Que los jueces fuesen "ancianos". Además del tribunal central que se sentaba en juicio en la capital del reino, Jerusalén (Sal 122:4; véase 1 Rey 12:6-8), existían en cada ciudad de Israel cortes de juicio menores compuestas por los ancianos más respetables de la ciudad (2 Crón 19:5,8). En la época de los apóstoles, tales cortes tenían un quórum mínimo de 23 ó 24 miembros (el número 23 reflejaba la búsqueda de un número impar, algo innecesario para la corte del cielo en donde sólo el 100% de los votos cuenta). Eran "sanedrines" que tenían por objeto juzgar al pueblo. "Sanedrín" (*synedrion*) es una palabra griega que significa "lugar de los que se sientan juntos". Esto es lo que vemos reflejado, sorprendentemente, en la visión central del juicio en Apoc 4, y que guarda relación con la advertencia de Jesús en el sermón del monte, de tener que hacer frente, algún día, a un sanedrín celestial. Leamos:

Mat 5:22: "Pero yo os digo, cualquiera que se enoje con su hermano, será culpado del *juicio*. Cualquiera que diga a su hermano: 'Imbécil', será culpado ante el *sanedrín*. Y cualquiera que le diga: 'Fatuo', estará en peligro del fuego del *infierno*".

Las cortes de los ancianos se establecían antiguamente afuera de las murallas, a la entrada de cada ciudad (Deut 21:19; 25:7). Los que juzgaban eran llamados "los ancianos de la ciudad" (Deut 22:15,17; Rut 4:2,11), por el hecho de haber sido nombrados para juzgar al pueblo en cada ciudad (Deut

16:18). Esas cortes no estaban compuestas por todos los viejos que vivían en esa zona. Debían ser ancianos que contasen con una mujer virtuosa (Prov 31:10,23), lo que implicaba una familia digna y con hijos que los honrasen (v. 28-29). Cualidades semejantes se requirieron en la nueva dispensación de la iglesia, de los ancianos que fuesen nombrados en cada ciudad (Tito 1:5-9; 1 Tim 3:1-7).

El concejo de los ancianos que establecieron los apóstoles en las iglesias que formaban, siguió el molde del Antiguo Testamento en muchos respectos. La cualidad de ser "ancianos" garantizaba la permanencia de las buenas costumbres, ya que no sólo debían juzgar, sino también enseñar al pueblo la ley de su Dios (Deut 6:20-25; 11:18-21; Esd 7:25-26). Los ancianos eran, así, en gran medida responsables de lo que ocurría en la ciudad. El hecho de que se sentaban en juicio a la entrada de la ciudad, implicaba que nadie podía entrar en ella sin su consentimiento.

Jos 20:4: "El que se refugie en alguna de esas ciudades, *se presentará a la puerta de la ciudad, y explicará su caso a los ancianos* de la ciudad. Y ellos *lo recibirán dentro de la ciudad, y le darán lugar* donde habite con ellos" (véase Esd 10:7-8).

Podían incluso determinar la expulsión de la ciudad, en el caso de que hubiese una violación abierta a la ley de Dios. Esto se ve claramente en el hecho de que los ancianos no iban necesariamente a la casa del acusado, sino que lo hacían "venir", comparecer, ante la corte que ellos formaban en la puerta de la ciudad (Deut 25:7-8).

Otro contraste profetizado en el Antiguo Testamento

Los ancianos no se sentaban sobre tronos de juicio dentro del templo terrenal en el Antiguo Testamento (Sal 122:4-5). Sin embargo, la profecía de Dan 7:9-10, confirmada por Apoc 4, anunciaba también un contraste en este punto. Se esperaba que los ancianos se reuniesen para una obra final de juicio en el lugar santísimo en el fin del mundo, para otorgar el reino de David al Hijo del Hombre y determinar quiénes serán admitidos como ciudadanos de la Nueva Jerusalén (Dan 7:13-14,22,26-27; Apoc 5).

Se reflejaba este trasfondo del Antiguo Testamento (véase especialmente Isa 24:23 y Dan 7:9-10), en la creencia rabínica de un sanedrín celestial. "El Santo... hará en el futuro que los ancianos de Israel se coloquen como en una era de trigo, y Él se sentará a la cabeza de todos ellos como presidente, y juzgará las naciones del mundo" (*Tanhuma, Shemot* 29). Jesús confirmó esta creencia cuando dijo que el pueblo de Dios será juzgado por un *sanedrín* celestial ("los que se sientan juntos" como en una "era de trigo"), algo que vemos proyectado en Apoc 4-5 (Mat 5:22). Ese juicio se propone que todos "honren al Hijo como honran al Padre" (Jn 5:22-23; véase Apoc 4-5).

También *era tarea de los ancianos nombrar al rey*, cuando la hora había llegado para tal coronación (véase Juec 11:4-11).

1 Crón 11:3: "Los ancianos de Israel fueron al rey en Hebrón, y David hizo con

> ellos pacto ante el Eterno. Entonces ungieron a David por rey sobre Israel, conforme a la Palabra del Eterno por medio de Samuel".

Los 24 ancianos del Apocalipsis constituyen el sanedrín celestial que Jesús anunció, iba a sentarse para juzgar a su pueblo en el fin del mundo. En vísperas de la coronación de "la Raíz de David" (Apoc 5:5), como Rey de la Nueva Jerusalén, Dios convoca su corte de venerables en el cielo para determinar que es "digno" de recibir el Libro de la Ley o del Pacto, el libro que lo faculta para gobernar la ciudad celestial (Apoc 5:1-7). Por eso se destaca su herencia davídica, la que lo facultaba proféticamente para ser rey de la Nueva Jerusalén.

Debe determinarse también quiénes van a ser admitidos como ciudadanos de la ciudad del gran rey. Por eso reconocen los ancianos que con su sangre el príncipe elegido compró a su pueblo, lo rescató. Siendo que sus escogidos van a ser nombrados, al mismo tiempo que su Rey, como reyes y sacerdotes para servir a Dios (Apoc 5:9-10; véase 20:4,6), la corte de los "ancianos" del cielo está allí también para determinar quiénes serán dignos de semejante honor (véase Apoc 3:4-5,12). Por esa obra grandiosa de redención que obtuvo al dar su vida por su pueblo, el príncipe elegido del cielo es "digno" de recibir toda la honra y la majestad que le corresponde a un rey (Apoc 5:5-10). El tribunal lo declarará, en efecto, "Rey de reyes y Señor de señores" (Apoc 17:14; 19:16).

¿Tiene la Nueva Jerusalén, la ciudad del Gran Rey, también una corte de ancianos que participa, junto con su Rey, en la deliberación celestial que determinará quiénes podrán entrar en la ciudad santa y quiénes no? ¡Claro que sí! Es la corte de los 24 ancianos del Apocalipsis[7] (Apoc 4:4; 5:7-11; 14:1-5; 19:4-8). Se dice claramente que "no entrará en ella, [la Nueva Jerusalén], ninguna cosa impura, ni quien cometa abominación o mentira; sino sólo los que están escritos en el Libro de la Vida del Cordero" (Apoc 21:27). Para tales inscritos "sus puertas nunca se cerrarán de día, porque allí no habrá noche" (v. 25). También se promete a los vencedores nunca ser expulsados de la ciudad celestial y de su templo (Apoc 3:12; véase Ex 21:14).

El hecho de que los nombres de los 12 patriarcas de Israel estuviesen en las puertas de la Nueva Jerusalén, y en los fundamentos los nombres de los 12 apóstoles, prueba una vez más que sólo podrán entrar a la "santa ciudad" los que fueron aprobados por el testimonio que dieron los "apóstoles y profetas" (Antiguo y Nuevo Testamentos) acerca de su Rey y las leyes de su gobierno (Ef 2:20). Y la tarea de decidir su aprobación o rechazo sobre ese testimonio o Palabra de Dios, como en la prefiguración del antiguo Israel, debía caer sobre los 24 ancianos que componen ahora el tribunal celestial en conjunción con su Rey.

Esto nos muestra en cuánta estima tiene Dios a los ancianos. Siguiendo

---

[7] Por la identificación de los 24 ancianos del Apocalipsis, véase A. R. Treiyer, *The Day of Atonement and the Heavenly Judgment*, cap 8; *La Crisis Final en Apoc 4-5*, cap 1-2.

una tradición equivalente aún hoy, en Inglaterra los jueces se colocan una peluca blanca cuando se sientan para juzgar. Aunque en la tierra los jubilen o se jubilen, nunca podrán los ancianos dejar de dar testimonio de la fe que Dios les encomendó, ni de enseñar a las generaciones más jóvenes la ley del Señor. Es más, Dios mismo se presenta en la corte final de juicio honrando a los ancianos al representarse como uno de ellos, presidiendo una corte de venerables (Dan 7:9-10; Apoc 4:2-4; véase Sal 122:4-5).

Aunque sepamos que ni Dios ni su corte celestial envejecen, podemos entender su símbolo. Nadie, en el mundo antiguo, podía dejar de leer en esta representación vívida del juicio final, el mensaje tan significativo que una visión tal de venerables sentados en juicio podía dar. No habrá juicios alocados, intempestivos, exabruptos de ninguna clase en la decisión final sobre la suerte definitiva de cada ser humano que transitó por este mundo. El juicio divino caerá sobre todo habitante de la tierra de una manera tan imparcial como una plomada (Am 7:8), corroborada además por criaturas celestiales aplomadas y bien establecidas en el reino de Dios.

8. De pie ante la corte final de juicio

[¿Qué haría Miguel, "el gran príncipe" del pueblo de Dios, en el "tiempo del fin"? (Dan 12:1). ¿Cómo describe Juan al Cordero para ese entonces, en la corte celestial? (Apoc 5:6; 12:1; véase Zac 3:5)].

Así como hoy, tanto el abogado defensor como el convicto, deben comparecer en una corte terrenal de pie delante de un juez que se sienta, así también Dios representó el juicio final de esa manera. El Hijo de Dios se pondrá de pie para abogar por su pueblo en la hora póstuma del ministerio celestial.

¡Qué alivio es contar con nuestro abogado defensor, Cristo Jesús, para representarnos delante de su tribunal! Cuando la corte se sentase en juicio, nuestro Abogado se pondría de pie para defender y proteger a su pueblo.

Dan 12:1: "En aquel tiempo [*be'et hahî'*; 'el tiempo del fin' (11:40)] *se pondrá de pie* [*ya'amod*] Miguel ['¿Quién como Dios?'], el gran príncipe que *se pone de pie* [*ha'omed*][8] por los hijos de tu pueblo. Y será tiempo de angustia,

---

[8] La misma forma verbal, *ha'omed*, se la usa en otros lugares para describir la posición de un cargo o, simplemente, la capacidad de *mantenerse de pie*. Por ejemplo, en Deut 1:38 Dios le dice literalmente a Moisés: "Josué..., que *está de pie* en tu presencia". En Deut 17:12, se menciona "al sacerdote que *está de pie* allí en el servicio del Eterno". En Zac 1:11, "el ángel del Eterno" que intercede por su pueblo "*estaba de pié*" o "se mantenía en pié". En Mal 3:2 se pregunta, "¿quién podrá *permanecer de pie* en su venida?" En Dan 10:16 el varón vestido de lino "estaba *de pie delante*" de Daniel. En 1 Crón 6:39, Asaf debía *estar de pie* en el templo como cantor, a la diestra de su hermano Hemán, quien tenía el oficio de cantor como él (v. 33).

Esto nos muestra cuán importante iba a ser para los que llegasen a la crisis final (Dan 11:44-45), saber que Miguel estaría de pie en la corte celestial para vindicarlos delante de Dios. La acción doblemente repetida de "ponerse de pie" en referencia a una acción de abogado, que es su oficio desde el comienzo del tiempo del fin, iba a ser muy tenida en cuenta especialmente al llegar la crisis final. Aunque el énfasis está puesto sobre la parte final del "tiempo del fin", cuando la acción de ponerse de pie se volverá especialmente significativa,

> que no se produjo desde que existe un pueblo, hasta ese tiempo. Pero en aquel tiempo será librado tu pueblo, todos los que se encuentren inscritos en el libro".

El "tiempo del fin" comienza en la tierra con una confrontación entre dos superpoderes (Dan 11:40). Mientras la lucha entre esos dos poderes se dirime en la tierra, en el cielo se resuelve la situación de todos los que se enrolaron en el servicio del Señor, y decidieron honrarlo y glorificarlo en la tierra. ¿Qué hace Miguel, el príncipe del cielo, en esa hora decisiva? Se pone de pie para que el juicio se vuelque "a favor de los santos del Altísimo" (Dan 7:22), "y el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sean dados al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán" (v. 26). "Pe-ro en ese tiempo será librado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro" (Dan 12:1).

Llama la atención que el Apocalipsis contemple a Dios como sentado, sin ninguna mención del Cordero como sentándose a su lado (Apoc 5:13; 6:16; 7:10; 19:4; 22:3).[9] Esto se debe a que la mirada de la iglesia cristiana debía ser puesta hacia delante, hacia esa escena final del juicio desde cuya perspectiva, la iglesia cristiana de todos los siglos sería juzgada. Su posición en el juicio es "de pie", "delante" del trono, y en medio de la escena del trono.

El hecho de que lugar santísimo entero estuviese tan elevado en el templo de Salomón, en comparación con el lugar santo, nos muestra que el cuarto entero era considerado como el cuarto del trono del Señor. Así, cuando Juan fue llamado por el Señor a "subir" a ese cuarto del trono, también vio al Cordero "de pie en el centro del trono" (Apoc 5:6), donde estaba el mismo trono de Dios.[10] Ahora bien, las alas de los dos querubines adicionales que Salomón puso al lado del arca llegaban hasta la pared norte y sur del lugar santísimo (1 Rey 6).

El arca, por consiguiente, estaba en el centro del lugar santísimo. Éste es el lugar donde el Cordero comparece de pie. El hecho de que no está sentado sino de pié en medio del trono muestra que se consideraba al cuarto entero como el cuarto del trono. Esto explica también la promesa de Jesús a la séptima iglesia. "Al que venza le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono" (Apoc 3:21). Nos sentaremos con él en el cuarto del trono para juzgar junto con el Señor a los malvados (1

---

esa posición involucra su actividad en todo el "tiempo del fin". En varios lugares de la Biblia vemos ese mismo estilo literario, en donde se involucra el cuadro entero por su parte final (véase Apoc 11:19; cf. v. 15-18).

[9] La única mención definida a la ocasión en que el Hijo de Dios se sentó sobre el trono de Dios está en el pasado (Apoc 3:21).

[10] Algunos han relacionado el trono de Apoc 4 con la Mesa de los Panes en el lugar santo. Pero la mesa no estaba en el medio del templo, y una mesa no es un lugar para sentarse, no es un símbolo del trono. Véase mi crítica a este enfoque en mi libro *La Crisis Final en Apoc 4 & 5*, cap 3.

Cor 6:2; Apoc 20:4), junto también con la gran multitud que Juan vio dentro del *naos*, "templo" (Apoc 7:15), un término que en Apocalipsis se refiere al lugar santísimo (véase Apoc 11:1-2: a. *naós*: lugar santísimo; b. altar: lugar santo; c. patio como separado de los otros dos lugares).

Otro punto que tiene que tomarse en cuenta es el lugar donde el Cordero está de pie. ¿Está realmente "delante" del que está sentado sobre el trono? En Apoc 4:4 encontramos los 24 tronos de los ancianos "rodeando el trono." Pero en Apoc 11:16 se los ve "sentados sobre sus tronos delante de Dios." La conclusión obvia es que los ancianos así como los cuatro seres vivientes están también "rodeando" al Cordero, y "delante" del Cordero, quien está en medio del cuarto del trono (Apoc 5:6). Siendo que finalmente el Cordero "vino" al que "estaba sentado sobre el trono," tenemos que inferir que él está también "delante" del Padre.

Apoc 3:5: "El que venza, será vestido de ropa blanca. No borraré su nombre del Libro de la Vida, y confesaré su nombre *ante mi padre y ante sus ángeles*".

Mat 10:32-33: "Por tanto, todo el que me confiese ante los hombres, yo también lo confesaré *ante mi Padre* que está en los cielos. Pero al que me niegue ante los hombres, yo también lo negaré *ante mi Padre* que está en los cielos".

Apoc 5:6-7: "Entonces, en medio del trono, de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos, *vi de pie* a un Cordero como si hubiera sido inmolado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Y él vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono".

Así como el sumo sacerdote comparecía de pie en el lugar santísimo en el Día de la Expiación, cuando concluía la expiación del año, para quitar del templo "todos los pecados" que el pueblo había cometido durante el año y renovar el pacto con Dios (Lev 16:30); así también ahora, el Cordero comparece de pie delante del trono de Dios, para que una decisión última se de a favor de su pueblo. Consideremos varias citas inspiradas de E. de White, que nos muestran a Jesús bajo el "arco iris" que circunda el trono de Dios, de pie en el lugar santísimo, tal como lo describe Juan en su visión del trono.

E. G. White: "Entonces vi al Padre levantarse del trono, y en un carro flameante entrar en el lugar santísimo, dentro del velo, y se sentó. Allí vi tronos que no había visto nunca antes. Entonces Jesús se levantó..., y ...se subió al carro y fue llevado al lugar santísimo donde el Padre se había sentado. Allí *contemplé a Jesús, mientras estaba de pie delante del Padre, un gran sumosacerdote*" (*To the Little Remnant Scattered Abroad,* 4-6-1846).

"*El divino-humano Hijo de Dios está ahora de pie delante del Padre*, defendiendo nuestros casos y haciendo expiación por nuestras transgresiones. De esta forma *él confiesa nuestros nombres ante su Padre y ante sus ángeles. Sus manos llevan aún las marcas de la crucifixión.* El exclama: ¡Mira, en las palmas de mis manos te tengo esculpido! Quiere que entremos finalmente por la ciudad celestial como conquistadores" (*2SAT*, 222).

"Nuestro precioso Redentor *está de pie delante del Padre* como nuestro intercesor... Que aquellos que quieran llenar la norma divina... *lo contemplen*

como su Abogado, de pie dentro del velo, teniendo en su mano el incensario de oro, desde donde asciende a Dios el incienso santo de los méritos de su justicia en favor de los que le dirigen sus oraciones. Si pudiesen ellos así contemplarlo, sentirían la seguridad de que tienen un poderoso e influyente Abogado en las cortes celestiales, y que su causa es ganada frente al trono de Dios.

"¡Qué experiencia se puede alcanzar *ante el estrado de la misericordia*, el único lugar de refugio seguro! Podéis estar conscientes de que Dios respalda sus promesas y no tener temor del resultado de vuestras oraciones, o dudar que *Jesús está de pie* como garante y substituto vuestro... Los que se acercan al Padre, reconociendo *el arco de la promesa,* y piden perdón en el nombre de Jesús, recibirán su petición. En la primera expresión de penitencia, Cristo presenta la petición humilde del suplicante *delante del trono* como su propio deseo en favor del pecador. El dice: 'Yo rogaré al Padre por vosotros'" (en *YI*, 1-16-96, 4).

"¿Qué es Cristo para Uds. hoy? ¿Es vuestra esperanza y corona de regocijo? Cada vez que piensan en él, ¿se conmueve de gozo, amor y gratitud el corazón de Uds., al pensar que pueden enviar sus peticiones al cielo y que hay alguien allí que tiene el incensario y *está de pie delante del trono de su Padre* implorando por Uds...? Mientras que nos muestra que todos los poderes confederados están contra nosotros, nos dice que nos dará su Santo Espíritu para que podamos crecer a su semejanza, y que el Padre nos amará como lo ama a él"[11] (*Ms* 1, 1891. Sermón).

"La Majestad del Cielo *está de pie delante del Padre,* implorando: mi sangre, mi sangre; guarda al pecador un poco más de tiempo por amor a mi. ¿Qué están haciendo por él mientras el está intercediendo? ¡Buscando sus placeres, siguiendo los caminos de locura, corrupción, pecado e iniquidad; y a pesar de que él está implorando con su sangre delante del trono de su Padre! ¡Oh! ¿No se les puede suplicar que vengan?" (*RH*, 4-19-1870, 14).

9. Nuestra comparecencia ante la corte celestial

[¿Quiénes más comparecerán de pie en el juicio de Dios? (Apoc 20:11-12; 6: 16-17; Luc 21:36)].

Cuando debía tomarse una decisión con respecto a una persona, se la hacía comparecer *de pie* delante de Dios (Núm 5:18). También será éste el caso de los rebeldes de todas las edades cuando Dios los haga comparecer ante su trono, en el juicio post-milenial.

Apoc 20:11-12: "Entonces vi un gran trono blanco y al que estaba *sentado* sobre él... Y vi también a los muertos, grandes y pequeños, *de pie ante el trono*. Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el de la Vida. Y los muertos fueron juzgados, según sus obras, por las cosas que estaban escritas en los libros".

Esa es también nuestra posición actual, mientras esperamos el regreso de

[11] Dos citas de E. de White, repetidas en diferentes contextos, describen nuestra necesidad de contemplar por fe al Señor "de pie a la diestra de Dios", inclusive delante del altar del incienso, en su obra intercesora, así como las mansiones que nos aguardan (*RH*, 04-17-94, 11; 12*MR*, 62). Deberá tenerse en cuenta que la posición de estar sentado no es rígida y, por otro lado, que "la diestra de Dios" no denotaba siempre una posición espacial. A veces se hacía referencia a ella como representando la "autoridad" divina con la cual Dios invistió a su Hijo, y que se mantiene hasta el final, ya sea que esté sentado o de pie.

nuestro Señor. Comparecemos por la fe, de pie junto a nuestro Abogado intercesor, esperando que termine su obra en el santuario celestial y regrese por nosotros.

E. G. White: "Jesús es nuestro Abogado, nuestro Sumo Sacerdote, nuestro Intercesor. *Nuestra situación actual es*, por consiguiente, *como la de los israelitas, de pie en el patio exterior, esperando y anhelando* esa bendita esperanza, *la gloriosa aparición de nuestro Señor* y Salvador Jesucristo" (en *SDABC*, VII, 913).

Nuestro gran cometido actual es prepararnos para poder "permanecer en pie" cuando esa obra de intercesión culmine, y cada cual deba responder por sí mismo delante del tribunal celestial. Cuando eso ocurra, cada cual responderá ante Dios por sí sólo, y se mantendrá erguido, en plena vindicación de sus vidas, y en virtud de la gracia que le habrá sido eternamente concedida (véase Apoc 22:11-12). Los que lo habrán perdido todo en la gran lucha de la vida no podrán mantenerse en pie, sino que clamarán a las rocas y montañas que caigan sobre ellos para no tener que hacer frente al tribunal de Dios.

Apoc 6:16-17: "Y decían a los montes, y a las peñas: 'Caed sobre nosotros, y escondednos de la vista de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero. Porque ha llegado el gran día de su ira, ¿y *quién podrá mantenerse en pie*?"

E. G. White: "*Aquel que ha estado de pie como nuestro intercesor*, que escucha todas las oraciones y confesiones de penitencia, *que está representado con un arco iris* [véase Apoc 4:3], el símbolo de la gracia y el amor, circundando su cabeza, está para concluir pronto su obra en el santuario celestial. Gracia y misericordia descenderán entonces del trono, y la justicia tomará su lugar. Aquel por quien su pueblo miró asumirá su derecho—el oficio de Juez Supremo. '*El Padre... confió todo el juicio al Hijo... Y le dio autoridad para ejecutar juicio también*, porque es el Hijo del Hombre'" (*RH*, 1-1-89, 1).

¿Cómo prepararse para poder permanecer en pie ante su venida?

El Hijo de Dios vio, al trazar delante de sus discípulos lo que debía transcurrir antes de su regreso a la tierra, cómo la mayoría de los habitantes del mundo caería en la trampa del diablo, y el fin los sorprendería sin la preparación debida. Teniendo en cuenta esa realidad, advirtió a la última generación de fieles con las siguientes palabras:

Luc 21:34-36: "Mirad por vosotros mismos, que vuestro corazón no se cargue de glotonería y embriaguez, y de las preocupaciones de esta vida, y aquel día venga de repente sobre vosotros. Porque como un lazo vendrá sobre todos los habitantes de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo, orando que podáis escapar de todas estas cosas que han de venir, y *estar en pie ante el Hijo del Hombre*".

Velar significa no dejarse estar, no dejarse arrollar por cantos de sirenas que predicen que "nuestro Señor se tarda en venir" (Mat 24:48). Alguien

que vela es alguien que mantiene sus sentidos espirituales alertas, y es sensible a la maldad, la corrupción y la indiferencia. El único que puede mantener nuestra conciencia despierta es el Espíritu Santo, razón por la cual debemos pedirle a Dios que no quite de nosotros su Santo Espíritu (Sal 51:10-12).

Esta obra de preparación se da en conjunción con el ministerio que Jesús cumple en el santuario celestial. Desde ese templo derramó su Espíritu para facultar a su iglesia para cumplir su misión de predicar el evangelio a todo el mundo. Desde ese santuario facultará a su último "remanente" para que complete esa obra, derramando sobre él su Espíritu con gran poder.

E. G. White: "Así como se glorificó a Cristo en el día del Pentecostés, así también se lo glorificará otra vez al concluir la obra del evangelio, cuando *preparará un pueblo para permanecer de pie en la prueba final*, al concluir el conflicto...," *RH*, Nov 29, 1892.

10. Cuando nuestro Rey se siente con nosotros

[¿Cuándo se sentará otra vez el Hijo del Hombre? (Mat 25:31-46; 26:64; Apoc 14:14). ¿Quiénes más se sentarán, finalmente, con él? (Mat 19:28; Apoc 20:4; cf. 1 Cor 6:2-3)].

El pueblo de Dios contempla a su Señor desde la tierra, mientras entra y pasa a diferentes cuartos y detrás de diferentes puertas en el templo celestial. Lo ve sentado a la diestra de Dios, luego de pie en el juicio, y lo verá sentarse otra vez para volver a la tierra en la gloria de su Padre. Será entonces que hará ejecutar la sentencia del tribunal celestial.

Mat 25:31-32: "Cuando el hijo del hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, *entonces se sentará en su trono de gloria*. Y serán reunidas ante él todas las naciones. Y separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos".

En la actualidad tenemos acceso al "trono de la gracia" que está disponible para todo pecador que invoque el Nombre del Señor para perdón de pecados y salvación (Heb 4:14-16). Llegará el día en que ese trono de gracia cederá su lugar al "trono de gloria". A las ovejas pondrá a su derecha, y a los cabritos a su izquierda, y dirá a los de su derecha:

Mat 25:34,41,46: "¡Venid, benditos de mi Padre! Heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". "Entonces dirá a los de la izquierda: 'Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles... Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna".

Esta misma verdad la declaró, bajo juramento, delante del sumo sacerdote Caifás quien le preguntó si era realmente el Mesías, el Hijo de Dios. El Señor respondió:

Mat 26:64: "Sí. Tú lo has dicho. Además, os digo que de ahora en adelante veréis al Hijo del Hombre *sentado a la diestra del Todopoderoso*, y que viene en las nubes del cielo".

E. de White: "Por un momento la divinidad de Cristo fulguró a través de su aspecto humano. El sumo sacerdote vaciló bajo la mirada penetrante del Salvador. Esa mirada parecía leer sus pensamientos ocultos y entrar como fuego hasta su corazón. Nunca, en el resto de su vida, olvidó aquella mirada escrutadora del perseguido hijo de Dios... El, el Señor de la vida y la gloria, *estaría sentado a la diestra de Dios. Sería el juez de toda la tierra*, y su decisión sería inapelable. Entonces toda cosa secreta estaría expuesta a la luz del rostro de Dios, y se pronunciaría el juicio sobre todo hombre, según sus hechos... Como en un panorama, surgieron ante su espíritu las escenas del juicio final. Por un momento... se sintió como delante del Juez eterno, cuyo ojo, que lo ve todo, estaba leyendo su alma y sacando a luz misterios que él suponía ocultos con los muertos" (*DTG*, 654).

Juan ve más de medio siglo más tarde al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo, sentado sobre su trono, para ejecutar juicio sobre los hombres. En lugar de representar esa ocasión con la figura del pastor que separa las ovejas de los cabritos, ahora lo representa con una hoz en su mano. Es la época de la cosecha, en la cual debe juntarse el trigo en el granero celestial, y la paja o cizaña en montones para ser quemados (Matt 13:36-43; Luc 3: 17). En esa visión Juan ve el símbolo de la cosecha en relación con las espigas del campo y la vendimia de las uvas (Apoc 14:15-20).

Apoc 14:14: "Entonces miré, y vi una nuble blanca, y *sobre la nube uno sentado* semejante al hijo del Hombre, con una corona de oro en su cabeza, y en su mano una hoz aguda".

Los que habrán sido preparados para permanecer en pie delante de la venida del Hijo del Hombre, serán llevados al reino eterno y tendrán la oportunidad de ser incorporados a la corte celestial. Allí juzgarán a los impíos por mil años, incluyendo a quienes pertenecieron alguna vez al pueblo de Dios, para determinar la medida exacta de castigo que cada cual habrá merecido. La Biblia y, en especial el Apocalipsis, los presenta como recibiendo la facultad de sentarse sobre tronos para juzgar. Dijo Jesús a sus discípulos:

Mat 19:28: "Os aseguro que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido, también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel".

Eso estaba anticipado ya en la promesa que Jesús hizo a la iglesia del juicio, Laodicea, de sentar en su trono a los que venzan como él había vencido y se había sentado con su Padre en su trono (Apoc 3:21). El derecho al trono que recibió el Hijo de Dios cuando ascendió al templo celestial, es el derecho que otorgará a los que venzan contra el mundo y los poderes del mal combinados.

El apóstol Pablo anticipó también que los redimidos juzgarán al mundo y aún a los ángeles de Dios.

1 Cor 6:2-3: "¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si vosotros vais a juzgar al mundo, ¿seréis incapaces de juzgar casos de menor importancia? ¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida?"

Apoc 20:4: "Y vi tronos. Y *se sentaron sobre ellos* los que recibieron autoridad para juzgar. Y vi las almas de los decapitados por el testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios... Estos volvieron a vivir, y reinaron con Cristo mil años".

Conclusión

Los hijos del reino, desde que Jesús se fue al cielo, están pendientes no sólo de puertas que se abren y se cierran, sino también de su postura en el santuario celestial. También cuenta la postura de Dios y de la corte final de juicio. Al ascender al cielo, Jesús fue ungido por su Padre como rey-sacerdote, y se sentó a la diestra de Dios sobre su trono. En el "tiempo del fin" el Padre se levantaría del lugar santo, y pasaría a sentarse sobre su trono en el lugar santísimo. El Hijo comparecería de pie delante de él, para una obra final de juicio, con toda la corte de ancianos (24) ya sentada. Una vez que termine la parte deliberativa del juicio, volverá Jesús a sentarse sobre el trono, y vendrá a juzgar al mundo "en la gloria de su Padre".

¿Qué en cuanto a nosotros? Deberemos comparecer de pie delante de Dios en ese tribunal. Si somos aprobados, estaremos en condiciones de poder "permanecer en pie" ante su venida, mientras que los que sean condenados clamarán a las rocas y a las montañas que caigan sobre ellos. No podrán permanecer en pie ante la presencia formidable de su venida.

Apelación final

Una vez un padre iba caminando con su hijito, cuando descubrió que detrás de un muro que daba a la calle, había una plantación de sandías. Siendo que había muchas sandías, pensó que una sola no le costaría nada al dueño. Le pidió al hijo que se escondiese y espiase para ver si venía alguien. Entonces el padre se paró junto al muro, miró a un costado, miró a otro costado, miró hacia atrás, y decidió treparse al muro. Cuando ya estaba arriba, a punto de pasar al plantío de sandías, el hijito le gritó: "¡Cuidado, papá!". Inmediatamente el padre saltó, pero del lado de la calle, miró de nuevo a todos lados y no vio a nadie. Le preguntó al hijito, entonces: "¿Qué pasó? ¿Viste a alguien?". "¡No!", respondió el niño. Pensando en la posibilidad de que hubiese un avión o un helicóptero, el hijito replicó: "Olvidaste mirar para arriba".

¡Cuántas veces, queridos amigos, pasa eso con nosotros! Nos preocupamos tanto por mirar a los costados para ver si alguien como nosotros nos ve, que nos olvidamos que el cielo tiene bajo permanente observación todo lo que se hace en este mundo. ¿Quién podrá permanecer en pie cuando el Juez supremo del universo ponga sus ojos sobre nosotros, con el resultado infalible tomado ya por la corte celestial? Únicamente los que lavaron su conciencia con agua pura, y purificaron sus corazones con la sangre del Cordero. Los que, confiando en las promesas de Dios, se asieron de las promesas divinas y permanecieron inconmovibles ante un mundo pecador. Dios los sostuvo en su combate contra el pecado. ¿Quieres ser tú uno de ellos?

Oración. Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre. Gracias porque no necesitamos comparecer solos en tu juicio, de pie, sin ningún mediador. Jesús, tu Hijo amado, está de pie para interceder en nuestro lugar. Aunque no comparecemos en persona ante tu trono de juicio, lo hacemos por fe en base al testimonio que nos dejaste. Sabemos también, que él nos considera como estando a su lado, porque asume nuestro caso delante del tribunal donde tú, oh Dios nuestro, eres el Juez. Cuando finalmente tu Hijo se siente otra vez, y venga por su pueblo, permite, Señor, que podamos estar entre aquellos que lo contemplarán de pie, en plena vindicación de sus vidas. Porque tú los habrás limpiado en la sangre de tu Hijo. ¡Que ese día ocurra pronto! Te lo pedimos en el Nombre de Jesús, nuestro Salvador, **Amén**.

CUESTIONARIO V

PENDIENTES DE LA POSTURA DEL REY

Sección I. Sentado a la diestra de Dios

1. ¿Qué hizo el Hijo de Dios cuando fue inaugurado el santuario celestial con su ministerio sacerdotal? (Hech 2:34-36; cf. Sal 110:1; Heb 1:3,13; 8:1-2; Apoc 3:21).

Respuesta: .....

2. ¿Qué significado da la Biblia a la expresión, "sentarse en el trono" y, la "diestra de Dios"? ¿Implicaba que el príncipe o rey debía estar siempre sentado? (1 Rey 2:12; Sal 16:8,11; 89:19-24; Mat 28:18).

Respuesta: .....

3. ¿En qué posición figuraba oficiando Jesús, algunas décadas después de haber sido entronizado en el templo celestial, según los apóstoles? (Rom 8:34; Col 3:1; 1 Ped 3:22).

Respuesta: .....

4. Contrariamente a los sacerdotes terrenales que oficiaban en el lugar santo "delante de Dios" (Lev 4:17-18), ¿cómo oficiaría Jesús en el lugar santo del templo celestial? (Zac 6:13).

Respuesta: .....

5. ¿Qué cambios se darían cuando se estableciese el tribunal celestial en el fin del mundo, al concluir el Hijo de Dios su ministerio en el lugar santo del santuario celestial? (Dan 7:9-10,26; Apoc 4:2-4).

Sección II. Cuando la corte se siente, ¿quién podrá permanecer en pie?

6. ¿Qué indicaba la posición de sentarse en los ancianos, gobernadores y reyes? (Sal 122:3-4; véase Ex 18:13; Mat 27:19; Juan 19:13; Hech 23:3; 25:6,17).

Respuesta: .....

7. ¿Quiénes se sentaban antiguamente en juicio, y qué determinaban ellos con respecto a la ciudad que representaban? (Jos 20:4; 1 Crón 11:3; véase Mat 5:22).

Respuesta: .....

8. ¿Qué haría Miguel, "el gran príncipe" del pueblo de Dios, en el "tiempo del fin"? (Dan 12:1). ¿Cómo describe Juan al Cordero para ese entonces, en la corte celestial? (Apoc 5:6; 12:1; véase Zac 3:5).

Respuesta: .....

9. ¿Quiénes más comparecerán de pie en el juicio de Dios? (Apoc 20:11-12; 6:16-17; Luc 21:36).

Respuesta: .....

10. ¿Cuándo se sentará otra vez el Hijo del Hombre? (Mat 25:31-46; 26:64; Apoc 14:14). ¿Quiénes más se sentarán, finalmente, con él? (Mat 19:28; Apoc 20:4; cf. 1 Cor 6:2-3).

Respuesta: .....

LECCIÓN VI

AGUARDANDO LA ASUNCIÓN DEL REINO

Hace unos años atrás había llegado a la final una joven adolescente en el concurso nacional norteamericano de deletreo. A diferencia de otros idiomas como el español y el alemán, en donde cada palabra se la pronuncia como se escribe, en el inglés las reglas son más generales, y las excepciones se multiplican. Por tal razón, el arte de escribir el idioma inglés así como el de hablarlo, son en muchos respectos algo que se aprende por separado.

Llamó la atención el hecho de que esa jovencita no había asistido a la escuela, sino que había estudiado en el sistema conocido como *Home Study* ("Estudio del Hogar"). Nuestros hijos hicieron algunos años de la escuela primaria y aún de la secundaria con ese sistema, y confieso que pudimos confirmar lo que los estudios estadísticos han demostrado, que en muchos sentidos los niños y jóvenes aprenden más. Lo que interesa destacar acá es que los libros de lectura y deletreo contienen para cada día un buen número de palabras que comienzan con la misma letra—cada día una letra diferente—cuyo significado deben aprender, también su pronunciación y deletreo.

El momento tan esperado había llegado, y esa adolescente esperaba expectante el momento en que le iban a dictar la palabra con la cual podía salir ganadora, o perder esa gran oportunidad. Las cámaras de TV captaron ese instante que fue pasado por todos los noticiosos de Estados Unidos. Apenas le dijeron la palabra *euonym*, esa joven comenzó a saltar de alegría. Mientras la iba deletreando a todo pulmón, al pronunciar cada letra levantaba sus dos brazos y puños en señal de victoria. La emoción y la alegría exuberantes no la traicionaron. No perdió su concentración. Sabía que había ganado. Iba a ser la primera adolescente en ganar ese premio proviniendo de un plan de educación llamado *Home Study*.

Nadie podía ver el espectáculo sin emocionarse. Su ojos centelleantes de alegría; su rostro iluminado de gozo; su éxtasis de regocijo mientras daba las vocales y consonantes de esa palabra tan difícil; todo era contagioso. ¡Cuántos no tenemos momentos en la vida en los que anhelamos la victoria! Detrás de ese triunfo que hizo que la gente se levantara de pie y la aclamase por haber triunfado, había horas, días, meses y años de intenso esfuerzo y preparación. Aún los periodistas que transmitían la noticia por TV no podían mirar el cuadro sin esbozar una sonrisa comprensiva y de placer.

¿Qué es eso, comparado con la expectación que tenemos, de ver coronado a nuestro Rey en el cielo? ¿Qué emoción nos embargará cuando capte-

mos que nuestro grandioso Salvador nos habrá incluido en su triunfo, y sepamos que habremos triunfado eternamente y para siempre? No sólo levantaremos nuestros brazos, sino que daremos "un inmenso grito de victoria" (*CS*, 698), porque sabremos que habremos triunfado para siempre.

SECCIÓN I

AUTORIDAD RESTRINGIDA

En las profecías bíblicas encontramos dos momentos cumbres de gran expectación. La primera tuvo que ver con la coronación del Hijo de Dios en su reino sacerdotal al comienzo de la dispensación cristiana. La segunda tendrá que ver con la asunción del reino davídico que el mismo Hijo de Dios asumirá "en el tiempo del fin", al ser coronado Rey de la Nueva Jerusalén. No hubo entonces, ni habrá después, ni en el cielo ni en la tierra, falta de entusiasmo, admiración, honra y glorificación a Aquel que con su victoria, habrá hecho posible nuestra propia victoria.

1. El reino sacerdotal del Hijo de Dios

[¿Qué clase de reino debía ser inaugurado al ascender el Hijo de Dios al cielo como "ministro del santuario" celestial? (Sal 110:1,4; Heb 8:2). ¿Qué dos oficios tendría ese reino, así como lo había sido el antiguo que lo prefiguraba? (Heb 5:4-6: 7:1-3; véase Hech 2:34-36; 13:33-36)].

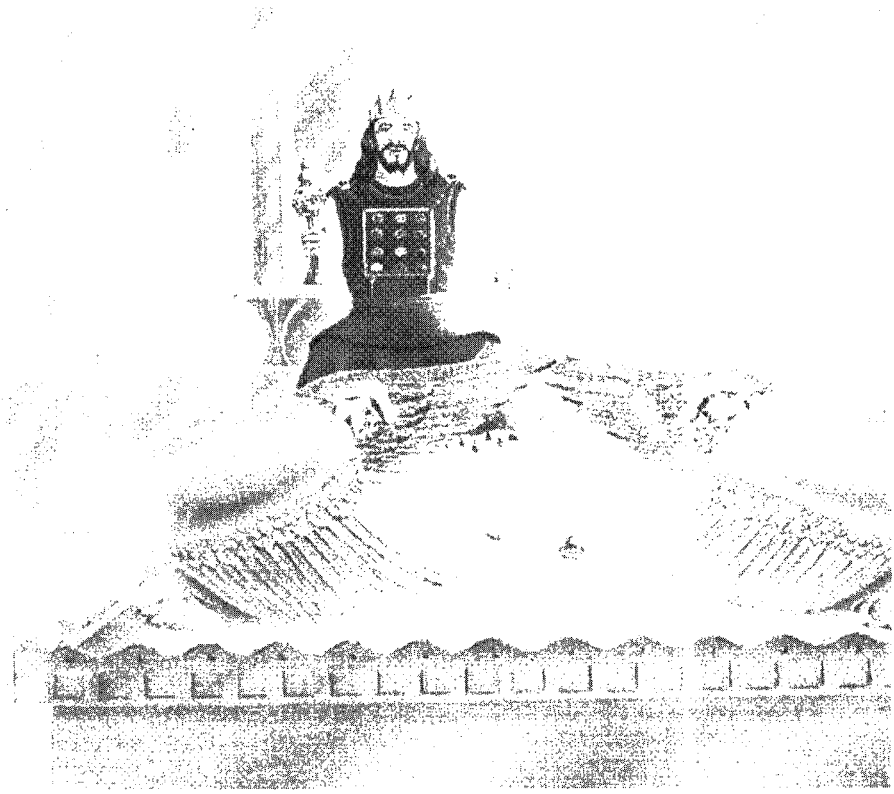
Muchos confunden la naturaleza de los dos reinos sucesivos que asumiría Jesús en el cielo, en su debido momento, como resultado de su triunfo en la tierra sobre todo poder y autoridad terrenales y espirituales. Mientras que al ascender al cielo en el año 31, el Hijo de Dios recibió el derecho de ser Rey, no ejercería tal derecho en su plenitud hasta ser coronado "de hecho" en el fin de los tiempos. Su primer coronación fue inaugural; la segunda será final. La primera combinó su carácter real con el sacerdotal; la segunda revelará más definidamente su carácter real, en forma definitiva y consumada, como Rey de reyes y Señor de señores.

Vayamos por parte. En la inauguración de su reino sacerdotal, Jesús asumió un orden distinto que no fue ni el sacerdotal aarónico, ni el real davídico. De acuerdo a las profecías del Antiguo Testamento, un hijo de David que mantendría su línea real, debía sentarse para siempre sobre el reino del Señor, y ejercer un cetro que ni el sumo sacerdote en el antiguo Israel llevó, ni David mismo como rey de Israel asumió. Aunque ese hijo prometido podría ser identificado con el nombre de David por su línea genealógica, su orden sería más bien equivalente al de Melquisedec, un rey antiguo que fue al mismo tiempo rey y sacerdote, y a quien Abraham mismo reconoció como superior dándole los diezmos de todo (Gén 14:18ss; Heb 7:4-10). Al mismo tiempo, aunque no descendería según la carne de Aarón, cumpliría el

ministerio sacerdotal que Aarón había representado.[1]

Sal 110:1,4: "Dijo el Señor a mi Señor: 'siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies... El Señor juró, y no desistirá: 'tu eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec".

Jesús aplicó este Salmo de David a sí mismo, para hablar del carácter superior y divino de ese hijo prometido a David. "Si David lo llama Señor, ¿cómo es su hijo?", preguntó a los que habían procurado dejarlo mal parado ante la gente (Mat 22:41-45; Luc 20:41-44). Ese hijo de David, ese Mesías prometido a David y a Israel, se sentaría a la diestra de Dios en su trono, y sería investido como Melquisedec en la antigüedad, como rey-sacerdote de su pueblo.



Heb 5:4-6: "Nadie toma para sí esa honra, sino el que es llamado por Dios, como Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de ser Sumo Sacerdote, sino que se la confirió Dios, quien le dijo: 'Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy'. Como también dice en otro lugar: 'Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec'".

Heb 7:1-3: "Este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, salió

[1] Por detalles, véase lección 4, de nuestro segundo seminario sobre el santuario, titulado: *Los Cumplimientos Gloriosos del Santuario.*

> a recibir a Abrahán cuando volvía de vencer a los reyes, y lo bendijo. A él, Abrahán le dio el diezmo de todo. Su nombre significa primero rey de justicia; y también rey de Salem, esto es, rey de paz. Sin padre, ni madre, ni genealogía, sin principio de días, ni fin de vida. Hecho semejante al Hijo de Dios [en figura], en que permanece sacerdote para siempre [porque no se conoce de él ninguna casta sacerdotal conocida, ni tampoco ninguna línea sucesora].

El Mesías prometido cumpliría dos funciones que en el antiguo Israel debían cumplir dos instituciones diferentes, dirigidas por dos familias diferentes, la del reinado por la familia de David, y la del sacerdocio por la familia de Aarón. Para evitar confusión al momento de su cumplimiento, Dios reveló a David que, en ese respecto, ese Mesías llevaría a cabo un orden distinto, ya que sería el único que podría combinar en su persona, ambos órdenes distintos. Para ilustrarlo recurrió a la historia de Abraham con el rey de Salem, llamado Melquisedec.

No es que el rey Melquisedec no tuvo padre ni madre. Simplemente se quiere destacar que no fue precedido por las dos genealogías reconocidas e inamovibles de David y Aarón. Así también, ese hijo de David prometido iba a ser nombrado como sumo sacerdote en el santuario celestial, aunque no perteneciese a la familia de Aarón que Dios había destinado en la tierra para servirle como sacerdotes.

En su discurso a la nación judía, el apóstol Pedro argumentó de la siguiente manera, algo que unos tres años después iba a hacer de nuevo Esteban, al dar su vida ante un auditorio semejante.

> **Hec 2:34-36:** "Porque David no subió al cielo, pero el dice: 'Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies'. Por lo tanto, que toda la casa de Israel sepa con absoluta seguridad, que a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo [Mesías o Ungido]".

> **Hech 13:32-37:** "Nosotros también os anunciamos la buena nueva de que la promesa hecha a nuestros padres, Dios la ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, al resucitar a Jesús, como en el Salmo segundo está escrito: 'Mi hijo eres tú. Yo te engendré hoy'. Y acerca de que lo resucitó de entre los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: 'Os daré las santas y seguras bendiciones prometidas a David'. Por eso dice en otro lugar: 'No permitirás que tu Santo vea corrupción'. Porque cuando David hubo servido el propósito de Dios, durmió, fue reunido con sus padres, y vio corrupción. Pero Aquel a quien Dios resucitó, no vio corrupción".

En la siguiente lección traeremos a colación el hecho de que el calendario judío conocido como litúrgico o sacerdotal o religioso comenzaba en la primavera, más definidamente en el mes de la Pascua; mientras que el calendario conocido como civil o real comenzaba en el otoño, más concretamente con la fiesta de las Trompetas, el Día de la Expiación y la Fiesta de las Cabañas o Tabernáculos. Así también, Jesús inició su ministerio como rey-sacerdote de su pueblo en la época de la Pascua, y culminó su coronación inicial en el día del Pentecostés, cuando las primeras cuatro fiestas del año

concluían. Sólo cuando se cumpliesen las fiestas finales del calendario sacerdotal en el fin del mundo, con el inicio del calendario civil o real, podría esperarse que el Señor asumiese su carácter plenamente real, en su papel de segundo David.

2. Investido con toda la autoridad divina

[¿Qué reconoció haber recibido Jesús, luego de haber resucitado y ascendido al cielo? (Mat 28:18)].

Hace unos años atrás, mientras estudiaba en la Universidad Adventista del Plata, vi unos espartillos secos (un pasto especial de Argentina que por su dureza no sirve ni para alimento de animales) a la vera de la ruta. Siendo que son una plaga, pensé en lo bueno que sería prenderles fuego. No había ninguna otra plantación cerca, ya que los campos estaban recién arados, de manera que deduje que no iba a producir ningún daño. Un día de viento norte (caluroso y seco), se prestó para el espectáculo. ¡Con qué rapidez se extendió ese fuego quemando esos espartillos inservibles!

Unos días después me llegó la noticia de que la familia de campo de ese lugar había estado tratando de averiguar infructuosamente quién había quemado esos espartillos porque, según aducían, se habían quemado algunos postes que les pertenecían a ellos. La nueva ruta había cortado el campo en ese lugar, y algunos postes de alambrado habían quedado sin tocar entre las dos nuevas líneas de alambrado. Yo los había visto, pero había pensado que los habrían abandonado y que nadie tendría interés en ellos, ya que eran viejos y resecos.

Decidí visitar esa familia cuyos postes se habían en parte quemado. Siendo que el monto era pequeño quise pagárselos pero, siendo el dueño viejito y humilde, me dijo que ya había hecho la denuncia. Le ofrecí llevarlo a la seccional de policía para cancelar esa denuncia, bien al interior de caminos de tierra en el campo, lo que aceptó. El milico de esa seccional, sin embargo, me dijo que había transferido esa denuncia a la ciudad de Diamante, lo que iba a requerir otro viaje de alrededor de 20 kms. Me enojé y le dije al policía que quería arreglar de una vez por todas el hecho, y no había voluntad alguna en él para hacerlo. El criollo viejito me dijo entonces: "Mocito, tenga cuidado, porque *le está faltando el respeto a la autoridad*".

Fuimos a Diamante, hablé con el jefe de policía que era más educado, y entendió. No había llegado ninguna denuncia, pero preparó un documento que hizo firmar a las dos partes en las que se comprometían a arreglar las diferencias por cuenta propia, anulando cualquier denuncia policíaca sobre el hecho. Luego de llevarlo nuevamente a su casa de campo aceptó mi pago de la suma requerida. Por años vi los postes abandonados en ese lugar, sin que nadie se interesase en ellos.

Nunca me olvidé, sin embargo, de la expresión del viejito de campo aquel: "le está faltando el respeto a la autoridad". La Biblia también llama "autoridad" a los gobernantes y magistrados civiles (Juan 19:10-11; Rom

13:1-7; Tito 3:1). Las hay también religiosas (Luc 12:11; Hech 26:10,12), en el caso de los apóstoles establecidas por el Señor (2 Cor 10:8; 13:10). También hay autoridades espirituales—como veremos más adelante- buenas y malas, que combaten para apoderarse de la mente humana, así como para tomar control de este mundo.

¿Qué recibe un rey, un presidente de una nación, una vez que se lo corona o nombra como el máximo ejecutivo del pueblo que lo eligió? Poder, autoridad para gobernar (Mat 20:25). Jesús también recibió autoridad cuando fue ungido por el Espíritu Santo en ocasión de su bautismo, para enseñar y predicar (Mat 7:29; Mar 1:22; Luc 4:32), para perdonar pecados (Mat 9:6; Mar 2:10; Luc 5:24), para sanar y expulsar demonios (Mat 4:10; Mar 1:27; Luc 4:36), con el propósito de confirmar el pacto divino a los que aceptasen su misión evangélica. Pero no fue sino hasta que se levantó de entre los muertos que recibió "toda autoridad", "todo poder", para completar su misión redentora desde el cielo (Mat 28:18).

Esa autoridad la recibió, paso a paso, como Hijo de Dios. *En primer lugar*, Jesús fue el único ser humano que había nacido del Espíritu Santo y, por consiguiente, fue llamado legítimamente "Santo, el Hijo de Dios" (Luc 1:35). Nosotros, en cambio, llegamos a ser hijos de Dios cuando somos físicamente adultos, al nacer del Espíritu Santo (Juan 1:12-13; cf. 3:3-8). *En segundo lugar*, el Padre testificó públicamente en ocasión de su bautismo, que Jesús era Hijo suyo, y dio la orden de escucharlo [lo que implicaba obediencia] (Mat 3:17; Mar 9:7; véase Luc 9:35). Así también, cuando somos bautizados en su Nombre, somos oficialmente reconocidos como "hijos de Dios" por adopción, y se nos faculta o da autoridad para enseñar y predicar (2 Cor 13:10; Tito 2:15), sanar y expulsar demonios en su Nombre (Mat 10:1; Mar 3:15; 6:7; Luc 9:1; 10:19; Hech 4:7).

Nos interesa aquí resaltar *el tercer paso* en la recepción de la autoridad. Como en cualquier cargo hoy, la autoridad que alguien recibe implica facultad, derecho para hacer algo, sin que necesariamente se la asuma en su plenitud. Alguien que compra una empresa puede decidir pagar más a determinado empleado o no hacerlo. Así también, Jesús recibió "toda autoridad" al levantarse de entre los muertos y, sin embargo, decidió no ejercer todo ese poder que se depositó ya en sus manos. Consideremos algunos pasajes:

Rom 1:4: "Nuestro Señor Jesucristo fue declarado Hijo de Dios *con poder*, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos".

Ef 1:20-21: "*Ese poder* Dios lo ejerció en Cristo cuando lo resucitó de los muertos, y lo sentó a su diestra en los cielos, *sobre todo principado, autoridad, poder y señorío*, y sobre todo cuanto tiene nombre no sólo en este siglo, sino aún en el venidero".

Al resucitar, Jesús ascendió inmediatamente al cielo y recibió del Padre su aprobación, así como su derecho a ejercer toda autoridad en cielo y tierra.

En sus palabras a los discípulos, al enviarlos al mundo con el cometido evangélico, vemos que ya había sido facultado por Dios con tal poder.

Mat 28:18: "*Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra.* Por tanto, id a todas las naciones, haced discípulos bautizándolos en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles a obedecer todo lo que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Dios otorgó a su Hijo, a Jesús, quien dio su vida para salvarnos, una autoridad que está por encima de toda otra autoridad en el universo. No bien resucitó y ascendió al cielo para recibir de su Padre la aprobación de su obra de expiación, volvió a la tierra a confirmar a sus discípulos en la obra que tenían por delante, con palabras que revelaban, fuera de toda duda, su suprema autoridad sobre todos los eventos. ¿Podemos realmente captar el valor de tal declaración? Tal comprensión facultó también a los discípulos para predicar con poder, con el mismo poder con el que Dios había facultado a su Hijo a hacer su obra cuando había estado en medio de ellos.

Hasta ese entonces el diablo había pretendido ejercer su autoridad "como príncipe de este mundo", basándose en el hecho de que todos habían caído bajo sus tentaciones, y desobedecido a Dios. Cuando vino el Hijo de Dios, procuró entonces engañarlo y hacerlo desistir de su intención de arrebatarle ese dominio o autoridad que ostentaba ejercer, ofreciéndoselo con tal que lo adorase. Le dijo, literalmente:

Luc 4:6-7: "A ti te daré *todo el poder y la gloria* de estos reinos, porque *a mí me han sido entregados, y a quien quiero los doy.* Si tú me adoras, todo será tuyo" [véase Dan 4:17].

Pero el Señor no se dejó engañar. Hizo de la Palabra de Dios su escudo y protección, y desenmascaró delante de todo el universo el verdadero carácter de Satanás. Nada pudo revelar mejor el contraste tan grande entre el verda-

dero carácter de Dios, tan vilmente calumniado por el príncipe rebelde, que su muerte en la cruz. Dirigiéndose a los creyentes de Colosas, el apóstol Pablo declaró:

> **Col 2:10,15:** "El es *la cabeza de todo principado y potestad... Y despojó a los principados y potestades*, los exhibió en público, y *triunfó sobre ellos en la cruz*".

¿De qué "principados y potestades" habló el apóstol Pablo en este pasaje? Del poder que ejercen los ángeles malos sobre los hijos de los hombres, y sobre todo gobernante terrenal cuando el Espíritu de Dios se retira de ellos. En las palabras del apóstol Pedro, Jesús se sentó:

> **1 Ped 3:22:** "a la diestra de Dios al subir al cielo, estando sujetos a él los ángeles y las potestades y virtudes".

3. Restringiendo su poder aún

> [A pesar de habérsele otorgado todo poder y autoridad cuando ascendió al cielo, ¿qué debía esperar el Señor para ejercer a plenitud ese poder? (Heb 2:5, 8; 10:12-13). ¿Sobre qué o quiénes ejercería especialmente ese poder y autoridad? (Ef 1:22; Col 1:18)].

Un presidente—ya sea de un país o de cualquier institución—cuenta con muchas prerrogativas, pero no por eso las usa todas en cada situación. Todo aquel que está en la lucha de la vida sabe que, para lograr sus objetivos, conviene a menudo retraer la mano, autolimitarse, hasta que los demás puedan entender mejor los planes y propósitos que quiere llevar a cabo. Un padre debe hacer lo mismo también, y a menudo. Puede ejercer su autoridad para disciplinar a un hijo o una hija, pero a menudo le conviene esperar y, si puede, dejar pasar el mal momento hasta encontrar otro mejor para lograr una disposición mejor de sus hijos.

A menudo, en medio de una controversia o pelea, un verdadero líder debe contenerse en el ejercicio de su autoridad para permitir que las cosas maduren, y la gente tenga la oportunidad de medir mejor la naturaleza del conflicto. En una época de regímenes democráticos este es un ejercicio que debe cumplir permanentemente todo gobernante. Debe procurar ganar la voluntad de la gente, sus afectos, su disposición voluntaria para que lo siga. Así también es Dios, ya que no fuerza a nadie a reconocerlo como Dios y supremo Rey del universo. Retiene su mano mientras dirige llamados a la conciencia, esperando ganar el corazón de sus hijos para que lo sirvan por amor, no por fuerza ni por obligación.

Lo que hizo cierta vez el presidente de Francia

Charles de Gaulle fue presidente de Francia, poco después de la Segunda Guerra Mundial, en los años críticos que siguieron a esa guerra. Su gobierno se caracterizó por ser tradicionalista y represivo. Esto produjo, a la larga, grandes demostraciones públicas en su contra y huelgas que, en mayo de 1968 paralizaron el país, y llevó a los comunistas y socialistas a desafiar su

presidencia. De Gaulle huyó a Baden-Baden, donde estudió la posibilidad de intervenir con el ejército para detener las protestas. Sin embargo, terminó considerando más sabio aceptar algunas de las reformas que buscaban los manifestantes.

Siendo que para entonces, la mayoría en el parlamento le era adversa, se convenció luego que convenía disolverlo y tener nuevas elecciones el mes siguiente. Esto podía hacerlo más fácilmente luego de haber permitido que los opositores hiciesen desmanes y produjeran el caos. Al tener ahora que elegir entre la revolución y aún la guerra civil promovida por los partidos de izquierda, o el orden y prosperidad que había logrado mantener De Gaulle durante sus períodos de presidencia, la mayoría decidió alinearse con él. Su partido ganó 358 asientos en el parlamento, de los 487 disponibles.

Así también, en su divina sabiduría, el Señor consideró conveniente retener su mano para no ejercer toda su autoridad. Debía esperar hasta que el mundo madurase, y entonces todo el universo pudiese ver los frutos de la rebelión en su mayor magnitud. De allí que el apóstol Pablo se refirió a la sujeción total del mundo en referencia al futuro reinado del Mesías. Dios dijo a su Hijo:

> **Heb 1:13; 2:5; 10:13:** "Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies". "Porque Dios no sometió a los ángeles el mundo venidero, del cual estamos hablando..." , sino a su Hijo, quien debía esperar "hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies".

Aunque ese dominio o autoridad en relación con esta creación, Dios la había otorgado al hombre que había puesto sobre su jardín como mayordomo de su creación, ese dominio lo perdió Adán al arriar la bandera de su soberanía ante la usurpación del príncipe angelical rebelde (Gén 3; 2 Ped 2: 19; véase Heb 2:7-8). El propósito de la redención del Hijo de Dios, por el que vino a este mundo, fue devolver al hombre esa autoridad perdida (véase Miq 4:8). Por eso, el mismo apóstol Pablo presentó a Jesús como el segundo Adán (1 Cor 15:22), como Aquel a quien Dios "sometió todas las cosas bajo sus pies" (v. 25,27).

Sin embargo, sigue razonando Pablo, "aún no vemos que todas las cosas le estén sujetas" (Heb 2:8). Es el "mundo venidero" el que ha sido anticipadamente sujeto al Hijo del Hombre. Cuando Dios sentó a su Hijo a su diestra en el templo celestial, le confirió el derecho, el poder, la autoridad sobre todo (Heb 2:5). Cuando finalmente Dios mismo decida que el momento ha llegado para poner bajo su Hijo todos sus enemigos por estrado de sus pies, entonces esa autoridad que ya posee, pero que no ejerce a plenitud aún, la asumirá *de hecho*, consumadamente y para siempre.

> **Heb 10:12-13:** "Pero Cristo, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio, se sentó para siempre, a la diestra de Dios. Desde entonces *está esperando que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies*".

¿Dónde se encuentra la mayor revelación de esa autoridad que ya ejerce

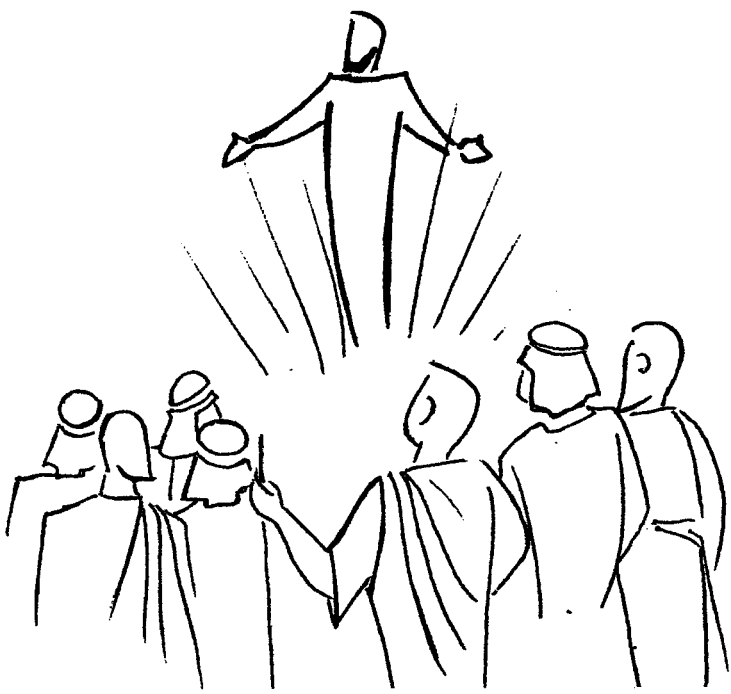
el Hijo de Dios, aunque no todavía a plenitud? En su iglesia, en la medida en que lo acepta y sigue sus directivas como su sumo pontífice en el santuario celestial.

Ef 1:22-23: "Y Dios sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo constituyó *cabeza suprema* de la iglesia, que es su cuerpo, *la plenitud* del que llena todas las cosas en todos".

Col 1:18: "El es *la cabeza del cuerpo* que es la iglesia. El es el principio, el primogénito de los muertos, *para que en todo tenga la preeminencia.* Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud".

¿Qué está esperando el Señor para terminar con este mundo de maldad? Que todos tengan oportunidad de escuchar su evangelio y tomar una decisión de alcances y consecuencias eternas. El no fuerza la decisión de nadie, por eso retiene su mano. De manera que su poder lo ejerce mayormente para permitir que cada cual pueda tomar su decisión, sin los impedimentos que el príncipe enemigo quiere imponer en sentido contrario.

Mat 24:14: "Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin".



Hech 1:6-8: "Entonces los que se habían reunido le preguntaron: 'Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo? El contestó: 'No os toca a vosotros saber los tiempos o las épocas que *el Padre puso en su sola potestad.* Pero recibiréis el poder, cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra'".

Siendo que Dios no puede disfrutar de la admiración y adoración de sus criaturas sin que provenga genuinamente del corazón, voluntariamente, debe retener su mano para no ejercer en forma total su autoridad. Da primeramente al mundo una oportunidad, a toda criatura, de formar parte de su reino, en una decisión libre. Es para salvaguardar el "libre albedrío" que el Señor todavía se autolimita.

¡Qué dolor, qué paciencia, qué sufrimiento deben sentir al unísono el Padre y el Redentor, al autolimitarse ante hijos que se descarrían y terminan participando del mismo odio del diablo contra él! Es el mismo dolor que experimentan los padres humanos cuando tienen hijos rebeldes y obstinados que rompen toda relación con ellos. Ese freno impuesto a sí mismo forma parte del amor divino. Dijo el apóstol, hablando del verdadero amor, lo siguiente:

1 Cor 13:4-7: "El amor es sufrido, es benigno..., no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor... Todo lo sufre. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta".

4. La autoridad limitada del príncipe de este mundo

[¿Qué otro príncipe sigue ejerciendo su "autoridad" sobre el mundo a causa del pecado? (Ef 2:2; véase Luc 22:53). ¿Qué hizo el Señor con él, de tal manera que nosotros podamos vencerlo también? (Apoc 12:10-12; Hech 26: 18; Col 1:13; véase Mat 10:1; Marc 3:15; 6:7; Luc 9:1; Ef 6:12; Sant 4:7)].

Jesús llamó a Satanás "príncipe de este mundo" (Juan 12:31; 14:30; 16: 11), y se refirió a su poder y autoridad como tenebroso. Aunque durante la mayor parte de su vida el diablo no pudo echarle mano, se le dio al final la oportunidad de ejercer su poder sobre el Hijo de Dios, como Dios permite a veces que suceda con nosotros para probarnos. Esto no significa que Satanás puede dominar nuestro espíritu interior, nuestra voluntad y lealtad a Dios. Pero hasta cierto punto, puede ejercer su autoridad para hacernos sentir su furia a través de instrumentos humanos, mediante calumnias, opresión y aún la muerte misma. Dijo Jesús:

Luc 22:53: "Cada día estuve con vosotros en el templo, y no extendisteis la mano contra mi. Pero ésta es vuestra hora, *en que reinan las tinieblas*".

Con respecto a la autoridad que ejerce el "príncipe de este mundo" sobre los que no conocen el evangelio, dijo el apóstol Pablo:

Ef 2:2: "En ellos [delitos y pecados] anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al *príncipe de la potestad del aire*, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia".

Es un poder o autoridad espiritual que ejerce el diablo, para tratar de impedir que el evangelio lleve a las almas a encontrar el verdadero refugio que ofrece Aquel que recibió de su Padre "toda autoridad en el cielo y en la tierra". Mientras que estaríamos contentos con saber que quien ejerce esa autoridad sobre nosotros es Dios mismo y su Hijo, así como sus ángeles fieles, podemos aterrarnos si captamos que quienes se han apoderado de

nosotros, hasta cierto punto, son los ángeles malos, el mismo príncipe del mal. Pero no tenemos por qué desesperar. Nuestro príncipe cuenta con todo el poder de Dios para librarnos de las garras de nuestro máximo enemigo, el diablo, y rescatarnos para siempre de su poder. Mientras que Jesús refrena su poder absoluto, el diablo no tiene un poder total y está bajo el control de Dios.

¿Cómo hace el Señor para librarnos de la autoridad del príncipe de las tinieblas? ¿Qué hace con nosotros para que podamos resistirlo con éxito y poder? Dios llamó a sus apóstoles para producir una auténtica liberación por el poder del Señor. Dijo el Señor en su llamado al apóstol de los gentiles, que lo levantó:

Hech 26:18: "para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y *de la potestad de Satanás* a Dios, para que reciban por la fe en mí, perdón de los pecados y herencia entre los santificados".

Col 1:13-14: "El [Cristo] nos libró de *la potestad de las tinieblas* y nos trasladó al *reino de su amado Hijo*, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados".

Apoc 12:10-12: "Entonces oí una gran voz en el cielo que decía: '¡*Ahora ha llegado* la salvación, *el poder y el reinado* de nuestro Dios, y *la autoridad de su Cristo*! Porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba día y noche ante nuestro Dios. Ellos *lo han vencido por la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de ellos*, y no amaron su propia vida ni aun ante la muerte. Por eso, ¡alegraos, cielos, y los que moráis en ellos! ¡Ay de la tierra y el mar! Porque el diablo ha descendido a vosotros con gran furor, al saber que le queda poco tiempo".

Este es el sentido de los pasajes que afirman que Dios nos hizo "reyes y sacerdotes" en Cristo Jesús (1 Ped 2:9; Apoc 1:5-6). Aunque la dimensión definitiva y absoluta de esta expresión podrá vérsela al final (véase Apoc 20: 4,6; 22:5), ya ha comenzado a darse en nosotros ese poder, logrando que el pecado no se enseñoree o domine más sobre nosotros (Rom 6:12-14; véase Juan 8:31-36).

¿Qué autoridad dio el Hijo de Dios a sus seguidores? En anticipación de su triunfo "les dio el *poder* de echar espíritus impuros, y sanar toda enfermedad y toda dolencia" (Mat 10:1; Mar 3:15; 6:7; Luc 9:1; 10:19). Siendo que iban a enfrentar batallas espirituales, les dio una armadura capaz de resistir todos los ataques del enemigo.

Ef 6:10-13: "*Fortaleceos* en el Señor y *con el poder de su fuerza*. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las artimañas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino *contra principados, contra potestades, contra dominadores de este mundo de tinieblas, contra malos espíritus de los aires*. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, quedar firmes".

E. de White: "Satanás tuvo otra vez consejo con sus ángeles y con acerbo odio contra el gobierno de Dios les dijo que si bien él retenía su poder y au-

toridad en la tierra, Jesús había conferido a sus discípulos la potestad de reprenderlos y expulsarlos, y de sanar a cuantos afligieran. Entonces los ángeles de Satanás salieron como leones rugientes a procurar la destrucción de los seguidores de Jesús" (*PE*, 19).

"Cristo vino al mundo para proveer un medio por el cual el hombre en su propio favor pudiese pelear las batallas del Señor, y ser admitido para sentarse a la diestra de Dios" (*RH*, 1-4-87, 14).

5. Supeditado voluntariamente al libre albedrío

[¿Qué autolimitaciones se impone hoy el Señor para ejercer toda su autoridad en medio de su pueblo? (Apoc 3:20; Heb 3:12-15; véase 2 Ped 2:10; Jud 8)].

Siendo que, por sobre todas las cosas, Dios estableció a su Hijo como Cabeza de su Iglesia, corresponde que nos preguntemos sobre cómo retiene Dios también su mano para no intervenir, aparentemente, a favor de los que profesan su nombre. A la iglesia de Laodicea, por ejemplo, Jesús le envió un mensaje a través de Juan en los siguientes términos:

Apoc 3:20: "Yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a su casa, y cenaré con él, y él conmigo".

Un pie en la puerta

Recuerdo cuando, años atrás, salí a vender libros con un amigo durante el verano. En cierto lugar, una mujer, al ver que ofrecíamos libros, quiso cerrar la puerta en nuestras narices aún antes de permitirnos terminar de decirle quiénes éramos. Mi amigo puso su pie en la puerta, de tal manera que esa señora no pudo cerrarla de primera intención. No quería irse sin decirle algunas cosas... (Bueno, tampoco vendimos allí...).

Pero, ¡qué asombroso! El Creador y Redentor de esta creación no fuerza la puerta de nadie, no pone su pie para evitar que se la cierren insolentemente en la cara. Se acerca a la puerta y llama para hacer amistad, cenar con su pueblo. Aunque tiene todo poder en cielo y tierra, llama al corazón y espera que le abran de buena voluntad. Siendo que el amor es un principio que, para ser completo, requiere la reciprocidad voluntaria de los que lo reciben, Dios aceptó soportar el desagravio de sus criaturas con miras a la posibilidad de su restauración. Cuando le abrimos la puerta, viene entonces con su Padre y nos transforma en templos vivientes en donde hace reposar su Espíritu (Juan 14:23-24). ¿Le abriremos la puerta de nuestro corazón, de nuestros afectos, de nuestra voluntad, de nuestra vida?

Heb 3:12-15: "Mirad, hermanos, que en ninguno de vosotros haya un corazón malo e incrédulo que lo aparte del Dios vivo. Antes, alentaos unos a otros cada día, mientras dura ese 'hoy', para que ninguno se endurezca con el

> engaño del pecado. Porque hemos llegado a ser participantes de Cristo, si retenemos firme el principio de nuestra confianza hasta el fin. Entre tanto que se dice: 'Si hoy oís su voz, no endurezcáis vuestro corazón..."

En referencia a los "injustos" y "corruptos de la carne", el apóstol Pedro declaró que:

> **2 Ped 2:10:** "*desprecian el señorío divino.* Atrevidos, rebeldes, que no temen hablar mal de las *potestades superiores*, mientras que *los ángeles que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición* contra ellos ante el Señor".

¿Hemos captado bien lo que implica esta declaración? Aún los ángeles que tienen mayor fuerza y poder que nosotros, participan de ese autocontrol o autolimitación divinos. Ni siquiera reaccionan vengativamente profiriendo maldición contra los que son atrevidos y "desprecian el señorío divino", a pesar de que los malvados hablan "mal de las potestades superiores".

¡Qué nobleza la del cielo! ¡No hay intentos de desquite, de represalias, de furia, de odio! Lloran los ángeles cuando la voz de Dios encuentra corazones endurecidos que no quieren abrir la puerta del corazón. Se alegran grandemente y cantan alabanzas a Dios cuando un pecador se arrepiente (Luc 15:7,10). ¡Qué contraste con el odio que impera en los ángeles de las tinieblas, que buscan constantemente razones para condenar a los hijos de Dios y blasfemar contra su nombre! (Apoc 12:10; 13:4-6; 16:9).

La furia del diablo

Hace un tiempo atrás estaba dando conferencias en California. Al terminar la reunión un miembro de la iglesia que me invitó me pidió ir a ver a una joven, hija de una familia vecina, que estaba poseída por el diablo. Fuimos tres pastores a verla, junto con otros tres ancianos. Llevaba cerca de cinco horas extendida en el suelo, con el cuerpo que se le hinchaba a la altura del estómago como una gran pelota, moviéndose hacia el vientre y hacia el pecho, para arriba y para abajo. Los familiares que procuraban mantenerla sujeta al suelo estaban agotados. Había un hombre para cada brazo y cada pierna, y una mujer trataba de mantener sujeta su cabeza. Cuando lograba librarse de la mordaza que le habían puesto, escupía furiosa, y profería palabrotas. También invocaba personas conocidas por la familia, que habían muerto. En uno de esos momentos en que se libró de la mordaza me acerqué para escuchar lo que decía, y escuché que el demonio comenzó a hablarme, diciéndome: "¡Fariseo, hipócrita!". [Cuando la joven volvió en sí, no recordaba nada, pero le dolía todo el cuerpo].

¡Qué furia! ¡Qué ira la del diablo! ¡Nunca lo había percibido antes en forma tan directa! Más adelante reconocí su mismo odio hacia mi ministerio, cuando debí enfrentarme a calumnias y manifestaciones de ira incomprensibles contra mí. Aunque todos somos pecadores, y cometemos errores, la furia que algunos revelan hacia nuestro ministerio, aún en relación con falencias propias a nuestra naturaleza pecaminosa, son inspiradas por Satanás.

Pero no tengamos temor. Dios ha puesto un freno al diablo. Es un enemigo vencido. El Señor lo derrotó en la cruz, y él ha recibido toda autoridad en cielo y tierra para mantenerlo sujeto. Podemos invocar con confianza el Nombre de Jesús, y el diablo, con todo su odio, tendrá que sujetarse a su autoridad.

Nuevamente, expresó el apóstol Judas (no el traidor que se ahorcó), la actitud noble del cielo, del Hijo de Dios, que revela al enfrentarse con la ira de Satanás. Aquel que oró por los que lo crucificaban pidiendo que se los perdonara, porque no sabían lo que hacían, tampoco discutió con el diablo cuando se acercó a devolverle la vida a Moisés. Incluyendo a los impíos en la furia demoníaca, dijo el apóstol:

> **Jud 8-10:** "De igual modo estos alucinados, en su delirio, contaminan su cuerpo, menosprecian la autoridad, y blasfeman de *las potestades superiores*. En cambio, *ni aun el arcángel Miguel, cuando contendía con el diablo* por el cuerpo de Moisés, *se atrevió a pronunciar un juicio de maldición contra él*, sino que sólo le dijo: 'El Señor te reprenda'. Pero estos maldicen lo que no conocen, y en lo que conocen por instinto natural, se corrompen como bestias brutas".

Ni los ángeles ni el Señor mismo maldicen al diablo en la lucha que han entablado. Dejan con el juicio final la sentencia que Dios mismo dará sobre Satanás y su cohorte angélica, la maldición que caerá sobre él y su hueste maligna, y sobre los que aquí en la tierra rechazaron la gracia divina y se alinearon detrás del bando de la rebelión. Esto nos muestra que en la gran batalla que se entabló en el cielo y que continúa en la tierra entre Cristo y Satanás, entre los ángeles de la luz y los ángeles de las tinieblas, no hay amargas y furiosas diatribas de parte de las huestes divinas. Ellos ejercen la autoridad que Dios les da sólo para proteger a los escogidos, y permitirles vencer.

Aun en los casos en los que los ángeles de Dios deben intervenir para destruir ejércitos asesinos, lo hacen sin discusiones airadas y pasionales con los ángeles rebeldes. Hay no sólo autoridad en Dios y en su hueste angélica, sino también dignidad y nobleza, en un grado que asombra cuando comparamos cuán fácilmente podemos enojarnos nosotros ante el desagravio humano. ¿No es ese un digno ejemplo de imitar? No por ser adoptados como hijos de Dios podemos abusar de la libertad y autoridad que el Señor nos dio. También nosotros tenemos que ejercer control sobre esa autoridad que recibimos del Señor, y tener paciencia, esperar, sin enfurecernos contra los que se oponen a nuestro ministerio.

No nos enfurezcamos contra el diablo

"A ese pastor le gusta ir a tirarle la cola al diablo", escuché decir a un dirigente de nuestra iglesia, en referencia a un evangelista que fustigaba verbalmente con furia a espiritistas y opositores. Se le apagaban las luces repentinamente cuando estaba predicando. Le quemaban la carpa en medio

de sus conferencias. Una vez acuchillaron a un hombre a la entrada de su carpa, y la gente se asustó, desistiendo de venir a sus conferencias. Él aparecía como un quijote espadachín de duendes, y contaba en forma dramática sus luchas con el diablo.

¡No, no! ¡No sintamos que debemos enfurecernos contra Satanás! Podemos comprender que nos disgusten sus artimañas, pero encomendémonos a Dios, y digámosle como nuestro ejemplo: "¡El Señor te reprenda," o Satanás! (Zac 3:2).

Conclusión y apelación espiritual

Querido amigo o amiga que has seguido este estudio sobre la autoridad divina, quiero decirte, en primer lugar, que no debes desesperar. ¡Sí, es cierto, el diablo y sus ángeles malos todavía ejercen en gran manera su autoridad despótica sobre los reinos y principados de este mundo! (Mat 20:25; Marc 10:42; Luc 22:25). El Señor quiere que nosotros no usemos ese tipo de autoridad, sino que sigamos su ejemplo de abnegación y sacrificio (Mat 10: 38; Luc 9:23). Nos dice, además, que desde que ascendió al cielo aseguró para nosotros una autoridad que nos permite vivir libres de ese dominio absolutista y dictatorial que tanto gustan ejercer las huestes del mal.

A ti ha venido el Señor para devolverte el señorío primero, ese autocontrol y dominio propio que perdiste en la persona de tus padres en el jardín del Edén. Puedes, y podemos, al someternos primeramente a Dios, "resistir al diablo" y lograr que huya de nosotros (Sant 4:7). Pero ese poder no nos pertenece, sino que se nos confiere por gracia. Para ello requiere el Señor que le abramos la puerta de nuestro corazón, y le permitamos venir con su Padre, a través del Espíritu Santo, para transformarnos en templos suyos, de tal manera que ningún tipo de posesión demoníaca pueda darse en nosotros. ¿Quieres abrirle la puerta de tu vida, de tus sentimientos y emociones, de tu mente, para amarlo con todas tus fuerzas, con todo tu entendimiento, y con todo tu corazón? (Mat 22:37-38).

Oración. Padre nuestro que estás en el cielo, gracias te damos por ese poder y autoridad que tienes y ejerces para libertar a tantos hijos descarriados, para permitirnos recobrar fuerzas y, con tu poder, resistir el mal y vencer al príncipe de este mundo. No permitas, Señor, que caigamos bajo su potestad maligna. Mantennos sujetos a ti, para que podamos gustar cuán bueno eres para con los que se refugian en ti, y reciben de ti todo poder para vencer y libertar a otros de las garras de Satanás, que luchan también contra el mal. Te lo pedimos en el Nombre todopoderoso de Jesús nuestro Salvador, **Amén**.

SECCIÓN II

AUTORIDAD PLENA Y CONSUMADA

Se dice de David que era "un varón según el corazón de Dios" (1 Sam 13:14; Hech 13:22). Esto puede parecer exagerado, porque todos conocemos

que estuvo sujeto a las pasiones de cualquier ser humano. Tuvo sus momentos álgidos en la vida, y también los tuvo en seria declinación. Si la Palabra de Dios se refirió a David en esos términos, pienso que es por el deseo divino tan grande de revelarse a nosotros, y la necesidad que tiene de buscar ejemplos dentro de este mundo caído.

Hay muchos aspectos que se pueden resaltar del carácter de David que representan admirablemente el carácter del Señor. Uno de ellos tuvo que ver con la capacidad de retener su mano para no ejercer plena y absoluta autoridad la que, en el contexto del mundo antiguo, un rey recibía al ser coronado. David supo esperar el momento determinado por Dios para ello. No se apresuró, arrebatadamente, para ocupar el trono que Dios ya le había asignado. Pacientemente aguardó hasta que llegase el momento debido.

Siendo joven y el menor de sus hermanos, aún cuidando las ovejas de su padre, vino el profeta Samuel y lo ungió como rey de Israel. Fue así que se enteró, repentina e inesperadamente, que Dios lo había llamado para tan grande cometido. Eso no significaba que podía salir a proclamar a todo el mundo esa noticia, porque lo iba a poner en problemas. Debía esperar el momento que Dios determinase para ello. Debía recibir también el reconocimiento del pueblo sobre el que iba a ser rey. Por lo tanto, David supo que debía esperar hasta el momento en que Dios lo diese a conocer.

Su valentía y fe en Dios pudo demostrarlos en la victoria que tuvo ante el gigante Goliat, cuando nadie, ni el mismo rey de Israel, se atrevía a hacerle frente. Nadie más en Israel, desde entonces, iba a ignorar quién era él. Pero tampoco había llegado el momento de proclamarse rey. Iba a tener que sufrir contrariedades, celos y persecuciones a causa de su valor y fe en Dios. Aún teniendo la oportunidad de quitarle la vida al rey que Dios ya había descartado, David retuvo su mano esperando el momento que Dios había determinado. "No tocaré al ungido de Israel", fue su consigna (1 Sam 24:10).

Pasaron un buen número de años antes que el rey Saúl muriese finalmente en una batalla. Una de las tribus, la más significativa, vino entonces a David y lo ungió rey (2 Sam 2). Era la tribu de Judá, de la que él provenía y a la que, por consiguiente, pertenecía. Pero faltaba el reconocimiento de las otras tribus, y encontró resistencia de parte de los que habían sido leales a Saúl. David no hizo nada para imponerse delante de ellas, por lo que reinó en Judá por siete años y seis meses (2 Sam 2:11). Esperó que Dios le preparase el terreno, y volcase en su favor las simpatías de esas otras tribus que le eran adversas. Los que se oponían a su reino que consideraron rival, salieron a hacerle guerra, y sus ejércitos debieron defenderse. Pero ni aún así David se apresuró (2 Sam 2:12ss; 3:2ss). El día llegó para ese hombre de fe, en que finalmente el cuadro maduró, y la gente estuvo lista para aclamarlo rey. Todo Israel, sin ninguna tribu rebelde, terminó reconociéndolo como el Ungido del Señor (2 Sam 3:9ss). David hizo de la ciudad de Jerusalén la capital de su reino.

Pacientemente por siglos, el Hijo de Dios ha estado esperando que "sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies" (Heb 10:13). Más que eso, ha estado esperando que más y más almas se entreguen a él para ser súbditos de su reino. El día debía llegar, sin embargo—y con gran alegría podemos decir que está ya cercano—en que no retendría más su mano, y asumiría "su gran poder", su autoridad absoluta y consumada sobre todos los reinos y naciones del mundo. Ese día se está acercando apresuradamente. Podemos decir que está cerca, a las puertas.

David descubrió que cuando su pueblo estuvo listo para aclamarlo, las naciones de alrededor se levantaron para derrocarlo y destruirlo (Sal 2). Su fe y su valor no disminuyeron. Con el poder divino aplastó y destruyó como vaso de alfarero a todas esas naciones rebeldes invasoras (Sal 2:8-9). Así también, cuando Dios asuma finalmente toda su autoridad, sin restricción alguna, vendrá para destruir a las naciones, y a regirlas con vara de hierro (Apoc 19:15). Será entonces cuando Jesús, el hijo de David, será coronado como Rey de la Nueva Jerusalén.

6. La investidura final como Rey de la Nueva Jerusalén

[¿Cuándo sería investido Jesús como Rey de la Nueva Jerusalén, según el orden prefigurado por David? (Luc 19:11-16; Hech 1:6; Luc 23:42; cf. Eze 34:22-24; véase 2 Tim 4:18; 1 Tim 4:1; 2 Tes 1:5-10; Sant 2:5; 2 Ped 1: 11)].

El reino sacerdotal equivalente al de Melquisedec, que combinó dos ministerios que en el Antiguo Testamento cumplieron dos familias diferentes (David y Aarón), debía culminar con una obra de juicio en el lugar santísimo. En esa oportunidad en que concluía la labor sacerdotal del año con la purificación del santuario, iba a corresponder que se coronase al Hijo de Dios como Rey de la Nueva Jerusalén. Antes que se lo coronase rey, debía determinarse quiénes serían sus súbditos, los habitantes de esa ciudad (véase 2 Tes 1:5-10; 1 Tim 4:1). Siendo que esa ciudad celestial va a suplantar a todos los reinos de este mundo, también se lo corona entonces como Rey de reyes y Señor de señores (Apoc 17:14; 19:16).

En las siguientes dos lecciones abordaremos estos aspectos con más detalles. Corresponde aquí señalar algunos pasajes de los evangelios y de las epístolas que muestran que el Señor había ascendido al cielo para recibir un reino en el fin del mundo. Mientras que algunos pasajes refieren su coronación inicial y hablan de su reino espiritual en el contexto presente, otros señalan el momento en el que restituirá el reino de Israel, de Jerusalén, en el fin. Mientras que la Biblia se refiere a ese reino espiritual como ejerciéndose sobre el "trono de la gracia" al que por la fe tenemos hoy acceso (Heb 4:16), al reino futuro lo identifica más precisamente con el trono "trono de la gloria" (Mat 25:31).

Los discípulos no captaron enseguida que la restitución prometida antiguamente a la vieja Jerusalén, era un símbolo de la Nueva Jerusalén en el cielo. Esto lo entendieron más tarde al recordar otras parábolas de Jesús en

las que los gentiles serían incluidos en ese reino del Mesías prometido. Una de ellas la dio Jesús al acercarse a Jerusalén en la etapa final de su ministerio terrenal. Los discípulos pensaron que había llegado el momento en que Jesús iba a cumplir las promesas dadas por Dios mediante sus profetas, de restaurar el reino de Israel y reinar como rey en la capital del reino. Pero eso no debía ocurrir enseguida—según comenta Lucas, quien para cuando escribió su evangelio, ya había entendido que el Señor asumiría ese reino al final de los siglos.

Luc 19:11-15: "Jesús prosiguió con una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén, y ellos *pensaban que el reino de Dios se manifestaría enseguida*. Dijo: 'Un hombre noble se fue a un país lejano, *a recibir un reino y volver*. Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: 'Negociad hasta que yo vuelva'. Pero sus compatriotas lo aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: 'No queremos que este hombre reine sobre nosotros' [*Nueva Reina Valera 2000*]. Sucedió que *una vez de regreso, después de haber recibido la dignidad real*, mandó llamar a los siervos" [*Bible de Jérusalem*].

Mientras estaban en el cautiverio babilónico y sin rey en Israel, Dios les envió la promesa, a través del profeta Ezequiel, de mandarles un Nuevo David que restituiría el reino a Israel, y pastorearía para siempre a su pueblo. Esto tendría lugar luego de un juicio que Dios haría con su pueblo en Babilonia, determinando quiénes serían admitidos en ese reino en la Nueva Jerusalén.

Eze 34:22-24: "Yo salvaré a mis ovejas, y nunca más serán en rapiña, y juzgaré entre oveja y oveja. Levantaré sobre ellas un pastor, a mi siervo David, él las apacentará, él será su pastor. Yo, el Señor seré su Dios, y mi siervo David su príncipe".

Un remanente volvió de Babilonia. Pero ese segundo David esperado no vino enseguida. Cuando finalmente vino, en lugar de ser coronado sobre la vieja Jerusalén, se "fue lejos". Los discípulos le preguntaron al partir:

Hech 1:6-7: "'Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo?' El contestó: 'No os toca a vosotros saber los tiempos o las épocas que el Padre puso en su sola potestad'".

La restauración del reino de Israel que el Mesías o Nuevo David debía cumplir, no tendría lugar antes de la Segunda Venida de Cristo. Sería entonces que ese Nuevo David, Cristo Jesús, sería coronado rey de la Nueva Jerusalén, y vendría a buscar a su pueblo para llevarlo a esa ciudad. El Señor se fue con un propósito tal, de recibir un reino antes de volver. El ladrón en la cruz entendió esto, y le pidió que cuando volviese "en su reino" de gloria, no se olvidase de él:

Luc 23:42-43: "Y dijo a Jesús: 'Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino'. Entonces Jesús le contestó: 'Te aseguro hoy, estarás conmigo en el paraíso'".

Ese reino estaba en el futuro, como se ve en la declaración de Jesús,

"hasta que venga el reino de Dios" (Luc 22:16,18). El apóstol Pablo también se refirió a ese reino futuro como "reino celestial", y creía que Dios iba a preservarlo para el momento en que el Hijo de Dios asumiese ese reino.

2 Tim 4:18: "El Señor me librará de toda mala obra, y me preservará para su reino celestial".

Pablo sabía, como los demás discípulos del Señor, que Jesús había ido a preparar su ciudad para recibir a su pueblo que invocaba su nombre en la tierra (véase Juan 14:1-3). Sabía también que los justos recibirían al Señor en el aire, y serían trasladados al reino celestial, a la casa de su Padre (1 Tes 4:17; Heb 11:10,14,16). La asunción de ese reino celestial sería precedida por una obra de juicio, como ya vimos, que se llevaría a cabo en el lugar santísimo del santuario celestial.

2 Tim 4:1: "Ante Dios y el Señor Jesucristo, que ha de juzgar a los vivos y los muertos en su manifestación y en su reino".

2 Tes 1:5-10: [La paciencia de los justos] "es una evidencia del *justo juicio de Dios*, para que seáis tenidos *por dignos del reino de Dios*, por el cual padecéis. Dios es justo al retribuir con tribulación a los que os atribulan, y al daros reposo a vosotros que sois atribulados, y a nosotros también. *Esto sucederá cuando el Señor Jesús aparezca desde el cielo con sus poderosos ángeles*, en llama de fuego, para dar la retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Estos serán castigados de eterna destrucción por la presencia del Señor y por la gloria de su poder, en aquel día, cuando Cristo venga para ser glorificado en sus santos y ser admirados por todos los que creyeron".

También los apóstoles Santiago y Pedro hablaron de ese reino futuro al que Dios ha decidido dar en herencia a los fieles.

Sant 2:5: "¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo [los desheredados], para que sean ricos en fe, y hereden el reino que ha prometido a los que lo aman?"

2 Ped 1:11: "De esta manera [afirmando la vocación y elección] os será concedida amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo".

7. Asumiendo su autoridad a plenitud

[¿Qué hará el Señor entonces, que demostrará que no retendrá más su mano de ejercer su autoridad plena y absoluta sobre el mundo? (Apoc 11:15-17)].

¿Cuándo "comienza" a reinar el Señor, según Juan en el Apocalipsis? ¿Acaso no está reinando desde que ascendió al cielo? Sí, pero mientras que en aquel entonces asumió un reino de gracia, espiritual; el que todos esperamos que termine asumiendo al final es el reino de gloria. ¿Por qué? Porque queremos irnos ya de este mundo, y ser *glorificados* (Rom 8:30) y gobernados por él. Su reino es mejor, es justo, es eterno. Mientras aquí nos angustiamos bajo malos administradores de este mundo, anhelamos al mismo tiempo que venga el reino del Señor.

Apoc 11:15-17: "El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo fuertes voces en el cielo, que decían: 'El reino del mundo ha venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y reinará para siempre jamás'. Y los 24 ancianos que estaban sentados ante Dios en sus tronos, se postraron sobre su rostro y adoraron a Dios, diciendo: 'Te damos gracias, Señor Todopoderoso, que eres y que eras, porque *has asumido tu inmenso poder, y has empezado a reinar*".

Proliferación nuclear

La carrera armamentística y el desarme nuclear no parecen poder encontrar en este mundo, un camino común y coherente. Mientras que todos los países quisieran poder contar con armamentos poderosos de disuasión, los más fuertes tienen temor de que la tecnología moderna más sofisticada de energía pase a manos de gente belicosa, terrorista. Los más desarrollados tecnológicamente pretenden que sus armas nucleares son defensivas, con el único propósito de disuadir a todo otro gobierno o reino que quiera causarles daño. Pero otros gobiernos cuyos países avanzan tecnológicamente también, quieren igualmente poder contar con esas mismas armas disuasivas.

Los países que mayor temor causan son los musulmanes. Debido a que tanta gente de entre ellos ha estado dispuesta a inmolarse matando y destruyendo la mayor cantidad de gente posible, pensando que por tratarse de una "guerra santa" Alah los va a recibir inmediatamente en el paraíso, la posibilidad de que esos países terminen teniendo acceso a la energía atómica causa mayor alarma en los países que ya las tienen. ¿No serán capaces de inmolar, llegado el caso, su país entero, siguiendo un principio semejante al de Sansón, quien dijo al morir, "muera yo con los filisteos"?

"No habrá paz para los impíos", dijo el profeta en la antigüedad (Isa 48: 22). En este mundo las guerras no cesarán hasta que Cristo vuelva. Aún así, admirable es el control que ejercen las potencias de este mundo. Podrían destruir países enemigos enteros, acabando con toda vida, como hacen en muchos lugares con los pollos ante la gripe mortal aviaria. Hay un auto-

control en esas naciones poderosas, que las llevan a no usar todo su arsenal. Aunque ellas no lo sepan, ese control lo ejerce, en realidad, Dios mismo a través de sus ángeles, quienes obran en la conciencia y en los valores espirituales de los gobernantes, poniendo un freno que sólo se soltará cuando el Señor venga (Apoc 7:1-3).

¡Sí, Dios retiene su mano para no destruir este mundo pecador! Quiere salvar a toda la gente de buena voluntad que acepte su evangelio. Pero esto no será así eternamente. Este mundo malvado tendrá un fin. Cuando el juicio termine en el cielo, entonces todas las pasiones que estuvieron contenidas en la tierra se desencadenarán produciendo la hecatombe más desastrosa de todos los siglos. En ese contexto el Señor asumirá su reino de gloria, y ya no retendrá más su mano para hacer justicia. Vendrá para dar el pago "a cada uno según su obra" (Apoc 22:12).

8. Lugar de la investidura final

[¿Dónde sería investido Jesús como Rey de la Nueva Jerusalén? (Dan 7:13-14; Apoc 11:15-19)].

Siendo que la Nueva Jerusalén está en el cielo, la investidura de Jesús como rey de esa ciudad santa debía darse en el cielo. Y siendo que la conclusión de su reino-sacerdotal equivalente al de Melquisedec debía concluir con una obra de juicio en el lugar santísimo del templo celestial, su coronación iba a concretarse en ese preciso lugar, al concluir el juicio investigador que precede a su venida. Ya vimos que para el establecimiento de los tronos del juicio hay movimiento. Dios mismo se mueve y el Hijo del Hombre comparece delante de él en ese lugar más interior del santuario del cielo. Prestemos atención, ahora, al propósito de esa comparecencia del Hijo del Hombre o, dicho en las palabras del apóstol Pablo, del Segundo o "postrer Adán" (1 Cor 15:45).

Dan 7:13-14: "Seguí mirando en la visión nocturna, y vi que en las nubes del cielo venía como un Hijo de Hombre. Llegó hasta el Anciano de días y fue llevado ante él. Y le *fue dado dominio* ["autoridad", LXX: *exousía*], y gloria *y reino*. Y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su *dominio* es eterno, que nunca pasará, y su *reino* nunca será destruido".

Estamos en el fin del mundo, luego del cuarto imperio que fue el romano, y del anticristo que salió de ese imperio y gobernó el mundo durante toda la Edad Media conjuntamente con los reyes europeos. Es entonces que se establece la corte del cielo, y el Hijo del Hombre comparece para recibir "dominio" o "poder", "gloria y reino". ¿Cómo sabemos que ese dominio, gloria y reino, debía darse en el juicio que se llevaría a cabo en lugar santísimo del templo celestial? El apóstol Juan lo vio en la séptima y última trompeta, la trompeta del juicio final. Ya vimos al responder a la pregunta anterior, que es entonces que el Padre y el Hijo asumen su reino, y comienzan a reinar. Veamos ahora su conexión con el juicio final y el cuarto del arca del pacto.

Apoc 11:15,17-19. "*El reino del mundo ha venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo*, y reinará para siempre jamás... Te damos gracias, Señor Todopoderoso..., porque *has asumido tu inmenso poder, y has empezado a reinar*. Se han airado las naciones, y *ha llegado* tu ira, *el tiempo de juzgar a los muertos, de dar el galardón* a tus siervos los profetas, a los santos y a los que temen tu Nombre, pequeños y grandes, *y de destruir a los que destruyen la tierra*. Entonces *fue abierto el santuario de Dios que está en el cielo, y quedó a la vista el Arca de su Pacto* en su santuario".

Esta misma ocasión, aunque con más detalles, se le reveló al apóstol Juan en su primera visión del trono de Dios. Hay una puerta que está abierta al lugar santísimo del templo celestial (Apoc 4:1). La corte celestial aparece ya sentada sobre tronos, y reconoce que el que está sentado en el trono y el Cordero son dignos de "recibir poder y riquezas, sabiduría y fortaleza, honra, gloria y alabanza" (Apoc 4:11; 5:12-13). "La Raíz de David" recibe el libro que el rey de Israel debía recibir como señal de autoridad cuando se le entregaba el reino, al ser coronado rey sobre Jerusalén, su capital (Apoc 5:5-7; cf. Deut 17:14-15,18-19).

Apoc 12:10-12: "Entonces oí una gran voz en el cielo que decía: '¡*Ahora ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo*! [Véase Apoc 11:17]. Porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba día y noche ante nuestro Dios. Ellos *lo han vencido* por la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de ellos [véase Apoc 20:4], y no amaron su propia vida ni aun ante la muerte [véase Apoc 6:9-11]. Por eso, ¡alegraos, cielos, y los que moráis en ellos! ¡Ay de la tierra y el mar! [véase Apoc 7:1-3]. Porque el diablo ha descendido a vosotros, con gran furor, al saber que le queda poco tiempo" [véase Apoc 12:17].

No olvidemos que en la *inauguración* del santuario celestial, el Hijo de Dios fue coronado *de derecho* como rey de su pueblo, en un reino-sacerdotal. En la *conclusión* de ese ministerio debía ser coronado *de hecho* como rey de la Nueva Jerusalén, y también de toda esta creación que le había sido arrebatada por el diablo. Por tal razón, el pasaje que acabamos de considerar puede, en cierto sentido, implicar ya esa autoridad inicial que recibió el Hijo de Dios, aunque la referencia más directa es la final. Mientras que en su mensaje a las Iglesias del Asia, 60 años después de haber sido coronado rey-sacerdote según el orden de Melquisedec, Jesús hace referencia a los que venzan, dando a entender que ellos están en medio de la batalla (Apoc 2:7,11,17,26; 3:5,12,21); acá se hace referencia a la victoria ya obtenida de "los hermanos", a pesar de todas las acusaciones de Satanás contra ellos en el juicio, en un intento de lograr su ruina.[2]

E. de White: "Vi al Padre levantarse del trono, y en un carro de llamas entró en el lugar santísimo, al interior del velo, y se sentó. Entonces Jesús se levan-

[2] E. G. White cita Apoc 12:10 en los dos contextos, inaugural y final. Véase 3 *SP*, 194; *RH*, 06-19-1900, 17. Pero el versículo 11 lo cita únicamente en el contexto final del juicio.

tó del trono, y la mayoría de los que estaban prosternados se levantó con él... Los que se levantaron cuando se levantó Jesús, tenían los ojos fijos en él mientras se alejaba del trono y los conducía un trecho. Alzó entonces su brazo derecho, y oímos su hermosa voz decir: 'Aguardad aquí; *voy a mi Padre para recibir el reino*; mantened vuestras vestiduras inmaculadas, y *dentro de poco volveré de las bodas y os recibiré a mí mismo*'. Después de eso, un carro de nubes, cuyas ruedas eran como llamas de fuego, llegó rodeado de ángeles, adonde estaba Jesús. El entró en el carro y fue llevado al lugar santísimo, donde el Padre estaba sentado. Allí contemplé a Jesús, el gran Sumo sacerdote, de pie delante del Padre" (*PE*, 55).

9. En la gloria y poder de su Padre

[¿Con qué vendrá el Señor, lo que nos muestra que asume el reino antes de su venida? (Mat 24:30; Mar 13:26; Luc 21:27; Apoc 14:14). ¿Qué hará entonces? (1 Cor 15:24: Apoc 17:14; 19:15-16)].

Cuando el Señor concluya su obra de juicio en el santuario celestial, y sea investido y coronado como Rey de reyes y Señor de señores, volverá a la tierra "a la diestra del poder de Dios", sin retener más su mano, y la impondrá a todos los habitantes de la tierra. Los evangelios sinópticos reportan el hecho sin dejar lugar a dudas:

Mat 24:30: "Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre, y todas las naciones de la tierra se lamentarán; y verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes del cielo, *con gran poder y grande majestad*".

Mar 13:26: "Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes *con gran poder y gloria*".

Luc 21:27: "Entonces verán al Hijo del Hombre que viene en una nube, *con poder y grande majestad*".

Juan no describe la segunda venida de Cristo en su evangelio como los otros evangelistas, tal vez porque esa tarea se la tenía reservada el Señor pa-

ra hacerla al final de su carrera, en el Apocalipsis. Trae a colación en su evangelio, sin embargo, su oración porque Dios lo glorifique "con la gloria que" tuvo junto a su Padre "antes que el mundo fuera creado" (Juan 17:5). Volverá por segunda vez "en la gloria de su Padre", lo que muestra que habrá recuperado plenamente su posición anterior (Mat 16:27). Luego lo ve Juan en el Apocalipsis, viniendo con "muchas diademas en su cabeza" (Apoc 19:12), y "una corona de oro":

Apoc 14:14: "Y vi una nube blanca, y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, con una corona de oro en su cabeza, y en su mano una hoz aguda".

¿Cuándo vendrá el fin, y qué hará el Señor en esa ocasión? Después de la ceremonia de boda que lo corona como Rey de la Nueva Jerusalén (Apoc 19:7-8,11-21).

1 Cor 15:24: "Entonces vendrá el fin..., cuando haya *quitado todo dominio, toda autoridad y potencia*".

Apoc 19:15-16: "De su boca salía una espada aguda, para herir con ella a las naciones. El las regirá con vara de hierro, y pisará el lagar del vino del furor de la ira del Dios Todopoderoso. En su vestido y en su muslo tiene escrito este Nombre: 'Rey de reyes y Señor de señores'.

Apoc 17:14: "Pelearán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles".

10. Nuestra investidura final

[¿De qué seremos investidos juntamente con el Señor en su venida? (Dan 7:22,26-27; Apoc 2:26; 20:4,6; 22:5)].

El profeta Daniel fue bien claro al declarar que primero viene el juicio en el cielo, y luego, como resultado de la investigación y análisis que se hace basados en libros, los que son aprobados por el juicio reciben el reino juntamente con el Hijo del Hombre. Notemos que el juicio tiene por propósito vindicar también a "los santos del Altísimo", declarándolos dignos de recibir el reino con su Señor.

Dan 7:22,26-27: "Hasta que vino el Anciano de días, y *pronunció juicio a favor de los santos del Altísimo*. Y vino el tiempo, y los santos poseyeron el reino... Pero se sentará el tribunal en juicio, y le quitarán su dominio [al anticristo], para que sea destruido por completo y para siempre. Y *el reino, el dominio y la majestad de los reinos* debajo de todo el cielo, serán dados al pueblo de los santos del Altísimo; cuyo reino es *reino eterno*, y todos los dominios le servirán y obedecerán".

En su mensaje a la Iglesia de Tiatira, Jesús prometió "al que venza" de entre ellos y "guarde" sus "obras hasta el fin":

Apoc 2:26-27: "*le daré autoridad sobre las naciones*. Las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de arcilla, *así como yo recibí autori-*

dad de mi Padre. Y le daré también la Estrella de la mañana" [lo que vincula ese triunfo al del prometido Hijo de David (Apoc 22:16)].

¿Cómo es que recibiremos "autoridad" por sobre las naciones? El cuadro cambiará. Los que fueron perseguidos por jueces indignos, se sentarán como jueces dignos sobre los que los condenaron y mataron. Los reyes que persiguieron a los seguidores del Cordero, verán a éstos coronados como reyes y sacerdotes juntamente con su Señor. Los demonios y el mismo diablo que los habían engañado y procurado esclavizar en este mundo, tendrán también que someterse al veredicto de los justos.

1 Cor 6:2-3: "¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo?... ¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida?"

Apoc 20:4: "Y vi tronos. Y en ellos se sentaron los que *recibieron autoridad para juzgar* [véase Luc 22:30]. Y vi las almas de los decapitados por el testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios... Estos volvieron a vivir, y reinaron con Cristo... ¡Dichoso y santo el que tiene parte en la primera resurrección! La segunda muerte no tiene poder sobre ellos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él..."

Apoc 22:5: "Y reinarán por los siglos de los siglos".

Conclusión y apelación final

La ley antigua que dice "ojo por ojo" y "diente por diente", se la conoce como "ley del talión". Siendo que esa ley aparece en el código de Moisés, algunos piensan que es cruel y que no refleja el carácter divino. Sin embargo esa ley se la dio Dios a Moisés, y constituye el principio más elemental de la justicia. El hecho de que Dios haya interpuesto otro principio, el del amor, el del que paga siendo inocente para redimir a otros, no niega que, a la postre, la ley del talión será usada para con aquellos que habrán rechazado la gracia divina.

Hace unos años atrás se hizo una película del rey Luis XIV de Francia presentándolo como realmente era, tirano, despótico y cruel. Junto a ese hecho histórico se montó una escena imaginaria de un hermano gemelo que había tenido y a quien había desterrado para que no terminase ocupando su lugar. Lo recluyó a la prisión de un viejo castillo. Le hizo poner una especie de casco que cubría toda su cabeza. Ese casco tenía un enrejado de hierro a la altura de los ojos para poder ver y un pequeño espacio abierto a la altura de la boca para poder comer. Así se recluía a la gente indeseable durante la Edad Media, haciendo imposible que se los reconociese. Se los abandonaba a un olvido miserable.

Dos personas que ocupaban un alto puesto en la corte del rey, y que no soportaban la tiranía de Luis XIV, conocían supuestamente lo que el rey había hecho con su hermano gemelo. Por consiguiente tramaron con bastante tiempo de antelación redimir al hermano desterrado, y prepararlo para reemplazar al rey vigente. Su misiva tuvo éxito, y el destino de Luis XIV

terminó siendo el mismo que había tramado para su hermano. El mensaje de ese drama, aunque en un contexto negativo, era equivalente al que dejó Jesús cuando dio la regla de oro: "Todo lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo también vosotros a ellos" (Mat 7:12).

¡Tanta maldad, tanta crueldad sigue viéndose en este mundo! ¡Hombres y mujeres despiadados que no tienen temor de Dios! ¿No debía llegar el día en que el cuadro se revirtiera? El evangelio no suprime la justicia divina, sino que la exalta junto al amor. Por eso dijo el apóstol Pablo que "Dios es justo al retribuir con tribulación a los que os atribulan", en referencia al castigo final (2 Tes 1:6). Debemos recordar que Dios es tan fiel en cumplir sus promesas de redención eterna como sus advertencias de destrucción final (compárese Deut 30:15-20 con Juan 5:28-29).

¿Cuántos quieren la vida hoy, lo que implica aceptar al Hijo de Dios como su rey, su gobernante supremo, y la ley de su gobierno? ¡Que así sea, Amén!

Oración. Padre nuestro que estás en el cielo, gracias por redimirnos. Gracias también por poner delante de nosotros la promesa de la vida eterna. Si hoy sufrimos, sabemos que mañana reinaremos contigo, y por toda la eternidad (2 Tim 2:11-12). Queremos, Señor, recobrar el dominio, la autoridad perdida, para no ser esclavizados más por el pecado. Gracias por tu liberación presente. Miramos con ansias a esa liberación futura en la que restituirás en forma completa nuestro dominio, para nunca más caer, nunca más sufrir tentación, nunca más recibir frustración. Ven pronto, te lo pedimos en el nombre de Jesús nuestro Salvador, **Amén.**

CUESTIONARIO VI

AGUARDANDO LA ASUNCIÓN DEL REINO

Sección I. Autoridad restringida

1. ¿Qué clase de reino debía ser inaugurado al ascender el Hijo de Dios al cielo como "ministro del santuario" celestial? (Sal 110:1,4; Heb 8:2). ¿Qué dos oficios tendría ese reino, así como lo había sido el antiguo que lo prefiguraba? (Heb 5:4-6: 7:1-3; véase Hech 2:34-36; 13:33-36).

Respuesta: .....

2. ¿Qué reconoció haber recibido Jesús, luego de haber resucitado y ascendido al cielo? (Mat 28:18).

Respuesta: .....

3. A pesar de habérsele otorgado todo poder y autoridad cuando ascendió al cielo, ¿qué debía esperar el Señor para ejercer a plenitud ese poder? (Heb 2: 5,8; 10:12-13). ¿Sobre qué o quiénes ejercería especialmente ese poder y autoridad? (Ef 1:22; Col 1:18).

Respuesta: .....

4. ¿Qué otro príncipe sigue ejerciendo su "autoridad" sobre el mundo a causa del pecado? (Ef 2:2; véase Luc 22:53). ¿Qué hizo el Señor con él, de tal manera que nosotros podamos vencerlo también? (Apoc 12:10-12; Hech 26:18; Col 1:13; véase Mat 10:1; Marc 3:15; 6:7; Luc 9:1; Ef 6:12; Sant 4:7).
Respuesta: .....

5. ¿Qué autolimitaciones se impone hoy el Señor para ejercer toda su autoridad en medio de su pueblo? (Apoc 3:20; Heb 3:12-15; véase 2 Ped 2:10; Jud 8).

Respuesta: .....

Sección II. Autoridad plena y consumada

6. ¿Cuándo sería investido Jesús como Rey de la Nueva Jerusalén, según el orden prefigurado por David? (Luc 19:11-16; Hech 1:6; Luc 23:42; cf. Eze 34:22-24; véase 2 Tim 4:18; 1 Tim 4:1; 2 Tes 1:5-10; Sant 2:5; 2 Ped 1:11)].

Respuesta: .....

7. ¿Qué hará el Señor entonces, que demostrará que no retendrá más su mano de ejercer su autoridad plena y absoluta sobre el mundo? (Apoc 11:15-17).

Respuesta: "Has ..... tu inmenso poder, y has

..... a reinar".

8. ¿Dónde sería investido Jesús como Rey de la Nueva Jerusalén? (Dan 7:13-14; Apoc 11:15-19).

Respuesta: .....

9. ¿Con qué vendrá el Señor, lo que nos muestra que asume el reino antes de su venida? (Mat 24:30; Mar 13:26; Luc 21:27; Apoc 14:14). ¿Qué hará entonces? (1 Cor 15:24: Apoc 17:14; 19:15-16).

Respuesta: .....

10. ¿De qué seremos investidos juntamente con el Señor en su venida? (Dan 7:22,26-27; Apoc 2:26; 20:4,6; 22:5).

Respuesta: .....

LECCIÓN VII

CON LA MIRADA PUESTA EN LAS FIESTAS FINALES

Corría el año 1844. Un buen número de gente creía que Jesús iba a venir en la primavera de ese año, basado en la profecía de Dan 8:14 en la que se hace referencia a 2300 días. Entre las cosas que descubrieron fue lo que en general, los judíos durante toda la dispensación cristiana sabían cuando interpretaban las profecías fechadas de Daniel, que un día en la profecía apocalíptica equivalía a un año (entre otros, véase Eze 4:6). Esto mismo creían los intérpretes historicistas cristianos, especialmente hacia el final de la Edad Media. Aunque el cálculo de tiempo de los seguidores de un tal Guillermo Miller con respecto a la fecha de los 2300 días/años era correcto, el error sincero de esa gente era que interpretaban el santuario como siendo la tierra, y la purificación referida como siendo producida por el fuego de la Segunda Venida de Cristo que va a quemar toda la obra de los hombres (2 Ped 3:10-12).

Siendo que la profecía de los 2300 días-años está conectada con la inicial de 70 semanas de años, pronto descubrieron que había un pequeño error de cálculo en sus pronósticos que debieron corregir. Esa profecía inicial se había cumplido admirablemente en la última semana de años, con la llegada del Mesías predicho (Dan 9:24-27). Su muerte hizo "cesar el sacrificio y la ofrenda" que lo representaba como "Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo" (Dan 9:27; Juan 1:29). ¿Cuándo sucedió esto? Según la profecía, ese acontecimiento debía ocurrir "a la mitad de la semana" final de años, de las 70 anunciadas, es decir, tres años y medio después de haberse iniciado esa última semana.

Ahora bien, Jesús murió en la primavera, durante la Pascua, que era la primera fiesta del año y que correspondía a esa mitad de la última semana de siete años. Por consiguiente, el comienzo y el fin de los 2300 días-años debían tener lugar en un calendario que va de otoño a otoño en el hemisferio norte. Así fue que la predicación de los milleritas terminó centrándose en el 22 de octubre de 1844 cuando, según llegaron a creer, Jesús debía venir. Fue una lástima, porque la fecha que escogieron era la correcta.[1] El evento que esperaron cumplirse entonces, fue el equivocado. En esa fecha Jesús iba a transferir su ministerio al lugar santísimo del santuario celestial, para iniciar una obra de juicio y ser coronado al final, como Rey de la Nueva Jerusalén.

---

[1] En un cuarto seminario sobre el santuario abordaremos en detalle este punto.

SECCIÓN I

MIRANDO HACIA ATRÁS Y HACIA DELANTE

Para los que no están entrenados en el campo de los diferentes calendarios del mundo antiguo, iniciemos este estudio destacando el hecho de que el antiguo Israel tenía dos calendarios, uno religioso o sacerdotal que comenzaba en primavera, y otro civil o real que comenzaba en otoño. También nosotros, en nuestra era moderna, tenemos más de un calendario. Usamos un calendario escolar, otro eclesiástico, y aún otros que se agregan al calendario que aparece en los almanaques comunes. Estos ejemplos nos pueden ayudar a entender la razón por la que los israelitas tenían también dos calendarios.

Así como cada país tiene sus días patrios que recuerdan algún hecho histórico significativo de su fundación, así también Dios ordenó que Israel tuviese fiestas patriótico-religiosas que recordasen la liberación divina efectuada en el pasado. Al mismo tiempo, esas fiestas debían apuntar hacia la liberación futura del Mesías prometido. Por tal razón, las primeras fiestas del calendario religioso eran una profecía que señalaba el comienzo del ministerio sacerdotal del Redentor de Israel. Las últimas fiestas anunciaban la conclusión de su obra de redención, con el juicio y la cosecha final.

¿Cuándo se iniciaba ese calendario de fiestas, y cuándo concluía? Se iniciaba en la primavera y concluía en el otoño cuando, a su vez, comenzaba el calendario civil o real. Una vez que se cumplieron las primeras fiestas en el año de la crucifixión, los cristianos debían tener una doble mirada, hacia atrás y hacia delante. En esto no diferían de lo que hacían los antiguos israelitas desde que habían sido liberados por Dios de la esclavitud egipcia. La diferencia estaba en que los apóstoles ya no miraban más a la pascua que celebraron los antiguos hebreos en la tierra de la esclavitud, sino que miraban a la pascua que habían celebrado con su Señor mientras estuvo en este mundo de pecado. Ya no miraban como los antiguos hebreos hacia la futura liberación espiritual del Mesías prometido, porque ese evento se había cumplido, y debían ahora conmemorarlo. La mirada futura, para ellos, estaba en la redención final que estaba representada en las últimas fiestas proféticas.

1. La fecha de la inauguración del templo terrenal

[¿En qué mes se inauguró el Tabernáculo del Testimonio en el desierto? (Ex 40:1). ¿Quiénes fueron investidos entonces, y como qué? (Ex 40:12-15). ¿Cuándo fue dedicado también el nuevo templo que construyeron los repatriados de Babilonia, y qué fiesta celebraron seguidamente? (Esd 6:15-22; véase 2 Crón 29:3,6-7,35úp)].

¿Por qué se llama religioso, litúrgico o sacerdotal al calendario de primavera? Porque en esa estación comenzaban las primeras fiestas del año. No es de extrañar que Dios hubiese escogido esa estación para inaugurar su santuario, en ese calendario de fiestas agrícolo-ganadero-religioso.

El Tabernáculo de Moisés

Comencemos con el Tabernáculo que levantó Moisés en el desierto. ¿En qué día y en qué mes comenzó su inauguración?

> **Ex 40:1-2:** "Entonces el Señor dijo a Moisés: 'En *el primer día del primer mes* harás levantar el santuario, la Tienda de la Reunión".

El número de los meses en la Biblia se da siempre en conexión con el calendario de primavera del hemisferio norte. Aunque los años de los reyes se los compute a partir del calendario otoñal, la numeración de los meses sigue siendo siempre la del calendario primaveral. En ese primer mes no sólo se levantó el Tabernáculo de Reunión y se lo ungió, sino que se invistió también como sumo sacerdote y sacerdotes a Aarón y sus hijos.

> **Ex 40:12-15:** "Harás llegar a Aarón y a sus hijos a la entrada del santuario, y los lavarás con agua. Vestirás a Aarón las vestiduras sagradas, y lo ungirás y consagrarás para que sea mi sacerdote. Después acercarás a sus hijos, y les vestirás las túnicas. Y los ungirás como ungiste a su padre, y serán mis sacerdotes. Y su unción les servirá por sacerdocio perpetuo por sus generaciones".

De manera que el primer mes del calendario religioso, era el mes en que debía inaugurarse el santuario e investirse a los sacerdotes hijos de Aarón como mediadores entre Dios y su pueblo. Si el santuario no se inauguraba ese primer mes, las fiestas inaugurales que también comenzaban en ese mes tampoco podían celebrarse. Esto es importante destacar porque nos podrá ayudar a definir mejor la naturaleza de la investidura que recibió el Hijo de Dios al ascender al cielo luego de resucitar, en esa misma época del año.

El Templo de Salomón

La pregunta que se levanta es, ¿por qué se inauguró el Templo de Salomón en el séptimo mes, cuando comenzaba el otoño, en el mes que comenzaba el año civil o real? (1 Rey 8:1-11). Una de las razones puede haber sido que en lugar de llamarse Tabernáculo de Moisés (quien fue legislador y sacerdote), pasó a llamarse Templo de Salomón, quien fue rey. Recordemos que el calendario por el cual los reyes computaban sus años comenzaba en el séptimo mes.

Otra razón puede haber sido que en esa oportunidad se dieron dos acontecimientos juntos, la conclusión de los servicios en el Tabernáculo de Moisés y la inauguración de los servicios en el Templo de Salomón. En otras palabras, los servicios del Templo de Salomón no comenzaron de la nada, sino que continuaron los servicios que ya se habían estado efectuando en el Tabernáculo de Moisés. Siendo que el séptimo mes concluía los servicios del año en el Día de la Expiación, e iniciaba un nuevo ciclo de servicios, bien podía Salomón escoger ese mes para concluir los servicios del Tabernáculo e iniciar un nuevo ciclo en su templo. Esto parece más plausible si prestamos atención al hecho de que esa semana inaugural del templo de Salomón

incluyó la fecha del Día de la Expiación, día en que se purificaba el santuario de todos los registros de pecado del año transcurrido.

Podemos preguntarnos, ¿por qué no se cumplió con el ritual del Día de la Expiación en esa inauguración? Es evidente que hubo algunas anomalías adicionales. El arca y el altar habían estado separados por alrededor de un siglo, de manera que el ritual efectuado durante todo ese tiempo no estuvo completo (2 Sam 6:17; 1 Crón 21:29). Así, la semana inaugural pudo haber dejado atrás los servicios efectuados por separado en el Tabernáculo de Reunión, e iniciar un nuevo año y una nueva era para el pueblo, para el reino, y para el sacerdocio, en la época en que concluían los servicios del año.

Se concluía además, en esa oportunidad, los servicios efectuados durante toda una era (la del Tabernáculo), y el arca pasó a ocupar también un lugar preponderante por traérsela en esa oportunidad al templo (1 Rey 8:1-11; 2 Crón 5:4-14). Siendo que no correspondía ungir el arca por haber sido ya ungido por Moisés medio milenio atrás, y la única oportunidad en que podía abrirse el velo o puerta al lugar santísimo era en el séptimo mes, en el Día de la Expiación, resulta comprensible que hubiesen escogido la semana en que caía ese día para colocar el arca allí.

La restauración de los servicios

Hubo una época en que la apostasía se generalizó en Israel, abandonaron los servicios del templo y hasta cerraron sus puertas (2 Crón 28:24; 29:6-7). A diferencia de la inauguración del Templo de Salomón en el que se cancelaron los servicios del Tabernáculo que, aunque parcialmente llevados a cabo, no se habían interrumpido; los servicios del mismo templo en la época de Acaz se habían paralizado por algunos años. Para restablecerlo no correspondía que se efectuase el ritual de purificación del santuario, porque los pecados del año no se habían transferido al templo mediante el ritual de sacrificios. Por tal razón, Ezequías decidió restaurar los servicios también en el primer mes.

> **2 Crón 29:3-5,17,35úp:** "En el primer mes, del primer año de su reinado, abrió las puertas de la casa del Señor, y las reparó. Hizo venir a los sacerdotes y levitas, los reunió en la plaza oriental [a la entrada del santuario], y les dijo...: 'Purificaos y purificad la casa del Señor..., y sacad del santuario la inmundicia...' Empezaron la purificación el primer día del primer mes, y a los ocho del mismo mes llegaron al pórtico. Purificaron la casa del Señor en otros ocho días, y el 16 del primer mes acabaron...Y *quedó restablecido el servicio de la casa del Señor*".

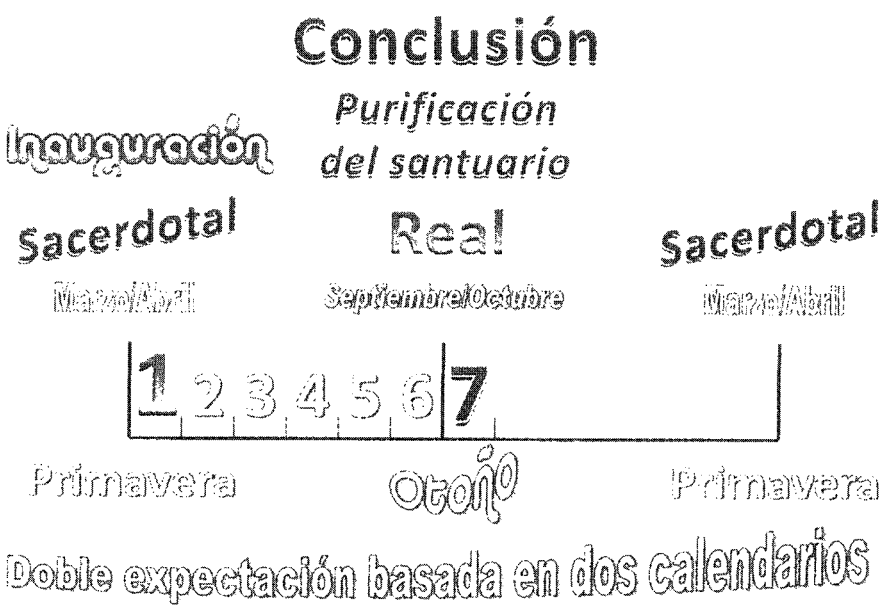
La inauguración del segundo templo

Una vez que los repatriados de Babilonia reconstruyeron el templo, lo inauguraron también en el primer mes, conforme a lo que había hecho Moisés cuando levantó el Tabernáculo del Desierto, y celebraron las primeras

fiestas del año.[2]

> **Esd 6:15-22**: "Y la casa fue terminada el tercer día del mes de Adar [el que precede al primer mes]... Y los israelitas, los sacerdotes, los levitas y los demás repatriados, dedicaron esta casa de Dios con gozo... Y pusieron a los sacerdotes en sus turnos, y a los levitas en sus clases, para el servicio de Dios en Jerusalén, como está escrito en el Libro de Moisés. Y los repatriados celebraron la Pascua el 14 del primer mes. Porque los sacerdotes y los levitas se habían purificado y todos estaban limpios... Celebraron con regocijo la fiesta del pan sin levadura durante siete días, por cuanto el Señor los había alegrado..."

Aquí podemos ver de nuevo que el calendario primaveral era siempre característico del cómputo sacerdotal. No sólo se dedicó y purificó el templo en su perspectiva inaugural, sino que también se ungió y ordenó el sacerdocio. En la segunda parte de esta lección, veremos que el calendario otoñal era característico del cómputo real.



[2] Llama la atención también el hecho de que las primeras fiestas que celebraron los israelitas luego del cautiverio egipcio fueron las de primavera, las primeras del año sacerdotal (Jos 5:10-12). La Pascua recordaba la liberación de Egipto, y simbolizaba la liberación del pecado que el Hijo de Dios iba a otorgar al morir como el verdadero Cordero Pascual (1 Cor 5:7-8). Cuando los repatriados judíos volvieron del exilio babilónico, en cambio, restauraron en primer lugar el altar de los holocaustos, y comenzaron a ofrecer sacrificios desde el primer día del séptimo mes, aunque "los cimientos del templo del Señor no estaban echados aún" (Esd 3:6). Las primeras fiestas que celebraron fueron las del séptimo mes, únicamente sobre ese altar exterior, ya que no estaba construido el templo todavía (Esd 3:3-5). Así también, al concluir el cautiverio de la Babilonia apocalíptica, la atención del pueblo de Dios debía ser puesta sobre las fiestas finales (Apoc 14:7,14-20; cf. Lev 16:30; 23:27-30,39; 25:3-5,9-11).

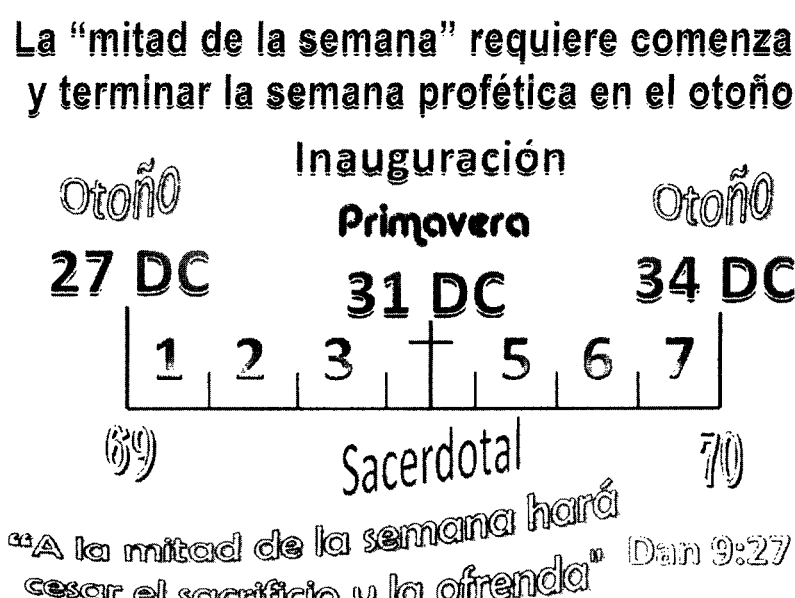
2. La fecha de la inauguración del templo celestial

[¿Cuándo debía inaugurarse el Templo del Nuevo Pacto, según la profecía de las 70 semanas? (Dan 9:24-27)].

En un cuarto seminario sobre el santuario estudiaremos los tiempos apocalípticos en los que se incluirán los 2300 días-años de Dan 8, y las 70 semanas de años de Dan 9. Contentémonos aquí con algunos detalles relevantes de la profecía inicial de 70 semanas, que nos muestran su carácter fundacional inaugural.

Dan 9:24-27: "Setenta semanas están cortadas para tu pueblo y tu santa ciudad, para acabar la rebelión, poner fin al pecado, expiar la iniquidad, traer la justicia de los siglos, sellar la visión y la profecía, y ungir el lugar santísimo [*qodes qodasim*]. Conoce y entiende que desde que salga la orden de restaurar y reedificar a Jerusalén, hasta el Mesías Príncipe, *habrá* 7 semanas más 62 semanas [69 en total]. Después de" esto "le quitarán la vida al Mesías... En otra semana confirmará el pacto a muchos. Y *a la mitad de la semana* hará cesar el sacrificio y la ofrenda".

De acuerdo a la prefiguración mesiánica de las fiestas judías, iba a corresponder que el Señor iniciase su ministerio sacerdotal en la primavera del calendario religioso, más definidamente, en relación con las primeras fiestas de Israel. En esa estación de primavera debía también inaugurar el santuario celestial, de acuerdo a la representación simbólica del santuario terrenal. Esto es exactamente lo que anunciaba la profecía de las 70 semanas de años que, medio milenio antes, declaraba que el Mesías prometido iba a morir "a la mitad de la semana" de años (del calendario real), dejando caduco el sistema de ofrendas y sacrificios del antiguo templo.



Ahora bien, Jesús murió en el primer mes, y la mitad de una semana de años es tres años y medio. Por consiguiente, el calendario que debía iniciar el comienzo de las 70 semanas de años y los 2300 días-años, debía ser el civil o real otoñal, lo mismo que su conclusión. Así también, la última semana de las 70 anunciadas, debía comenzar en el otoño. Fue en esa estación del año 27 de nuestra era, que Jesús fue ungido en el río Jordán cuando fue bautizado. El era el Hijo de David, descendiente de la tribu de Judá, que debía reunir a las ovejas dispersas de Israel (Mat 9:36; 15:24; Juan 10:11; cf. Eze 34:23). Como David, quien fue ungido por primera vez mucho antes de ser rey, Jesús también estaba siendo ungido por primera vez con ese propósito mucho antes de ser coronado sobre la Nueva Jerusalén.

Pero Jesús era también el sumo sacerdote que debía oficiar en el templo celestial como lo hacía Aarón en el templo terrenal. Por tal razón, como Moisés inauguró el templo terrenal en el primer mes de primavera, como un segundo Moisés también inauguró Jesús el templo celestial en la primavera (Heb 3:1-6). Desde entonces su ministerio debía caracterizarse por su labor sacerdotal, una característica que no poseyó David como rey. Por tal razón, la Biblia busca otro personaje histórico prefigurativo para representar la función del Hijo de Dios en esa primera etapa de su ministerio redentor. Como ya vimos en otra lección, su ministerio en el santuario celestial es equivalente al de Melquisedec, un ministerio que combina el papel sacerdotal y el papel real (Heb 5:5-6).

¿Desde cuándo comenzaría el Hijo de Dios a ejercer más definidamente su doble papel, real y sacerdotal, en el santuario del Nuevo Pacto? Desde el momento en que asumiese los pecados del mundo y muriese por ellos (Heb 7:26-27). Más definidamente aún, desde que entrase al lugar santísimo del templo celestial para ungirlo (Dan 9:24).[3] La Epístola a los Hebreos confirma el cumplimiento de esta profecía al poner juntos el trono del Hijo de Dios y su ungimiento, así como la ocasión en que se sentó a la diestra de Dios (Heb 1:8-9,11).

Heb 6:19-20: "Esa esperanza es una segura y firme ancla de nuestra vida, que penetra más allá del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho Sumo Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec".

3. Las fiestas inaugurales

[¿En relación con qué fiestas se inauguró el Templo del Nuevo Pacto, que incluyó la ordenación del Mesías como Rey-Sacerdote, según el orden de Melquisedec? (Mat 25-27; Hech 2; Heb 1:9; 6:19-20; 10:20)].

Los evangelios son claros al vincular el gran sacrificio de nuestro Salvador a las primeras fiestas de Israel, la Pascua y los Panes Ázimos. En la época de Jesús, la fiesta de la Pascua y la de los Panes Ázimos estaban tan rela-

[3] Véase los aspectos relacionados con la inauguración del templo celestial, representados por la inauguración del templo terrenal, en nuestro segundo seminario, *Los Cumplimientos Gloriosos del Santuario*, lecciones 1-3.

cionadas que a menudo se referían a la Pascua por el nombre de los Panes sin Levadura (Luc 22:1; véase Ex 12:18). Esto se debe a que, aunque el cordero era sacrificado "entre las dos tardes" el 14 del primer mes (Ex 12:6), se lo comió en Egipto a la noche, junto con "panes sin levadura" (Ex 12:8), "pan de aflicción" (Deut 16:3). La ley deuteronómica especificaba que el cordero pascual debía ser sacrificado "cuando el sol desciende" o "en la puesta del sol" (Deut 16:6).

Mat 26:17-20: "En el primer día de la fiesta del pan sin levadura, vinieron los discípulos a Jesús y le dijeron: '¿Dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua?'... Y prepararon la Pascua. Al atardecer, Jesús se sentó a la mesa con los doce".

Aunque se sacrificaba el Cordero Pascual en la tarde del 14 del primer mes, se lo comía en la noche del 15, en el primer día de los Panes sin Levadura. Fue en esa noche que comenzó la fiesta semanal de los Panes Ázimos, y Jesús instituyó la Santa Cena en reemplazo de la Cena Pascual. Al atardecer de ese mismo día murió, a la hora del sacrificio de la tarde, cumpliendo con todo el ceremonial de sacrificios (Mar 14:12-17; Luc 22:1,7-13; véase Núm 33:3-4; Deut 16:1-4; *DTG*, 598: "en el día en que se comiera la pascua, iba a ser sacrificado"). [No olvidemos que el día comenzaba en la puesta del sol y duraba hasta la siguiente puesta del sol, de tal manera que el jueves de noche para nosotros, ya era viernes para los israelitas].

Fue en relación con estas fiestas de primavera, incluyendo el Pentecostés, que Jesús ascendió al cielo e inauguró el templo celestial. El velo del templo terrenal se rasgó de arriba abajo, dando a entender que se había abierto "un camino nuevo y vivo" hacia el templo que está en el cielo (Mat 27:51; Heb 10:20; *DTG*, 705). Como Moisés en el Tabernáculo del desierto, Jesús ascendió al cielo y ungió el santuario celestial, siendo al mismo tiempo ungido por su Padre en la presencia del concilio celestial (Ex 40; Dan 9:24). Su Padre dio entonces la orden, dirigiéndose a los ángeles y a su Hijo:

Heb 1:6,9: "Adórenlo todos los ángeles de Dios... Amaste la justicia, y aborreciste la maldad. Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría con preferencia sobre tus compañeros".

Heb 6:19-20: "Esa esperanza... penetra más allá del velo ['por el nuevo y vivo camino que él nos abrió a través del velo': 10:20], donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho Sumo Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec".

4. Las fiestas ya cumplidas

[¿Qué dijo el apóstol Pablo en relación a la Pascua, que demuestra que los apóstoles miraban las primeras fiestas como habiéndose ya cumplido? (1 Cor 5:7)].

Alrededor de 25 años después, el apóstol Pablo vinculó ese evento cúlmine en la vida de Jesús, al cumplimiento de la Pascua y de los Panes Ázimos. Vio este vínculo en la obra que cumplió el Señor al ser sacrificado y enterrar nuestra levadura de pecado en la tumba.

1 Cor 5:7-8: "Limpiaos de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois. Porque nuestra pascua, que es Cristo, fue sacrificada por nosotros. Así, celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con levadura de malicia y perversidad, sino con pan sin levadura, pan de sinceridad y verdad".

La fiesta de los Panes sin Levadura duraba una semana. El número siete era símbolo de algo completo, por lo que puede inferirse que, durante esta fiesta, el Señor obtuvo un triunfo completo. Se levantó al tercer día como "primicias" de los que serán resucitados con él en su segunda venida (1 Cor 15:20,23; véase Lev 23:9-14), sin el peso del pecado [la levadura] de la humanidad que lo había llevado a la tumba (1 Ped 2:24). En ese mismo día ascendió al cielo y se presentó delante de Dios para obtener de él su aprobación (Juan 20:17). Fue en ese mismo día que el Padre le otorgó "toda autoridad en el cielo y en la tierra" (Mat 28:18).

La ascensión de Jesús al cielo y el reconocimiento de su Padre están en directa relación con la inauguración del santuario celestial. El hecho de que ese reconocimiento tuvo lugar en el mes en que antiguamente se había inaugurado el santuario terrenal y se había investido a los sacerdotes, prueba que la naturaleza de la coronación inaugural de Jesús en el santuario celestial en el día del Pentecostés, tuvo que ver con un reino sacerdotal, no aún con el reino davídico por el que sería coronado al terminar su mediación, en el fin del mundo.

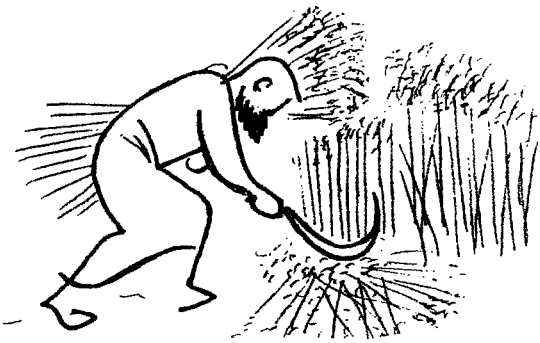
E. de White se refirió al trono sobre el que se sentó Jesús cincuenta días más tarde, en el Pentecostés, como "al trono de la gracia", y al reino que estableció entonces, como a un "reino de mediación" (*COL*, 118; *ML*, 47; 6*MR*, 224). Ese "trono de la gracia" (Heb 4:16) y "reino de mediación" se estableció en ocasión de las primeras fiestas de Israel. Es el reino que había sido prefigurado por Melquisedec, como ya vimos. El "trono de gloria" sobre el que se sentará al final (Mat 25:31), tendrá que ver, en cambio, con el reino que David había representado, según las promesas divinas. La profecía de Zacarías era definida.

E. de White: "'Y se sentará y reinará sobre su trono, siendo Sacerdote sobre su trono' [Zac 6:13]. No todavía 'sobre el trono de su gloria'; el reino de gloria no le ha sido dado aún. Sólo cuando su obra mediadora haya terminado, 'le dará el Señor Dios el trono de David su padre', un reino del que 'no habrá fin' (Luc 1:32-33; véase Hech 1:6-7)" (*CS*, 468).

5. Otras fiestas inaugurales ya cumplidas

[¿Qué otras fiestas religiosas se cumplieron en ese comienzo de la cosecha? (1 Cor 15:20,23; Rom 8:23)].

Las primeras cosechas del año caían en primavera y se extendían hasta el verano. Dios estableció en conexión con tales cosechas de cebada (la primera al comenzar la primavera) y de trigo (la segunda en la mitad de la primavera), dos fiestas de "primicias". Siendo que en la primera no se aceptaba la levadura—símbolo de pecado según ya vimos, porque tenía lugar dentro de



la semana de los Panes sin Levadura en la segunda se aceptaban panes con levadura. Esto es significativo porque en la Fiesta de las Primicias de la cebada Jesús resucitó con su nuevo cuerpo, sin cargar la levadura del pecado.

1 Cor 15:20,23: "Cristo resucitó de los muertos, y fue hecho primicia de los que durmieron". "Cristo las primicias, luego, los que son de Cristo, en su venida" (véase Lev 23:9-14).

En la segunda fiesta de cosecha—conocida como *Pentecostés* [del griego cincuenta] por tener lugar cincuenta días más tarde que la primera—sus seguidores en la tierra son aceptos con su cuerpo pecaminoso y sus tendencias hacia el mal. Con el propósito de mantener "el viejo hombre" bajo sujeción, crucificado, Dios implanta en ese cuerpo pecaminoso "el nuevo hombre", una "nueva criatura", y le concede su poder para vencer (2 Cor 5:17; Ef 4: 22-24).

¿Qué ocurrió en el Pentecostés? Encontramos allí la primera cosecha espiritual efectuada por los apóstoles bajo la manifestación del poder del Espíritu Santo. Hasta ese momento habían estado orando en el aposento alto, con temor a la represalia que podría provenir de los judíos que habían matado a su Maestro. Pero entonces, Jesús fue entronizado en el cielo a la diestra de su Padre, y demostró su poder derramando su Santo Espíritu para que los tímidos y amedrentados discípulos pudiesen dar su mensaje con valor y poder.

Hech 2:30-33: "Siendo David profeta, y sabiendo que Dios le había asegurado con juramento que un descendiente suyo sería el Cristo, que se sentaría sobre su trono, lo vio de antemano, habló de *la resurrección de Cristo*, y dijo que él no quedaría abandonado en el sepulcro, ni su carne vería corrupción. A este Jesús *Dios lo resucitó*, y de esto todos nosotros somos testigos. *Así, exaltado hasta la diestra de Dios, recibió del Padre la promesa del Espíritu Santo, y ha derramado esto que ahora vosotros veis y oís*".

Así como debía revivirse el cumplimiento de la Pascua y de los Panes Ázimos en el servicio de Santa Cena (1 Cor 15:7-8), debía revivirse también esa experiencia de primicias espirituales hasta la venida del Señor. Por tal razón Pablo pudo decir, mientras esperaba como nosotros aún hoy, la resurrección y transformación de nuestro cuerpo en la Segunda Venida:

Rom 8:23: "También nosotros, que tenemos *la primicia del Espíritu*, suspiramos dentro de nosotros, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo".

"Tenemos la primicia del Espíritu", mientras esperamos la liberación to-

tal que traerá la cosecha final representada por la última fiesta del año. El derramamiento glorioso del Espíritu Santo en la fiesta del Pentecostés debía marcar la iglesia a lo largo de los siglos para completar la cosecha espiritual de almas. Entonces vendría el Señor con una hoz (Apoc 14:14), y haría la cosecha final, dándonos a su vez, un nuevo cuerpo "semejante al de la gloria suya" (Filip 3:21).

En referencia a tales primicias espirituales que nos permiten vislumbrar la cosecha gloriosa final, el apóstol las describirá más tarde en los siguientes términos:

> **Heb 6:4-5:** "Los que una vez *fueron iluminados, gustaron el don celestial, participaron del Espíritu Santo,* gustaron la bondad de la Palabra de Dios, y los poderes del siglo venidero".

Después de ofrecer a Dios las primicias de la cosecha del trigo en el Pentecostés (Lev 23:15-22), la cosecha del trigo debía continuar. Así también la cosecha espiritual inicial de almas que conmovió a 3.000 almas que se bautizaron, debía continuar con las 5.000 siguientes y, sucesivamente, hasta abarcar el mundo entero con el remanente de toda nación, tribu, lengua y pueblo. Gracias a esas primicias de nuestra resurrección espiritual que se nos han dado, podemos aspirar a recibir la resurrección corporal final en la cosecha final. De manera que hoy todavía tenemos que mirar para atrás para ver confirmado el cumplimiento de las primeras fiestas, y hacia delante esperando que el día llegue cuando se complete la cosecha, y se junte la mies en el granero celestial.

Conclusión

La proyección tipológica de las primeras fiestas del año se cumplió con la venida del Mesías prometido y la inauguración del santuario celestial. El error de los discípulos y de esa generación del primer siglo, fue que creyeron que debían cumplirse los eventos que estaban representados por las últimas fiestas del año. Debido a eso sufrieron el chasco de la cruz. El reino que debía inaugurar el Hijo de Dios era de naturaleza sacerdotal y real conjuntamente, según el orden de Melquisedec, un rey en la antigüedad que fue al mismo tiempo rey y sacerdote. Esto correspondía que ocurriese en el comienzo del calendario sacerdotal. Jesús asumiría el reino de David sobre la Nueva Jerusalén al final, cuando completase su ministerio real-sacerdotal.

También la profecía de las 70 semanas anunciaba el año y el mes exacto en que el Mesías daría su vida como el Cordero de Dios que sería sacrificado por su pueblo. La celebración de Santa Cena reemplazó al ritual del Cordero Pascual, y la fiesta de los panes sin levadura conmemoraría, de ahora en adelante, la ocasión en que ese Cordero divino enterró en la tumba nuestro viejo hombre enviciado de pecado. La fiesta de las primicias de la cebada representaba a la resurrección de Jesús quien, en la semana de los panes sin levadura, se levantó con un nuevo cuerpo, como el cuerpo de gloria que nos conferirá a nosotros en su venida (1 Cor 15:20,23; Filip 3:21).

En el Pentecostés Jesús fue entronizado en el santuario celestial a la diestra de Dios. En ese día se ofrecían las primeras espigas de la cosecha del trigo, que se cocían con levadura. El Señor derramó su Espíritu en ese día sobre su Iglesia en la tierra, y miles de almas pudieron ser cosechadas para su reino (Hech 2). Esas primicias debían continuar a lo largo de los siglos hasta su segunda venida. Dios acepta nuestra naturaleza pecaminosa y le injerta una nueva naturaleza que nos permita mantener "el viejo hombre" crucificado, para que reine "el nuevo hombre creado para ser semejante a Dios en justicia y santidad" (Ef 4:24). Las "primicias del Espíritu" nos permiten disfrutar algo ya de las glorias del mundo venidero, que se nos darán en cumplimiento de las fiestas finales que las prefiguraban (Heb 6:4-5).

Apelación

Toda empresa seria tiene un calendario de actividades. La Asociación de Iglesias Adventistas donde trabajo ofrece cada año un calendario de juntas y reuniones que cada pastor e iglesia deben tener en cuenta para ajustar sus propios calendarios al de ese calendario general. Cuando una iglesia quiere comprar un templo, debe preocuparse por entregar todos los datos requeridos antes de la fecha en la que el comité de construcción de la Asociación se reunirá, según ese calendario. De lo contrario su consideración será postergada a la siguiente junta un mes o un mes y medio más tarde. Si no se sigue fielmente ese calendario de funciones, la administración de una Asociación tal puede transformarse en un caos ingobernable. A nadie le gusta andar a los sobresaltos, sin saber a qué atenerse ni cuándo le corresponde hacer tal o cual cosa.

Así también Dios nos ofreció desde hace muchos siglos su calendario de salvación para este mundo. Tenemos que ajustar nuestra fe y nuestro calendario de actividades al calendario del Señor. Si no lo hacemos, tendremos que pelarnos la frente vez tras vez, porque no lo encontraremos ni conseguiremos de él lo que esperamos en una fecha equivocada. Somos nosotros los que tenemos que ajustarnos a su calendario redentor, no él a nuestros caprichos y ansiedades fuera de lugar.

¿Cuántos de nosotros hemos sido "iluminados", hemos gustado de antemano "los poderes del siglo venidero", hemos participado "del Espíritu Santo", y gustado cuán bueno es el don celestial y la Palabra de Dios? Debemos poner a prueba las promesas divinas. Cristo está todavía intercediendo por nosotros delante del Padre y delante de sus ángeles. El tiene todavía todo poder en cielo y tierra, y cumple sus promesas. Debemos ponerlas a prueba si queremos realmente experimentar con antelación, algo de lo grandioso que será el día de la resurrección final. Exhorto a todos los que quieran conmigo pedir esa bendición espiritual, a arrodillarse también conmigo en estos momentos y pedir humildemente a nuestro Señor, que nos conceda su gracia y esas primicias espirituales como antesala de lo que nos dará después.

Oración. Padre nuestro que estás en el cielo, aquí estamos un grupo de tus hi-

jos anhelando recibir el don de tu Espíritu para que podamos tener más cosechas espirituales entre nosotros. Y ese don y poder provienen de ti. Por lo cual, en nombre de Jesús, de Aquel a quien investiste con tu autoridad para ejercer todo poder tanto en el cielo como en la tierra, te pedimos que te manifiestes entre nosotros con una mayor proporción de tu Espíritu, y las almas se conviertan a ti. Que tu Palabra pueda abrirse al entendimiento de la gente a la que le damos tu mensaje, y se conviertan para salvación de sus almas. Llénanos de tu Santo Espíritu y de tu salvación, en el Nombre de Jesús, **Amén**.

SECCIÓN II

VIVIENDO EN MEDIO DE LAS FIESTAS FINALES

Uno queda asombrado viendo que el cristianismo en la actualidad, no tiene en mente las fiestas finales que anunciaban los eventos preparatorios para la venida del Señor, ni tampoco su misma venida representada por el Jubileo y la cosecha final. Podemos aceptar que cada país tenga sus fechas patrias sin ninguna relación con el calendario profético de fiestas de la Biblia. Pero asombra ver que el cristianismo romano, con el paso de los siglos, terminase adoptando un calendario únicamente volcado hacia atrás.

En el primer siglo de la era cristiana los judíos soñaban con el cumplimiento de las profecías mesiánicas que señalaban el triunfo final del Redentor, y pusieron de lado las profecías que apuntaban a su primera venida como "varón de dolores y experimentado en quebranto", como Cordero de Dios que debía morir para quitar los pecados del mundo (Isa 53). Por tal razón terminaron rechazando a Aquel que era el Príncipe de Israel y de todos los cielos. Hoy, en las postrimerías del mundo, se da un cuadro exactamente inverso. El mundo cristiano está volcado al pasado, al primer siglo, sin tener en cuenta las señales que indican que el fin del mundo se aproxima, y que el Señor está por asumir su reino sobre toda la tierra.

El cronograma profético que Dios señaló a través de las fiestas prefigurativas judías, para la mayoría de los cristianos se ha quedado rezagado a su comienzo. Todos honran hoy la Pascua y el Pentecostés, pero ni comentan la Fiesta de las Trompetas, no entienden el verdadero significado del Día de la Expiación, ni tampoco perciben con claridad las implicaciones de la Fiesta de las Cabañas o Tabernáculos, con los que se cerraba antiguamente el calendario litúrgico hebreo.

En efecto, las fiestas de la Iglesia Católica, que quiere imponerlas al mundo como signo distintivo de su presencia, son las siguientes:

- Navidad (25 de diciembre): Supuesto aniversario del nacimiento de Jesús.
- Circuncisión (1 de enero): Supuesto aniversario de la circuncisión de Jesús.
- Epifanía (6 de enero): Supuesto aniversario del presente de los reyes magos.
- Pascua. En algunos países Semana Santa. Arbitraria fijación de fechas para recordar la pasión, muerte y resurrección de Jesús en la primavera del hemisferio norte.
- Pentecostés: cincuenta días después de la Pascua.
- Corpus Cristi: 60 días después del domingo de pascua de resurrección.
- Ascensión: 10 días antes de pentecostés.

- Trinidad: Primer domingo después de pentecostés.
- Transfiguración: 6 de agosto.
- Todos los santos: 1 de noviembre.
- Difuntos: 2 de noviembre.
- Inmaculada concepción: 8 de diciembre.

Al constatar este hecho, concluye Adolfo Lista con las siguientes palabras: "Nada relacionado con la segunda venida de Cristo, nada que hable de la actividad expiatoria realizada por Jesús en los cielos, ninguna referencia a su tarea de juicio y mediadora en favor de los escogidos. ¡Nada! ..."[4]

Dios nos dio a nosotros, los adventistas, la tarea de resaltar la proyección profética de las fiestas finales, en especial la del Día de la Expiación. Nos levantó el Señor como pueblo precisamente en el fin del mundo, para poner en su verdadera perspectiva el orden cronológico divino de los eventos que habían sido revertidos durante la Edad Media, echando por tierra la verdad del santuario celestial y todo su ministerio (Dan 8:12). ¿Habría de extrañarnos que el movimiento adventista naciese de su comprensión de Lev 16:16 y Dan 8:14, ambos referidos al Día de la Expiación en el pueblo de Israel, y al fin del mundo en el remanente final del pueblo de Dios? Dios quiso que ese día tan lleno de significado estuviese incrustado dentro de la historia y de la fe de la Iglesia Adventista, de tal manera que no se lo pudiese quitar sopena de perder su razón misma de ser.

En efecto, nuestro énfasis [que es lo mismo que decir "verdad presente"], no está en la Pascua, sino en el Día de la Expiación, en las fiestas finales que, por prácticamente un milenio y medio, quedaron sepultadas por un ministerio impostor que puso la atención del pueblo de Dios sobre el pasado y sobre la tierra, y no sobre las cosas de arriba y sobre el fin (cf. Col 3:1-4).

6. El Día por venir

[¿Sobre qué día futuro debían poner su mirada expectante los cristianos, ya en el primer siglo? (Heb 10:25; véase Hech 17:31)].

La palabra griega *ten jemeran*, "el Día", la usaban los judíos en arameo para referirse al *Yoma*, en referencia al solemne Día de la Expiación que también interpretaban como Día del Juicio. En el tratado de la *Mishnah* y en los comentarios de los *Talmud*, le dedicaron toda una sección conocida simplemente como *Yoma*, "El Día". El día del juicio estaba representado por el ritual de ese día, en el que se hacía "memoria de los pecados" (Heb 10:3). A ese día se refirió el apóstol Pablo cuando escribió a los Hebreos de la siguiente manera:

Heb 10:25-27: "No dejemos de congregarnos, como algunos tienen por costumbre; sino exhortémonos unos a otros, tanto más cuanto veis que se acerca *el Día*. Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda espera del juicio y del furor del fuego, que ha de devorar a los adversarios".

---

[4] Véase Adolfo Lista, *El Retorno de Jesús y el Ritual Judío* (Bs.As., 1999), 129-130

Luego de concluidos los servicios de ese día, no había 'más sacrificio por los pecados' para aquellos que 'voluntaria' o 'deliberadamente' habían pecado, sin arrepentirse de sus obras. Les esperaba entonces la condenación sin misericordia de la Deidad.

Hech 17:31: "Por cuanto *ha establecido un día*, en el cual juzgará al mundo con justicia, por medio de aquel Hombre que él ha designado, dando a todos una garantía al resucitarlo de entre los muertos".

Rom 2:16: "*El día* en que, conforme a mi evangelio, Dios juzgue por Jesucristo los secretos de los hombres".

7. La purificación efectuada por el día del juicio

[¿Qué debía ocurrir al final de los 2300 días-años, más específicamente, "en el tiempo del fin"? (Dan 8:14; véase Apoc 14:6-7). ¿Con qué día anual de ceremonias estaría conectado ese evento? (Lev 16:16,30; véase Apoc 14:5)].

Cuando estaba terminando mis dos carreras de teología y filosofía, debí rendir al terminar la primavera varias materias con poco espacio de tiempo para estudiar. Tuve en cuenta, para rendir una de ellas, que mi apellido comienza con la letra "T". Por regla general, debido a mi apellido, era uno de los últimos a quien se llamaba para dar el examen. El jurado iba a comenzar a examinar a los estudiantes en la mañana, y pensé que tendría tiempo para poder presentarme y ser examinado a la tarde. Para mi sorpresa, a media mañana vinieron unos amigos a avisarme que la mayoría de los estudiantes había decidido rendir ese examen al terminar el verano. De manera que estaban ya para llamarme a la mesa, y la noticia me tomó desprevenido.

No vivía lejos de la mesa examinadora, por lo que alcancé a llegar a tiempo, no sin cierta aprehensión por sentirme sin la preparación debida. Felizmente, en este mundo podemos zafar a veces frente a un jurado humano que no es omnisciente y, por consiguiente, su sentencia no siempre se basa en un análisis exhaustivo. Tampoco necesitamos aprobar con un 100% de calificación. Con cierta habilidad podemos dar también la impresión de saber más de lo que sabemos. A veces, la misericordia de los profesores puede jugar un papel positivo en nuestro favor. Pero, ¿cómo nos sentiríamos si, mientras pensamos que tenemos mucho tiempo para prepararnos para la vida eterna, nos llega la noticia de que el juicio celestial ya comenzó?

Habría un día que estaba representado por el Día de la Expiación, en el que el santuario celestial iba a ser purificado de todos los pecados que el pueblo había traído bajo contrición y confesión delante del Señor, invocando el sacrificio del Hijo de Dios (Heb 9:23). Ese día fue anunciado por el profeta Daniel, mediante una profecía de gran extensión que llegaría hasta "el tiempo del fin". Según los datos ofrecidos, ese día anual sería el 2300 desde que se promulgase el decreto para restaurar y reconstruir la ciudad de Jerusalén.

Dan 8:14,17,19: "Hasta 2300 [días de] tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado... Hijo de Adán, entiende que la visión es para el tiempo del fin... Y dijo: 'Voy a explicarte lo que ha de venir al fin de la ira, porque

se cumplirá en el tiempo del fin".

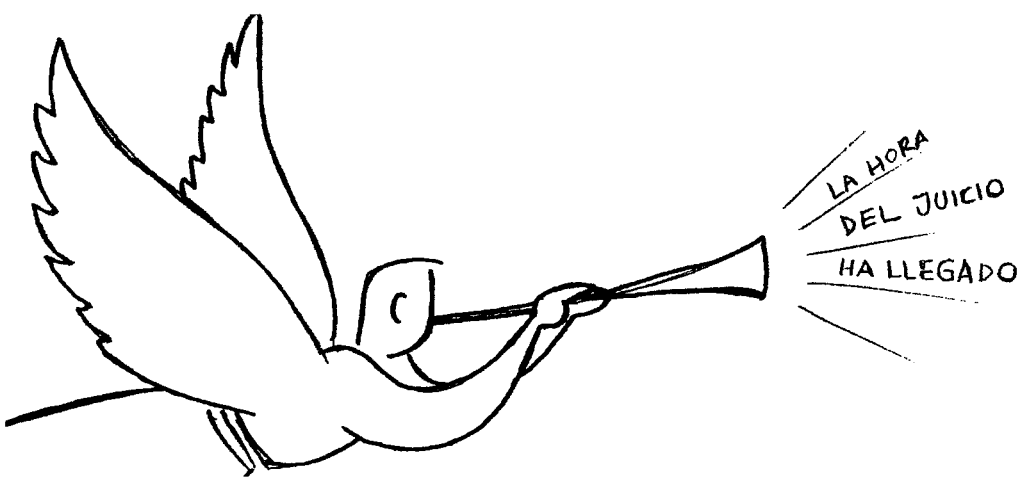
De nuevo vemos una proyección vuelta hacia atrás de los intérpretes modernos que piensan ver en la profecía de Dan 8:14, un episodio ocurrido hace casi 22 siglos atrás. Toman como referencia la invasión seléucida del rey Antíoco Epífanes que profanó el templo judío a mediados del S. II AC. Aunque los datos históricos no concuerdan con lo que dijo Daniel en ese capítulo, los críticos de hoy desconsideran sin escrúpulos lo que Daniel mismo dijo, que esa profecía debía cumplirse "en el tiempo del fin". Así como el Día de la Expiación marcaba el último día del año para arreglar las cuentas con Dios (Lev 23:29-30; véase Heb 9:6-7), así también la purificación del santuario referida en Dan 8:14 debía iniciar "el tiempo del fin" como última oportunidad para ponerse a tono con la corte del cielo.

En un cuarto seminario sobre el santuario proyectamos tratar a fondo los datos cronológicos de esta profecía, desde la perspectiva bíblica e histórica. Aquí nos contentaremos con anticipar que el punto de partida se dio con el decreto del rey Artajerjes. Ese decreto fue promulgado en el séptimo mes del año 457 AC, luego de celebrar una de las fiestas finales (Esd 7:7-26; 8:31-36). 2300 años después [días símbolo de años] nos llevan al otoño del año 1844 de nuestra era [recordemos que entre el año 1 AC y el año 1 DC no hay un año 0]. Siendo que la profecía de Daniel hace referencia a la purificación del santuario, y eso estaba representado por el ritual del Día de la Expiación en el 10 del séptimo mes, el punto de llegada nos lleva al 22 de octubre de ese año. Para entonces, más de 100.000 personas se prepararon para recibir al Señor, pensando que vendría a purificar la tierra por fuego.

Un estudio más cuidadoso mostró que lo que se inició entonces fue esa época de juicio celestial que debía preceder al segundo advenimiento.

El Apocalipsis refiere que habría un gran movimiento religioso en el fin que predicaría por toda la tierra la hora del juicio como habiendo ya comenzado. En otras palabras, habría un juicio celestial previo al advenimiento del Señor, que determinaría quiénes recibirían el premio, y quiénes serían destruidos, mientras que en la tierra un pueblo anunciaría ese juicio divino por toda la tierra. Ese anuncio es tan importante que se lo representa como siendo dado por un ángel del cielo, para reforzar la idea del origen celestial del mensaje a ser dado.

Apoc 14:6-7: "Entonces vi a otro ángel que volaba por el cielo, con el evangelio eterno para predicarlo a los que habitan en la tierra, a toda nación y tribu, lengua y pueblo. Decía a gran voz: '¡Temed a Dios y dadle gloria, porque *ha llegado la hora de su juicio*! Y adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas".



Querido amigo que estás leyendo estas páginas, aunque esta noticia te tome tal vez desprevenido, debes saber que el jurado celestial ya se sentó a juzgar (Dan 7:9-14), y tu nombre puede estar para ser considerado en la balanza. Por lo tanto, te aconsejo que por la fe te dirijas a Dios y arregles tus cuentas con él, porque el fin del tiempo de gracia caerá sobre la mayoría de los seres humanos en forma repentina, sin que tengan tiempo para prepararse (Luc 21:34-35). El jurado celestial no es como los jurados terrenales. Cuenta con registros infalibles y la mirada de un Dios Omnisciente. Por lo tanto debemos aprobar con un 100 %, y esto es posible si nos apropiamos legítimamente de la sangre del Hijo de Dios, quien pagó nuestra deuda en la cruz del Calvario.

A menos que alguien peque contra el Espíritu de Dios—el único ser que puede transformar el corazón (Sal 51:10-12; Juan 3:5-8)—la puerta de la gracia todavía no se ha cerrado. Está abierta para todos nosotros. Es la

sangre del Hijo de Dios la que va a cubrirnos en el juicio, y libraremos de la sentencia de muerte eterna. Si confesamos nuestros pecados, limpiamos nuestro corazón de todo mal sentimiento, y por fe aceptamos la promesa divina del perdón, entonces la corte del juicio borrará todo registro de pecado que hayamos cometido. Así se cumplirá la sentencia divina en nuestro favor, que todos los israelitas que se habían convertido al Señor podían ver antiguamente cumplida en la purificación del santuario en su Día de la Expiación.

Lev 16:16,30: "*Así purificará el santuario* de las impurezas de los israelitas, de sus rebeliones y de todos sus pecados... Porque en ese día se hará expiación por vosotros, para purificaros. Y *quedaréis limpios de todos vuestros pecados ante el Señor*".

La purificación del santuario en el Día de la Expiación tenía por misión erradicar "todos sus pecados", logrando una limpieza total y definitiva con respecto a los pecados del año transcurrido. Hacia esta experiencia cumbre apunta todo el evangelio, como lo expresa el apóstol Pablo diciendo que Jesús es el esposo, y dio su vida para santificarla y limpiarla [su iglesia], para poder presentársela a sí misma en su reino "gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, antes, que sea santa e inmaculada" (Ef 5:25-27).

Al haber sido perdonados y borrarse todo registro de pecado del santuario celestial, podremos comparecer en persona en su templo sin temor alguno, porque habremos quedado limpios para siempre de toda suciedad y contaminación de pecado (Jud 24).

Apoc 14:5: "Y en sus bocas *no se halló engaño* [en la investigación judicial], porque son sin mancha".

¡Sí! ¡El pueblo de Dios también será juzgado! (Heb 10:30). Nuevamente, ¿cuándo correspondería que se cumpliese esta profecía? ¿En las fiestas inaugurales del calendario sacerdotal que comenzaba con la Pascua en primavera? No, en las fiestas finales que comenzaban en el séptimo mes, cuando se iniciaba el calendario real. Por tal razón, cuando Jesús pasase al lugar santísimo para culminar su reino de mediación mediante una obra de juicio, al mismo tiempo sería coronado como rey ya no de la vieja Jerusalén como David, sino de la Nueva Jerusalén. El juicio permitiría a todos los seres celestiales saber quiénes son dignos de reinar con él en su santa ciudad, y quiénes debían ser excluidos y destruidos por el resplandor de su venida.

8. La nueva era anunciada por el calendario otoñal

[¿En qué mes y en qué día comenzaba el calendario otoñal, y qué nueva era traía con él? (Lev 25:9-10; Deut 31:10-12). Siendo que los descendientes del rey David asumían su reino en ese mes, ¿en relación con qué eventos debía asumir Jesús su reino davídico sobre la Nueva Jerusalén, y otorgar la herencia a sus seguidores?]

Lo que la cronología de los reyes de Israel nos enseña es que cuando un rey moría, su hijo ocupaba su lugar pero no se le computaban sus años de

reinado hasta que llegaba el séptimo mes, cuando comenzaba el calendario civil o real. Los meses que habían transcurrido hasta ese momento formaban parte de su "año ascensional". Podemos ver, así, que mientras que el calendario sacerdotal iba de primavera a primavera, el calendario real se computaba de otoño a otoño. Ese mismo tipo de cómputo lo aplicaban también para los reyes extranjeros (compárese Neh 1:1—*quisleu*, el mes noveno que concluye el otoño (cf. Zac 7:1)—con Neh 2:1—*nisán*, primer mes de primavera, en el mismo año 20 del rey).

Este doble calendario, sacerdotal primaveral y real otoñal, aplicado a la obra que debía cumplir Jesús en su doble calidad de sacerdote y rey, es muy sugerente. Siendo que Jesús inauguró su obra sacerdotal al morir en la cruz y sentarse a la diestra de Dios en su templo después de resucitar, un evento que tuvo lugar en conexión con las fiestas de primavera; ¿qué reino debía esperarse que asumiera para cuando se cumpliesen las últimas fiestas apocalípticas del otoño? Fuera de toda duda, el reino que lo establecería como Rey de la Nueva Jerusalén, cumpliendo así con las promesas de ser el Nuevo David. ¿En relación con qué evento? Con la culminación de su obra sacerdotal que estaba representada por el Día de la Expiación, único día en que se purificaba el santuario al pasar el sumo sacerdote al lugar santísimo.

E. G. White: "*Estos símbolos [de las primeras fiestas judías] se cumplieron no sólo en cuanto al acontecimiento sino también en cuanto al tiempo.* El día 14 del primer mes de los judíos, el mismo día y el mismo mes en que quince largos siglos antes el cordero pascual había sido inmolado, Cristo, después de haber comido la pascua con sus discípulos, estableció la institución que debía conmemorar su propia muerte como 'Cordero de Dios que quita el pecado del mundo'... Y como antitipo de la gavilla mecida, nuestro Señor fue resucitado de entre los muertos al tercer día, 'primicias de los que durmieron', cual ejemplo de todos los justos que han de resucitar, cuyo 'vil cuerpo' 'transformará' y hará 'semejante a su cuerpo glorioso' (1 Cor 15: 20; Filip 3:21). *Asimismo los símbolos que se refieren al segundo advenimiento deben cumplirse en el tiempo indicado por el ritual simbólico*" (*CS*, 450-1).

¿Qué se otorgaba al pueblo de Israel en el Día de la Expiación? Podemos preguntarlo de otra manera. ¿Qué recuperaban los israelitas en ese día, cada cincuenta años? La herencia que habían perdido en el intervalo.

Lev 25:9-10: "Entonces tocarás la trompeta. El día 10 del séptimo mes, el Día de la Expiación, harás sonar la trompeta en toda vuestra tierra. Y santificarás el año cincuenta. Pregonaréis libertad en la tierra a todos sus habitantes. Este será el año del jubileo. Cada uno volverá a su posesión, y cada cual a su familia".

El año cincuenta comenzaba en el calendario real otoñal, y terminaba en el siguiente otoño. También cada siete años, luego de ver eliminados del santuario todos sus pecados del año en el día 10 del séptimo mes, estando ya en perfecta paz y armonía con Dios, podían los israelitas congregarse en el templo cinco días más tarde, para celebrar la Fiesta de los Tabernáculos. Daban así comienzo al Año Sabático que comenzaba con el calendario

otoñal y concluía al final del verano, en el nuevo otoño. Comenzaban ese año dando lectura al Libro de la Ley que el Sumo Sacerdote podía extraer del Lugar Santísimo, cuando entraba a hacer la expiación final del año ante el arca en el Día de la Expiación. Durante ese año tenían la oportunidad de cotejar las copias abiertas que habían escrito y usado durante los seis años anteriores, con ese gran original (véase Deut 31:24-26: "que quede allí como testigo contra ti").

Deut 31:10-12: "Cada siete años, en el año de la cancelación de las deudas, en la fiesta de las Cabañas [Tabernáculos], cuando todo Israel venga ante el Eterno tu Dios en el lugar que él elija, leerás esta Ley a oídos de todo Israel. Congregarás al pueblo, varones, mujeres y niños, y a los extranjeros que habitan en tus ciudades, para que oigan, aprendan y teman al Eterno vuestro Dios, y cuiden de cumplir todas las palabras de esta Ley".

Había un año en que se cancelaban las deudas, se daba reposo a la tierra, se otorgaba libertad a los esclavos, y se devolvían las propiedades y tierras a sus verdaderos propietarios. Ese año iba de otoño a otoño, y permitía un nuevo comienzo. Era también a partir del mismo calendario otoñal que comenzaban a computarse los años de reinado de los reyes.[5] Por eso se lo llamaba calendario otoñal civil o real. Comenzaba con la celebración de las fiestas finales del calendario primaveral sacerdotal, y completaba el calendario de redención y salvación que Dios dio a su pueblo Israel.

E. G. de White: "El gran plan de la redención dará por resultado el *completo restablecimiento* del favor de Dios para el mundo. *Será restaurado todo lo que se perdió a causa del pecado. No sólo el hombre, sino también la tierra, será redimida*, para que sea la morada eterna de los obedientes. *Durante 6000 años Satanás luchó por mantener la posesión de la tierra. Pero se cumplirá el propósito original de Dios al crearla*" (*PP*, 335).

"*Entonces comenzó el jubileo, durante el cual la tierra debía descansar. Vi al piadoso esclavo levantarse en triunfal victoria, y desligarse de las cadenas que lo ataban*... Pronto apareció la gran nuble blanca... En ella iba sentado el Hijo del hombre" (*PE*, 34-35,286).

9. La época en que el Rey recibe el Libro de la Ley

[¿En qué época del año esperaríamos que el Rey celestial recibiese el Libro de la Ley y de la herencia, para ser coronado como Rey de la Nueva Jerusalén, y gobernar a su pueblo? (Deut 17:14-15,18). ¿Qué nos dice la visión de la Raíz de David y el libro sellado en Apoc 5?]

Por orden divina, Moisés requirió que los sacerdotes colocasen el Libro de la Ley al lado del arca del pacto en el lugar santísimo (Deut 31:26). El momento para colocar o depositar ese Libro del Pacto en el lugar santísimo era al comienzo, no al final. ¿Qué comienzo? El que iniciaba el calendario primaveral sacerdotal, con la inauguración del templo. Así también, en la Nueva Dispensación esa inauguración debía tener lugar cuando se inaugura-

[5] Por un estudio extenso del séptimo año y del año de Jubileo, véase A. R. Treiyer, *Jubileo y Globalización. La intención oculta (Distinctive Messages*, Santo Domingo, 1999).

se el reino-sacerdotal del Señor, ya que sobre ese libro el pueblo hacía un pacto con Dios, razón por la cual fue llamado también Libro del Pacto (Ex 24:7; 2 Rey 23:2). Los sacerdotes oficiaban durante todo el año sin que ese libro sellado que estaba al lado del arca se abriese. El tiempo de verificación del cumplimiento del pacto, esto es, el momento de tomar ese libro de donde había sido depositado al lado del arca, era al final. Los textos son claros en afirmar que ese libro debía permanecer al lado del arca del pacto, en el lugar santísimo, como testimonio contra todos los violadores del pacto, hasta el día del juicio.

Deut 31:24-26: "Cuando Moisés acabó de escribir las palabras de esta ley en un libro, mandó a los levitas que llevaban el Arca del Pacto del Eterno: 'Tomad este Libro de la Ley y *ponedlo al lado del Arca del Pacto* del Eterno vuestro Dios, y que *quede allí como testigo contra ti*".

El día del juicio estaba representado por el Día de la Expiación, día en el que Dios mismo era vindicado mediante la purificación de su casa, de todos los pecados que había asumido del pueblo durante el año. Ese era el único día en el que el sumo sacerdote comparecía en el cuarto en que se guardaba el Libro de la Ley. Moisés dio a entender que el Libro de la Ley, con toda su proyección profética y el consejo del Eterno, quedaba sellado allí hasta el día de la venganza del Señor.[6]

Deut 32:34-36: "¿No lo tengo *guardado* conmigo y *sellado* en mis tesoros? Mía es la venganza y el pago... Porque cerca está el día de su aflicción, y lo que les está preparado se apresura. *El Eterno juzgará a su pueblo*, se apiadará de sus siervos..."

Esto nos sugiere que el momento de guardar el gran original del Libro de la Ley y de la herencia en el templo del Nuevo Pacto, debía ser la inauguración, cuando se estableciese el pacto de Dios con su pueblo nuevo. Por tal razón, E. de White vinculó la renuncia a la teocracia del pueblo judío con su registro en el libro que Juan vio más tarde en la mano del que estaba sentado sobre el trono (Apoc 5:1). Fue en esa misma ocasión en que se estableció el Nuevo Pacto mediante la sangre del Cordero de Dios.

Heb 9:15-17: "Cristo es mediador del *nuevo pacto*, para que ahora que él murió para perdonar los pecados..., los que son llamados reciban *la promesa de la herencia eterna*. Porque donde hay testamento [o pacto], es necesario que intervenga la muerte del testador. Con la muerte, el testamento queda confirmado, y no es válido entre tanto que el testador vive".

E. G. White: "'¿A vuestro rey he de crucificar?,' preguntó Pilato, y de los sacerdotes y magistrados se elevó la respuesta: *'No tenemos rey sino a César'* (Juan 19:15). Cuando Pilato se lavó las manos diciendo: 'Inocente soy yo de la sangre de este justo,' los sacerdotes se unieron con la turba ignorante

---

[6] Las fuentes extrabíblicas del primer siglo afirman también que el Libro de la Ley estaba sellado en el Lugar Santísimo. "David no había leído *el libro sellado de la Ley que estaba en el arca* (del Pacto), porque no se había abierto en Israel desde la muerte de Eleazar y Josué, y los ancianos que adoraban en Astoret", *El Rollo de Damasco* (Qumrán).

> en su exclamación apasionada: *'Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos'* (Mat 27:24-25). *Su decisión fue registrada en el libro que Juan vio en la mano de Aquel que estaba sentado sobre el trono*, el libro que ningún hombre podía abrir. *Con todo su carácter vindicativo aparecerá esta decisión delante de ellos el día en que este libro sea abierto por el León de la tribu de Judá*" (*PVGM*, 294).

Esta descripción es equivalente a la indicación divina dada mediante Moisés a los sacerdotes levitas, cuando les dijo que pusiesen el Libro de la Ley al lado del arca para que quedase allí como testimonio contra la futura rebelión de ellos (véase Deut 31:28-29). Recordemos que Dios vino al Sinaí con la ley de Dios en su diestra (Deut 33:2), y requirió a Moisés que la pusiese dentro del arca y, en lo que respecta al Libro de la Ley, al lado del arca. Moisés pertenecía a la tribu de Leví y, como legislador y sacerdote entregó esa ley a los levitas para que la depositasen en el lugar santísimo.

Ahora bien, ¿cuándo se abriría el libro que estaba en la mano derecha del que estaba sentado sobre el trono? En el día del juicio, cuando la decisión de los líderes judíos en la época de Jesús de romper el pacto testificase contra ellos, tal como lo había anticipado Moisés (Jn 5:45-47; cf. Deut 31:24-26).

> **E. G. White:** "Mirando al herido Cordero de Dios, los judíos habían clamado: 'Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.' Este espantoso clamor *ascendió al trono de Dios. Esa sentencia*, que pronunciaron sobre sí mismos, *fue escrita en el cielo*. Esa oración fue oída... Terriblemente se habrá de cumplir esta oración *en el gran día del juicio*" (*DTG*, 688).

¿Cuándo correspondería que Jesús recibiese ese Libro de la Ley? Cuando pasase al lugar santísimo donde estaba guardado el libro original de la ley, y determinase quiénes recibirían la herencia, y quiénes la perderían. Más definidamente, cuando se lo coronase como Rey de la Nueva Jerusalén, al concluir el juicio final. Digámoslo en el lenguaje de los calendarios, cuando comenzase el calendario otoñal de los reyes, y asumiese su reino como Rey de la Nueva Jerusalén. No olvidemos que, como símbolo de autoridad y calificación para reinar, los reyes recibían el Libro de la Ley o Testimonio al coronárselos como reyes descendientes de David (véase 2 Crón 23:11).

> **Deut 17:18-19:** "Cuando [el rey] suba al trono real, escribirá para su uso en un libro, una copia de esta ley, del original que posean los sacerdotes levitas. La tendrá consigo para leerla todos los días de su vida ..., para guardar todas las palabras de esta ley y poner estas normas por obra" al gobernar sobre su pueblo".

Juan vio el momento en que el descendiente de David comparece dentro de la puerta abierta al lugar

santísimo (Apoc 4:1), delante del Rey del Universo, para recibir el libro que lo facultará para gobernar sobre su pueblo en la Nueva Jerusalén.

Apoc 5:5-10: "Y uno de los ancianos me dijo: 'No llores. El León de la tribu de Judá, la Raiz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos'. Entonces, en medio del trono, de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos, vi de pie a un Cordero como si hubiera sido inmolado... Y él vino, y tomó el libro de la mano derecha del que es- taba sentado en el trono. Cuando tomó el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero. Cada uno tenía un arpa y una copa de oro llena de incienso... Y cantaban un nuevo canto, diciendo: 'Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste muerto, y con tu sangre compraste para Dios gente de toda raza y lengua, pueblo y nación; y de ellos hiciste un reino y sacerdotes para servir a nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra'".

Comparemos el momento en que ponen el Testimonio en las manos del joven rey Josías. ¿Qué hacen los sacerdotes en el templo entonces? Lo ungen y lo aclaman diciendo: "¡Viva el rey!" (2 Crón 23:11). Todo el pueblo participa en la aclamación con alabanzas y cánticos, con instrumentos musicales y a viva voz (v. 13). Los impostores y usurpadores que no se regocijaron en la asunción del rey, son ejecutados (v. 14-15). Asimismo destruyeron los objetos de culto de una adoración impostora y falsa (2 Crón 23:17). ¿No es éste el cuadro que nos presenta el Apocalipsis para el fin, con una lucha entre dos sistemas de culto, uno falso y otro verdadero?

El Apocalipsis nos presenta el momento en que el descendiente de David toma el Libro de la Ley y del Pacto. Una vez que toma ese libro de la mano del que está sentado sobre el trono, hay aclamación, alabanzas y cánticos, con instrumentos musicales y a viva voz. El pueblo redimido por la sangre del Cordero recibe "la tierra por heredad" (Mat 5:5), y el Señor hace "un reino" con ellos, es decir, comienza a reinar con ellos en su ciudad celestial (Apoc 20:4-6). Entonces todos los ángeles de Dios lo aclaman como digno de recibir todo el poder que ese "reino" requiere (Apoc 5:11-14).

E. de White: "La ley de Dios, que muchos no pueden soportar de escuchar, es la proclamación de su carácter puro y santo. Fue porque Dios amó al mundo que dio a los hombres sus santos preceptos... *El tiempo llegará cuando todos lo alabarán..., diciendo: Tú eres digno de tomar el libro, y abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre de toda raza, lengua, pueblo y nación; y nos has hecho reyes y sacerdotes... Digno es el Cordero* que fue inmolado de recibir poder y riquezas, sabiduría y fortaleza, honra, gloria y alabanza... *Oh, comencemos a cantar los cantos del cielo aquí, y entonces podremos unimos a la compañía celestial de lo alto*" (*RH*, 6-4-95, 6).

No olvidemos que E. G. de White nunca aplicó el cántico de Apoc 5:9-10 a la inauguración del santuario celestial. Ella señaló correctamente el tiempo de tomar el libro celestial y abrir sus sellos para el fin.

E. G. White: "Los que han sido colaboradores con Dios ven, como Cristo, el trabajo de su alma por los pecadores que perecen y mueren, y los contem-

plan contentos, con corazones de gozo, porque ven el trabajo de su alma y quedan satisfechos. *A medida que contemplan las mismas almas que procuraron ganar para Jesucristo, y las ven salvadas, eternamente salvadas..., repercuten allí a través de las bóvedas del cielo, aclamaciones de alabanza y agradecimiento. "Y ellos cantan un nuevo cántico, diciendo, Digno eres de tomar el libro, y de abrir sus sellos..."* Apoc 5:9-14 citado (*Lt* 80a, 1895).

¡Sí, habrá una segunda coronación, y está ya por suceder! El Hijo de Dios dejará su oficio de Sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, para asumir su papel de Rey según el orden de David. Esto correspondía que tuviese lugar en el tiempo prefigurado por las fiestas finales, en el séptimo mes, el mes que iniciaba el calendario real. Un evento tal no podía cumplirse antes de la conclusión del juicio.

E. G. White: "Esto no ocurrirá antes que Jesús haya concluido su oficio sacerdotal en el santuario celestial, depuesto su ropaje sacerdotal, y puesto sobre sí sus ropas más reales, coronado, para cabalgar en un carro de nubes, para 'pisotear a los paganos con su ira', y librar a su pueblo" (Ellen G. White, *The Early years*, I, 125-6). "Entonces *vi que Jesús* se despojaba de sus vestiduras sacerdotales y *se revestía de sus más regias ropas. Llevaba en la cabeza muchas coronas, una corona dentro de otra.* Rodeado de la hueste angélica, dejó el cielo" (*EW*, 281).

La aclamación de los ángeles de Dios cuando el Señor toma el libro, y la aclamación de los redimidos cuando es coronado, se los presenta como una unidad semejante a la coronación del Cordero y la coronación de su pueblo.[7]

E. G. de White: "*En el día de su coronación*, Cristo no reconocerá como suyo a ninguno que lleve mancha o arruga. Sino que a sus fieles les dará coronas de gloria inmortal" (*Signs of the Times*, 21 de nov., 1906, 7). "Cristo dice...: *En el día de mi coronación*, vosotros seréis una joya de gozo en mi corona" (HP, 267). "El más humilde puede tener una parte en la obra, y una parte en la recompensa *cuando tenga lugar la coronación, y Cristo, nuestro Abogado y Redentor, llegue a ser el rey de sus sujetos redimidos*" (*HM*, 11-01-97, 7).

10. La última cosecha de la tierra

[¿Cuándo se llevará a cabo la última cosecha (Marc 13:30,39; Apoc 14), y cómo vio Juan el cumplimiento de esa última fiesta del año? (Apoc 7:9-10)].

La cosecha comenzaba en la primavera (marzo/abril) con la fiesta de las primicias de la cebada (al comenzar la primavera) y del trigo (en la segunda mitad de la primavera). Durante el resto de la primavera se cosechaba la cebada y durante el verano se completaba la cosecha del trigo y se cosechaban los higos. Hacia el final del verano se vendimiaban los racimos de uvas. El séptimo mes que correspondía aproximadamente a septiembre/octubre se daba al comenzar el otoño, con el que culminaba la siega para la tercera fies-

[7] Puede decirse lo mismo de las dos comparecencias del Señor ante su Padre en el lugar santísimo en la inauguración de su ministerio sacerdotal, a saber, en los dos días de fiesta representados por las primicias de la cebada y las primicias del trigo en el Pentecostés.

ta de cosecha del año que comenzaba en el día 15 y duraba hasta el 22. Era la Fiesta de las Cabañas o Tabernáculos. Había una gran peregrinación al templo de la ciudad capital del reino para agradecer a Dios por la cosecha ya completada del año (Ex 23:16; Ex 34:22; Lev 23:33-43).

Desde la antigüedad se identificó al fin del verano con el fin de la cosecha y el fin de toda oportunidad, inclusive con el fin de una persona o pueblo, en relación también con el castigo divino. Miqueas se sentía como quien busca espigas del verano o uvas de la vendimia cuando ya pasó el tiempo de la siega y no hay mas nada que recoger (Miq 7:1). Amós fue llamado, con Oseas, a dar el último mensaje de amonestación al reino de Israel. Amós vio en visión "un canastillo de fruta de verano" (véase Jer 6:9). Se le indicó con esa visión que "el fin" había llegado para el "pueblo de Israel" (Am 8:1-3). Así como ese canastillo revelaba que la cosecha había concluido, así también la tolerancia divina había llegado a su fin, y el tiempo de oportunidad había ya prácticamente pasado.

El profeta Daniel vio también caerse la estatua que representaba a todos los imperios que se levantarían desde los días del rey Nabucodonosor hasta el fin del mundo. Vio cómo esos reinos se desmenuzaron hasta volverse "como la pelusa [o tamo] de las eras del verano, que el viento llevó sin dejar rastro alguno" (Dan 2:35). Pero el reino de Dios se extendió y permaneció para siempre (v. 44-45). Juan el Bautista también usó la figura de la cosecha para referirse al juicio final. El Señor "juntará el trigo en su granero, y quemará la paja en el fuego inapagable" (Luc 3:17; Mat 3:12).

Al dar las señales de su regreso, que traería consigo el "fin del mundo" (Mat 24:3), Jesús trajo a colación la figura de la higuera que hace brotar sus hojas al comenzar el verano. Así también, declaró, "cuando veáis todas estas cosas"—las señales que dio del fin—"sabed que está cerca, a las puertas" (v. 32-33; véase Mar 13:28). Una parábola semejante empleó en relación a la cizaña y el trigo, que deben crecer juntos hasta el tiempo de la cosecha, cuando el Señor quemaría la cizaña y juntaría el verdadero grano en su granero celestial.

Mat 13:30,39: "'Dejad crecer juntos lo uno y lo otro hasta la siega. Y al tiempo de la siega yo diré a los segadores. Arrancad primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla, pero juntad el trigo en mi granero'... El enemigo que la sembró [la cizaña] es el diablo, la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles".

No podía faltar, por consiguiente, una visión en el Apocalipsis sobre la cosecha final. Juan ve a Jesús viniendo en las nubes del cielo con una hoz en su mano para cosechar los granos de su siembra espiritual. Su propósito es recoger a los suyos para llevarlos a su granero celestial.

Apoc 14:14-16: "Entonces miré, y vi una nuble blanca, y sobre la nube uno sentado semejante al hijo del hombre, con una corona de oro en su cabeza, y en su mano una hoz aguda. Y del templo salió otro ángel, y clamó a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: '*toma tu hoz y siega, porque*

ha llegado la hora de segar, y la mies de la tierra está madura' Y el que estaba sentado sobre la nube pasó su hoz por la tierra, y la segó".

Luego ve Juan la cosecha de las uvas para ser pisoteadas con el propósito de obtener vino (color de la sangre), así como los ejércitos vencedores pisoteaban los cadáveres de los vencidos, derramando su sangre. De esa manera describe la destrucción de los impíos.

Apoc 14:17-20: "Después otro ángel salió del santuario que está en el cielo. También tenía una hoz afilada. Y del altar salió aún otro ángel que tenía poder sobre el fuego, y gritó a gran voz al que tenía la hoz afilada: 'Toma tu hoz afilada, y vendimia los racimos de la vid de la tierra, porque sus uvas están maduras'. Y el ángel pasó su hoz afilada por la tierra, vendimió la viña de la tierra, y echó la uva en el gran lagar de la ira de Dios. Y el lagar fue pisado fuera de la ciudad. Y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos por 1.600 estadios" [múltiplo de 4, símbolo del carácter universal de la cosecha final; véase Apoc 7:1-3].

Juan vio también a los redimidos congregados frente al trono de Dios en su templo, como lo hacían los israelitas cuando iban a Jerusalén a festejar la última cosecha. Su comparación con lo que ocurría en esa Fiesta de los Tabernáculos o Cabañas no deja lugar a dudas (véase Lev 23:39-41).

Apoc 7:9-10: "Después vi una gran multitud que ninguno podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua. Estaban ante el trono y en presencia del Cordero, vestidos de ropa blanca y con palmas en sus manos. Y aclamaban a gran voz: 'La salvación se debe a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles... dijeron: '¡Amén! Alabanza y gloria, sabiduría y acción de gracias, honra, poder y fortaleza, a nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén!".

Conclusión

Un reino, el sacerdotal, está llegando a su fin. El Señor ya está en el lugar santísimo al que todas las profecías del Apocalipsis marcadas por siete eventos apuntan. Con esto podemos afirmar también que está para deponer su autoridad de sumo sacerdote para asumir su papel de rey en su plenitud. Pronto saldrá del santuario celestial para venir a buscarnos. Quiere llevarnos a su banquete de bodas, que tendrá lugar en la casa de su Padre que está, a su vez, en su santa ciudad. Allí lo veremos ya establecido como rey (Apoc 19: 7-8). Sobre esas bodas hablaremos más en la siguiente lección.

Ya se completaron las fiestas de primavera. El Señor las cumplió todas hace dos mil años atrás. El verano ha llegado y hemos visto las señales del fin. La cosecha espiritual de almas que el Señor nos mandó juntar se está completando por todo el mundo. Ya llegó el otoño y ya se cumplieron las dos primeras fiestas de ese mes. El gran despertar adventista del S. XVIII y comienzos del XIX cumplió la Fiesta de Trompetas que tenía antiguamente lugar cada primer día del séptimo mes. Su mensaje llegó a todos los continentes despertando con sonido claro como de trompetas, racimos de creyentes por todo el mundo, que comenzaron a captar que había llegado "el

tiempo del fin". También se anunció el juicio para el 22 de octubre de 1844, en relación con la purificación del santuario que debía tener lugar entonces. Aunque los que proclamaron ese mensaje no entendieron todo como tampoco entendieron todo los discípulos del Señor cuando lo proclamaron como Mesías. Pero la luz que provendría de su mensaje iba a traer la salvación del mundo al comienzo de la dispensación cristiana, y la advertencia de la llegada del juicio en la conclusión de esa dispensación.

Pronto culminará nuestro Día de la Expiación, el último de la historia y el único en su género, ya que se da en la nueva era de cumplimientos, no más en la era cíclica y repetitiva de sombras y prefiguraciones del antiguo Israel. El Señor vendrá para hacernos partícipes de su coronación. El mismo pondrá una corona de oro, de triunfo, sobre nuestras cabezas, a medida que entramos en su gloriosa ciudad. Seremos reyes juntamente con él, y sus sacerdotes o mediadores entre él y los ángeles de Dios (Apoc 5:9-10; 20:4-6). Esto es así porque quiere que contemos al universo entero la experiencia de nuestra conversión, y lo grandioso que fue para nosotros el amor de nuestro Redentor. Este es un testimonio que necesitan y quieren escuchar aún los ángeles que nunca cayeron (véase 1 Ped 1:12).

Apelación final

Cuando era joven trabajé durante un verano en el campo del Colegio Adventista del Plata donde estudiaba. Mi padre era el gerente de esa institución, y siempre se interesó por las tareas de campo, ya que esa institución tenía un buen número de hectáreas. Era la época de la cosecha, y necesitaban gente para ayudar a recogerla.

Hacía mucho las viejas máquinas trilladoras habían quedado en desuso. Pero durante un verano, mi padre se preocupó porque no se conseguían trilladoras modernas. Todas estaban muy ocupadas y era imposible conseguir una, ya que los contratos estaban todos hechos. En la misma situación se encontraba un fiel amigo del Colegio, cuyos padres habían donado las tierras que en la actualidad pertenecían a nuestra institución educativa. Era un fiel miembro, además, de la Iglesia Adventista. Buscando juntos cómo resolver la situación, se enteraron que había una vieja máquina trilladora que no estaba tan deteriorada, y se la podía, tal vez, hacer funcionar.

Mi abuelo había manejado por años esas viejas trilladoras, de manera que también contribuyó en el proceso con su experiencia y dominio de su mecánica. Luego que consiguieron activar una, decidieron que primero cosecharían el trigo del Colegio, y luego el del viejito Lust, aquel fiel hermano en la fe. Tanto para la cosecha del Colegio, como para la cosecha del hermano Lust, iban a trabajar estudiantes y peones de uno y otro lado.

¿Cómo se cosechaba en los viejos tiempos el trigo? Bueno, no eran tan viejos esos tiempos, ya que no se cortaba la espiga con una hoz, ni se aventaba el trigo sacudiéndolo con un cernidor. Desde que se inventaron las má-

quinas, se cortaba la planta con una máquina y luego se la juntaba en montones que cargaban en carros tirados por caballos, hasta donde estaba, fija, la trilladora. Se juntó y trilló todo el trigo del Colegio, y cuando se estaba terminando de cosechar el trigo de los campos del hermano aludido, la trilladora de rompió. Estudiaron si valía la pena arreglarla y vieron que iba a costar demasiado trabajo y dinero. Pensé que el viejito Lust se sentiría chasqueado. Pero al saber la noticia se alegró y se puso a saltar junto con sus peones y con nosotros, los estudiantes del Colegio, pletórico de alegría. Para él era importante el hecho de que había salvado la cosecha, ya que se había podido juntar casi todo el trigo. Soltaría las vacas que tenía para que aprovechasen ese pequeño pedazo de trigo restante, que mal no les haría para dar leche.

Casi..., casi... ¿Por qué tendrá que haber siempre un casi? Dios quiere salvar a todo el mundo. Quiere tener una cosecha completa. Su hoz no se romperá. La falla no estará en él. Pero, ¿por qué habrán elegido tantos ahogarse en medio de la maleza, hasta confundirse con la cizaña? ¡Cuán necesario es que cuidemos la viña, no sea que los merodeadores de afuera la dañen! (Sal 80:12-13; Cant 2:15; Isa 5:2; Mat 21:33).

Habrá alegría, de todas maneras, porque un remanente se salvará. Y aunque hubiese tenido que venir por una sola planta, el Señor hubiera venido para recoger su grano en su alfolí. Pero habrá también tristeza. "El tiempo está sobre nosotros cuando habrá un pesar en el mundo que ningún bálsamo humano puede curar. Aún antes que caiga la última destrucción sobre el mundo, los soberbios monumentos de la grandeza del hombre se desmoronarán en el polvo [se harán polvo]" (*Mar*, 175). De ese pesar nos habló el antiguo profeta Jeremías, cuando su pueblo estaba para ser destruido por los Babilonios, porque el Señor se había retirado de en medio de ellos. ¡Qué experiencia dramática nos trae el profeta! Llegó el tiempo de la cosecha, y su pueblo no estuvo preparado, se perdió, fue destruido. ¿No corremos nosotros el mismo riesgo, "si descuidamos una salvación tan grande" (Heb 2:3)?

> **Jer 8:19-22:** "A causa de mi fuerte dolor, mi corazón desfallece en mí. Oíd el clamor de mi pueblo, que viene desde tierra lejana. '¿No está el Eterno en Sión? ¿No está en ella su Rey? ... Pasó la siega, se acabó el verano, y nosotros no hemos sido salvados... ¿No hay bálsamo en Galaad? ¿No hay allí médico? ¿Por qué, pues, no hubo medicina para mi pueblo?" (véase Isa 16:10).

Querido amigo, todavía no se completó la cosecha. Todavía no comenzó la Fiesta de las Cabañas, la fiesta que festeja la última cosecha ya juntada del verano. Todavía hay oportunidad, por consiguiente, para ti. Hay médico en Sión. Hay bálsamo en Galaad. Hay medicina para ti, para cada uno de nosotros, para todo aquel que quiere recibir sanidad. El Eterno está en Sión. En ella está su Rey. Todavía no ha salido de allí cerrando el tiempo de gracia, el tiempo de oportunidad. ¿Quieres tu, querido amigo o amiga que te es-

tás preparando para su encuentro, al considerar estos mensajes, encontrar paz para tu alma y sanidad para tu congoja? ¡Únete con nosotros en nuestro clamor al Señor por salvación, mientras predicamos este maravilloso mensaje!

Oración. Padre nuestro que estás en los cielos, gracias porque no se ha cerrado todavía la puerta de la gracia. Todavía tu Espíritu sigue obrando en los corazones sensibles, y aquí estamos un grupo de tus hijos pidiéndote salvación. Queremos que nos libres primero de nuestras imaginaciones perversas, de nuestros malos sentimientos, del temor que nos trae el saber que por aferrarnos a nuestros pecados, podamos terminar perdiendo el gozo eterno de ser recogidos en tu granero. ¡Oh, Señor, no nos olvides! ¡Recuerda que somos polvo! ¡Somos débiles, y no tenemos vida en nosotros! ¡Compártenos tu vida, limpiando nuestro corazón y nuestra alma para que nuestro fruto sea acepto ante tus ojos, y te dignes juntarnos por medio de tus ángeles en tu venida. Queremos encontrarnos con todos los redimidos frente a tu trono de gloria en los cielos. Danos ese privilegio por tu amor, tu bondad y tu gracia infinitas. En el Nombre de Jesús te lo pedimos, **Amén.**

CUESTIONARIO 7

CON LA MIRADA PUESTA EN LAS FIESTAS FINALES

Sección I. Mirando hacia atrás y hacia adelante

1. ¿En qué mes se inauguró el Tabernáculo del Testimonio en el desierto? (Ex 40:1). ¿Quiénes fueron investidos entonces, y como qué? (Ex 40:12-15). ¿Cuándo fue dedicado también el nuevo templo que construyeron los repatriados de Babilonia, y qué fiesta celebraron seguidamente? (Esd 6:15-22; véase 2 Crón 29:3,6-7,35úp).

Respuesta: .....

.....

2. ¿Cuándo debía inaugurarse el Templo del Nuevo Pacto, según la profecía de las 70 semanas? (Dan 9:24-27).

Respuesta: .....

3. ¿En relación con qué fiestas se inauguró el Templo del Nuevo Pacto, que incluyó la ordenación del Mesías como Rey-Sacerdote, según el orden de Melquisedec? (Mat 25-27; Hech 2; Heb 1:9; 6:19-20; 10:20).

Respuesta: .....

4. ¿Qué dijo el apóstol Pablo en relación a la Pascua, que demuestra que los apóstoles miraban las primeras fiestas como habiéndose ya cumplido? (1 Cor 5:7).

Respuesta: .....

5. ¿Qué otras fiestas religiosas se cumplieron en ese comienzo de la cosecha? (1 Cor 15:20,23; Rom 8:23).

Respuesta: .....

Sección II. Viviendo en medio de las fiestas finales

6. ¿Sobre qué día futuro debían poner su mirada expectante los cristianos, ya en el primer siglo? (Heb 10:25; véase Hech 17:31).

Respuesta: .....

7. ¿Qué debía ocurrir al final de los 2300 días-años, más específicamente, "en el tiempo del fin"? (Dan 8:14; véase Apoc 14:6-7). ¿Con qué día anual de ceremonias estaría conectado ese evento? (Lev 16:16,30; véase Apoc 14:5).

Respuesta: .....

8. ¿En qué mes y en qué día comenzaba el calendario otoñal, y qué nueva era traía con él? (Lev 25:9-10; Deut 31:10-12). Siendo que los descendientes del rey David asumían su reino en ese mes, ¿en relación con qué eventos debía asumir Jesús su reino davídico sobre la Nueva Jerusalén, y otorgar la herencia a sus seguidores?

Respuesta: .....

9. ¿En qué época del año esperaríamos que el Rey celestial recibiese el Libro de la Ley y de la herencia, para ser coronado como Rey de la Nueva Jerusalén, y gobernar a su pueblo? (Deut 17:14-15,18). ¿Qué nos dice la visión de la Raíz de David y el libro sellado en Apoc 5?

Respuesta: .....

10. ¿Cuándo se llevará a cabo la última cosecha (Marc 13:30,39; Apoc 14), y cómo vio Juan el cumplimiento de esa última fiesta del año? (Apoc 7:9-10).

Respuesta: .....

LECCIÓN VIII

SOÑANDO CON LA BODA DEL CORDERO

Recuerdo cuando faltaban dos días para casarme. Delante de otros jóvenes parientes y amigos que comenzaban a llegar a la fiesta, mi suegro me dijo, riendo: "Alberto, todavía puedes gritar, '¡Soy libre!'" En el acto le respondí: "¡Todavía no! Tengo que retenerme para entonces ser verdaderamente libre..."

¿Libre de qué? Antes estaba sujeto a mis padres, lo mismo que mi novia a los suyos. Ahora íbamos a estar libres de ellos, y sujetos el uno al otro. Mi intención, sin embargo, iba más allá. Hasta el momento del casamiento debía retenerme, y guardar la plena y máxima manifestación de intimidad y amor hasta ese momento cumbre. Mi respuesta daba a entender, por consiguiente, que todavía no era libre para amar a plenitud, sin traba alguna.

La Biblia dice que el marido tiene "autoridad" sobre el cuerpo de su mujer, y su mujer tiene también "autoridad" sobre el cuerpo de su marido (1 Cor 7:4). Esta es una deducción de la declaración divina: "serán una sola carne" (Gén 2:24). Ambos se pertenecen, y ninguno tiene derecho a negarse al otro en todo lo que abarca el verdadero amor. Pero todo tiene su tiempo y su lugar.

Así también, el Señor es la cabeza de la Iglesia (Ef 5:23). Pero esta es, en cierto sentido, todavía su novia. El la está preparando para el momento en que se va a casar con ella, limpiándola mediante el lavado del agua del bautismo, para presentársela a sí misma pura, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante (Ef 5:27). Allí conoceremos la plenitud del amor divino, algo para lo cual debemos tener paciencia y aguardarlo con fe y esperanza, para cuando se complete la boda. Aunque la mayor manifestación de amor divino ya se dio en este mundo, en la cruz del Calvario, la Deidad se impuso restricciones a la hora de aplicar ese amor (2 Ped 3:9). Tales restricciones desaparecerán cuando nuestra naturaleza pecaminosa sea reemplazada por el nuevo cuerpo glorioso que nos dará en su venida (1 Cor 15:50-55; Filip 3: 20-21).

SECCIÓN I

UN JUICIO QUE DESPIERTA GRAN ADMIRACIÓN

Son pocos los juicios que se han catalogado como "juicios del siglo", en referencia al S. XX. Uno de ellos fue el de Orenthal James Simpson en los Estados Unidos, entre 1994 y 1995. Ese juicio duró nueve meses. Fue acusa-

do de haber matado a su ex esposa y a su amante, ambos de raza blanca. El juicio hubiera durado uno o dos días según declararon después muchos expertos—si no hubiera sido porque Simpson era una estrella muy estimada del deporte, y de color, con lo que se introdujo una rivalidad racial.

La evidencia de sangre tomada del lugar del crimen y de su casa, involucraba a O. J. Simpson con un margen de error de 1 en 170 millones de muestras, y de 1 en 6.8 billones respectivamente. Esta era una de las muchas evidencias que se trajeron, suficiente como para cerrar el caso inmediatamente. Para debilitar esa evidencia, los abogados levantaron sospechas de que la policía habría traído la sangre a esos lugares, con lo que lograron introducir prejuicios raciales. A pesar de ser un gran atleta, sus defensores trajeron evidencias médicas que lo mostraban como no estando en condiciones físicas adecuadas para cometer el crimen. Adujeron que tenía artritis, aun si ese informe médico no lo revelaba incapaz de cometer el crimen.

Toda una "montaña" de evidencias en su contra no impidió, finalmente, que O. J. Simpson fuese declarado inocente. Esa sentencia trajo gran consternación en los familiares de las víctimas. Por su parte, Simpson declaró a los medios de difusión que iba a buscar al culpable, algo que nunca amagó siquiera hacer. Aunque la mayoría de la gente de ambas razas estaba convencida de que había sido el asesino, fue declarado inocente por el jurado que lo investigó. Posteriormente los familiares elevaron una demanda civil en su contra, y fue declarado culpable. Ese veredicto no lo llevaría necesariamente a la cárcel, pero requirió que pagase a los deudos varios millones de dólares.

¿Cuál fue la reacción de la gente durante ese juicio tan largo? ¿Alababa al juez que lo indagaba, o a los jueces que debían dar una sentencia final? La mayoría terminó cansándose de tan largo juicio, e interpretó que había muchos intereses creados, de manera que no creían que fuese a traer un resultado feliz...

¿Cómo será el juicio final de Dios? ¿Podrá reportar admiración y alabanza de sus ángeles? ¿Dejará satisfecho a todo el universo leal con su sentencia? La Biblia compara al juicio final con una ceremonia de boda, lo que explica la alegría de todas las criaturas del cielo ante ese evento, especialmente en relación con la conclusión de la ceremonia. También debiera alegrar a los que, en este mundo, se han convertido al Señor y esperan que asuma su reino para hacer justicia. Pero, consideremos primero varios pasajes que nos muestran que los juicios de Dios despiertan la alabanza no sólo del cielo, sino también de su pueblo.

1. La alabanza por los tronos del juicio

[¿Qué había en Jerusalén, que despertaba la alabanza de las tribus de Israel cuando iban a esa antigua ciudad capital del reino? (Sal 122:1-5). ¿A qué Jerusalén debemos dirigirnos hoy? (Heb 12:22-24)].

Ningún gobierno puede hacer felices a sus ciudadanos si no tiene normas

justas que rigen la conducta de todos, inclusive de sus gobernantes. La gran pregunta hoy, a terreno global, tiene que ver con los principios que deben establecerse para regir el comportamiento social, político, económico y religioso del mundo. Entre las tendencias de algunos organismos está la de establecer un nuevo decálogo que suplante la ley de Dios, con el supuesto propósito de proteger la tierra de su contaminación cada vez más grande. También quieren las iglesias cristianas principales establecer la ley de Dios con alguna que otra modificación.

¡Cuánto le cuesta a la humanidad aceptar que no hay leyes más justas que las de Dios, y que no habrá plena felicidad a menos que se obedezcan todos los mandamientos divinos, sin adulteración alguna! ¡No podremos perfeccionar a Dios! Cualquier fisura a la ley divina no queda sin consecuencias nefastas para la humanidad (véase Sant 2:10; 1 Tim 1:9-11).

Ya lo decía el sabio Salomón tres milenios atrás. "La justicia engrandece la nación", y con ella "será afirmado el trono" (Prov 14:34; 16:12). Isaías confirmó también que "el efecto de la justicia será paz; y la labor de justicia, reposo y seguridad para siempre" (Isa 32:17). Con alguna aislada excepción, el reino de David fue firme porque se sometió a las leyes de Dios. Para dar sus juicios contaba no sólo con la Ley de Dios, su Palabra, sino también con el concejo de ancianos que, en casos especiales, se sentaba con él para juzgar al pueblo. El sometimiento de gobernantes y pueblo a las leyes divinas traía aparejada la alabanza y reconocimiento de todos. Hay alegría en la gente cuando sabe que se respetan las leyes de Dios que están basadas en la consideración y amor debidos a Dios y al prójimo.

> **Sal 122:1-5:** "Yo me alegré cuando me dijeron: 'vamos a la casa del Señor'. Nuestros pies estuvieron a tus puertas, oh Jerusalén. Jerusalén, edificada como ciudad de compacta armonía. Allá suben las tribus del Señor, conforme al testimonio dado a Israel, *para alabar el Nombre del Señor. Porque allí están los tronos del juicio, los tronos de la casa de David*".

El anhelo del salmista era que hubiese paz y descanso dentro de las murallas de la ciudad capital del reino, y para ello se comprometía a buscar su bien (v. 7-9). Pero, ¿cuál es la capital de nuestro país, me refiero a la capital de nuestros sueños como cristianos? ¿No es la del cielo? ¿No debiera ser nuestra ciudadanía como cristianos, motivo de regocijo?

> **Heb 12:22-24:** "Pero os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles en asamblea festiva, a la congregación de los primogénitos inscritos en el cielo, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel".

Nuestro anhelo es ser finalmente admitidos en la ciudad del Gran Rey, la Nueva Jerusalén. El Señor ya ha comparecido delante del trono porque el juicio ya comenzó, y los 24 ancianos que secundan la labor del que está sentado sobre el trono, ya están sentados también, esperando que concluya el

juicio para darnos la bienvenida (Apoc 4-5). Los 144.000 redimidos de la última generación que provienen de las 12 tribus simbólicas de Israel, también alabarán a Dios. Serán admitidos en la corte celestial para cantar "un cántico nuevo" (Apoc 14:3). Después de comprobar cuán injustos habrán sido los gobiernos de la tierra, especialmente en su etapa final, no tendrán duda alguna acerca del único gobierno justo y feliz, que es el del Señor. ¿Cómo podrían los redimidos, en este contexto, estar frente a su trono ya eternamente salvados, sin cantar sus alabanzas?

2. La entrega del juicio al Hijo

[¿Qué es lo que le confiaría Dios a su Hijo en el fin del mundo? (Juan 5:22; Hech 10:42-43; 17:31; Rom 2:16)].

En la actualidad Jesús es nuestro Abogado delante del Juez del universo, que actúa secundado por una corte de 24 jueces que se sientan junto a él para confirmar que su Hijo es digno de recibir honra, gloria y alabanza. También les corresponde a ellos confirmar la determinación divina de quiénes serán admitidos como ciudadanos de la ciudad celestial (Apoc 4-5; véase Dan 7:9-10,13-14). Ese tribunal es llamado "tribunal de Dios" (Rom 14:10) y "tribunal de Cristo" (2 Cor 5:10), porque ambos llevarán la honra y la alabanza de los ángeles de Dios, en virtud de sus juicios justos.

Cuando el juicio investigador esté para concluir, el Padre conferirá todo el juicio a su Hijo para ejecutar la sentencia del tribunal. Es entonces que lo coronará también, como Rey de la ciudad celestial.

Juan 5:22: "El Padre a nadie juzga, sino que confió todo el juicio al Hijo".

Rom 2:16: "El día en que, conforme a mi evangelio, Dios juzgue por Jesucristo, los secretos de los hombres".

Esto es lo que vemos en la visión del trono en el Apocalipsis. Primero se resalta la honra que se le confiere a Dios por su obra de Creación (Apoc 4), y seguidamente la honra que se le confiere al Hijo por su obra de Redención (Apoc 5). Justamente el propósito del juicio es vindicar el Nombre de Dios. Dicho en el lenguaje ritual del Día de la Expiación, se tiene el propósito de purificar el palacio del Señor y vindicar el Nombre de Dios que estaba en su casa (Lev 16:16; Deut 12:21; 1 Rey 8:29). Del buen Nombre de Dios depende la estabilidad del universo, así como su felicitad eterna.

Rom 3:4: "Dios es siempre veraz, aunque todo hombre sea mentiroso; como está escrito: 'Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado'".

La rebelión no podrá ser erradicada completamente del universo a menos que la corte celestial pueda reconocer a Dios como justo en su juicio, y aclamarlo y alabarlo por ello.

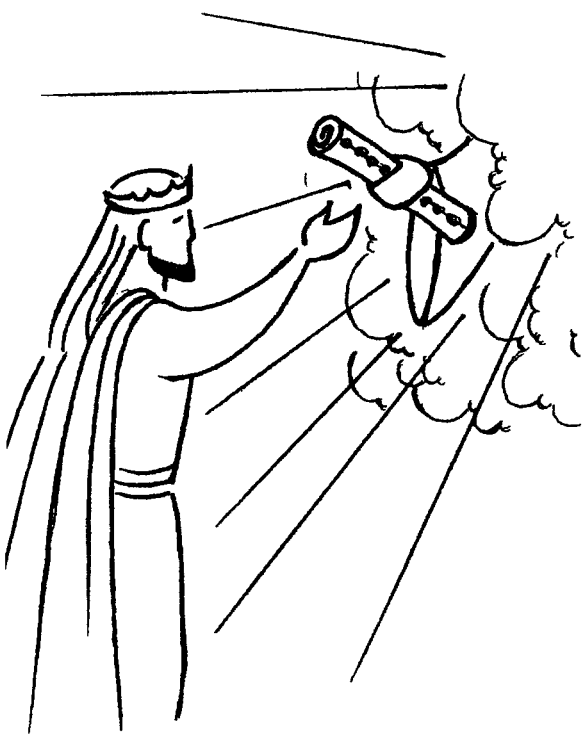
3. La entrega del libro del juicio

[¿Mediante qué acto entrega Dios a su Hijo el juicio? (Juan 5:27; Apoc 5:1,5-7). ¿Con qué propósito? (Dan 7:13-14; Apoc 5:7; Juan 5:21,28-29; Apoc

19:15; cf. Sal 2 / 8)]

Se daba al rey de Israel el Libro de la Ley cuando ascendía al trono, según vimos en la lección anterior, como símbolo de autoridad real. También se le daba ese libro "para guardar todas las palabras de" la "Ley y poner" sus "normas por obra". Ese libro lo facultaba para ser también Juez de su pueblo y de las naciones (Sal 89:14; véase Jos 1:6-8).

Luego de sentarse en el trono que representaba al trono de Dios (véase 1 Crón 29:23), David debió liberar a su pueblo de la conspiración de las naciones enemigas. Fue en ese entonces que Dios le dio "las naciones en herencia, y los extremos de la tierra en posesión", y su poder para quebrantarlas "con vara de hierro", para desmenuzarlas "como vasija de alfarero" (Sal 2:8-9; 1 Crón 14:8-17; véase Sal 89:19-29).



Así también el Padre o Anciano de Días, según la expresión de Daniel, daría a su Hijo heredero del trono de David, el gran original de la Ley que está al lado del "trono del Eterno" en el lugar santísimo del santuario celestial (Apoc 5:7). Ese acto tenía como propósito su aclamación por la corte celestial, como digno de asumir el reino de la Nueva Jerusalén. Por ese acto le otorgaría también "las naciones en herencia, y los extremos de la tierra en posesión" (véase Sal 2:8). Por ese acto asumiría, al mismo tiempo, el papel de Juez de su pueblo y del mundo. Una de sus primeras acciones se cumpliría al volver por su pueblo, y liberarlo de las naciones de la tierra, rigiéndolas "con vara de hierro" (Apoc 19:15; cf. Sal 2:9).[1] A este evento se refirió Jesús cuando dijo en:

Juan 5:27-29: "Además, *le dio autoridad de hacer juicio, porque es el Hijo del Hombre*. No os maravilléis de esto, porque vendrá la hora, cuando todos

[1] Recordemos que Jesús recibió la autoridad de su Padre para ser rey-sacerdote en la inauguración de la dispensación cristiana, cuando debía colocarse el Libro de la Ley al lado del trono de Dios en el lugar santísimo. Sin embargo, el tiempo para asumir su reino davídico debía venir cuando apareciese de nuevo en el lugar santísimo, en el mismo fin del mundo, para defender a su pueblo en la corte final del juicio (Apoc 2:27; cf. Dan 12:1).

los que están en los sepulcros oirán su voz, y los que hicieron el bien, resucitarán para vivir, pero los que hicieron el mal, resucitarán para ser condenados" (véase v. 21).

En este pasaje Jesús se presenta como "el Hijo del Hombre" que vio Daniel comparecer ante el Anciano de Días en su juicio, para recibir "dominio, y gloria y reino" por sobre "todos los pueblos, naciones y lenguas" (Dan 7: 13-14). Es en ese tiempo que recibe autoridad también para librar a su pueblo, llamando a los muertos para que vuelvan a la vida, "unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna" (Dan 12:1-3).

E. de White: "*Aquel que ha estado de pie como nuestro intercesor*, que escucha todas las oraciones y confesiones de penitencia, *que está representado con un arco iris* [véase Apoc 4:3], el símbolo de la gracia y el amor, circundando su cabeza, está para concluir pronto su obra en el santuario celestial. Gracia y misericordia descenderán entonces del trono, y la justicia tomará su lugar. Aquel por quien su pueblo miró *asumirá su derecho—el oficio de Juez Supremo. 'El Padre... confió todo el juicio al Hijo... Y le dio autoridad para ejecutar juicio también*, porque es el Hijo del Hombre'" (*RH*, 1-1-89, 1). "Es él, Autor de todo ser y de toda ley, quien *debe presidir en el juicio*. Y santos ángeles, en número 'diez veces diez mil, y miles de miles' [Apoc 5:11], *asisten como ministros y testigos en este tribunal*" (*GC*, 479).

Podemos ir resumiendo. El Anciano de Días da al Hijo del Hombre en la corte de juicio final, autoridad para ser Rey de la Nueva Jerusalén. Siendo que esa será la metrópolis universal del nuevo mundo (Apoc 21:1-2), por extensión se lo nombra también Rey de reyes y Señor de señores (Apoc 17:-14; 19:16; 11:15,17). Su Padre lo faculta igualmente para asumir su papel de Juez, para que juzgue a vivos y muertos (Apoc 11:18), y dé el pago de la vida eterna y la muerte eterna a sus súbditos, según lo que hubieren hecho en el tiempo de oportunidad que a cada cual se le dio en este mundo (Juan 5: 27-29; Apoc 22:12; cf. Dan 12:1-3). Es entonces que debe herir a las naciones "con vara de hierro", y desmenuzarlas como "vasija de alfarero" (Apoc 2:27; 12:5; 19:15).

4. La entrega del libro que faculta al Hijo para asumir su reino davídico

[¿Con qué otro propósito confiere Dios el juicio a su Hijo? (Juan 5:22-23). ¿Cómo alaban al Cordero y heredero Hijo de David los ángeles de Dios? (Apoc 5:8-12). ¿A la alabanza de quién se equipara la del Cordero? (Apoc 4:11; 5:13)].

Otro propósito por el que el Anciano de Días confiere el Libro de la Ley o de la herencia al Cordero es para que todos honren al Hijo como honran al Padre:

Juan 5:22-23: "El Padre a nadie juzga, sino que *confió todo el juicio al Hijo; para que todos honren al hijo, como honran al padre*. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió".

Mediante la ceremonia del juicio, el Hijo recibe toda la autoridad de su Padre para ejecutar el juicio. Este es precisamente el cuadro que presenta la

visión central del Apocalipsis. Luego de describir la honra que la corte celestial confiere a Dios sobre su trono, por su obra de Creación, pasa el vidente de Patmos a describir la honra al Hijo en los mismos términos por su obra de Redención. Comparemos la alabanza que se tributa a ambos:

Apoc 4:13: "Señor y Dios, *digno eres de recibir gloria, honra y poder*, porque tú creaste todas las cosas, por tu voluntad existen y fueron creadas".

Apoc 5:8-12: "Cuando tomó el libro, los cuatro seres vivientes y los 24 ancianos se postraron ante el Cordero... Y cantaban un nuevo canto, diciendo: '*Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos*, porque fuiste muerto, y con tu sangre compraste para Dios gente de toda raza y lengua, pueblo y nación: y de ellos hiciste un reino y sacerdotes para servir a nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra'. Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono... Y decían a gran voz: '*El Cordero* que fue muerto es *digno de recibir poder y riquezas, sabiduría y fortaleza, honra, gloria y alabanza*'".

Cuando los emperadores romanos subían al trono, se los aclamaba como "dignos" de asumir el reino. También se los consideraba "dignos" al final de su mandato. Algo equivalente ocurría con los reyes de Israel.[2] Así también, se considera en el juicio "digno" al Cordero de asumir el reino, gracias a su obra de redención efectuada al morir por su pueblo en la cruz del Calvario. También porque con su sangre compró para sí, de "toda raza y lengua, pueblo y nación", "gente" de la cual hizo "un reino" para servir a Dios.

Llama la atención que E. de White ponga en el futuro—nunca en el pasado inaugural—el momento en que el Cordero es aclamado en la corte del cielo como digno de tomar el libro y abrir sus sellos (véase más citas en la siguiente pregunta).

E. de White: "El toma el libro, y entonces, ¡oh, qué regocijo había! Se abrió el libro, y ahora puede ser leído, y *cada caso será juzgado según las cosas que están escritas en el libro*" (*Ms* 164, 1904, *Sermón*). "Juan escribe, 'Miré, y escuché la voz de muchos ángeles alrededor del trono'. *Se habían unido ángeles a la obra de Aquel que había roto los sellos y tomado el libro*. Cuatro poderosos ángeles retenían los poderes de esta tierra hasta que los siervos de Dios fuesen sellados en sus frentes. Las naciones del mundo estaban ansiosas de conflicto; pero los ángeles las mantenían en jaque..." (*7 BC*, 967).

"Tiene dueño"

Cuando éramos muchachos y estábamos en la época de hacernos ilusiones, mirábamos a veces las jóvenes que podrían ser candidatas para algunos de nosotros. Juzgábamos si era bonita, atractiva, dada o reservada, brava o alegre... En algunas oportunidades aparecía el comentario, con respecto a determinada joven: "Esa ya tiene dueño".

Llegó el día en que mi candidata tuvo a este galante de "dueño", después de haber frustrado las ilusiones a un buen número de candidatos. Alguno que otro, sin embargo, intentó de todas maneras acercársele discretamente.

---

[2] Por referencias, véase A. R. Treiyer, *La Crisis Final en Apoc 4-5*, 215.

Ella les hizo sentir también discretamente que ya estaba ocupado ese puesto. Uno de ellos, sin embargo, se volvió atrevido. Mi "amiga íntima" tuvo que decirle que ya tenía novio, a lo que le respondió diciendo que existía "la ley del desbanque" (quitarle a otro el lugar del banco donde se sienta junto a su novia).

Generalmente se considera la etapa anterior al matrimonio como un tiempo de conocimiento con miras a afirmar la relación para toda la vida. Una vez que se da el casamiento, sin embargo, se firma un compromiso en el que cada cual debe darse al otro sin interferencias. Antiguamente el novio tenía incluso que pagar una dote por su novia. Lamentablemente, hoy son tantos los que se han vuelto atrevidos que ya ni el casamiento les sirve para refrenarse. Aplican la ley del desbanque a diferentes niveles y edades, rompiendo hogares y familias sin compasión.

La Biblia dice que no somos nuestros, sino que fuimos "comprados", y por un alto precio. En todo el universo no se podría haber encontrado un precio mayor para nuestra redención. Si hemos aceptado al Señor, ya tenemos "dueño". Dios tiene un competidor, sin embargo, que parece incansable en su esfuerzo por aplicar la ley del desbanque. Quiere quitar al Señor de nuestro banco, para entrometerse y quedarse con nosotros. ¿Cuál es su intención? Impedir que honremos y glorifiquemos a nuestro Creador y a nuestro Redentor, Cristo Jesús. Quiere recibir él nuestro homenaje, haciéndose pasar por Dios, un verdadero impostor.

1 Cor 6:19-20; Rom 14:7-8: "¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, que tenéis de Dios, y que *no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio.* Por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo". "Porque ninguno de nosotros vive para sí, ni muere para sí. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así, sea que vivamos o muramos, del Señor somos"

Nuevamente vemos, al concluir la descripción de la alabanza en el cielo, la equiparación de la alabanza a ambos, al Padre y al Hijo, por su obra de creación y redención.

Apoc 5:13úp: "Al que está sentado en el trono y al Cordero, sean la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos".

5. La glorificación al Cordero del pueblo de Dios

[¿Qué debe hacer el remanente final del Cordero en la tierra, mientras el Señor es honrado y alabado en el cielo? (Apoc 14:7)].

El hecho de vivir en una época tan solemne como la nuestra no debe privarnos de alabar y honrar a Dios por su obra de creación y redención. Juan vio al último remanente que Dios se reserva en medio de un mundo en rebelión, llevando el "evangelio eterno" a todo extremo de la tierra, y exaltando su nombre.

Apoc 14:7: "¡Temed a Dios y dadle honra [o gloria], porque ha llegado la hora de su juicio! Y adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de

las aguas".

E. **de White:** "'Que todo lo que respire alabe al Señor'. ¿No seremos capaces de persuadir los labios y voces silenciosas de cantar sus alabanzas? *El tiempo llegará cuando todos lo alabarán...* diciendo: 'Tú *eres digno de tomar el libro, y abrir sus sellos...* Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir poder y riquezas, sabiduría y fortaleza, honra, gloria y alabanza...' Oh, comencemos a cantar los cantos del cielo aquí, y entonces podremos unirnos a la compañía celestial de lo alto'" (*RH*, 6-7-95, 6).

"Así como se glorificó a Cristo en el día del Pentecostés, así también se lo glorificará otra vez al concluir la obra del evangelio, cuando preparará un pueblo para permanecer de pie en la prueba final, al concluir el conflicto de la gran controversia" (*RH*, 11-29-92).

¿No querremos nosotros participar ya, desde la tierra, del espíritu que llena el cielo, al saber que ha llegado el momento de aclamar al Cordero como Rey de nuestra ciudad, la Nueva Jerusalén?

Refiriéndose a la época en que "se abre el templo de Dios en el cielo" (Apoc 11:19), E. de White exhorta al pueblo de Dios a obtener una "visión espiritual para discernir las cortes interiores del templo celestial. Captaremos los temas de los cantos y agradecimientos del coro celestial que rodea el trono. Cuando Sión se levante y brille, su luz será más penetrante, y preciosos cantos de alabanza y agradecimiento se escucharán en las asambleas de los santos... Veremos a nuestro Abogado ofreciendo el incienso de sus propios méritos en nuestro favor..." (*God's Amazing Grace*, 76).

Apelación. Es nuestro deber complacer a quien nos compró con su propia sangre, agradarlo glorificando su Nombre con todo nuestro ser y con toda nuestra alma. ¿Para qué nos compró? Para hacer con nosotros "un reino", para elevarnos y exaltarnos ante los ángeles de Dios, de tal manera que recibamos juntamente con él "gloria, honra e inmortalidad" (Rom 2:7). ¿Seremos tan indiferentes como para rechazar tal oferta? ¿Qué otro candidato mejor podríamos tener para vivir con él por toda la eternidad? ¿Cuántos quieren hoy aceptar a Jesús como su Señor, y entregarse a él para que sea su dueño?

Oración. Padre nuestro que estás en el cielo, gracias por darnos el privilegio de pertenecerte, y habernos comprado con tan valioso precio, nada menos que la sangre de tu amado Hijo Jesús. Si hay alguien que no ha rendido a tus pies su vida aún—esa misma vida que le diste pero que no te honró ni te reconoció todavía como su Creador y Redentor—te pedimos que obres en él para que no demore más el tiempo de hacerlo, y que tú se la tomes para que te pertenezca de veras. Afirma también el compromiso contigo que ya hemos hecho otros de tiempo atrás, para que nadie quite el lugar que te mereces en nuestra vida. Y cuando se consume tu boda en los cielos, inclúyenos a todos los que estamos aquí para formar parte de tu esposa para siempre, esa gran ciudad de oro que estuviste preparando para los que te aman. En el Nombre de Jesús nuestro Salvador te lo pedimos, **Amén.**

SECCIÓN II

LA BODA MÁS EXTRAORDINARIA DE LA HISTORIA

En todas las culturas el casamiento es motivo de alegría. Años atrás veía a una joven saltar y gritar de alegría al ver venir el auto que traía la novia para la boda. Esa joven iba a casarse unos días más también. Vivía cada paso del casamiento de su amiga por adelantado, como si fuese su propio casamiento, llena de ilusiones y de sueños que esperaba se cumpliesen pronto en ella.

Así también debiera ser con nosotros. Debiéramos vivir por adelantado nuestros sueños, nuestras ilusiones, al leer las páginas sagradas tan llenas de promesas, y a medida que contemplamos por la fe la consumación de la ceremonia que unirá para siempre al Hijo de Dios con su Iglesia en los cielos.

6. La alabanza a Dios por la ejecución del juicio

[¿En relación a qué eventos alaba "la inmensa multitud" en el cielo? (Apoc 19:1-6; véase 14:6-7)].

Hay alegría en el cielo porque se consuman los juicios de Dios y el Señor asume el reino. Otro motivo de alabanza es que se consuma también la boda del Cordero. Todo el cielo se regocija al saber que, ¡por fin!, se lo coronará consumadamente y para siempre, como Rey de la Nueva Jerusalén. La fiesta que tal evento produce se la compara a la de una boda. Aunque este punto lo desarrollaremos más definidamente en la siguiente lección, corresponde resaltar acá la razón de ser de la alabanza que llena los cielos.

Apoc 19:1-6: "Después oí una gran voz de *una inmensa multitud* en el cielo, que decía: '¡Alabad al Señor! ¡Salvación y honra, gloria y poder a nuestro Dios! *Porque sus juicios son verdaderos y justos.* El ha juzgado a la gran ramera, que corrompía la tierra con su fornicación, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos' Y otra vez dijeron: '¡Alabad al Señor! Y su humo subió para siempre. Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron y adoraron a Dios que estaba sentado en el trono. Dijeron: '¡Amén! ¡Alabad al Señor!' Y del trono salió una voz que dijo: '¡Load a nuestro Dios todos sus siervos, los que le temen, tanto pequeños como grandes!' Y oí como la voz de *una gran multitud*, como el estruendo de muchas aguas, como la voz de grandes truenos, que decía: '¡Alabad a Dios, *porque reinó el Señor* nuestro Dios Todopoderoso!"

¿Cómo sabe la "inmensa multitud en el cielo" que los juicios que Dios acaba de ejecutar sobre el mundo "son verdaderos y justos"? Porque antes que se ejecutasen sus juicios, la corte en el cielo se sentó y, en presencia de los millones y millones de ángeles, juzgó las obras de los hombres (véase Apoc 3:5; 5:7,11-12; cf. Dan 7:9-10,13-14,22,26). Por eso pueden alabar a Dios. *Todos han podido probar que Dios es justo*, y todos pueden mirar ha-

cia el futuro eterno con confianza, sabiendo que el Gobernante Supremo del universo es justo.

La segunda razón que se da para alabar a Dios, es "porque reinó el Señor". ¿Quién no se alegra cuando termina el caos, y las cosas se ponen en orden con un gobierno que busca hacer justicia? Tan larga puede haber parecido para muchos la paciencia divina al tolerar tanta injusticia y maldad en la tierra, sin asumir todo su poder y autoridad, que al llegar el momento en que finalmente Dios asume su reino, los cielos se llenan de alegría y alabanza.

Notemos que esos dos motivos, el juicio y la posesión del reino, inducen a los 24 ancianos en la corte celestial, en la época de la séptima trompeta, a agradecer a Dios y adorarlo (Apoc 11:15-18). Ambas descripciones se refieren al mismo evento. Mientras que una destaca el momento en que asume el reino para ejecutar sus juicios, la otra tiene lugar inmediatamente después que asumió el reino y ejecutó sus juicios. La alabanza de esa inmensa multitud se asemeja también a la alabanza de "la gran multitud" de redimidos que se encuentra, finalmente, frente al trono de Dios en el cielo.

> **Apoc 7:10-12:** "Y aclamaban a gran voz: 'La salvación se debe a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, se postraron sobre su rostro ante el trono y adoraron a Dios. Dijeron: '¡Amén! Alabanza y gloria, sabiduría y acción de gracias, honra, poder y fortaleza, a nuestro Dios por los siglos de los siglos. '¡Amén!'"

También se hace eco de la alabanza y reconocimientos que se dan a Dios como Creador, y al Cordero como Redentor, en ocasión del juicio, cuando llega el momento en que el Cordero recibe el libro de la herencia, el libro del reino, que lo facultará para asumir el reino de la Nueva Jerusalén, y del mundo en su plenitud (Apoc 4-5). Mientras que esa primera visión de la corte celestial tiene, entre sus propósitos principales, el de presentar los miembros del tribunal celestial y resaltar la vindicación que dan al reino de Dios; las otras visiones muestran la actividad que despliegan tales componentes de ese tribunal divino, luego que el Nuevo David asume el reino (Apoc 6-7; 8: 1-5 [cf. 4:6]; 11:15-19; 14:1-5; 19). [No olvidemos que en el Apocalipsis, los 24 ancianos y los cuatro seres vivientes nunca aparecen en un contexto inaugural].

Además del juicio y de la asunción del reino, hay una tercera razón por la que los cielos se llenan de alabanza. Se consuma la boda del Cordero, y su novia se ha preparado. Se la ve, en efecto, adornada con "las obras justas de los santos".

> **Apoc 19:7-8:** "'¡Gocémonos, alegrémonos y démosle gloria, porque ha llegado la boda del Cordero, y su novia se ha preparado!' Y le fue dado que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente, porque el lino fino representa las obras justas de los santos".

"Su novia se ha preparado". La edificación de la Nueva Jerusalén se ha

completado, y el pueblo de Dios ha sido vindicado en el juicio investigador (Deut 32:36; Sal 135:14; Dan 7:22). Esa novia está lista para recibir a los convidados, quienes la adornarán con las obras justas que fueron aprobadas en el juicio.

Recordemos que, mientras "los santos" son salvos por la fe (Rom 3:28), los juicios divinos juzgan la calidad de esa fe por sus obras (Mat 7:23; Rom 3:21; 1 Cor 3:13; 2 Cor 5:10; Sant 2:14,17-18; 1 Ped 1:17; Apoc 20:12; 22: 12; cf. Ecl 12:14). Esas obras glorifican a Dios (Mat 5:16; véase Job 1:8; Luc 1:6), puesto que son obras que Dios mismo "preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef 2:8-10). Aunque es cierto que nadie se salvará por sus obras, ya que nadie podrá jactarse de nada delante de Dios ni reclamar ningún derecho propio, también es cierto que nadie podrá pretender ser salvo con una invocación nominal de fe que no produzca el fruto debido (Mat 7:21-23; Gál 5:6).

7. La novia y la boda del Cordero

[¿Quién es la novia del Cordero? (Apoc 21:2,9-11). ¿En qué consiste esa boda o a qué representa? (Compárese Luc 19:12,14-15 con Mat 25:14,19)].

En Chile un "gallo" se casa con una "cabra". ¿Suena extraño? Pregúntenle a un chileno cómo es que eso se produce. Por si no lo encuentra, le puedo adelantar que al hombre suelen decirle "gallo", y a la mujer "cabra" o "cabrita". En el Apocalipsis vemos el casamiento de un cordero, pero sin que se represente a su novia con un animal. Se trata de la boda del Cordero, en referencia al Hijo de Dios. Aunque más diremos acerca de la boda del Cordero en la siguiente lección, preguntémonos aquí quién es la novia del Cordero.

Apoc 21:2,9-11: "Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, *engalanada como una novia para su esposo*... Entonces vino a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me dijo: 'Ven, y te mostraré la novia, la esposa del Cordero'. Me llevó en Espíritu a un grande y alto monte, y me mostró la gran ciudad santa, la Jerusalén que descendía del cielo, de Dios. Resplandecía con la gloria de Dios..."

En el Apocalipsis la esposa del Cordero es la ciudad de Dios. De manera que el casamiento del Cordero con la Nueva Jerusalén tiene que ver con su coronación como cabeza y rey de esa ciudad celestial (véase Cant 3:11; 1 Cor 11:3). Varias parábolas representan este acto de coronación final como la obtención de un reino. Consideremos aquí una de ellas.

Luc 19:12-15: "Un hombre noble se fue a un país lejano, a recibir un reino y volver. Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: 'Negociad hasta que yo vuelva'... Pero sus compatriotas lo aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: 'No queremos que este hombre reine sobre nosotros'. Sin embargo, fue nombrado rey, y cuando volvió a su país, mandó llamar a los siervos..."

Luego de obtener el reino dio como recompensa más a los que habían negociado lo que les había confiado de sus bienes. A los otros que se contenta-

ron con guardar lo que les había dado se los quitó, e hizo degollar a los que no quisieron que reinase sobre ellos (Luc 19:16-27).

Esta parábola es semejante a otra en la que un hombre sale de viaje lejos, y confía sus bienes a sus siervos. "Después de mucho tiempo, vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos" (Mat 25:19). Mientras que a los que multiplicaron esos bienes o talentos les dio el privilegio de entrar "en el gozo de" su Señor, y ser puesto "sobre mucho", al que no usó esos talentos para engrandecer los bienes confiados, lo expulsó y entregó a la maldición (Mat 25:14-30).

"Después de mucho tiempo" vendrá el Señor, habiendo obtenido el reino. ¿Después de cuándo? Después de—en términos redondos—2.000 años. Así como David fue rey de la antigua Jerusalén, así también el Nuevo David será rey de la Nueva Jerusalén. Su Padre le prepara esa ciudad para el día de su coronación. ¿Después de cuándo? Bueno, sabemos que Jesús se fue en la primavera, cuando comenzaba la cosecha de la cebada y del trigo (véase lección anterior). Cuando terminase el calendario sacerdotal, comenzaría al mismo tiempo el calendario real. No antes del séptimo mes apocalíptico, el del otoño, cuando concluyese la cosecha, volvería para recoger lo que es suyo.

8. El nombramiento por parte de la corte del Nuevo David

[¿Cómo destaca el Apocalipsis el carácter real de Jesús, según el orden de David? (Apoc 5:5; 22:16; véase 3:21; 12:5; 19:15-16). ¿Quién identifica al Nuevo David en la corte celestial? (Apoc 5:5). ¿Qué valor tiene, en este contexto, el hecho de que la corte está compuesta por venerables? (Dan 7:9-10, 13-14: "Anciano de Dias"; Apoc 4:4; 5:8-9: "24 ancianos"; véase 1 Crón 11: 3)].

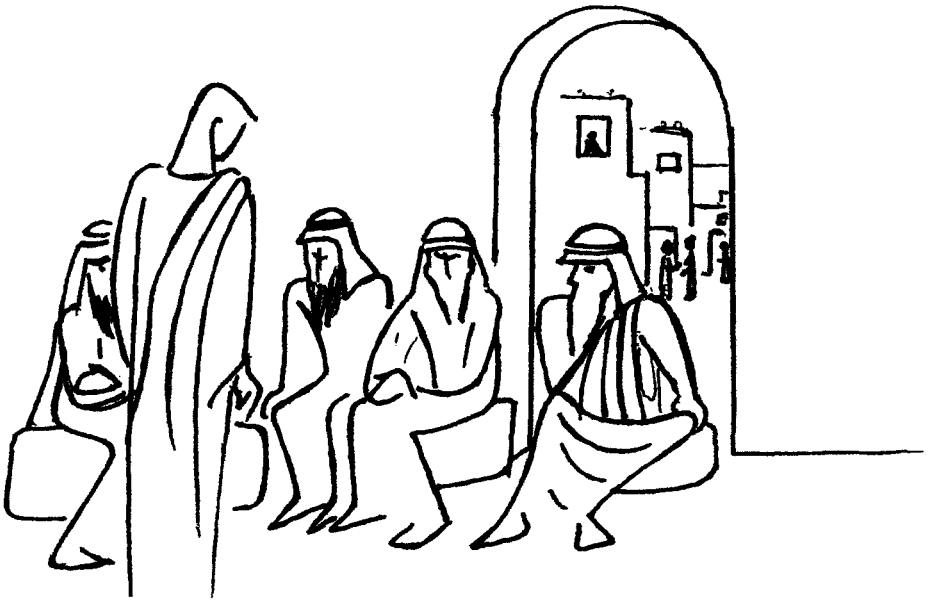
Hay varios términos que Juan escucha usar en el Apocalipsis para identificar al futuro rey, vinculados con su carácter real futuro, como Rey de la Nueva Jerusalén.

Apoc 5:5; 7:13-14: "Y *uno de los ancianos* me dijo: 'No llores. *El León de la tribu de Judá, la Raíz de David*, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos'". "Entonces *uno de los ancianos* me preguntó: 'Estos que están vestidos de ropa blanca, '¿quiénes son, y de dónde han venido?'... Y el me dijo: 'Estos son los que... han lavado su ropa, y las blanquearon en la sangre del Cordero'".

¿Quién identifica al Nuevo David en la corte celestial? "Uno de los ancianos". ¿Quién identifica a los redimidos? "Uno de los ancianos". ¿Por qué? Porque las cortes de juicio en el mundo antiguo estaban constituidas por "ancianos", y ellos determinaban quién era digno de vivir en la ciudad, y quién debía ser expulsado (Deut 25:7-8). Al final, el remanente perseguido irá a la ciudad de Dios por refugio, y será aceptado como legítimo fugitivo de este mundo.

Jos 20:4: "El que se refugie en alguna de esas ciudades, se presentará a la puerta de la ciudad, y explicará su caso a los ancianos de la ciudad. Y ellos

lo recibirán dentro de la ciudad, y le darán lugar donde habite con ellos".



También correspondía a los ancianos elegir al Rey (Juec 11:4-11). Especialmente significativo en este contexto, es el hecho de que fueron los ancianos de Israel quienes vinieron a David para hacerlo rey, y éste, a su vez, escogió la ciudad de Jerusalén como su capital.

1 Crón 11:3: "Todos *los ancianos de Israel* fueron al rey en Hebrón, y David hizo con ellos pacto ante el Eterno. Entonces *ungieron a David por rey sobre Israel*, conforme a la Palabra del Eterno por medio de Samuel".

¡Sí, Jesús va a ser ungido como "Rey" sobre las nuevas 12 tribus de Israel, los 144.000, y va a reinar sobre ellas sentándose en el trono de la Nueva Jerusalén! (véase Apoc 7:5-8; 14:1-5). En armonía con la costumbre antigua de coronar al rey, debía sentarse una corte de venerables. Por esa razón se representa a Dios como un "Anciano de días" (Dan 7:9-10). 24 ancianos secundan su labor de juicio (Apoc 4:2-4). Es la corte que debe aclamarlo como Rey, y determinar al mismo tiempo quiénes se sentarán con él para reinar junto con él (Apoc 5:8-10; 20:4-6).

Llama la atención que, luego de describir al Padre y al Hijo sentados en un trono en el lugar santo, E. de White vio la transferencia de ministerio a un trono en el lugar santísimo, establecido junto con otros tronos que no había visto antes. Esto nos muestra que de acuerdo a su testimonio, no hay tronos en el lugar santo, sino sólo un trono donde el Señor está sentado con su Hijo. Nunca describió tampoco la mensajera del remanente tronos en un contexto inaugural. Veamos la declaración:

E. G. de White: "Vi al Padre levantarse del trono, y en un carro de llamas entró en el lugar santísimo, al interior del velo, y se sentó. Allí *vi tronos que no había visto nunca antes*" (*To the Little Remnant...*, 4-6-1846, 7).

Luego de revelarle a Juan su ciudad celestial, Jesús se dirige de nuevo a su iglesia, en forma directa, invocando sus títulos mesiánicos que lo vinculan con su linaje real. También su novia, su ciudad celestial, extiende un llamado a los convidados a no perderse esa fiesta:

Apoc 22:16-17,19: "'Yo, Jesús, os envié a mi ángel con este testimonio para las iglesias. Yo soy *la Raíz y el Descendiente de David*, la radiante Estrella de la mañana'. El Espíritu y la Esposa dicen: '¡Ven!' Y el que oiga, diga: '¡Ven!' Y el que tenga sed y quiera, venga y tome del agua de la vida libremente"... Si alguno quita algo de las Palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del Libro de la Vida y de la santa ciudad, que se describen en este libro".

¿Cuál es el propósito del Apocalipsis? En el pasaje que acabamos de leer Jesús lo expresa claramente, al concluir la revelación contenida en ese libro. Es el de preparar las iglesias para que puedan formar parte de la santa ciudad. Dicho de otra manera, es el de preparar las iglesias para que todo aquel que quiera de entre ellas, pueda ser aprobada en el juicio y su nombre no ser borrado o quitado "del Libro de la Vida" (véase Apoc 3:5; 21:27). La corte de ancianos, los ángeles de Dios y sus querubines más allegados, todos ellos, en conjunto con Dios mismo, son revelados para hacer notar la realidad de ese juicio final, y del premio que espera a los convidados a la boda del Cordero.

Otros términos que se ligan a la coronación final del Descendiente de David tienen que ver con la tarea que David llevó a cabo de quebrantar el

poder de las naciones que intentaron derrocarlo (Sal 2). En referencia a esa tarea futura por la que debía esperar hasta que Dios dispusiese que sus enemigos fuesen sometidos bajo sus pies, dice el Apocalipsis:

Apoc 12:5; 19:15-16: "Un Hijo varón, que había de regir a todas las naciones con vara de hierro". "De su boca salía una espada aguda, para herir con ella a las naciones. El las regirá con vara de hierro".

Recordemos que, en la inauguración de su reino-sacerdotal según el orden de Melquisedec, Jesús "se sentó a la diestra del trono de la Majestad en el cielo" (Heb 8:1). Llegaría el día, sin embargo, en que Dios le daría "el trono de su padre David", para que reinase para siempre (Luc 1:32-33). Es en un contexto tal que debemos entender la declaración de Jesús en su mensaje a la última iglesia, la Iglesia del Juicio llamada Laodicea. Hace recordar el Señor a esa iglesia que, en la inauguración se sentó sobre el trono de su Padre como mediador entre Dios y los hombres. Pero también dirige su mirada al final, cuando los que venzan de entre las iglesias se sienten con él en su trono. Dios le daría el trono de Jerusalén en el día de su boda, conforme a su promesa hecha a David, de establecerlo como su Hijo para que reinase sobre su pueblo. Esto lo haría Jesús ya no más en su carácter sacerdotal sobre el trono de Dios, sino más bien en su carácter real sobre el trono de la Nueva Jerusalén que le sería dado, "el trono de David".

Apoc 3:21: "Al que venza, le daré que se siente conmigo *en mi trono* [véase Apoc 20:4: "reinaron con Cristo mil años"]; así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre *en su trono*".

Si seguimos la línea histórico-profética dada a Daniel, la asunción de ese reino por parte del Hijo del Hombre y de los santos del Altísimo, tendría lugar luego que cayesen el imperio romano y el anticristo que lo suplantaría (Dan 7:9-14,21-22,26-27).

9. Tenidos por dignos en el tribunal celestial

[¿Qué hizo el Cordero para ser considerado "digno" de juzgar a su pueblo y de recibir el reino? (Apoc 5:9-10). ¿Quiénes más serán tenidos por "dignos" de semejante honra en la corte celestial? (Dan 7:22,26-27; Mat 22:2,8; Luc 20: 35; Rom 2:6-10; Apoc 3:4)].

Como ya vimos, los pueblos antiguos aclamaban a sus reyes y emperadores en el día de su coronación, como "dignos" de asumir el reino. También lo hacían en el antiguo Israel (2 Crón 23:11-13). Así también la corte celestial aclamará al prometido príncipe celestial como "digno" de recibir toda la autoridad y honor que le corresponde a un rey. ¿Qué hizo el Cordero para ser considerado "digno"? El cántico de los cuatro seres vivientes y de los 24 ancianos no dejan lugar a dudas. Lo aclaman diciendo:

Apoc 5:9-10: "Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste muerto, y con tu sangre compraste para Dios gente de toda raza y lengua,

pueblo y nación, y de ellos hiciste un reino y sacerdotes para servir a nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra".

Parafraseemos esta declaración. Lo que los ancianos y los cuatro seres vivientes están diciendo aquí es: "Digno eres de asumir el reino de David que se te prometió, debido a que con tu sacrificio expiatorio, conseguiste gente a la que redimiste para que te reconozca como su rey, devolviéndoles la dignidad que habían perdido para que puedan reinar juntamente contigo en tu reino". En efecto, gracias a la sangre pura e inocente que derramó por el pecador, el Cordero puede hacer dignos a sus súbditos para que reinen con él en su reino. La tarea de declararlos "dignos" le corresponde a la corte celestial. De tales personas redimidas y emblanquecidas en la sangre del Cordero, el Señor dijo:

Apoc 3:4: "Andarán conmigo porque son dignas".

Mat 22:2,8: "El reino de los cielos es semejante a un rey, que preparó el banquete de boda para su hijo..." Al final "dijo a sus siervos: 'A la verdad el banquete está preparado, pero los convidados *no eran dignos*".

Aquí se nos muestra que habrá quienes serán considerados "dignos", y otros convidados sobre los que se decretará "indignos". Nuevamente Jesús afirma esta misma verdad ante los saduceos capciosos en:

Luc 20:35-36: "Pero *los que sean tenidos por dignos* de aquel mundo y la resurrección de los muertos..., son como los ángeles, y son hijos de Dios, por cuanto son hijos de la resurrección".

¿Cómo pagará Dios a los que sean tenidos por dignos de recibir la herencia eterna, gracias a los méritos de la sangre del Cordero? Y, ¿cómo pagará Dios a los que sean tenidos por indignos de la vida eterna? A estos últimos, los ángeles de Dios los consideran "dignos" (*axios*), "merecedores" de las plagas finales (Apoc 16:6). A los otros los considerará dignos por su victoria contra el pecado, de la herencia eterna. De allí que tantas veces se dirija el Señor "al que venza" de entre las iglesias (Apoc 2-3).

Leamos el contraste entre ambos grupos directamente de la pluma del apóstol Pablo:

Rom 1:32: "A pesar de conocer el justo juicio de Dios, que los que practican tales cosas [véase lista en v. 21-31] son dignos (*axios*) de muerte, no sólo las cometen, sino que se complacen en los que las practican" (véase Heb 10:29: "digno (*axios*) de mayor castigo"; Hech 13:46: "*indignos de la vida eterna*").

2 Tes 1:5: "Una evidencia del justo juicio de Dios [es que por paciencia y fe en persecuciones y tribulaciones]..., seáis tenidos por *dignos del reino de Dios*, por el cual padecéis".

Rom 2:6-10: "Dios pagará a cada uno según sus obras. Vida eterna a los que perseveran en bien hacer, y buscan gloria, honra e inmortalidad; pero ira y enojo a los que son contenciosos, y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia. Tribulación y angustia sobre toda persona que obra lo malo... Pero *gloria, honra y paz a todo el que obra el bien...*"

¡Sí, gloria y honra, son las mismas palabras con las que el Apocalipsis condecora al Nuevo David! ¿Podemos imaginarnos tan grandioso destino que nos tiene reservado el Señor? En la revelación final del juicio, "no habrá falta de gloria y honor" (*Mar*, 341).

E. de White: "El Príncipe de los cielos puso al hombre en una posición privilegiada. Se ha valorado su vida al precio de la cruz del Calvario... De las profundidades de la degradación del pecado, podemos ser exaltados para llegar a ser herederos con Cristo, los hijos de Dios, y reyes y sacerdotes del Altísimo (*RH*, 02-28-188,4).

Dan 7:22,26-27: "Vino el Anciano de Días, y pronunció *juicio a favor* de los santos del Altísimo. Y vino el tiempo, y *los santos recibieron el reino*... Y se sentará el tribunal en juicio..., y el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, *serán dados al pueblo de los santos* del Altísimo, cuyo reino es reino eterno..."

Debemos tener en mente que el juicio que se hacía al rey caía sobre el pueblo también (Jer 13:13-14; 22:2-5; 29:16-19; 36:30-31; 2 Crón 36:11-16). De allí que el príncipe elegido por el cielo debe comparecer primero ante la corte celestial, para abogar por su pueblo y permitir su entrada a la Nueva Jerusalén. Al declarársele "digno" de recibir el reino, queda implícito un reconocimiento semejante para con su pueblo por el cual dio su sangre, su vida (compárese Dan 7:14 con el v. 27; asimismo Apoc 2:26-27). Al recibir el Libro de la Ley que lo faculta para ser Rey de la Nueva Jerusalén, queda implícita la coronación de su pueblo para que reine "sobre la tierra" (Apoc 5:9-10).

10. El "nuevo cántico" en la época final

[¿Quiénes más se unirán al "nuevo cántico" de alabanza que entonan con sus arpas los cuatro seres vivientes y los 24 ancianos? (Apoc 5:8-9; 14:2-3)].

Ya vimos que los "ancianos" nombraban al rey, y lo aclamaban como tal junto con el pueblo. Así también, los 24 ancianos de la corte celestial lo declaran digno de asumir el reino sobre la Nueva Jerusalén, al tomar el Libro de la Ley, lo que redunda en las alabanzas de reconocimiento de poder, gloria y honor de los ángeles que rodean el trono. Los ancianos y los querubines más allegados al trono cantan el "nuevo cántico" que más tarde cantarán también los 144.000, una vez incorporados en la corte celestial para juzgar al mundo.

Apoc 5:8: "Cuando [el Cordero o Nuevo David] tomó el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero. Cada uno tenía un arpa... Y *cantaban un nuevo canto*, diciendo: 'Digno eres de tomar el libro".

Apoc 14:2-3: "Y oí una voz del cielo como el estruendo de muchas aguas, como el estampido de un gran trueno. Sin embargo, era el sonido de arpistas que tañían sus arpas. *Cantaban un canto nuevo* ante el trono, ante los cua-

> tro seres vivientes y ante los ancianos. Y ninguno podía aprender ese canto sino los 144 000 que fueron redimidos de entre los de la tierra".

Nueve veces la Biblia habla de cantar 'un canto nuevo'. Siete veces la frase ocurre en el Antiguo Testamento (Sal 33:3; 40:3; 96:1 [ver v. 4 ("digno"),8,10,13]; 98:1; 144:9; 149:1; Isa 42:10) y dos veces en el Nuevo Testamento (Apoc 5:9; 14:2). En todas esas referencias, en las que se alaba a Dios con una "canción nueva", se da la razón que motiva tal alabanza. El "cántico nuevo" glorifica a Dios por su juicio y su salvación. ¿No habrían los componentes del tribunal celestial de alabar a Dios con ese cántico nuevo? ¿No habrían también los 144.000 de alabar a Dios por su obra de juicio que culminó en su salvación? Esos dos aspectos resaltan en la alabanza celestial en todo el Apocalipsis. Los ángeles y todos los habitantes del cielo alaban a Dios en ocasión de su juicio, y luego por la ejecución misma del juicio. En medio de tales juicios, el pueblo de Dios fue rescatado, salvado y congregado finalmente frente al trono de Dios (véase Apoc 7:9-10; 14:1-3).

Apelación

Algunas bodas en este mundo han sido famosas por el despilfarro en materia de gastos e inversiones. Otras han sido sencillas dados los magros recursos de los protagonistas. Pienso que el mayor gozo que pueda haber en una boda es contar con la presencia del Espíritu de Dios y la compañía de los ángeles. Aunque no los veamos, su efecto puede ser mayor que toda la pompa que el mundo pueda dar.

Entre las bodas más famosas está la del príncipe Carlos de Inglaterra con la princesa Diana de Gales. La Iglesia de Inglaterra también se vistió de gala, y cánticos cristianos crearon una atmósfera feliz. El evento fue filmado y visto por TV por cientos, sino miles de millones de personas en todo el mundo. La organización pareció perfecta. Todo estaba escrupulosamente medido. Los príncipes debían cumplir su papel hasta en los más mínimos detalles. Había que dejar una imagen universal imborrable.

Algo, sin embargo, falló. La flamante princesa de Gales no estaba acostumbrada a tanto protocolo. Agotada con tanta pomposidad exterior, en determinado momento, perdió el control. El príncipe Carlos debió pedir disculpas y comprensión para su novia—ya esposa—explicando que ella no estaba acostumbrada a las formalidades de una corte.

¿Cuánto tiempo duró ese casamiento? Lamentablemente, la infidelidad está a la orden del día en todos los niveles, y no escapa a las galanterías de los príncipes. La tan mundialmente querida princesa rompió de mutuo acuerdo con el príncipe, y poco después murió buscando escapar a la persecución del periodismo. Otra ceremonia grandiosa se llevó a cabo en su memoria, y el príncipe Carlos marchó "humildemente" detrás de su féretro, para disgusto de la reina de Inglaterra. Su siguiente boda, esta vez con quien

había sido su amante extramarital de toda su vida, no se dio con la exaltación y aparatosidad de la anterior.

Estimados amigos y amigas, está bien invertir en una boda, para hacerla un evento inolvidable que perdure en la memoria por el resto de la existencia de la pareja que se casa. También el cielo invirtió una fortuna impagable para que la boda del Cordero se lleve a cabo con la mayor gloria que jamás seres creados hayan podido presenciar. Ese evento debía perdurar en la memoria de los comensales y de los protagonistas por toda la eternidad. La novia tendría, además, la ventaja de contar con un nuevo cuerpo, glorioso, que no se fatigase ni diese muestras de irritación por el agotamiento. La dignidad, la transparencia, su carácter genuino, harían que nadie se cansase de procurar representar un papel artificial por tanto tiempo. De allí es que esa boda divina sea inigualable, incomparable y eterna. ¿Quieres tu formar parte de ella?

Oración. Padre nuestro que estás en el cielo, cansados de tantas luces fugaces de este mundo queremos venir a ti para que transformes nuestra vida espiritual, y nos hagas aptos para recibir el nuevo cuerpo eterno en el día de la boda de tu Hijo. Sólo entonces podremos contemplar la lumbre esplendorosa de tu trono sin que nuestra vista se canse, y sin tener que desviar la mirada para otro lugar. Limpia nuestra alma de toda contaminación para que nuestra vida pueda ser pesada en balanza en tu juicio, y soportar el escrutinio divino y de tus ángeles. Nuestra esperanza está en la sangre del Cordero. En virtud de sus méritos nos atrevemos a soñar con esa boda, y a participar del clamor de tu iglesia que, a través de todos los siglos te ruega: "Ven, si ven, Señor Jesús", **Amén.**

CUESTIONARIO VIII

SOÑANDO CON LA BODA DEL CORDERO

Sección I. Un juicio que despierta gran admiración

1. ¿Qué había en Jerusalén, que despertaba la alabanza de las tribus de Israel cuando iban a esa antigua ciudad capital del reino? (Sal 122:1-5). ¿A qué Jerusalén debemos dirigirnos hoy? (Heb 12:22-24).

Respuesta: .....

2. ¿Qué es lo que le confiaría Dios a su Hijo en el fin del mundo? (Juan 5: 22; Hech 10:42-43; 17:31; Rom 2:16).

Respuesta: .....

3. ¿Mediante qué acto entrega Dios a su Hijo el juicio? (Juan 5:27; Apoc 5:1,5-7). ¿Con qué propósito? (Dan 7:13-14; Apoc 5:7; Juan 5:21,28-29; Apoc 19:15; cf. Sal 2:7-8).

Respuesta: .....

.....

4. ¿Con qué otro propósito confiere Dios el juicio a su Hijo? (Juan 5:22-23). ¿Cómo alaban al Cordero y heredero Hijo de David los ángeles de Dios? (Apoc 5:8-12). ¿A la alabanza de quién se equipara la del Cordero? (Apoc 4:11; 5:13).

Respuesta: .....

.....

5. ¿Qué debe hacer el remanente final del Cordero en la tierra, mientras el Señor es honrado y alabado en el cielo? (Apoc 14:7).

Respuesta: .....

Sección II. La boda más extraordinaria de la historia

6. ¿En relación a qué eventos alaba "la inmensa multitud" en el cielo? (Apoc 19:1-6; véase 14:6-7).

Respuesta: .....

7. ¿Quién es la novia del Cordero? (Apoc 21:2,9-11). ¿En qué consiste esa boda o a qué representa? (Compárese Luc 19:12,14-15 con Mat 25:14,19).

Respuesta: .....

8. ¿Cómo destaca el Apocalipsis el carácter real de Jesús, según el orden de David? (Apoc 5:5; 22:16; véase 3:21; 12:5; 19:15-16). ¿Quién identifica al Nuevo David en la corte celestial? (Apoc 5:5). ¿Qué valor tiene, en este contexto, el hecho de que la corte está compuesta por venerables? (Dan 7:9-10,13-14: "Anciano de Días"; Apoc 4:4; 5:8-9: "24 ancianos"; véase 1 Crón 11:3).

Respuesta: .....

9. ¿Qué hizo el Cordero para ser considerado "digno" de juzgar a su pueblo y de recibir el reino? (Apoc 5:9-10). ¿Quiénes más serán tenidos por "dignos" de semejante honra en la corte celestial? (Dan 7:22,26-27; Mat 22:2,8; Luc 20:35; Rom 2:6-10; Apoc 3:4).

Respuesta: .....

.....

10. ¿Quiénes más se unirán al "nuevo cántico" de alabanza que entonan con sus arpas los cuatro seres vivientes y los 24 ancianos? (Apoc 5:8-9; 14:2-3).

Respuesta: .....

LECCIÓN IX

AGUARDANDO LA ROPA DE BODA

Hace cierto tiempo atrás teníamos un bosquecito detrás de nuestra casa en Carolina del Norte, y se nos ocurrió trabajar para quitarle muchas hiedras, enredaderas y lianas que daban a la parte más cercana de la casa. El resultado fue que nos produjo una reacción alérgica impresionante, que todos conocen en los EE.UU. como siendo producida por el "poison ivy", "hiedra venenosa". Lo peor es que me tocaba predicar un fin de semana, y la única alternativa que me quedó para no asustar a la gente con mi cara fue decirles, con una risa lastimera, que ellos no sabían "cómo quedó el otro".

Como mi esposa también había quedado algo afectada por el veneno me preguntaron, siguiendo el humor, qué nos habíamos hecho. Entonces les dije que no lo cuenten a otros, y que el problema no era mío, sino de ellos, que me tenían que mirar. Les referí, incluso, la anécdota de Abraham Lincoln en un debate presidencial, cuando su contrincante le dijo que tenía "dos caras", acusándolo así, de ser falso. Lincoln respondió con una sonrisa, y aprovechando que era feo, dijo a la gente que se había congregado para el debate: "creo que Uds. estarán de acuerdo conmigo en que si tuviera otra cara, no andaría con la que tengo".

Pensé que podía aguantar y que todo pasaría. Pero el domingo en la noche debí llamar por teléfono a los hermanos de un grupo para decirles que había empeorado, y que no quería ir a dar lástima. Nos dijeron que una vez que el veneno pasa a la sangre, infecta a todo el cuerpo, y que debíamos ir al hospital. Allí nos dieron una inyección de cortisona que en el espacio de una hora comenzó a producir mejoras. Luego, con otras pastillas fuimos saliendo del paso hasta que quedamos limpios, completamente limpios de ese veneno que se había apoderado de nuestro cuerpo.

SECCIÓN I

LAS ROPAS NUPCIALES

Queridos amigos y hermanos, todos tenemos una "hiedra venenosa" en nuestra alma que el Señor quiere quitar. Se llama "pecado, iniquidad, rebelión" (Lev 16:16). Al convertirnos a su reino él pone anticuerpos en nuestra vida espiritual para que podamos resistirla. Es el "nuevo hombre", al que faculta con poder para mantener crucificado al "viejo hombre" que heredamos de nuestros primeros padres, cargado de un veneno mortal. No podemos, sin

embargo, quedarnos eternamente cargando a cuestas ese "cuerpo muerto", y luchando permanentemente contra ese "viejo hombre" para mantenerlo sujeto (Rom 7:24). Por eso el Señor ha dispuesto poner fin a esa batalla que en este mundo aquí abajo dura de por vida. Quiere darnos un nuevo cuerpo semejante al de la gloria suya (Filip 3:21), y revestirlo eternamente con las ropas blancas de su justicia.

1. Nosotros y la novia del Cordero

[Siendo que la novia del Cordero es la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, ¿cuál es nuestro vínculo con la novia? ¿Quiénes somos, realmente? (Apoc 22:16-17; Mat 22:1-10)].

E. G. de White: "En el Apocalipsis, el pueblo de Dios lo constituyen los invitados a la cena de las bodas (Apoc 19:9). Si son los invitados, no pueden representar también a la esposa" (*CS*, 479-80).

¿Cómo podemos conciliar este hecho con los demás pasajes de la Biblia que presentan a Israel y a la Iglesia como siendo la esposa del Señor? Por el simple hecho de que Dios no va a casar a su Hijo—lo que significa coronarlo Rey—con una ciudad vacía. Somos invitados a formar parte de esa ciudad, y a participar de esa fiesta de coronación. Los novios nos invitan a participar de la fiesta de boda. Pero a diferencia de todo casamiento en donde después de la fiesta, cada uno va por su lado y los novios comienzan su vida matrimonial, nosotros nos quedaremos a vivir con los novios y a formar parte de ese matrimonio. Y aunque hoy somos los "convidados", pasaremos finalmente a ser parte constitutiva de la novia del Señor, de su ciudad celestial.

Apoc 22:16-17: "'Yo, Jesús, os envié a mi ángel con este testimonio para las iglesias. Yo Soy la Raíz y el Descendiente de David, la radiante Estrella de la mañana'. El Espíritu y la esposa dicen: '¡Ven!' Y el que oiga diga: '¡Ven!' Y el que tenga sed y quiera, venga y tome del agua de la vida gratuitamente".

A menos que Juan esté personificando la ciudad de Dios, no puede una ciudad llamar por sí misma a la gente. De manera que la esposa del Cordero es más que edificios, paredes y calles. Es una entidad que llama al mundo a formar parte de ella, y en donde los que, en vísperas de la boda del Cordero, son invitados, pasan a transformarse en sus agentes invitando a los demás a venir. Es a través de esos agentes o "embajadores" de la ciudad celestial (véase 2 Cor 5:20), que la esposa invita a asistir a su boda con el Cordero.

Jesús ilustró el llamado a su boda y la actitud de la gente ante la invitación, con la siguiente parábola:

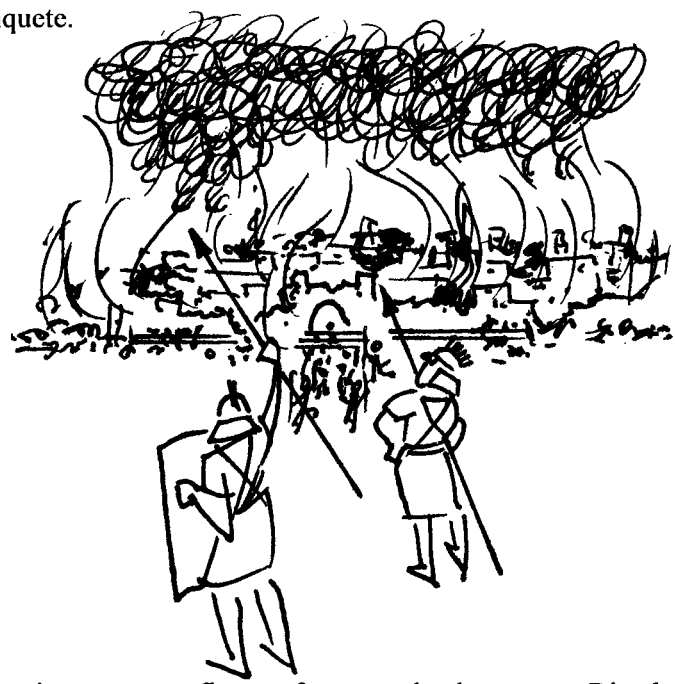
Mat 22:2-10: "El reino de los cielos es semejante a un rey que preparó el banquete de boda para su hijo. Y envió a sus siervos a llamar a los invitados a la boda. Pero no quisieron venir. Volvió a enviar a otros siervos, con el encargo de decir a los invitados: 'La comida está preparada... y todo está dispuesto. Venid a la boda'.

"Pero ellos no le hicieron caso. Se fueron, uno a su labranza, otro a sus negó-

cios, y otros echaron mano de los siervos, los afrentaron y mataron. Al oir esto, el rey se enojó. E invió su ejército, mató a esos homicidas, y quemó su ciudad.

"Entonces dijo a sus siervos: '... el banquete está preparado, pero los convidados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad al banquete a cuantos halléis'. Salieron los siervos por los caminos, y juntaron a todos los que hallaron, malos y buenos. Y la sala se llenó de convidados".

Los primeros en ser invitados a la boda del Hijo de Dios fueron los judíos quienes no quisieron que ese hijo reinase sobre ellos. Dos veces les extendió el llamado a venir a su boda, la primera cuando su Hijo estaba con ellos, la segunda a través de sus discípulos después que se fue al cielo. El premio ya existía. El nuevo Edén está en el cielo. Faltaba que aceptasen el llamado a venir a la boda celestial, que comprende tanto una ceremonia como un banquete.



¡Qué desaire ante tanta fiesta y futuro esplendoroso que Dios les ofrecía! Finalmente, la vieja Jerusalén, capital del reino judío, les fue destruida. Pero "el rechazo de ellos" terminó transformándose en "la reconciliación del mundo" (Rom 11:15). Los apóstoles fueron llamados a predicar el evangelio en toda la tierra.

¿Iba el Señor a coronar a su Hijo sin que nadie asistiese a su fiesta? ¿Qué fiesta puede haber, qué banquete, sin que haya gente para comer, ni pueblo para aclamar al novio rey? Fue así que el Señor abrió los portales del evangelio a todo el mundo. Buenos y malos debían ser invitados al banquete de bodas. La sala del reino debía llenarse de convidados. Para todos los que tuviesen hambre o sed de justicia, y aceptasen la invitación, habría un banquete que saciaría toda su necesidad y ansiedad.

2. Coronado rey de una ciudad poblada

[¿Cómo sabemos que el Padre no va a casar a su Hijo con (o ponerlo como rey de) una ciudad vacía? (Juan 14:1-3). ¿Qué sugiere esto con respecto a nuestro rango futuro? (Filip 3:20; Heb 10:34; 11:14-16; 12:22-24; 1 Ped 1:4; véase Col 1:5; Mat 6:19-21)].

Jesús dejó claro que su ciudad no quedará para siempre vacía. El no iba a ir al cielo para construir mansiones a sus discípulos para luego dejar abandonada su ciudad, y sin habitantes. La Nueva Jerusalén no será una ciudad fantasma. El mismo hecho de que habrá una boda nos muestra lo que el Apocalipsis confirmará después. Habrá mucha gente, de toda nación, raza e idioma en el reino de Dios, "una gran multitud que nadie podía contar" (Apoc 7:11).

Juan 14:1-3: "No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si así no fuera, os lo hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y cuando me vaya y os prepare lugar, vendré otra vez, y os llevaré conmigo, para que donde yo esté, vosotros también estéis".

Si el Señor tiene tanta fe en nuestra salvación, ¿por qué habríamos nosotros de dudar? ¿Habría de construir una ciudad tan grandiosa como la que describe el Apocalipsis, si no creyese en nuestra salvación? "Si así no fuera...", dijo Jesús. Si esa ciudad fuese pura metáfora o mito, "os lo hubiera dicho". Pero mi plan es traerlos a mi ciudad, "para que donde yo esté, Uds. también estén".

Filip 3:20: "Pero nuestra ciudadanía está en el cielo, de donde esperamos ansiosamente al Salvador, al Señor Jesucristo".

¿Desde cuándo somos "ciudadanos" de la ciudad de Dios? Si somos invitados a la boda, ¿podemos considerarnos ya ciudadanos? ¡Sí, por supuesto que sí! ¡Ya somos ciudadanos de la ciudad celestial! ¡Esa es nuestra capital! ¡El Señor en persona vino a darnos el pasaporte para ser admitidos en ella como ciudadanos! Aún así, debemos esperar el visado de la aduana, esto es, de la corte celestial, para que nuestra admisión se consume para siempre.

La esposa es la iglesia que por fe, en una dimensión espiritual, ya pertenece a la ciudad de Aquel a quien ha escogido como su Rey. Pero es la iglesia militante que no se transformará en gloriosa y triunfante hasta que se concrete materialmente el casamiento del Cordero con su santa ciudad. Los ciudadanos a quienes el Señor está invitando a formar parte de su ciudad, serán definitivamente admitidos una vez que se consume la boda, y el Cordero sea coronado como Rey. Por esa razón el apóstol Pablo declara que, como ciudadanos, esperamos que venga el Salvador para llevarnos a vivir a esa ciudad. Mientras tanto, como ya vimos, seguimos en este mundo de pecado y con viejas capitales, en calidad de "embajadores" de esa ciudad celestial (2 Cor 5:19-20).

3. La confirmación de nuestra ciudadanía

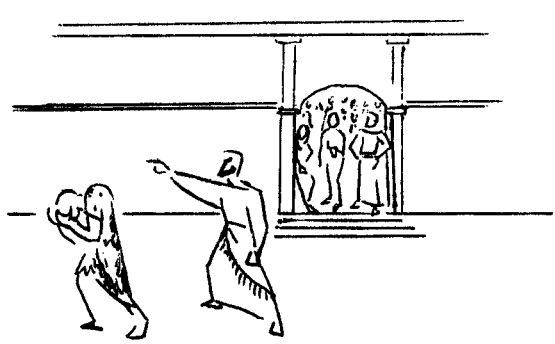
[¿Cuál es el propósito del juicio investigador que precede a la fiesta de boda? (Mat 22:11-14)].

Hay un juicio en los cielos que precede al acto de posesión del reino (Dan 7:22,26-27). Siendo que los ciudadanos de la ciudad del Cordero—sobre la que va a ser coronado por la corte celestial—forman parte de esa ciudad, la ceremonia de boda tiene por objeto adornar esa ciudad "con las obras justas de los santos" (Apoc 19:8). Recordemos que los ciudadanos del reino se salvan por la fe, pero son juzgados por sus obras, las que revelan la calidad de su fe (véase lección anterior). Son obras "que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef 2:10), de manera que, en primera y última instancia, esas obras glorifican a Dios (Mat 5:16).

Aunque no podemos comparecer en persona a la ceremonia de esa boda, lo hacemos por la fe, a través de la mediación de nuestro Señor. El apóstol Pablo explicó que, en una dimensión espiritual, nos sentamos por la fe "con Cristo en los lugares celestiales" (Ef 2:6). De la misma manera en que hoy resucitamos en una perspectiva espiritual cuando nos convertimos al Señor, hoy tenemos un acceso espiritual al Padre que nos permite sentarnos con nuestro Señor en su templo celestial (Ef 2:5,18; véase Heb 12:22-24: "os habéis *acercado* a... la Jerusalén celestial").

En la parábola de la boda, Jesús contó que la sala de ceremonias se llenó de convidados. Sin embargo, la parábola termina con la siguiente triste moraleja: "muchos son llamados, y pocos los elegidos". ¿Cómo lo ilustró el Señor? Mientras que algunos entran a la ceremonia de bodas, aceptando la invitación, se niegan a ponerse el único vestido aceptado para la boda.

Mat 22:11-14: "Cuando el rey entró a ver a los convidados, notó allí un hombre sin vestido de boda. Y le dijo: 'Amigo, ¿cómo entraste aquí sin vestido de boda?' Pero él cerró la boca. Entonces el rey dijo a los que servían: 'Atadlo de pies y manos, y echadlo en las tinieblas de afuera. Allí será el llanto y el crujir de dientes'. Porque muchos son llamados, y pocos los elegidos".



Esta revisión de ropas es muy significativa, y tiene que ver con el juicio previo al advenimiento del Señor. En efecto, cuando el Señor viene, los comensales ya fueron revisados, y la suerte de cada cual fue también determinada. Al que no se lo halló con el vestido adecuado de bodas, se lo echó fuera para que llore sin que nadie lo escuche, y crujan sus dientes de terror sin que nadie lo consuele.

E. de White: "Todos los que por el testimonio de las Escrituras aceptan" las verdades para este tiempo, "siguiendo por fe a Cristo mientras se presenta ante Dios para efectuar la última obra de mediación y para recibir su reino a la conclusión de ésta—todos ésos están representados como si entraran en las bodas..." La "tarea de examinar los caracteres y de determinar los que están preparados para el reino de Dios es la del juicio investigador, la obra final que se lleva a cabo en el santuario celestial" (*CS*, 480-1).

4. Nuestra ropa inicial de boda

[¿Cuándo y de quién podemos obtener la ropa inicial de boda? (Gál 3:27; Ef 4: 24; 5:25-27; Apoc 3:18; véase Gál 2:20)].

Antes de convertirnos al Señor tenemos ropas sucias, debido a que "todas nuestras justicias son como trapo inmundo" (Isa 64:6). No hay nadie que pueda presentarse ante el Señor con justicia propia. "Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa ilesa, sino herida, hinchazón y podrida llaga" (Isa 1:6).

Las cosas cambian cuando una persona se convierte y decide seguir al Señor, aceptando su justicia y lavando sus pecados en las aguas del bautismo. Es entonces que se reviste de la justicia del Señor, y Cristo vive en nosotros, de tal manera que lo que ahora vivimos en la carne, lo vivimos por la fe en el Hijo de Dios, quien nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (Gál 2:20). Mientras que "nuestro viejo hombre" contaminado por el pecado debe mantenerse crucificado, el "nuevo hombre", que es Cristo, debe revestirnos.

Gál 3:27: "Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos".

Ef 4:24: "Vestíos del nuevo hombre, creado para ser semejante a Dios en justicia y santidad".

Ef 5:25-27: "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla y limpiarla en el lavado del agua [bautismo] que sigue a la predicación de la Palabra, para presentarla para sí, una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante; antes, que sea santa e inmaculada".

Todos estos pasajes nos muestran que Dios requiere que nos vistamos con su justicia. Hasta que no damos el paso del bautismo, por el cual reconocemos delante de todo el mundo y el universo [se invoca el Nombre de la Trinidad], que aceptamos la vestimenta de justicia que el Señor nos ofrece, no podemos considerarnos realmente cubiertos. Estamos como Adán y Eva procurando cubrirnos con "hojas de higuera", que no pueden cubrir la vergüenza de nuestra desnudez. Por eso, el Señor nos exhorta a través del Apóstol Juan, en el mensaje a la última iglesia del Apocalipsis, en los siguientes términos:

Apoc 3:18: "Por tanto, te aconsejo que compres de mi... vestidos blancos, para cubrir la vergüenza de tu desnudez".

Se nos exhorta aquí a invertir en la única ropa que podrá permitirnos ser aprobados en el juicio. ¿Cómo comprarla? Con la inversión de nuestro tiem-

po, nuestros talentos, nuestros bienes, nuestra vida entera. Es imposible que podamos adquirir las ropas del juicio sin que nos entreguemos por completo al Señor. Y, miren si no nos conviene tal transacción. Le tenemos que dar nuestras ropas sucias para que él nos dé las suyas, puras y limpias, que representan a su justicia.

5. Cómo mantenerla limpia

[¿Qué debemos hacer con la ropa de boda que ya se nos ha concedido, mientras peregrinamos por este mundo? (Apoc 3:4; 7:14; 16:15; 22:14)].

Algunos podrán decir: "Yo ya me bauticé. Tengo, por consiguiente, las ropas blancas de la justicia del Señor que cubren toda mi maldad. ¿Qué más debo hacer?" Conservar esas ropas limpias. Pero como nuestra naturaleza pecaminosa, ese "hombre viejo" del que habló el apóstol Pablo, no muere del todo hasta la Segunda Venida del Señor (véase 1 Cor 15:49-54), corremos el riesgo de ensuciarlas. ¿Cómo podemos volver a blanquearlas, una vez que las ensuciamos? Lavándolas "en la sangre del Cordero".

Luego de contemplar a la gran multitud de redimidos frente al trono de Dios, habiendo obtenido ya la victoria, uno de los ancianos de la corte le dice:

Apoc 7:14: "Estos son los que han venido de la gran tribulación. Han lavado su ropa, y la han emblanquecido en la sangre del Cordero".

Paredes lavables

Años atrás visité un Colegio Adventista secundario en Brasil, al que asistía gente de clase alta. Ese colegio tenía paredes lavables. Siempre había gente que, apenas un alumno procuraba escribir algo en la pared, venía y la lavaba. Esto lo hicieron hasta que los alumnos perdían interés en escribir o dibujar sobre la pared. Terminaron acostumbrándose a ver las paredes de su colegio limpias.

Pienso que, de una manera semejante, Jesús pudo referirse a un pequeño grupo de la Iglesia de Sardis, como siendo dignas por no haber ensuciado sus ropas. No es que fueron impecables desde el momento en que se bautizaron. Sino que, ante cualquier situación inesperada, podían con toda honestidad recurrir a la sangre del Señor para quitar toda mancha que hubiese aparecido, hasta que se acostumbraron a tenerlas limpias. Otros, en cambio, se sienten mal y retardan su limpieza, tal vez porque comienzan a gustar del pecado, de los malos sentimientos, o porque se les pega cierta vanidad y justicia propia, y sus ropas comienzan a ensuciarse cada vez más. Leamos el examen anticipado y preparatorio que hace el Señor de esos "pocos" de la iglesia de Sardis.

Apoc 3:4: "Tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado su ropa, y andarán conmigo vestidas de blanco, porque son dignas".

A medida que conocemos más al Señor y nos acostumbramos a vestir las ropas blancas y puras que nos él nos da al convertirnos y bautizarnos, vamos

a poder mantener sin manchar esas ropas. Gente tal existe, como podemos verlo en las declaraciones de los evangelios. Acerca de Zacarías y su esposa, el evangelista Lucas dice:

Luc 1:6: "Los dos eran justos ante Dios, y andaban sin reprensión en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor".

Jesús exhortó en el Apocalipsis, especialmente al poner sus ojos en el remanente final de la historia de este mundo, a velar para que no se manchen las ropas que nos confirió al aceptarlo como nuestro Señor. Siendo que su venida será repentina, a tal punto que sorprenderá a muchos sin la preparación debida y, en la figura que estamos considerando, sin haberse tomado el tiempo de limpiar su ropa en su sangre, el Señor advirtió a la última generación de fieles en:

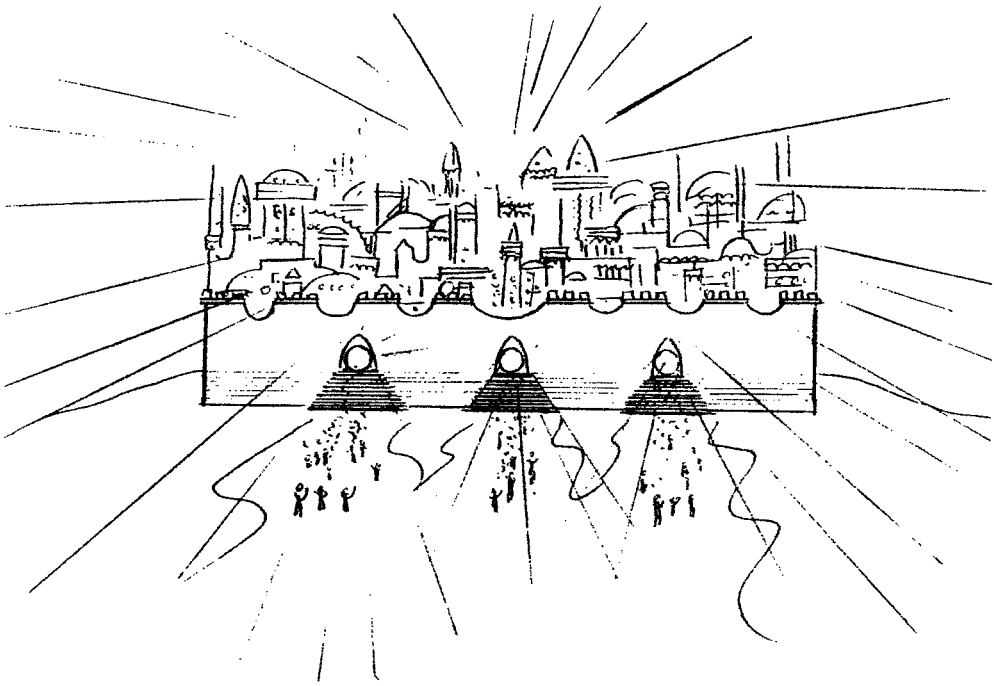
Apoc 16:15: "Mirad que yo vengo como ladrón. ¡Dichoso el que vela y guarda su ropa, para que no ande desnudo y vean su vergüenza!".

"¿La compró nueva?"

Cuando terminé mi doctorado de teología en la Universidad Protestante de Estrasburgo, Francia, hicimos los arreglos para entregar el apartamento donde habíamos estado viviendo por tres años. Siendo que al entrar en el apartamento había que dejar un depósito de dinero, vino un inspector para revisarlo y decidir cuánto de ese dinero se nos iba a devolver. Comenzó por la cocina o estufa sobre la que cocinaba mi esposa. Recuerdo los ojos grandes con que la miró, y le preguntó a mi esposa: "¿La compraron nueva?" Yo me sorprendí más por esa pregunta, sabiendo que no habíamos hecho una inversión tal. Pero mi esposa sonrió, y le dijo: "Me llevó bastante tiempo limpiarla y, le aseguro que, de a momentos, me preguntaba si lograría dejarla realmente limpia, aceptable para cocinar en ella".

El inspector no quiso revisar nada más. Nos dijo que solía comenzar a inspeccionar por la cocina, porque la gente la entrega realmente sucia. Firmó un papel por el que se nos devolvería todo el dinero. Pensé, ¿qué pasará con tanta gente que vive con ropa sucia, sin preocuparse por conseguir las ropas limpias que ofrece el Señor, y sin manifestar inquietud por limpiarlas en su sangre cada vez que las mancha otra vez? Cuando venga la revisión del juicio final, ¿podrá el Señor concederle el privilegio de morar en su reino, y vivir con él eternamente?

Otro pasaje más del Apocalipsis menciona el lavamiento de las ropas como requisito indispensable para entrar en el reino de los cielos. Mientras que algunos manuscritos antiguos se refieren a los que guardan los mandamientos divinos, otros igualmente antiguos hablan de los que lavan sus ropas, como recurso indispensable para entrar al reino de gloria del Señor. Juntemos esos dos testimonios no contradictorios, sino complementarios, al considerar el pasaje de:



Apoc 22:14: "¡Dichosos los que lavan sus ropas y guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida".

Un intercambio de trajes

El primer año en que fui a estudiar lejos de mis padres en un colegio secundario de la Iglesia Adventista en Argentina, tuve una experiencia inusual. Tenía trece años cuando un primo de catorce me pidió intercambiar su traje por el mío durante un sábado. Tenía una joven amiga y quería aparecerse bien delante de ella. En ese entonces éramos del mismo tamaño y acepté su pedido. No podía reconocerlo, a primera vista, cuando lo vi vistiendo mi traje. Pensé: "¿Será que mi traje me sienta tan bien como a él?" Finalmente mi hermano mayor y otros me dijeron: "¡No seas tonto! Él no va a cuidar traje como debiera! Te lo va a dañar" . Pensé: "Si otros dicen eso, es porque se dan cuenta que yo no me veo tan bien con el traje de mi primo como lo estoy cuando me visto con el mío". Mantuve mi palabra, pero no podía esperar hasta que concluyese ese sábado para recuperar mi traje.

Apelación

Querido amigo que estás acercándote al reino de Dios, el Señor vino dos mil años atrás para vestirse con tus ropas sucias y dejarte, en cambio, sus propias ropas limpias de justicia. De manera que no necesitas parecerte mal, y esforzarte por defender tu justicia propia, porque no la tienes. Él es feliz al mirarte vestido con sus preciosas ropas blancas. Ante el mundo y los ángeles

de Dios te verás bien. Te aseguro que una vez que te vistas con las ropas del Señor no querrás volver a usar más tus viejas ropas egoístas y pecaminosas. Por el contrario, con las ropas nuevas recobrarás tu sentido de dignidad y decencia. ¿Quieres extender tu mano para tomar esas ropas limpias que el Señor te ofrece? Son libres.

Si ya las has conseguido, es decir, si ya has aceptado a Jesús como tu Salvador personal, y te has bautizado anteriormente, y has descubierto que se te han manchado otra vez, ¿quieres mirar al Señor para limpiarlas y sentirte nuevamente "digno" o "digna" por la sangre del Cordero?

Oración. Amante Padre que estás en el cielo, gracias te damos por ofrecernos tu justicia, esa sangre que fluyó por tu cuerpo cuando estuviste en este mundo, pura y sin contaminación, y que derramaste en la cruz en pago por nuestros pecados. Entre los que reciben este mensaje hay ahora quienes nunca tuvieron ropas blancas, nunca supieron lo que es tener una conciencia pura y aprobada por ti. Toca su corazón mediante tu Espíritu para que se conviertan de corazón a ti, y te entreguen su vida dando el paso del bautismo. Dales esas ropas blancas y ayúdales luego, como a nosotros, a mantenerlas limpias, a aprender a vivir en paz contigo y con los hombres. Te lo pedimos en el Nombre de Jesús, nuestro Salvador, **Amén.**

SECCIÓN II

LAS ROPAS DEL BANQUETE DE BODA

Cuando en mis trece años estudiaba en la secundaria, nos dieron a aprender de memoria una poesía para la clase de literatura española. Aún de grandes ya, años después, nos reíamos con algunos camaradas de clase por aquella poesía a la que no le encontrábamos demasiado sentido, ya que éramos adventistas y nosotros no íbamos a los bailes. Esa poesía comenzaba diciendo: "Madre, mañana es el baile, y yo no tengo vestido. Vendrán mozos de otros pueblos, será noche de gala, y yo no tengo vestido..."

Había un compañero de apellido Peinado. Yo hice una apuesta de que, si me pedía el profesor pasar a recitarla, iba a decir: "Madre, mañana es el baile, y yo no tengo Peinado..." Mi nombre fue llamado y gané mi apuesta, haciendo soltar la carcajada en todos, hasta en el mismo profesor, quien junto con los demás estudiantes, se dieron vuelta a mirar al de apellido Peinado. El chiste estuvo muy bueno, pero a esa edad las cosas no se arreglan siempre muy diplomáticamente. Por lo que no pude evitar una "devolución" violenta del chiste, típica de esa edad, de mi amigo a la salida de la clase.

¡Qué es un "baile" o "una noche de gala" de este mundo, comparados con la boda y banquete de gala que tendremos en la casa de nuestro Padre que está en el cielo! La angustia de esa joven pobre a la que teníamos que representar—por no tener vestido adecuado y, por consiguiente, temer no poder atraer la mirada y galantería de ningún joven de otro pueblo—no puede compararse con la angustia de tanta gente que no tendrá la ropa adecuada para la boda del Cordero en los cielos. Allí será "el lloro y crujir de dientes",

dijo Jesús. ¡Qué dramático será descubrir, de repente, que lo habremos perdido todo en la gran lucha de la vida! ¡Que Dios nos libre de una conclusión tal!

6. La ropa definitiva de boda

[¿Cuándo se nos otorgará la ropa definitiva de boda? (Apoc 3:5; 6:11). ¿Quiénes más están vestidos de blanco en la corte? (Dan 7:9; Apoc 4:4; véase también 15:6; 19:14)].

En la Biblia y, en especial en el Nuevo Testamento, encontramos una tensión entre el *ya* y el *todavía no*, que tiene que ver con las dos expectaciones apocalípticas que hemos estado estudiando hasta aquí. Hay un reino de Dios presente y espiritual que inauguró el Señor al venir a este mundo (Luc 17:20-21; 22:29), y hay otro visible y material futuro que se cumplirá en su segunda venida (Mat 25:31). Hay una resurrección espiritual entre los creyentes que tuvo su origen en la resurrección de Cristo (Ef 2:4-6,13), y hay otra resurrección literal al final que se concretará en su regreso (1 Cor 15: 20,23,51-55; 1 Tes 4:13-16; Filip 3:21, etc). Hay un acceso presente y espiritual al trono de Dios (Ef 2:18; Heb 10:19), y otro futuro y literal al final (Apoc 7:9; 21:2-3,24-27; 22:14; véase Juan 14:1-3). Se nos concede ya un reposo espiritual cuando aceptamos el señorío del Hijo de Dios sobre nuestras vidas (Mat 11:28-30), pero esperamos aún el reposo más completo que tendremos en su reino milenial (Heb 4:6-11). Ya fuimos adoptados como hijos de Dios y, como tales, podemos considerarnos herederos del reino eterno (Rom 8:17), pero todavía aguardamos el momento en que la corte celestial transfiera en nuestro favor, su contenido material (Apoc 21:7).

En lo que respecta al tema que estamos considerando en estas dos últimas lecciones, podemos ver esa tensión en el hecho de que, como "hijos de la promesa" ya somos ciudadanos de la Nueva Jerusalén (Gál 4:26-28). Pero debemos esperar, desde una perspectiva material, la ciudad "por venir" (Heb 13:14; Apoc 21-22). Mientras que obtenemos el *derecho* a esa ciudadanía a partir de las credenciales que consiguió para nosotros el Señor con su muerte vicaria, debemos esperar su regreso para recibirla *de hecho, consumada y definitivamente* en el cielo. Somos "reyes y sacerdotes" con Cristo al aceptarlo ya como nuestro Rey (1 Ped 2:5-12), pero debemos esperar el veredicto final del juicio celestial para serlo acabada y concretamente sobre su santa ciudad celestial (Dan 7:26-27; Apoc 20:4,6; 22:5).

La lista se expande en esta tensión entre el *ya* y el *no todavía*,[1] cuando consideramos otros temas relacionados a nuestra salvación. En lo que respecta a las ropas blancas, vimos en la primera parte de esta lección que se nos la concede al bautizarnos, gracias a los méritos de nuestro Señor que entregó su vida santa e inmaculada para cubrir nuestra suciedad. Esas ropas pueden mancharse y deben volver a lavarse en la sangre del Cordero. El día debía llegar, sin embargo, en que se nos concediese las ropas definitivas del

reino. ¿Quién o quiénes están comisionados para concedérnoslas? Dios, su Hijo, y el tribunal celestial están ansiosos por dárnoslas.

> **Apoc 3:5:** "El que venza, será vestido de ropa blanca. No borraré su nombre del Libro de la Vida, y confesaré su nombre ante mi Padre y ante sus ángeles".

Habrá una ropa blanca que se nos confiará para siempre cuando se revise nuestro caso y se determine que nuestro nombre quede registrado en el Libro de la Vida. Esa decisión se tomará en virtud de la intercesión de Jesús, nuestro Salvador, delante del Padre celestial y de los ángeles de Dios. Para ello, se requiere que conservemos limpia las ropas blancas que el Señor nos otorgó en el día de nuestro bautismo, según ya vimos (Apoc 3:4).

Siendo que el juicio comienza con los que murieron invocando el Nombre del Señor, la corte que considera el testimonio o sello de adhesión al pacto dejado por la iglesia a lo largo de los siglos, otorga las ropas blancas a los mártires de Jesús del quinto sello. Pero les dice que deben esperar aún, hasta que se complete el número de la última generación (representada por el sexto sello), que también iba a padecer como ellos.

> **Apoc 6:10-11:** "Clamaban a gran voz: '¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra?' Entonces les dieron a cada uno un vestido blanco, y se les dijo que descansaran un poco más de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos".

El clamor de los mártires que fueron condenados "por causa de la Palabra de Dios y del testimonio que tenían" (Apoc 6:9), asciende a Dios en forma figurada, como la sangre de Abel derramada por su hermano, el primer asesino de la historia (Gén 4:10). La corte celestial separa para ellos las ropas blancas definitivas de la justicia del Señor, pero declara que deben continuar descansando hasta que culmine el juicio de los que muriesen en la siguiente generación, y de los que permaneciesen en pie en el día de la ira de Dios y del Cordero (Apoc 6:17). Es el descanso de la muerte (Apoc 14:13). Se asignan las ropas definitivas del juicio primero a los que durmieron en Jesús, y luego a los vivos al cerrarse el juicio celestial (véase Heb 9:27).

En este sello—el quinto—y en el informe del testimonio dado en la corte acerca de ellos, podemos ver que los mártires del quinto sello murieron antes del juicio investigador. Esta es una prueba clara contra los que son "futuristas" y tratan, como tales, de ubicar todos los sellos en el tiempo del fin. Pero el informe dado cuando el Cordero abre los sellos al concluir el juicio, acerca de la decisión tomada por la corte en ese juicio, nos muestra que la corte celestial representada en Apoc 4-5 está revisando el pacto hecho por los seguidores del Cordero a lo largo de la historia. Esto va contra los que presumen que la visión de la corte de Apoc 4-5 debe relacionársela con la inauguración del santuario celestial.

Las ropas blancas son símbolo de pureza. Por tal razón, tanto el Anciano de Días como sus 24 ancianos asistentes en el juicio, figuran vestidos de blanco. Los que triunfen en este mundo, serán admitidos en el cielo para beneficiarse de una sociedad que vive en pureza perfecta. No podrían estar allí sin las ropas apropiadas para la fiesta. Ellos "no pueden morir más. Son como los ángeles, y son hijos de Dios, por cuanto son hijos de la resurrección" (Luc 20:36).

Dan 7:9: "Fueron puestos tronos, y un Anciano de días se sentó. Su vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura..."

Apoc 4:4: "Alrededor del trono había otros 24 tronos. Y sentados sobre ellos 24 ancianos vestidos de blanco, con coronas de oro sobre sus cabezas".

Así como los vestidos blancos de esta corte de venerables, incluyendo a Dios mismo, no fueron el resultado de un triunfo obtenido sobre el pecado; así tampoco debe inferirse que las coronas sobre los 24 ancianos revela un triunfo obtenido sobre el pecado. Mediante las ropas blancas y las coronas se destaca la jerarquía de la corte celestial (véase Est 2:17; 2 Rey 11:12; 1 Crón 20:2; Cant 3:11; Sal 8:5).

E. G. White: "Entonces Jesús dejará de interceder en el santuario celestial. Levantará sus manos y con gran voz dirá 'Hecho es,' y todas las huestes de los ángeles depositarán sus coronas mientras él anuncia en tono solemne: '¡El que es injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo! (Rev 22:11)'" (*CS*, 671).

Todos los seres celestiales están vestidos de blanco, como se ve en las visiones de los ángeles de Dios en las que sus ropas resplandecen con el fulgor del cielo.

Apoc 15:6: Y salieron del santuario los siete ángeles que llevaban las siete plagas. Iban vestidos de *lino limpio* y resplandeciente, con bandas de oro alrededor del pecho".

Apoc 19:11,14: "Entonces vi el cielo abierto y un caballo blanco, y su jinete se llama Fiel y Verdadero, que juzga y pelea con justicia... Los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, lo seguían en caballos blancos".

Nuevamente vemos que el Apocalipsis viste a los seres celestiales con las mismas ropas con las que serán vestidos los que triunfen aquí en la tierra. Se dice de "la novia" que "le fue dado que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente, porque el lino fino representa las obras justas de los santos" (Apoc 19:8). Nada impuro podrá entrar en la ciudad de Dios (Apoc 21:27).

7. Limpios para siempre de todos nuestros pecados

[¿Cuál era el resultado en el pueblo de Israel, del ritual de purificación final del santuario que se llevaba a cabo al concluir cada año litúrgico? (Lev 16:30)].

En la lección 7 vimos que el Día de la Expiación caía en el mes que concluía el año litúrgico-sacerdotal y comenzaba el año civil-real. Se daba en el otoño, el mes que iniciaba el cómputo del calendario del palacio real. Por tal razón, el decreto divino dado para la conclusión de ese único ritual de purificación del santuario, es categórico, decisivo y definitorio.

Lev 16:30: "Porque en este día se hará expiación por vosotros, para purificaros. Y quedaréis *limpios de todos vuestros pecados* ante el Eterno".

Al declarar que quedarían "limpios de todos" los pecados del año, se proyectaba esa tensión que hemos estado considerando entre *el ya* de la purificación obtenida durante el año (Lev 4:26,35; 5:10,18; 12:8; 14:7-8,20; 15: 15,28-31), y *el no todavía* hasta ese día final y decisivo (Lev 16:30). Podían darse ya por limpios durante el año al confesar sus pecados y purificarse de sus inmundicias, pero debían esperar el veredicto final del Señor al concluir el año en ese rito final de purificación de su casa, que había asumido las faltas confesadas del pueblo.

El hecho de que los pecadores perdonados debían esperar al veredicto final en ese día decisivo, no significaba que durante el año los pecadores no confiaban en el Señor. Por el contrario, creían, como lo hacemos nosotros hoy, que "fiel es el que prometió" (Heb 10:23). Debemos mantenernos constantemente despiertos para no sucumbir ante nuestras debilidades, teniendo en cuenta que muchos se alejan de la senda de fe sobre la que una vez caminaron (Eze 33:18; Sal 125:5; Jer 17:13; Luc 8:13; 2 Tim 4:10).

Algo semejante pasa en muchos órdenes de la vida. Los estudiantes que reciben excelentes calificaciones durante el año deben aprobar un examen final en donde se revisa su conocimiento adquirido durante todo el año. Un candidato presidencial que lucha por todo un año para convencer a la gente, debe esperar el veredicto final de las urnas para ver si convenció al pueblo sobre su aptitud para gobernar. Así también, aunque tenemos la garantía de nuestra salvación en base a la victoria que obtuvo el Señor en nuestro favor, debemos esperar hasta que el Señor convenza a los ángeles sobre nuestra aptitud para reinar con él. Todo lo que tenemos que hacer es confiar en él y no desesperarnos, porque gracias a su sacrificio sobre la cruz del Calvario, nuestro Señor es un Abogado infalible que posee argumentos incontrovertibles para defendernos (Rom 8:31-34).

8. La muda final de ropas

[¿Qué muda de ropa efectuaba el sumo sacerdote al concluir el ritual final de purificación del santuario, que representaba el juicio final? (Lev 16:4,23-24). ¿Cómo califica Zacarías a esa ropa que vislumbra nuestro cambio de estado también? (Zac 3:3-5)].

El sumo sacerdote representaba al pueblo delante de Dios toda vez que comparecía ante él (Ex 28:29-30), y en especial al concluir los servicios del año en el Día de la Expiación. Para entender el cambio de ropas requerido por Dios para ese día crucial, tenemos que considerar las variantes y con-

trastes que se daban entre los vestidos que usaba el sumo sacerdote durante todo su ministerio sacerdotal.

Sin pretender ser exhaustivos aquí,[2] podemos afirmar que, antes del Día de la Expiación, el sumo sacerdote usaba ropas interiores o inferiores de "lino fino" [*ses*] en común con los demás sacerdotes (Ex 39:27,28). Cuando llegaba el Día de la Expiación las reemplazaba por cuatro atuendos interiores de lino simple (*bad*), con los cuales quitaba el pecado del santuario (Lev 16:4,32).

> **Lev 16:4:** "Se vestirá la túnica santa de *lino*, y sobre la carne se pondrá el calzoncillo de *lino*. Se ceñirá el cinto de *lino*, y se cubrirá con la mitra de *lino*. Estas son las santas vestiduras. Se las pondrá después de haberse bañado..."

Cada vez que entraba a oficiar en el interior del templo, el sumo sacerdote se colocaba encima de sus ropas interiores, sus cuatro ropas regias exteriores o superiores "de azul, púrpura y carmesí" (Ex 28:12,29-30,35, etc). Esas eran sus ropas exclusivas, y estaban tejidas de la misma manera y con el mismo material que las cortinas que separaban el Lugar Santo del Santísimo (Ex 26:1,31; 28:6,15; 36:35; 39:3,8). Este hecho era un testimonio mudo pero vivo de que nadie que no tuviese esas vestimentas superiores podía entrar en su interior.

Una vez que concluía la purificación del santuario en el Día de la Expiación, el sumo sacerdote se quitaba las ropas interiores de lino simple (*bad*), y las reemplazaba por las ropas interiores de lino fino (*ses*).

> **Lev 16:23-24:** "Después Aarón entrará en la Tienda de la Reunión, se quitará los vestidos de lino que se había puesto para entrar en el santuario (*qodes*), y los dejará allí. Luego se bañará en un lugar santo. Después de ponerse sus vestidos, saldrá...", dando reinicio a un nuevo año de servicios.

Esta vez, no obstante, el sumo sacerdote se colocaba sus ropas exteriores espléndidas también para salir y bendecir la congregación. Esas ropas exteriores o superiores estaban adornadas con oro como si fuesen las ropas de un rey (Ex 28).

¿Cuándo encaraba el sumo sacerdote al macho cabrío que representaba a Satanás, según el ritual especial del Día de la Expiación? Después de haber concluido la purificación del santuario (Lev 16:20-22). ¿Cuándo se cambiaba las ropas el sumo sacerdote? Después de haber puesto los pecados perdonados que Dios había asumido en su santuario durante el año, sobre la cabeza del macho cabrío simbólico, que debía llevarlos de vuelta al entorno desolador del diablo (Lev 16:23-24; véase Gén 3:15).[3] Acompañaba a este

---

[2] Véase detalles en A. R. Treiyer, *The Day of Atonement and the Heavenly Sanctuary. From the Pentateuch to Revelation* (Siloam Springs, 1992), 77ss.

[3] Siendo que las ropas superiores del sumo sacerdote formaban parte de la textura del santuario, el rito de purificación del santuario las incluía a ellas también. Pero como las ropas inferiores de lino simple no eran las que usaba el sacerdocio regularmente para entrar en el santuario, esas ropas tenían por única misión quitar las impurezas del santuario. Por tal razón,

cambio un baño con agua que implicaba que nadie llevaba o asumía más los pecados de nadie, porque habían sido extraídos del santuario y expulsados en ese día final.

Las ropas que nos permitirán vivir con los ángeles

Este es el mismo orden seguido en la visión del juicio de Zacarías. El ángel del Señor no arguye con Satanás. La decisión ya ha sido tomada. Cuenta con el veredicto del Señor dado en la corte celestial para silenciar a Satanás, y reprenderlo por los pecados que llevó a cometer al pueblo de Dios (Zac 3: 1-2). También cuenta con la aprobación de la corte para ordenar a los ángeles que cambien las ropas del sumo sacerdote. El atuendo completo con el cual se viste ahora a Josué se denomina *mahalasôt*, "ropas espléndidas," "de fiesta," "de gala". La raíz verbal del hebreo aparece atestada en un buen número de pasajes bíblicos. Tiene que ver con liberación, salvación y glorificación (Sal 50:15; 81:7[8]; 91:15, etc). Esta es la razón por la que el Ángel del Señor promete a Josué, y a través de él al pueblo que representa, darle un lugar entre los ángeles de Dios.

Zac 3:3-7: "Josué, vestido de *ropa sucia*, estaba delante del Ángel. El Ángel mandó a los que estaban ante él: '*Quitadle esa ropa sucia*'. Entonces dijo a Josué: 'Mira que *he quitado tu pecado de ti, y te vestí de ropa de gala*'. Después dijo. 'Pongan mitra limpia sobre su cabeza'. Y pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y *lo vistieron* de ropa limpia, mientras el 'angel del Señor estaba presente. Y el Ángel del Señor aseguró a Josué... te daré lugar entre éstos que están aquí".[4]

9. El adorno encantador de la novia

[¿Con qué estará adornada la novia para la fiesta de boda, una vez que termine la ceremonia nupcial en el juicio investigador? (Apoc 19:7-8; véase 14:5; Isa 49:18; 54:4-8,14; 61:10; 62:1-5; Os 2:19)].

El tribunal celestial basa su examen judicial en libros. Hay registros de pecados (Isa 65:6-7; Apoc 20:12) y de buenas obras (Sal 40:8[9]; Mal 3:16). Mientras que los pecados de los redimidos son borrados de los registros celestiales (Isa 43:25; Hech 3:19; véase Sal 109:14-15), los registros de buenas obras de los que triunfan en el juicio no son borrados (Neh 13:14). Son conservados en el cielo para adornar la ciudad de Dios. De esas obras, efectuadas por la gracia del Cordero y la capacitación de su Santo Espíritu, dan cuenta las ropas blancas de los justos.

Apoc 19:7-8: "¡Gocémonos, alegrémonos, y démosle gloria, porque ha llegado

---

debían ser depuestas al concluir el ritual. Las ropas interiores de "lino simple" (*bad*), se las usaba únicamente para extraer las cenizas del altar del holocausto (Lev 6:3[10], y las inmundicias del santuario que se habían acumulado durante el año hasta el Día de la Expiación (Lev 16:32-33). Se las vinculaba, por consiguiente, con la impureza del pecado.

[4] Véase A. R. Treiyer, *Las Promesas Gloriosas del Santuario* (Siloam Springs, 1994), lección 9.

> la boda del Cordero, y su novia se ha preparado! Y le fue dado que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente, porque el lino fino representa *las obras justas de los santos*".

En lugar de revisar los pecados que les fueron perdonados y finalmente borrados de los registros celestiales por los ángeles, en base a la sangre que invocaron para perdón de sus pecados, los redimidos podrán encontrar en el cielo únicamente las obras de bien de los justos. Por tal razón, cuando se abre el Libro de la Ley que otorga al Príncipe celestial el derecho de reinar sobre la Nueva Jerusalén, los registros que quedan de los justos están en perfecta armonía con ese libro (véase Apoc 21:27). Durante el milenio en que se juzga a los malvados nadie podrá encontrar nada que ese Libro del Reino condene de los redimidos (véase Apoc 20:12).[5]

Nadie que llegue al banquete de boda tendrá de qué avergonzarse. Este es el momento de avergonzarnos delante de Dios, y de pedirle que su justicia nos cubra mientras se lleva a cabo la ceremonia nupcial con la revisión del registro de los que se anotaron para el banquete de boda. De esta manera, las obras que hagamos a partir de ahora serán obras que Dios predispuso para que las cumpliésemos, de tal manera que la honra y la gloria le pertenezcan en primera y última instancia a Dios (Mat 5:16; Juan 15:8; 1 Ped 2:12; véase Ef 2:10; Sant 1:17).

Lo que deshonra o enaltece una ciudad no es necesariamente sus ladrillos y sus calles. Una ciudad podrá tener edificios muy bonitos y lujosos, pero estar, como muchos cementerios exteriormente adornados, corrompida por los que moran en su interior (Mat 23:27-28). Así también, la hermosura de la ciudad de Dios estará compuesta por las obras justas de aquellos que moren en ella, gracias a la calificación que el Señor les dio al limpiarlos y facultarlos para vivir en pureza y novedad de vida. Se dice de quienes son ad-

---

[5] En el Antiguo Testamento los sacerdotes juzgaban durante el año con copias abiertas (Deut 17:8-13; 21:5). Así también, los pecados del mundo y del pueblo de Dios son registrados en el templo celestial antes del juicio final. Nosotros tenemos también copias abiertas del Libro de la Ley (la Biblia), y somos al mismo tiempo, copias abiertas de la ley divina escritas por el Espíritu Santo, quien hace que la Palabra de Dios sea un testimonio viviente en nuestra vida (2 Cor 3:2-3). En este sentido, el documento original sellado que está en el lugar santísimo tiene, al concluir el juicio previo al advenimiento, el propósito simbólico de condenar a los rebeldes (Deut 31:26; Jn 5:45), y autenticar o validar delante de la corte, las copias abiertas y vivientes de la tierra. Todo esto será confirmado durante el juicio milenial (Apoc 20:4). Por más detalles, véase A. R. Treiyer, *La Crisis Final en Apoc 4-5*, 54-55.

En esencia, durante el juicio previo al advenimiento, los redimidos son juzgados por la sangre del Cordero que invocaron, y que puso sus registros en armonía con la Palabra de Dios. Durante el juicio milenial, en cambio, se muestra que Dios fue justo al destruir a los rebeldes y vindicar a los redimidos. De hecho, cuando se abre el Libro de la Vida al final, los muertos no se encuentran inscritos allí (Apoc 20:12). Así se destaca también la Omnisciencia divina que despierta reconocimiento y admiración en el universo (véase Apoc 4:11; 5:12), por prever todo en su Palabra (Sal 139:16; Isa 34:16-17), en ese gran original que, como todas las realidades celestiales, es más grande y más completo que la copia terrenal (Heb 9:11). Véase A. Treiyer, *La Crisis Final en Apoc 4-5*, 82,100-101.

mitidos en la ciudad celestial y en su templo que, en el juicio que consideró sus vidas, "no fue hallado engaño en sus bocas, pues son sin mancha" (Apoc 14:5).

A los antiguos profetas Dios les reveló que llegaría el día en que Jerusalén sería restablecida completamente, y adornada como una novia para su Señor con todos los habitantes que viniesen a ella.

Isa 49:18; 61:10: "Alza tus ojos alrededor, y mira. Todos estos se han reunido, han venido a ti. Tan cierto como yo vivo—dice el Señor—*con vestido de honra serás vestida, y como novia serás ceñida*".

"En gran manera me gozaré en el Señor, me alegraré en mi Dios; porque *me vistió de vestidos de salvación, me rodeó de un manto de justicia*, como a novio me atavió, como a novia adornada de sus joyas".

Las obras justas de los santos son obras que combinan la salvación con la justicia divina. Es por esa razón que nadie podrá jactarse de sí mismo en la presencia de Dios. Aún así, serán exaltados los que le permitan efectuar su obra de salvación en ellos, transformándolos a la imagen y semejanza de su Creador y Redentor.

Isa 62:1-5: "Por amor de Sión no callaré, por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha. Entonces las naciones verán *tu justicia*... Y te será puesto *un nombre nuevo*... Y serás una hermosa corona en la mano del Señor, diadema del reino en la mano de tu Dios... porque el Señor se deleitará en ti, y tu tierra será casada. Como el joven se casa con una virgen, tu constructor se esposará contigo [*Bible de Jérusalem*]; y como el gozo del esposo con la esposa, se gozará contigo tu Dios".

La justicia de la ciudad de Dios se verá manifiesta por el juicio divino, y todo el mundo la verá. Como resultado, el Señor se casará con su pueblo, y se deleitará con él en el día de su casamiento con la ciudad amada. Varios pasajes expresan ya, desde la antigüedad, esta misma verdad, en un marco que sobrepasa la antigua Jerusalén.

Os 2:19-20: "Te desposaré conmigo para siempre. Te desposaré conmigo en justicia y juicio, en amor y compasión. Te desposaré conmigo en fidelidad y conocerás al Señor".

Isa 54:4-8,14: "No temas, que no serás avergonzada; no te avergüences, que no serás afrentada. Antes, te olvidarás de la vergüenza de tu juventud, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria. Porque tu esposo es tu Creador, el Señor Todopoderoso es su nombre. El Santo de Israel es tu Redentor; el Dios de toda la tierra. Como a mujer abandonada y triste de espíritu te llamó el Señor, como a esposa de su juventud que había sido rechazada—dice tu Dios. Por un breve momento te dejé, pero con gran compasión te volveré a recibir. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con bondad eterna tendré compasión de ti—dice tu Redentor, el Señor... En justicia serás establecida, lejos de la opresión, y nada temerás; porque el temor no se acercará a ti".

10. En la fiesta de boda después de la ceremonia nupcial

[¿Cuándo participaremos de la fiesta de boda, y qué se nos ofrecerá allí? (Luc

12:36-40, Apoc 19:9)]

Algunos se confunden por el hecho de que la boda parece representar dos momentos diferentes. Para entender este hecho, tenemos que tener en cuenta que en toda boda hay dos momentos importantes: la ceremonia y el banquete. Lo mismo sucede con la boda del Cordero. La *ceremonia de boda* se lleva a cabo antes de la coronación, y tiene que ver con el juicio que determina quién será admitido en forma definitiva como ciudadano de la ciudad del Cordero. El banquete, en cambio, tiene que ver con la gran fiesta en la que participarán todos los ciudadanos de esa ciudad, que fueron admitidos como tales en la ceremonia nupcial o corte final del juicio.

Jesús declaró que *debemos esperar aquí a que regrese de la boda*, en una actitud vigilante. Esto se debe a que la venida del Señor será repentina. En la parábola de las diez vírgenes, se pudo ver que la mitad de las vírgenes no pudo entrar a la boda, porque la puerta se cerró sin que estuviesen preparadas (Mat 25). Al referir que debemos esperar aquí hasta que termine su ceremonia de boda, volvió a insistir el Señor en la importancia de velar, para que su venida de esa ceremonia no nos encuentre durmiendo.

Luc 12:36-40: "Y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan que su Señor *vuelva de la boda*; para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. '¡Dichosos lo siervos a quienes el Señor encuentre velando *cuando él vuelva*! Os aseguro que *se ceñirá, los invitará a sentarse a la mesa, y vendrá a servirles*. Y aunque venga a la medianoche o a la madrugada, dichosos si los halla así... Porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis".

A la ceremonia nupcial no asistimos en persona, sino por fe, a través de nuestro abogado que asume nuestro caso delante del tribunal. Cuando el juicio termina, el Señor vendrá para concretar su matrimonio llevándonos a su santa ciudad. ¿Qué hará con nosotros? Nos ofrecerá el banquete de boda.

Apoc 19:9: "¡Dichosos los llamados a *la cena de la boda* del Cordero! ... Estas son palabras verdaderas de Dios".

Apelación final

En un casamiento todos quieren ver a la novia. De a momentos pareciera que todo el mundo olvida al novio. Han visto a la novia vestida con diferentes ropas y colores anteriormente, pero ahora va a estar vestida toda de blanco. ¿Cómo se habrá preparado? ¿Cuán bonita habrá quedado? ¿Cómo se va a poner el novio cuando la vea?

La novia sabe que va a ser agasajada, y atraer la mirada de todos sobre sí. Pero, mientras todos la miran, tiene sus ojos en el novio que viene por ella. Hasta ese momento él la había visto con sus ropas comunes. Ahora la va a ver engalanada toda de blanco. Nuevamente la atención de todos se dirige al novio cuando le tiende la mano a la novia, y todos festejan la unión de ambos mientras se acercan al frente para recibir la bendición divina.

Querido amigo y amiga que lees estas páginas, tú eres la novia, puesto que no tiene razón de existir una ciudad tal en los cielos sin ti. Tú eres el objeto de atención de los ángeles de Dios, de Dios mismo y del Novio que te extendió la invitación para que formes parte de su ciudad. Todo el universo está aguardando el momento en que te encuentres con tu Señor. Quiere participar del éxtasis de los redimidos. Tu propio Señor estará impaciente por colmar la alegría de aquellos por quienes dio su vida, y ver el rostro arrobado de tantos que se dieron a sí mismos por él. ¿Me vas a decir que querrás perderte esa fiesta, y tu lugar entre los redimidos?

¡Dile sí a tu Señor, a tu Redentor! El quiere vestirte de ropas de gala, de fiesta, de salvación, de justicia, para que adornes su ciudad con tu presencia, eternamente y para siempre. Quiere poder presentarte a ti para sí, delante de la corte de juicio, sin arruga ni mancha ni nada sucio, para disfrutar de tu alegría infinitamente en su reino. ¿Cuántos quieren decirle sí al Señor, y entrar en una relación de romance espiritual con él, hasta el día en que se concrete para siempre su boda en los cielos?

Oración. Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre. Gracias por invitarnos a la boda de tu Hijo, y por transformarnos más que en huéspedes permanentes de su ciudad, en ciudadanos residentes e inmortales que jamás serán expulsados de ella. Pero sabemos que tenemos que conseguirnos las ropas blancas que nos dejó tu Hijo para no ser hallados descubiertos, y sin nada que nos recomiende en el momento de la investigación. Dánosla hoy, y ayúdanos a mantenerlas limpias. Queremos tener permanente acceso a tu sangre para limpiarla, cada vez que la estropeamos con las manchas del pecado. Y cuando vengas con el fallo ya decidido en nuestro favor, danos el privilegio de ser revestidos de inmortalidad y justicia, por toda la eternidad. Te lo pedimos en el Nombre de Jesús, nuestro Salvador, **Amén.**

CUESTIONARIO IX

AGUARDANDO LA ROPA DE BODA

Sección I. Las ropas nupciales

1. Siendo que la novia del Cordero es la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, ¿cuál es nuestro vínculo con la novia? ¿Quiénes somos, realmente? (Apoc 22:16-17; Mat 22:1-10).

Respuesta: .....

2. ¿Cómo sabemos que el Padre no va a casar a su Hijo con (o ponerlo como rey de) una ciudad vacía? (Juan 14:1-3). ¿Qué sugiere esto con respecto a nuestro rango futuro? (Filip 3:20; Heb 10:34; 11:14-16; 12:22-24; 1 Ped 1:4; véase Col 1:5; Mat 6:19-21).

Respuesta: .....

3. ¿Cuál es el propósito del juicio investigador que precede a la fiesta de boda? (Mat 22:11-14).

Respuesta: .....

4. ¿Cuándo y de quién podemos obtener la ropa inicial de boda? (Gál 3:27; Ef 4: 24; 5:25-27; Apoc 3:18; véase Gál 2:20).

Respuesta: .....

5. ¿Qué debemos hacer con la ropa de boda que ya se nos ha concedido, mientras peregrinamos por este mundo? (Apoc 3:4; 7:14; 16:15; 22:14).

Respuesta: .....

Sección II. La ropa del banquete de boda

6. ¿Cuándo se nos otorgará la ropa definitiva de boda? (Apoc 3:5; 6:11). ¿Quiénes más están vestidos de blanco en la corte? (Dan 7:9; Apoc 4:4; véase también 15:6; 19:14).

Respuesta: .....

7. ¿Cuál era el resultado en el pueblo de Israel, del ritual de purificación final del santuario que se llevaba a cabo al concluir cada año litúrgico? (Lev 16:30).

Respuesta: .....

8. ¿Qué muda de ropa efectuaba el sumo sacerdote al concluir el ritual final de purificación del santuario, que representaba el juicio final? (Lev 16:4,23-24). ¿Cómo califica Zacarías a esa ropa que vislumbra nuestro cambio de estado también? (Zac 3:3-5).

Respuesta: .....

.....

9. ¿Con qué estará adornada la novia para la fiesta de boda, una vez que termine la ceremonia nupcial en el juicio investigador? (Apoc 19:7-8; véase 14:5; Isa 49:18; 54:4-8,14; 61:10; 62:1-5; Os 2:19).

Respuesta: .....

10. ¿Cuándo participaremos de la fiesta de boda, y qué se nos ofrecerá allí (Luc 12:36-40; Apoc 19:9).

Respuesta: .....

LECCIÓN X

A LA EXPECTATIVA DEL SELLAMIENTO

Una marca de identidad se pone a todos los animales domésticos del campo para que nadie se atreva a robarlos. A veces la graban sobre la oreja del animal, con un hierro o molde punzante y al rojo vivo. Otras veces estampan la marca en otra parte del cuerpo, de tal manera que su identidad no pueda ser borrada.

Los vehículos también tienen marcas. Los motores son numerados, y se los documenta al comprarlos con la identidad del propietario. No faltan quienes también les hacen una marca propia en algún punto estratégico, para poder probar de una manera más rápida que son los dueños. Por ejemplo, el dueño de un auto chocado lo llevó a un taller de hojalatería cierta vez en Savannah, Georgia, en donde se lo repararon. El chapista le cobró el trabajo de reparación de la puerta como si la hubiera comprado nueva, pero en su lugar arregló la dañada. El dueño lo descubrió fácilmente porque había puesto una pequeña marca en su interior. Le hizo juicio y pudo probar, gracias a esa marca, que había sido engañado.

Mientras que hoy el Señor pone mediante su Espíritu sobre los que invocan su Nombre, un sello espiritual de pertenencia, pondrá sobre ellos en el fin mismo, un sello de pertenencia definitivo. Entre ambos sellos se da la misma tensión que hemos visto a lo largo de este seminario, y tiene que ver con las dos expectaciones apocalípticas, la inaugural y la final. ¿Cuál es la diferencia y cuál la relación de ambas expectaciones en relación con el sello de Dios? ¿En qué consiste el sello final? ¿Por qué es importante recibirlo? ¿Cómo se lo puede obtener? ¿Qué relación tiene con el templo divino?

Hay una batalla final en la que dos personajes superiores a nosotros buscarán apropiarse de nuestra vida y destino. Cada uno buscará poner su marca o sello de identidad sobre nosotros. ¿No convendrá que sepamos cuál es la marca de cada cual, para no ser engañados? ¿A quién querremos pertenecer? ¿A qué ciudad nos identificaremos? La expectación más grande que podemos tener es que llegue el día en que el Señor vuelva por nosotros, para pertenecerle para siempre.

SECCIÓN I

LA BATALLA FINAL POR LA IDENTIDAD

En la lucha por los derechos humanos hay una permanente preocupación de evitar la discriminación, sea ésta racial, religiosa, o civil. Esto implica

que todos tienen los mismos derechos ante la ley, sin importar el color de la piel, la religión o el nivel social. Sin embargo, muchos países que pretenden defender los derechos humanos tienen cláusulas en su constitución por las que discriminan en ciertos aspectos. Por ejemplo, en muchos países católicos de Latinoamérica nadie puede ser presidente si no es católico. Esa es una discriminación forzada porque si los ciudadanos de esos países deciden nombrar por las urnas a un presidente no católico, ¿por qué impedir esa decisión del pueblo? ¿Acaso en los regímenes democráticos, los pueblos no son soberanos?

La última discriminación del mundo será religiosa. Nuestro mundo tendrá que decidir pronto entre ser marcado o sellado. Dos personas que encarnan el bien y el mal, respectivamente, quieren apoderarse de todos nosotros. Mientras una de ellas no fuerza la voluntad de nadie, la otra recurre a cualquier estratagema con tal de imponernos su marca de autoridad. ¿En qué consistirá esa lucha final? ¿Cuál es la marca del anticristo, y cuál el sello de Dios? ¿Cuál de los dos queremos recibir? Nadie podrá ser neutral, por lo que estas preguntas requieren especial atención.

1. Entre ser sellado o marcado

[¿Qué sello y qué marca de identidad se pondrán en el fin del mundo? (Apoc 13:16-17; 14:1)]

La crisis final del mundo se desencadenará en torno a la naturaleza de la adoración, y al sello o marca de identidad que revelarían dos grupos antagónicos. Mientras que el grupo mayoritario rendirá homenaje al anticristo (representado por una "bestia" ya que, además de su carácter religioso, asumirá posturas claramente políticas); el otro grupo (descrito como "remanente"), dará gloria a Dios y al Cordero. Por un lado estarán los que recibirán la marca blasfema del anticristo. Por el otro estarán los que recibirán el sello de Dios.

Veamos, en primer lugar, el grupo que rinde pleitesía al anticristo. Lo definimos como tal porque ése es el papel que desempeña la autoridad político-religiosa representada por la "bestia". Procura imponer su nombre, su autoridad, sobre las criaturas que Dios creó, robando a Dios y a su Hijo el derecho divino a otorgar el nombre de la Deidad sobre ellas.

> **Apoc 13:16-17:** "Ordenaba que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente. Y que ninguno pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre".

Notemos que la autoridad dominante, en el fin del mundo, impone la marca del anticristo "en la mano derecha o en la frente". ¿Por qué una distinción tal, si tenemos en cuenta el hecho de que el otro grupo, leal a Dios, recibe el sello divino únicamente en la frente? Porque en el grupo que se somete a la autoridad del anticristo habría muchos que no estarían convencidos y, por consiguiente, llevarían su marca únicamente en la mano. Con esto

da a entender el Revelador que, ya sea por convicción o por conveniencia o temor, todos terminarán sometiéndose a la autoridad del anticristo, y haciendo su voluntad en algún punto que tuviese que ver con su identidad impostora.

El anticristo es un poder intolerante y cuenta, a la postre, con otro poder (o "bestia"), que recurre a un método muy en boga actualmente en países de raigambre democrática: el *boicot*. En efecto, al país que no se somete a los principios de "libertad democrática" que quiere imponer occidente, no lo ultiman en primera instancia a balazos, sino que comienzan con una obra de desgaste. Lo dejan primeramente sin poder comerciar. Esto tiene implicaciones sumamente significativas hoy, bajo el contexto global de nuestro mundo. ¿Qué le puede pasar a un país, o institución, o iglesia, o grupo de gente que no se somete a ciertas pautas y principios que los poderes dominantes imponen desde la perspectiva comercial? O someterse a los que mandan, o morirse de hambre.

Al otro grupo, leal a Dios, se lo distingue de la siguiente manera:

> **Apoc 14:1**: "Miré, y vi al Cordero de pie sobre el monte Sión, y con él 144.000 que tenían el Nombre del Cordero y el Nombre de su Padre escrito en sus frentes".

El grupo leal al cielo recibe el sello divino únicamente en la frente por una razón simple. No hay en ese grupo ninguno que se somete a la voluntad del Señor sin estar convencido del derecho que el Padre y el Cordero tienen sobre ellos. Mientras que en el grupo del anticristo podrá haber gente que esté convencida de que el verdadero nombre es el del Padre y de su Hijo, figuran como recibiendo la marca del anticristo en su mano por terminar haciendo su voluntad.

En otras palabras, de parte del grupo divino no puede haber gente que hace la voluntad de Dios pero que no crea. Nadie puede tener el sello de Dios en su frente y la marca de la bestia en su mano. O se pertenece a uno, o se pertenece al otro. Al mismo tiempo, hay un vínculo completo y perfecto entre la creencia en Dios y la sumisión a su voluntad (véase Mat 7:21). El hecho de que sólo el sello de Dios aparece en la frente de los creyentes revela que, contrariamente al anticristo que fuerza la voluntad, Dios no fuerza la voluntad de nadie. Los que deciden pertenecerle lo hacen por convicción personal y en libertad (véase Jn 8:32-36; 2 Cor 3:17).

La crisis final lleva a la gente a definirse con respecto a qué autoridad va a escoger, bajo qué poder se someterá. Los que reciben la marca de autoridad e identidad del anticristo se someten al príncipe rebelde que la faculta, al diablo mismo (Apoc 13:3-4). Los que reciben el sello de Dios se someten a la autoridad divina. La controversia gira en torno al nombre que cada grupo decide recibir, a qué autoridad prefiere pertenecer y rendir homenaje, si a la divina (la Palabra de Dios), o a la del ángel rebelde encarnada en el anticristo.

Esto es importante tener en mente a la hora de tener que considerar el simbolismo del número del nombre de la bestia, ya que por buscar interpretar un presunto símbolo escondido en el número, muchos terminan olvidando que lo más significativo es el nombre. No se trata de una batalla numérica, sino de una batalla de nombres que buscan imponerse como la autoridad gobernante suprema de nuestro planeta. El número fue dado para ayudar a descubrir el nombre, y no viceversa, ya que lo más importante es el nombre que cada poder se atribuye y al que la gente se identifica. Mientras que el Nombre de Dios y del Cordero no es un misterio y, por consiguiente, no necesita identificárselo por un número (no se ofrece un número para Dios en el Apocalipsis), iba a requerirse un número que ayudase a identificar el nombre de la bestia y así permitiese desenmascarar claramente la impostura del anticristo.

2. "La morada de su Nombre"

[¿Dónde puso Dios su nombre en la antigüedad? ¿Cuál fue la "morada de su nombre"? (Deut 12:2-5,13-14; 1 Rey 8:29)].

Siendo que la lucha final gira en torno a qué nombre va a triunfar en el reconocimiento de las criaturas de esta creación, comencemos considerando el nombre del Señor. La primera división de la humanidad entre los que se identificaron con el nombre de Dios se dio antes del diluvio. Los hijos de Set "comenzaron a llamarse del nombre del Eterno" (Gén 4:26), y se los conoció como "hijos de Dios" (Gén 6:2). Mientras que a los otros no se los identificó con un nombre en particular, sino que fueron simplemente considerados, por inferencia, como "hijos de los hombres" (v. 4). Lo que corresponde destacar aquí es que los que se identificaron con Dios y su Nombre se salvaron; los que se identificaron con el hombre sin Dios se perdieron.

Después del diluvio, pasaron los siglos y los descendientes de Noé se apartaron de Dios y procuraron ponerse de acuerdo con un nombre común que los identificase, para así mantenerse unidos en la vasta faz de la tierra (Gén 11:1-4). Pero Dios descendió y los dispersó, sin que pudiesen lograr la unidad que buscaban y, aparentemente, antes que alcanzasen a ponerse de acuerdo con el nombre que los iba a identificar (véase v. 5-9). Más tarde Dios llamó a Abraham, quien con sus descendientes pasó a ser el primero de quien se dice que se identificó con el nombre de Dios (Gén 12:8).

El día llegó en que la promesa divina para con Abraham se cumplió, y su descendencia se constituyó en un pueblo o nación que decidió identificarse con el nombre de Dios. En efecto, el nombre Israel significa, "el que lucha con Dios", y fue dado en un contexto de victoria no solamente en la decisión de Jacob de identificarse con Dios, sino también en su lucha con los hombres que procuraron destruirlo (Gén 32:28). Se trata de una batalla espiritual en donde, ante una crisis decisiva el creyente se juega el todo por el todo, reclamando la bendición divina y obteniéndola, lo que lo libra también del temor de lo que pueda hacerle el hombre (Sal 118:5-6; Heb 13:6). Por una

experiencia semejante pasaría el último remanente de esa simiente santa del "Israel de Dios" (Gál 6:15-16; Apoc 12:17), obteniendo una victoria completa por la cual se le conferiría para siempre el Nombre o sello de Dios (Apoc 7:4-8; 14:1; 22:4).

De especial importancia para nuestro estudio del nombre de Dios en la crisis final que proyecta el Apocalipsis, es descubrir el vínculo del nombre con el lugar y el pueblo que Dios escogió para sí. Esto lo vemos claramente expuesto en las órdenes que Dios dio por medio de Moisés, y en relación con su establecimiento en la tierra prometida. Siendo que las naciones que iban a heredar tenían ya sus dioses y lugares de culto, debían comenzar destruyendo sus templos, y extirpando "el nombre" de esos dioses. En su lugar debían construir un templo para Dios en donde el Eterno pusiese su nombre.

Deut 12:2-5: "Destruiréis enteramente todos los lugares donde las naciones que vosotros heredaréis sirvieron a sus dioses, en lo alto de los montes, en los collados y debajo de todo árbol frondoso. Derribaréis sus altares, quebraréis sus imágenes, quemaréis sus postes idolátricos, destruiréis las esculturas de sus dioses, y *extirparéis el nombre de ellos de ese lugar.* No haréis así al Eterno vuestro Dios, sino que sólo en el lugar que él elija de todas vuestras tribus, *para poner allí la morada de su Nombre*, ése buscaréis y allá iréis".

Vemos en estos pasajes que la guerra entre el nombre de los dioses enemigos y el nombre del verdadero Dios, no es algo que iba a darse únicamente en el fin del mundo. Viene ya de muy antiguo, y está vinculado a la adoración y a los mandamientos de Dios por un lado (véase Deut 12:1), y a una adoración falsa cuyos dioses contienen nombres concretos por el otro. Mientras que la lucha se daba en la antigüedad en un contexto geográfico reducido, en el fin del mundo será universal, y tendrá que ver con dos centros de culto antagónicos que existirían en dos ciudades contrapuestas, cuyos nombres simbólicos son Jerusalén y Babilonia.

El lugar del nombre de Dios

Una vez que el pueblo de Israel hizo un pacto con el Señor, basado en "las dos tablas del pacto" o "diez mandamientos" (Deut 10:1-5), Dios dio una orden definida con respecto al lugar en donde debían adorar. El Señor tendría un lugar de culto donde estaría su nombre, y ningún israelita debía ir a ningún otro lugar de culto para ofrecer sus sacrificios. Así evitarían caer en la trampa de terminar adorando los demonios.

Deut 12:11,13-14: "Al lugar que el Eterno vuestro Dios elija *para morada de su Nombre*, allí llevaréis vuestros holocaustos y sacrificios, vuestros diezmos y ofrendas, y todo lo selecto de vuestros votos que hayáis prometido al Eterno. Guárdate que no ofrezcas tus holocaustos en cualquier lugar que veas. Sólo en el lugar que el Eterno elija en una de tus tribus, allí ofrecerás tus holocaustos y todo lo que te mando".

Lev 17:7: "Así los israelitas no sacrificarán a los demonios".

En esto consiste el gran conflicto de los siglos, la gran controversia de todas las edades. Desde que Lucifer se reveló en el cielo procurando recibir el homenaje y la adoración que le corresponde a Dios (Isa 14:12-14), se produjo una lucha entre dos cultos, uno que rinde homenaje a Satanás (el opositor), y otro que rinde honra y gloria al Creador. El esfuerzo supremo del diablo en el fin del mundo consistirá en desalojar al Creador y al Redentor de esta creación, para imponerse sobre ella bajo el argumento de que todos se han enarbolado bajo su estandarte. Para ello se vale de un hijo suyo al que hace sentar en medio de la iglesia cristiana, haciéndose pasar por Dios, siguiendo el mismo modelo impostor que intentó imponer en el cielo (2 Tes 2:3-4; Apoc 13:4).

Para cuando Salomón construyó el templo, Dios había quebrado mediante David el poder de las naciones enemigas, y había dado el reposo prometido a su pueblo (1 Crón 23:25; véase Deut 12:10). Fue justamente por ese hecho que Dios decidió que Salomón construyese el templo, no un guerrero como David. Su templo debía ser un templo de paz y reposo, que podría instaurarse sólo después que fuesen eliminados los templos de los dioses enemigos, y extirpado sus nombres.

Al inaugurar el templo Salomón invocó la promesa divina, y Dios respondió su oración descendiendo en llamaradas de fuego para morar en medio de su pueblo. Como era de esperarse, el pueblo se llenó de santo regocijo al ver que Dios de dignaba descender para vivir entre ellos. Salomón oró así:

1 Rey 8:29: "Estén tus ojos abiertos día y noche sobre esta casa, sobre este lugar del cual has dicho: '*Mi Nombre estará allí*'. ¡Oye la oración que tu siervo te dirige en este lugar!"

3. El Nombre de Dios y su Ley

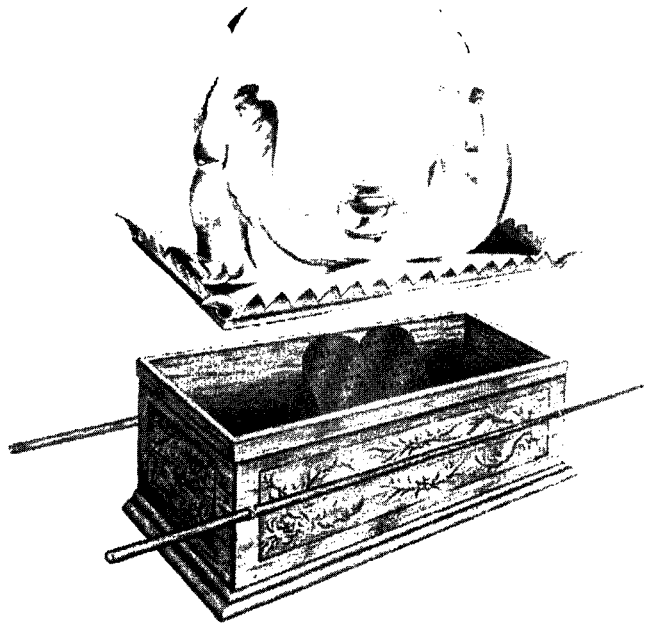
[¿Mediante qué acto puso Dios su Nombre en medio de su pueblo? (Deut 10: 1-5,8; Ex 40:2-3,20-21; 2 Sam 6:2; 1 Rey 8:20-21; véase Ex 34:1,5). ¿Como afecta al Nombre de Dios la obediencia o desobediencia de su pueblo? (Lev 22:31-32; Rom 2:24)].

¿Cómo puso Dios su Nombre en medio de su pueblo Israel? Colocando su Ley, su Pacto, su Testimonio, en el lugar santísimo de su santuario. Esto resalta más nítidamente cuando comparamos varias expresiones:

Deut 10:1-5,8: "En aquel tiempo el Eterno me dijo: 'Labra dos tablas de piedra... y haz un arca de madera, y escribiré en esas tablas... los Diez Mandamientos... Bajé del monte, y puse las tablas en el arca... como el Señor mandó... En ese tiempo el Señor eligió la tribu de Levi *para llevar el Arca del Pacto del Eterno, para estar ante el Eterno, y para bendecir en su Nombre*".

Ex 25:16: "Pondrás en el Arca el Testimonio que yo te daré".

Ex 40:2-3,20-21: "Harás levantar el Santuario, la Tienda de la Reunión. Pondrás allí el Arca del Testimonio... Moisés puso el Testimonio dentro del Arca... Después colocó el Arca en el Santuario... como el Eterno le había mandado".



2 Sam 6:2: "... ***el Arca de Dios que lleva el Nombre del Eterno*** Todopoderoso, que mora entre querubines".

1 Rey 8:20-21: "*Edifiqué el templo para el Nombre del Eterno*, Dios de Israel, *y he puesto en él un lugar para el Arca, donde está el pacto* que el Eterno hizo con nuestros padres cuando los sacó de Egipto".

El templo que Salomón construyó por indicación divina en la antigua Jerusalén pasó a ser "*la morada de su Nombre*" (véase Deut 12:11), porque Dios puso allí "*el Arca de Dios que lleva el Nombre del Eterno*" (2 Sam 6:2). Y, ¿qué mandó poner Dios dentro del Arca? El "testimonio" (Ex 31:18) o "pacto" (Deut 9:10-11) divino, los 10 mandamientos. Por eso, la casa de Dios pasó a llamarse, además de "*Morada de su Nombre*", "Tabernáculo" o "*Morada del Testimonio*" (Núm 9:15; 10:11). Y por escoger Dios a Jerusalén, el monte Sión, como lugar donde se edificase su casa, esa ciudad y ese monte pasaron a ser considerados como "*el lugar del Nombre del Eterno*" (1 Rey 11:36; 2 Rey 21;4,7; Isa 18:7; Jer 3:17; Joel 2:32; véase Apoc 14:1).

Vemos así, que el Nombre de Dios estaba indisolublemente ligado a su Ley. Luego que los Israelitas adoraron al becerro de oro, y Moisés rompió las tablas de la ley—dando a entender que con esa desobediencia colectiva el pueblo había roto el pacto que había hecho con su Dios—recibió la orden divina de subir al monte para que Dios escribiese esa ley otra vez sobre dos tablas de piedra.

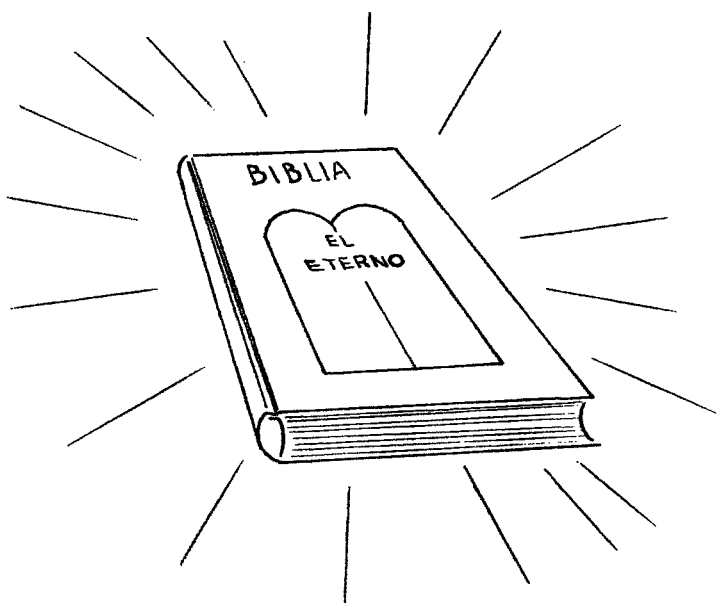
Ex 34:1,5: "El Eterno dijo a Moisés: 'Alisa dos tablas de piedra como las primeras, y *escribiré sobre ellas las palabras que estaban en las primeras*

tablas que quebraste... Entonces el Eterno descendió en la nube, y estuvo allí con él, y *proclamó su Nombre*".

¿Cómo afecta al Nombre de Dios la obediencia o desobediencia de su pueblo?

La desobediencia a los mandamientos de Dios trae maldición y dispersión, mientras que su obediencia trae bendición y reunión (Deut 28-30). ¿Dónde? En el "lugar que elegí", dijo el Señor, "para que habite mi Nombre" (Neh 1:9).

El tercer mandamiento dice: "No tomarás el Nombre del Eterno tu Dios en vano" (Ex 20:7; Deut 5:11). El que blasfemaba "el Nombre del Eterno" debía "ser muerto" (Lev 24:16). Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamentos afirman categóricamente que los que pretenden invocar o asumir el Nombre de Dios y no obedecen su ley, profanan su Nombre.



Lev 22:31-32: "*Guardad mis mandamientos* y cumplidlos. Yo soy el Eterno. *No profanéis mi santo Nombre*. Debo ser reconocido *santo* por los israelitas. Yo soy *el Eterno que os santifico*".

Eze 36:17-23: "Hijo de Adán, cuando Israel moraba en su país, lo contaminó con sus caminos y con sus obras. Como inmundicia mensual de mujer fue su conducta ante mí... porque con sus ídolos lo contaminaron. Los esparcí por las naciones y los países. Conforme a sus caminos y a sus obras los juzgué. Y a las naciones donde fueron, *profanaron mi santo Nombre*... Y *tuve lástima de mi santo Nombre, que Israel deshonró* entre las naciones donde fueron. Por tanto, di a la casa de Israel: ... *Santificaré [vindicaré] mi gran Nombre*, deshonrado entre las naciones que vosotros profanasteis en medio de ellas. Y las naciones sabrán que yo soy el Eterno... cuando vindique mi santidad por medio de vosotros ante sus ojos".

Rom 2:22-24: "Tu dices: 'No cometerás adulterio', ¿y cometes adulterio?... Te jactas de la Ley, ¿y transgrediéndola deshonras a Dios? Porque como está escrito, *el Nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles, por causa de vosotros*".

Por la desobediencia del hombre, el Nombre de Dios es blasfemado, deshonrado, profanado. Por su obediencia, en virtud de la misericordia de Dios que da una nueva oportunidad, su Nombre es vindicado. ¿Podemos captar cuántas implicaciones tenía el pacto que hacía el pueblo con Dios, al decidir obedecerle y pertenecerle invocando su Nombre? Veamos otra dimensión más.

4. Nombre y pertenencia

[¿Qué implicaba para el pueblo que pactó con el Señor guardar su Ley, el hecho de que el Nombre de Dios morase en medio de ellos? (Núm 6:27; Deut 26:18; 28:9-10; Isa 43:7). ¿Pueden pretender las iglesias cristianas hoy transformarse en templos vivientes del Espíritu Santo y pertenecer a Dios, sin guardar la ley divina? (Jer 31:31,33; Eze 36:25-28; Juan 14:15-17,21,23; 1 Cor 3:16-17; 6:19-20; 2 Cor 3:3)].

Obediencia y pertenencia en el pacto antiguo

En la bendición sacerdotal pronunciaban tres veces el nombre del Señor. En ella vemos que Dios declaró que su nombre no debía ser puesto únicamente en su templo, sino también en su pueblo. Esto implicaba que, al obedecerle, pasaban a ser templos vivientes de la Deidad. Es significativo que esa bendición era la que el sumo sacerdote pronunciaba especialmente en el Día de la Expiación, al terminar de purificar el santuario del Señor y a su pueblo que moraba en su medio.

Núm 6:27: "Y *pondrán mi Nombre sobre los israelitas*, y yo los bendeciré".

No hubo otro pueblo sobre el que Dios escribiese su Ley y la hiciese colocar en su templo, razón por la cual el pueblo de Israel fue el único pueblo, en la antigüedad, que pasó a pertenecerle (Ex 19:5-6; Deut 26:16-19). Al pactar con Dios sobre la base de los Diez Mandamientos, los israelitas pasaron a ser "la herencia del Eterno" (Deut 4:20; 9:26,29; 32:9), para admiración de todas las naciones.

Deut 26:18: "Tú eres su pueblo, su preciosa posesión, como él te prometió para que guardes todos sus mandamientos".

Deut 28:9-10: "El Señor *te confirmará por pueblo suyo santo*, como te ha jurado, *si guardas los mandamientos* del Eterno tu Dios y andas en sus caminos. Y todos los pueblos de la tierra *verán que el Nombre del Señor es invocado sobre ti*, y te temerán".

Aunque hubiesen sido esparcidos entre las naciones a causa de sus pecados, deshonrando el Nombre de Dios, si se arrepentían podrían volver, y ser identificados otra vez con su nombre.

Isa 43:1,4-7: "Así dice el Eterno, tu Creador... y tu Formador, oh Israel: 'No temas, porque yo te redimí. *Te puse nombre, eres mío*... Porque en mis ojos eres de gran estima, eres honorable, y yo te amo... No temas, porque yo estoy contigo. Del oriente traeré tu generación, y del occidente te juntaré. Diré al norte: Da acá. Y al sur: No detengas. Trae de lejos a mis hijos e hijas, desde los extremos de la tierra, *a todos los que llevan mi Nombre*, para gloria mía los he creado, los formé y los hice".

Obediencia y pertenencia en el Nuevo Pacto

Debido a la infidelidad los israelitas invalidaron el pacto divino (Jer 31: 32). Pero en su misericordia Dios decidió renovar su pacto con su pueblo.

Este es el sentido del "nuevo pacto", que lograría afirmarse para siempre gracias a la mediación del Mesías prometido. Notemos cómo los profetas comenzaron a utilizar la palabra "nuevo" en relación con el pacto definitivo que Dios proyectaba establecer. En el Nuevo Testamento hay una "nueva Jerusalén", un "nuevo Templo", y un nuevo Ungido que puede afirmar a su pueblo mediante un "nuevo pacto" que Dios establece sobre "un nuevo corazón".

Jer 31:31,33: "Vienen días—dice el Eterno—en que haré *un nuevo pacto* con la casa de Jacob y de Judá... Este es el pacto que haré con Israel después de aquellos días...: *Pondré mi Ley en sus mentes, y la escribiré en sus corazones. Y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo*".

Eze 36:25-28: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos. Os daré un *corazón nuevo*, y pondré un *espíritu nuevo* dentro de vosotros. Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré *un nuevo corazón* de carne. Pondré mi Espíritu dentro de vosotros, y *haré que andéis en mis Mandamientos*, que guardéis mis normas, y las cumpláis... Y *seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios*".

El Nombre del Padre y del Hijo

Debido a que no se encontró el Arca con los Diez Mandamientos al regresar de Babilonia, la gloria de Dios no descendió sobre el nuevo templo que construyeron e inauguraron los repatriados judíos. Pero Dios prometió su descenso para el futuro (Ageo 2:9; Zac 2:5,10). Cuando vino el Hijo de Dios, el Mesías prometido, en vez de inaugurar el templo terrenal inauguró el templo del cielo donde está el arca original del pacto (Heb 8:1-2, Apoc 11:19). Recordemos que el templo terrenal fue construido según el modelo del celestial (Heb 8:5). También envió Dios su Espíritu sobre su pueblo, tal como lo había prometido, para escribir la Ley divina en sus corazones, y hacer de ellos un templo espiritual en donde poner el Nombre del Padre y del Hijo. Este fue el propósito original de Dios para el antiguo Israel, según ya vimos, pero que ahora se cumple con el pueblo del "nuevo pacto".

Dijo Jesús a sus discípulos:

Juan 14:15-17,20-21,23: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y os dará otro Ayudador, para que esté con vosotros para siempre, al Espíritu de verdad" que "está con vosotros, y estará en vosotros... En aquel día conoceréis que *yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos*, y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él... El que me ama, *guardará mi Palabra*. Y mi Padre lo amará, y *vendremos a él, y habitaremos en él*".

Los mandamientos del Hijo son los mandamientos del Padre (Juan 5:19; 14:9-11; 15:10; 16:15,26-28; 17:6-8,11,26). Al dar a conocer el nombre de su Padre (Juan 17:26), el Hijo exalta su Ley, ya que el nombre de Dios, según vimos, es inseparable de su Ley. El nombre del Padre estaba y está en el

nombre del Hijo (Juan 17:11). Son "una sola cosa" (Juan 10:30). Por esta razón, el Espíritu Santo que prometió Jesús enviar en su Nombre, tiene como propósito escribir la Ley divina en el corazón, y así preparar el camino para que el Padre y el Hijo moren, a través del Espíritu de ellos, en el corazón humano.

Juan 14:13; 17:11-12: "Todo lo que pidieres al Padre *en mi Nombre* esto haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo" (véase 16:23). Padre santo, a los que me has dado guárdalos *en tu Nombre, en ese Nombre que me has dado*, para que sean uno, como lo somos nosotros. Cuando estaba con ellos, yo los guardaba *en tu Nombre que tú me has dado*".

Aquí vemos que el Padre es glorificado en el nombre del Hijo, y el Hijo en el nombre del Padre. En este contexto, vale la pena resaltar que la carta o documento abierto de Cristo que envía a este mundo, no es otra cosa que la Ley de Dios o su Palabra escrita en el corazón de los que se convierten al Señor.

2 Cor 3:3: "Es manifiesto que sois carta de Cristo, resultado de nuestro ministerio, *escrita* no con tinta, sino *con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra*, sino *en tablas de carne, del corazón*".

Al escribir la Ley del Padre y del Hijo en el corazón humano, a través del Espíritu Santo, la Deidad cumple su promesa de descender con su gloria y transformar al creyente en un templo viviente, identificando el Nombre del Padre y del Hijo con él. Esto sucede tanto en el marco individual como colectivo en la iglesia.

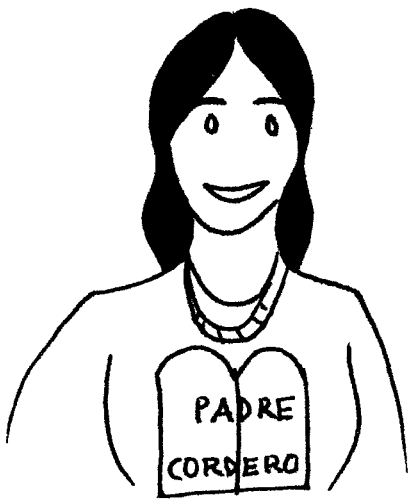
1 Cor 3:16-17: ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él. Porque el templo de Dios es santo. Y ese templo sois vosotros".

1 Cor 6:19-20: "¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, que tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio, glorificad a Dios en vuestro cuerpo".

¿Podemos entender, ahora, la enorme dimensión del cometido evangélico, de hacer discípulos en todo el mundo, bautizando los creyentes "en el Nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo", luego de "enseñarles todas las cosas que" el Señor mandó? (Mat 28:19-20). "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo", concluyó el Señor (Mat 28:20). Con esto daba a entender que el Señor tendría un templo espiritual, el de sus seguidores en la tierra, desde entonces hasta su regreso cuando todo terminase. Ese templo se forma mediante el bautismo que cumplen todos los que deciden obedecer la ley de Dios, sin lo cual el Señor no podrá estar con ellos.

¿Pueden las iglesias cristianas de hoy pretender tener el Nombre del Padre y del Hijo en sus frentes sin obedecer su Ley? ¡De ninguna manera! El fuego del que alardean muchas iglesias no proviene del Señor, porque no está en su medio la Ley de Dios. No es la gloria divina la que desciende sobre ellas, sino un fuego impostor (Apoc 13:13). Sólo pueden pretender per-

tenecer al Señor quienes han "sido comprados", y lo demuestran glorificando a Dios al guardar sus mandamientos. Al reconocer al Padre y al Hijo, al Creador y al Redentor de su pueblo, le pertenecen.



Llama la atención que Jesús, nuevamente, relacione en el Apocalipsis el guardar su Palabra con la confesión de su Nombre. A la iglesia de Filadelfia le dijo: "*Has guardado mi Palabra, y no has negado mi Nombre*" (Apoc 3: 8). Esto, a pesar de tener que sufrir bajo los que pretenden nominalmente ser judíos (símbolo en el nuevo pacto del nuevo pueblo de Dios), pero que pertenecen más bien a "la sinagoga de Satanás", porque "no lo son, sino que mienten" (v. 9). En la antesala del fin, vemos que la iglesia de Filadelfia tuvo que soportar a quienes veneran la Ley de Dios, pero no la guardan (véase Rom 2:17-29). En eso radicará la crisis final del mundo, en un grado universal, como veremos más adelante en esta lección.

5. El sello de la Ley de Dios y la marca del anticristo

[¿Cuál es el mandamiento que Dios puso en su pueblo como señal de pertenencia e identidad (Ex 20:8-11; 31:13,17; Eze 20:12,20), y cuál el que intentaría quitar el anticristo romano de la Ley divina (Dan 7:25), para poner el suyo en su lugar? (Apoc 13:17-18)].

Diversas señales

Dios ordenó al antiguo Israel que nadie se tatuase ni se hiciese incisiones en el cuerpo en señal de ninguna cosa (Lev 19:28). En su lugar, aceptó la circuncisión como "señal del pacto" que todo descendiente de Abraham, según la carne, debía practicar para formar parte del pueblo de Dios (Gén 17:11; Rom 4:11). En el pueblo del Nuevo Pacto la circuncisión que cuenta es la del corazón (Rom 2:28-29; 1 Cor 7:17-20), y el bautismo es el rito de entrada y pertenencia al Israel espiritual (Col 2:11-12; véase Rom 2:29; Gál 6:15; Ef 2:11,13).

También dejó Dios señales en algunos objetos materiales que tenían como propósito traer a la memoria ciertos hechos históricos. Esas señales eran recordatorios o memoriales de eventos importantes que previniesen al pueblo contra la rebelión, o los llevase a agradecer a Dios por sus bondades pasadas. Así, ordenó Dios fundir los incensarios de bronce de los rebeldes que pretendieron reemplazar a Moisés y Aarón en el sacerdocio de Israel, para que sirviesen de señal a todo intento de usurpar los nombramientos que Dios había dado (Núm 16:38-40). Asimismo la vara florecida de Aarón

volvió a confirmar que era Dios quien había elegido a la tribu de Leví, y debía guardársela "por señal a los hijos rebeldes" (Núm 17:10).

También ordenó Dios que los israelitas se pusiesen franjas en los bordes de sus vestidos con cordones azules, para que al verlas se acordasen de cumplir todos los mandamientos de Dios (Núm 15:38-39). Debían atar el resumen del Decálogo a la "mano por señal", y tenerlas entre los "ojos como una marca en la frente", amén de "escribirlas en los postes de" las casas y en sus puertas (Deut 6:8-9; 11:18; véase Mat 23:5). Esta figura nos acerca más al Apocalipsis, porque se pone una señal en la frente en relación con la Ley de Dios, en señal de pertenencia y con el propósito de repetirla y fijarla en la mente. Por contraste, la ley adulterada de Dios en la mano o en la frente del mundo haría que éste se identificase con el anticristo que la cambió.

Otra señal que Dios dio al antiguo Israel, cuando salió de Egipto, tenía que ver con la marca de la sangre del cordero pascual en el dintel de la puerta de cada hogar, para que el Ángel del Señor pasase y no exterminase al hijo primogénito (Ex 12:13). La ley sobre la comida pascual que consistía en panes sin levadura, debía servir como "una señal" en la "mano, "y un memorial ante" los "ojos, para que la Ley del Eterno" estuviese en la boca de los israelitas al relatarles la historia a sus hijos por sus generaciones (Ex 13: 6-10). La Ley de Dios y la sangre del sacrificio nunca debían olvidarse en el contexto de la salvación.

Una vez que pasaron el río Jordán en seco, con las aguas detenidas por un dique invisible mientras el arca permanecía en su interior, debieron recoger doce piedras grandes del fondo del lecho del río para hacer un monumento recordatorio en su borde occidental. Dios quiso que esa historia prodigiosa del amor de Dios y su poder para obrar maravillas no se borrase de su pueblo. Debía servir de "señal" para los hijos, como una evidencia tangible de la obra grandiosa que Dios había hecho por sus padres (Jos 4:4-9). Eso es bueno, como lo reconoció el salmista cuando dijo: "¡Alaba, alma mía, al Señor, y todo mi ser alabe su santo Nombre! ¡Alaba, alma mía, al Eterno, y *no olvides* ninguno de sus beneficios!" (Sal 103:1-2).

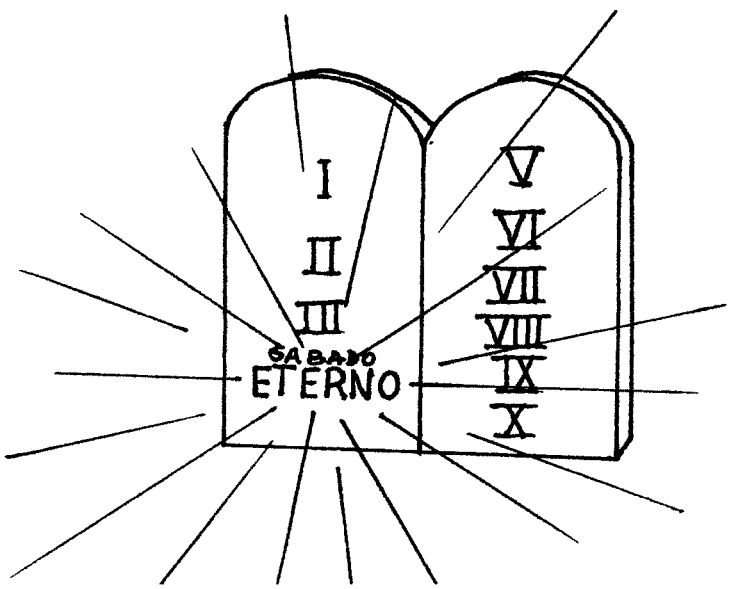
Algunas señales puso Dios también en el cielo. El arco iris que se forma después de la lluvia como señal del pacto que Dios hizo luego del diluvio, con toda criatura de la tierra, nos recuerda hasta el día de hoy que este mundo no será destruido otra vez por agua (Gén 9:12-13). Ese pacto de misericordia sigue en pié, y su señal circunda el trono mismo de Dios, mostrándonos que Dios no olvidará su creación (Apoc 4:3).

Una señal en el tiempo

Una señal puso Dios también en el tiempo, la única de esa naturaleza que incluyó en los Diez Mandamientos. Tan importante debía ser ese memorial que Dios decidió establecerlo en forma semanal. "Acuérdate", comenzó diciendo el Señor, sabiendo cuán propensos somos a olvidarnos de que no surgimos de la casualidad, con todas sus consecuencias negativas en relación

con nuestra dependencia de él. Su observancia semanal debía servir de protección contra el politeísmo tan desarrollado en el mundo antiguo, así como contra las teorías modernas evolucionistas que quitan a Dios su derecho de autoría.

Ex 20:8-11: "Acuérdate del día sábado para *santificarlo*. Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el sábado es el día de reposo del Señor tu Dios. No hagas ningún trabajo en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días el Eterno hizo el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que contienen, y reposó en el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo el sábado y lo *santificó*".



Este mandamiento es el único que contiene la característica de un sello completo, a saber *el Nombre* del autor (el Eterno), *su cargo* o autoridad (Creador) y *la extensión de su dominio* (el universo). Ese día le pertenece al Señor, "es mí día santo", declaró (Isa 58:13). No puede nadie pertenecerle sin honrar su día, reposando como él lo hizo. De manera que el que lo guarda, se separa del mundo para pertenecer a Dios. Este es el sentido de la *santificación*, que Dios opera en el adorador especialmente en ese día (see Jn 17:17). La razón que se da de su observancia no se restringe al Sinaí, sino que proviene de la misma creación de toda la humanidad.

Ex 31:13-17: "Di a los israelitas: Guardad mis sábados, porque *el sábado es señal entre mí y vosotros* por vuestras generaciones, *para que sepáis que yo soy el Eterno que os santifico*. Por eso guardad el sábado, porque es *santo* para vosotros. El que lo profane, morirá... Guardarán, pues, el sábado..., celebrándolo de generación en generación, por pacto perpetuo. *Es señal para siempre* entre mí y los israelitas, porque en seis días el Señor hizo los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó".

A los deportados de Babilonia Dios volvió a recordarles que el sábado es la señal de pertenencia que Dios puso en su pueblo. Notemos que Dios trae a colación ante su pueblo en Babilonia, el hecho de que Dios dio sus leyes y mandamientos a su pueblo cuando los sacó de Egipto (Eze 20:10-11,19). Pero no dice que la ley entera, los diez mandamientos, los puso como señal entre él y su pueblo, sino que *de entre todos los mandamientos, el sábado es la señal entre él y su pueblo* (Eze 20:12,20). Esto no significa que la ley entera no sea ya una señal de pertenencia a Dios, porque todos los mandamientos están entrelazados en su dimensión espiritual, de tal manera que el que transgrede un mandamiento, se hace culpable de todos (Sant 2:10). Lo que Dios destaca al poner el sábado como señal, es que es el único mandamiento que contiene el sello de Dios.

> **Eze 20:11-12,19-20:** "Les di mis leyes y mandamientos... *Les dí también mis sábados, para que fuesen una señal entre mí y ellos*, para que supiesen que yo soy el Eterno que los santifico... Andad en mis ordenanzas y guardad cuidadosamente mis leyes. Santificad mis sábados, y *sean una señal entre mí y vosotros*, para que sepáis que yo, el Eterno, soy vuestro Dios".

Nadie podía pretender pertenecer al Eterno si violaba el día del Señor. Esto ocurre también con el pueblo del Nuevo Pacto, ya que Jesús dijo que "el Hijo del Hombre es también Señor del sábado" (Mar 2:28). De manera que quien quiera pertenecerle, tener el Nombre del Padre y el Nombre del Hijo como señal de pertenencia, debe apartar el sábado para guardarlo y recibir así, el sello de la ley de Dios.

Siendo que en Egipto, el país de la esclavitud, bajo la opresión de sus amos, los descendientes de Jacob habían estado olvidando a su Dios, vino el Señor y los liberó para que pudiesen guardar el sábado (Ex 5:1,4). Así, el día sábado pasó a recordarles también que Dios es el Redentor de su pueblo (Deut 5:15). De manera que ese día pasó a ser un memorial no sólo de la obra de Creación divina, sino también de su obra de Redención. Así también, Jesús descansó de su obra de Redención en el sábado, y resucitó el primer día (Luc 23:55-56).

El quitamiento del Nombre de la ley de Dios por el anticristo

No hay ninguna alusión en el Nuevo Testamento a una orden de guardar el domingo. Tanto Cristo como los apóstoles guardaron el séptimo día sábado como día de reposo. Aparecen, sin embargo, varias confrontaciones que tuvo Jesús con los fariseos sobre cómo debe guardárselo en diferentes contextos. También está el testimonio en los *Hechos de los Apóstoles* que muestran que ése fue el día que guardaron los apóstoles durante el primer siglo. Ya vimos que el sábado, no el domingo, era durante el primer siglo considerado como el día del Señor (Mar 2:28; Apoc 1:10).

Hasta el S. VI, los cristianos siguieron guardando el séptimo día como sagrado. Desde el segundo siglo, sin embargo, especialmente en Roma y luego en otros lugares, fueron incorporando el domingo como día de culto,

no aún de reposo. Al convertirse nominalmente al cristianismo, el emperador Constantino fortaleció en el S. IV la tendencia a honrar el domingo como día de culto, en común con la costumbre pagana de adorar al sol. De esa época nos viene el nombre Sun-day, "día del sol", en varios idiomas como el inglés, para referirse al primer día de la semana. Pero no fue hasta el S. VI que, a instancias del papado romano, comenzó a imponerse el domingo como día de reposo. Para ello se valieron de leyendas absurdas, como la famosa Carta de Cristo que habría escrito con su sangre, habría caído sobre la tumba de Pedro, y se habrían producido terribles terremotos debido a que el Señor estaba presumiblemente furioso porque se violaba su día, entendido ahora como siendo el domingo.[1]

A este intento de cambio en la Ley de Dios, en relación con el único mandamiento relativo al "tiempo", se refirió el profeta Daniel. El cambio descansaría sobre la autoridad impostora del anticristo o papado romano, que sucedería a los césares romanos en el imperio.

Dan 7:25: "Y tratará de cambiar los tiempos y la ley".

¿Sobre qué base cambió el papado romano el día de reposo del sábado al domingo? Sobre la base de una presunta autoridad que el obispo de Roma o papa habría recibido del Hijo de Dios para ocupar su lugar en la tierra. De esa manera, el papado quitó de la Ley de Dios el Nombre divino, su sello, para establecer otro día que tuviese su propia marca como presunto *Vicario del Hijo de Dios*. Al cambiar el día de reposo pretendería ejercer una autoridad que le compite únicamente al Señor, y en contraposición a Dios. Es en este sentido de impostor que hablaría "palabras contra el Altísimo", y se sentaría "en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios" (Dan 7:25; 2 Tes 2:4). En la crisis final del mundo se vería al mismo anticristo romano intentando imponer de nuevo esa marca de autoridad en la humanidad, en contraposición al sello de Dios que cuenta con el Nombre del Cordero y el Nombre del Padre (Apoc 14:1).

Apoc 13:16-18: "Y ordenaba que a todos... se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente. Y que ninguno pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca o *el nombre de la bestia*, o el número de su nombre. Esto requiere sabiduría. El que tenga entendimiento, cuente el número de la bestia, que es número de hombre. El número es 666".

Ya vimos que la crisis final del mundo llevaría a la gente a tomar una decisión de pertenecer al anticristo o al Señor. Ambos tienen nombres con los cuales sus seguidores se identifican, y días de culto diferentes. A diferencia del nombre del Cordero y el nombre del Padre (Apoc 14:1), el anticristo tiene "nombres de blasfemia" (Apoc 13:1; 17:3), mediante los cuales procura ocupar el lugar de Dios (Apoc 13:5-6). De manera que ningún título aplicado al papado romano o a la institución que representa puede servir en refe-

[1] Véase documentación histórica en A. R. Treiyer, *The Seals and the Trumpets*, 60-66.

rencia al número 666, a menos que se trate de uno en el que su carácter blasfemo está patente de manera especial.

Algunos intérpretes modernos se han esforzado tanto en estos últimos años por tratar de entender el símbolo del número 666, que se han olvidado de su nombre. Podrán encontrarse aplicaciones simbólicas al número, pero nunca desligárselo del nombre, ya que no se trata de un número simbólico aplicado a una entidad sin nombre. Como lo afirma una autoridad en griego del Nuevo Testamento, que escribió un comentario del Apocalipsis, toda búsqueda de un símbolo del número "no prohíbe de ninguna manera buscar y encontrar un nombre que equivalga numéricamente a 666".[2] Esto lo hizo después de dar varios usos de la *gematría* en el primer siglo.[3] Así también lo entendieron los primeros lectores del Apocalipsis como Ireneo de Lión (S. II).[4]

Corresponde enfatizar aquí que, la traducción que algunos han querido sugerir, "número de la humanidad", es forzada, y revela un intento de escapar a tener que buscar un nombre definido que identifique al papado romano. Los profetas en la antigüedad eran definidos al referir el mensaje de Dios. "Tú eres aquel hombre", dijo Natán al rey David (2 Sam 12:7). "Tú eres esa cabeza de oro" que representa al reino de Babilonia—dijo Daniel al rey Nabucodonosor (Dan 2:38). De manera que el intento de diluir la definición del nombre del anticristo romano, camuflándolo en una característica que abarca a toda la humanidad, tiene que ver con el deseo de no identificar directamente al "inicuo" u "hombre de pecado" (2 Tes 2:3,8), por el nombre atrevido que asume.

En efecto, no se trata de toda la humanidad.[5] Al decir "número de *hombre*", se está refiriendo a un hombre específico, el "hombre de pecado" del que refirió el apóstol Pablo en su profecía del anticristo (2 Tes 2:8). Se trata de una entidad o autoridad terrenal definida que tendría un título blasfemo (pretensión de ser Dios), a pesar de ser hombre. El recuento del número en

---

[2] P. Prigent, *L'Apocalypse de Saint Jean* (Delachaux & Niestlé, Lausanne, 1981), 214-215.

[3] Sobre un muro de Pompeya aparece una inscripción: "Yo amo aquella cuyo nombre es 545." En Sib. 5:10-50, se presenta una lista de los emperadores romanos hasta Adrián, sin nombrarlos. Para ello se dan únicamente sus cifras. Así, por ejemplo, cuando menciona el emperador cuyo nombre comienza con n= 50, se refiere a Nerón.

[4] Ireneo escuchó a Policarpo quien, a su vez, vivió en la época de Juan y de otros apóstoles, y tuvo contacto con ellos. El captó que el anticristo provendría de Roma, por lo que, entre otros, buscó el valor numérico 666 en las letras griegas de "Latino". El día debía llegar en que apareciese el anticristo predicho, quien daría a conocer más definidamente el nombre que pudiese detectarse por su número.

[5] La sugerencia del número seis como representando a la humanidad es forzada, porque ya en el Apocalipsis, el número seis y sus múltiples están mayormente ligados a los ángeles (Apoc 4:8; 21:12,15-17). Por otro lado, si queremos ligar al hombre con ese número por haber sido creado en el sexto día, deberíamos ligar ese número también con los animales, y no con una característica híbrida e imperfecta como se ve en la bestia de Apoc 13, debido a que los animales tanto como el hombre fueron creados perfectos.

las letras de su título serviría para no dejar lugar a dudas sobre su identificación.[6]

Daniel ya enfatizaba la naturaleza humana del anticristo romano al destacar su clarividencia por la expresión "tiene ojos como de *hombre*", y una boca que hablaba blasfemias (Dan 7:8). En otras palabras, lo que el pasaje quiere resaltar es que, por un lado pretendería hacerse pasar por Dios ejerciendo una autoridad que le compite únicamente a Dios (blasfemia: véase Luc 5:21; cf. 1 Rey 8:39), y por el otro seguiría siendo humano, lo que da como resultado un remedo del Dios encarnado.

Los nombres de Dios y de los dioses paganos fueron concretos

Ya en la antigüedad se ve una confrontación entre el nombre del Señor y el nombre de los dioses de los reinos paganos. Esa confrontación no quedó relegada al marco abstracto de las ideologías que tales dioses representaban. Todos tenían nombres y apellidos que los identificaban, que resumían su teología. Tanto el Dios de Israel como los dioses enemigos tenían nombres concretos que pugnaban por recibir el homenaje y la adoración del pueblo. Así, cuando se introdujo en Israel el culto a Baal y a otros dioses paganos emparentados, el profeta Elías llevó al pueblo a una decisión en los siguientes términos:

> **1 Rey 18.24,39:** "Invocad vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el Nombre del Eterno. Y el Dios que responda con fuego, ése es el [verdadero] Dios". "Al ver" el fuego, "todos se postraron y exclamaron: '¡El Eterno [*Yahvé*] es Dios! ¡El Eterno es Dios!".

Notemos que el pasaje no dice *en los nombres* de vuestros dioses, sino "*en el nombre* de vuestros dioses". Aunque todos los dioses tenían nombres concretos, en esencia todos esos nombres representaban los atributos del mismo príncipe enemigo. Algo semejante vemos al referir Jesús "el Nombre

---

[6] Algunos han querido ver en el número 666 arábigo un símbolo de una trilogía satánica opuesta a la Trinidad (véase Apoc 16:13-14). Además de encontrarnos con el problema de no ver ningún nombre en esa interpretación, esa suposición se basa en los números ordinales arábigos que no existían en los días de Juan. Los números arábigos que nos permiten poner juntos 666 fueron inventados en el S. IX, y se introdujeron en Europa en el S. XII. No llegaron a ser populares antes del S. XVI, época en que se universalizó su uso gracias a la invención de la imprenta. Los griegos, en cambio, no tenían números ordinales, por lo que usaron letras que podían tener un uso doble, para palabras y para números. Si quisiéramos poner tres veces juntas la letra griega cuyo número es 6 (e), obtendríamos 18, no 666 [ece= 18 (6 + 6 + 6 = 18)]. De hecho, algunos manuscritos antiguos dan la cifra 666 con tres letras distintas, cada una teniendo un valor numérico diferente (nunca tres veces el mismo número), sumando en total 666 (véase el Nuevo Testamento de Nestle, y el fragmento más antiguo conocido como P46; cf. K. Jorgensen, "An Investigation of 666 & 'Vicarius Filii Dei'", en *Prophetic Principles* (Ron du Preez, ed), 318.

Por otro lado, Juan no dijo que el número representaría a tres bestias o fuerzas espirituales repartidas en 6 cada una, sino que el número entero 666 tendría que ver con la primera bestia de Apoc 13 que se refiere más definidamente al anticristo blasfemo. ¿Dónde está en la Biblia, además, el número 777 que representaría a la Trinidad? No existe.

del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" en la fórmula bautismal (Mat 28: 19). Aunque la Biblia da diversos nombres a Dios, en esencia, esos nombres representaban los atributos de la Deidad. En relación con el gran conflicto de las edades, todos esos nombres se resumen en dos nombres en pugna detrás del cual están involucrados la Deidad y el príncipe rebelde.

Miqueas llevó a su pueblo a una decisión semejante a la que Elías llevó al suyo en su época. Con firmeza dijo el profeta:

> **Miq 4:5:** "Aunque todos los pueblos anden cada uno *en el nombre de su dios*, con todo, nosotros andaremos *en el Nombre del Eterno nuestro Dios*, siempre y eternamente".

Esta decisión podían tomarla también los extranjeros que se convirtiesen al Señor, pasando a formar parte de su pueblo. En lugar de volverse a su pueblo de origen que andaba en el nombre de sus dioses, Rut dijo a su suegra: "Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios" (Rut 1:16). Refiriéndose a la época en que los gentiles pasarían al redil del Señor, abandonando sus dioses, Dios dijo a través de su profeta:

> **Isa 56:6-8:** "*A los extranjeros que se unan al Eterno* para servirle, *para amar el Nombre del Eterno* y ser sus siervos [pertenecerles], *a todos los que guarden el sábado sin profanarlo* [sin profanar su Nombre], y se mantengan firmes en mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los alegraré en mi casa de oración... Dice el Señor, el Eterno, el que reúne a los dispersos de Israel: 'Aún juntaré otros a él [los gentiles], además de sus congregados [los judíos]". Véase Rom 11:17-18; Ef 2:11-22.

Aquí vemos que el nombre de Dios está ligado, nuevamente, a su día de reposo, y los no judíos que lo guardasen en la nueva dispensación pasarían a pertenecerle también. Dios pone su nombre sobre los que lo honran, como señal de que le pertenecen.

Títulos del Padre y del Hijo

Son muchos los nombres o títulos que Dios usó para darse a conocer a los israelitas. Destaquemos dos nombres aquí. Antes de llamar a Moisés como profeta de su pueblo, la Deidad se dio a conocer a los patriarcas como *El-Shaddai*, "Dios Omnipotente" (Ex 6:3). A partir de entonces, y en directo contraste con los dioses de las naciones paganas, Dios se dio a conocer, además, como *Yahvé*, "el Eterno" (Ex 6:2).

Ya vimos que el nombre del Hijo de Dios se identifica con el nombre del Padre en varias referencias. Entre los varios nombres o títulos que tiene el Hijo, algunos dados ya por los profetas del Antiguo Testamento, están Emmanuel, "Dios con nosotros" (Mat 1:23; cf. Isa 7:14), Jesús (Mat 1:21),

Maestro (Mat 23:8, como regla hermenéutica), Mesías o Cristo (Juan 4:25-26), Hijo del Hombre (Mat 25:31), Hijo de Dios (Juan 10:36), etc. De suprema importancia para nuestro estudio es que recordemos la fórmula bautismal, "en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Mat 28:19). Así como la Biblia habla del nombre del Eterno, también habla del nombre del Padre, y del nombre del Hijo. El hecho de que Jesús no haya dicho, "en los nombres del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo", sino "en el Nombre...", revela la identificación de las tres personas de la Deidad con lo que cada una de ellas hace. Las tres personas comparten los mismos atributos divinos.

De todos los títulos que se aplicó Jesús a sí mismo, *ninguno resultó más blasfemo para los judíos, y exacerbó más sus ánimos que el de "Hijo de Dios". Lo mismo vemos después en los musulmanes*, quienes lo aceptaron como profeta, pero lo rechazaron como Hijo de Dios,[7] lo que muestra cuánta aversión tiene el diablo por ese título. De hecho, su primera tentación procuró hacerlo dudar de que realmente era "Hijo de Dios", y hacerlo obrar de tal manera que no contradijese ese título (Mat 4:3-4).

La manera en que Jesús se atribuía el título "Hijo de Dios" era tal que sus oyentes entendían que se hacía igual a Dios (Juan 5:18; 10:30-33,36; 19:7). También se admiraron que asumiese la autoridad divina de perdonar pecados, algo que ningún hombre podía hacer por no poder leer el corazón de los hombres (Luc 5:20-24; cf. 1 Rey 8:39). El mismo autor del Apocalipsis declaró en su primera epístola que, mediante la fe en el Nombre del Hijo de Dios, tenemos vida eterna.

> **1 Juan 5:10-13:** "El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo [mediante su Espíritu: Rom 8:16]. Este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida. Esto os escribo a vosotros que creéis *en el Nombre del Hijo de Dios*, para que sepáis que tenéis vida eterna".

Títulos del Anticristo

El anticristo romano tiene también muchos títulos, como lo predijo el Apocalipsis (Apoc 13:1; 17:3), lamentablemente en él blasfemos. La lista es inmensa, y se refiere, en esencia, a los atributos que asume una persona sobre la presunta silla de Pedro.[8] El título "Papa" o "Santo Padre", por ejemplo, lo asume sin importarle la advertencia de Jesús de no llamar Padre a nadie en la tierra en asuntos espirituales, porque ese título le corresponde únicamente a Dios (Mat 23:9; Juan 1:12-13). "Su Santidad" es otro título

---

[7] Sura 4:169; 5:76-78,116; 9:29-30; 18:1,3-4; 19:6-11,36; 25:2-4; 37:150-152; 39:6; 37:150-153; 43:17-18,59,81-83; 72:3; 112:1-4.

[8] Recientemente el Vaticano mencionó algunos como Obispo de Roma, Vicario de Jesús en la Tierra, Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Sumo Pontífice de la Iglesia Universal, Primado de Italia, Arzobispo Metropolitano de la Provincia Romana, Soberano de la Ciudad del Vaticano, Siervo de los Siervos de Dios, etc.

blasfemo muy usado aún hoy para referirse al papa (véase Apoc 15:4).

Algunos de los nombres o títulos del papa suman en sus letras el número 666,[9] pero no son necesariamente blasfemos o relevantes en sí mismos. El título "Vicario del Hijo de Dios" es el único título realmente blasfemo del papado romano cuyas letras en el idioma oficial del anticristo romano, el latín [VICARIVS FILII DEI], suman 666,[10] uno de los tres idiomas usados en la época del Nuevo Testamento (Jn 19:20). Fue justamente ese título el que usó el Vaticano para imponerse sobre toda Europa y reclamar su supremacía política y eclesiástica durante la Edad Media.[11] Ese título volvió a apropiárselo el papa Juan Pablo II en los tiempos modernos.[12]

---

[9] DIC LUX : "Dí luz" o "Habla luz"; DUX CLERI : "Príncipe del Clero"; ORDINARIUS OVILIS CHRISTI PASTOR: "Pastor común de las ovejas de Cristo".

[10] Recientemente el papa renunció al título Patriarca de Occidente que había tenido antes, simplemente como concesión y sin negar su autenticidad, ACI, Roma, 1 de Marzo, 06 (véase Anuario Pontificio 2006). Pero nunca negó ni negará *de derecho* el título *Vicario del Hijo de Dios*, tan prominente en la Iglesia Católica durante toda la Edad Media. Fue usado, por ejemplo, en el documento fraguado que ostentó el papado por 8 o 9 siglos, titulado *La Donación de Constantino* (véase nota siguiente). También aparece el título *VICARIVS FILII DEI* reconocido como un título oficial del papa en el *Corpus Iuris Canonici*, que es el Código Canónico o Ley Canónica que gobierna a la Iglesia Católica. "Beatvs Petrvs in terris vicarivs filii Dei videtur esse constitvtvs," *Decretum Gratiani*, first part, dist., 96. Dr. J. Quasten, una autoridad reconocida por la Iglesia Católica en Historia Eclesiástica de la Iglesia Católica, famoso por sus cuatro volúmenes sobre Patrología, escribió y notarizó en una carta encabezada por la Universidad Católica de América, la siguiente declaración: "El título *VICARIUS CRISTI*, así como el título *VICARIUS FILII DEI*, es muy común como el título Papa" (Washington, D.C., 5 de marzo, 1943). Según Binius, un dignatario Católico Romano de Colonia, un concilio de la iglesia confirmó este título (Véase *Sacrosancta Concilia*, vol. I, pp. 1539-1541). Por un número mayor de referencias históricas de su uso en fuentes católicas, protestantes y judías, véase E. de Dock, *The Truth About 666* (2008).

Aunque algunas tiaras contienen títulos papales, no nos preocupa aquí probar o negar si el título *VICARIVS FILII DEI* estuvo algunas veces sobre la tiara del papa. Esta discusión se dio especialmente cuando la revista católica *Our Sunday Visitor*, publicó un artículo el 15 de Noviembre de 1914, reconociendo que el título *VICARIVS FILII DEI* está en la tiara del papa. Años más tarde, sin embargo, lo negó. Siendo que esta marca de autoridad será puesta figurativamente, no literalmente, sobre las frentes de la gente, o sobre sus manos, ¿por qué tendríamos que requerir que un título tan reconocido y prominente de la Iglesia Católica Romana esté sobre la corona o tiara de los papas? El papa nunca renunció ni renunciará a este título, porque constituye la esencia misma de su pontificado. Aunque la bestia tendría nombres blasfemos sobre su cabeza (Apoc 13:1), no dice el pasaje aludido que el número 666 estaría en alguna corona o tiara o mitra literal del papado.

[11] Esto se ve en el documento fraguado más significativo que sirvió para defender y ostentar, históricamente, la supremacía temporal y religiosa del papado, llamada *Donación de Constantino*. Según ese documento que apareció por primera vez en el S. VIII, prácticamente todas las tierras de Europa le fueron donadas al papa por el emperador Constantino. Aunque su falsedad pudo probarse recién en 1440 por Lorenzo Valla, un bibliotecario del Vaticano, en su *Discurso sobre el Fraude de la Donación Alegada de Constantino*, no fue sino 150 años más tarde, en 1592, que la Iglesia Católica quitó el libro de Valla del INDEX de obras prohibidas, y reconoció el fraude. Ese documento fraguado fue usado por por lo menos diez papas durante seis siglos para imponer la supremacía papal tanto en lo eclesiástico como en lo político, sobre Europa y especialmente Italia, en lo que se conoció como Estados Papales.

Algunos se preguntan cómo podía saber Juan en el primer siglo, el título que iba a utilizar el papado romano varios siglos después. Pero él recibió "la revelación de Jesucristo que Dios le dio" (Apoc 1:1), de manera que aunque él no lo supiera, Dios lo sabía. El mismo Dios que llamó al emperador Ciro por su nombre un siglo antes que naciese (Isa 45:1), y el mismo Dios que anticipó varios nombres que se darían a su Hijo 700 años antes (Isa 7:14; Mat 1:22-23; véase 9:6), es el mismo Dios que dio la clave para que, cuando llegase el anticristo, su verdadera iglesia pudiese distinguir la verdadera naturaleza del anticristo por su nombre más blasfemo e impostor.

Si Dios dio el número que identificaría ese nombre, era porque sabía que revelaría su pretensión blasfema de ocupar el lugar de su Hijo en la tierra, pretendiendo tener la autoridad de perdonar pecados que sólo el Hijo tuvo por el hecho de ser al mismo tiempo Dios y hombre (Luc 5:20-24). ¿Cómo niega el papado romano al Hijo de Dios y a su Padre? Pretendiendo ocupar el lugar del Hijo de Dios en forma impostora y blasfema, y arrogándose la facultad de ser la única autoridad en la tierra por la que puede mediarse la vida eterna. Por eso la Biblia lo llama "mentiroso". Pretendiendo ser Vicario del Hijo de Dios niega *de facto* (en la práctica) tanto al Padre como al Hijo, por falsificador (véase Mat 15:8-9).

> **1 Juan 2:22-24:** "¿Quién es *el mentiroso*, sino el que niega que Jesús es el Cristo? *Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. El que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre.* Que lo que habéis oído desde el principio permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre".

El único hombre en la tierra que fue igual a Dios fue Jesús, el Hijo de Dios. Al pretender reemplazarlo, haciendo lo que él mismo hizo y asumiendo un papel que le corresponde únicamente a Dios, siendo hombre ("número de hombre"), el anticristo romano-papal se autoproclama el papel del Dios encarnado. Ese acto es tan blasfemo que involucra también la negación del Padre. Además, la Iglesia Católica Romana se ha arrogado la facultad o autoridad de cambiar el verdadero "día del Señor", transfiriéndolo al domingo,

---

Por consiguiente, podemos decir con total seguridad que ese documento fraguado fue fundacional en un asunto tan sensible como el de la autoridad papal. Hubo quienes fueron quemados en la hoguera por rechazar la autenticidad de ese documento con las pretensiones papales de ser el Vicario del Hijo de Dios (véase E. de Dock, *The Truth about the 666*". El famoso historiador católico, Lord Acton, reconoció que "era mortal negar la Donación de Constantino...," y que servía "para promover autoridad más que fe... La Donación fue puesta al mismo nivel que la misma ley de Dios" (Lord Acton, *A Study in Consciente and Politics* (University of Chicago Press, 1962), 65; cf. Jorgensen, 320-321).

[12] Juan Pablo II, *Crossing the Threshold of Hope* (by Alfred A. Knopf, Inc., copyright 1994 by Arnoldo Mondadori Editore, ISBN 0-679-76561-1, First Chapter, "The Pope": A Scandal and a Mystery, p. 3. Todo esto nos muestra que el intento de algunos autores católicos, de negar el valor de este título en el papado romano, carece de fundamento. Se trata de un título muy reconocido por la Iglesia Católica a los largo de su historia, inclusive hasta hoy.

un día cuya honra y autoridad descansa exclusivamente en el blasfemo sumo-pontífice romano. Así, el papado romano cumplió con la profecía que anunciaba que pretendería "cambiar los tiempos y la ley" (Dan 7:25).

Verdaderamente, no podía otro título representar más a lo vivo la pretensión que tuvo Lucifer ya en el cielo, de ocupar el lugar de Dios y de su Hijo en la adoración de las criaturas del universo (Isa 14:12-14; véase Juan 17:15).[13] Si el sello de Dios está en el cuarto mandamiento relativo al verdadero sábado, la marca del anticristo impostor no podía estar sino en el domingo, día de culto cuya única autoridad descansa en el impostor del Hijo de Dios.

El bautismo de mi hijo carnal

Cuando mi hijo Daniel tenía 12 años le extendí la invitación a bautizarse. Pero me dijo: "Todavía no". Me estremecí pensando en la posibilidad de que más adelante me dijese lo mismo. Por primera vez comenzaba a captar que era su padre terrenal, pero no su padre espiritual. El único que podía engendrar en él la vida espiritual, la fe, era Dios mismo a través de su Santo Espíritu. De manera que lo único que me quedaba por hacer era orar, pidiéndole a Dios que obrase en él, para que tomase esa decisión.

Al año siguiente estaba concluyendo un ciclo de conferencias en Puerto Rico, cuando mi hija me dijo: "Papi, Danielito quiere bautizarse". Casi temblando me di vuelta y le pregunté: "¿En serio?" Me sonrió tímido, y me dijo: "Si no ahora, ¿cuándo?"

No cabía de gozo y gratitud al cielo por haber tenido compasión de mi pobre hijito, tan pobre como cualquiera de nosotros que venimos a este mundo y dependemos por entero de la gracia y revelación de Dios. Pero

---

[13] El primero que percibió el título VICARIVS FILII DEI como siendo el que corresponde al mencionado en la profecía de Apoc 13, fue un famoso filólogo alemán, Andreas Helwig (m. 1643), quien en su obra ***Antichristus Romanus*** (1642) estableció 4 reglas o leyes previas a cualquier intento de interpretación: 1) El número pertenece a la Bestia, claramente identificada en el capítulo con el papado. 2) Se trata de títulos que el papado se auto-atribuye, no insultos o apodos que le colocan sus opositores. 3) Esos títulos deben reflejar las pretensiones del papado. 4) El valor numeral debe obtenérselo del idioma empleado por la entidad representada (no debe ser una traducción), que es el romano o latino, y cuyo número debe sumar 666. Aunque Helwig encontró cuatro títulos que se aplicaron al papa (véase n. 8), consideró correctamente *Vicarius Filii Dei* el más apropiado porque, a su juicio, es el que mejor refleja las pretensiones del papado.

Para fundamentar esta interpretación, Helwig citó entre otros a Belarmino. ¿Quién fue Belarmino y cuál su argumento para reforzar la autoridad de los papas ante los predicadores protestantes que negaban la autoridad papal? Belarmino argumentó que "todos los nombres que en las Escrituras se aplican a Cristo... contienen los mismos nombres que se aplican al papa"—*Robert Bellarmine, Disputationes de Controversiis, Tom. 2.* San Roberto Belarmino (1542-1621) fue canonizado por el papa Pío XI en 1930, y declarado Doctor de la Iglesia Universal en 1931. Según los historiadores católicos, es el santo patrón de los catecistas. Belarmino dedicó mucho de su tiempo a los debates teológicos, en su mayoría en lo que involucraba el poder papal. Es un Santo y un Cardenal de la Iglesia Católica Romana, uno de los solo 33 Doctores de la Iglesia.

Dios es fiel, y cumple su promesa. Así como lo hizo con nosotros y lo hace con toda la gente sincera y de buena voluntad, obró mediante su Espíritu en mi hijo Daniel, a su tierna edad de 13 años. Así hizo con mis demás hijos.

Aprendí la lección. Ningún ser humano, ni yo ni ningún colega, puede ser padre espiritual de nadie, porque ninguno de nosotros puede engendrar la vida espiritual, la fe, en los demás (véase Jn 1:13). Podemos y debemos preparar el terreno enseñándole la Palabra de Dios, pero únicamente el Espíritu Santo podrá engendrar, a través de nuestro testimonio, la vida espiritual. ¡Cuán agradecidos podemos estar a Dios, de habernos engendrado como hijos suyos, adoptándonos como tales por medio de su Hijo, a quien entregó por todos nosotros!

Oración. Padre y Dios nuestro que estás en el cielo, queremos agradecerte por habernos adoptado como hijos tuyos en virtud y mediación de tu Hijo Jesucristo (Rom 8:14-15). Sabemos que nadie puede engendrarse a sí mismo, por lo que te rogamos que sigas dándonos tu Espíritu para que continúe testificando a nuestras conciencias que somos tus hijos (Rom 8:16; 1 Juan 5:10). Muchos hijos tuyos tienen también hijos de sangre, algunos tal vez rebeldes y obstinados, que te niegan toda paternidad espiritual. Otros tienen amigos, vecinos, personas semejantes a los que quieren extenderles el privilegio que nos has dado de ser tus hijos. Señor, no podemos obligarlos a transformarse en hijos tuyos. Lo más que podemos hacer con ellos es testificarles de ti. Pero a menos que tu intervengas y les des tu Espíritu, engendrándolos a una nueva vida (Juan 3:3-5), no podrán nacer de nuevo, no podrán ver el reino de Dios, no podrán ser ahijados por ti. Por consiguiente, te pedimos Señor que extiendas tu misericordia y les hables a su interior como sólo tú puedes hacerlo a través de tu Santo Espíritu, para que se conviertan a ti, laven sus pecados en tu sangre, y pasen a pertenecerte, guardando tus mandamientos. Te lo pedimos en el Nombre precioso de tu Hijo amado Jesucristo, **Amén.**

SECCIÓN II

PERTENECIÉNDOLE PARA SIEMPRE

Cuando llegaba el día de la libertad que, en el antiguo Israel tenía lugar cada siete años, y un siervo había llegado a querer a su amo, y le pedía permanecer con él, iban a los jueces para que le horadasen la oreja y así, le perteneciese para siempre. Esa era la marca que el propietario dejaba en él, para que nadie pudiese reclamarlo ni robarlo. El amo se comprometía también a cuidar de él y de su familia por el resto de su vida.

"Amo a mi señor..., no saldré libre", decía el esclavo ante los jueces. Entonces recibía la marca de su señor en su oreja, y pasaba a pertenecerle (Ex 21:1-6). Así también hoy, Dios nos ofrece la oportunidad de pertenecerle para siempre. Si realmente lo amamos como nuestro Señor, entonces nos presentará delante de su tribunal, y nos pondrá un sello de pertenencia. Pasaremos a pertenecerle para siempre.

6. El agente sellador

[¿Qué papel juega el Espíritu Santo en la obra de sellar la Ley divina en el pueblo del Señor? (2 Cor 1:22; Ef 1:13-14; 4:30; 2 Tim 2:19)].

El Apocalipsis es claro en afirmar que, al final, Dios pondrá un sello en la frente de los que le pertenecen. Ese sello puesto en los creyentes—según ya vimos—es la Ley de Dios cuyo sello, a su vez, se encuentra en el cuarto mandamiento. Algunos quedan algo confundidos al descubrir que ya, en el primer siglo, los que se convertían al Señor recibían un sello de confirmación en su interior. No captan que los cristianos viven, desde el primer siglo, entre dos expectaciones, la inaugural y la final. Como vimos más definidamente en la lección anterior, y también en todas las lecciones de este seminario, tenemos anticipadamente ya algo de lo que se nos concederá al final. Lo que vivimos hoy es algo que experimentaremos en forma definitiva, luego del juicio.

Consideremos el mensaje del sellamiento inaugural en las cartas del apóstol Pablo, quien introdujo el tema del sellamiento inicial que el Espíritu Santo produce en los creyentes.

2 Cor 1:22: "Dios es el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que *nos ungió*, quien también *nos selló*, y *puso en nuestro corazón la garantía de su Espíritu*".

¿En qué consiste el ungimiento del que habla el apóstol Pablo aquí? En el bautismo (véase Luc 4:18; Hech 10:37-38).

Juan 3:5: "El que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios".

Rom 6:3-4; 8:11: "¿No sabéis que los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque fuimos sepultados junto con él para muerte por medio del bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en nueva vida". "Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos, vivificará también vuestro cuerpo mortal, por medio de su Espíritu que habita en vosotros".

Vemos aquí que tenemos "la garantía" del Espíritu de Dios, la que nos confirma nuestra pertenencia a Cristo (Rom 8:16; 1 Juan 2:20,28; véase 1 Cor 2:14-16). Esto lo hace el Espíritu Santo escribiendo la Ley de Dios en nuestros corazones (2 Cor 3:3), y librándonos así, de la condenación de la ley divina. De manera que no hay contradicción en afirmar que los Diez Mandamientos y, más definidamente el sábado, constituyen el sello de Dios. El Espíritu Santo es el agente sellador que nos sella con la Ley de Dios para que no nos apartemos de ella. A este hecho se refirió el profeta Isaías cuando exclamó:

Isa 8:16: "*Ata* el Testimonio, *sella la Ley entre mis discípulos*". "¡A la Ley y al Testimonio! Si no hablan conforme a esto, es porque no les ha amanecido"

[no han sido iluminados o despertados por el Espíritu de Dios].

Pero el Espíritu de Dios, luego de recibido, puede ser entristecido (Ef 4:30). Hasta podemos cometer el pecado imperdonable de rechazar al Espíritu Santo, al único ser que puede cambiar nuestro corazón (Mat 12:31-32; Heb 6:4-6; 10:26-29). Por esa razón, se requiere que al final, cada caso sea reconsiderado en el juicio celestial. *Entonces recibiremos el sello definitivo de pertenencia a nuestro Creador y a nuestro Redentor.* Para evitar que ese sello definitivo sea puesto sobre nosotros, el diablo busca a través del anticristo robar el sello de la ley, y poner su marca impostora sobre todo el mundo (Apoc 13:17).

Ef 1:13-14: "En él [Cristo] vosotros también, después de oír la Palabra de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, fuisteis incluidos en Cristo. Y *habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo* prometido, que es *la garantía de nuestra herencia, hasta que lleguemos a poseerla*, para alabanza de su gloria".

Ef 4:30: "No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, *con el cual fuisteis sellados para el día de la redención*".

Cuando aceptamos por fe al Señor e invocamos su nombre, recibiendo el bautismo, nuestros nombres se inscriben en el Libro de la Vida. De esta manera, nos acercamos por la fe a las cosas futuras, entre ellas, "a la congregación de los primogénitos inscritos en el cielo" (Heb 12:23), es decir, al pueblo de Dios de todas las edades que fue anotado en el cielo, y que se congregará frente al trono de Dios, en la Nueva Jerusalén, cuando el Señor venga a buscarlo (Isa 4:3; Luc 10:20; Filip 4:3; Apoc 7:9-10; 21:27).

En el juicio final se considera el voto que tomó la Iglesia de aceptar en el reino de Dios a los que hoy piden su ingreso mediante el bautismo, cuando tal aceptación se dio en armonía con la Palabra de Dios (Luc 11:52) y bajo la dirección del Espíritu Santo (Mat 16:19; 18:18; Juan 20:23). Si los que invocaron el nombre del Señor de esta manera, para ser salvos, pasan el escrutinio celestial en virtud de la intercesión del Cordero de Dios, sus nombres no se borran del libro de los justos. Si, por el contrario, terminan negando el nombre del Señor, sus nombres son borrados del Libro de la Vida (Dan 12:1; Apoc 3:5; véase Ex 32:32-33; Sal 69:28). Los que nunca aceptaron al Señor, aunque hubiesen invocado su nombre para hacer milagros y pretender echar demonios (Mat 7:23; cf. Luc 10:20), y aún los que fueron engañados por el anticristo, nunca habrán sido incorporados a la lista celestial de los justos (Apoc 13:8; 17:8). Serán igualmente destruidos al concluir el juicio milenial (Apoc 20:12,13).

¡Con qué expectación, pues, debemos mirar al momento en que recibiremos el sello definitivo que nos otorgará la corte celestial! Mientras tanto, alegrémonos al saber que, según:

2 Tim 2:19; Rom 8:9úp: "El fundamento de Dios permanece firme y tiene este sello: 'El Señor conoce a los suyos'". "El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él".

E. G. White: "Así como la cera recibe la impresión del sello, el alma debe recibir la impresión del Espíritu de Dios y conservar la imagen de Cristo..." (*SDABC*, VII, 970).

7. Una señal en la frente en tiempos de crisis y juicio

[¿Qué marca o señal puso Dios en la antigüedad sobre la frente de los fieles de en medio de su pueblo? ¿Bajo qué circunstancias? (Sal 86:17; Isa 66:19; Eze 9:4,6)].

En *El Cantar de los Cantares*, el rey Salomón ilustró el deseo de ganar el afecto de su amada Sulamita de una manera tan estable como un sello sobre su corazón (Cant 8:6). Recurrió a esa figura, sin duda, por el hecho de estar conciente de cuán voluble y cambiable es el corazón de los seres humanos (Jer 17:9). Así también, el corazón humano que entrega su voluntad y sus afectos al Señor no por eso pasa a ser confiable. El único ser que puede afirmar ese corazón tan engañoso y contradictorio por naturaleza, es el Espíritu Dios, sellando el amor divino en su corazón y guardándolo para "el día de la redención" final (Ef 4:30).

Cuando los hijos de Dios captan que ha llegado el momento del juicio, y sus enemigos vienen para destruirlos, anhelan recibir el sello protector divino. Esto se vio en el contexto de los juicios divinos que se llevaron a cabo en el microcosmos del mundo antiguo. David experimentó ese deseo cuando se vio rodeado por las naciones enemigas que vinieron a destruirlo. Exclamó a Dios diciendo:

Sal 86:17: "Dame una señal de tu bondad, que la vean mis enemigos, y sean avergonzados, porque tú, oh Eterno, me ayudaste, y me consolaste".

Todo tiene su fin, y el día debe llegar en que Dios produzca un sellamiento tal en su pueblo, que su conducta quede fijada para bien delante del cielo (Apoc 22:11-12). A ese sello se refirió el profeta Isaías al terminar su libro, en un contexto de recompensa y castigo finales sobre su pueblo y las naciones que lo acechan. "Pondré en ellos una señal", declaró Dios a través de su profeta (Isa 66:19). Así como el sello del rey de Medo-Persia y de sus príncipes debió ser puesto sobre la piedra del foso de los leones donde arrojaron a Daniel, "para que no se moviese" (Dan 6:17), ni se pudiese "revocar" la sentencia (Est 8:8); así también el sello final de Dios sobre los que fuesen confirmados por el tribunal celestial sería puesto sobre sus fieles para que no fuesen removidos, ni se pudiese revocar la sentencia.

La señal en la frente en la visión de Ezequiel

Algunos anticipos del juicio final y del sellamiento definitivo que se efectúa sobre los que sirven al Señor, se cumplieron en la miniatura del pueblo de Dios en la antigüedad. Entre ellos nos interesa resaltar la marca o señal que Dios mandó poner sobre los que no se contaminaron con los pecadores de Sión, el día en que Dios decidió entregarlos al poder del destructor. El personaje celestial encargado de sellarlos tiene una cartera de escribano, y está vestido con una tela que era la misma que usaba el sumo sacerdote para

purificar el santuario de todos los pecados de su pueblo en el Día de la Expiación (Eze 9:7; cf. Lev 16:4; 32-33: Heb. *bad*: "lino" simple). Antes que los ángeles destructores ejecuten el juicio de muerte sobre los transgresores, ese príncipe celestial vestido de lino simple recibe la orden:

Eze 9:4-5: "'Pasa por la ciudad, por en medio de Jerusalén, y *pon una señal en la frente de los hombres que gimen y claman* a causa de todas las abominaciones que se cometen en ella'. Y a los otros oí que les dijo: 'Pasad por la ciudad en pos de él, y matad sin lástima ni compasión'".

La señal que se pone en la frente de los que se contarán entre los sobrevivientes de esa última generación del pueblo de Dios, es la letra *tau*, la última del alfabeto hebreo, dando a entender que el juicio llegó a su final. Todos los demás son exterminados por los ángeles de la muerte. Así también, los que no son sellados en el tiempo final, sufren las plagas finales de los siete ángeles que deben derramarlas sobre la tierra sin mezcla de misericordia, porque en ellas "se consuma la ira de Dios" (Apoc 15:1; 16). Todos los que recibieron la marca del anticristo tendrán que sufrir el tormento de consecuencias eternas (Apoc 14:9-11).

8. Un sello final e inapelable

[¿De dónde viene el ángel poderoso que pone el sello final sobre su pueblo? (Apoc 7:1-3). ¿Cómo sabemos que ese sello es inapelable y definitivo? (Apoc 22:4-5úp,11-12; véase Amós 8:11-14)].

Todos los cuerpos celestes provienen del oriente, de donde salen o suben el sol y las estrellas, de acuerdo a lo que podemos ver con nuestros ojos por la rotación de la tierra sobre su eje. Por esta razón, el ángel que trae el sello de Dios para ponerlo en la frente de los últimos sobrevivientes de la simiente santa, viene del cielo, más definidamente, de la corte celestial, trayendo el veredicto del tribunal. Van a soltarse los vientos de las pasiones humanas de tal manera que se producirá un caos tal en la tierra que nadie podrá controlar, y las plagas divinas se derramarán al mismo tiempo sobre sus habitantes. Antes que eso ocurra, la corte concluye su obra otorgando las ropas blancas a los mártires de Jesús (Apoc 6:11), y poniendo el sello de la protección divina a los justos que estén vivos cuando regrese el Señor.

Apoc 7:1-3: "Vi a cuatro ángeles de pie en los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Entonces vi a otro ángel que subía del este, y tenía el sello del Dios vivo. Clamó a gran voz a los cuatro ángeles, que habían recibido poder de dañar la tierra y el mar, y les dijo: 'No dañéis la tierra, ni el mar, ni los árboles, hasta que sellemos en sus frentes a los siervos de nuestro Dios".

Marcas electrónicas

Muchos especulan sobre la marca de la bestia que se pondrá en la mano y en la frente, y creen que será una marca electrónica que será puesta en cada ser humano, para poderlo controlar en forma total. Otros suponen que el

número 666 aparecerá en los supermercados de tal manera que nadie pueda comprar ni vender. Todo eso es especulación. Pero puede ayudarnos a entender que Dios puede tener métodos mejores para señalar a los suyos.

¿Cómo distinguirán los ángeles a quienes tengan la señal en sus frentes? Si los productos de un supermercado o de un gran centro comercial tienen marcas cuyo número se puede obtener electrónicamente, aunque no se lo vea, ¿no tendrá Dios un medio mejor aún para que, en la destrucción de los impíos mediante las siete plagas postreras, ninguno de los hijos de Dios pueda ser tocado? En Egipto Dios mandó colocar la señal de la sangre del cordero pascual en la puerta, para no exterminar a los primogénitos de su pueblo (Ex 12:13). No sabemos cómo distinguirá el Señor a los suyos al final, si magnéticamente o de alguna otra manera. Pero sabemos que sus recursos son infinitos, y ninguno de los que le pertenecen perecerá. Pudiera ser, sin embargo, que no se trate siquiera de una marca invisible detectable por rayos láser o de otra naturaleza, sino simplemente de un símbolo que muestra que la ley de Dios está en su mente tan indeleblemente grabada que nadie la podrá remover.

La señal del sábado en la crisis final

Siendo que el sábado es la señal entre Dios y su pueblo, y pasó a ser un símbolo de liberación (Deut 5:15), es probable que la liberación final de Dios sobre su pueblo se de en ese día. Más aún, por causa del sábado, los que quieren mantenerse fieles a Dios guardando sus mandamientos, habrán tenido que huir de las grandes ciudades, para protegerse en los lugares más apartados y solitarios de la tierra. Esa separación a causa del sábado podrá ser suficiente para que las plagas finales no los toquen.

> **E. de White:** "Vi que los cuatro ángeles iban a retener los vientos mientras no estuviese hecha la obra de Jesús en el santuario, y que entonces caerían las siete postreras plagas. Estas enfurecieron a los malvados contra los justos, pues los primeros pensaron que habíamos atraído los juicios de Dios sobre ellos, y que si podían raernos de la tierra las plagas se detendrían. Se promulgó un decreto para matar a los santos [véase Apoc 13:15], lo cual los hizo clamar día y noche por su libramiento" (*PE*, 36-37). "Finalmente se promulgó un decreto contra todos los que santifiquen el sábado del cuarto mandamiento, denunciándolos como merecedores de las penas más severas, y autorizando al pueblo para que los maten después de algún tiempo" (*CS*, 673).
>
> "Vi que los santos abandonaban las ciudades y los pueblos para reunirse en grupos con el fin de vivir en los lugares más apartados. Los ángeles les proporcionaban alimento y agua mientras los impíos sufrían hambre y sed. Acto seguido vi que los grandes hombres de la tierra consultaban entre sí, y vi a Satanás y sus ángeles atareados en torno de ellos. Vi un edicto, del que se distribuyeron copias por distintas partes del país, mediante el cual se ordenaba que a menos que los santos renunciasen a su fe peculiar y pusieran a un lado el sábado para observar el primer día de la semana, después de cierto tiempo la gente quedaría en libertad para darles muerte. Pero en esa hora de prueba los santos estaban tranquilos y serenos, con-

fiando en Dios y descansando en su promesa de que se les abriría un camino de salvación" (*HR*, 426).

En todas estas citas vemos que, al final, los que guardan el sábado se separan de los que no lo guardan, y hasta el último momento, el mundo rebelde quiere forzarlos a violarlo. Finalmente escogen la medianoche para destruirlos, razón por la cual es también a la medianoche que Dios interviene para liberarlos. Si ese día es el sábado final de liberación, que inicia al mismo tiempo el reposo celestial que se anticipaba semanalmente (Heb 4:4,9-11), ¡cuán fácil será tanto para los impíos como para los ángeles de Dios que vienen en camino, distinguir esa señal de pertenencia a Dios!

E. de White: "Multitudes de hombres perversos, profiriendo gritos de triunfo, burlas e imprecaciones, están a punto de arrojarse sobre su presa, cuando de pronto densas tinieblas, más sombrías que la oscuridad de la noche caen sobre la tierra. Luego un arco iris, reflejando la gloria del trono de Dios, se extiende de un lado a otro del cielo, y parece envolver a todos los grupos en oración. Las multitudes encolerizadas se sienten contenidas en el acto... Es a medianoche cuando Dios manifiesta su poder para liberar a su pueblo" (*CS*, 693-4).

¡Cuán significativo parece ser el hecho de que la liberación se de a medianoche! Ese es el cómputo del mundo para medir la extensión del día. Por esa razón escogen esa hora, para acabar con los observadores del verdadero "día el Señor". Al mismo tiempo, los fieles habrán podido probar por algunas horas ya que, a pesar de la amenaza de ese decreto final de los poderes de la tierra, ellos siguen guardando el sábado. Es más, le habrán dado la bienvenida como lo hicieron antes de la crisis final, a la puesta del sol, de acuerdo al mandamiento. Tanto los impíos como los ángeles de Dios tendrán suficiente tiempo como para ver la señal que distingue a un grupo del otro.

Un fallo inapelable y de consecuencias eternas

¿Cómo sabemos que el sello del Apocalipsis en la frente de los 144.000 será definitivo? Porque el nombre del Señor permanecerá en sus frentes por toda la eternidad, y será puesto también en la frente de todos los que resuciten. Hablando del juicio milenial, sobre el que se sentarán los redimidos para juzgar a los perdidos, dice el apóstol Juan:

Apoc 20:4,6: "Vi tronos. Y se sentaron sobre ellos los que recibieron autoridad para juzgar. Y vi las almas de los decapitados por el testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios, que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y *no habían recibido la marca en su frente ni en su mano.* Estos volvieron a vivir, y reinaron con Cristo mil años... ¡Dichoso y santo el que tiene parte en la primera resurrección! La segunda muerte no tiene poder sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él durante los mil años".

Luego de describir la ciudad de Dios, vuelve el Revelador a traer a colación el símbolo del sello, proyectándolo en los redimidos por toda la eterni-

dad:

Apoc 22:4-5: "Verán su rostro, y su Nombre estará en sus frentes... Y reinarán por los siglos de los siglos".

¿Qué pasará con los que reciban la marca del anticristo romano en la frente y en la mano? Lo anuncian de antemano los que son llamados por Dios para dar el mensaje de amonestación final al mundo:

Apoc 14:9-11: "Y el tercer ángel los siguió diciendo a gran voz: 'Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en su frente o en su mano, éste también beberá del vino de la ira de Dios, vaciado puro en la copa de su ira. Y será atormentado con fuego y azufre ante los santos ángeles y ante el Cordero. Y el humo de su tormento sube para siempre jamás. Y los que adoran a la bestia y a su imagen, y los que reciben la marca de su nombre, no tienen reposo ni de día ni de noche".

Una vez que se cierra el tiempo de gracia, nadie podrá cambiar su situación. Por un lado estarán los que fueron sellados por Dios, y por el otro los que habrán sido marcados por el anticristo. La decisión está tomada. El Señor afirma lo suyo para que no pueda ser removido, y los demás quedan librados a sus concupiscencias sin que el Espíritu de Dios se mueva más entre ellos para procurar la regeneración.

E. G. White: "No se trata de ningún sello o marca visibles, sino de un firme arraigo en la verdad, tanto intelectual como espiritual, de modo que no puedan ser movidos" (*SDABC*, IV, 1161).

Apoc 22:11-12: "El que es injusto siga siendo injusto, y el sucio siga ensuciándose. El justo siga siendo justo, y el santo siga santificándose. Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para dar a cada uno según su obra".

Un cuadro semejante lo anticipó el profeta Amós, desde el microcosmos del antiguo Israel. ¡Qué dramático! ¡Qué triste! ¡Que desgarrador! Habrá una angustia tal en el mundo, que ningún bálsamo humano podrá disipar. Al retirarse el Espíritu de Dios de la tierra, ni siquiera la Biblia podrá servir a los que lo habrán perdido todo en la gran batalla de la vida. Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz únicamente cuando va acompañada de la obra silenciosa e invisible del Espíritu de Dios.

Amós 8:11-14: "Vienen días—dice el Señor, el Eterno—en los cuales enviaré hambre a la tierra. No de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios. Irán errantes de mar a mar, desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando Palabra del Eterno, y *no la hallarán.* En aquel tiempo las doncellas hermosas y los jóvenes desmayarán de sed..., *caerán y nunca más se levantarán*".

Más patético terminó siendo el mensaje del profeta Jeremías, al considerar el fracaso y destrucción de su pueblo:

Jer 8:18-22: "A causa de mi fuerte dolor, mi corazón desfallece en mí. Oíd el clamor de mi pueblo, que viene desde tierra lejana. '¿No está el Eterno en Sión? ¿No está en ella su Rey? ¿Por qué me enojaron con sus imágenes de talla, con sus ídolos inútiles y extraños?' Pasó la siega, se acabó el ve-

rano, y nosotros no hemos sido salvados'. Me duele el quebranto de mi pueblo. I stoy abrumado, el espanto se apodera de mi. ¿No hay bálsamo en Galaad? ¿No hay allí médico? ¿Por qué, pues, no hubo medicina para mi pueblo?"

9. El recuento de la última generación de fieles

[¿A qué representa el censo o recuento de esa última generación de fieles? (Apoc 7:4- 8; véase Núm 5:1-4; Apoc 14:5; véase 1 Juan 2:3-6; Apoc 21:8, 27; 20:15)].

Algunos se han preguntado sobre la razón por la que el Señor se dio el trabajo de repetir el nombre de cada tribu de Israel, con un recuento fijo de 12.000 por tribu, totalizando 144.000 sellados (Apoc 7:4-8). No existían todas esas tribus en la época de Juan, y menos existen hoy. Las únicas tres que existían eran la tribu de Judá, la de Leví por oficiar especialmente en el templo de Jerusalén (territorio de Judá), y algunos descendientes de Benjamín, cuyo territorio lindaba con el de Judá, permitiendo que una pequeña porción se plegase a los judíos cuando los asirios destruyeron a las demás tribus.

La respuesta al por qué Juan describió un recuento de las 12 tribus de Israel y lo proyectó al final es sencilla. Dios muestra un censo figurativo de su pueblo, como el que mandó hacer para con el antiguo pueblo de Israel, antes de conquistar la tierra prometida (Núm 1-4). El propósito del censo en la antigüedad era el de saber con cuántos hombres iba a contarse para librar las batallas del Señor (Núm 1:3). Así también, el censo celestial que lleva a cabo el juicio investigador, sella al remanente final que el Señor se reserva en medio de un mundo rebelde, para librar la batalla final (véase Ef 6:11-12; Apoc 16:13-16).

Otro propósito del censo antiguo tuvo que ver con la investigación de todos los que estuviesen impuros, y que pudiesen afectar la salud del pueblo de Dios acarreando consigo pestes malignas. Cuando se descubrió que un buen número de ellos estaba contaminado, con el propósito de que la plaga no se extendiese en todo el campamento, debieron por orden divina expulsarlos de en medio de ellos.

Núm 5:2-3: "Manda a los israelitas que pongan fuera del campamento a todo leproso, a todos los que padecen flujo [de sangre], y a todo contaminado por muerto. Sean hombres o mujeres, los han de poner fuera del campamento, para que no contaminen el campamento donde yo habito entre ellos".

Una expulsión semejante se anuncia para el fin, para cuando no haya más bálsamo en Galaad para sanar las heridas de los hijos de Dios. Hay una investigación, y sólo se libran de la expulsión los 144.000, por no encontrarse mentira en sus bocas. No es que nunca hubieran mentido. Pero "han lavado su ropa, y la han emblanquecido en la sangre del Cordero" (Apoc 7:14). Sus pecados fueron borrados, además, de los registros celestiales (Sal 109:14-15; Isa 43:25; Hech 3:19). Es por esa razón que, en la hora decisiva, el tribunal

celestial no encuentra engaño en ellos.

Apoc 14:5: "Y en sus bocas no se halló engaño, porque son sin mancha".

¿En qué consiste la mentira? El mismo apóstol que escribió el Apocalipsis, declaró en:

1 Juan 2:3-4: "En esto sabemos que conocemos a Dios, si guardamos sus Mandamientos. El que dice: 'Yo lo conozco', y no guarda sus Mandamientos, es *mentiroso*, y la verdad no está en él."

¿En qué distinguirá la corte celestial a los que pertenecen a Dios? En que frente a tanta profesión de fe de tanta gente engañada por el anticristo, que no tendrá "amor por la verdad", sino que preferirá la "mentira" para no guardar sus mandamientos (2 Tes 2:10-12); los 144.000 sellados demostrarán al mundo y al universo entero que son genuinos. Aman a Dios, y lo demuestran guardando sus mandamientos (véase Juan 14:15).

Apoc 14:12: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen la fe de Jesús".

¿Qué pasará con aquellos cuyos pecados no fueron borrados de los registros celestiales? Como en la antigüedad, el censo celestial los descubrirá como mentirosos, y los declarará inmundos. Sus nombres serán borrados del Libro de la Vida (Apoc 3:5; cf. Ex 32:32-33; Sal 69:28). Serán expulsados de en medio del campamento. No tendrán entrada en la ciudad de Dios.

Apoc 21:8,27: "Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y *todos los mentirosos*, tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte". "No entrará en ella [la ciudad de Dios] ninguna cosa impura, ni quien cometa abominación o *mentira*; sino sólo los que están escritos en el Libro de la Vida del Cordero".

Apoc 20:15: "Y el que no fue hallado en el Libro de la Vida, fue lanzado en el lago de fuego" [la segunda muerte: v. 14].

10. La vindicación final de Dios y de su pueblo

[¿Qué propósito podemos deducir de la purificación final del santuario anunciada en Dan 8:14, cuando tenemos en cuenta que el Nombre de Dios está en su templo? (Sal 50:6; 51:4; Rom 3:4; Apoc 15:2-4; 16:5-7; 19:1-2,7-8; véase Lev 16:16,30; 23:29-30; Mal 3:16-18)].

Lo más asombroso en la revelación divina es que Dios asumiese la inmundicia humana en su casa durante todo el año en el antiguo Israel, hasta el Día de la Expiación cuando decidía limpiarla. Esto lo hacía eliminando todo registro de pecado de su santuario (Lev 16:16-19), y expulsando al culpable cuya confesión no hubiese sido traída a la casa de Dios (Lev 5:5; 20:4-5; 23:29-30). Siendo que la contaminación legal o ilegal del santuario afectaba el Nombre de Dios (Lev 20:3), ¿qué implicación tendría su purificación para la reputación divina? En la proyección final del santuario celestial, su purificación final debía tener un significado especial. Esto se ve

en la profecía de Daniel que anuncia una purificación o vindicación final del santuario en "el tiempo del fin" (Dan 8:17,19).

Dan 8:14: "Hasta 2.300 días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado".

En el siguiente seminario (el cuarto), planeamos tratar en detalle todas las fechas proféticas que aparecen en los libros apocalípticos, todas ligadas al evangelio del santuario. Aquí queremos resaltar el hecho de que el santuario del Nuevo Pacto es el del cielo, y debía ser "purificado" o "justificado" o "vindicado" al final de los días. Esto implicaba que el Nombre de Dios iba a quedar limpio de toda acusación delante de todo el universo. Los teólogos modernos llaman a esto, *teodicea.*

Como resultado del juicio que sella a los 144.000 sobrevivientes simbólicos de la última generación, el Nombre de Dios es vindicado no sólo por los ángeles al castigar a los impíos, sino también por los redimidos que fueron sellados, y no se sometieron al anticristo ni recibieron su marca de autoridad y engaño. Dice Juan:

Apoc 15:2-4: "Vi como un mar de vidrio mezclado con fuego. Y los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia, su imagen, su marca y el número de su nombre, estaban sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. Y cantaban el canto de Moisés siervo de Dios, y el canto del Cordero, diciendo: '¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso! ¡Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de las naciones! ¿Quién no te temerá, y glorificará tu Nombre, oh Señor? Porque sólo tú eres santo. Todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus actos de justicia han quedado manifiestos" (cf. Sal 86:9).

Sal 50:6: "Y los cielos anunciarán su justicia, porque Dios mismo es el juez" [léase desde el comienzo del salmo].

Apoc 16:5-7: "Y oí al ángel de las aguas decir: 'Justo eres tú, oh Señor, que eres y que eras, el Santo, porque has hecho justicia. Por cuanto ellos derramaron la sangre de los santos y los profetas, también tú les das a beber sangre, pues lo merecen. Y oí que desde el altar respondían: 'Cierto, Señor Dios Todopoderoso, *tus juicios son verdaderos y justos*'".

Apoc 19:1-4: "Después oí una gran voz de una inmensa multitud en el cielo, que decía: '¡Alabad al Señor! ¡Salvación y honra, gloria y poder a nuestro Dios! Porque *sus juicios son verdaderos y justos*. El ha juzgado a la gran ramera, que corrompía la tierra con su fornicación, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos'. Y otra vez dijeron: '¡Alabad al Señor!' Y el humo subió para siempre. Y los 24 ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron y adoraron a Dios que estaba sentado en el trono. Dijeron: '¡Amén! ¡Alabad al Señor!" [léase hasta el v. 6].

El apóstol Pablo, citando a David en uno de sus salmos, entendió que el juicio celestial tenía como propósito primordial vindicar el carácter de Dios tan vilmente ultrajado por el ángel rebelde y las huestes de maldad que lo siguieron. De esa vindicación final del carácter de Dios depende la estabi-

lidad de todas las criaturas inteligentes y libres a las que el Señor creó para que lo honrasen y glorificasen voluntariamente.

> **Rom 3:4:** "Dios es siempre veraz, aunque todo hombre sea mentiroso; como está escrito: '*Para que seas justificado en tus palabras*, y venzas *cuando seas juzgado*'" (cf. Sal 51:4).

El juicio final no se lleva a cabo únicamente para los impíos. Involucra especialmente a los que el Señor redime, como se ve por la sentencia divina final en el Día de la Expiación: "seréis limpios de todos vuestros pecados" (Lev 16:30). Por esa razón, los redimidos participan del gozo de la vindicación final de Dios, ya que el Señor mismo los justificó y vindicó en virtud de los méritos de su sangre.

Conclusión

Ante este contexto, ¿puede alguien dejar de ver la verdadera dimensión que tiene el cuadro de los 144.000 israelitas espirituales sobre el Monte Sión, en la Nueva Jerusalén, con el nombre del Padre y del Cordero en sus frentes? (Apoc 14:1). No se trata de la vieja Jerusalén ni de la vieja Babilonia, sino de una ciudad terrenal corrupta que engaña a todo el mundo, y de una ciudad celestial que mantiene comunión con el pueblo de Dios en la tierra. De allí que el Apocalipsis contrapone "los moradores del cielo" (Apoc 12:12; 13:6) a "los moradores de la tierra" (Apoc 6:10; 8:13; 11:2; 13:8,12,14; 17:8). Mientras que los unos adoran por fe, en una dimensión espiritual, en el templo celestial de la Nueva Jerusalén donde moran el Padre, el Hijo, y sus ángeles; los otros tienen sus ojos puestos en un anticristo impostor en la tierra que se sienta sobre la nueva Babilonia que es Roma, y que está llena de "nombres de blasfemia".

Apelación final

"La mujer debe llevar sobre su cabeza una señal de autoridad", dijo el apóstol Pablo, en referencia a la costumbre del velo en las mujeres que había en sus días (1 Cor 11:10). De esa manera probaba que tenía dueño. Así también, al aceptar al Señor, él nos pone una señal para que ni Satanás con toda su hueste rebelde, pueda adueñarse de nosotros. Como el siervo que amaba a su señor y no quería salir en libertad, sino pertenecerle para siempre, podemos decir nosotros hoy: "Amo a mi Señor, no saldré libre".

¡Qué maravilla! ¡Ser sellados con el sello de Dios para pertenecerle para siempre! ¡Qué expectación y que privilegio el nuestro! El Señor nos dice, además: "En mis ojos eres de gran estima, eres honorable, y yo te amo" (Isa 43:4). "En la palma de mis manos te llevo esculpido" (Isa 49:16). Esas fueron las manos que se extendieron para ser atravesadas por nuestra redención. ¡Oh, que nuestros corazones sean sellados verdaderamente con el Espíritu Santo, en devoción hacia nuestro Creador y nuestro Redentor, como señal de afecto sincero y genuino delante de la corte del universo! ¡Que nuestra alma

pueda vaciarse de todo lo que la contamina, y ofrecerse voluntariamente, en perfecta transparencia, verdad y justicia delante de él!

Mal 3:16-18: "Entonces los que temen al Eterno hablaron cada uno a su compañero. Y el Señor oyó con atención. Y *fue escrito un libro de memoria* ante él *a favor de los que temen al Eterno, y piensan en su Nombre. Y serán míos*—dice el Eterno Todopoderoso—*en el día en que yo recupere mi especial tesoro.* Y los perdonaré, como el hombre perdona a su hijo que le sirve. Entonces *volveréis, y veréis que hay diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios, y el que no le sirve*".

Oración. Padre y Dios santo que estás en el cielo, ¿hasta cuándo continuaremos elevando nuestro clamor a ti, expectantes, para que tu juicio de los justos termine, y vengas por tu pueblo que está ansioso por verte y recibirte para siempre? Tus mensajes, amonestaciones y promesas son consistentes. Tu amor y justicia inalterables. Lo demostraste en la historia de la salvación. Sólo esperamos su culminación. Un poco más, y nos llevarás a casa, porque la que tenemos en este mundo no es nuestro hogar. Somos peregrinos. Derrama tu Espíritu para afirmar y sellar nuestra vocación, y para que el sello final sea puesto sobre nuestra frente, protegiéndonos del gran día de tu ira. En tus manos nos encomendamos, invocando el Nombre de tu Hijo amado y Salvador nuestro Jesucristo. **Amén.**

CUESTIONARIO X

A LA EXPECTATIVA DEL SELLAMIENTO

Sección I. La batalla final por la identidad

1. ¿Qué sello y qué marca de identidad se pondrán en el fin del mundo? (Apoc 13:16-17; 14:1).

Respuesta: .....

2. ¿Dónde puso Dios su nombre en la antigüedad? ¿Cuál fue la "morada de su nombre"? (Deut 12:2-5,13-14; 1 Rey 8:29).

Respuesta: .....

3. ¿Mediante qué acto puso Dios su Nombre en medio de su pueblo? (Deut 10:1-5,8; Ex 40:2-3,20-21; 2 Sam 6:2; 1 Rey 8:20-21; véase Ex 34:1,5). ¿Cómo afecta al Nombre de Dios la obediencia o desobediencia de su pueblo? (Lev 22:31-32; Rom 2:24).

Respuesta: .....

.....

4. ¿Qué implicaba para el pueblo que pactó con el Señor guardar su Ley, el hecho de que el Nombre de Dios morase en medio de ellos? (Núm 6:27;

Deut 26:18; 28:9-10; Isa 43:7). ¿Pueden pretender las iglesias cristianas hoy transformarse en templos vivientes del Espíritu Santo y pertenecer a Dios, sin guardar la ley divina? (Jer 31:31,33; Eze 36:25-28; Juan 14:15-17,21,23; 1 Cor 3:16-17; 6:19-20; 2 Cor 3:3).

Respuesta: .....

.....

5. ¿Cuál es el mandamiento que Dios puso en su pueblo como señal de pertenencia e identidad (Ex 20:8-11; 31:13,17; Eze 20:12,20), y cuál el que intentaría quitar el anticristo romano de la Ley divina (Dan 7:25), para poner el suyo en su lugar? (Apoc 13:17-18).

Respuesta: .....

Sección II. Perteneciéndole para siempre

6. ¿Qué papel juega el Espíritu Santo en la obra de sellar la Ley divina en el pueblo del Señor? (2 Cor 1:22; Ef 1:13-14; 4:30; 2 Tim 2:19)].

Respuesta: .....

7. ¿Qué marca o señal puso Dios en la antigüedad sobre la frente de los fieles de en medio de su pueblo? ¿Bajo qué circunstancias? (Sal 86:17; Isa 66:19; Eze 9:4,6).

Respuesta: .....

8. ¿De dónde viene el ángel poderoso que pone el sello final sobre su pueblo? (Apoc 7:1-3). ¿Cómo sabemos que ese sello es inapelable y definitivo? (Apoc 22:4-5úp,11-12; véase Amós 8:11-14).

Respuesta: .....

9. ¿A qué representa el censo o recuento de esa última generación de fieles? (Apoc 7:4- 8; véase Núm 5:1-4; Apoc 14:5; véase 1 Juan 2:3-6; Apoc 21:8, 27; 20:15).

Respuesta: .....

10. ¿Qué propósito podemos deducir de la purificación final del santuario anunciada en Dan 8:14, cuando tenemos en cuenta que el Nombre de Dios está en su templo? (Sal 50:6; 51:4; Rom 3:4; Apoc 15:2-4; 16:5-7; 19:1-2,7-8; véase Lev 16:16,30; 23:29-30; Mal 3:16-18).

Respuesta: .....

APÉNDICE I

LA ESTRUCTURA LITERARIA RECAPITULATIVA DE APOC 1-11

Una simple mirada a la organización estructural literaria de la primera mitad del Apocalipsis (Apoc 1-11), muestra visiones de secuencias históricas que son equivalentes a las visiones de secuencias históricas de Daniel.[1] Al mismo tiempo, encontramos algunas marcas específicas dejadas al final de cada séptuple serie profética que tienen que ver, esencialmente, con la declaración *"truenos, voces y relámpagos."* Estas palabras aparecen en el Apocalipsis:

- en 4:5 como conclusión de las siete iglesias;
- en 8:5 como conclusión de los siete sellos;
- en 11:19 como conclusión de las siete trompetas;
- en 16:18 como conclusión de las siete plagas.
- Véase también los siete truenos en Apoc 10:3-4, en relación con la séptima trompeta.

Permítasenos enfatizar aquí algunos puntos. En la primera visión Jesús no está todavía en la corte de juicio, sino intercediendo por las iglesias entre los siete candelabros, esto es, en el lugar santo [o primer departamento] del santuario celestial. Desde ese lugar dirige sus mensajes a las iglesias, para prepararlas para el juicio por venir. Se describe este juicio en la siguiente visión, la del trono en el lugar santísimo (Apoc 4-5). Una vez que llegamos al lugar santísimo con la descripción del juicio en Apoc 4-5, se nos muestra cómo la corte celestial revisa o reconsidera la historia de este mundo. Lo confirma la estructura recapitulativa simple que se ve en la declaración "truenos, voces y relámpagos" al final de cada séptuple serie profética. En efecto, *el último nivel de cada séptuple serie está ligado al trono de Dios junto a su corte de juicio, y a la siguiente serie de siete.*

Así, las siete iglesias están representadas por siete candelabros que queman en el lugar santo del templo celestial (Apoc 1:12-20; 2-3). La séptima igl-sia introduce la visión del trono que contiene un libro con siete sellos (Apoc 3: 21; 4:1-2; 5: 1). El séptimo sello introduce la visión de los siete ángeles que hacen sonar las siete trompetas, y "el altar que está delante del trono" (Apoc 8:1-5). La séptima trompeta introduce la ira de Dios que debe derramarse sobre la tierra mediante las siete plagas con las cuales se termina la historia de este mundo (Apoc 11:15-19; 16). Es también durante la séptima trompeta que los siete truenos suenan, cuyo contenido no se registra (Apoc 10:4-7). También es bajo la séptima plaga que los "truenos, voces y relámpagos" provienen del trono del templo celestial (Apoc 16:17-18; véase 15:5-8; Am 1:2).

Una recapitulación o revisión histórica al concluir un reino

Los pasajes del Antiguo Testamento que recapitulan la historia de un reino o nación al llegar a su fin, para justificar la decisión celestial de suprimirlos, son numerosos. Entre ellos pueden considerarse especialmente Am 4:6-12 (reino de Israel) y Eze 16 y 23 (reinos de Judá e Israel). En Dan 5:8ss Dios trae a colación delante del rey la historia del reino neobabilónico desde Nabudoconosor (el segundo rey de esa dinastía y el primero en relacionarse con el pueblo de Dios) hasta Belsasar, su último rey. Estamos bajo el contexto de una dinastía terrenal que llega a su fin, después del momento en que en el cielo se dio la sentencia final. En la revisión de esa

---

[1] En el primer capítulo de nuestro libro, *The Seals and the Trumpets*, tratamos en detalle la estructura literaria de la primera mitad del Apocalipsis. Aquí no tenemos el propósito de repetir todo lo dicho allí, sino destacar otros puntos relacionados con esa estructura.

7 IGLESIAS – *Preparación para la futura Corte de Juicio: Apoc 4-5*

1	2	3	4	5	6	7
						Promesa de compartir el trono y sesión de la corte *(Relámpagos, truenos y voces sólo en el cielo)*

7 SELLOS – *Recapitulados ante la Corte: Apoc 6-7:8; 8:1-5*

- El Sello (Testimonio) dejado por los que asumen el reino de Dios

1	2	3	4	5	6	7
						- Silencio en el cielo *(Conclusión de la sesión de la corte)* *(Truenos y voces, relámpagos y un terremoto)*

7 TROMPETAS – *Recapitulados ante la Corte en el 7mo Sello: Apoc 8-11*

- Juicios divinos sobre el imperio opresor romano pagano y cristiano

1	2	3	4	5	6	7
						Juicio y asunción del Reino de Dios *(Relámpagos, voces y truenos, un terremoto y fuerte granizo)* **7 PLAGAS** *(Relámpagos, voces y truenos, terremoto y granizo)*

historia, Daniel destaca a la responsabilidad del último rey (la última generación).

E. G. White: "***Daniel reconsideró el pasado, trayendo ante Belsasar la luz que había recibido de la historia y juicio de Nabucodonosor.*** Dios había dado a su abuelo un reino majestuoso, gloria y honor. Pero en lugar de sentir gratitud a Dios Nabucodonosor había tomado la gloria para sí mismo, y su mente se enalteció y su corazón se endureció. Dios lo depuso de su trono, y le quitó su gloria. ***Daniel repitió fielmente la historia del renombre y degradación de Nabucodonosor***, y destacó ***la misericordia de Dios al otorgarle otra oportunidad*** de reconocer a Dios como el Supremo Gobernante en el cielo y en la tierra, Aquel a quien reyes y naciones deben lealtad.

"Y tú su hijo Belsasar, ***sabiendo todo esto***, no has humillado tu corazón. Antes ***contra el Señor del cielo te has ensoberbecido***, e hiciste traer ante ti los vasos de su casa. Y tú y tus príncipes, tus esposas y tus concubinas, bebisteis vino en ellos. Además, alabaste a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni saben. ***Y no honraste al Dios en cuya mano está tu vida, y de quien son todos tus caminos***" (en *ST*, 07-20-91, 4).

El mismo trasfondo se ve en el juicio de las trompetas y de las plagas finales. La sexta trompeta concluye diciendo: "Los otros hombres que no fueron muertos por estas plagas, no se arrepintieron de la obra de sus manos, para dejar de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, que no pueden ver, ni oír, ni andar. Tampoco se arrepintieron de sus homicidios, hechicerías, fornicación y hurtos" (Apoc 9:20-21). Por consiguiente, Dios está justificado al enviar al mundo la última trompeta que contiene, en su parte final, las siete plagas con las cuales la Gran Babilonia de los últimos días llega a su fin (Apoc 11:15-19; 16). En esas plagas los ángeles reconocen la justicia de Dios al castigarlos, porque "no se arrepintieron para darle gloria" (Apoc 16:5-7,9,11,21; 19:2).

Antes de todo esto Dios levanta a la Iglesia Adventista del Séptimo Día para hacer algo semejante a lo que hizo Daniel al interpretar la profecía que anunciaba la caída de Babilonia, esto es, dar los últimos mensajes que deben ser dados al mundo sobre la caída de Babilonia y la necesidad de dar gloria a Dios en el mismo momento del juicio investigador (Apoc 14:6-8; 18.1-4).

El trono en el marco literario del libro del Apocalipsis

Siendo que *los "truenos, voces y relámpagos" provienen del trono en el lugar santísimo* (véase especialmente Apoc 4:5; 16:17-18; también Am 2: 1), y siendo que esas manifestaciones del poder de Dios concluyen las séptuples se-ries proféticas, podemos ver que el trono de Dios ocupa el lugar prominente en la corte final de juicio.

E. G. White: "Había llegado una crisis en el gobierno de Dios. La tierra estaba llena de transgresión. Las voces de los que habían sido sacrificados a la envidia y odio humanos estaban clamando debajo del altar por retribución. [Notemos que hace llegar el clamor del quinto sello al juicio final, para su consideración]. Todo el cielo estaba preparado para ponerse en marcha a favor [ayuda] de los elegidos. Una palabra de él, y los rayos del cielo habrían caído sobre la tierra, llenándola con fuego y llama. Pero Dios tenía que hablar, y habrían habido truenos, relámpagos, terremotos y destrucción" (en *RH*, 5-7-17, 1900).

Pasemos a considerar ahora el arreglo de los muebles del templo en relación con el trono. Resumámoslo de la siguiente manera.

a) El trono en las sexta y séptima iglesias. A la sexta iglesia Jesús le abre la puerta del lugar santísimo (Apoc 3:7-8), y enfoca los ojos de los laodicenses (la séptima iglesia) sobre el trono final de juicio (Apoc 3:21; 4:1ss). Los que esperaban vencer de la última iglesia profética que estaría viviendo en el tiempo mismo del juicio investigador, podían saber que la promesa del Señor era tan segura como el

hecho de que se había sentado sobre el trono de su Padre en la inauguración de su ministerio sacerdotal. "Le daré que se siente conmigo sobre mi trono," prometió el Señor, para llegar a ser rey y sacerdote delante de Dios (Apoc 3:21; 5:10; 7:15; 20: 4,6, etc). Este es el trasfondo real del "nuevo cántico" de Apoc 5:9.

E. G. White: "Los que han pertenecido a la familia de Dios aquí abajo, quienes han luchado por el honor de su nombre, han ganado una experiencia que los hará reyes y sacerdotes para Dios; serán aceptados como siervos fieles" (*RH*, 01-05-97, 13). "El Príncipe del cielo ha puesto al hombre en una posición exaltada. Su vida ha sido valorada según el costo de la cruz del Calvario... Desde las profundidades de la degradación del pecado podemos ser exaltados para llegar a ser herederos con Cristo, hijos de Dios, y reyes y sacerdotes del Altísimo" (*RH*, 02-28-188, 4).

b) El trono en el sexto y séptimo sellos. Vemos también el trono de Dios en el sexto y séptimo sellos, en un claro contraste con el altar del lugar santo que aparece en el quinto sello (Apoc 5:9-10). Al simplemente mencionar este trono en el sexto sello, en relación con Aquel que está sentado sobre él, y el Cordero (Apoc 6:17), Juan lo relaciona con el trono que había descrito en el capítulo anterior en el lugar santísimo (Apoc 5). Mientras que los malos no pueden permanecer de pie delante de ese trono, los 144.000 sellados por el juicio investigador estarán de pie en el día del juicio (Apoc 6:15-7:1-8; véase 14:1).

Vemos de nuevo el trono de Dios en el séptimo sello, en relación con el altar del lugar santo (Apoc 8:3-5: "sobre el altar de oro que está ante el trono"). Es el mismo trono que Juan había visto en Apoc 4-5 y que se encuentra en el lugar santísimo, sobre el propiciatorio.

E. G. White: "La obra de Dios debe llevarse a cabo hasta su conclusión mediante la cooperación de las agencias divinas y humanas. Los que son autosuficientes pueden aparentar estar activos en la obra de Dios; pero si no acostumbran orar, su actividad no le sirve. *Si pudiesen mirar al* ***incensario del ángel que está de pie frente al altar de oro delante del trono rodeado por el arco iris***, verían que deben mezclarse los méritos de Jesús con nuestras oraciones y esfuerzos, o tales oraciones y esfuerzos son tan indignas como la ofrenda de Caín... Únicamente la obra cumplida con mucha oración, que está santificada por el mérito de Cristo, soportará ***la prueba del juicio. Cuando tenga lugar la gran revisión***, entonces volveréis y discerniréis entre el que sirve a Dios y el que no le sirve" (en *RH*, 4 de Julio de 1893).

El Apocalipsis no ofrece una visión de un trono en el lugar santo. (Con esto no negamos que ese trono haya existido, según se vio en este libro).[2] En efecto, cuando Juan proyecta el ministerio del Señor en el lugar santo, no lo ve sentado a la diestra de Dios sobre su trono, sino velando para que la luz del candelabro no se apague (Apoc 1), e intercediendo frente al altar de oro (Apoc 8:3-4). La razón es obvia. En el Apocalipsis, el Señor se propone enfocar la mirada de la iglesia sobre el trono de juicio y su triunfo final sobre los tronos terrenales (véase Apoc 2:13; 13:2). Esta es la razón por la que el libro describe la visión más maravillosa y extraordinaria que encontramos en la Biblia sobre el trono de Dios, y sobre su exaltación final sobre su creación tanto terrenal como universal (Apoc 4-5).

El lugar del altar como estando "delante del trono", está tomado de la refe-rencia usual del Antiguo Testamento a los muebles del lugar santo como están-do "delante del Señor" en el lugar santísimo. En relación al altar interior, encon-tramos esta declaración: "Lo pondrás ***ante el velo que oculta el Arca del Testimonio***, donde yo me reuniré contigo... Sobre él Aarón quemará el incienso aromático... ***delante del Eterno***" (Ex 30:6-7). Se ofrecían la sangre y el incienso delante de la ley, delante de los diez mandamientos, para demostrar que se había pagado el precio de la trans-

[2] Véase lección 5.

gresión, y se había pedido perdón. El hecho de que a lo largo del año, la puerta estuviese cerrada al lugar santísimo, no disminuye la realidad de que el altar estaba ubicado delante del trono de Dios en el lugar santísimo.

El séptimo sello es el sello del Señor. Tiene que ver tanto con las trompetas (Apoc 8:2) como con la intercesión delante del altar (Apoc 8:3-4). Abarca, por consiguiente, la ministración cristiana entera, y tiene el propósito de probar que el Señor cumplió con su parte en el pacto, según las estipulaciones indicadas en el Libro de la Ley, de castigar y proteger a su pueblo. Las oraciones del pueblo de Dios no fueron ignoradas a lo largo de los siglos, y recibirán una res-puesta final delante del trono de Dios. De hecho, se pone el énfasis en la obra final que se necesitaba llevar a cabo sobre ese altar, de una manera semejante a lo que encontramos varias veces revelado en otros pasajes de la Biblia, y bien definidamente en el libro del Apocalipsis.

c) La relación del altar con el trono en el contexto del juicio final. Estamos preparados ahora para decir lo siguiente. El altar y el trono están unidos en el séptimo sello, como en la visión de Isa 6, con la puerta abierta al lugar santísimo como también lo está en Apoc 4:1-5. Aunque en Apoc 8:3 no se menciona la puerta, llegamos a esta conclusión por el hecho de que la intercesión delante del trono está proyectada hacia el fin. Además, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento apoyan este enfoque.

- En el Antiguo Testamento. En Ex 30:10 se establece que "sobre los cuernos del altar Aarón hará la expiación una vez al año". ¿Por qué "una vez al año", si los sacerdotes llevaban a cabo la expiación por el pueblo delante del altar de oro, cada mañana y cada tarde después de quemar el incienso (v. 7-8), cuando ponían la sangre del sacrificio sobre sus cuernos? (Lev 4:18: "con esa sangre untará los cuernos del altar que está delante del Eterno"). Recordemos que la expiación estaba ligada intrínsicamente al incienso, por el hecho de que ese perfume era quemado sobre los carbones que habían sido tomados del altar donde se había quemado el holocausto (véase Núm 16: 46; Isa 6:6-7; cf. Lev 1:7-9; 6:8-9,12-13). "Una vez al año", porque durante el año el impacto de la expiación caía sobre el pueblo (Lev 4:26,35; 5:18; 12:8; 15:15,30), mientras que únicamente en el Día de la Expiación se expresaba el propósito de limpiar el altar (Lev 16:16,18).

La relación del altar interior con el lugar santísimo era tan definida que Pablo ubicó el altar en conexión con ese cuarto (Heb 9:4). De hecho, éste era el mueble que estaba más cerca del lugar santísimo. En la Epístola a los Hebreos—como Moisés en Ex 30:10—Pablo proyectó teológicamente la ministración final que debía llevarse a cabo "una vez al año" sobre ese altar, cuando se hacía la expiación al mismo tiempo por el lugar santísimo (Lev 16:16-17). Encontramos algo semejante también en 1 Rey 6:19-22. El texto hebreo de ese pasaje ubica el altar en relación con el *Debir*, otra palabra para referirse al lugar santísimo. Declara, literalmente: "cubrió de oro el altar del *Debir*", es decir, el altar del lugar santísimo.

- En el Nuevo Testamento. ¿Encontramos también en el Apocalipsis la proyección del altar al ministerio final del santuario que debía llevarse a cabo en el lugar santísimo? Sí, y más definidamente en relación con la séptima trompeta. Después de anunciar la séptima trompeta cuando el misterio de Dios se cumplirá (Apoc 10:7), el ángel le da a Juan una caña para medir "el templo (*naos*: lugar santísimo)..., el altar, y los que adoran allí" (Apoc 11: 1). La dirección que proyecta este pasaje es la misma que la dirección que proyectaba el ritual del Día de la Expiación. En ese día se purificaba primero el arca del pacto, y luego el altar del lugar santo (Lev 16:16-17).

E. G. White: "***La obra se está llevando a cabo en la corte celestial.*** En visión en la isla de Patmos, Juan dijo: 'Me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me

dijo: 'Levántate, ***mide el templo de Dios, el altar y a los que adoran en él***.' Debe llevarse a cabo esta obra solemne en la tierra. Miren y vean cómo está la medida del carácter de Uds. comparada con la norma de justicia divina, su santa ley. ***Los adoradores deben pasar bajo la línea medidora de Dios. ¿Quién soportará la prueba?***" (en *YI*, 08-25-86, 5).

Encontramos de nuevo el altar interior en la conclusión de la ministración celestial, en un contexto que se propone demostrar que la intercesión llegó a su fin, y los malvados no podrán clamar más por misericordia. "Y *del altar* salió aún otro ángel que tenía poder sobre el fuego—como el ángel de Apoc 8:5—y gritó a gran voz al que tenía la hoz afilada: '... vendimia los racimos de la vid de la tierra, porque sus uvas están maduras'", para echarlos "en el gran lagar de la ira de Dios" (Apoc 14:18-19). Esto es lo que estaba representado brevemente en el séptimo sello. "El ángel tomó el incensario, lo llenó con fuego *del altar*, y lo arrojó a la tierra. Y hubo truenos y voces, relámpagos, y un terremoto" (Apoc 8:5).

De esta forma, podemos admitir que la intercesión celestial entera aparece representada en el séptimo sello, sobre el altar que está delante del trono. Pero el séptimo sello tiene como propósito responder al clamor de los mártires que están bajo el altar del quinto sello, y junto con ellos al clamor del pueblo de Dios de todas las edades. Su clamor llega al trono en "la gran revisión" del juicio, y recibe una respuesta y vindicación finales desde el trono, con los truenos, voces, relámpagos y un terremoto que señalan el fin de la opresión sobre el pueblo de Dios (véase Sal 11:6; 140:10; Prov 25:22; Ezeq 10:2-7: en el nivel del "umbral del templo").

E. G. White: "Un ángel con un tintero de escribano a su lado volvió de la tierra e informó a Jesús que su obra se había cumplido, y los santos habían sido numerados y sellados. Entonces vi a Jesús, *quien había estado ministrando delante del arca* que contenía los diez mandamientos, arrojar el incensario. Levantó sus manos, y con potente voz dijo: 'Hecho está'. Y toda la hueste angélica depuso sus coronas mientras Jesús daba la solemne declaración: 'El que es injusto, siga injusto todavía...'" (*PE*, 279-80).

Notemos que E. de White describe a Jesús "*quien había estado* ministrando delante del arca", arrojando el incensario. Ella no está negando la última acción descrita en Apoc 8:5 (como lo vimos más arriba), sino simplemente declarando que después de haber estado ministrando delante del arca, arrojó el incensario. Apoc 8:5 completa el cuadro al declarar que esto lo hace al llenar el incensario de nuevo, en el fin, con fuego del altar. (Es obvio que si tiene que llenar de nuevo el incensario con carbón del altar, es porque había estado ministrando con ese incensario anteriormente).

- E. de White y las trompetas. Se representan los castigos de Dios contra el imperio romano mediante sonido de trompetas que lo anuncian sucesivamente. Sin embargo, en el contexto del séptimo sello, vemos más bien una revisión de esas trompetas llevada a cabo en los ojos de la corte final de juicio. En efecto, ese sello es el último en romperse. De esta manera, podemos mirar al mismo tiempo al futuro por su sonido, más definidamente hacia el final de la corte celestial la que, a su vez, justifica a Dios en su decisión de derramar sus últimas plagas. Es bajo este contexto que podemos vincular la aplicación histórica de E. de White de la sexta trompeta,[3] y sus declaraciones de un futuro sonar de las trompetas en relación con las plagas.

E. G. White: "El poder del Santo Espíritu debe estar sobre nosotros, y el Capitán de las huestes del Señor estará a la cabeza de los ángeles del cielo para dirigir la batalla. ***Solemnes eventos se sucederán aún entre nosotros. Trompeta tras trompeta debe sonarse; copa tras copa se derramará*** una tras otra sobre los habitantes de la tierra. Escenas de estupendo interés están justo sobre nosotros, y estas cosas serán ***seguras***

[3] "Otro notable cumplimiento de la profecía" (*CS*, 382-3).

indicaciones de la presencia de Aquel que ha dirigido cada movimiento agresivo, que ha acompañado la marcha de su causa a través de todas las edades, y que se ha comprometido con placer estar con su pueblo en todos sus conflictos hasta el fin del mundo. El vindicará su verdad. El la hará triunfar. Está listo para suplir a sus fieles con motivos y poder de propósito, inspirándolos con esperanza y valor en una actividad aumentada a medida que el tiempo se aproxima" (*3SM*, 426).

Vemos aquí el sonar de las trompetas y el derramamiento de las plagas a la luz de la dirección histórica y de la intervención de Dios en el pasado.

E. G. White: "Mi imaginación anticipaba lo que será en ese período en que la voz poderosa del Señor dará el cometido a sus ángeles: 'Vayan y *arrojen las copas de la ira de Dios sobre la tierra*.' "Tu diestra, oh Dios, hará pedazos a tus enemigos. ***Apocalipsis 6 y 7 están llenos de significado. Terribles se revelan los juicios de Dios. Los siete ángeles estaban de pie para recibir su cometido. A ellos se les dieron siete trompetas.*** El Señor estaba saliendo para castigar a los habitantes de la tierra por su iniquidad, y la tierra debía revelar su sangre y no cubrir más su crimen. Den la descripción en el capítulo 6[:12-17].

"Cuando las plagas de Dios caigan sobre la tierra, caerá granizo sobre los malvados, alrededor del peso de un talento... Pero, ¿qué será cuando el granizo sea de tan grande tamaño, y caiga sobre los que no se preocuparían por obedecer a Dios, sino que lo habrían insultado y despreciado sus misericordias? ***Pero hay misericordias mezcladas con juicio. Apocalipsis 7 y 8:3,4. El Señor tiene un pueblo al que preservará.*** Juan miró a los 'cuatro ángeles de pie sobre los cuatro ángulos de la tierra....' hasta que el sello del Dios viviente se puso sobre los que aman a Dios y guardan sus mandamientos. Los elementos de la naturaleza deben ser puestos bajo el poder de los ángeles de Dios ..." (*Ms* 59, 1895).

Aquí se ve que, mientras los juicios de las trompetas tienen el propósito de preservar al pueblo de Dios, y son ejecutados con misericordia; por inferencia, los juicios de las plagas se dan sin misericordia, y culminan con la destrucción final del mundo.

e) El trono en la séptima trompeta. Mientras que la sexta trompeta se vincula con el altar del incienso (Apoc 9:13), la séptima trompeta proyecta de nuevo la apertura de la puerta al lugar santísimo con el trono de los 24 ancianos que están delante de Dios sobre su trono. Es el tiempo del juicio final, cuando el Padre y el Hijo asumen el reino del mundo, y comienzan a reinar, imponiendo la justicia de Dios sobre todos los habitantes de la tierra (Apoc 11:15-19).

El Señor revela ahora el arca que estaba debajo del trono. Resulta interesante notar que no menciona la palabra trono en la séptima trompeta. ¿Debíamos concluir que el arca no tiene nada que ver con el trono? ¡Por supuesto que no! Todos sabían que ése era el lugar del trono de Dios. Los "truenos, voces y relámpagos..." provienen de allí, del trono que está sobre el arca del pacto (Apoc 11:19; véase 4:5; 16:17-18; cf. Am 1:2). De la misma manera, por el hecho de que se menciona el trono de Dios pero no el arca en Apoc 4-5, ¿debíamos concluir que el arca no tiene nada que ver con el trono? ¡Por supuesto que no! Todos sabían que el arca estaba bajo el trono de Dios.

Mientras que en Apoc 4-5 se llama la atención al libro que se guardaba al lado del arca del pacto, "***el libro del estatuto del cielo***" (*ST*, 03-07-78), en Apoc 11:19 se destacan las dos tablas del pacto que todos sabían que estaban dentro del arca. ***El libro del estatuto del cielo*** es el gran original de la Biblia, que como ocurre con todas las realidades celestiales, es más grande que las copias terrenales (véase Heb 9:11; Sal 139:16). E. de White escribió en referencia al juicio milenial: "Estos libros son comparados con ***el libro del estatuto, la Biblia***, y de acuerdo a eso son juzgados los hombres" (*PE*, 52). En referencia al libro sellado de Apoc 5, ella escribió:

E. G. White: "Allí en su mano abierta yace ***el libro, el rollo de la historia de las providencias de Dios, la historia profética de las naciones y de la iglesia***. Allí estaban contenidas ***las palabras divinas, su autoridad, sus mandamientos, sus leyes, el consejo simbólico entero del Eterno***, y la historia de todos los poderes gobernantes de las naciones. En lenguaje simbólico se encontraba en ese rollo la influencia de cada nación, lengua, y pueblo desde el principio de la historia de la tierra hasta su cierre" (*Lt* 65, 1898). "***En historia y profecía la Palabra de Dios describe el largo y continuado conflicto entre la verdad y el error***" (*2SM*, 109)].

d) En el Apocalipsis se ve el trono del Señor siempre en conexión con el fin. La única excepción se da cuando el Señor trae a la memoria su entronización pasada [como lo hace la corte más tarde en relación con la sangre del sacrificio (Apoc 5:9)], con el propósito de señalar el trono final de juicio (Apoc 3:21).[4] En armonía con esta descripción de Apoc 4-5, E. de White vio el trono sobre el propiciatorio en el lugar santísimo, y en relación con la aclamación de los seres celestiales al Redentor.

E. G. White: "***Miren 'al trono de Dios. ¿Qué verán allí?—El arco iris del pac-to***, la promesa viviente de Dios. ***Debajo está el propiciatorio***" (*ST*, 05-02-95, 7; también *ST*, 10-10-92, 1). "Vayan al Trono de la Gracia. Se les responderá desde el propiciatorio... El arco iris arriba del Trono es una prenda de que Dios mediante Cristo se liga a sí mismo para salvar a todos los que creen en él. ***El pacto es tan seguro como el trono***" (*1MR*, 109). "Aquel ***que ha estado de pie como nuestro intercesor***, que escucha todas las oraciones y confesiones penitenciales; ***quien está representado con un arco iris*** [véase Apoc 4:3], el símbolo de la gracia y el amor, ***circundando su cabeza, pronto concluirá su obra en el santuario celestia***l. La gracia y la misericordia descenderán entonces del trono, y la justicia tomará su lugar. Aquel por quien su pue-blo miró asumirá su derecho—el oficio de Juez Supremo. 'El Padre... ha dado todo el juicio al Hijo... Y le ha dado también autoridad para ejecutar el juicio, porque es el Hijo del Hombre'" (*RH*, 1-1-89, 1).

"***En el cielo una semejanza del arco iris rodea el trono y nimba la cabeza de Cristo***... Juan el revelador declara: 'Y he aquí, un trono que estaba puesto en el cielo, y sobre el trono estaba uno sentado... Y un arco iris había alrededor del trono, semejante en aspecto a la esmeralda' (Apoc 4:2-3)" (*PP*, 97).

"***El tiempo llegará cuando todos lo alabarán.... ' diciendo: Tú eres digno de tomar el libro, y abrir sus sellos***; porque tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre de toda raza, lengua, pueblo y nación; y nos has hecho reyes y sacerdotes... Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir poder y riquezas, sabiduría y fortaleza, honra, gloria y alabanza. Y a todos los que estaban en el cielo, en la tierra, en el mar y debajo de la tierra, y a todas las cosas que hay en ellos, les oí cantar: 'Al que está sentado en el trono y al Cordero. sean la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.' Oh, comencemos a cantar los cantos del cielo aquí, y entonces podremos unirnos a la compañía celestial de lo alto" (*RH*, 6-4-95, 6).

"En sus enseñanzas, Cristo buscó impresionar a los hombres con ***la realidad del juicio venidero***, y con su publicidad. Este no es el juicio de unas pocas personas, ni aún de una nación, sino de un mundo entero de seres inteligentes y responsables. Debe ser llevado a cabo ***en la presencia de otros mundos, para que el amor, la integridad, el servicio del hombre por Dios puedan ser honrados a su más alto grado. No habrá allí falta de gloria y honor***..." (*Mar* 341).

---

[4] En Apoc 12:5 el trono aludido puede referirse a ambos, el inaugural y el final, o más definidamente el final, siguiendo la tendencia teológica que vimos más arriba en varios pasajes de la Biblia de enfocar el fin.

APÉNDICE II

ENFRENTANDO LA OPOSICIÓN EN NUESTRO MENSAJE DEL SANTUARIO

Dr. Alberto R. Treiyer
(Pastoral Retreat, Michigan Conference, August 2006)[1]

Recuerdo cuando, en 1977, pregunté al evangelista de la División Sudamericana por qué no incluía el mensaje del santuario en sus cruzadas evangelísticas. "Traté de hacerlo", respondió, "pero me di cuenta que mucha gente salía confusa. Es mejor considerar el tema después del bautismo. Además, muchos pastores vienen preguntándome sobre algunos aspectos relacionados al mensaje del santuario que no entienden bien".

En esa época había estudiado por varios años los libros de Génesis, Éxodo, Levítico y Números. Pensé, por consiguiente, que tenía muchas cosas para compartir. Tres declaraciones de E. de White me empujaron a estudiar el tema con mayor profundidad. Ella reconoció que el evangelio del santuario no se comprendía aún bien en sus días.

> "El significado del sistema de culto judaico todavía no se entiende plenamente. Verdades vastas y profundas son bosquejadas por sus ritos y símbolos. El evangelio es la llave que abre sus misterios. Por medio de un conocimiento del plan de redención, sus verdades son abiertas al entendimiento. Es nuestro privilegio entender estos maravillosos temas en un grado mucho mayor de lo que los entendemos" (*PVGM*, 103). "La correcta comprensión del ministerio del santuario celestial es el fundamento de nuestra fe" (*Ev* 165). "Es de la mayor importancia que todos investiguen cuidadosamente estos temas, y estén capacitados para dar respuesta a todos los que demanden razón de la esperanza que hay en ellos" (*Cristo en su Santuario*, 52).

Para poder crecer aún más en la comprensión del mensaje de las leyes rituales de la Biblia, pedí al Señor que me permitiese ir a la Universidad de Estrasburgo, Francia, y obtener al mismo tiempo, el título de doctor en teología. Y Dios me abrió las puertas en esa dirección. Así, hacia fines de 1978 me encontraba ya estaba estudiando en el programa doctoral de la Facultad Protestante de Teología, que completé en 1982. Cuando los profesores de la Universidad me pidieron elegir un tema para mi disertación doctoral, no tenía dudas sobre cuál escoger. Elegí el Día de la Expiación, y no podía esconder tampoco mi objetivo de encontrar la razón por la cual el mensaje del santuario que tenemos como adventistas no era entendido o aceptado por los teólogos no adventistas. ¿Qué problemas iba a encontrar?

1. La adopción del método crítico histórico-literario de la teología liberal

Muchos eruditos no entienden bien las leyes rituales de la Biblia porque creen que, a lo largo de los siglos, se introdujeron muchas fuentes diferentes y contradictorias en los textos bíblicos. Descubrí que esa era la manera más fácil de procurar explicar lo que no se entendía. Pero es imposible comprender el mensaje de Dios de esa manera. Tales críticos se basan en sospechas e imaginaciones. ¿Qué podemos hacer para ayudar a gente con tales problemas a percibir el extraordinario mensaje del santuario?

---

[1] Este fue uno de los tres mensajes que el autor dio en un retiro pastoral de la Asociación Adventista de Michigan, en Agosto de 2006. El contenido de los otros dos mensajes se encuentra diseminado en este seminario, y en el siguiente que tenemos proyectado sobre *Los Tiempos Apocalípticos del Santuario*.

Respuesta: Tenemos que ofrecer un enfoque que demuestre la unidad de las leyes rituales (una teología bíblica del santuario), sin la cual no se podrá apreciar el propósito de tales leyes. Al mismo tiempo, hay que insistir en el hecho de que no podemos construir una teología que los autores de la Biblia jamás creyeron. De hecho, los autores bíblicos de ambos testamentos creyeron en la autenticidad del Pentateuco, y en la historia de Israel. Nunca obraron basados en una historia reconstruida y compuesta por las especulaciones escépticas de los intérpretes modernos del S. XX.

El erudito que me guió en la preparación de mi disertación doctoral quedó impresionado por el mensaje del santuario. En mi disertación reconoció que yo estaba introduciendo nuevos elementos que no habían sido percibidos antes en la historia del cristianismo. Eso es lo que nosotros, los Adventistas del Séptimo Día estamos haciendo. Estamos llevando el mensaje del santuario a gente que perdió su verdadera herencia cristiana.

No está de más resaltar el hecho de que una crítica semejante se ha introducido en estos últimos años para socavar la "autoridad" de E. G. de Whtie como mensajera del Señor. Cuando comenzamos a confinar el Espíritu de Profecía a aspectos espirituales, lo que estamos haciendo, en verdad, es cortar y dispersar la unidad del mensaje que el Señor nos dio para nuestro tiempo. No podemos restringir al Señor para que hable sólo sobre algunos aspectos, y no sobre otros asuntos, incluyendo la historia y la teología (Heb 1:1).

Si un profeta no es confiable en su teología, divagamos sin apoyo firme cuando tratamos de entender el mensaje divino. Con respecto al mensaje del santuario, contamos hoy afortunadamente, con el apoyo de muchos autores judíos debido a que, en términos generales, esos autores estudian las leyes rituales como una unidad literaria. Esa es nuestra tarea hoy, mostrar la teología de las leyes rituales a un mundo escéptico.

2. El pasaje clave de Dan 8:14 se lo estudia a la luz de las guerras macabeas contra el rey seléucida Antíoco Epífanes

Siendo que en general, las profecías desconsideradas por las mentes científicas, el principio moderno de interpretación conocido como *vaticinia-post-eventum* pasó a ser un método viable para interpretar esta profecía también. Nuevamente, a gente que no cree en las profecías apocalípticas de la Biblia, ¿cómo podemos ayudarla a recobrar su fe en el testimonio bíblico?

Respuesta: En mi diálogo con los eruditos de Estrasburgo sobre la profecía de Dan 8, comencé mostrándoles que ese capítulo no cuadra con la historia de las guerras macabeas. Uno de ellos reaccionó entonces, diciéndome que no tenemos que buscar fechas específicas para el cumplimiento del v. 14, porque las fechas ofrecidas por los autores judíos contemporáneos no canónicos no tuvieron esa intención. Luego me preguntó: "¿Tiene Ud. prejuicios canónicos?" Le respondí que tenemos que escoger entre prejuicios canónicos o apócrifos.

Un segundo paso fue mostrarles el enfoque universal que proyectan las profecías del tiempo del fin, y la unidad literaria del libro de Daniel, lo que nos obliga a estudiar su teología a la luz de todo el libro. El trauma tremendo de la destrucción del antiguo templo de Jerusalén llevó a muchos a preguntarse si otro templo podría tener éxito. La gente en aquella época no sólo quería soluciones temporales, sino que se interesaba en saber si Dios y su pueblo finalmente serían vindicados. El clamor apocalíptico, "¿hasta cuándo?" (Dan 8:13; 12:6,8), requería respuestas universales y definitivas.

3. El Sionismo (una creencia que ubica el cumplimiento de las profecías sobre un Israel étnico y geográfico, y sobre una reconstrucción de un santuario terrenal material)

La atracción que muchos tienen por un santuario, una ciudad y un pueblo terrenales no les permite mirar hacia arriba donde el Señor está intercediendo por nosotros delante de su Padre en el santuario celestial. Miran hacia la antigua Jerusalén como si fuese el lugar donde deben cumplirse las profecías condicionales que Dios dio al antiguo Israel. Una tendencia semejante se la encuentra en el catolicismo romano que pone su esperanza en una Santa Sede terrenal, y sobre un Santo Padre también terrenal. Aún los musulmanes ponen su mirada en un santuario terrenal como el de La Meca.

Respuesta: Los evangelios y las epístolas del Nuevo Testamento nos enseñan que el verdadero Israel está formado por un pueblo espiritual que sigue al Señor. Por consiguiente, los milleritas y el movimiento adventista que surgió después concluyeron que ninguna promesa del Antiguo Testamento se cumple fuera de la iglesia, "el Israel de Dios" (Gál 6:15-16). Además, nuestro santuario está en el cielo (Heb 8:1-5), no en la vieja Jerusalén, ni en Roma, ni en la Meca, ni en ninguna otra ciudad terrenal (Heb 11:10,16; Apoc 21-22; véase Col 3:1-3).

4. Naturaleza de la contaminación y purificación del santuario

Dentro del adventismo fue Edward Heppenstal quien introdujo el problema que algunos tienen hoy en nuestra iglesia de saber qué es lo que contaminaba el santuario según las leyes rituales del Pentetauco. En su libro, *Our High Priest* (RHPA, Hagerstown, 1972), declaró más de una vez el estribillo de que "el pecado contamina, la sangre purifica", lo que a su vez, es un eslogan evangelicalista moderno.

Respuesta: Lo que Heppenstal y el mundo cristiano han olvidado es la naturaleza paradójica del ritual israelita. No es mágico, sino lógico. Esa paradoja se explica por el principio de doble substitución. El pecador o la persona u objeto impuros eran limpiados por el mismo ritual de sacrificios que, al mismo tiempo, contaminaban a las personas u objetos limpios o santos. El santuario era el punto de referencia donde los pecadores dejaban sus ropas sucias y recibían, en cambio, las ropas limpias de la justicia del santuario. Había un intercambio de la pureza por la impureza, y vice-versa. Los animales limpios eran el medio que otorgaba la pureza y llevaba, al mismo tiempo, la impureza que contraían. Esto está resumido en Núm 19:19: "El limpio asperjará sobre el impuro..., y él mismo se bañará en agua, y será limpio a la tarde".

Diferentes grados de contaminación. Permítasenos considerar aquí, brevemente, el mensaje del Pentateuco sobre la contaminación. La primera clase de contaminación tenía que ver con tocar cadáveres o sangre de animales. Producía una contaminación ligera porque el que era así contaminado debía simplemente bañarse, y su contaminación duraba hasta la puesta del sol (Lev 11; 22:6-8).

Una contaminación más seria se producía por tocar cadáveres o sangre humana. Duraba una semana y se requería un sacrificio para su purificación (Lev 12,15; Núm 19). Esto es realmente significativo para la comprensión del mensaje ritual del santuario, porque el Señor aceptaba en su santuario sólo una contaminación ligera o menor que traía un animal puro que había cargado sobre sí los pecados e impurezas humanas más graves. Esta era una contaminación legal que el Señor recibía en su santuario día tras día. El rechazo de los medios determinados por Dios para la purificación de los pecados implicaba una contaminación ilegal de la casa de Dios que se resolvía con la pena de muerte (Lev 15:31; 20:3-4; Núm 19:20).

Durante el año, el santuario era contaminado ligeramente por los sacrificios por el pecado. Al final del año, en el Día de la Expiación, se purificaba el santuario de todos los registros de sangre/pecados que habían sido depositados en su interior. Éste era el único día del año en el que cada uno quedaba libre de llevar los pecados de los demás (Lev 16:24,26-28: agua ritual de purificación de una contaminación ligera después del ritual).

La paradoja reflejada en la traducción de diferentes términos hebreos. La paradoja aparente que estamos justo considerando, se reflejaba no sólo en las consecuencias de la contaminación, sino también en la traducción de algunos términos claves. Por ejemplo, *hatta't,* "pecado", en relación con el sacrificio suele traducírselo como "sacrificio por el pecado" y "sacrificio de purificación". *'asham*, "culpa", también en relación con el sacrificio se lo traduce como "sacrificio por la culpa" y "sacrificio de reparación". *nasa' 'awon*, nuevamente en relación con la ley ritual se lo traduce como "llevar la iniquidad" y "quitar la iniquidad".

La paradoja reflejada en la traducción de estos términos hebreos, además de las descripciones dadas en la Biblia en relación con el sacrificio, no ha pasado desapercibida entre los intérpretes judíos modernos del Pentateuco. Permítasenos compartir algunas declaraciones que encontramos en sus escritos.

B. A. Levine [1974,1992]: "la substitución de una víctima y la transferencia a ella de la impureza y de los pecados de los adoradores, crea la aparente paradoja de una víctima impura sirviendo como expiación, como el instrumento para la purificación." Este autor agrega que "esta paradoja aparente está construida dentro del sistema entero de rituales purificatorios israelí-tas" (cf. A. Treiyer, *The Day of Atonement...*, 178, n. 126).

J. Milgrom [1981,1990]: "siendo que la sangre del *hatta't* ["sacrificio por el pecado"] lleva ahora la impureza que ha absorbido, contamina todo objeto que salpica" (cf. *ibid*).

D. P. Wright [1984]: "La sangre se vuelve impura debido a su uso en quitar esas impurezas." "Su propósito es purificar objetos de impureza, pero luego de hacerlo, es capaz de reinfectar otros objetos y personas" (cf. *ibid*, 171, n. 107).

N. Zohar [1988]: "el pecador, lamentando su pecado y deseando desembarazarse de su impureza restante, la arroja de su persona y la objetiva en un receptáculo de sangre." Este autor concluye que el santuario tenía que ser limpiado de los pecados que allí se depositaban por la sangre del sacrificio, al concluir el año, más definidamente, en el Día de la Expiación (véase mi primer seminario sobre el santuario, p. 76).

Concluyamos este punto afirmando que el estribillo "el pecado contamina, la sangre purifica", no siempre es correcto. Cuando se aplicaba la sangre a las cosas o personas puras, las contaminaba. Cuando se la aplicaba a las cosas y personas impuras, las limpiaba. Esto se ve claramente en el estudio de las leyes rituales del Pentateuco, y nos permite confirmar que el santuario era contaminado a lo largo del año por la sangre del sacrificio que acarreaba los pecados del pueblo (Lev 4-5). Al final del año se hacía necesario un sacrificio para purificar el santuario de todos los pecados que habían sido depositados en el templo (Lev 16:16).

5. ¿Qué es lo que contamina en Dan 8:14?

Otro punto que se ha discutido dentro del adventismo es el de la naturaleza de la contaminación anticipada en la profecía de Dan 8. Esta discusión deriva del argumento anterior. El primero en introducir este argumento en la Iglesia Adventista del Séptimo Día fue Desmond Ford en los 80 (fue discípulo de Edward Heppenstal). Según él, el "cuerno pequeño" contamina el santuario y, por consiguiente, la naturaleza de la contaminación del santuario en ese capítulo tiene que ver con pecados imperdonables en los cuales no ha mediado arrepentimiento, no con pecados traídos al santuario mediante el ritual de sangre de gente que se había arrepentido y confesado sus pecados.

Gerhard Hasel respondió entonces diciendo que en Dan 8, el profeta no menciona la contaminación, de manera que tenemos que deducirla de las leyes rituales. Consecuentemente, la contaminación de Dan 8 tiene que ver con pecados confesados del pueblo de Dios, no con los pecados de rebelión abierta del cuerno pequeño.

Así, según él, sólo los pecados confesados del pueblo contaminaban el santuario. Su purificación en Dan 8:14 habría sido necesaria por pecados perdonados (véase F. B. Holbrook, ed., *Symposium on Daniel*, 456).

Ahora bien, ¿quién de los dos estaba en lo correcto? En ese entonces yo estaba preparando mi tesis doctoral, y me di cuenta de que nadie había estudiado a fondo los diferentes grados de contaminación y la manera diferente de abordarlos. Cuando entendemos bien este aspecto, podemos ir a Dan 8 y ver que no hay necesidad de una controversia tal. En efecto, el *Daniel and Revelation Committee* convocado por el *Biblical Research Institute* de la Asociación General de la Iglesia Adventista, me pidió compartir mis estudios y los publicó, agradeciéndome porque mis trabajos resolvían las discusiones que estaban teniendo en ese momento sobre el tema (Véase F. B. Holbrook, ed. *70 Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy*, 198-256).

Respuesta: Ambas clases de pecados contaminaban el santuario, y requerían un tratamiento diferente para purificarlo o mantenerlo limpio. La solución para los pecados imperdonables (contaminación ilegal del santuario: Lev 15:31; 20:3; Núm 19:13,20; 2 Crón 36:14-16, etc), era la pena de muerte (Núm 35:33-34: *kipper* ["expiación"]; Deut 17:7; 19:13: *ba'ar* ["quemar" o "quitar"]. En relación a los pecados perdonados se efectuaba una purificación del santuario mediante el sacrificio (contaminación legal del santuario: Lev 16:16-17,30). El resultado final era, respectivamente, muerte (Heb 10:26-29) y vida eterna (Dan 12:2-3; Jn 5:28-29; Heb 9:28).

En Dan 8:14 tenemos una profecía que se proyecta al "tiempo del fin" (v. 17,19). Así, la purificación del santuario predicha allí tiene que ver con una solución final al problema del pecado en el pueblo de Dios. Involucra también la vindicación y redención de las "huestes" del Príncipe celestial (Dan 8:11-13,24-25) o "santos del Altísimo" (Dan 7:22,25). Con respecto al príncipe enemigo que trata de destruirlos y pisotea el santuario, se da la misma solución que encontramos en el Pentateuco para los malvados. Se lo destruye (Dan 8:25; cf. 7:11,26-27).

6. Naturaleza del santuario celestial (¿modelo griego o hebreo?)

La Biblia testifica en ambos testamentos de que hay un santuario en el cielo (Sal 11:4; 102:19; Heb 8:1-2; Apoc 15:5). Pero el problema que encontramos en los medios teológicos modernos tiene que ver con la manera en que se entiende ese santuario celestial. Siendo que los filósofos griegos introdujeron un enfoque diferente para entender la esfera celestial, muchos sienten hoy que tienen que decidir entre el modelo griego o el hebreo que podría haber influido a los autores bíblicos que hablaron del santuario celestial. Aquí podemos mencionar algunos problemas producidos por esa confusión ideológica, con respuestas cortas.

a) Nuestro mundo occidental está impregnado por el enfoque dualístico platónico del universo y del hombre (inteligible-sensible, espiritual-material, alma-cuerpo). Como resultado, se considera la noción de un santuario material en el cielo como algo "impensable".

Respuesta: para realmente entender las buenas nuevas o evangelio del santuario (véase Heb 4:2), los que han estado permeados por tal filosofía pagana tienen que convertirse a la revelación divina. El apóstol Pablo se vio confrontado con el mismo problema en Atenas, cuando dio el testimonio de la resurrección del Señor y vio cómo ese testimonio atentaba contra el enfoque griego (Hech 17:31-32), razón por la cual lo rechazaron. Pero no importa si el mundo termina considerando que la predicación del evangelio es locura. Para los que se convierten al Señor, es tanto sabiduría como poder de Dios (1 Cor 1:18-25).

b) Otros arguyen hoy que no se puede encerrar o confinar a Dios dentro de puertas o velos (1 Rey 8:27). Bajo este enfoque, no podríamos hablar de un edificio celestial donde la Deidad está encerrada.

Respuesta: Pero, ¿necesita Dios vivir al aire libre para poder ser omnipresente? En el Antiguo Testamento, y en relación con el santuario terrenal, Dios veía y escuchaba lo que pasaba fuera (Núm 11:1; 12:2; Sal 11:4-5), a pesar de morar dentro de un templo con velos y puertas. Lo mismo pasa en el templo celestial. "La grandeza de Dios nos es incomprensible. 'Jehová tiene en el cielo su trono' (Sal 11:4); sin embargo, es omnipresente mediante su Espíritu. Tiene un íntimo conocimiento de todas las obras de su mano y un interés personal en ellas" (*Ed*, 128).

c) El Nuevo Testamento presenta un templo espiritual, la iglesia (1 Cor 3:16-17; 6:19-20).

Respuesta: ¡Correcto! Así también lo hace el Antiguo Testamento (Isa 57:15). Pero , ¿niega eso un santuario material en el cielo? Es verdad que hoy, la conexión entre las realidades celestiales y las terrenales es espiritual. Vemos y tocamos las realidades celestiales por la fe (Heb 11). Se materializará esa conexión entre el cielo y la tierra cuando el Señor nos de un nuevo cuerpo, y nos lleve a su hogar. Entonces veremos y tocaremos las realidades celestiales de una manera tangible y física (Heb 11-12; cf. Ef 2:5-6,18; Heb 6:4-5). El pueblo de Dios "no puede contemplar a su mediador con los ojos naturales, pero con los ojos de la fe ve a Cristo ante el propiciatorio y le dirige sus plegarias, y con segura confianza reclama los beneficios de su mediación" (*SR*, 155). "El temor de hacer aparecer la futura herencia de los santos demasiado material ha inducido a muchos a espiritualizar aquellas verdades que nos hacen considerarla como nuestra morada" (*CS*, 733).

7. Tipología antitética. Según este punto de vista, el propósito del santuario terrenal era el de revelar la incapacidad e inutilidad del culto antiguo para salvar al pueblo de Dios, así como la necesidad de un nuevo sistema de adoración. Bajo este enfoque, el ministerio de Jesús en el santuario celestial no tendría nada que ver con el ministerio del santuario celestial.

Respuesta: Pero las palabras "más grande", "mucho más", no significan "oposición" o "antítesis" (Heb 7:22; 9:11-14). Otras palabras como "era necesario", revelan claramente una correspondencia tipológica (Heb 8:3; 9:[12],16,23). ¿Por qué era necesario el nuevo orden? Porque las sombras de la liturgia antigua tenían que cumplirse de una manera correspondiente.

Es verdad que habría algunos contrastes entre el culto antiguo y el nuevo. Pero se dio una profecía del Antiguo Testamento para anticipar cada contraste. De esta forma, aún en los contrastes encontramos una correspondencia que va del pasado al presente [o futuro]. De otra manera, el apóstol no habría tenido necesidad de recurrir a un texto del Antiguo Testamento para explicar el contraste con el Nuevo. Por consiguiente, no podemos cambiar cada cosa a nuestro gusto. Se requiere que respetemos los cambios que Dios mismo anticipó en profecía.

a) En Heb 7 *hay un orden diferente que se anticipó en el Antiguo Testamento para permitir que un Hijo de David se sentase como sacerdote*. Es el orden de Melquisedec, no el de David ni el de Aarón (Sal 110:1,4).

b) En Heb 10 *encontramos un sacrificio humano en lugar de los sacrificios de animals según el Señor lo predijo en el Sal 40.*

¿Dónde está la profecía que anticipaba que no habría ni puertas ni muebles ni dos lugares en el nuevo orden (un lugar santo y un lugar santísimo), según el santuario del antiguo culto? ¡En ningún lugar! Por el contrario, se nos dijo que Moisés construyó un santuario de acuerdo al modelo del santuario celestial (Heb 8:5). En consecuencia, si había un templo terrenal con puertas y muebles, era porque el modelo celestial estaba arreglado de esa manera.

c) *El nuevo rey/sacerdote está sentado a la diestra de Dios* (Rom 8:34; Col 3:1; Heb 1:3; 8:1-2; 10:13), pero en el culto antiguo, los sacerdotes no oficiaban senta-

dos. Esto ha llevado a algunos teólogos católicos a argumentar que el Hijo no oficia como sacerdote, sino que delega su sacerdocio a un sacerdocio terrenal, presumiblemente, el sacerdocio de la Iglesia Católica. También otros teólogos argumentan que los sacerdotes no oficiaban sentados en el lugar santo, porque no había un trono en el lugar santo en el culto antiguo.

Respuesta: Dios anticipó una posición diferente para un hijo de David que sería también sacerdote (Sal 110:1-4). Se esperaba que el Mesías oficiase como "sacerdote sobre su trono" (Zac 6:13). ¿Por qué en el lugar santo? Se le mostró a Daniel un movimiento de tronos en "el tiempo del fin", cuando el santuario tenía que purificarse en el lugar santísimo (Dan 7:9-10; cf. 8:14,17,19; 12:7-9). En ese tiempo final, el Hijo del Hombre viene al Anciano de Días, y está *de pie* delante de él (Dan 7:13; 12:1; Apoc 3:5; 5:6-7).

Algunas declaraciones de E. de White son claras en este punto. "El divino-humano Hijo de Dios está ahora de pie delante del Padre" (2 *STA*, 222). Él "tiene el incensario y está de pie delante del trono de su Padre abogando por ti..." (*Ms* 1, 1831). Según estas profecías, Juan vio al final, durante la séptima trompeta, que corresponde al tiempo del juicio, la puerta abierta en el cielo del lugar santísimo (Apoc 11:15-19).

8. Tipología funcional pero no espacial

Algunos han propuesto considerar la tipología de los dos santuarios como funcional, no espacial. Pero esa manera de abordar la correspondencia terrenal con la celestial es el primer paso para terminar rechazando completamente la tipología de los santuarios terrenal y celestial, aún su correspondencia funcional.

Respuesta: Prefiero creer al testimonio de los profetas que vieron el templo celestial. Un Dios que reveló un gusto tan exquisito en esta creación terrenal al crear tantas formas extraordinarias y variadas de vida, ¿iba a revelar un templo vacío en una presunta pobre y desabrida creación celestial? El santuario terrenal proyectaba tanto espacial como funcionalmente el templo celestial (Heb 9). La demostración poderosa del Espíritu Santo que se dio en los apóstoles nos muestra, según Pablo (v. 8), que el santuario entero, en su carácter espacial y funcional, era un símbolo (parábola) de todo el santuario celestial (Heb 9:1-10). "Cuando el poder de Dios testifica en cuanto a lo que es verdad, esa verdad ha de mantenerse para siempre... La presentación del tema del santuario se dio [a nuestros pioneros] bajo la dirección del Espíritu Santo" (*MS* I, 188-190).

El nuevo santuario tiene "velos" (Heb 6:19-29; 10:20). El apóstol Pablo tenía en mente el Tabernáculo del desierto al escribir su epístola sobre el santuario. En Apocalipsis se le muestra a Juan un santuario equivalente al templo de Salomón, con "puertas" que se abrían en diferentes momentos (Apoc 3:7-8; 4:1; 11:19; 15:5). No podemos interponer aquí y allí nuestras creencias particulares (basadas en ideas griegas o paganas), para anular la revelación de Dios.

"Como el ministerio de Cristo se dividiría en dos grandes partes, ocuparía cada una un período y tendría un sitio distinto en el santuario celestial, así también el culto simbólico consistía en el servicio diario y el anual, y a cada uno de ellos se dedicaba una sección del tabernáculo" (*PP*, 371).

9. Los puntos de partida y llegada de los 2300 días/años

Otro punto que ha producido algunas reacciones negativas en años recientes tiene que ver con el calendario israelita y su relación con la profecía de los 2300 días/años, así como con las 70 semanas o 490 días/años de Dan 8 y 9. No consideraremos aquí la confirmación bíblica e histórica del símbolo apocalíptico de día por año, porque es fácilmente demostrable (Núm 14:34; Eze 4:6, etc). Este símbolo no

fue inventado por los milleritas, ni descubierto por ellos. Tanto judíos como cristianos a lo largo de los siglos, interpretaron las profecías de Daniel de esa manera.

Lo que se ha estado discutiendo fuertemente en años recientes es el calendario que Daniel habría tenido en mente cuando recibió las profecías de los capítulos 8 y 9. Los milleritas estuvieron en lo correcto al escoger el otoño como punto de partida y llegada de estas profecías. Eso se ha demostrado claramente vez tras vez desde entonces hasta hoy. Pero mucha gente sin un buen entrenamiento teológico, histórico y matemático, se ha dejado confundir a la hora de tratar de traducir los diferentes calendarios antiguos en nuestro propio calendario juliano-gregoriano. Un conocido refrán muy usado en mi país dice: "A río revuelto, ganancia de pescadores". Los que rechazan la comprensión millerita del calendario usado por Daniel tratan de revolver las aguas en un torrente turbulento para confundir a la gente. Así, nos vemos hoy en la necesidad de simplificar el tema para ayudar a muchos a entender la belleza del mensaje proyectado por los diferentes calendarios que Dios dio al pueblo de Israel en la antigüedad, y sobre los que fundó su mensaje profético de salvación.

Los israelitas usaban dos calendarios para contar los años. Uno comenzaba en la primavera y daba comienzo a los servicios religiosos del año en el templo. Ese calendario iniciaba, al mismo tiempo, la cosecha (Lev 23; Núm 28-29). El otro calendario comenzaba seis meses más tarde, en el otoño, y era usado para contar los años de los reyes y otros aspectos civiles como la liberación de los esclavos y la recuperación de la propiedad original (Lev 25:1-13). Este segundo calendario concluía la cosecha y la recolección de las uvas. De esta forma, al calendario que comenzaba en la primavera se lo ha llamado Calendario Sacerdotal, y al calendario que comenzaba en el otoño, Calendario Civil o Real.

En este contexto, ¿cuál de los dos calendarios tenemos que usar para comenzar las profecías de las 70 semanas proféticas de Daniel, y la profecía de los 2300 días proféticos que comienzan al mismo tiempo? Un estudio cuidadoso de los libros históricos de la Biblia y de los varios documentos extrabíblicos prueba que los israelitas usaban el Calendario Real para fechar los años de los reyes. Además de estos registros bíblicos e históricos, se nos dejó una clave en la profecía de las 70 semanas que fija para siempre el comienzo así como el fin de ambas profecías en el otoño. Dan 9:27 especifica "la mitad de la semana" para la época cuando los rituales sacrificiales llegasen a su fin. En una semana de años, la mitad de la semana se da luego de tres años y medio. Siendo que los sacrificios rituales perdieron su validez con el sacrificio del Señor (Mat 27:50-51), y esto ocurrió en la época de la Pascua, al comienzo del calendario sacerdotal, entonces el comienzo de la profecía de las 70 semanas y de los 2300 días/años debía comenzar y terminar en el otoño.

El decreto del rey Artajerjes para reconstruir Jerusalén fue difundido, en cumplimiento de la profecía de Dan 9:25, después de festejar una fiesta en el séptimo mes sacerdotal, que comenzaba el calendario real (Esd 8:35-36; cf. Núm 29:1-11). Esa fiesta correspondió a la de las Trompetas o al del Día de la Expiación (yo sugiero que fue el Día de la Expiación por varias razones). En otras palabras, la profecía de Daniel (que podemos confirmar con la información histórica adicional de Esdras), tenía en mente el calendario otoñal real, no el calendario sacerdotal, para comenzar y concluir las profecías de Dan 8 y 9. Tratamos este punto con más detalles en este seminario, y en el siguiente que proyectamos, titulado *Los Tiempos Apocalípticos del Santuario* (el cuarto en la serie sobre el santuario).

Conclusión

Ninguna otra iglesia tiene un mensaje tan maravilloso como la nuestra. No vacilemos en predicarlo aún en nuestros esfuerzos evangelísticos. El conocimiento incrementado que tenemos hoy sobre estos temas, nos permite simplificar la respuesta a muchas objeciones con más grande éxito.

No es necesario decir todo lo que sabemos sobre el tema del santuario en cada mensaje que damos. Pero es aconsejable y conveniente crecer en nuestro entendimiento de la doctrina del santuario, para poder guardar siempre una carta lista a la hora de responder cualquier clase de crítica inesperada que podamos enfrentar sobre este tema.

www.tagnet.org/distinctivemessages

En este seminario, *Las Promesas Gloriosas del Santuario*, el lector encontrará los mensajes más importantes del culto antiguo con su profundo contenido práctico y espiritual. Doquiera se ha presentado, este seminario ha producido reacciones muy positivas. Muchos pastores expresan su satisfacción al captar las tantas aplicaciones teológico-prácticas que pueden ser extraídas de la Palabra de Dios al estudiar estos temas.

El material de este seminario está basado mayormente sobre los rituales del santuario en el Antiguo Testamento. Sin embargo, esos rituales son proyectados hacia las realidades y cumplimientos en Cristo en el Nuevo Testamento. ©1994, 206 páginas.

Pr. James A. Cress: "El Dr. Alberto R. Treiyer ha hecho un servicio real a los pastores al presentar el mensaje bíblico del santuario celestial en un formato cristocéntrico que considera los hechos esenciales así como el enfoque alentador de Jesús como nuestro sumo sacerdote que intercede en nuestro favor. Todos los pastores deben leer y compartir estas cosas maravillosas con sus miembros" (Secretario Ministerial Asociado, Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día).

Dr. Angel M. Rodríguez: "Las aplicaciones espirituales... están basadas en sólidos análisis exegéticos del material bíblico y no en especulaciones fantasiosas. El uso de ilustraciones a lo largo de las lecciones le permite al estudiante entender más fácil el mensaje y el impacto de la teología del santuario en su propia vida. Este juego de lecciones será de gran ayuda para pastores y laicos bien informados que estén interesados en dar seminarios sobre el tema del santuario" (Director del Biblical Research Institute, Asoc. Gral. de los Adventistas del Séptimo Día (Silver Springs, MD).

Pr. Gary L. Jensen: "He aqui lecciones que estaban faltando desde hace mucho--lecciones que hacen relevante el mensaje del santuario, no sólo para hoy, sino lo que es más importante aún, para la vida diaria. Las aplicaciones prácticas del Dr. Treiyer, así como su enfoque cristocéntrico y sus ilustraciones personales, serán muy apreciadas tanto por pastores como por miembros de iglesia" (Pastor en Atholton Seventh-Day Adventist Church: Columbia, MD).

La prolífica obra que el escritor ha estado efectuando durante más de 30 años sobre el culto israelita, muestra claramente que no gastó su tiempo en una universidad simplemente para obtener un título. Su pasión por el mensaje del santuario ha estado ardiendo en su corazón tanto antes como después de sus estudios doctorales. Percibió que el mundo cristiano actual no ha captado aún todo el plan de redención, tal como se revela en las sombras y cumplimientos de la antigua liturgia.

Esta es la razón por la que también ha estado tratando de traer la teología al nivel de los laicos y de la iglesia en general, mediante seminarios evangelísticos dados en más de 200 iglesias, así como en campamentos y reunio-

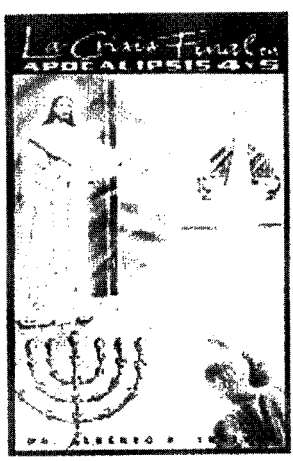
nes pastorales en diferentes continentes. La experiencia de ganar tantas almas con estos seminarios, y la reacción positiva de tantos pastores y hermanos a su ministerio, lo han alentado a publicar este material. Su sueño es ver multiplicarse el número de predicadores.

En este segundo seminario, *Los Cumplimientos Gloriosos del Santuario*, así como en el anterior, el autor no se satisface con desenredar la confusión que se ha diseminado sobre este mensaje durante siglos de oscurantismo religioso y escepticismo moderno. Trata de presentar su contenido de tal forma que aún los pastores y los laicos puedan encontrarlo práctico, espiritual y esclarecedor. ©1997, 357 pgs.

Dr. Gerhard Pfandl: "... un cuadro detallado basado en la Biblia de los aspectos mayores del plan de salvación que son vistos contra el telón de fondo del servicio del santuario... Elevan espiritualmente y fortalecen la fe. Las muchas ilustraciones prácticas... hacen este material muy comprensible. Serán de valiosa ayuda tanto para los ministros como para los laicos" (Director asociado del Biblical Research Institute, Asoc. Gral. de los Adventistas del Séptimo Día: Silver Springs, MD, USA).

Dr. Marcos Terreros: "¡Esta es una obra excelente...! Fui muy bendecido por la lectura de este material." (Director del Programa de Maestría: Corporación Universitaria Adventista, Colombia).

Pr. Daniel Scarone: "... una nueva propuesta por uno de los más grandes especialistas en el mensaje del santuario." (Coordinador Hispano en la Conferencia de Michigan: Lansing, MI, USA).



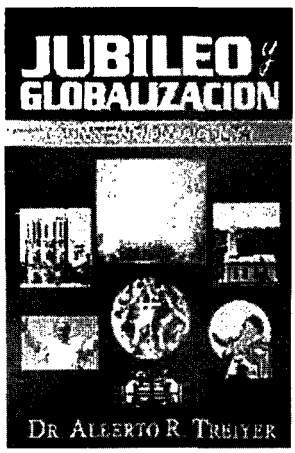
¿Qué encontrará en este libro?

El material más completo y actualizado para entender la visión de Apocalipsis 4 y 5, expuesto en un lenguaje sencillo y con gráficos que facilitan su comprensión.

- Con la inclusión de todas las evidencias bíblicas fundamentales para la comprensión del significado de sus símbolos y de la escena proyectada.
- Respaldado por las interpretaciones más antiguas y recientes en la historia de la interpretación cristiana y adventista.
- Confirmado por el estudio más completo de todos los escritos del Espíritu de Profecía, incluyendo los que nunca antes se habían publicado.
- Actualizado con las noticias ecuménicas más recientes que nos muestran que la hora ha llegado para el engaño supremo del anticristo, quien procura recibir de los habitantes de este planeta la honra y la adoración que la corte celestial tributa al Nuevo David, en vísperas de su coronación sobre la Nueva Jerusalén.
- Proyectado hacia el triunfo glorioso de los redimidos, quienes serán honrados también por la corte "a su más alto grado," como "reyes y sacerdotes" de Cristo y de su Padre, por toda la eternidad. ***Actualmente disponible sólo en inglés.***

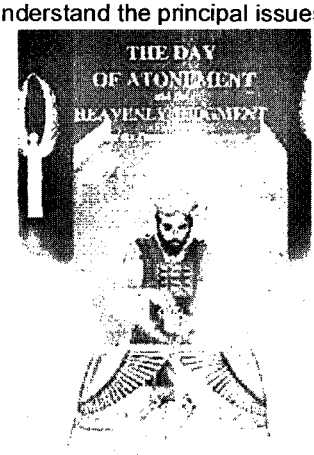
¿Qué encontrará en este libro?

El análisis más abarcante de los métodos divinos para resolver los males de la sociedad, en contraste con las propuestas más significativas que se dieron a lo largo de los siglos y se dan hoy con fines aparentemente semejantes.



- ***Incluye*** un estudio sencillo pero claro y definido de las antiguas leyes de los años sabáticos y de jubileo, vistos a la luz de toda la Biblia y del contexto social de la época.
- ***Esclarece*** la confusión imperante en el mundo cristiano referente al cumplimiento profético y tipológico del verdadero jubileo, el del Señor, y de su valor para nuestros días.
- ***Considera*** la actitud de la iglesia cristiana hacia los pobres en toda su historia; de tal forma que arroje luz sobre las verdaderas intenciones que se esconden detrás de la presunta defensa de sus intereses que han asumido en conjunto tanto el papado romano como el Concilio Mundial de Iglesias en la actualidad.
- ***Advierte*** al lector sobre los entretelones que se dan en la globalización actual, tanto en lo económico como en lo político y religioso, y en relación con el jubileo que se busca implementar, a la luz de las profecías de la Biblia, sobretodo del Apocalipsis.
- ***Devela*** el trasfondo filosófico de la mayoría de los sueños mileniales, y descarta con fundamentación, las especulaciones más comunes que se han dado con respecto a la fecha en que debía esperarse el comienzo del verdadero jubileo, el del Señor. ©2000, 240 páginas. ***Actualmente disponible sólo en inglés.***

This book, *The Day of Atonement and the Heavenly Judgment*, is the most comprehensive work dealing with the Hebrew ritual and its theological, typological, and eschatological projections of the message of the sanctuary as found in the Old and New Testaments. Actually, all the important issues dealing with the signifycance of the Hebrew ritual in law, history, and prophecy are studied carefully. Thus, the writer did not spare any effort to understand the principal issues under discussion in the book of Leviticus, Daniel, Hebrews, and Revelation, as well as in the many other legal and prophetic messages found in both testaments.©1992,720 pp



For this volume, the author consulted the principal libraries throughout Europe and the United States over a long period of time. The opportunity of studying and working on several continents allowed him to understand different cultures and the way people deal with theological issues in diverse countries. This is why the reader will find in this work a careful consideration of many different approaches presented in the study of the Israelite sanctuary and of its fulfillment in the heavenly priestly ministry of Jesus, and specific answers to the different problems there involved.

Apart from a few topics dealing with Leviticus and Hebrews – which were published by the Bib ical Research Institute of the Gral. Conf. of Seventh-day Adventists, this is the first time this material is published in English. This work was essentially completed while the author was teaching theology at La Sierra University.

Dr. Werner Vyhmeister: This book is "in a sense the culmination" of the research on this topic for more than a century. It "provides... the most comprehensive treatment yet published on this topic." "It will be fore years an indispensable book for all who

study in depth this fascinating subject and all its implications. The careful research of Dr. Alberto R. Treiyer through these years will help us to better understand what Christ is doing for us today in the heavenly sanctuary" (Former dean of the SDA Theological Seminary, Andrews University: Berrien Springs, MI).

Dr. Angel M. Rodríguez: "There is no doubt that you have gotten to summarize the results of many researchers and to add new dimensions of theological significance to the theme of the sanctuary" (Director of the Biblical Research Institute: Silver Springs, MD).

Dr. Gordon M. Hyde: "I have wept with penitence and joy over many sections, and in spite of reading... [this book] critically" (Former director of the Biblical Research Institute and former Chair in Religion at Southern Adventist University: Collegedale, TN).

The interest of Adventist theologians and church members in the study of the book of Revelation has not diminished with the passage of time. This is understandable if we remember that the Adventist Church is an apocalyptic movement deeply rooted in the books of Daniel and Revelation. Therefore, our interest in these books is not the result of simple curiosity, but an intrinsic part of our ethos.

Alberto R. Treiyer explores in this study the seals and the trumpets in the book of Revelation and touches on such topics as the sanctuary, the judgment, and the prophetic time associated with the supremacy of the antichrist. This is possibly the most careful study done on the seals and the trumpets in recent times. He correctly rejects preterism and futurism as valid hermeneutical approaches to Revelation and employs the historicist method of interpretation. Historicism is not the common method used by scholars today in the interpretation of biblical apocalyptic prophecies. Nevertheless, it is the method the biblical text itself provides for us.

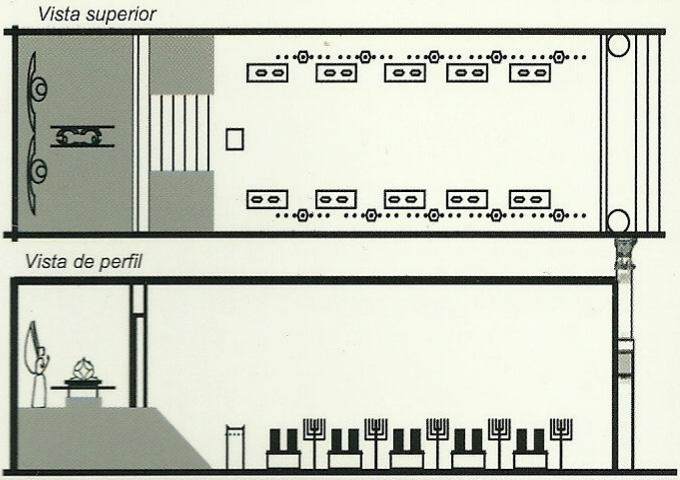
Historicism requires that the interpreter be well-acquainted not only with the biblical text but also with historical events that could be identified as the fulfillment of certain apocalyptic prophecies. During the last 30 years some Adventist scholars have tended to shift the emphasis of the study of the book of Revelation to the analysis of its literary structure and beauty. Although this has not necessarily resulted in a total neglect of the study of the historical fulfillment of biblical apocalyptic prophecies and its message of hope for God's end-time people, nevertheless it has not emphasized those aspects. In fact, in a few cases the traditional interpretation of the prophetic periods has been questioned and even rejected. This situation could be the result of the difficulty of finding scholars who are well-trained not only in the area of biblical interpretation but also in the field of ecclesiastical history. The two fields of knowledge are very vast and difficult to master by one person.

In this book Alberto R. Treiyer has demonstrated that the interpreter of Revelation can combine exegetical insight and historical knowledge in the exposition of the message of that book. He has carefully examined recent historical studies and found evidence for the historical fulfillment of the encoded message of the seals and the trumpets. **Dr. Angel Manuel Rodriguez,** Director of the Biblical Research Institute General Conference of Seventh-Day Adventists Silver Spring, MD.

El Templo de Salomón

"Todos estos detalles –dijo David– me fueron trazados por el Eterno, que me hizo entender todo el diseño".

1 Crónicas 28:19



Este libro "ofrece una interpretación del Apocalipsis cristocéntrico-histórica desde la perspectiva hermenéutica del santuario". Sigue el enfoque teológico básico de los pioneros adventistas que usaron la doctrina del santuario como la llave que *"abrió a la vista un sistema completo de verdad, relacionado y armonioso"* (*GC*, 423).

"La Escritura habla acerca de dos expectaciones apocalípticas básicas, la *inaugural* y la *final*. Ambas se refieren al ministerio salvífico de Cristo. Cada una abarca y expresa una gama amplia y rica de expectaciones relacionadas que han sostenido al pueblo de Dios a lo largo del camino, desde los días de Daniel hasta nuestros días…

El autor ayuda al lector a vivir las profecías desde la perspectiva de la experiencia histórica del pueblo de Dios a través de los siglos", y muestra "cómo la teología se relaciona con las experiencias de la vida al traer sanidad y esperanza a los santos que sufren y que en todas las edades clamaron por la intervención y liberación divinas... Esto hace que este… seminario sea de valor para las necesidades y expectaciones prácticas de todos los creyentes", y "aborda aspectos teológicos profundos en un estilo muy fácil y amigable".

"La combinación no frecuente y feliz de un amplio conocimiento erudito y de una extensa experiencia pastoral, le permite" al autor "hacer accesibles los temas teológicos a todos los creyentes… En una obra tan rica, los lectores descubrirán muchas contribuciones… Todos los que buscan verdades bíblicas encontrarán en el seminario de Treiyer un desafío intelectual y una recompensa espiritual".

Dr. Fernando Canale, *Andrews University*

Dr. Alberto R. Treiyer - Doctorado en la Universidad de Estrasburgo, Francia. Profesor, pastor, conferenciante internacional y autor de numerosos libros en varios idiomas sobre el Santuario de Israel y su importancia para la fe y la vida spiritual práctica de los creyentes. Entre ellos, *"Las Promesas Gloriosas del Santuario"*, *"Los Cumplimientos Gloriosos del Santuario"*, *"Jubileo y Globalización"*, *"El Día de la Expiación y el Juicio Celestial"*, *"La Crisis Final en Apocalisis 4 y 5"*, *"Los Sellos y las Trompetas"*, etc.

ISBN 0-9650076-4-2
9 780965 007641